



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

LAS MIL Y UNA NOCHES



266622



322319

LAS

MIL Y UNA NOCHES

[M. 5329]

Paris. — Tip. GARNIER HERMANOS. 6, rue des Saints-Pères.



LAS
MIL Y UNA NOCHES
CUENTOS ÁRABES

TRADUCIDOS, REVISADOS, ARREGLADOS

Y

ESPECIALMENTE DEDICADOS

Á LOS JÓVENES DE AMBOS SEXOS

POR

D. G. A. AGUADO DE LOZAR

DÉCIMA EDICIÓN

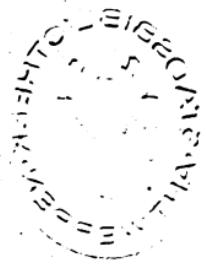


PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—
1893



PRÓLOGO

DOS PALABRAS AL LECTOR

El libro que publicamos no es nuevo : es un libro muy antiguo ; y su antigüedad es tan remota, como desconocido su primitivo y verdadero origen.

Á pesar de no tener ningun objeto moral ni filosófico, los CUENTOS ÁRABES fueron recibidos con particular favor en Europa desde su aparicion. Semejantes á esos monumentos colosales hijos del genio y del poder del hombre que, por su solidez y duracion, desafian á los siglos y ven pasar bajo su sombra, sin sufrir menoscabo, un sinnúmero de generaciones con sus usos, lenguaje y costumbres diferentes; así las MIL Y UNA NOCHES, atravesando las numerosas revoluciones ocurridas en la República de las Letras, han sabido resistir y sobreponerse á los caprichos de la moda y del gusto literario, incluso el Romanticismo que tan en boga estuvo durante largo tiempo, y han conservado siempre el mismo interes y atractivo que inspiraron desde que fueron conocidas.

No hay librería particular, por modesta que sea, en la que no se vea figurar este libro al lado de esas obras clásicas y monumentales que son el orgullo del saber humano; y las ediciones que se han hecho de estos *Cuentos*, son casi tan numerosas como las de la obra inmortal de nuestro « Príncipe de los Ingenios. » Miéntras que hay una multitud de obras utilísimas y de raro mérito que son desconocidas fuera del país en que sus autores las han producido, las *Mil y una Noches* han tenido el privilegio de verse traducidas en todos los idiomas europeos, y lo que es más aun, han merecido el llamar la atención de muchos sabios, de varias Academias, y de otros cuerpos científicos que, en medio de sus graves é importantes tareas literarias, no se han desdenado de ocuparse en hacer estudios serios para inquirir y averiguar el origen y paternidad de estos *Cuentos*.

No siendo nuestro ánimo el detenernos á examinar quién ha sido su verdadero autor, ni el país en donde se publicaron primero; examen que exigiría una larga discusión científica y una erudición que nosotros no tenemos; dejamos al juicio de críticos competentes el deslindar si los *Cuentos árabes*, denominados *Las Mil y una Noches*, tuvieron por cuna la India ó la antigua Persia, la China ó el Egipto; pero si nos viésemos obligados á tener que exponer nuestra opinión ó juicio crítico, en vista de lo que han escrito sobre esta materia Masudi, Hammer, Langles, Galland, el Baron de Sacy y otros mu-

chos sabios y hombres eruditos, no vacilaríamos en asegurar que todas las probabilidades están en favor de que este punto del ingenio oriental tuvo lugar, ó bien en la India, ó bien en la Persia; que desde uno de estos dos países las « Mil y una Noches » pasaron á la China, y que desde el Celeste Imperio, siguiendo el camino del Asia, emigraron al África en tiempos en que la literatura árabe se hallaba mas floreciente; que se aclimataron, por decir así, en Egipto, en donde echaron mas profundas raíces, enriqueciéndose y engalanándose, ó disfrazándose si se quiere, en esta larga emigración, con ropajes nuevos y en términos tales que hoy dia es imposible el descubrir si su autor primitivo fué árabe ó chino, persa ó indio.

Sea de esto lo que quiera, cuando en una edad mas proyecta hemos vuelto á leer estos « Cuentos », nos ha llamado la atención no solo el cambio y la diversidad de las *Historias* que hemos hallado en las diferentes ediciones que hemos consultado, sino sobre todo y muy particularmente el desaliño del lenguaje, impropio y hasta incoherente muchas veces; la repugnante desnudez de ciertos hechos, y la pintura con colores demasiado vivos, sin sombras de ninguna especie, de algunos usos y costumbres propios de aquellos países; pintura que, á veces, lastima el pudor, y ofende la moral y la decencia; y si cuadros de esta naturaleza no pueden considerarse en rigor, atendido el carácter de la obra y los lugares en que se representan las escenas, como un lunar ó un defecto, no dejan, sin em-

bargo, de ofrecer algunos inconvenientes ; porque, siendo leido generalmente este libro en nuestros primeros años cuando apéna empieza á desarrollarse nuestra inteligencia, y leido sin reflexion ni criterio, sino por puro pasatiempo, cautiva de tal modo nuestra imaginacion, y se graban tan profundamente en nuestra memoria ciertos episodios, que su recuerdo nos acompaña durante nuestra vida ; y hasta suele influir algunas veces en nuestro modo de obrar ó de pensar, sin que nosotros mismos nos apercibamos de ello.

En la presente edicion hemos tratado de remediar, en lo posible, estos inconvenientes cubriendo con un ligero velo la desnudez ofensiva de algunas imágenes, pintando con colores ménos vivos algunas escenas, é intercalando, de vez en cuando, algunas máximas morales, cuando el asunto lo ha permitido.

Hemos hecho la narracion de estos « Cuentos » en un estilo ménos desaliñado é incorrecto, más lógico y racional, atribuyendo á cada personaje un lenguaje más en armonía con la clase á que pertenece, porque nos ha parecido que un príncipe, un ministro, un mercader, un artesano ó un hombre del pueblo no deben expresarse todos de la misma manera y en iguales términos.

Con el fin de dar mayor rapidez á la accion, hemos suprimido las digresiones insípidas y fastidiosas : la repetición de descripciones que nada nuevo ni original ofrecen; así como tambien hemos suprimido la division y fraccio-

namiento de las Historias, en *Noches ó cuartos de hora*; division que les quita una gran parte de su interes con interrupciones tan repetidas que no sirven más que para hacer el libro más voluminoso, y privan al lector del placer de seguir el hilo de la narracion, retardando, sin ningun objeto, el darle á conocer el desenlace de la intriga, que es precisamente lo que más se desea.

No existiendo en español esas combinaciones de muchas consonantes reunidas, cuya difícil pronunciacion se ignora generalmente, hemos salvado esta dificultad modificant ligeramente los nombres de algunos personajes cuya pronunciacion bárbara muy pocos ó ninguno habrian sabido adivinar, sustituyéndolos con nombres más adecuados á la pronunciacion de nuestra hermosa lengua; sustitucion que, sin disminuir en lo más mínimo el interes de la accion, facilita y hace más agradable la lectura; como por ejemplo, en vez de « Scheznarda » y « Schariar », hemos escrito Gerenarda y Chabriar.

Y en fin, sin quitar á ciertos episodios en que intervienen los Genios, los Magos y las Hadas nada de lo prodigioso y sobrenatural, presentamos estos episodios de una manera más lógica y más conforme con la razon, aun en el orden de lo maravilloso.

Así, pues, esta nueva edicion dedicada más particularmente á los jóvenes de corta edad, se diferenciará de las demas que se han publicado hasta ahora, en que no se hallará en ella nada que sea ofensivo á la moral, ni haga

cubrir de rubor las mejillas de las jóvenes que nos lean, despertando en ellas prematuramente las pasiones vivas de nuestra primera edad. Sabemos que en medio de la relajacion de costumbres, y á pesar del sibaritismo y del positivismo que nos han traído el progreso y la civilización del siglo en que vivimos, todavía hay honrados padres de familia que desean ver conservar á sus hijos su inocencia el más largo tiempo posible. Para estos padres de familia, la lectura de las « Mil y una Noches » con su pintura de las costumbres de Oriente, podría ofrecer algunos inconvenientes; pero con las precauciones que hemos tomado, con el espurgo que hemos hecho, podrán poner nuestro libro en manos de sus hijos sin riesgo ni inconveniente.

Este es el principal objeto que nos hemos propuesto con la revisión y nueva redacción de estos « Cuentos. » El que se reconozca nuestra laudable intención, será para nosotros nuestra más halagüeña recompensa.

Paris 1º de Julio de 1880.

G. A. AGUADO DE LOZAR.



CUENTOS ARABES

En uno de los cuatro mayores imperios que han existido en lo antiguo, reinó un monarca poderoso de la dinastía de los Sasanidas que despues de haber extendido sus dominios más allá del Gángea, en la India, y llegado hasta las fronteras de la China, murió, según refieren las crónicas del antiguo imperio persa, que es el grande imperio á que nos referimos, lleno de gloria y poderío, amado de sus vasallos, y temido de sus enemigos, habiendo sido el monarca mas admirable de su época, tanto por su valor, como por su sabiduría.

De los dos hijos que tenía, el mayor, llamado Chabriar, subió al trono; pero amando entrañablemente á su her-

mano menor, quiso darle muestras de su cariño compartiendo con él la herencia de su padre, y le cedió la Gran Tartaria, haciéndole rey de ella.

Chazenan, que así se llamaba este hermano querido, pasó, pues, á tomar posesion de su reino y estableció su corte en Samarcanda.

Pasados algunos años, léjos de entibiarse en Chabriar el cariño que profesaba á su hermano Chazenan, se avivó con la ausencia y sintió grandes deseos de verle, y con este objeto le envió una solemne embajada rogándole que viniese.

Apénas tuvo conocimiento el rey de la Gran Tartaria de los deseos de su hermano, cuando se apresuró á satisfacerlos; y despues de haber reunido los ricos presentes que pensaba ofrecerle y puesto órden para el gobierno del reino durante su ausencia, estableció fuera de la ciudad su campamento con el fin de emprender su viaje al dia siguiente. No quiso, sin embargo, pasar aquella última noche sin volver á abrazar á su esposa á la que amaba tiernamente, y regocijándose interiormente del placer que iba á causar á aquella con su visita inesperada, se volvió á su palacio secretamente y se encaminó á los aposentos de su esposa á quien pensaba encontrar triste y llorando por su ausencia. Grande fué, pues, su sorpresa al hallarla en compañía de un oficial de la corte platicando familiarmente con él.

Pasado el primer estupor que le causó este descubrimiento, arrebatado por la ira, se arrojó sobre los delincuentes, y les quitó la vida, volviéndose en seguida al campamento sin dar á nadie cuenta de este suceso.

La infidelidad de su esposa le causó un pesar tan hondo que nada podía distraerle de su melancolia. Así fué que cuando llegó á la corte de su hermano en donde fué recibido con gran pompa y con todo género de honores y de obsequios, el sultan no pudo ménos de notar el velo de tristeza que á Chazenan cubría sin poder atinar la causa de ello.

Un dia en que el sultan Chabriar había partido con toda

su corte para una cacería dispuesta en honor de su hermano, á la que este no quiso asistir pretextando hallarse enfermo, pero en realidad para entregarse mas á su sabor á las tristes reflexiones que su desgracia le sugería; hallándose asomado á una de las ventanas del palacio que habitaba, vió salir al jardín, por una puerta secreta, á la sultana esposa de su hermano, seguida de otras muchas mujeres, y ocultándose para observar lo que hacían sin que de ellas fuese visto, pudo convencerse de que la misma desgracia de que él había sido víctima, la misma ó mayor cabía á su hermano el sultán.

La vista de las escenas que presenció, de tal manera cambiaron sus pensamientos, que, al volver el sultán Chabriar de la cacería, le encontró transformado, alegre y risueño.

Un cambio tan repentino de talante, sin una causa ostensible, debía llamar naturalmente la atención del sultán, como antes la había llamado su melancolía; y deseoso de saber la causa que había producido la una y el otro, rogó cariñosamente á su hermano que se la dijera. Resistió cuanto le fué posible el rey de Tartaria el satisfacer la curiosidad de su hermano el sultán; pero en vista de los repetidos ruegos é instancias de este, se vió obligado á ceder, y aunque con repugnancia, le contó lo que le había sucedido con su esposa en Samarcanda la noche de su salida.

Aprobó el sultán lo ejecutado por su hermano con los dos culpables. « No extraño tu gran pesar, le dijo, era la causa muy legítima; pero, alabado sea Dios que te ha enviado el consuelo, y como no dudo que este sea también fundado, y aun extraordinario, te ruego que me lo comuniques, haciendo de mí una entera confianza. »

Mucho más árduo y delicado era el satisfacer en este punto la curiosidad del sultán, y Chazenan se resistió á complacer á su hermano diciéndole que como le interesaba más de cerca, temía que su confidencia le causaría mayor pena que la que él había experimentado. Esta negativa no hizo más que avivar los deseos del sultán, de modo que el

rey de la Gran Tartaria se vió obligado á ceder, y le refirió lo que había presenciado en el jardín mientras él estaba cazando, terminando su relación con algunas reflexiones propias para calmar la irritación que le causó la conducta de su esposa la sultana, y aconsejándole que se consolara como él se había consolado en vista de esa ligereza y viviandad que parece ser inherente al sexo frágil.

Chabriar, sin embargo, no dió entero crédito á la narración de su hermano, sin ver por sus propios ojos si era verdad lo que el rey de Tartaria le había contado, pues abrigaba la esperanza de que, tal vez, se habría engañado.

Para conseguir este objeto, hizo preparar otra nueva cacería para la que partieron ostensiblemente con toda la corte los dos príncipes; pero llegada la noche se volvieron secretamente y disfrazados á palacio. Amaneció el dia siguiente, y el sultán Chabriar pudo convencerse de que su hermano no se había engañado, puesto que la sultana y sus mujeres repitieron en el jardín las mismas escenas que el rey de la Gran Tartaria había observado.

El desengaño que recibió de la desenvoltura é infidelidad de la sultana agriaron su ánimo de tal manera, que resolvió vengarse no solo de aquella, sino de todas las mujeres, de un modo nunca visto hasta entonces. Pasando al aposento de la sultana infiel, mandó cortarle la cabeza en su presencia, é hizo morir ahogadas á todas las otras mujeres de su séquito. En seguida, juró por la barba del Profeta que ninguna de sus otras esposas volvería á serle infiel, y adoptó para ello un medio muy seguro y eficaz, muy propio de las costumbres del serrallo, y de la barbarie de aquellos tiempos.

Resolvió desposarse cada dia con una mujer distinta, y al siguiente dia de la boda hacerle perder la vida, encargando á su gran visir la ejecución de este proceder inhumano y sanguinario.

El gran visir, á fuer de buen musulman y de vasallo sumiso y obediente, cumplía cada mañana con la orden sanguinaria de su despótico dueño, sin atreverse á hacer

la menor observacion, y las desgraciadas jóvenes que tenian el honor de ser sultanás un dia, perdian su vida al siguiente.

Cuando se conoció este proceder bárbaro, la consternacion fué general en la ciudad y en el imperio; porque ninguno podia contar segura la vida de las doncellas que hubiese en su familia, y temblaba de recibir á cada momento la órden del sultán para que se las llevasen.

El gran visir tenia dos hijas hermosísimas en extremo. La mayor, llamada Gerenarda, reunia á su belleza una instrucción nada común para aquellos tiempos; tenia una gran memoria, y sobre todo, estaba dotada de un corazón noble, y animada de los mas generosos sentimientos.

Al ver la afliccion general que causaba el inhumano proceder del sultán, formó la resolución heroica de sacrificarse, y concibió el arriesgado proyecto de hacer cambiar el ánimo del sultán, contando para lograr su objeto, no solo con los recursos de su sin par hermosura y de su ingenio, sino excitando tambien la curiosidad de aquel, por medio de historias y de cuentos á que, sabía, era muy aficionado.

Resuelta, pues, á poner en ejecucion su proyecto, Gerenarda dijo un dia al gran visir : — « Padre, tengo que pediros una gracia. — Siempre que lo que me pidas sea justo, le respondió el gran visir, sabes que no me negaré á concedértelo. — Vos mismo juzgaréis. Quiero poner un término á la afliccion general y á los temores de todas las doncellas, haciendo cambiar de ánimo al sultán. — Laudable es tu proyecto, hija mia, ¡pero cómo intentas conseguirlo, porque yo creo que el mal no tiene remedio? — ¡Cómo? Siendo esposa del sultán. » Horrorizado se quedó el gran visir al oír á su hija, y empezó á hacerle reflexiones de todo género para disuadirla de semejante proyecto. Inútiles y vanos fueron sus esfuerzos; Gerenarda permaneció firme en su deseo. — « Si logro mi objeto, dijo, habré hecho un gran servicio á la humanidad y á mi patria. — No lo conseguirás, ¡infeliz! Te sucederá lo que al borrico. — ¡Y qué le sucedió? preguntó la heroica joven.

— Te lo contaré en breves palabras, » le respondió el gran visir, que se expresó en estos términos.

EL ASNO, EL BUEY Y EL LABRADOR

FÁBULA

Un labrador muy rico que, ademas de ser dueño de heredades inmensas y de rebaños numerosos de ganado de toda especie, había recibido del cielo, como Salomon, el don de entender el lenguaje de los animales, pero con la condicion de no descubrirselo á nadie, so pena de perder la vida, pasando un dia por delante de un establo en que se hallaban juntos un borrico y un buey, se detuvo á escuchar el coloquio que entre sí tenian.

Lamentábase el buey de lo mucho que á él le hacian trabajar y de lo mal que le cuidaban, miéntras que á ti, le decia al borrico, te tratan con cariño, y no te emplean mas que para llevar á nuestro amo al mercado. — « Tú tienes la culpa, » le respondió su compañero; te llaman *el Tonto*, y á fe mia que bien mereces ese nombre tú y todos los de tu especie. ¿Por qué no haces uso de los medios que te ha dado la naturaleza para defenderte? Mira, cuando quieran uncirte al arado, pega cornadas, da bramidos fuertes, échate en el suelo, hazte el malo, y verás como te tratan mejor y te dejan tranquilo. » El buey escuchó los consejos del asno, y prometió seguirlos.

En efecto, cuando vino el gañan á buscarle para llevarle á trabajar, el buey empezó á patear, á pegar cornadas, y por ultimo, bramando, se arrojó por tierra. El gañan al ver esto fué á dar cuenta al amo de lo que sucedia, y el amo le mandó entonces que, en vez de llevar al buey, se llevase al borrico, encargándole que le hiciese trabajar y le zurrase de firme.

Hízolo así el mozo de labor, y cuando por la noche volvió á traer á la cuadra al borrico, el pobre animal

apenas podia tenerse en pié, cansado de trabajar, y quebrantados los huesos con los palos que habia recibido. En cuanto llegó se echó en el suelo gimiendo y suspirando. — « Yo me tengo la culpa de lo que me sucede, se decia á sí mismo ; ¿ qué necesidad tenia yo de mezclarme en lo que no me incumbia ? Yo vivia tranquilo, era querido, bien tratado, y todo me sonreia, y ahora, por mi imprudencia, estoy expuesto á perder la vida !.... »

Al llegar aquí de su narracion, el gran visir, dirigiéndose á su hija : — « Merecerias, le dijo, que te trataran como al asno; quieres emprender la cura de un mal irremediable, llevar á cabo una empresa imposible, y te expones á perder la vida. »

La generosa jóven, inquebrantable en su resolucion, le contestó que estaba decidida á intentar la prueba, y que ningun peligro la arredraria. — « Está visto, le dijo su padre entonces, que será preciso hacer contigo lo que el rico labrador hizo con su mujer. — ¿ Y qué hizo ? preguntó Gerenarda. — Escucha, que no he acabado el cuento. »

EL GALLO, EL PERRO Y LA MUJER DEL LABRADOR

Al ver el labrador el estado en que habia vuelto el asno, quiso saber lo que iba á decir á su compañero, y se puso á escuchar á la puerta del establo, en compañía de su mujer, y oyó que el borrico le preguntaba al buey lo que pensaba hacer al dia siguiente. — « Seguiré practicando tu consejo, le respondió el buey. — Harás muy bien, le dijo el asno, con refinada malicia, puesto que tan bien te ha ido; solo veo en ello un ligero inconveniente. Al entrar en la cuadra he oido decir al amo que ya que no puedes trabajar, que te lleven al matadero, y aprovechen tu carne antes que enflaquezcas. — ¡ Cáspita ! eso no, replicó el buey, en ese caso ya estoy bueno. » Y en seguida se puso de pié y dió un bramido de alegría.

Al oir el labrador al asno, y al ver el maravilloso efecto

que su astucia había producido, se echó á reir á carcajada tendida. La mujer quiso saber el motivo de esta risa, pero como su marido no podía revelar el secreto don que poseía sin perder la vida, se negó á decírselo. Ella entonces, prorumpió en amargo llanto, pateó, se arrancó el cabello, y juró que si no se lo decía no volvería á juntarse mas con él. Como la amaba con ternura, el labrador se apesadumbró profundamente al ver á su mujer en tal estado, y la rogó que no se empeñase en saber lo que no podía decirle, á cuyo r^ejego se unieron los de sus hijos y parientes. Nada, sin embargo, pudo vencer la terquedad de la mujer curiosa que permaneció llorando en un rincon del cuarto noche y dia. El labrador no sabía qué partido tomar, y se sentó cabizbajo y pensativo delante de la puerta de un corral en donde estaba solazándose un gallo con sus gallinas. El perro fiel que guardaba la casa, al ver la algarabía del gallo : — « ¿Cómo te atreves á recrearte así, le dijo, cuando nuestro amo se encuentra tan afligido y sin saber qué hacer para salir del apuro en que se encuentra? — ¿Pues qué le ha sucedido ? le preguntó el gallo. — Que nuestra ama se ha encerrado en un cuarto, está llorando, y se empeña en que su marido le descubra un secreto que no puede este decirle sin perder la vida; mas como quiere tanto á su mujer, me temo que se deje ablandar por los lloros de su esposa, y ya ves entonces la desgracia que á todos nos sucedería. — Pues mira, si no es mas que eso, le contestó el gallo, nuestro amo puede salir de su apuro fácilmente. Que coja una buena vara de acebo, que se encierre en su cuarto con su mujer, y que le mida bien con la vara las costillas. »

Atento el afligido labrador al coloquio del perro y del gallo, no bien hubo oido á este, se levantó, agarró un vergajo, y encerrándose con su mujer, de tal manera la subió el colete que, cesando en sus lloros, se puso, al fin, de rodillas rogando por Dios á su marido que la perdonara, que ya no quería saber por qué se reia, ni se lo volvería á preguntar en toda su vida.

« Como á esta mujer terca é imprudente deberia yo

tratarte, dijo el visir á su hija. — Padre, haced lo que queráis conmigo, porque yo estoy resuelta á ser esposa del sultan, aunque me cueste la vida. Ni las historias que acabáis de contarme, ni otras aun mas tristes me harán cambiar en mi designio, y si el cariño que me profesáis os impide el llevarme al palacio del sultan, yo misma iré á ofrecerme. »

En vista de la firme resolucion de su hija, y forzado por ella, con el corazon lleno de amargura, el gran visir anunció al dia siguiente al sultan que aquella misma noche le presentaría á su hija. Admirado se quedó este al considerar el sacrificio que el visir le hacía, pero no cambió por eso de propósito, ántes bien le dijo : — « Ten entendido, visir, que al entregarte mañana á tu hija, será para que le quites la vida, y ¡ay de ti si no cumples mis órdenes, porque te juro que lo pagarás con tu cabeza! — Señor, le contestó el gran visir, aunque mi corazon se desgarre, vuestras órdenes serán cumplidas. »

En seguida fué á anunciar á su hija que el sultan la aceptaba por esposa aquella noche, y Gerenarda se preparó para el gran sacrificio. Ántes de salir para palacio llamó á su hermana menor y le dijo : — « Querida Diznarda, es preciso que me prestes tu auxilio para una grande empresa : no te asustes ni afligas por lo que voy á decirte. Esta noche voy á ser la esposa del sultan. Cuando esté en su presencia le pediré que te deje pasar la noche en el aposento inmediato, y espero que me lo concederá. Una hora ántes de despuntar la aurora, entrarás en la cámara nupcial y me dirás : Querida hermana, si estás despierta, te ruego que miéndras amanece, me cuentes alguna de esas historias tan bonitas que tú sabes. Entónces yo empezaré á referirte un cuento, y trataré de excitar la curiosidad del sultan; y espero que por este medio tan sencillo conseguiré librarme del azote cruel con que se ve afligido. » Diznarda, que así se llamaba la hermana menor, ofreció cumplir puntualmente con el encargo que Gerenarda le hacía, y esta fué conducida á palacio por el gran visir, el cual se retiró con el corazon afligido.

Al alzar el velo de su nueva esposa, el sultán vió que Gerenarda tenía el rostro cubierto de lágrimas. —



« ¿Por qué lloras? le dijo. — Señor, le respondió la joven, tengo una hermana á quien amo con la mayor ternura, y desearía que pudiese pasar esta última noche junto á mí para conversar con ella. Os ruego que no me neguéis este consuelo. » El sultán consintió en lo que Gerenarda le pedía, y su hermana Diznarda se instaló en la pieza contigua, separada del cuarto nupcial por una cortina.

Cuando Diznarda creyó que el alba se acercaba, dirigiéndose á su hermana le dijo : « Querida Gerenarda, miéntras que amanece, cuéntame alguna historia bonita. » Sin responder directamente á su hermana, la efímera esposa del sultan pidió permiso á este para acceder á lo que su hermana le pedía, y obtenido, empezó diciendo :

EL MERCADER Y EL GENIO

Señor : Un mercader que poseia grandes caudales, así en mercancías como en esclavos, joyas y dinero, tuvo necesidad de hacer un viaje para arreglar algunos asuntos de su comercio, y como tenía que atravesar un gran desierto, al volverse á su casa, hizo una gran provisión de dátiles y galleta para su alimento.

Agobiado por los ardores del sol y sediento, divisando unos árboles no lejos del camino, se fué á poner á su sombra para descansar y tomar alimento, y sacando del zurron que llevaba los dátiles y la galleta, se puso á comerlos, arrojando los huesos á derecha é izquierda.

Concluido este frugal refrigerio, y despues de echarse un buen trago de agua cristalina del manantial que entre aquellos árboles corria, hechas las abluciones de costumbre, como buen musulman, se puso de rodillas para recitar sus rezos.

Hallábase todavía en esta postura, cuando se le apareció un Genio de estatura colosal y de horrible aspecto, el cual, dirigiéndose hacia él con semblante amenazador, y armado con un descomunal alfanje : — « Vas á morir ahora mismo, le dijo, porque acabas de matar á mi hijo; » y agarrándole por los cabellos y arrojándole por tierra, alzó el alfanje para cortarle la cabeza. Asustado el mercader con la horrible aparicion del monstruo, y temblando de miedo, exclamó : — « ¡ Señor ! ¿ qué mal os he hecho yo, para que me tratéis de esta manera ? Yo no he podido

matar á vuestro hijo, puesto que ni le conozco, ni nunca le he visto. — ¡ No acabas de comer dátiles y de arrojar



los huesos ? — Eso es cierto. — Pues mi hijo que pasaba cerca de ti en esos momentos ha recibido uno de los huesos que tirabas, en un ojo, y de resultas del golpe ha muerto. Así, justo es que tú mueras. — ¡ Misericordia, señor ! exclamó el mercader, si yo le he muerto ha sido involuntariamente y sin saberlo ; pero ya que me quitéis la vida, dejadme siquiera vivir el tiempo necesario para despedirme de mi mujer y de mis hijos, hacer testamento y arreglar mis asuntos. Si me lo concedéis os juro por el Dios del cielo que volveré después á este sitio para que hagáis de mí lo que queráis. — Si te concedo un plazo, ¿ cumplirás tu promesa ? — Pongo á Dios por testigo de que la cumpliré. — Y cuánto tiempo necesitas para arreglar tus nego-

cios?—Un año por lo menos.—Pues bien, te lo concedo, » dijo el Genio, dejando al mercader libre.

Luego que el monstruo desapareció, el mercader volvió á continuar su camino y llegó á su casa atribulado y triste. Habiéndole preguntado su mujer la causa de su tristeza, refirió á su familia lo que le había sucedido, el juramento que había hecho, y el corto tiempo que le quedaba de vida. Al oír tan lamentable historia, la mujer y los hijos prorumpieron en lamentos, y en toda la casa no se oían mas que llantos y gemidos, acompañados con ruegos para que no volviese á semejante sitio.

El mercader, sin embargo, empezó á poner orden en sus cosas, pagó sus deudas, dió libertad á sus esclavos, y llegado el término fatal, despidiéndose, por última vez, de su familia, de sus deudos y amigos que no querían dejarle marchar, volvió á ponerse en camino, después



de haber hecho á todos regalos magníficos, y llegó al sitio convenido el mismo dia en que se cumplía el año, y se

sentó al pie del manantial, esperando con resignacion la venida del Genio.

Al llegar aquí, Gerenarda suspendió su narracion, al ver que despuntaba el dia, hora en que el sultan Chabriar se levantaba para hacer sus oraciones y asistir al consejo.
— « ¡Oh, qué historia tan interesante! exclamó Diznarda. — Pues todavía es mas interesante lo que falta, le contestó su hermana ; y si el sultan se digna concederme un dia mas de vida, esta noche acabaré de contártela. » El sultan, que queria saber lo que el Genio había hecho con el mercader, no vió ningun inconveniente en aplazar por una noche mas la muerte de su nueva esposa, y accedió á lo que Gerenarda le pedía. Levantóse, pues, hizo sus oraciones, y se fué al consejo en donde el gran visir le estaba esperando, mas muerto que vivo, para recibir á su desgraciada hija y conducirla al suplicio.

Su sorpresa y su alegría no tuvieron límites, cuando vió que el sultan se puso á despachar los negocios del imperio, sin darle la orden fatal consabida ; y cuando se divulgó esta noticia en la corte y en la ciudad, fué profundo y general el regocijo que causó, é infinitas las bendiciones que á Gerenarda dirigian.

Á la proximidad del alba de la mañana siguiente, Diznarda repitió á su hermana el ruego de la víspera, y Gerenarda, sin pedir esta vez permiso al sultan para proseguir el cuento, anudó el hilo de su historia en estos términos :

EL GENIO Y LOS TRES VIEJOS

Aguardando se hallaba el atribulado mercader la llegada del Genio, y el fin de su vida con ella, cuando vió venir á un anciano respetable, acompañado de una cierva, el cual, despues de saludarle, le preguntó qué era lo que venia á hacer en aquel sitio, al parecer, delicioso, pero en realidad muy temible por ser frecuen-

tado por los malos espíritus. El mercader le contó lo que le había sucedido, y el juramento solemne que había hecho. — « Suceso terrible es ese, le dijo el anciano, y mas terrible todavía, el que no podáis eludir el cumplimiento del sagrado juramento que habéis hecho. Voy á quedarme aquí, para presenciar vuestra entrevista con el Genio. »

Miéntras estaba hablando, se presentó otro viejo seguido por dos perros negros al que le refirieron el motivo de hallarse el mercader en aquel sitio. El recien venido decidió el quedarse tambien para ver lo que iba á suceder, y lo mismo hizo otro tercer anciano que llegó poco despues.

En esto, descubrióse á lo lejos una especie de nubarrón negro á manera de torbellino de arena levantado por el viento, que se fué disipando poco á poco segun se iba aproximando, hasta que apareció, en fin, el terrible Genio armado con su cuchilla.

Acercándose al pobre mercader y agarrándole por un brazo, le dijo : « Ha llegado tu hora, te voy á matar como tú mataste á mi hijo ? »

Cuando el viejo que traia la cierva vió que el Genio iba á matar al mercader, se arrojó á sus piés llorando y exclamó : — « ¡ Príncipe de los Genios ! os ruego que suspendáis vuestra justicia, y antes de descargar el golpe, me escuchéis un momento. Os contaré mi historia, que es muy maravillosa, y la de esta cierva que llevo conmigo. ¡ Si la encontráis mas sorprendente que la de este desgraciado mercader, le perdonaréis el crimen que involuntariamente ha cometido, y le haréis gracia de la vida ? » El Genio detuvo el brazo, y reflexionando un momento : — « Consiento en oír tu historia, y... despues veremos, » le dijo.

Gerenarda suspendió su narracion al ver que era de dia, y dirigiéndose al sultan : — « Señor, le dijo, ya es hora de que os levantéis para ir al consejo ; si lo tenéis á bien, mañana concluiré la historia del anciano y de la cierva. »

El sultán, sin responder, se levantó y se salió del aposento, pero no dió la orden consabida.

HISTORIA DEL ANCIANO Y DE LA CIERVA

Á la hora acostumbrada de la mañana siguiente, Diznarda rogó á su hermana que prosiguiere la historia comenzada, y Gerenarda hizolo así.

Dirigiéndose al Genio, el anciano le dijo : Esta cierva que veis aquí, señor, es prima mia, y ademas es mi esposa. Cuando me casé con ella no tenia mas que doce años, y por la edad, yo podia ser su padre.

Deseando tener hijos, compré una esclava que no tardó en darme uno ; pero mi mujer, dominada por los celos, concibió un odio mortal contra la madre y el niño. Este tenia ya diez años, cuando me vi precisado á ausentarme, dejando bien recomendados á mi esposa asi á mi hijo, como á su madre. Durante mi ausencia, que fué larga, mi mujer que se habia dedicado á la magia, para vengarse de aquellos inocentes, transformó en vaca á la esclava, y á nuestro hijo en becerro, y se los entregó á un labrador, arrendatario mio.

Cuando yo volví de mi viaje, mi mujer me dijo que el niño se habia perdido, y que la esclava se había muerto de pena. Mucho me afigí con tal noticia, y durante ocho meses no dejé de hacer diligencias para buscar al niño. Cuando llegaron las fiestas del Bairan, le dije al labrador, que, como digo, era colono mio, que me enviase la vaca mas gorda que tuviese, para sacrificarla, y el labrador me envió la misma que mi mujer le había entregado.

En el momento de ir á darle muerte, empezó á mugir de un modo tan extraño, y á mirarme de una manera tan particular, que no me sentí con ánimo de quitarle la vida : mi mujer que sabía bien que aquella vaca era la esclava que ella aborrecía, insistió para que se la matase, y yo, por complacerla, se la entregué al colono para que

fuese él quien hiciese el sacrificio. Muerta por él la vaca, á pesar de las lágrimas que por sus ojos vertía, cosa, á la



verdad fenomenal y extraordinaria, se encontró que su gordura era aparente, y que no tenía mas que el pellejo y los huesos. Entonces mandé al labrador que me trajese un becerro en vez de vaca, y el hombre me trajo á mí propio hijo. Al verme, el animal empezó á hacerme caricias, se arrojó á mis pies, me los lamía, y me miraba de tal modo, que yo me sentí muy conmovido, y en vez de matarle mandé que le llevasen al establo. Mi mujer se enfureció y quería que en el momento se hiciese con él lo que se había hecho con la vaca, pero yo resistí, y para apaciguarla le ofrecí que al año próximo le sacrificaría.

Al dia siguiente vino el labrador á verme y me dijo que tenía que confiarle un gran secreto. — « Tengo una hija, me dijo, que posee la magia, y con su arte ha descubierto que la vaca sacrificada era vuestra esclava, y

que el becerro es vuestro hijo, los cuales han sido metamorfosados en estos animales, por arte de vuestra esposa que es tambien hechicera, y los aborrecia. »

Ya podéis juzgar, ¡ oh Genio ! cuál sería mi dolor y mi sorpresa al oir esto. Fui corriendo al establo en que estaba el becerro, y aunque el pobre animal no podia corresponder del mismo modo á mis caricias, recibió las mias de tal manera que me convencí de que, en efecto, era mi hijo. En esto vino la hija del labrador, y yo la pregunté, ansioso, si no podria devolver á mi hijo su forma primitiva, ofreciendo colmarla de riquezas. Ella me contestó que podria hacerlo bajo dos condiciones : la primera es que me daréis á vuestro hijo por esposo ; la segunda, que me entregareis á la que así le ha metamorfosado para que yo la castigue. Accedí sin restriccion á la primera ; y en cuanto á la segunda ofrecí entregarle á mi mujer con tal de que no le quitase la vida.

Tomando entonces la jóven un vaso lleno de agua, pronunció sobre él, en tono bajo, algunas palabras cabalísticas, y dirigiéndose al becerro exclamó : — « Si tú has sido criado por el Supremo Hacedor en la forma que hoy tienes, permanece en ella ; pero si eres hombre, y estás en ese estado por arte de hechicería, te mando que recobres tu forma primitiva por virtud y voluntad del Ser Omnipotente. » En seguida derramó el vaso de agua sobre el becerro, y en aquel mismo instante, despojándose este de su piel, me encontré con mi hijo entre mis brazos. Acto continuo transformó á mi mujer en esta cierva que aquí veis, la cual, por no ser un animal repugnante, puede habitar así en medio de la familia.

Mi hijo, que se ha quedado viudo, debe volver de un viaje, y yo he salido á esperarle en compañía de mi mujer. ¡ No os parece maravillosa mi historia ? le preguntó el anciano al Genio. — Sí, por cierto, le respondió este, y en gracia de ella, perdonó al mercader una tercera parte de su pena. — Pues escuchad la mia, le interrumpió el anciano de los perros negros, y veréis que no es ménos sorprendente, y estoy cierto que me concederéis, por

ella, otra tercera parte de perdon para el infeliz mercader. — Te la concederé, le contestó el Genio, siempre que tu historia sea mas maravillosa que la de la cierva.

Gerenarda suspendió su narracion, porque ya habia amanecido ; el sultan se marchó, y á la mañana siguiente, á ruego del sultan mismo, la continuó de esta manera :

HISTORIA DEL VIEJO Y DE LOS DOS PERROS NEGROS

Habéis de saber, Gran Príncipe de los Genios, comenzo diciendo el viejo, que nosotros somos tres hermanos : estos dos perros que aquí están, y yo el tercero. Al morir nuestro padre, nos dejó por herencia á cada uno mil zequies, y los tres nos hicimos mercaderes.

Poco despues de abrir mi hermano mayor su tienda, quiso traficar en país extranjero, y emprendió un viaje, llevándose muchos géneros. Un año hacia que estaba ausente, cuando al abrir una mañana mi tienda, se presentó un pordiosero. — « Dios os socorra, hermano, le dije. — Y á ti tambien, me contestó, añadiendo : ¡Qué ! ¡ ya no me conoces ? » Le miré con atencion, y vi que era mi hermano el ausente. En seguida le hice entrar en mi casa, le di vestidos nuevos, y le pregunté lo que le había sucedido. — « No te hablaré de mis desgracias, me contestó, porque son tantas y tan grandes las que me han sucedido, que nunca acabaria de contarlas, y tú no las creerias. » Yo no insistí, y como habia prosperado en mi comercio, le di mil zequies para que volviese á abrir su tienda, como así lo hizo.

Á mi hermano segundo le entró tambien el deseo de ir á comerciar en el extranjero, cuyo proyecto puso en ejecucion á pesar de nuestras súplicas para que no se fuera ; y al cabo de un año volvió tan pobre y arruinado como el primero. Hice lo mismo con él y le di tambien otros mil zequies, con lo cual pudo seguir su comercio.

Sin que les sirviese de escarmiento lo que les habia

sucedido, mis dos hermanos quisieron que los tres juntos fuésemos á traficar en los países extranjeros. Yo me negué al principio, pero al fin accedí á sus deseos. Compramos mercancías, con mi dinero, porque ellos me confesaron que no tenian un zequí; y como yo era poseedor de seis mil zequies les di mil á cada uno, guardé otros mil para mí, y los tres mil restantes los escondí en paraje seguro para remediar cualquier accidente que pudiera sucedernos.

Partimos cargados de mercancías, y tuvimos tal suerte que en el puerto á que arribamos las vendimos con un beneficio de mil por ciento. En seguida compramos géneros de aquel país para venderlos en el nuestro, y fletamos un barco por nuestra cuenta.

Estando un dia á la orilla del mar, se acercó á mí una jóven pobemente vestida, pero de una hermosura sin igual, y besándose la mano, me rogó que la permitiese embarcarse en nuestro buque. Yo, no solo consentí en ello, sino que su hermosura y su porte me cautivaron de tal modo, que me casé con ella; y á los pocos días nos hicimos á la vela.

Las bellas prendas que descubrí en mi esposa aumentaron mi cariño por ella; pero mis hermanos, envidiosos de nuestra dicha, nos arrojaron al mar una noche, miéntras estábamos durmiendo. Felizmente que mi esposa era una hada, y no solo se salvó, sino que me salvó tambien á mí de una muerte cierta. — « Ya ves, me dijo, que no te he pagado mal el beneficio que me hiciste. Soy hada que habito á las orillas del mar, y el disfraz que me puse fué para probar tu bondad, y estoy muy satisfecha. Ahora voy á sumergir el barco en que navegan tus hermanos para castigarlos por su ingratitud. » Yo le rogué que les perdonara la vida, y conseguí aplacarla con mis ruegos. Me transportó á mi casa, y desapareció en seguida.

Despues de abrir las puertas de la tienda fui á buscar el dinero al sitio en que lo había escondido, y al pasar por el patio me encontré en él estos dos perros negros, que vinieron muy sumisos á lamerme las manos. Pensando

estaba de dónde habrian venido aquellos perros, cuando se presentó mi esposa y me dijo : que sus hermanas que eran tambien hadas como ella, habian hecho naufragar el buque en que iban mis hermanos, y metamorfoseado á estos en perros, en castigo de su ingratitud y de su perfidia, añadiendo que durante diez años vivirian de esta manera.

Pasados algunos dias conmigo, volvió á desaparecer diciéndome ántes el sitio en que la encontraria. Se han cumplido ya los diez años, y ahora voy á buscar á mi esposa al sitio indicado llevando conmigo á mis hermanos los perros.

¡No te parece, ¡ oh poderoso Genio ! bien maravillosa mi historia y digna de que me concedas otra tercera parte de perdon para este desgraciado mercader ? — Sí por cierto, le contestó el Genio, y te concedo lo que solicitas.— Pues yo espero que á mí me otorgarás la otra tercera parte del perdon que el mercader necesita para no perder la vida, se acercó diciendo el anciano que llegó el postrero, cuando hayas oido mi historia que es todavía mas sorprendente. — Te lo prometo, le contestó el Genio, si lo que dices es cierto. — Gerenarda se interrumpió porque vió que era de dia, y el sultan le dijo que oiría á la mañana siguiente la historia del tercer viejo.

Llegada la hora acostumbrada, Chabriar le dijo : — Cuéntame, pues, la historia prometida. — Señor, contestó Gerenarda, yo no he podido saber nunca lo que el tercer anciano dijo al Genio, solo sé que este quedó muy complacido, que perdonó al mercader, y desapareció en seguida. El mercader se volvió á su casa despues de dar las mas expresivas gracias á sus libertadores, y estos prosiguieron su camino. En cambio de esta historia que ignoro, si lo permitís, Señor, os contaré la del pescador que es muy interesante. El sultan accedió á ello, y Gerenarda empezó diciendo :

HISTORIA DEL PESCADOR Y DEL GENIO REBELDE

Habia en otro tiempo un pescador tan pobre que apénas podia subvenir con el producto de su pesca á la manutencion de su mujer y de tres hijos que tenia. Acostumbraba echar cuatro redadas por dia. Tuvo tan poca suerte un dia, que al retirar las redes la primera vez, solo encontró en ellas yerbajos, lodo y arena. En la segunda redada solo sacó el esqueleto de un borrico ; en la tercera, conchas y guijarros. Al ver su mala suerte, y creyendo que la pesca que habia hecho significaba la proximidad de su muerte, dirigió una plegaria al cielo. — « ¡Señor ! exclamó, ¡ misericordia ! Haz que la mar me sea propicia como lo fué á Moises. » Volvió á echar por cuarta vez las redes, y esta vez sacó una gran copa de cobre cerrada con un gran sello.

Greyendo que contendria ricas joyas y dinero, rompió como pudo el sello y levantó la tapadera, quedando muy sorprendido al ver que no habia nada dentro. Estaba mirándola con la mayor atencion, cuando notó que empezaba á salir del fondo de ella un vapor espeso que casi le cegó, y le obligó á retroceder. Elevándose este vapor en lo alto, se condensó y tomó la forma de un Genio monstruoso y gigantesco. El pobre pescador quiso huir, pero el miedo le paralizó el uso de las piernas. El Genio, entretanto, exclamó : — « ¡ Salomon ! gran profeta de Dios, perdóname, que ya no me opondré mas á tu voluntad y haré cuanto me ordenes ¹. » Repuesto el pescador del

¹ Es creencia entre los musulmanes que Dios dió á Salomon no solo el don de hacer milagros, sino que le dotó de una ciencia extraordinaria. Segun su tradicion y creencia, Salomon tenia poder sobre los ángeles buenos y malos, á quienes mandaba. Se hacia llevar en alas de los vientos, por todas las esferas, y se paseaba entre los astros. Conocia el lenguaje de los animales terrestres, de los volátiles, de los peces, de los vegetales y de los minerales. Conversaba con ellos, y se servia de los pájaros para enviar mensajes á la reina de Sabá diciéndole que viniese á verle.

primer susto, al oír nombrar á Salomon : — « ¿Qué estás diciendo, espíritu soberbio, replicó ; no sabes que Salomon murió hace mas de mil ochocientos años ? — Hábllame con mas respeto, le replicó el Genio si no quieres que te quite la vida. — Es decir que en pago de haberte puesto en libertad quieres matarme. ¡ Pues vaya una recompensa ! pronto has olvidado el beneficio. — Eso no impedirá el que mueras á mis manos, le contestó el Genio, y la única gracia que te haré, será la de que elijas el género de muerte. — ¿ Pues en qué he podido yo ofenderte ? preguntó el atribulado pescador. — En nada, le respondió el monstruo ; pero es preciso que mueras, para que cumpla yo el juramento que he hecho, porque has de saber que yo soy uno de esos espíritus maléficos que se revelaron contra Dios. Todos los Genios, menos Secar y yo, prestaron obediencia al Gran Profeta Salomon, y él entonces mandó aprisionarme y llevarme ante su trono. Habiéndome ordenado jurarle fidelidad, me negué á ello, y Salomon, para castigarme, me hizo encerrar en esa copa que tú has abierto y la cerró con su sello, arrojándola en seguida á lo profundo del mar. Pasado el primer siglo de mi encierro, juré que al que me librase le haría inmensamente rico : al segundo siglo ofrecí dar á mi libertador todos los tesoros de la tierra : al tercero, prometí hacerle rey y prolongar los días de su vida. Cansado ya de esperar durante otros muchos siglos, y viendo que nadie venía á abrirme las puertas de mi encierro, desesperado al fin, juré por el Dios del cielo que al que me pusiese en libertad le quitaría la vida. Este hombre has sido tú. Ya ves que no puedo faltar á mi juramento. Es preciso que mueras. »

Grande fué la angustia del pescador al oír expresarse al Genio maléfico de semejante manera. Lloró, rogó, se echó á los pies del monstruo, le hizo presente que tenía mujer y tres hijos, le representó su ingratitud é injusticia, pero inútilmente, porque el Genio permaneció iracundo é inflexible.

Viéndose perdido, el peligro le aguzó el ingenio, y se le ocurrió una idea para ver si con ella podía engañar al

Genio, valiéndose de una estratagema :— « Ya que no puedo librarme de mi mala suerte, dijo, me someto á la voluntad de Dios; pero ántes de morir, quisiera que me dijeras la verdad sobre una duda que tengo. — Te prometo decírtela ; habla. — ¿Es verdad que estabas dentro de esa copa ? — Sí. — Pues no te creo, porque no es posible que un gigante como tú pueda caber en un recinto tan pequeño ; cuando uno solo de los dedos de tu mano lo llena. Lo creeré solo viéndolo. — Pues, por Dios, te juro que dentro estaba, y para que te convenzas de que digo verdad, vas ahora mismo á verlo. »

En seguida el colosal cuerpo del Genio empezó á evaporarse y se fué introduciendo poco á poco en el fondo de la copa. Cuando el pescador, que miraba atento, vió entrar la última partícula de vapor, y que el Genio le dijo : — « ¿Me creerás ahora ? » sin responder, se apresuró á cerrar la copa con la tapadera. Al verse encerrado de nuevo, el Genio se enfureció, é hizo un grande esfuerzo para salir de la copa, pero no pudo conseguirlo porque el sello de Salomon que el pescador había vuelto á ajustar se lo impedia : recurrió entonces á la súplica diciendo al pescador que le abriese la copa y no tuviese miedo, que no le haría ningún daño, y que todo lo que había pasado había sido una broma. — « Ya me guardaré bien de dejarte salir, maldito Genio, le contestó el pescador, porque eres un infame que pagas con la muerte al que te hace un servicio. Voy á arrojar la copa al mar, y á avisar á todos mis compañeros que no vengan á pescar á este sitio, y que si llegan á sacar alguna vez la copa la vuelvan á arrojar inmediatamente si no quieren verse perdidos; y miéntras acabo de cerrarla bien para que no te escapes, te voy á contar la historia del rey leproso y de su médico que... » Pero, Señor, es ya de dia, se interrumpió diciendo Gernarda, y si lo permitís, concluiré la historia del pescador mañana. El sultán Chabriar consintió en ello, y á la hora acostumbrada la sultana prosiguió en estos términos :

EL REY LEPROSO Y LA CABEZA DEL MÉDICO EXTRANJERO

En uno de los distritos de la antigua Persia, reinaba en otro tiempo un soberano de origen griego que padecía la horrible enfermedad de la lepra. Inútiles habían sido cuantos remedios habían hecho con él los médicos más famosos del reino para librarse de esa plaga. Un médico extranjero que andaba viajando para instruirse y perfeccionarse en su ciencia, llegó á la corte de este rey, y habiendo oido hablar del mal que el monarca padecía, dijo que él le curaría. Súpolo el rey, y le mandó venir á su presencia. — « Si me libras de esta enfermedad, le dije, te daré honores y riqueza. — Señor, le contestó el médico, yo me comprometo á curarlos, si V. M. hace lo que yo le ordene. » El rey ofreció hacerlo. El médico se fué á su alojamiento, mandó construir una maza cuyo mango estaba hueco y con hendiduras de trecho en trecho. Habiéndolo llenado de ciertas drogas, volvió á ver al rey y le dijo : — « Señor, montad á caballo é id á la plaza á jugar al mallo con vuestros cortesanos, y despedid la bola con esta maza, teniéndola bien empuñada ; agitaos mucho y transpirad. Cuando con el calor de vuestra mano se hayan recalentado las drogas medicinales que he puesto dentro del mango de la maza, y sus emanaciones penetrado por los poros de vuestro cuerpo, volveréis á palacio, tomaréis un baño friccionado, y os acostaréis en seguida ; y mañana os encontraréis enteramente curado. » Hizo el rey todo lo ordenado por el médico, y cuando se levantó al dia siguiente se encontró completamente limpio y sano, con gran contento y admiración suya y de los cortesanos, por lo cual recompensó generosamente al médico, le sentó á su mesa, honra muy rara y de gran precio en aquellos tiempos, señalándole ademas una pension de mil zequíes al mes.

Tenía este rey un gran visir que era hombre de malos sentimientos, envidioso, avaro, y celoso de la privanza y

del favor que el rey dispensaba al médico, resolvió perder á este, atemorizando al rey, á quien le dijo un dia : — « Señor, tened cuidado con ese médico extranjero, porque he llegado á saber que ha sido enviado aquí por vuestros enemigos para quitaros la vida, y repartirse despues vuestro reino, exterminando toda vuestra dinastía. — No lo creo, visir, le contestó el rey ; ya ves como en vez de hacerme ningun mal, me ha curado de la enfermedad que me affligia, y nunca olvidaré este servicio. — Ciento es, Señor, que os ha librado de ese mal, pero ¿ quién sabe, replicó el envidioso visir, si no ha hecho eso con el objeto de ganar la confianza de V. M. para poder daros mas á su sabor la muerte ? »

Estos y otros discursos semejantes, mas ó ménos insidiosos, no hicieron gran mella en el ánimo del rey los primeros dias ; pero á fuerza de repetírselos, el visir consiguió infundirle la sospecha y la desconfianza. Aprovechando estas disposiciones del príncipe, el visir le dijo un dia : — « Vuelvo á repetir á V. M. lo que le tengo dicho : este médico es un espía, y lo que deberia hacerse con él, es prenderle y cortarle la cabeza. » El rey tuvo la debilidad de dar crédito á las calumniosas insinuaciones del visir, y cedió á sus consejos pérfidos. Mandó llamar al médico, y cuando estuvo en su presencia le dijo : — « ¿ Sabes para qué te he mandado venir ? — Señor, lo ignoro. — Pues bien, te lo voy á decir : he llegado á saber que eres un emisario de mis enemigos, y que el verdadero objeto de tu venida á mi corte es el de quitarme la vida ; así, he determinado que te corten la cabeza. » El médico se arrojó á los piés del rey, protestó de su inocencia, recordó al monarca el servicio que le había hecho dándole la salud, lloró, se lamentó y pidió clemencia ; pero el rey, sin hacer caso de los lamentos del médico, mandó al verdugo, que estaba allí presente, que le cortara la cabeza. Ya se disponía este á descargar el golpe, cuando el médico, que estaba de rodillas y con los ojos vendados, dirigió al rey la palabra diciéndole : — « Ya que no queréis, Señor, revocar esa incicua sentencia de muerte, permitidme, al ménos, el que

vaya á mi casa para hacer testamento, escribir á mi familia, y arreglar mis papeles. Tengo algunos libros preciosos que quiero repartir entre mis amigos, y en particular uno que quiero regalar á V. M., porque es una joya preciosísima, puesto que, entre las infinitas curiosidades que contiene, la mas maravillosa es la de que cuando me hayan cortado la cabeza, poniéndola en una bandeja y abriendo V. M. el libro á la página décima, y leyendo lo que allí está escrito, mi cabeza responderá á las preguntas que le hicieren. »

El rey, deseoso de ver este prodigo, accedió á lo que el médico le pedía y mandó que le llevasen á su casa, y que despues que hubiese arreglado sus negocios, volviesen á traerle.

Miéntras tanto, se extendió la noticia por la corte del prodigo que iba á verificarse con la muerte del médico, y todos los cortesanos y las personas mas notables acudieron á palacio para ser testigos.

Volvieron á traer al médico, el cual, postrándose de nuevo ante las gradas del trono, teniendo en sus manos un gran libro : — « Señor, le dijo, tomad este libro, hojeadlo bien, y despues que hayan cortado mi cabeza, mandad que la pongan en una gran bandeja, leed lo escrito en la página décima, y preguntad en seguida lo que queráis; la cabeza os responderá inmediatamente. Pero vuelvo, Señor, á implorar de nuevo vuestra clemencia, jurándoos que estoy inocente. — Son inútiles tus ruegos, porque aunque fueras inocente, como dices, por solo ver el prodigo de oír hablar á tu cabeza, mandaría que te la cortaran. » En seguida tomó el libro de manos del médico, y mandó al verdugo que cumpliera con su oficio.

Separada la cabeza del tronco, fué colocada en una bandeja. En seguida, con grande asombro de todos los presentes, se estancó la sangre, abrió los ojos, y dijo : — « Abra V. M. el libro. » El rey así lo hizo, y como las hojas estaban muy adheridas unas á otras, el rey empezó á despegarlas sirviéndose de los dedos humedecidos con saliva. Llegó á la décima página. — « Aquí no hay nada escrito, dijo. — Prosiga V. M. hojeando el libro y hallará la

maravilla, replicó la cabeza. » — Continuó el rey despegando las hojas con la punta de los dedos, y, al despegar la hoja vigésima, se sintió acometido de repente de una convulsion horrible, se le turbó la vista y cayó del trono exhalando ayes y gemidos. Cuando la cabeza del médico vió que el rey estaba próximo á espirar, por efecto del veneno sutil y activo de que estaban impregnadas las hojas del famoso libro, exclamó con voz terrible : — « ¡Tirano! Así concluyen los príncipes ingratos que, abusando de la autoridad, pagan con injusticias los servicios que se les hacen. Mas tarde, ó mas temprano, Dios los castiga. » Pronunciadas estas palabras, cerró los ojos y cesó de hablar, y el rey exhaló el último suspiro.

« Así pereció ese rey desagradecido haciendo con su médico lo que tú querías hacer conmigo, continuó diciendo el pescador al Genio encerrado en la copa. Si hubiera escuchado sus ruegos y le hubiera perdonado, él no habría perdido la vida, y lo mismo te sucede á ti, que obraste de igual modo conmigo; por eso te voy á arrojar al mar para que estés allí por los siglos de los siglos. — Amigo mio, respondió el Genio con voz dolorida, te ruego que no hagas tal, porque te juro, si me sacas de aquí, no solo no hacerte daño, sino que te enseñaré un medio muy fácil de hacerte pronto rico. »

El deseo de salir de la miseria en que estaba, y los nuevos juramentos y promesas que le hizo el Genio, le decidieron, al fin, á abrir la copa. Tan luego como el Genio se vió libre, dándole un puntapié la arrojó al mar, y dirigiéndose al pescador le dijo : — « Nada temas, coge tus redes y ven conmigo. » Obedeció el pescador..... Señor, mañana, si gustáis, acabaré de contaros esta historia peregrina, dijo al sultan su esposa, porque ahora, ya es de dia. El sultan, cuya curiosidad era cada vez mayor, se dijo para sí que bien podía alargar la vida de la sultana por algunos dias mas, sin quebrantar su juramento, porque tiempo le quedaba para cumplirlo, y desde este dia, ya no era Diznarda la que rogaba á su hermana que prosiguiese la historia comenzada, sino el sultan mismo.

Así, no repetiremos en lo sucesivo el ruego de Diznarda, ni la órden del sultan, sino que continuaremos las historias segun la sultana las iba refiriendo.

HISTORIA DE LOS CUATRO PESCADOS FRITOS

Decia, Señor, continuó Gerenarda al dia siguiente, que el Genio mandó al pescador que le siguiese. El pescador le siguió hasta llegar á las orillas de un lago situado entre cuatro montañas, y en cuyas aguas cristalinas veíanse juguetear una multitud de peces. — « Echa tus redes, le dijo el Genio al pescador. » Este las echó y sacó cuatro peces de diferentes colores, esto es, el uno blanco, el otro encarnardo, el otro azul, y el otro amarillo. Como nunca los había visto semejantes, se quedó sorprendido mirándolos, y pensando que podria venderlos á buen precio. — « Llévaselos al sultan, le dijo el Genio, y te dará mas dinero por ellos, del que tú has visto en tu vida. Podrás venir á pescar á este sitio cuando quieras, añadió ; pero te advierto quo no eches tus redes mas que una vez cada dia, porque de lo contrario podria sucederte algun contratiempo. » Dando en seguida una patada en el suelo, la tierra se abrió, y el Genio desapareció, hundiéndose por el boquete abierto.

En seguida fué el pescador á palacio y presentó al sultan los cuatro peces : el sultan se admiró al verlos. Y creyendo que serian tan gratos al paladar como lo eran á la vista, mandó que se los sirviesen fritos, y dió cuatrocientos zequies al pescador, el cual no cabia en sí de contento al verse con tanto dinero. La cocinera del sultan, que le había sido enviada por el emperador de los griegos, despues de haberlos escamado, los echó en la sarten, y cuando ya estaban fritos de un lado, al darles la vuelta se abrió una de las paredes de la cocina, y entró por la abertura una majestuosa dama vestida con un rico traje egipcio, y adornada con joyas de inestimable precio. Traia en la

mano una varilla, y acercándose á la sartén en que estaban friéndose los peces, los tocó con ella diciendo al mismo tiempo : — « ¡Pescaditos! ¿cumplís con vuestro deber? » Habiendo repetido esta pregunta por dos veces, los cuatro peces levantaron juntos la cabeza y respondieron : — « Sí, cumplimos; si contáis, arreglamos cuentas; si pagáis, pagamos; si huijs, vencemos, y quedamos contentos. »

Grande fué el susto de la cocinera al presenciar este prodigio, y cuando se recobró de él y fué á ver los peces,



los encontró carbonizados. Echóse la infeliz á llorar y lamentarse por temor de la cólera del sultán que no querría

creer lo que había sucedido, y en esto llegó el visir á buscar los peces. — « Por qué lloras? » le dijo ; y la cocinera le contó lo ocurrido. El visir no le dió gran crédito, y quiso ver por sí mismo si el prodigo se repetía. Ofreció disculpar á la cocinera con el sultan, y mandó á llamar inmediatamente al pescador encargándole que trajese otros cuatro peces iguales. El pescador fué al lago, echó las redes, y sacó otros cuatro pescados como los del dia anterior y se los llevó al visir que le dió otros cuatrocientos zequies. Mientras la cocinera los preparaba, él se ocultó en un rincon de la cocina, y cuando los peces estaban en la sarten medio fritos, volvió á aparecer la dama, hizo la misma pregunta á los pescados, y estos dieron la misma respuesta. Al retirarse, volcó la sarten, y los peces cayeron en medio de las ascuas y se volvieron carbon. Al presenciar lo sucedido, el visir exclamó : — « Esto es demasiado extraordinario y sorprendente para que deje de informar al sultan, y ahora mismo voy á ponerlo en su conocimiento. »

Cuando el visir le contó lo que él mismo había visto, el sultan quiso cerciorarse de que el tal prodigo era cierto. Volvieron á llamar al pescador y le mandaron que trajese otros cuatro peces como los anteriores. Trájolos al dia siguiente, y recibió por ellos otros cuatrocientos zequies. Al verse tan rico, ya no decia que el Genio encerrado en la copa fuese maléfico, sino muy benéfico, y se alegraba de haberle sacado de ella.

Llevaron los aperos de cocina para freir los peces en el gabinete mismo del sultan, haciendo el visir de cocinero. Cuando estaban á medio freir, se abrió una de las paredes del gabinete y apareció, no la dama, sino un negro de colossal estatura vestido con el traje de esclavo. Se acercó á la sarten y con una varita verde que traia en la mano tocó á los peces y les hizo la misma pregunta que la dama, dando los pescados la misma respuesta. Volcó la sarten, echó los pescados en la lumbre, y se marchó por donde había venido.

« Estos pescados y estas apariciones, dijo el sultan,

muy inquieto y pensativo, encierran algun misterio que yo quiero aclarar á toda costa. Manda venir al pescador que los ha traído. » Cuando el pescador estuvo en su presencia : — « ¿ En qué sitio has cogido esos peces ? le preguntó el sultán. — Señor, respondió el pescador, en un estanque que está entre cuatro colinas al pie de esa gran montaña que se ve desde las ventanas del palacio. — ¿ Conoces tú ese estanque ? le preguntó el sultán á su visir. — Señor, contestó este, nunca he visto estanque ninguno en esos parajes, á pesar de que suelo ir á ellos con frecuencia para cazar. — Pues quiero ir yo mismo á verlo, dijo el sultán. » Y en seguida mandó á los cortesanos que le acompañasen, y guiados por el pescador se pusieron en camino.

Al bajar la montaña, el sultán y su comitiva descubrieron, con general sorpresa, una llanura inmensa en medio de la cual se veían reflejar las cristalinas aguas del estanque pobladas de innumerables peces de colores distintos.

No poca admiración causó al sultán, así los variados colores de los peces como el que ninguno de los que le acompañaban tuviese noticia de la existencia de semejante estanque; y como se había propuesto descubrir el misterio que encerraban estas maravillas, mandó acampar en aquel sitio.

Llegada la noche, hizo venir á su tienda al gran visir y le dijo : que decidido como estaba á averiguar el enigma de la historia de los cuatro peces, iba á montar á caballo y recorrer la llanura sin escolta ninguna, pero que como deseaba que su ausencia estuviese secreta, era preciso que se quedase él en su tienda para recibir á los cortesanos y decirles que el sultán estaba ocupado, ó indisposto. El visir le hizo algunas observaciones, pero inútilmente, sobre los riesgos que podría correr, y el sultán montó á caballo y se alejó secretamente del campamento.....

Ya amanece, señor, dijo la sultana interrumpiendo el cuento. Si os agrada el escuchar esta maravillosa historia, la proseguiré mañana á la hora acostumbrada; y en efecto, así lo hizo diciendo :

HISTORIA DEL REY DE LAS ISLAS NEGRAS

Caminó el sultán toda la noche por aquella llanura, y cuando empezó á despuntar el dia, se encontró á las inmediaciones de un grandioso palacio ó mas bien fortaleza de mármol blanco, y cuyas paredes estaban cubiertas con chapas de acero bruñido que, con la luz del sol, despedían reflejos como los del cristal de un espejo. Por tres de sus fachadas, el palacio se hallaba rodeado de un frondoso y espacioso parque en el que se divisaban jardines deliciosos cubiertos de plantas y flores raras, y espaciosos verjales plantados de árboles frutales cargados de frutas exquisitas.

Un enjambre de pájaros, cuyo plumaje de colores vivos y distintos recreaba la vista y el oído con sus gorjeos y armonioso canto, poblaba aquel lugar ameno y de delicias, sin que pudiesen alejarse de él, por hallarse libremente aprisionados por las mallas de una inmensa red de seda y oro tendida por encima de las copas de los árboles, que sin impedirles el revolotear por todas partes, les impedia el abandonar aquel sitio.

Acercóse al palacio, cuyas puertas estaban abiertas, y viendo que á sus llamadas nadie respondía, penetró en su interior. Despues de atravesar el vestíbulo y un gran patio que encontró desiertos, se aventuró á pasar adelante, y recorrió varios aposentos adornados con un lujo verdaderamente oriental. Admirado de tanta magnificencia, siguió recorriendo estancias, y entró en un gran salon mas lujoso todavía, en el que se veian ricas telas de brocado, alfombras y colgaduras hermosas traídas de la Meca; en cada uno de los cuatro ángulos del salon había un leon de oro macizo cuyos ojos estaban figurados con esmeraldas y rubíes, los cuales arrojaban por sus bocas un agua cristalina que, al salir de ellas, se convertía en un arroyo de perlas que iban á juntarse con

las aguas de un surtidor que había en medio del salón, cuyo chorro llegaba hasta el techo, y al caer en una inmensa concha, se convertían sus gotas en diamantes y piedras preciosas de todo género.

Extasiado estaba el sultán contemplando tanta maravilla, y admirado de no haber encontrado alma viviente en ningún aposento, cuando llegó á sus oídos una voz lastimera que decía : — « ¡Ay infeliz de mí, cuan desgraciado soy ! ¡Oh fortuna inconstante ! ya que me has privado de la dicha que gozaba, ¿ por qué no has puesto fin á mi vida ? » Avivada la curiosidad del sultán, y ansioso de saber quién se lamentaba de tal modo, abrió una de las puertas del salón y entró en otro, adornado todavía con mayor riqueza, en el que había un trono de oro y de marfil, y sentado en él un joven de bella apariencia.

Se acercó el sultán y le hizo una reverencia, á cuyo saludo correspondió el joven diciendo : — « Dispensad que no me levante para recibiros como merecéis, pero me es imposible el hacerlo. » Y al expresarse así, levantó el rico manto de brocado con que estaba cubierto, y el sultán vió, con asombro, que aquel joven era hombre de medio cuerpo arriba, y de medio cuerpo abajo piedra de mármol negro.

Compadecido el sultán del triste estado en que aquel joven se hallaba, y pensando que quizás tuviese alguna conexión con los misteriosos pescadillos, acercándose al trono, tomó la mano al joven y le dijo : — « Vuestro infiunio me commueve ; contadme vuestra historia, y estad seguro de que si yo puedo seros útil, trataré de aliviar vuestras penas. — Aunque el relatar mi historia es renovar mis tormentos, no quiero negarme á vuestra súplica, contestó el joven medio-piedra, y empezó diciendo :

« Sabed que mi padre Mahamud era rey del Estado de las Islas Negras, que son las cuatro colinas que rodean hoy un estanque que al venir aquí habréis visto, el cual era ántes la capital del reino, y las colinas eran islas. Cuando murió el rey mi padre, subí al trono, y aunque muy joven, me casé con una princesa que era prima mia,

con la cual viví feliz durante algunos años. Un dia que mi esposa se hallaba en el baño, me sentí con ganas de dormir, y me recosté en un divan. Dos esclavas vinieron en seguida á colocarse á mi lado para velar mi sueño armadas con grandes abanicos para espantar las moscas que quisiesen perturbarlo, y refrescar el aire. Creyéndome dormido, empezaron á conversar en voz baja. — ¿ No es verdad, decia la una, que la reina hace mal en no amar á un príncipe tan gallardo y tan bueno como este? — ¿ Y por qué se ausenta todas las noches y le deja solo en el lecho, sin que el príncipe se queje? — El rey no puede quejarse, porque ignora estas ausencias, respondió la primera. Todas las noches, al tiempo de acostarse, la reina le hace beber una copa de un licor muy agradable en el que ha echado un narcótico : este brebaje le sepulta en un profundo sueño, y mientras le dura al rey este sueño letárgico, la reina hace sus excursiones. Cuando vuelve, despierta ella misma al príncipe haciéndole respirar ciertas sales ; de modo que al abrir los ojos la encuentra siempre á su lado. Ya podéis figuraros qué sentimientos me asaltarian al oir esta conversacion de las dos esclavas; sin embargo, pude dominarme, y al poco rato hice como que me despertaba.

» Aquella misma noche, la reina, segun costumbre, me presentó la copa con el licor consabido, yo la tomé, pero en vez de beberlo, lo arrojé con disimulo por una ventana, y devolví á la reina la copa vacía, para que no sospechara nada. En seguida nos acostamos, y cuando ella me creyó bien aletargado, se levantó con precaucion, se vistió, y dijo en voz alta al marcharse : — Duerme; y ¡ojalá no llegues nunca á despertarte!

» Tan luego como salió mi mujer, yo me apresuré á levantarme ; tomé mi alfanje y la fuí siguiendo con precaucion paso á paso.

» Las puertas cerradas se abrian sin ruido al pronunciar ella ciertas palabras mágicas. Atravesó el jardín, y llegó á un bosquecillo sombreado por espesos emparrados : para evitar el que me viese, yo di un pequeño rodeo, y cuando

llegué adonde ella estaba, á pesar de la oscuridad de la noche, la descubri acompañada de un hombre con quien conversaba muy familiarmente.

» Me puse á escuchar, y oí que le decia :

» — No merezco reconvencion ; ya sabéis la razon que me impide ser mas diligente. Mas si todas las pruebas de cariño que os he dado no bastan, dispuestae stoy á daros otras mayores :sabéis lo que puedo, mandad. Si lo deseáis, ántes que el sol alumbre, cambiaré este palacio en espantosas ruinas habitadas por buhos y cuervos. ¡ Quereis que trasporte estas murallas al monte Cáucaso y fuera del mundo habitado ? pues pronunciad una sola palabra.

» Miéntras se expresaba así la reina , dieron la vuelta, pasando por delante de mí. Tenia el alfanje preparado, y como el hombre venia por el lado en que yo estaba, le di una cuchillada, y cayó en tierra mal herido. Creí haberle muerto y me retiré sin darme á conocer á la reina, á quien perdoné por ser mi prima.

» Al atravesar el jardin, oí que la reina daba grandes gritos, por lo que, viendo su dolor, me alegré de haberla dejado con vida.

» Volví á mi aposento y me acosté, satisfecho de mi obra, y á la mañana siguiente la reina estaba acostada á mi lado.

» Yo me levanté, me vestí, y me fuí al consejo, y cuando volví, se me presentó la reina vestida de luto y con los cabellos en desorden. — Señor, me dijo, suplico á V. M. que no extrañe verme asi; tristes noticias que acabo de recibir, son la causa del dolor que experimento. — ¿Qué noticias son, señora ? le pregunté. — La muerte de la reina mi madre, la del rey mi padre, muerto en una batalla, y la de mi hermano que ha caido en un precipicio.

» Me alegré que así disfrazara la causa de su afliccion, pues era prueba de que no sospechaba fuese yo el matador de su amante. — Señora, es justísimo vuestro dolor, y os acompaño en él, esperando que la razon y el tiempo cicatrizarán vuestro tormento, le dije.

» La reina permaneció un año en su habitacion entregada á las lágrimas, al cabo del cual tomó mi licencia para cons-

tuir un sepulcro en palacio, donde, segun dijo, queria pisar el resto de su vida. Se la concedi, y mandó edificar un alcázar con una cúpula que se ve desde aquí, al que llamó « *Palacio de las lágrimas* ».

» Luego que estuvo terminado, hizo conducir á él secretamente el cuerpo de su amante, á quien, á pesar de su magia, ni pudo curar, ni conservarle la vida, ni aun devolverle el habla.

» La reina iba con mucha frecuencia al *Palacio de las lágrimas*.

» Quise saber lo que allí hacia, y un dia me oculté en el palacio. Cuando llegó mi esposa á la tumba de su amante, empezó á llorar y á lamentarse, exclamando : — ¡ Oh tumba, tú has destruido la ternura con que yo era amada ! ¡ Has venido á ser depositaria del tesoro mas precioso de la tierra !

» Estas exclamaciones me indignaron, porque habéis de saber, señor, que el hombre que la reina lloraba era no un joven príncipe gallardo, sino un horrible negro esclavo. ¡ Caprichos de mujer enamorada ! No pude contenerme entonces, y saliendo de repente del escondrijo en que estaba, exclamé tambien diciendo : — ¡ Oh tumba ! ¡ por qué no te has tragado á un tiempo á la mujer perfida é infiel y al horrible amante !

» Levantóse entonces la reina hecha una furia, y encarándose conmigo : — ¡ Infame ! me dijo, tú eres la causa de mi dolor y todavía vienes á insultar á una amante desesperada. Bien sabía que eras tú quien había privado de la vida al ídolo de mi amor, y harto he disimulado. — Yo fui, sí, le repliqué encolerizado, quien castigó á ese monstruo, y contigo debiera haber hecho otro tanto. Al mismo tiempo desenvainé mi alfanje, pero ella léjos de intimidarse, cruzándose los brazos, con sonrisa sarcástica me dijo : — Modera tu ira, y al mismo tiempo pronunció ciertas palabras cabalísticas, añadiendo : — Por la virtud de mi arte mágica, quiero y mando que la mitad de tu cuerpo se convierta en mármol.

» Luego que la indigna maga me transformó, por medio

de otro encanto, me trasladó á este sitio, se apoderó de mis tesoros y convirtió la capital de mis Estados en el estanque que habéis visto, y en peces á mis vasallos. Los cuatro colores de peces que contiene, significan las cuatro clases de habitantes que había en mis Estados ; los blancos eran musulmanes, los encarnados persas , los azules cristianos y los amarillos judíos : los cuatro cerros eran las cuatro islas que daban nombre á este reino. Todo esto lo supe despues por la misma maga, para colmo de mi afliccion. Pero no paró en esto su venganza, sino que todos los dias viene á flagelarme cruelmente administrándome cien azotes sobre mis espaldas desnudas, y desgarra mis carnes. Terminada la flagelacion, cura mis llagas, no por compasion, sino para que pueda sufrir el mismo martirio al dia siguiente, y en seguida me cubre con este manto de brocado para mayor escarnio. »

Al llegar aquí el jóven rey de las Islas Negras, se le oprimió el corazon, y el sultan se enterñció. Poco despues exclamó el infortunado rey :— « ¡Dios poderoso ! yo me someto á vuestrs juicios, y confío en que vuestra infinita bondad me recompensará. »

Vuelto el sultan de su estupor, exclamó :— « ¡Oh príncipe digno de compasion ! nada me ha conmovido tanto como oir vuestra historia, y los autores que la escriban, tendrán la ventaja de referir el hecho mas extraordinario del mundo. Solo falta la venganza, y de esa yo me encargo. »

En efecto, hablaron sobre el particular, y despues de declarar el sultan quién era y el motivo de su presencia en aquel sitio, enteró al jóven rey del modo que pensaba vengarle. Tomadas sus disposiciones, el sultan se fué á descansar algunas horas, y á la aurora del dia siguiente, cambiando de traje, se trasladó al *Palacio de las Lágrimas*, y esperó la venida de la reina maga. Esta, despues de haber flagelado á su desgraciado esposo, como de costumbre, sin tener cuenta de sus lamentos y lágrimas, no tardó en presentarse.

Al ver en aquel lugar á un hombre á quien no conocia, se quedó sorprendida, y adelantándose el sultan le dijo :

— « Te admira el verme aquí porque no me conoces. Sabe, pues, que soy el Genio soberano y protector de estos lugares, y que ya estoy cansado de oír los lamentos de tu esposo, á quien tan horriblemente martirizas, y las quejas de los habitantes de este reino que tú has metamorfoseado en peces, por medio de tus encantos. He decidido poner fin á tus hechicerías, y que todo vuelva á su primitivo estado. Así, si no quieres perecer á mis manos, te mando que inmediatamente vayas á desencantar á tu esposo. Si obedeces, serás recompensada. — Estoy dispuesta á hacer lo que mandáis. ¿ Queréis que le establezca en su primitivo estado ? contestó la reina. — Sí. »

Ella tomó entonces una taza con agua, y articuló unas palabras ; el agua hirvió como si estuviera al fuego ; en seguida marchó donde estaba el joven rey, y le roció con dicha agua diciendo : — « Si el Criador te formó como estás, ó si está enojado contra ti, permanece en ese estado ; pero si estás en él por mi encanto, recobra tu verdadera forma. » — En el momento se levantó el príncipe vuelto á su primitivo estado, dando gracias á Dios muy regocijado. La maga continuó : — « Véte de este palacio, y si aprecias la vida no vuelvas á él jamás. »

El rey, cediendo á la necesidad, salió y se fué á esperar al sultán, cuyos planes comenzaban á realizarse tan felizmente.

La maga volvió al *Palacio de las Lágrimas* y le dijo al sultán : — « Ya está hecho lo que me habéis ordenado. »

El sultán continuó en tono brusco : — « Lo que has hecho no basta. — ¿Qué queréis decir ? repuso ella. — ¡Desventurada ! continuó el sultán, hablo de las cuatro islas y de sus habitantes que has hecho desaparecer con tus encantos. Todos los días levantan la cabeza los peces del estanque maldiciéndonos. Vé, ponlo todo en su primitivo estado, y á tu vuelta recibirás la merecida recompensa. — Vuelo á ejecutar lo que me mandáis. » — En seguida partió, y cuando hubo llegado al estanque, tomó un poco de agua é hizo una aspersión..... Pero ya es tarde para acabar hoy esta historia, dijo, interrumpiéndose, la sul-

cana. Con el beneplácito del sultan concluiré de referirla mañana.

FIN DE LA HISTORIA DEL PESCADOR Y DEL REY DE LAS ISLAS NEGRAS.

Á la mañana siguiente á la hora acostumbrada, la hija del gran visir continuó diciendo : — Hecha la aspersión y pronunciadas algunas palabras, desaparecieron el estanque y los peces, y reapareció la ciudad, capital del reino, en su antiguo brillo y esplendor. Los peces multicolores se transformaron en hombres, mujeres y niños pertenecientes á las cuatro razas de habitantes del reino, inahometanos, persas, judíos y cristianos, los cuales, al volver á sus tiendas y casas, encontraron todas las cosas en el mismo ser y estado que tenían cuando fueron transformados.

La comitiva del sultan, acampada á las inmediaciones del estanque, se quedó atónita y asombrada al hallarse de repente en medio de la gran plaza de una ciudad tan floreciente y tan poblada.

Tan luego como la reina hechicera obró este prodigioso cambio, se apresuró á volver al *Palacio de las Lágrimas* para recibir la recompensa que el fingido Genio le había prometido. — « Ya estáis obedecido, le dijo. — Acércate, » le contestó el sultan. Ella se acercó sin la menor desconfianza ; y el sultan, que tenía ya su alfanje desenvainado, agarrándola con una mano, descargó sobre su cabeza una cuchillada tan tremenda, que se la partió en dos mitades, cayendo exánime la reina, sin haber podido defenderse, ni pronunciado una sola palabra. En seguida se fué á buscar al príncipe de las Islas Negras que impaciente le esperaba. — « Príncipe, le dijo abrazándole, ya no tenéis nada que temer. Vuestra implacable enemiga ya no existe. En lo sucesivo podéis vivir tranquilo en vuestra capital, á menos que no queráis honrar la mia, que está vecina, donde se os recibirá segun merecéis. — ; Oh mo-

narca á quien se lo debo todo ! ¿ Creéis estar cerca de vuestra capital ? — Sí, replicó el sultan, como que no dista mas que cuatro horas. — Un año de viaje hay, contestó el jóven rey. No dudo habréis venido en el tiempo que decís, pues mi capital estaba encantada, pero desde que ha dejado de estarlo ha cambiado todo. No por eso dejaré de seguiros aunque fuerais al fin del mundo. Quiero acompañaros, y abandono mi reino sin pena alguna. »

Sorprendido quedó el sultan, pues no podía comprender estuviese tan lejos de sus Estados, pero el príncipe le convenció, sin que le quedase duda. — « Nada importa, replicó el sultan, el trabajo de volver á mis Estados, pues quedo recompensado con haber hallado un hijo ; porque ya que me hacéis el honor de acompañarme, y yo no tengo hijos, os adopto y nombro mi heredero. »

El sultan y el príncipe se abrazaron con ternura ; y ya no se pensó mas que en los preparativos del viaje, con gran pesar de sus vasallos que recibieron de su mano uno de sus parientes mas cercanos por rey.

Finalmente, se pusieron en marcha con cien camellos cargados de riquezas, siguiéndolos cincuenta caballeros bien montados y equipados. Tuvieron un viaje feliz : y cuando el sultan, que había enviado emisarios para dar aviso de su llegada, estuvo cerca de la capital, salieron á recibirle varios oficiales quienes le noticieron que no ocurría novedad en su imperio. Los habitantes celebraron su vuelta con grandes fiestas que duraron muchos días.

Al siguiente de su llegada, el sultan contó á su corte cuanto le había pasado, y les participó la adopción hecha del rey de las cuatro Islas Negras, que todos aceptaron.

En cuanto al pescador, causa primordial de la libertad del príncipe, le colmó el sultan de bienes, con los que pasó feliz el resto de sus días con su familia.

Aquí terminó la sultana la historia del Genio y el pescador. Diznarda y el sultan manifestaron á la sultana que estaban muy complacidos, á lo que ella respondió que sabía otro cuento mas bonito todavía, el que empezaría á contar la mañana siguiente, si el sultan se dignaba oírlo.

HISTORIA DE LOS TRES KALANDORES HIJOS DE REY, Y DE LAS TRES DAMAS DE BAGDAD

Señor, empezó diciendo Gerenarda á la mañana siguiente, en el reinado del kalifa Harun Alraschid, habia en Bagdad un mandadero, especie de mozo de cordel, que, á pesar de su humilde condicion, era hombre de ingenio, y de jovial humor. Un dia que se hallaba en el mercado esperando quien le ocupase en su oficio, se acercó á él una dama con el rostro cubierto con un velo, y le dijo que la siguiese. El mandadero la siguió, y la dama se detuvo ante una puerta á la que llamó, saliendo á abrir un venerable anciano al que la dama dió algun dinero. Sin hablar una palabra, el anciano se retiró y volvió á salir al poco tiempo con una ánfora de vino que la dama mandó colocar en su capacha al mandadero.

Despues se paró en la tienda de un vendedor de frutas y de flores, compró varias clases de unas y otras, así como de ensaladas; y al pasar por una carnicería hizo que la pesasen una arroba de carne sin hueso, completando sus provisiones con algunas especias finas de la India, aguas aromáticas, y todo género de pastelería; con lo cual se llenó la capacha del mandadero.

Seguida por este, llegó delante de un palacio, cuyas puertas eran de ébano y marfil, y dió en ellas un golpecito.

No tardaron en abrir, y se presentó otra dama de una hermosura tan grande, que, al verla, causó tal emocion al pobre mandadero, que no faltó muy poco para le dejar caer la capacha con las provisiones al suelo. La dama que le había empleado, notó la impresion que había producido en él la hermosura de la portera, y se distrajo hasta el extremo de olvidarse que estaba la puerta abierta.

— « ¿ Por qué no entras, hermana ? dijo la dama que la abrió. ¿ No ves que ese hombre está muy cargado ? »

Entraron los tres, y despues de atravesar un pórtico

suntuoso, pasaron por un patio rodeado de una galería enrejada que comunicaba con varias habitaciones, adornadas con esplendor. En el fondo del patio había un estrado, con un trono de ámbar sostenido por columnas guarneidas con diamantes y perlas, y revestido de raso encarnado, bordado de oro. En el centro del patio había un estanque, rodeado de mármol y lleno de agua que se deslizaba abundante por la boca de un león dorado.

El mandadero, á pesar de su cansancio, estaba absorto de lo que veía ; y lo que llamó mas su atención fué una tercera dama, que aun le pareció mas hermosa que las dos primeras, sentada en el trono, del cual bajó para recibir á aquellas así que las vió. Por el respeto con que la trataban, creyó que debía ser la principal, y así era. Esta se llamaba Zobeida, la que abrió Sofía, y Amina la que había ido por provisiones, la cual se había quitado el velo al entrar en la casa.

Zobeida dijo á las otras dos : — « Hermanas, ¿no veis que ese buen hombre viene muy fatigado ? » Entonces Amina y Sofía descargaron al mandadero, y pusieron la capacha en el suelo. La desocuparon, y Amina pagó con esplendidez al hombre, el cual, en vez de retirarse, permaneció inmóvil en el mismo sitio. Zobeida creyó que estaba descansando, pero viendo su detención, le dijo : -- « ¿Qué esperáis ? ; no os han pagado bien vuestro trabajo ? hermana, dá algo mas á ese hombre para que se vaya contento. — Señora, respondió el mandadero, no me detengo por eso ; mi trabajo lo han pagado con demasía. Veo mi imprudencia de haber permanecido aquí, lo que espero me perdonen, habiendo sido motivo de ello la extrañeza que me causa el no ver ningún hombre con tres damas tan hermosas. La sociedad de mujeres solas es tan desabrida como la de hombres solos. » Á estas palabras añadió otros chistes en prueba de lo que decía, sin olvidar el dicho de Bagdad : « que no se está bien en mesa donde no haya cuatro personas, » y terminó diciendo que ya que eran tres, necesitaban una cuarta.

Ríeronse las damas, y Zobeida le dijo en tono grave : —

« Amigo, sois un poco indiscreto, pero aunque no debia, os diré que somos tres hermanas, que arreglamos nuestros negocios sin dar cuentas á nadie de ellos ; porque como dice un autor célebre : « El que revela su secreto ya no es dueño de él. » Si no puedes guardar tu secreto, ¿cómo lo han de guardar los extraños ?

— Señoras, dijo el mandadero, desde luego juzgué que erais personas de grandes prendas, y no me he equivocado. Aunque de condicion humilde, no he dejado de leer algunos libros científicos, y me permitirán decirles que yo he aprendido una máxima que dice : « No ocultemos nuestro secreto, sino á personas indiscretas, ó á los necios, porque abusarán ; mas los prudentes lo sabrán guardar. » El secreto en mí, está como en habitacion cuya llave fuese perdida, y la puerta estuviera sellada. »

Zobeida reconoció talento en el mandadero, pero presumiendo que quería disfrutar del banquete que iban á tener, replicó sonriendo : — « Sabéis que vamos á regalarnos, pero tampoco ignoráis los gastos que hemos hecho ; por lo que no será justo que seáis de la partida sin poner nada. » Sofía conforme con el parecer de su hermana dijo : — « Amigo, ¿no habéis oido el proverbio que dice : « El que algo pone, parte tiene, y el que no, con ello se retira ? » El mandadero se hubiera visto en el caso de retirarse, si « Amina, tomando su defensa, no hubiese dicho á sus hermanas : — « Os suplico permitáis se quede con nosotras, pues tiene buena disposicion para divertirnos. Os aseguro que, sin su ligereza y buenos oficios, no hubiera podido comprar tanto en tan corto tiempo. » El hombre quiso entonces devolver el dinero que le habían dado y Zobeida se lo mandó guardar, diciéndole : — « Lo que sale de nuestras manos en pago de servicios, no vuelve á ellas. Amigo, añadió, si consentimos en que os quedéis, no es solo con la condicion del secreto, sino de que observaréis las reglas de la decencia y del decoro. » En tanto, la gracia Amina preparaba la mesa y la cubría con exquisitos manjares. En seguida se sentaron á ella las tres damas, e hicieron sentar tambien al mandadero.

Servido el primer plato, Amina echó de beber y bebió la primera, segun costumbre árabe. Luego sirvió á sus hermanas que bebieron una tras de otra, y por último presentó la cuarta copa al mandadero, el que besó la mano de Amina al recibirla, entonando una cancion encaminada á decir que el vino recibia mas exquisito gusto viniendo de su mano. Las damas se regocijaron y cantaron tambien, y durante la comida reinó una franca alegría.

El dia tocaba á su término cuando dijo Sofía al mandadero :— « Ya es tiempo de que os retiréis. »— Este, no resolviéndose á dejarlas, replicó :— « ¿Adónde queréis que vaya en el estado en que estoy ? Con lo que he bebido no encontraré el camino de mi morada. Consentid en que duerma en cualquier paraje de esta casa hasta mañana. »

Despues de haberse consultado entre sí las hermanas, Zobeida dijo por fin al mandadero : « Te concedemos esa nueva gracia, á condicion de que has de ser mudo respecto á lo que nos veas hacer, porque podria costarte muy caro el hacer preguntas indiscretas; levántate, añadió, y lee lo que está escrito sobre aquella puerta. » El mandadero se levantó, aunque no sin trabajo, y leyó en alta voz las palabras siguientes escritas con letras de oro : « El que pregunta lo que no le importa, oye lo que no quiere. » — Al volver á su asiento, exclamó :— « Señoras, os juro que mi boca será muda, y mis ojos serán ciegos. — Está bien, » dijó Zobeida.

Entrada ya la noche, Sofía encendió una multitud de lámparas y bujías perfumadas que, al par que alumbraban la estancia, la aromatizaban con un perfume delicioso. En seguida, Amina volvió á cubrir la mesa con nuevos manjares y exquisitos vinos, para la cena, y las tres hermanas, con el mandadero, despues de haberse sentado, se disponian á hacer honor al festín; cuando oyeron llamar á la puerta de la calle, á la que acudió presurosa Sofía para ver quién era. — « Hermanas, volví diciendo al poco tiempo, creo que se nos presenta una buena ocasion para divertirnos esta noche. Los que han llamado son tres kalandores, ó derviches persas, segun sus trajes

lo demuestran, que acaban de llegar á Bagdad, y nos ruegan les demos hospitalidad por esta noche. Me ha llamado la atencion, al examinarlos, el que los tres son tuerdos del ojo derecho y tienen afeitadas la barba, la cabeza y las cejas. Yo creo que podemos recibirlos sin inconveniente, pues dicen que se marcharán en cuanto amanezca. » Puestas de acuerdo las otras dos hermanas, consintieron en recibir á tales peregrinos, y Sofía no tardó en presentarse con los tres kalandores, los cuales, al entrar, hicieron á las damas un cortés saludo y profundas reverencias. Estas les correspondieron convidándolos á que se sentasen con ellas á la mesa.

Concluida la cena, queriendo los recien llegados manifestar su agradecimiento por el buen recibimiento que se les habia hecho, preguntaron á las damas si no tendrian algunos instrumentos de música con que poder darles un concierto. — « Sí, contestó Sofía. » — Acto continuo se levantó, y fué á buscar un laúd, un tam-tam ó tamboril turco y una flauta que puso en mano de los extranjeros. Estos, despues de habérselos repartido y acordado, empezaron á tocar una cancion muy popular que las damas conocian, y aun la acompañaron con sus voces. Despues de esta sonata, los kalandores tocaron otras varias, los cantos se repitieron; y cuando, excitados todos por la música acompañada por las libaciones que se hacian de exquisitos vinos, la animacion era general, grande el bullicio, se oyeron dar fuertes y repetidos golpes á la puerta. La música cesó, y Sofía salió á informarse de la causa de aquel ruido.

Pero, como ya es de dia, se interrumpió la sultana, y añadió : « Mañana os diré, señor, quiénes eran los que llamaban á una hora tan avanzada de la noche. »

A la hora acostumbrada, en efecto, la sultana Gernarda anudó su historia diciendo : — Habéis de saber, señor, que el kalifa Harun Alraschid acostumbraba salir disfrazado por la noche para recorrer la ciudad, con el fin de informarse por sí mismo de lo que pasaba en ella, y observar si sus órdenes eran cumplidas. Acompañado

aquella noche por Giasfar, su gran visir, y por Mesrour, jefe de los eunucos, vestidos los tres con trajes de mercaderes, hacia su ronda acostumbrada por las calles de la ciudad, cuando al pasar por delante de la casa de las tres hermanas oyó la música y el ruido que allí se hacía, y quiso saber la causa de tanta algazara. Por orden suya, el visir Giasfar llamó, y cuando la hermosa Sofía abrió la puerta, al ver una dama de tal porte, se inclinó respetuosamente, y le dijo : — « Señora, somos unos mercaderes del Mosul que hemos llegado hoy mismo á Bagdad. Despues de haber depositado nuestras mercancías en los almacenes, hemos salido á dar una vuelta por la ciudad, y nos hemos extraviado. Al pasar por delante de esta casa, los ecos de vuestra música han llegado á nuestros oídos, y como nos sería imposible el atinar á estas horas con nuestro alojamiento, nos hemos decidido á pedir la hospitalidad á los habitantes de ella, por esta sola noche, suponiendo que nuestra presencia no los incomodaria, y que nos permitirían el pasarla aunque sea en el vestíbulo. » Miéntras Giasfar hablaba, Sofía examinó con la mayor atención á los tres hombres, cuyo porte y maneras no le parecieron sospechosos, puesto que, sin cerrarles la puerta, les dijo que no siendo ella el ama de la casa, iba á prevenir á esta, y les rogó esperasen un momento.

Puesta en conocimiento de sus dos hermanas la demanda de los tres mercaderes, Zobcida y Amina, mediante el buen informe de Sofía, creyeron que podrian concederles lo que no habian negado al mozo de cordel, y á los tres kalandores. Sofía, pues, volvió á buscarlos, y los introdujo en el salon, y Zobeida, despues de hacerles leer la sentencia escrita sobre la puerta, les exigió la promesa bajo juramento, de que no harian ninguna pregunta directa ó indirecta sobre lo que vieran ú oyeran. Los fingidos mercaderes prestaron el juramento que se les exigia, y tomaron parte en el festín, aceptando las pastas, los dulces y las copas que se les ofrecieron. El kalifa, en medio de la alegría general que reinaba, estaba admirado de la hermosura de las damas, de la riqueza y del buen gusto de

los adornos de la casa, lo cual hacía un singular contraste con el aspecto del ébrio mandadero, y de los tres kalandores, tuertos todos ellos del ojo derecho. De buena gana habria hecho algunas preguntas sobre cosas tan raras ; pero, acordándose del juramento que habia prestado, se contuvo.

Acabada la cena, continuaron las canciones ; y los tres tuertos se pusieron á bailar segun el uso de su país, lo cual divirtió mucho á las damas y á los recien venidos.

Cuando los kalandores concluyeron su danza, Zobeida dijo á sus hermanas que era preciso hacer lo que tenian por costumbre. En seguida, Amina y Sofía quitaron la mesa y renovaron las bujías, ayudadas por el mandadero algo mas despabilado, merced á un sueñecillo que habia echado. Amina colocó un sillón en medio de la estancia, y Zobeida vino á sentarse en él. Despues, seguida por el mandadero, se entró en uno de los cuartos, y volvió á salir armada con un látigo que entregó á su hermana, miéntras que el mandadero traía dos perras sujetas con una cadena de hierro. Bastaba verlas para conocer los malos tratamientos de que eran objeto. Zobeida, dando un gran suspiro exclamó : — « ¡ Cumplamos con nuestro deber ! » Mandó que le acercasen una de las perras y comenzó á darle sendos latigazos hasta que casi le faltaron las fuerzas. Cuando cesó de castigarla, la perra y ella se miraron de un modo tan particular y tan tierno, que una y otra empezaron á derramar lágrimas abundantes. Zobeida enjugó las de la perra con su propio pañuelo, la acarició y besó, y en seguida mandó que le trajesen la otra perra á la que maltrató, acarició y besó lo mismo que á la primera. Amina se llevó en seguida á los pobres animales al cuarto de donde los habia traído. — « Hermana, dijo entonces Sofía, vuelve á ocupar tu sitio para que yo pueda cumplir tambien con mi deber. » — Zobeida se levantó y fué á sentarse en el estrado, miéntras que Amina sacando de una caja de cedro, con guarniciones de oro, un magnifico laúd, lo puso en manos de Sofía, la cual, despues de haberlo templado, cantó una cancion alusiva á los tor-

mentos de la ausencia, con una melodía y un tono tan expresivos, que todos los circunstantes se sintieron conmovidos. Amina, á su vez, tomó el instrumento, ocupando el lugar de Sofía, y cantó tambien otra cancion alusiva al mismo asunto, pero de un modo tan apasionado y vehementemente que, al final de la última estrofa, le faltaron las fuerzas, y cayó al suelo, sin sentido. Zobeida y Sofía se apresuraron á socorrerla, le desabrocharon el vestido, y los hombres, que se habian acercado para ayudarlas á levantarla del suelo, vieron con asombro y horror que tenía llenos de llagas y de cicatrices el cuello, la garganta, las espaldas, todas las partes, en fin, del cuerpo que habian sido descubiertas.

Los kalandores y los tres falsos mercaderes estaban asombrados al presenciar semejantes escenas.— « ¡Mas nos hubiera valido, decian los primeros, haber pasado la noche fuera de esta casa, que haber entrado en ella para ser testigos de espectáculos de esta naturaleza ! — ¿Qué significa todo esto ? les preguntó, por lo bajo, el kalifa. — Señor, no lo sabemos, le respondió en el mismo tono uno de ellos. Somos forasteros, y hacia muy poco que habíamos entrado aquí, cuando habéis llegado. » La misma pregunta hicieron entonces al mandadero, que contestó se hallaba tan ignorante como ellos. El kalifa queria á toda costa saber la signification de todo lo que habia visto, é iba ya á quebrantar el juramento que habia prestado de guardar silencio, si el prudente visir no le hubiese hecho algunas reflexiones, y logrado el contenerle. Los tuertos, por su parte, tampoco quisieron dirigir pregunta alguna, y por ultimo se convino entre todos que fuese el mozo de cordel el que se arriesgase á hablar el primero.

Zobeida que habia observado la animacion y los cuchicheos de sus huéspedes, luego que Amina recobró sus sentidos, se acercó á ellos y les preguntó cuál era el motivo de la discusion que entre si tenian. — « Señora, respondió el mandadero, estos señores os ruegan por mi conducto que les expliqueís las cosas tan extrañas que hemos presenciado, porque dicen que no lo entienden,

y yo, por mi parte, tampoco lo entiendo. — ¡Es cierto lo que dice este hombre? les preguntó con altivez Zobeida. — Ciento es, respondieron todos ellos. — Antes de permitiros el permanecer en nuestra compañía, replicó cada vez mas encolerizada Zobeida, os exigimos, y vosotros prestasteis el juramento de no hacer pregunta alguna para indagar las cosas que vieseis ó que oyeseis. Os hemos agasajado en cuanto nos ha sido posible, por nuestra parte, y vosotros, por la vuestra, faltáis indignamente á vuestro juramento. Pues bien, tened entendido, que en vista de vuestra conducta, no habrá perdon para vosotros. » Y al terminar sus últimas palabras dió tres fuertes palmadas, y exclamó: — « ¡Venid pronto! »

En el mismo instante se abrió la puerta de uno de los cuartos que comunicaban con la sala del festín, y salieron por ella siete robustos esclavos negros armados con cuchillas, se apoderaron de los siete curiosos, y los echaron á tierra para cortarles las cabezas.

Tan repentina é inesperada fué el ataque, y tan grandes el terror y la sorpresa, que ántes de que pudieran defenderse, el mandadero, los tuertos, el kalifa y los que le acompañaban, se vieron en el suelo y con los alfanjes de los negros sobre sus cabezas. Al kalifa le pesó entonces no haber seguido los consejos de prudencia de su visir Giafar que le había dicho que dominase su curiosidad impaciente por aquella noche, y que al dia siguiente tan pronto como saliesen de la casa haría prender á los habitantes de ella, y llevándolos ante su presencia los interrogaría á su sabor, obligándolos á aclarar los misteriosos hechos que habían visto.

Ya iban los esclavos á descargar el golpe fatal sobre los indiscretos huéspedes, cuando Zobeida, haciéndoles seña de que se detuvieran: — « Aguardad, les dijo; ántes de que mueran, quiero saber quiénes son estos hombres que se han conducido de tan mala manera. » Aprovechándose de esta suspension, el mandadero empezó á gritar: — « Señora, exclamó, no es justo que pague por el que es culpable un inocente. Estos malditos tuertos

tienen la culpa de lo que sucede, porque, en todos los países, los tuertos, los cojos y los bizcos han sido siempre aves de mal agüero. » Á pesar de su enojo, Zobeida se sonrió al oír la exclamación del mandadero, pero, sin prestar atención á sus lamentos, se dirigió á los otros huéspedes, y les dijo : — « Quiero saber quiénes sóis, porque al ver el modo que habéis tenido de portaros con nosotras no debéis ser gente honrada y bien nacida. » Despechado el kalifa de verse en aquella situación, y su vida á merced del capricho de una mujer ofendida, le dijo á Giafar que declarase quién era. El visir le contestó : — « Nos sucede lo que merecemos. » Ya iba, sin embargo, á hablar, cuando Zobeida encarándose con los tres kalandores : — « ¿ Sois hermanos los tres, les preguntó, y tuertos de nacimiento ? — No lo somos, señora, por los vínculos del parentesco, aun cuando lo seamos por nuestra profesion, respondió uno de ellos, y la perdida de mi ojo derecho, añadió, yo la debo á un suceso extraordinario digno de ser conocido. » Los otros dos respondieron, poco mas ó menos, de la misma manera, y el que habló primero añadió : — « Sabed, señora, que no somos gente de baja esfera , sino que los tres somos príncipes, hijos de reyes bien conocidos en el mundo. »

Al oír estas palabras, Zobeida mitigó un tanto su ira, y mandó á los esclavos que los dejásen libres, pero que permaneciesen en la estancia sin perderlos de vista. « Contadnos, pues, vuestra historia, añadió, y el objeto que tuvisteis al venir á esta casa, y veremos si vuestras razones son admisibles. » No bien oyó el mandadero estas palabras, cuando se apresuró á hablar el primero diciendo : « Señora, mi historia es bien sencilla : mi padre fué mandadero, y yo seguí su ejemplo. Me hallaba esta mañana, como de costumbre, en el mercado esperando que alguno me ocupase, cuando vuestra hermana , la señora Amina, me mandó que la siguiera. Obedecí, y pasámos por varios puestos y tiendas comprando comestibles que yo puse en mi capacha, y cuando esta estuvo llena vinimos á esta casa en la que me permitió vuestra bondad quedarme , y sen-

tarme á la mesa, honra y favor que no olvidaré en toda mi vida. Lo demas, ya lo sabéis, y sin la maldita curiosidad de estos tuertos..... — Marcha de aquí, le interrumpió Zobeida, y guárdate de volverte á presentar en nuestra presencia. — Permitidme el quedar algunos momentos mas para oir la historia de estos señores, ya que ellos han oido la mia ; en cuanto la concluyan me largaré, y no me volveréis á ver el pelo. » Zobeida consintió, y el mandadero se fué á sentar en un rincón llorando y suspirando de gozo por verse libre del peligro de muerte que había corrido.

Miéntras tanto, uno de los tres príncipes tuertos, empezó la narracion de las aventuras de su vida en estos términos..... Pero dejemos, señor, esta historia para mañana, dijo la sultana Gerenarda, porque ahora ya es de dia.

HISTORIA DEL PRIMER KALANDOR TUERTO, HIJO DE REY

Á la hora acostumbrada de la mañana siguiente, la sultana empezó diciendo : — Tomando la palabra el kalandor : « Señora, dijo, dirigiéndose á Zobeida : el rey mi padre tenia un hermano que reinaba en un país vecino y á cuya corte iba yo á pasar algunas temporadas en compañía de un hijo suyo, primo mio, de quien me habia hecho muy amigo. La última vez que estuve á verle, me recibió con muestras de mayor cariño. Una noche que estábamos cenando solos, me dijo el príncipe mi primo : « Tengo que comunicarte una cosa reservada, pero solo lo haré si me juras que guardarás el secreto. » Yo se lo prometí sin restriccion ninguna. Entónces me dijo que durante mi última ausencia había mandado construir un palacio subterráneo que era una maravilla, y que queria que lo viera. « Espérame aquí un momento, añadió, que pronto vuelvo. » En efecto, salió, y al poco rato volvió acompañado por una bellísima jóven vestida con un traje riquísimo. Nos sentámos de nuevo á la mesa, y prolongá-

mos la velada fumando y bebiendo. Ya muy avanzada la noche, el príncipe nos dijo á la dama y á mí : « Vamos á ver el palacio secreto. » Y los tres nos encaminámos hacia cierto sitio ocupado por algunas tumbas. Se detuvo delante de una de ellas, y haciendo uso de una piqueta con que se había provisto, quitó la losa del sepulcro, y descubrió una trampa con una argolla de hierro. El príncipe, tirando de esta argolla, alzó la trampa, y apareció una escalera. — « Señora, dijo entonces á la jóven que nos acompañaba, podéis bajar, pues por aquí iremos al sitio que sabéis. » La dama, sin responder una palabra, empezó á bajar los escalones, el príncipe hizo otro tanto, y yo me disponía á seguirlos, cuando volviéndose de repente hacia mí, me dijo : — « Primo, te estoy muy agradecido ; te recomiendo el secreto, y te ruego te vuelvas por donde has venido : » y sin esperar mi respuesta, dejó caer la trampa, y desapareció de mi vista. Pasada mi primer sorpresa, quise abrir la trampa, pero me fué imposible porque mi primo la había sujetado por dentro. Entonces me volví á palacio y me acosté, pero sin poder dormir, y pensando en la aventura original que me parecía un sueño, hijo de los vapores del vino. Al dia siguiente, á la hora acostumbrada, quise saber si el príncipe mi primo me recibiría, pero me respondieron que había pasado la noche fuera de palacio, y que no había vuelto todavía. Entonces conocí que no había soñado, y que era una realidad la desaparición de mi primo. El rey mi tío, que se hallaba en este momento ausente, á quien yo no quise decir nada, por no faltar á mi juramento, cuando volvió hizo practicar las mayores diligencias, para saber en dónde estaba, ó lo que le había sucedido al príncipe ; pero todo inútilmente. Á pesar de la aflicción en que le veía, creí prudente el no prolongar mi ausencia por mas tiempo en su corte, y regresé á los Estados de mi padre. Al llegar á la capital y dirigirme a palacio, me vi rodeado por una fuerte escolta, lo que me sorprendió, y mas cuando el oficial que la mandaba, acercándose á mí me dijo : — « Príncipe, el gran visir, aclamado por el ejército, ha subido al trono que ocupaba

vuestro padre, el cual ya no existe, y yo tengo órden de conduciros á su presencia. » Cuando me tuvo delante de sí el rebelde usurpador se arrojó furioso sobre mí, y con su propia mano me arrancó el ojo derecho, en venganza de que yo, involuntariamente había sido causa de que tambien él fuese tuerto, porque estando yo un dia en la azotea del palacio divirtiéndome en tirar á los pájaros con la ballesta, en ocasion que el gran visir se hallaba tambien en la azotea de su casa, situada no léjos del palacio, una de mis flechas se extravió, y fué á clavarse en su ojo derecho. Cuando yo supe este accidente, me apresuré á pedirle mil perdones, y á manifestarle mi sentimiento : á pesar de esto, desde entonces me odiaba, guardando contra mí el mas profundo resentimiento. No contento con haberme arrancado el ojo, hizo meterme en una jaula de hierro, y mandó que me llevasen á un bosque no léjos de la ciudad, que me quitasen allí la vida, y dejasen expuesto mi cadáver á la voracidad de las fieras y aves de rapiña. Felizmente los encargados de ejecutar esta órden inicua, eran antiguos servidores de mi padre, y me tenian algun cariño ; así fué que, compadecidos de mi desgraciada suerte, al llegar al sitio de la ejecucion, me sacaron de la jaula, y en vez de cortarme la cabeza, me dijeron : « Príncipe, huid y salid inmediatamente del reino si queréis conservar vuestra vida, y que nosotros no perdamos la nuestra. » Les di gracias con la mayor efusion, y seguí su consejo dirigiéndome á los Estados de mi tio.

Cuando llegué á su capital, le encontré muy desconsolado por la desaparicion del príncipe, y su afliccion se aumentó cuando le participe la muerte del rey mi padre, y lo que me habia sucedido. Yo creí entonces que debia revelarle lo que sabía sobre la desaparicion de mi primo. Despues de haberme escuchado muy atentamente : — « Lo que me cuentas, dijo, me da algunas esperanzas de encontrar al príncipe. Tuve noticia de que hacía construir una tumba, y conozco el sitio. Iremos los dos solos, para no divulgar el secreto, y trataremos de saber lo que le ha sucedido. » En efecto, por la noche salimos de pala-

cio disfrazados, y con sus indicaciones y las mías, no tardamos en descubrir la bóveda sepulcral, y la trampa



con la argolla de hierro. Nos costó mucho trabajo el abrirla, pero, al fin, lo conseguimos. Al bajar la escalera sentímos un olor nauseabundo, y cuando llegámos al fin de ella entrámos en un salón embovedado en cuyo centro había un estrado, y sobre él dos lechos. Innumerables

provisiones de boca se veían esparcidas por el suelo. El rey subió los escalones del estrado y descorrió las cortinas del lecho, y vimos con asombro el cuerpo inanimado del príncipe, pero ennegrecido y carbonizado como un tizón. El de la dama que le había seguido, que estaba en el otro lecho, se encontraba lo mismo. Lo que mas me admiró en medio del horror que me causó la vista de semejante espectáculo, fué el ver que el rey mi tío, lejos de entregarle á las demostraciones del dolor que debía causarle el triste fin de su hijo, se descalzó una babucha, y después de haber escupido sobre el rostro del príncipe, azotó con ella sus mejillas, exclamando al mismo tiempo con indignación : — « Has recibido en este mundo el castigo que merecias : en el otro, tu castigo durará eternamente. » Y volviéndose á mí me dijo : — « El príncipe, de acuerdo con su hermana, conspiraba contra mí con el objeto de arrojarme del trono, y aun de quitarme la vida, si me resistía. Yo llegué á tener conocimiento de sus planes, y le hice algunas reconvenciones, pero temerosos él y su hermana de que yo los castigase según lo merecían, bajo pretexto de construir una tumba, hizo edificar este recinto, y vinieron á sepultarse en él para sustraerse del castigo que temían. »

Salimos de aquel fúnebre sitio, cerramos la trampa y tapiamos la entrada de la tumba, como mejor pudimos. Empezaba á amanecer, y al llegar á palacio, oímos un ruido confuso de sonidos bélicos causados por la proximidad de un numeroso ejército conducido por el visir traidor que había destronado á mi padre y había invadido el reino de mi tío. Á los pocos días embistió la capital ; el rey mi tío, á la cabeza de las pequeñas fuerzas que pudo reunir, se defendió cuanto pudo, y murió heróicamente. Yo combatí á su lado, y logré salvar la vida después que la ciudad se rindió, haciéndome afeitar la barba y el cabello y disfrazándome con el traje de kalandor. Así pude salir de la ciudad y del reino sin ser conocido, y marchando noche y dia, he podido llegar á los dominios del poderoso Comendador de los Creyentes, el ilustre Harun Alras-

chid, siendo mi intencion la de arrojarme á sus piés y contarle mis cuitas.

Al entrar por las puertas de esta ciudad, me encontré con este otro kalandor que me dijo, que tambien él acababa de llegar, y estando hablándonos, se nos acercó otro compañero que nos saludó y nos dijo que venía de países extraños. En vista de que todos tres llegábamos al mismo tiempo y quizas con el mismo objeto, convenímos en vivir reunidos, y empezámos á recorrer la ciudad para buscar alojamiento, cuando tuvimos la honra de entrar en esta casa en donde hemos sido tratados con tanta generosidad y cortesanía, de lo cual, yo por mi parte, estoy sumamente agradecido.

— « Está bien, dijo Zobeida ; podéis marcharos cuando gustéis. — Señora, replicó el kalandor, espero que no me negaréis lo que habéis concedido á ese mandadero, y me permitiréis oír la historia de mis compañeros. » Zobeida hizo un ademan afirmativo, y el príncipe tuerto fué á sentarse á un lado del estrado.

En seguida, dió principio á su historia el segundo kalandor, en estos términos :

HISTORIA DEL SEGUNDO KALANDOR TUERTO, HIJO DE REY

« Para que sepáis, señora, por qué serie de aventuras llegué á perder mi ojo derecho, será preciso que os refiera mi historia desde los primeros años de mi vida. Sabed, pues, que yo nací príncipe, y que el rey mi padre, desde mi mas tierna infancia, trató de cultivar mi entendimiento dándome los mejores maestros en ciencias y artes, así de su reino como del extranjero.

Fueron tan sorprendentes los adelantos que hice, que, á pesar de mis cortos años, la fama de mi talento y saber se extendió hasta el interior de las Indias, cuyo emperador quiso conocerme personalmente, y con este objeto envió una solemne embajada al rey mi padre, cargada con ricos

presentes, para rogarle me permitiera ir á verle. Mi padre accedió al ruego del emperador, y yo marché acompañado por los embajadores y escoltado por cincuenta jinetes. Ya llevábamos unos cuantos meses de camino, cuando, al atravesar un desierto, vimos á lo lejos una gran polvoreada, y poco después distinguimos una numerosa tropa de árabes beduinos, ladrones del desierto, que se dirigían hacia nosotros. Como éramos muy inferiores en número, y no podíamos resistirlos por la fuerza, tratámos de librarnos de ellos con buenas razones, haciendoles presente nuestra calidad de embajadores. Inútiles fueron nuestros esfuerzos, y al cabo tuvimos que venir á las manos. En el combate perecieron los embajadores, la mayor parte de los jinetes de la escolta, y yo caí herido. Pude levantarme y huir, y los ladrones beduinos, ansiosos de repartirse el botín, no se cuidaron de perseguirme.

Caminé todo el dia, y la noche la pasé en una gruta que encontré en donde pude curar mi herida que, por fortuna, no era grave. Continué caminando durante mas de un mes, sin mas alimento que algunas raíces y frutas silvestres, y llegué á una gran ciudad, de agradable aspecto, y me entré en la primera tienda que encontré con el objeto de saber el país en que me hallaba. El dueño que era un sastre, al ver mi juventud y mis maneras, me recibió con afabilidad, y en vista de ello, yo me decidí á contarle lo que me había sucedido, diciéndole quién era. — « Guardaos de decir á nadie lo que acabáis de referirme, me dijo, porque si llegase á saberlo el príncipe que reina aquí, que es enemigo de vuestro padre, os jugaría una mala partida. Todos vuestros conocimientos, y las ciencias que sabéis, no os servirán de nada en este país, porque no encontraréis ocasión de hacer uso de ellos, y si sabéis algun oficio, lo mejor será que os dediquéis á ejercerlo. » — Yo le contesté que no había aprendido ninguno. — « Pues entonces, lo mejor que podéis hacer es ir á cortar leña al monte que no está lejos y traerla á vender á la ciudad, lo cual os dará lo suficiente para ganar la vida hasta que se os proporcione la ocasión de volver á vuestra tierra. »

Á pesar de lo penoso y duro que debia serne el nuevo oficio, seguí el consejo del buen sastre, el cual no solo me albergó en su casa, sino que me proveyó de vestido adecuado y de las herramientas necesarias para el corte y acarreo de la leña.

Al cabo de un año que viví de esta manera, no solo gané mi sustento, sino que tuve con que devolver al sastre los desembolsos que había hecho para equiparme.

Un dia que me hallaba ocupado en derribar á hachazos un árbol grueso, descubrí al borde de sus raíces una placa con una argolla de hierro. Tiré de esta argolla, y apareció á mi vista una escalera por la que me decidi á bajar, y me encontré en un salon embovedado sostenido por columnas de pórfiro, en el que reinaba la misma claridad que sobre la tierra, cosa que me admiró. Di algunos pasos, y vi venir hacia mí una hermosa dama que se quedó tan sorprendida como yo al vernos mütuamente : — « ¿ Sois Genio ú hombre ? » me preguntó. — « Hombre soy, » le respondí. Entónces ella continuó : — « Me admira el veros en este lugar, que habito hace muchos años, en donde jamas, hasta ahora, ha entrado alma viviente. » Despues de echar una ojeada á mi alrededor y visto la riqueza y el lujo mas que oriental de aquella estancia, le expliqué el cómo la había descubierto, le conté mis aventuras, y le dije quién era. La hermosa dama correspondió á mi confianza, resiriéndome á su vez las suyas. — « Soy la hija, me dijo, del grande Epitamáros, rey de la Isla del Ébano. Iba á casarme con un príncipe, pariente mio, cuando fui robada por un Genio que me trasladó á este palacio encantado adonde viene á verme cada seis dias. Si se me antoja algo, no tengo mas que tocar un talisman que me ha dejado, y al momento tengo lo que deseo. El Genio ha estado ayer aquí, por consiguiente, durante cinco dias, si os agrada este sitio, podéis permanecer en él y hacerme compañía, y yo trataré de agasajaros lo mejor que me será posible. » Yo no vacilé en aceptar una proposicion tan halagüeña ; y la princesa, entónces, me hizo vestir uno de los requísimos trajes que

allí había, y después de tomar un baño nos sentamos á la mesa que encontramos cubierta de exquisitos manjares, y vinos excelentes, servido todo por manos invisibles. Después de comer y de beber copiosamente, trastornada mi cabeza con los vapores del vino, y deseando sacar á la princesa de aquel sitio, le propuse que se viniese conmigo á respirar el aire libre y á gozar de la verdadera luz del



sol; pero ella, sonriendose, no aceptó mi proposicion por temor del Genio. Echándola yo entonces de valiente, le dije que no tenia por qué temerle, porque, si llegaba á presentarse, pelearia con él y le venceria, aunque me costase la vida, y en prueba de que no le temia, me levanté, agarré el talisman, y lo arrojé con violencia al

suelo en donde se hizo mil pedazos. — « ¡Qué habéis hecho, desgraciado! » exclamó la princesa. Apénas fué roto el talismán, cuando se oyó un tremendo ruido, acompañado de relámpagos, seguidos de espesas tinieblas, y todo el palacio se conmovió como si fuera á desplomarse. La princesa gritó entonces : « ¡Huid, príncipe, si queréis salvar la vida! » vi cabeza se despejó de repente, y entonces conocí, aunque tarde, la imprudencia que había cometido.

Aturdido, y sin saber casi lo que hacía, me despojé del rico traje que vestia y volví á ponerme el mio, subí apresuradamente la escalera, y salí del subterráneo, cerrando su entrada con la placa de hierro que cubrí con tierra ; pero fué tan grande la turbacion y el terror que se apoderaron de mí, que en la precipitación de mi fuga me dejé olvidados en la escalera mis zuecos y mi hacha.

Cuando entró el Genio en el palacio subterráneo, le dijo encolerizado á la princesa : — « ¿Por qué me has llamado? — Yo no os he llamado, contestó ella, sino que al ir á buscar un frasco de esencias, al pasar junto al talismán me resbalé, caí sobre él y se rompió — ¡Impostora! exclamó el Genio, ¡por qué mientes de esa manera ? ¡Piensas engañarme así ? ¡de quién son, añadió, estos zuecos y esta hacha? » La princesa no supo qué responder, y el Genio empezó á maltratarla cruelmente.

Al entrar en casa, el sastre se mostró muy gozoso de verme y me dijo :—« Ya me tenía inquieto vuestra ausencia, porque si acaso habéis contado á otros lo que á mí me habéis referido, y ha llegado á oídos del príncipe, me temía que, descubierto vuestro nacimiento, y sabiendo quién sois, hubiera mandado prenderos ó quitaros la vida. » Yo le di gracias por el interes y cariño que me manifestaba, pero no le dije nada de lo que me había sucedido. A la mañana siguiente, muy temprano, el sastre entró en mi cuarto y me dijo que un hombre anciano había encontrado en el monte mis zuecos y mi hacha, y que quería entregármelos él mismo. Al oír esto, sentí correr por todo mi cuerpo un sudor frío, se me mudó el color, y se

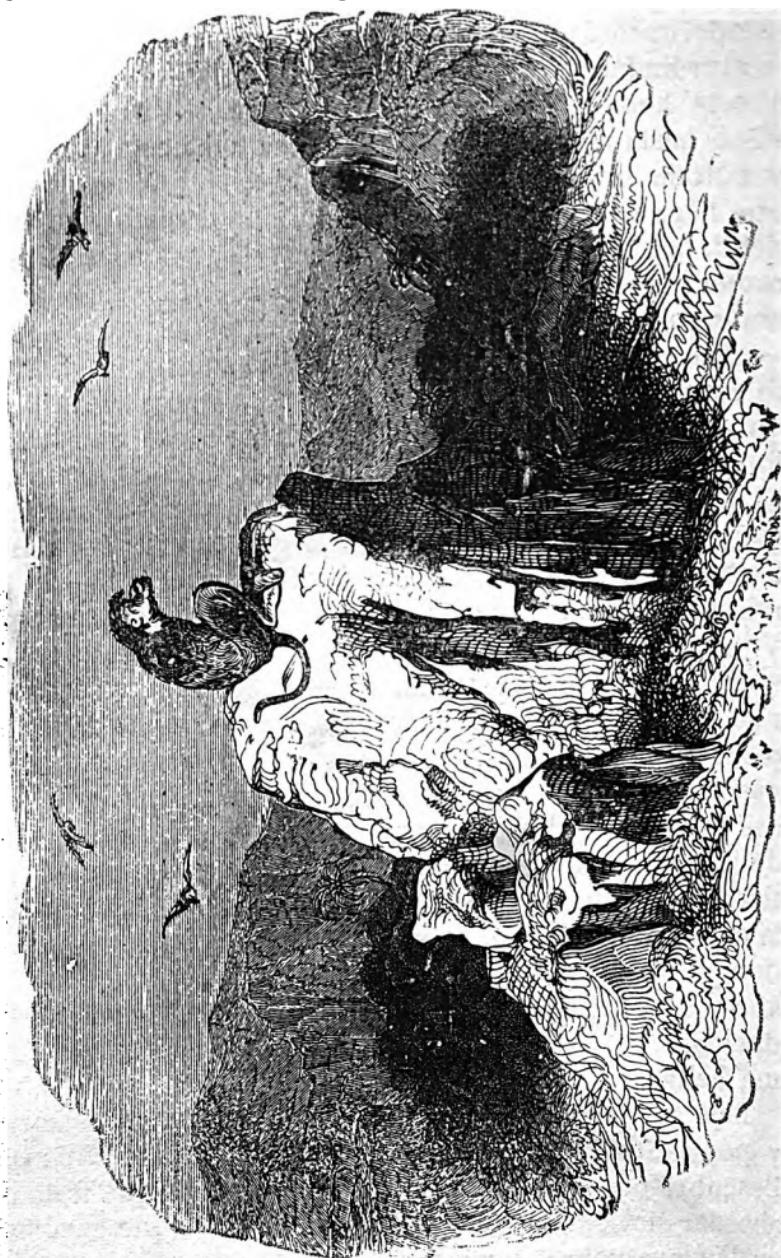
apoderó de todos mis miembros un temblor general. El sastre me preguntó qué tenía, y ántes de que pudiera responderle entró en el aposento el fingido viejo, que no era otro que el Genio, robador y carcelero de la princesa



del Ébano. Dirigiéndose á mí, y mostrándome mis zuecos y mi hacha : — « ¿ Son tuyos, me dijo, estos objetos ? » Sin esperar mi respuesta, me agarró por la cintura, y me elevó por los aires á una altura inmensa. Yo me desvanecí, y cuando recobré el sentido me encontré en el palacio de

la princesa desgraciada del Ébano, á quien vi tendida en el suelo, con el rostro bañado en lágrimas, y cubierta de heridas. El corazon se me partió de dolor al verla en tal estado, recordando que había sido yo, con mi petulancia y aturdimiento, la causa de su desventura. — « ¿ Conoces á este hombre ? le preguntó el Genio. — Nunca le he visto hasta ahora, respondió — Pues toma esta cimitarra y córtale la cabeza, replicó el Genio. — ¿ Cómo queréis que haga eso, si con la sangre que he perdido estoy tan débil, que ni aun puedo moverme ? — ¿ Conoces á esta mujer ? me preguntó á mí en seguida el Genio. — No la conozco, respondí ; y esta es la primera vez que la veo. — Pues toma la cimitarra y córtale la cabeza. — Señor, le contesté con firmeza, haced de mí lo que gustéis, pero yo no ejecutaré un acto de tal barbarie con una mujer indefensa que está próxima á exhalar el último suspiro. » El Genio se enfureció, y agarrando la cuchilla, cortó la mano derecha á la infeliz princesa que espiró pocos momentos despues. Volviéndose á mí en seguida : — « Lo mismo debería hacer contigo, me dijo, pero no te mataré. Voy solamente á transformarte en perro, ó en gato, ó en mico, ó en ave de rapiña. Elige. » Yo me arrojé á sus piés y le dije : — « ¡ Oh poderoso Faramud, nieto de Eblis, príncipe de los Genios, perdonadme ! ¡ Sed generoso y magnánimo conmigo ! » Por toda respuesta, el Genio me asíó por el medio del cuerpo, y me transportó á la cima de una elevada montaña, y allí, tomando un puñado de tierra, y pronunciando sobre ella unas palabras cabalísticas, la esparció, soplando, sobre mi cabeza, diciendo al mismo tiempo : — « Deja la figura de hombre, y toma la de mico. » La metamorfosis se verificó en el acto ; el Genio desapareció, y yo me encontré solo, sin saber en qué país me hallaba.

Bajé al llano, y despues de andar errante por bosques y por valles durante un mes, llegué á las orillas del mar. Descubrí no léjos de la costa un buque al que traté de abordar sirviéndome del tronco de un árbol que encontré en la playa, sobre el que me monté armado con dos ramas



de árboles de las que me servia á manera de remos para navegar. Miéntras que yo me iba acercando al buque, los pasajeros y la tripulacion me miraban desde la cubierta con una viva curiosidad, que se cambio en asombro al verme trepar al buque por una amarra que encontré colgando en uno de los costados. Luego que me vi en medio de ellos, como no podia hablar, empecé á hacerles señas, pero no logré el que me entendieran, y algunos de ellos supersticiosos, interpretando mi venida al buque como un presagio de mal agüero, querian matarme ó arrojarme al mar, lo que al fin habrian ejecutado si el capitán, á quien logré interesar en mi favor con mis *monadas* y caricias, no me hubiera tomado bajo su proteccion. Al cabo de unos cuantos dias, arribamos con felicidad al puerto de una gran ciudad que era la capital de un Estado poderoso. Tan pronto como anclamos, vinieron á bordo muchas gentes con objetos diferentes, y el sultan, al saber el arribo del buque, envió á él uno de sus oficiales encargado de hacer escribir en un gran libro á todos los pasajeros algunos renglones. « Sabréis nos dijo, que hace pocos dias que ha muerto de repente uno de los visires del sultan que escribia de una manera admirable, y nuestro amo ha hecho juramento de no proveer su plaza sino en un hombre que sepa escribir como el visir difunto. » Al oir esta explicacion, todos se apresuraron á dar muestras de su talento caligráfico, esperando obtener la preferencia. Yo salté sobre la mesa en que estaban los escritos de los pasajeros que creyeron al pronto que yo iba á desgarrarlos, y empezaron á gritar, muy alarmados; pero sin hacer caso de sus gritos, que se cambiaron en asombro despues, tomé la pluma y escribi, á mí vez, varios renglones en todas las formas y caractéres de letras conocidas entonces en Oriente. El oficial partió, y presentó al sultan el libro, y despues de dar una rápida ojeada por los escritos de los pasajeros, se detuvo en mirar lo que yo había escrito, y exclamó : « Id al buque y traedme inmediatamente al que ha escrito estos renglones, montado sobre uno de mis mejores caballos y vestido con una

túnica de brocado, haciéndole escoltar por un piquete de honor. — Señor, le dijeron los oficiales de servicio, el que ha escrito esos renglones no es un hombre, sino un mico. » — El sultan creyó que se burlaban, y se irritó al oírles hablar de esta manera; pero cuando se convenció de que era cierto lo que decían, mas admirado todavía, confirmó la orden precedente.

No tardó en esparrirse por la ciudad la noticia de que el sultan iba á nombrar visir á un mono que escribia admirablemente, y la carrera que debia yo seguir desde el puerto al palacio del sultan se cubrió de un inmenso gentío apiñado en calles, balcones y azoteas, ansioso de ver al futuro visir-mico.

Los oficiales volvieron á bordo, me cubrieron con ricos vestidos, me montaron sobre un soberbio caballo lujosamente enjaezado, y me condujeron al palacio en la forma que el sultan lo había dicho.

Cuando me hallé en presencia del sultan, poniéndome las manos sobre la cabeza, é inclinándose hasta el suelo, le hice las reverencias de costumbre, como si fuera un hombre que no ignorase el acatamiento que se le debia, lo cual llenó de asombro al sultan y á los cortesanos que le rodeaban. Despues de la audiencia, le sirvieron la comida al sultan que me hizo sentar con él á la mesa, creciendo de punto su admiracion al ver como yo comia y bebia. Despues de comer me preguntó por señas, si yo sabía jugar al ajedrez, y habiéndole hecho comprender que sí, mandó traer un tablero, y jugámos tres partidas, de las cuales, el sultan me ganó la primera, y yo las dos posteriores. Esto le lastimó un poco en su amor propio, y yo, para disipar su enfado, tomé una pluma y escribí unos versos en los que decia que habiéndose batido lealmente dos ejércitos durante todo el dia, con el mayor denuedo y valentía, por la tarde hicieron las paces, y pasaron la noche juntos en el mismo campo de batalla, con la mayor fraternidad y alegría.

Cada vez mas maravillado el sultan de la habilidad y talento que yo descubria, no quiso ser solo á gozar del

— placer que le causaban estos descubrimientos, y mandó á buscar á la princesa su hija, á la que, por su hermosura singular llamaban « BELDAD OLÍMPICA. » La princesa no tardó en presentarse acompañada por su eunuco y sus esclavas. Venía con el rostro descubierto, pero al entrar en el gabinete del sultan se lo cubrió inmediatamente con el velo.

— « ¡ Por qué me privas, hija mia, le dijo el sultan, del placer de ver tu semblante divino cuando aquí no hay mas hombre que yo, tu eunuco y las esclavas de tu servicio?

— Padre, os engañáis, replicó la princesa; aquí hay un hombre extranjero. — Hija, tú deliras; aquí no hay mas extranjero que este mono, cuyo talento me admira, y precisamente te he mandado venir para que veas este prodigio. — Pues sabed, señor, que ese que creéis mono es un príncipe, hijo de un rey poderoso, el cual, por arte mágico de un Genio, nieto de Eblis, ha sido transformado en mono, despues de haber muerto á la princesa Aurora, hija de Epitamáros, rey de la Isla del Ébano. » — Atónito se quedó el sultan al oir hablar á su hija de esta manera. —

« ¡ Pues cómo sabes tú esas cosas, le preguntó ? — Ya recordaréis aquella anciana respetable, contestó la princesa, que me disteis por aya en los primeros años de mi infancia. Aquella mujer era una hechicera y me enseñó el arte de la magia y de los signos cabalísticos; de modo que si quisiera podria trasladar vuestra capital al medio del Océano ó á las montañas del Cáucaso. Conozco á todos los Genios, y el poder de cada uno de ellos, y estoy enterada de todas sus fechorías. Por eso así que entré aquí reconocí al príncipe oculto bajo la piel de un mico.

— Hija, tu saber me sorprende, no creía que fueses tan entendida. — Estas cosas son buenas para saberse, pero no para hacer alarde de ellas, respondió Beldad Olímpica.

— Pues entonces, replicó el sultan, haz, si tienes poder para ello, que el príncipe recobre su forma primitiva, le dijo el sultan y te le daré por esposo. — Voy á complacerlos al momento. » La princesa salió en seguida y volvió al poco rato trayendo en su mano una especie de cuchillo sobre cuya hoja de finísimo acero habia grabadas diferen-

tes figuras y signos cabalísticos. Nos hizo bajar á un verjel reservado del palacio, situado á orillas de un río, acompañados solo por el jefe de los eunucos y un esclavo. Allí trazó con el cuchillo mágico un gran círculo, dibujó en él varios jeroglíficos, y pronunció ciertas palabras que nosotros no entendimos. Poniéndose en seguida en medio del círculo, hizo un conjuro y exclamó : — « ¡ Ven á mi presencia ! » — Inmediatamente sentímos estremecerse la tierra, un negro nubarrón veló la luz del sol por algunos momentos, y cuando se disiparon las tinieblas, vimos aparecer al Genio en forma de un león monstruoso cuya sola vista hacia erizar los pechos. Al verle, exclamó la princesa : — « ¡ Monstruo ! ; cómo te atreves á presentarte delante de mí de esa manera ! ; crées, por ventura, intimidarme ? » — ¿ Y tú, replicó el Genio, por qué faltas al pacto que hemos hecho de no perturbarnos uno al otro ? » y se abalanzó hacia Beldad Olímpica con las garras levantadas y su enorme boca abierta en ademan de devorarla. La princesa que estaba ya prevenida, ántes que el león se acercase á ella, se arrancó uno de sus cabellos, lo convirtió en alfanje y le cortó al monstruo la cabeza, la cual una vez separada del cuerpo se transformó en escorpión, y Beldad Olímpica tomó la forma de una serpiente colosal, trabándose entre los dos reptiles una encarnizada pelea. Viéndose malparado el escorpión, se convirtió en gavilán, y ella en águila negra. Continuaron peleando por los aires, y los perdimos de vista; pero al poco rato se abrió la tierra y por su grieta vimos salir un horrible gato negro con el pelo erizado y dando furiosos maullidos. En pos de él salió también un perro lobero. Viéndose tan acosado el gato, se subió á un granado y se transformó en gusanillo, yendo á ocultarse en una de las granadas que el árbol tenía, la cual empezó á hincharse y á tomar tan enormes dimensiones, que al fin se rebentó, y todos los granos se esparcieron por el suelo. El perro-lobo se transformó entonces en gallo y empezó á picotear y á comerse los granos esparcidos. Cuando creyó habérselos comido todos y venía hacia nosotros cacareando y con las alas extendidas, vió un grano

que había quedado á la orilla del río y se avalanzó á comérlo, pero el grano se deslizó y cayó al río en donde se transformó en pececillo; entonces el gallo se arrojó también al agua y se convirtió en otro pez mayor. A poco rato oímos unos desaforados gritos y vimos aparecer dos dragones horribles que, asidos uno al otro, hacían esfuerzos para aniquilarse, arrojándose mutuamente torbellinos de humo y fuego por la boca, y cubriendo con espantosas llamas todo su cuerpo. Uno de estos dragones infernales se desasió del otro, al ver que no podía vencerle, y vino hacia nosotros. Indudablemente habríamos perecido todos abrasados por el fuego que nos arrojaba el monstruo, si el otro dragón no hubiera acudido á socorrernos; pero por pronto que lo hizo, no pudo evitar el que al sultán se le chamuscara toda la barba, que el jefe de los eunucos fuera quemado vivo, y que yo recibiera un chispazo en el ojo derecho.

La lucha entre los dos dragones se hizo entonces más encarnizada, pero no tardamos en oír gritos de triunfo dados por Beldad Olímpica que se nos apareció en su forma natural, y vimos á sus piés un montón de cenizas ennegrecidas. — « He vencido al Genio, nos dijo, peleando con él en los cuatro elementos de la Tierra, el Aire, el Agua y el Fuego, y le he hecho conocer que era más fuerte y que sabía más que él; pero esta victoria me cuesta la vida, porque estoy penetrada por el fuego que no tardará en consumirme. Tráeme pronto, le dijo al esclavo que había quedado ileso, una copa con agua. » El esclavo obedeció, y la princesa, tomando la copa, sopló sobre el agua que contenía, pronunció algunas palabras cabalísticas y la derramó en seguida sobre mi cabeza diciendo : — « Si eres hombre, y no mono, vuelve á tomar tu forma primitiva. » En el acto desapareció la piel de mico que me cubría, y yo recobré mi forma verdadera, pero sin el ojo derecho. Yo me arrojé á sus piés para manifestarle mi agradecimiento y ratificar la promesa que el sultán su padre le había hecho de que sería su esposo, pero ella me contestó : — « Príncipe, esta unión no podrá realizarse,

porque me quedan pocos instantes de vida. Si hubiera podido comerme aquel grano de la granada que cayó al río, no habría tenido necesidad de recurrir al fuego para vencer al Genio; pero no he podido evitar el que este penetrarse en mis entrañas: me está abrasando, y me quedan ya pocos momentos de vida. » El sultán y yo nos quedamos aterrados al oír hablar así á la princesa, la cual empezó á dar gritos desgarradores. — « ¡Socorredme! exclamaba, ¡que me abrasió! » y al poco rato exhaló su último suspiro en medio de horribles convulsiones, y su hermoso cuerpo quedó reducido, como el del Genio, á otro montón de cenizas.

Es imposible el expresaros el dolor que el sultán y yo experimentamos al ver perecer á la princesa de un modo tan desastroso. Hubo un luto general en la ciudad cuando se divulgó la noticia de la muerte de Beldad Olímpica, como si cada uno hubiese perdido una hermana ó una hija. El sultán cayó enfermo de pena, y á los pocos días me mandó á llamar y me dijo: — « Príncipe, ántes de vuestra venida yo era feliz, y ningun contratiempo turbaba mi felicidad; pero desde que entrasteis en este palacio, entró con vos la desgracia, y habéis sido la causa de la muerte de mi querida hija. Alejaos de aquí inmediatamente, salid de mis Estados, y que no os vuelva á ver mas en mi vida, porque si permanecéis aquí mas largo tiempo, creo que se consumaría mi completa ruina. » Conformándome con la órden del sultán, salí del palacio en seguida, deplorando mi fatal destino que me había hecho ser la causa de la muerte de dos princesas tan hermosas, dignas de mejor suerte: me hice afeitar la barba y el cabello, y vistiendo este traje que llevo, me encaminé á los Estados del ilustre Jefe de los Creyentes, el magnánimo Harun Alraschid, con intencion de darle cuenta de mis aventuras, y rogarle me facilite los medios de volver al reino de mi padre. Al entrar en esta ciudad me encontré con mis dos compañeros y recibimos la hospitalidad en vuestra casa del modo que sabéis.

— « Está bien, le dijo Zobeida. Podéis marcharos cuando

gustéis, ó quedaros á oir la historia de los otros huéspedes. » Aprovechándose de este permiso, el segundo kalandor fué á sentarse al lado del primero para escuchar la historia del tercero que tomó la palabra y empezó diciendo .

HISTORIA DEL TERCER KALANDOR TUERTO, HIJO DE REY

« Mi historia, señoras, difiere de la de mis compañeros de desgracia, porque si la pérdida de su ojo derecho la deben á un accidente ajeno é independiente de su voluntad, yo debo el haberme quedado tuerto á una desgracia voluntaria, hija de mi imprudencia.

Me llamo Agib, y soy hijo de un rey llamado Casib. Muerto éste, le heredé y fijé mi residencia en la misma ciudad, que está situada á orillas del mar, y tiene un hermoso puerto, con un arsenal capaz de armar ciento cincuenta navíos de guerra. Se componía mi reino de varias provincias en tierra firme, y gran número de islas grandes, situadas en su mayor parte á la vista de mi capital.

Visité primero las provincias, luego hice armar mi escuadra y fuí á ver mis islas, para darme á conocer á mis vasallos. Al poco tiempo hice otro viaje por mar; y mi afición á viajar creció tanto, que decidí hacer descubrimientos mas allá de mis islas. Al efecto hice equipar diez navíos, me embarqué, y nos hicimos á la vela. Nuestro viaje fué feliz durante cuarenta días, mas la noche del cuarenta y uno, se volvió el viento contrario, y estuvimos á punto de naufragar. Al amanecer se disiparon las nubes, calmando el temporal, y arribamos á una isla donde descansamos dos días, y de nuevo nos lanzamos al mar.

A los diez días de navegación, esperábamos ver tierra, cuando, el dia décimo, un marinero nos dijo desde el palo mayor, que á derecha é izquierda no había mas que mar y cielo; pero que delante de él por el lado de proa creía notar un objeto muy negro.

Á estas palabras el piloto arrojó el turbante contra la cubierta, y mesándose los cabellos exclamó : — « ¡Señor ! ¡Estamos perdidos ! Nadie puede escapar del peligro, y



mi experiencia es nula para poder librarnos de él. » Yo le hice que se explicara, y él me contestó : — « La tempestad que hemos sufrido ha extraviado nuestro rumbo de tal modo, que mañana nos encontraremos al pie de ese bulto

negro, que es la montaña negra del iman, que desde ahora atrae nuestra flota, á causa del hierro que entra en la construccion de los navíos. Cuando lleguemos á determinada distancia, la fuerza del iman atraerá los clavos, y los navíos se sumergirán ; en la cima hay una cúpula de bronce sostenida por columnas del mismo metal; sobre ella hay un caballo con un jinete tambien de bronce ; el jinete tiene en el pecho una placa de plomo con letras talismánicas. Es tradicion que aquella estatua es la causa de la perdida de tantas embarcaciones y que no dejará de ser fatal á todo el que por desgracia se le acerque, hasta que sea destruida.

El piloto volvió á lamentarse, yo mismo creí llegada mi última hora, y cada uno se ocupó en tomar las medidas mas convenientes para su salvacion.

Al otro dia vimos la montaña con toda claridad, haciéndola mas horrible el espanto de que estábamos poseidos. Al mediodía empezó á realizarse el pronóstico del piloto ; los clavos y demas hierros se escáparon con estruendo yendo á pegarse á la montaña. Los navíos se sumergieron. Todos se ahogaron, pero Dios se apiadó de mí y permitió que me salvase en una tabla, que impelida por el viento me trasportó al pié de la montaña sin lesion alguna. Fué tal mi suerte, que abordé á un sitio donde había gradas para subir á la cima.

Trepé como pude por aquella escalera, y llegué á la cúspide con muchísimo trabajo y exposicion de mi vida, y poniéndome debajo de la cúpula, despues de haber dado gracias á Dios que me había salvado de tan gran peligro, me quedé dormido.

Durante mi sueño se me apareció un venerable anciano que me dijo : — « Escucha, Agib : Debajo de la tierra en que estás recostado hay ocultos un arco de bronce y tres flechas de plomo, fabricadas bajo la influencia de ciertas constelaciones. Despierta y remueve la tierra, y cuando hayas encontrado el arco y las tres flechas, dispáralas contra el hombre montado sobre el caballo. Á la tercera flecha el hombre rodará hasta la mar, y el caballo caerá

por tierra. Entiérralo en el mismo sitio en que hayas encontrado el arco y las flechas. Entonces verás alborotarse el mar y llegarán sus olas hasta aquí, pero al mismo tiempo arribará una embarcación conducida por un hombre de bronce; embárcate en ella sin temor, y el hombre te conducirá á un país desde el cual podrás regresar fácilmente á tu reino; pero guárdate de pronunciar, ni una sola vez, el nombre de Dios, bajo ningún pretexto. » Me desperté en seguida é hice lo que el anciano me había indicado, y todo sucedió según y conforme me lo había predicho. Disparé las tres flechas, cayeron el caballero y el caballo que enterré en seguida; apareció la lancha con el remero de bronce, y yo me embarqué en ella sin proferir una sola palabra, guardando el mas profundo silencio durante la travesía. El décimo dia de nuestra muda navegación se presentaron á mi vista unas islas que por su configuración se me figuraron ser las mías, y olvidando la recomendación del anciano, y poseido de alegría, sin poderme contener, exclamé: — « ¡Loado y bendito seas, Dios mío! » Apénas había proferido estas palabras, cuando la embarcación y el hombre de bronce que la tripulaba se hundieron en el mar, y yo me encontré luchando con las olas, sin saber hacia qué lado dirigirme. Ya iban faltándome las fuerzas, y próximo á perder la vida, cuando, empujado por una fuerte oleada, me encontré tendido en una playa. Recobrando el ánimo, me levanté en seguida y eché á correr para librarme de la resaca de las olas, alejándome de la orilla del mar. Despues de haber secado mis vestidos al sol, me interné tierra adentro y me convencí de que me hallaba en una isla desierta, pero poblada de áboles frutales silvestres. En esto vi dirigirse hacia la costa un buque, y como no sabía si eran amigos ó enemigos, juzgué prudente el ocultarme subiéndome á un árbol muy frondoso, y observé que los recien llegados se dirigieron al pie del árbol en que yo estaba encaramado, removieron la tierra, y levantando una trampa de hierro que ocultaba la entrada de un subterráneo, empezaron á traer á él algunos muebles y una multitud de provisiones de

boca. Luego, desembarcó un anciano apoyado sobre el brazo de un jóven, y los dos se dirigieron al subterráneo. A poco rato volvió á salir el anciano solo; los esclavos cerraron la entrada del subterráneo y todos se embarcaron. Cuando vi que el buque se había alejado de la costa, bajé del árbol, levanté la trampa y vi una escalera de piedra por la que me decidí á bajar, y no tardé en hallarme en una lujosa habitación y al jóven que acompañaba al anciano, sentado en un sofá y abanicándose. Á la luz de una gran lámpara que iluminaba la estancia, vi pintado en el rostro del jóven el terror que mi aparición le había causado. — « Tranquilizaos, le dije, que no os haré ningún daño. Soy un rey desgraciado que solo he venido aquí movido por la curiosidad, para saber por qué os han dejado sepultado vivo en este subterráneo, y ver si yo puedo seros útil en algo. » Al oírme hablar de esta manera, el jóven recobró su ánimo, y con voz cariñosa me dijo : — « Príncipe, venid á sentaros á mi lado, y satisfaceré vuestra curiosidad. Mi padre, continuó diciendo, después que yo me hube sentado, es un rico joyero, dueño de una inmensa fortuna. Hacía algunos años que se había casado sin tener sucesión, cuando una noche estando durmiendo se le apareció un Genio que le dijo : Tus oraciones han sido escuchadas. Tendrás un hijo, pero vivirá pocos años. » En efecto, poco tiempo después mi madre le anunció que se hallaba embarazada, y me dió á luz á su tiempo. Mi nacimiento, á pesar del pronóstico del Genio, no dejó por eso de causar la mayor alegría á mis padres y ser motivo de regocijo para toda la familia. Inquieto mi padre por lo que el Genio le había anunciado sobre la cortedad de mi vida, consultó á los astrólogos, y estos á los astros. — « Tu hijo, le respondieron aquellos, vivirá sano y salvo hasta la edad de quince años. Cumplidos sus tres lustros correrá su vida un gran peligro del que le será muy difícil el librarse, y perecerá á manos del príncipe Agib cincuenta días después que este haya derribado la estatua ecuestre de la montaña del imán. Si puede librarse del príncipe Agib, vivirá largos años. Esto dicen los astros. » En este año cumplió los quince de mi edad, y habiendo sabido

mi padre que la estatua ha sido derribada, inquieto y lleno de terror, se ha apresurado á traerme á este subterráneo que había hecho construir de antemano para que pase oculto en él los cincuenta días de peligro que los astrólogos le han anunciado, con la esperanza de que el príncipe Agib no vendrá á buscarme aquí para matarme. Ya han pasado diez días desde que la estatua ha sido derribada, y solo faltan unos cuarenta para terminarse ese plazo fatal. Al fin de ellos volverá mi padre á buscarme. »

Miéntras el jóven estaba hablando, yo me burlaba interiormente de las predicciones astrológicas, porque tan lejos estaba mi ánimo de hacerle el menor mal, que cuando acabó de referirme su historia traté de animarle diciéndole que tuviese confianza en Dios de que no le sucedería ningún daño, y ofrecí acompañarle y servirle hasta el regreso de su padre, esperando que este me permitiría embarcarme en su buque para volver á mis Estados. El jóven aceptó mi compañía y mis servicios sin la menor desconfianza, y se mostró muy contento. Pasamos juntos treinta y nueve días durante los cuales nos cobrámos mutuamente un verdadero cariño, habiéndome guardado bien de decirle que yo era ese príncipe Agib tan temido que debía matarle. Amaneció el dia cuadragésimo en el que se cumplían los cincuenta días de crisis anunciados, sin que durante este tiempo nos hubiese sucedido ningún incidente desagradable; el jóven se despertó muy contento, quiso tomar un baño y ponerse después un rico traje para recibir á su padre. Tomado el baño, se volvió á la cama para enjugarse y descansar un rato, y me rogó que le trajese un melón con azúcar para refrescarse. Escogí uno entre los muchos que aun nos quedaban y lo puse en una salvilla, pero no encontrando á mano ningun cuchillo le pregunté al jóven si sabía dónde había alguno. — « Sí, me contestó; lo encontraréis en esta rinconera que está sobre la cabecera de mi cama. » Sin dejar la salvilla con el melón que tenía en una mano, alargué la otra para coger el cuchillo, encaramándome sobre la cama: al bajarme, se me enredó un pié entre las colgaduras del

lecho, pegué un resbalon y caí, teniendo el cuchillo en la mano, sobre el cuerpo del jóven cuyo pecho traspasé, partiéndole el corazon y causándole una muerte instantánea.

Me es imposible el pintaros el dolor y la desesperacion que se apoderaron de mí en presencia de semejante catástrofe. Maldije mi destino, me mesé los cabellos, rasgué mis vestidos, me arrastré por el suelo golpeándome é invocando la muerte con gritos descompasados. Pasado este primer acceso de dolor, el sentimiento natural de la conservacion me hizo pensar en el peligro que corría si cuando el padre de la víctima y sus esclavos volviesen, me encontraban en aquel lugar. Salí del subterráneo cuya entrada cerré, y á poco rato divisé un bajel que no tardé en reconocer por el del padre del jóven. Sin perder un momento trepé al mismo árbol que me había servido de refugio la primera vez, y me oculté entre su frondoso follaje.

Desembarcaron el joyero y sus gentes, y al ver removida la tierra que cubria la entrada del subterráneo, se les mudó el color ; pero esto no fué nada comparado con la emocion que sintieron al ver el cuerpo del inocente mancebo traspasado por el cuchillo que yo no tuve valor de arrancar. Renúncio á pintaros, señora, las escenas desgarradoras que yo presencié. Los esclavos no ménos conmovidos que el desgraciado padre, sacaron á este desmayado del subterráneo, y le llevaron á bordo, adonde trasladaron tambien el cadáver del jóven, y despues de haber transportado la mayor parte de los muebles y de las provisiones que aun quedaban, se embarcaron todos, y zarparon. Yo quedé solo en la isla en la que pasé un mes, manteniéndome con los restos de algunas provisiones que dejaron abandonadas, y con frutas silvestres, y bajándome á dormir por la noche al subterráneo.

Miéntras tanto, empecé á notar que el mar se retiraba por un lado y dejaba á descubierto una lengua de tierra que comunicaba con el continente, y aunque con agua hasta la cintura, me arriesgué á atravesarla y llegué á una extensa playa. Me interné tierra adentro, y no tardé en

divisar una gran luminaria á la que me dirigí. Cuando me hallaba ya cerca, conocí mi error, pues lo que yo había creido ser una hoguera, era un palacio de cobre rojo



bruñido sobre el que reverberaban los rayos del sol. Estando parado mirándolo, vi venir hacia mí diez jóvenes gallardos acompañados por un anciano, y tuertos todos

ellos del ojo derecho; particularidad que me sorprendió. Se acercaron á mí y me saludaron, preguntándome el objeto de mi venida. Yo les contesté refiriéndoles mis venturas, cuyo relato les causó la mayor sorpresa, y en seguida me convidaron á entrar en el palacio con ellos.

Despues de atravesar el vestíbulo, llegámos á un gran salon en el que había diez pequeños divanes forrados de raso azul, y otro mayor en el centro en el que se sentó el anciano. Cada uno de los jóvenes se sentó en su divan, y á mi me dijeron que me sentase sobre la alfombra, encargándose al mismo tiempo que no hiciera pregunta ninguna sobre lo que oyera ó viera. El anciano nos sirvió la cena y nos dió á cada uno una escudilla de vino. Cuando acabámos de cenar, trajo diez almohadones azules y otras tantas vasijas llenas de ceniza y hollín que entregó á cada uno de aquellos. Poniéndose de rodillas sobre los almohadones, los jóvenes se cubrieron con la ceniza y el hollín el rostro y la cabeza, empezaron á llorar y golpearse el pecho diciendo : — « ¡He aquí el fruto de nuestra ociosidad y de nuestros excesos ! » repitiendo esta extraña operacion durante una gran parte de la noche. Despues, el anciano les trajo palanganas y agua clara, se lavaron el rostro y la cabeza, cambiaron de vestido y quedaron como nuevos. Yo estaba impaciente por saber qué significaba todo aquello, pero no me atreví á hacer pregunta alguna. Al ver todas las noches repetirse tan singular espectáculo, uno de los días que salímos á paseo, agujoneado por la curiosidad, me decidí á romper el silencio, y les rogué que me explicaran lo que significaba todo aquello. — « Si no lo hacemos, es por vuestro bien, me contestó uno de los jóvenes. » Yo le repliqué que aun cuando fuera en mi daño, quería saberlo. Entónces, viendo mi empeño y decision, tomaron un carnero, le degollaron y me cubrieron con su pellejo; me dieron un cuchillo y me dijeron : — « Cuando nos hayamos retirado vendrá un Zoc blanco, que creyendo que sois un verdadero carnero os apresará con sus garras y os llevará á la cumbre de una montaña

para devoraros. Sin embargo, no tengáis miedo ; cuando os sintáis en tierra, romped con este cuchillo el pellejo, presentaos á la vista del Zoc y os dejará libre. Entonces bajad de la montaña y caminad hacia el oriente hasta que encontréis un palacio inmenso revestido con placas de oro y guarnecido con perlas. Entrad sin vacilar en ese palacio, cuyas puertas encontraréis abiertas, y allí veréis las maravillas que todos nosotros hemos visto. Nada mas os decimos por ahora, hasta que volváis á vernos. » Al poco rato de haberse retirado los diez tuertos, sentí que me elevaban por el aire, y luego que me ponian en tierra ; entonces rasgado el pellejo de carnero con el cuchillo, salí del zurron, y al verme el Zoc huyó despavorido. Eché á andar en seguida, y bien pronto descubrí el palacio que me habian descrito. Entré en un gran patio en donde había noventa y nueve puertas de madera de sándalo y aloés, y una puerta de oro que conducian á otros tantos apartamentos. En el fondo del patio había otra puerta abierta por la que me entré, y me hallé en un salon ricamente adornado en el que me encontré con cuarenta damas de una hermosura divina, vestidas con trajes de brocado y prendidas con joyas de un valor infinito, las cuales al verme salieron á mi encuentro y exclamaron todas : — « ¡ Bien venido seáis ! Hace tiempo, continuó una de ellas, que esperábamos á un caballero, y suponiendo que sois vos el que aguardamos con impaciencia, desde este momento somos vuestras esclavas dispuestas á obedeceros y á serviros. »

Yo estaba atónito de todo lo que veía, y no sabia qué decir ; mientras tanto, las damas me rodearon, me condujeron á un baño perfumado, me presentaron ricos vestidos y me sirvieron una comida compuesta de manjares y vinos exquisitos ; y por la noche me llevaron á un cuarto en donde había un lecho con colchones de pluma en el que dormí mucho mejor que sobre la alfombra de los diez tuertos. Al dia siguiente vinieron las damas vestidas con nuevos trajes, á saber cómo había pasado la noche, y repitieron sus obsequios. Un año estuve viviendo en este palacio

en medio de infinitas delicias, rodeado de lujo, de riqueza, y gozando de toda clase de placeres lícitos.

Al finalizarse el año, un dia se me presentaron las damas vestidas de luto, y llorando me dijeron : « Príncipe, nos es forzoso el ausentarnos por espacio de cuarenta días para cumplir con ciertos deberes de que no podemos prescindir. Nos aflige esta separación porque tememos no volveros á ver. Para que podáis distraeros durante nuestra ausencia y hacer ménos penosa vuestra soledad, os dejamos las llaves de las cien puertas, en cuyas estancias encontraréis cosas maravillosas que os distraerán ; pero os recomendamos encarecidamente que no abráis la puerta de oro, pues si la abrís, estad seguro que no volveremos á vernos jamás. Refrenad vuestra curiosidad, porque en ello estriba vuestra dicha : no cometáis esa imprudencia, y dadnos el consuelo de volveros á encontrar aquí á nuestro regreso. Bien podríamos llevarnos esa llave, pero sería hacer agravio á vuestra discreción ; á Dios, príncipe, y no olvidéis nuestra recomendación. »

La ausencia de las hermosas damas me causó una tristeza extraordinaria, y para disiparla y distraerme, resolví desde el dia siguiente dar principio á la visita de las maravillas que encerraba aquel palacio encantado, en las que no había fijado lo bastante mi atención segun lo distraído y obsequiado que había estado durante el año por las damas. Tomé el manojo de llaves que me habían dejado y abrí una de las cien puertas. Admirado y absorto me quedé al hallarme en un verjel cuyos árboles frutales ostentaban en sus ramas las frutas mas raras. Diríase, al ver la simetría, el orden, la abundancia que allí reinaban, que era el paraíso terrenal que habitaron nuestros primeros padres. Por mi gusto, no habría salido nunca de allí, pero me recordé que tenía otras estancias que ver, y al fin cerré la puerta de la entrada, y abrí la mas inmediata. Esta daba paso á un jardín en el que se veían cuadros y platabandas de las flores mas raras, cuya variedad de matices y perfumes encantaban la vista y el olfato. Todas las flores que se cultivan en los distintos países de climas

diferentes se hallaban allí reunidas, lo mismo que en el verjel las frutas. Encantado salí de este jardín maravilloso



cuya puerta cerré. Al dia siguiente abrí otra puerta y vi una grandiosa pajarera en la que revoloteaban y alegra-

ban el aire con sus gorjeos y canto los ruiseñores, los canarios, los jilgueros, las alondras, y otra multitud de pájaros de formas y plumaje variado que me eran desconocidos. Si el verjel y el jardin estaban bien cuidados, la pajarera no estaba menos limpia y aseada, pero yo no percibí en estos sitios, ni aun huellas de persona humana. Abrí la cuarta puerta y entré en un gran patio en el que había otras cuarenta puertas de otras tantas estancias que fui visitando sucesivamente, en las que encontré aglomeradas cuantas riquezas puedan imaginarse. Perlas de todos colores y tamaños, diamantes, rubies, esmeraldas y otras piedras preciosas; barras de plata y oro, telas de brocado, tesoros, en fin, incalculables; y yo salí de allí atónito y maravillado.

Continué visitando en los días siguientes los otros cuartos, hallando en todos ellos miles de preciosidades que me sería imposible el describir, y en esto invertí treinta y nueve días. No me faltaba que ver mas que la estancia cerrada con la puerta de oro, pero me acordé de la recomendación de las damas, y me propuse observarla. Este propósito, por desgracia para mí, no me duró mucho tiempo, porque al día siguiente, agujoneado por la curiosidad, tomé la llave y abrí la puerta vedada. Apenas había pasado el umbral, cuando sentí un olor aromático tan fuerte que casi me asfixió, haciéndome caer por tierra. Este accidente debía haberme sido de un saludable aviso para no pasar mas adelante; pero lo desprecié, y levantándome repuesto ya de mi primera sensación, avancé algunos pasos mas y me encontré en una espaciosa estancia cuyo pavimento estaba alfombrado con azafrán, iluminada con una infinidad de bujías perfumadas colocadas en candelabros de oro macizo, y con lámparas llenas de esencias aromáticas. En el fondo de la pieza distingui un soberbio caballo negro que al verme dió un relincho atroz, y empezó á golpear la tierra con sus manos. Al acercarme á él vi que estaba ensillado y embriado, y que la silla y el bocado eran de oro macizo con preciosos arabescos. En su pesebre, que era de oro tambien, había en un lado

una gran provision de cebada perlada mezclada con anis, y en el otro agua rosada. Queriendo examinarle á la claridad del sol, le tomé por la brida y le saqué al patio, y como soy muy aficionado á la equitacion, y hacia tanto tiempo que estaba encerrado en el palacio, tuve la mala idea de montar el caballo y salir á dar un paseo por el campo con ánimo de volverme en seguida para prepararme á recibir á las damas que debian llegar al dia siguiente. No bien me sintió en la silla el animal, cuando dió un relincho atroz, y emprendió una corrida tan vertiginosa que mas bien volaba que corria. Saltaba zanjas y precipicios espantosos, subia y bajaba montañas escarpadas con la velocidad del rayo, y por mas que yo le refrenaba, no lograba contenerle, y apénas podia mantenerme en la silla. Llegámos de esta manera á la cima de una elevada montaña á cuyo frente habia otra igual, y entre las dos un profundo barranco. Yo cerré los ojos, me así fuertemente á las crines, y el caballo desbocado pegó un brinco y se plantó en la otra montaña. La sacudida que yo recibí fué tan fuerte, que caí por tierra, y el caballo al despedirme, me dió un latigazo en el rostro con la cola y me sacó el ojo derecho. El golpe de la caída y el dolor del ojo me hicieron perder conocimiento, y cuando recobré el sentido me hallé rodeado por los diez jóvenes tuertos y á las puertas de su palacio. Sin dejarme entrar en él me dijeron : — « Lo que os sucede, lo mismo nos ha sucedido á todos ; pero no podéis quedaros aquí, porque no hay plaza vacante. Id á Bagdad, y allí encontrareis la persona que fijará vuestro destino. » En seguida emprendí la marcha, segun las indicaciones que me dieron, y para caminar con mayor seguridad y menos riesgo, me hice afeitar la barba y el cabello, y me vestí con el traje en que me veis. A las puertas de la ciudad encontré á mis dos compañeros, y al dirigirnos á buscar posada acertámos á pasa. por delante de vuestro palacio en donde os habéis dignado darnos una hospitalidad tan espléndida.

Cuando concluyó de hablar el tercer kalandor tuerto, le dijo Zobeida : — « Podéis iros los tres. — Permitid,

señora, le suplicó uno de ellos, que oigamos la historia de esos tres mercaderes, y oída que sea nos iremos. » Dirigiéndose entonces Zobeida al kalifa y á sus dos compañeros : — « Hablad vosotros ahora, les dijo. » Tomando entonces la palabra el visir Giafar en nombre de los tres, comenzó diciendo : — « Señora, nosotros no tenemos historias maravillosas que contar ; somos simplemente tres mercaderes de Mosul que traficamos juntos en sederías, telas y otros géneros. Hoy llegamos á esta ciudad, y después de dejar nuestras mercancías en los almacenes, nos fuimos á cenar con otros mercaderes paisanos y amigos nuestros. Al fin de la cena, se armó una disputa entre ellos, y nosotros temerosos de que al ruido y á los gritos acudiese una patrulla que nos llevase presos, salimos de la casa, sin saber adónde iríamos, cuando la música que oímos al pasar por delante de la vuestra, nos animó á llamar para pedir hospitalidad en ella. Vuestra generosa bondad nos la concedió, y por ello os estamos muy agradecidos. »

Cuando el visir concluyó de hablar, Zobeida se quedó un momento suspensa, como reflexionando lo que haría. Al fin dirigiéndose á todos les dijo : — « Estáis libres, pero salid de aquí inmediatamente. » Cuya orden, por el tono con que fué dada, y apoyada por la presencia de los esclavos negros, no admitía réplica ; por lo cual los fingidos mercaderes, los kalandores tuertos y el demandadero se apresuraron á cumplirla.

Una vez en la calle, y cerrada la puerta, el kalifa preguntó á los kalandores dónde iban á concluir la noche. — « Señor, no lo sabemos, respondieron. — Pues en ese caso venid con nosotros, » les dijo el kalifa, y acercándose á Giafar le mandó que se los llevase á su casa, y que al dia siguiente se los presentase en la audiencia, haciendo al mismo tiempo venir á su presencia á Zobeida y á sus dos hermanas, pues quería á toda costa averiguar quiénes eran, y lo que significaban las cosas extraordinarias que había visto en su casa.

El visir Giafar cumplió las órdenes que había recibido ; hospedó á los tres tuertos, é hizo venir á las tres herma-

nas á la audiencia. Cuando los kalандores y las damas fueron introducidas en la sala del trono, el sultán, dirigiéndose á las damas les dijo : — « Sabed, señoras, que os halláis en presencia de Harun Alraschid, quinto káifa de los Abbasidas, representante del profeta. Anoche me introduce en vuestra casa disfrazado de mercader ; pero no os alarméis, ni temáis nada, creyendo haberme ofendido ; al contrario, todo lo he olvidado, y estoy satisfecho de vuestro comportamiento, á pesar de haber faltado nosostros á lo que habíamos prometido. Si os he mandado venir, no ha sido para castigaros, sino para que me digáis quiénes sois, por qué habéis tratado tan cruelmente á aquellas dos perreras, llorando despues con ellas y enjugando sus lágrimas, y por qué una de vosotras tiene el cuerpo cubierto de cicatrices. »

Levantándose Zobeida y haciendo una profunda reverencia empezó á hablar en estos términos :

HISTORIA DE ZOBEIDA, DE SUS HERMANAS, Y DE LAS PERRAS NEGRAS

¡ Ilustre Comendador de los Creyentes ! la historia que voy á referiros, es una de las mas maravillosas de cuantas podáis haber oido. Las dos perreras negras que habéis visto, son hermanas mias de padre y de madre como lo son tambien de padre solamente, pero de madres diferentes, Sofía y Amina, aquí presentes.

Cuando murió nuestro padre repartimos la herencia ; mis dos hermanas se quedaron conmigo, y Sofía y Amina se fueron á vivir con su madre. Al poco tiempo se casaron mis dos hermanas mayores, pero fueron tan desgraciadas con sus maridos que, despues de haber perdido toda su fortuna y recibido malos tratamientos, vinieron á refugiarse á mi casa en donde las recibí con el mayor cariño. Yo me había dedicado á la cria de gusanos de seda, y Dios bendijo de tal manera mi industria, que en pocos años me

hallé con un capital tan respetable, que me resolví á extender mi comercio hasta las Indias. Con este objeto emprendí un viaje á Basora, llevándome á mis hermanas conmigo. En Basora fleté un barco que cargué de mercancías y nos hicimos á la vela surcando el golfo Pérsico, y al salir de él hicieron rumbo hacia las Indias. Al cabo de veinte días de navegación arribamos al puerto de una gran ciudad, en el que anclamos, y sin esperar á que mis hermanas estuviesen listas, yo desembarqué y me dirigí á la ciudad. Al llegar á sus puertas vi un pelotón de hombres armados con picas, cuyo aspecto me causó algún miedo, pero observando que no se movían, me acerqué á ellos, y reconocí que eran hombres de piedra.

Entré en la ciudad, y en todas las calles y plazas por donde pasé, encontré una multitud de hombres, de mujeres y niños, de todas clases y condiciones, pero petrificados todos ellos. Al llegar á una gran plaza mayor que las demás, vi un sumptuoso edificio de mármol con puertas chapeadas de oro, que por su grandioso aspecto, y por los guardias que estaban á su entrada, juzgué que sería la residencia del soberano de aquella ciudad, y no me equivoqué porque, habiendo entrado en él, atravesé un gran patio lleno de oficiales, de cortesanos y de personas distinguidas, pero petrificados igualmente. Subí á las habitaciones, y me quedé asombrada del lujo y la riqueza que reinaba en ellas. Por todas partes no se veía mas que oro, piedras preciosas, alfombras de damasco, y ricas telas de brocado y seda de la India. Al extremo de una galería baja había un jardincito que separaba el gran palacio de otro mas pequeño y rodeado por unas verjas de oro macizo. Por su aspecto, conocí que debía ser la habitación de la reina, y la curiosidad me incitó á entrar en él. Allí encontré muchos eunucos y esclavas, y en una habitación en la que competían la elegancia, el lujo y la riqueza hallé á la princesa recostada en un diván, con un traje riquísimo y prendida con joyas de inestimable valor, entre ellas un magnífico collar de perlas gruesas como avellanas que le daba tres vueltas al rededor de la gar-

ganta y remataba con caídas sobre el seno formadas por esmeraldas y rubíes de un precio incalculable. Distinguise de las demás mujeres que la rodeaban, no solo por la riqueza de su traje y adornos, sino porque tenia ademas una corona de oro en la cabeza cuajada de brillantes, de rubíes, de perlas y de otras piedras preciosas. Me detuve gran rato examinando aquella estatua de piedra cubierta con tanta riqueza. Pero aun me causó mayor admiracion lo que vi en la sala del trono. Era esta una pieza espaciosa amueblada con mayor riqueza y magnificencia que cuantas habia visto. En el testero de la sala habia una estrada formada por tres gradas cubierta con alfombras de oro recamado, y sobre esta estrada un trono de oro sombreado por un dosel sostenido por columnas de oro tambien, y en uno y otras engastadas una multitud de perlas y piedras preciosas. A los costados habia unos magníficos candelabros del mismo metal, primorosamente labrados.

Extasiada estaba yo contemplando estas maravillas, cuando me hirió la vista un resplandor particular que al pronto no sabía de dónde procedia. Empecé á examinar todo mas atentamente, y vi que era la luz que proyectaba un diamante, cual no habrá otro igual en el mundo, puesto que su grosor era mayor que la de un huevo de avestruz, el cual se hallaba engastado en el respaldo del trono entre este y el dosel. El brillo de la luz que arrojaba, deslumbraba, y no podia mirársele medio minuto seguido.

Embelesada en admirar tales maravillas, llegó la noche sin que yo me apercibiera de ello, y cuando quise salir del palacio para volver á mi navío, no pude atinar con el camino por donde habia venido; de modo que me decidi á recostarme en uno de los divanes, pasar la noche en el palacio, y esperar, para salir de él, á que fuese de dia.

En aquella soledad poblada de seres petrificados, mi ánimo no estaba tranquilo, y no podia conciliar el sueño. Sería como la una de la noche, cuando en medio del profundo silencio que reinaba llegó á mis oídos el sonido de una voz que recitaba por alto los versículos del Alcoran.

En seguida me levanté, y guiada por el eco de esta voz llegué á una especie de oratorio en el que vi sentado sobre un cojín y delante de un reclinatorio á un jóven de gallarda presencia con el libro del Alcorán abierto sobre un pupitre.



Al ruido que hice al entrar, el jóven volvió la cabeza, y se levantó en seguida al verme. Pasada su primera sorpresa : — « ¿ Quién sois, señora, me preguntó, y qué venís á buscar á una ciudad de tanta desventura como esta, cuyos moradores han sido convertidos en piedra ? » Yo le dije quién era, el objeto de mi viaje y la sorpresa y admiracion que me habian causado las cosas verdaderamente extraordinarias que había visto. Le rogué que me

dijera quién era él, y cómo se encontraba en medio de aquella ciudad en donde no reinaba mas que la muerte.

— « Voy á satisfaceros, contestó, y haciéndome sentar á su lado me dijo : Esta ciudad, señora, era la capital de un reino poderoso, que se hallaba muy rica y floreciente ; pero así el rey mi padre, como todos sus habitantes eran idólatras y paganos que adoraban al Fuego y á un dolo llamado Nardun, antiguo rey de los gigantes que se revelaron contra Dios ; y ademas, eran magos. Yo tuve la dicha de que cuidase de mi niñez una anciana musulmana que me enseñó desde mi infancia á leer el Alcoran, y el culto del verdadero Dios. — « Príncipe, me decia, no hay mas que un solo Dios verdadero ; guardaos de tributar culto, ni adorar á Dioses falsos ». Compadecido Dios misericordioso de los errores de este pueblo, quiso traerle á verdadero conocimiento, y hará tres años y algunos meses que se dejó oír una voz atronadora y misteriosa que decia : « ¡ Habitantes de esta ciudad, abandonad el culto del falso Dios Nardun, y del Fuego, y reconoced y adorad al Dios único y verdadero ! » Durante tres años consecutivos estuvieron oyéndose estas palabras ; pero los habitantes cuyo corazon estaba empedernido, las despreciaron y persistieron en su idolatría, y ninguno quiso convertirse. Al fin de los tres años, la voz cesó de oírse, y un dia se sintió una commoción general, y mis padres, su corte y los habitantes de la ciudad se encontraron cambiados en estatuas de piedra como habréis visto. Solo yo fui preservado de este tremendo castigo, por la misericordia divina, y conservé mi naturaleza ; y desde entonces, estoy viviendo en esta horrible soledad, adorando á Dios con mayor fervor, y pidiéndole me saque de ella lo mas pronto posible. Al veros, hermosa señora, añadió el príncipe, he creido que sois enviada por la Providencia para ser el instrumento de mi salvacion. » Yo le confirmé en esta idea, y le ofrecí conducirle á Bagdad y hospedarle en mi casa hasta que el kalifa Harun Alraschid decidiese de su suerte. El príncipe aceptó mi ofrecimiento, y pasamos el resto de la noche en hacer los preparativos de

viaje, empaquetando las cosas mas preciosas que debiamos. llevarnos.



Así que amaneció nos fuimos á bordo, y presenté el príncipe al capitán del buque y á mis hermanas que estaban muy inquietas por mi ausencia, y les conté lo que me había sucedido. En seguida empezamos á llevar á tierra las mercancías que yo había traído, y á reemplazarlas por las preciosidades que en el palacio había; sin olvidarnos

del portentoso diamante que me regaló el príncipe. Cargado el buque con cuanto nos fué posible, nos hicimos á la vela, y navegamos muchos días sin tener accidente de ninguna especie. Durante este tiempo, el príncipe se enamoró de mí, me ofreció su mano, que yo acepté, y convinimos en que tan pronto como llegásemos á Bagdad nos casaríamos. Envidiosas mis dos hermanas del cariño que me manifestaba el príncipe, y del brillante porvenir que me aguardaba, sobornaron á algunos marineros, y con su ayuda nos arrojaron una noche al mar, mientras estábamos durmiendo. El desgraciado príncipe que no sabía nadar, se ahogó, y yo gracias á la amplitud de mis vestidos pude sostenerme flotando sobre las olas algún tiempo, y remolcada por ellas hasta la orilla, llegué á hacer pié, y pude salvar mi vida. Al dia siguiente, después de haber secado al sol mis vestidos, me senté á la sombra de un árbol, y estaba pensando en lo que haria, cuando vi venir arrastrándose por tierra una serpiente alada y en pos de ella otra mucho mayor, también alada, que tenía asida por la cola á la primera, y hacia esfuerzos por tragársela. Léjos de intimidarme la vista de tan monstruosos reptiles, cogí una enorme piedra y la lancé con tal tino sobre la segunda serpiente, que le aplasté la cabeza. Libre la primera serpiente, tomó su vuelo, y desapareció de mi vista. Despues de este incidente, yo me quedé dormida, y al despertarme vi á mi lado á una negra de bellas formas y semblante risueño que me dijo :

— « Yo soy la serpiente que acabáis de librar de su mortal enemigo aplastándole la cabeza ; y he querido, á fuer de agradecida, recompensaros el gran servicio que me habéis hecho. He sabido la infame acción que vuestras hermanas, envidiosas e ingratas, han cometido con vos y con el príncipe, y he querido castigarlas como merecian. Aquí las tenéis, añadió, señalando á las dos perras negras que traía sujetas con una cadena de hierro, las he convertido en estos animales inmundos. Pero esto no es bastante castigo para su perfidia, y quiero y os mando que cuando estéis en vuestra casa de Bagdad, adonde voy á

trasladaros en seguida, les deis cada noche cien latigazos ; en inteligencia que si no lo hiciereis, seréis vos misma transformada en perra. En cuanto al cargamento del buque, lo hallaréis todo en vuestra casa de Bagdad, á la cual, auxiliada por mis hermanas las hadas, lo hemos trasladado, echando despues el buque á pique. » Dic平as estas palabras que me dejaron sorprendida, me agarró por la cintura, y sin soltar las perras, me encontré, sin saber cómo, en el patio de mi casa; y en las estancias contiguas, depositadas todas las riquezas que habíamos recogido en la ciudad de los hombres de piedra. En seguida, la negra me entregó uno de sus rizos y me dijo : — « Tomad estos cabellos, y si alguna vez necesitáis mi auxilio quemad dos de ellos y estaré á vuestro lado para protegeros. » Dicho esto, desapareció de mi vista. Desde entonces soy inmensamente rica, pero con la amargura de tener que castigar á mis hermanas como la negra hada me lo ha prescrito : ¡ tarea dolorosa que me parte el corazon, y me hace derramar lágrimas infinitas !

En cuanto á la historia de mi hermana Sofía, es muy sencilla ; ó por mejor decir, no tiene historia. Muerto nuestro padre, recogió la parte de herencia que la correspondía, y se fué á vivir con su madre, y cuando esta murió, se vino á vivir conmigo. La historia de Amina os la contará ella misma. — Levantándose esta, y tomando la palabra, se expresó en los términos siguientes :

HISTORIA DE AMINA

¡ Poderoso kalifa ! empezó diciendo : No repetiré lo que mi hermana acaba de referiros, concretándome solo á decir que al poco tiempo de estar viviendo con mi madre, esta me casó con un jóven muy rico que tuve la desgracia de perder á los dos meses de casada ; y como mi marido me amaba tiernamente me dejó por su heredera, y me encontré dueña de una fortuna de mas de cien mil zequies. Pasado el año de luto, me mandé hacer unos ricos vestidos de á mil zequies cada uno, y empecé á gozar de mi

riqueza. Yo no sé cómo llegó á oídos del hijo de un gran príncipe la fama de mi hermosura, ni cómo logró verme: solo diré que, prendado de mí, quiso que fuese su esposa, lo que consiguió valiéndose de su nodriza para atraerme á su palacio bajo el pretexto de que fuese madrina de boda de una de sus hijas. Cuando entré en el palacio acompañada por algunas de mis esclavas, y vestida con un rico traje y aderezo, salió á recibirmee una hermosa jóven lujosamente vestida: yo creí que era la novia, pero ella me desengaño diciéndome que un hermano suyo, altamente enamorado de mí, quería tomarme por esposa, y con este objeto se habían valido de aquella estratagema para que el príncipe mismo pudiese hablarle y verme. Despues de pedirme mil perdones, dió una palmada, se abrió inmediatamente una puerta, y se presentó un gallardo jóven que, arrojándose á mis piés, me habló de su amor, y me pintó su pasion con los colores mas vivos, rogándome, por ultimo, que consintiera en hacerle feliz otorgándole mi mano. Yo me hallaba tan sorprendida, tan aturdida, y tan poco dueña de mí misma, con lo que veía y oía, que no sabía ni qué responder, ni qué resolucion tomar; é interpretando el príncipe esta irresolucion y este silencio mios, como un consentimiento á sus deseos, hizo entrar á un cadí y á unos testigos que estaban prevenidos, extendió este la partida de nuestro casamiento, nos dió la bendicion nupcial, y yo me encontré casada por segunda vez, sin saber cómo, ni de qué manera; habiéndome quedado, desde la noche misma de esta boda improvisada, en casa de mi esposo el príncipe.

Un dia que necesitaba cierta tela para hacerme un vestido, le pedí permiso á mi esposo para salir á comprarla yo misma. El príncipe me lo concedió, pero con la condicion de que no había de hablar á ningun hombre. Salí acompañada por algunas esclavas y por la nodriza del príncipe que me dijo:—« Señora, si no queréis molestaros en andar recorriendo tiendas, yo os llevaré á la de un mercader que es de mi país que las tiene muy primorosas, y estoy segura que encontraréis en ella cosa de vuestro

gusto. » Como yo no tenía interés en ir á tienda determinada, fuí á la que me propuso la nodriza; y en efecto, el mercader me hizo ver las telas mas ricas de la India y de otros países, entre las que yo escogí una lindísima que me agrado infinito. Dijele á la nodriza que preguntase al mercader el preci.— « ¿Por qué no se lo preguntáis vos misma, señora? me dijo. — Porque mi esposo me ha prohibido el dirigir la palabra á ningun hombre, » la contesté. La nodriza entonces preguntó al mercader cuánto quería por la tela. « No se la venderé por todo el oro del mundo, contestó, pero se la regalaré si me permite darle un beso. » Yo me indigné al oir semejante pretension, y me levanté para marcharme; pero la nodriza trató de calmarme; y tales cosas me dijo, que, unidas al gran deseo que yo tenía de llevarme la tela, consentí en otorgar lo que el mercader me pedia. Alcé el velo, y volviendo el rostro le presenté una de mis mejillas, pero el mercader, en vez de darme un beso, me dió en ella un terrible mordisco que hizo saltar la sangre del carrillo, y huyó en seguida, cerrando la tienda apresuradamente.

Yo di un grito, y la fuerza del dolor me hizo perder el sentido. Cuando lo recobré, las esclavas me condujeron á casa, y allí echándose á mis piés la nodriza bañada en llanto, me suplicó que la perdonara por haber sido la causa involuntaria de semejante conflicto, y procuró consolarme ofreciendo curarme con un remedio que ella sabia, de modo que al cabo de un par de dias no quedaria lesion ninguna en la mejilla. Yo no le dije nada, y le dejé que me aplicara su remedio.

Cuando llegó mi esposo y me vió con la cara vendada, me preguntó qué tenia; yo le respondí que al pasar junto á mí un hombre cargado con un haz de leña me había rozado el carrillo. Mi marido se encolerizó y juró que al dia siguiente haria prender á todos los leñadores y les impondria un severo castigo. — « No hágais tal cosa, le dije, porque no son culpables; la verdad es que yo me resbalé, y al caer, me herí el rostro con un pedazo de vidrio que había en el suelo. » Aun cuando yo no me

sentia muy culpable y solo tenía que acusarme de un exceso de ligereza, no queria, sin embargo, confesar la verdad del hecho, porque creía que era faltar al decoro, y rebajarse demasiado el hacer semejante confession á un marido. Al ver mis reticencias, y sospechando el príncipe que mi herida tenía por orígen quizas una falta mas grave, exclamó enfurecido : — « Veo que me estáis engañando, y harta paciencia he tenido escuchando vuestras mentiras , pero yo no soy hombre que tolero el que se me engañe impunemente. » Mandó venir á tres esclavos, les ordenó que me tendiesen por tierra, que dividiesen mi cuerpo en dos pedazos y lo arrojasen al Tígris para que sirviese de pasto á los peces, añadiendo : « porque este es el castigo que merecen las que así faltan á la fe prometida y se burlan de mi cariño. » Los esclavos obedecieron, y yo iba á recibir el golpe fatal cuando arrojándose á sus piés su nodriza :— « ; Hijo mio, le dijo, sollozando, no mancilléis vuestra reputacion, ni perdáis la estimacion de los hombres dando á vuestro enojo un desahogo tan sangriento! Acordaos que os he amamantado á mis pechos, y por la leche que os he dado, os suplico que le perdonéis la vida, porque ella está inocente, y si alguna hay culpable, esa soy yo. » Estas y otras muchas cosas le dijo con las que consiguió calmar el enojo de mi esposo, el cual exclamó : — « Pues bien, le perdono la vida por amor vuestro; pero quiero que reciba un castigo que le recuerde su falta toda la vida. » Por su órden dos de los esclavos me sujetaron por los piés y la cabeza, y el tercero me flageló con un junco flexible, arrancándome con cada golpe pedazos de carne y cutis, y haciendo de mi cuerpo una llaga viva. Despues mandó que me llevasen fuera de su palacio. Estuve luchando con la muerte durante cuatro meses, asistida por la vieja nodriza. Cuando pude ya andar quise volverme á mi casa, pero no encontré mas que el solar, porque mi esposo, en el parosismo de su furor, habia mandado no solo derribarla, sino arrasar tambien todas las otras casas que habia en la misma calle. Entónces me fui á casa de mi hermana Zobeida con quien

se había ido tambien á vivir mi hermana Sofía, y desde entonces vivimos las tres reunidas. Yo me he encargado del gobierno de la casa, y por distraerme, voy yo misma al mercado á comprar las provisiones. Aunque curada de los golpes de la flagelacion, las cicatrices no han desaparecido como habéis visto. Lo demas que anoche ocurrió, ya lo sabéis, ¡oh ilustre kalifa !

Habiendo terminado Amina su historia, y satisfecha la curiosidad del kalifa : — « Quisiera, le dijo á Zobeida, que hicieseis venir al hada, porque tengo algo que pedirle. — Señor, me será fácil el complaceros, porque el rizo que me dejó, lo llevo siempre conmigo. Mandad que traigan lumbre y quemaré algunos de sus cabellos. » Trajeron algunas ascuas en una pebetera, y Zobeida puso sobre ellas unos cuantos pelos. En cuanto se consumieron, se sintió una fuerte sacudida en la estancia, y acto continuo se presentó el hada en forma de una bella matrona ricamente vestida. — « ¡ Para qué me llamáis, dijo á Zobeida ; y vos, qué me queréis, Comendador de los Creyentes ? — Desearia, hermosa hada, le contestó el kalifa, que hicieseis recuperar á las hermanas de estas damas su forma primitiva, perdonándolas, en gracia del castigo que han sufrido : y si os fuera posible, que hicieseis desaparecer las cicatrices del bello cuerpo de la hermosa Amina, reservándome yo el castigar como merece al hombre inhumano que la ha tratado de una manera tan bárbara, y que ademas ha cometido la injusticia de privarla de sus bienes, derribando su casa y haciéndose dueño quizas de su riqueza ; admirándome de que no haya llegado á mi noticia un hecho de esta naturaleza. — Ilustre kalifa, voy á complaceros, respondió el hada ; mandad que traigan las perras. » Cuando estas estuvieron en la sala de la audiencia, el hada sacó de su faltriquera una preciosa caja formada de un topacio, y tomando con sus dedos unos pocos de los polvos sonrosados que la caja contenía, los puso en un platillo de oro, dijo unas cuantas palabras mágicas, y los esparció sobre las cabezas de las dos perras negras, exclamando : — « ¡ Recobrad vuestra forma

primitiva, y volved á ser mujeres! » Las perras dieron un gran brinco, desaparecieron sus pieles negras, y Zobeida se encontró en sus brazos con sus dos hermanas, que la estrechaban cariñosamente. En seguida el hada pidió una taza de agua, mezcló en ella unos pocos de polvos, dijo algunas palabras cabalistas, y roció con esta agua á Amina, cuyas cicatrices desaparecieron enteramente.

Volviéndose entonces al kalifa le dijo : — « ¡Comendador de los Creyentes! por consideracion y respeto á Vuestra Majestad, Amina no ha querido nombrar al príncipe su esposo que la trató tan cruelmente. Sabed, pues, que este esposo cruel es vuestro propio hijo el príncipe Amin, casado secretamente con ella; » y esto dicho, desapareció.

El kalifa Harun Alraschid tuvo un gran disgusto al oir estas palabras; hizo venir inmediatamente al príncipe su hijo, y cuando se presentó, le reprendió de una manera muy severa. El príncipe, que estaba ya pesaroso de haber obrado con tanta crueldad con Amina, se arrojó á sus piés, y la rogó que le perdonase, cuyo perdón le fué otorgado en el acto por la bondadosa Amina.

Por su parte, el kalifa que se había enamorado de la hermosura y del talento de Zobeida, le ofreció su corazon y su mano, y se casó con ella. Á cada uno de los tres kalandores tuertos los hizo grandes dignatarios del imperio, les dió un soberbio palacio, y los casó con las otras tres hermanas de Zobeida.

El sultán Chabriar, mas embelesado cada dia con las interesantes historias que la jóven sultana le refería, y cada dia mas prendado de su hermosura, de su discrecion é ingenio, iba olvidando, poco á poco, su terrible juramento; y ya no era la hermosa Diznarda la que rogaba á su hermana que les contase alguna historia nueva, sino el sultán mismo.

Terminadas las historias de Zobeida y de los kalandores, la sultana Gerenarda empezó á contar la de las tres Manzanas en la forma siguiente.

HISTÓRIA DE LAS TRES MANZANAS Y DE LA MUJER HECHA PEDAZOS

Una de las noches en que el kalifa Harun Alraschid, acompañado por su gran visir, y el jefe de los eunucos, recorria, segun costumbre, las calles de Bagdad para enterarse por si mismo si se observaban las leyes, y saber si se administraba bien la justicia, encontró á un hombre ya entrado en años que, llevando en una mano un cesto vacío, sostenia con la otra unas redes cargadas sobre su cabeza. — « Este hombre tiene trazas de no ser muy afortunado, » dijo el kalifa, al verle, y mandó al visir Giafar que se informase de su suerte. — « ¿ Quién eres, buen hombre? » le preguntó Giafar acercándose á él. — « Un pobre pescador, le contestó, pero de tan poca ventura que, despues de haber estado pescando todo el dia, no he podido coger ni un pez siquiera; y lo peor es que tengo mujer é hijos pequeños, y no cuento para mantenerlos con mas recursos que los de mi oficio. » Compadecido el kalifa le dijo : — « ¿ Quieres volver á echar las redes y te daremos por lo que saques cien zequies ? » El pescador aceptó el ofrecimiento, y seguido por el kalifa y sus acompañantes se dirigió nuevamente al rio. Echó sus redes, diciéndose á sí mismo : — « Estos señores tienen buena trazas, y creo que no me engañarán; pero aun cuando no me dieran mas que la centésima parte de lo que me han ofrecido, quedaria contento. » Cuando las retiró, vino enredado en ellas un cofre bastante pesado, con el cual cargó el jefe de los eunucos ; y despues de haber entregado al pescador los cien zequies prometidos, el kalifa regresó á palacio.

Abierto el cofre en su presencia, encontraron un cesto de hojas de palmera muy sujetó y liado con cordeles ; dentro de él un envoltorio formado con vestidos de una mujer y el cuerpo de esta hecho pedazos. Horrorizado se quedó el kalifa á la vista de estos despojos sangrientos,

y altamente encolerizado, dirigiéndose al visir Giafar, exclamó — « ¡Cómo! ¿es posible que se cometan en Bag-



dad crímenes de esta especie, y que tu vigilancia se halle tan adormecida? tres días te doy de término para que averigües quién es el asesino de esta mujer, y si no consigues descubrirle, te mandaré ahorcar; y contigo á cincuenta de tus deudos y parientes. » El visir Giafar se retiró á su casa confuso y angustiado. — « ¡Cómo es posible, se decía, que pueda descubrirse en tan corto tiempo al asesino de esta mujer, en una ciudad tan populosa como esta? fácil me sería el hacer ahorcar á cualquiera de los criminales que están presos, haciéndole pasar por el verdadero delincuente; pero esto lo rechaza mi probidad y

mi conciencia, y mas prefiero morir, que recurrir á semejante superchería. » Sin dejar de lamentarse, y sin grandes esperanzas de conseguir su objeto, hizo llamar, sin embargo, á todos los cadies, á los ulemas y á los altos y bajos magistrados y empleados de justicia y de policía, les refirió lo que ocurría y les encargó que hiciesen cuantas pesquisas les fuese posible para descubrir al autor del crimen. Todos ellos se pusieron en campaña, pero cuantos medios emplearon no dieron ningún resultado. Pasados los tres días, el kalifa hizo venir al atribulado Giafar, y tan pronto como le vió le dijo : — « ¿Quién es el asesino ? — Señor respondió Giafar, prosternándose hasta el suelo, no ha podido descubrirse por mas diligencias que se han hecho. » El kalifa se encolerizó, y sin querer escuchar ninguna de las razones que el pobre visir le exponía, mandó á sus guardias que se le llevasen y le hiciesen ahorcar delante de las puertas del palacio, juntamente con cincuenta Barmecidas, parientes de Giafar.

Mientras se levantaban los patíbulos, se prendian á los cincuenta miembros de aquella ilustre familia, y se hacían los demás preparativos para la ejecución, un pregonero recorría las calles de la ciudad gritando : — « Quien quiera ver ahorcar al gran visir Giafar, y á cincuenta de sus deudos, los Barmecidas, acuda á la gran plaza de palacio. Así lo ha ordenado la justicia de nuestro soberano kalifa, en merecido castigo de su mala administración y negligencia. »

Terminados todos los preparativos, hallábanse los desgraciados pacientes en frente del lugar en que debían perder la vida, é iban á ponerles ya el dogal al cuello, cuando un joven de figura distinguida y bien vestido, abriéndose paso por en medio de la multitud apiñada del pueblo que había acudido á la plaza, se llegó hasta donde estaba el visir Giafar, y arrojándose á sus piés, besándole respetuosamente la mano, le dijo : — « Ilustre visir, jefe de los emires, padre y bienhechor de los pobres y de los desvalidos, dejad ese puesto que no debéis ocupar, porque estáis inocente del crimen por que se os quiere quitar la

vida. Ese puesto lo debo ocupar yo que soy el que ha muerto y descuartizado á la mujer que se ha encontrado en el río. »

Mientras estaba hablando el joven, se había acercado al gran visir un respetable anciano que á su vez exclamó : — « No creáis, señor, lo que ese joven acaba de decirnos. El verdadero matador de la dama he sido yo, y yo soy quien debe sufrir el castigo. » Absorto se quedó Giafar a oír estas dos confesiones sin saber á cuál de ellas dar crédito, y de acuerdo con el alto funcionario encargado por el kalifa de hacer ejecutar la justicia, se decidió llevar al joven y al anciano á la presencia del Comendador de los Creyentes, para que, oídas sus declaraciones, decidiese lo que debería hacerse. Acompañólos Giafar, y cuando estuvieron en presencia de aquel : — « Soberano kalifa, dijo el gran visir, aquí están estos dos hombres que se confiesan ambos ser los autores de la muerte y del descuartizamiento de la dama encontrada en el río. » El kalifa les preguntó cuál de los dos era el que había cometido aquel crimen. — « Os juro que soy yo, exclamó el joven, y que nadie ha sido cómplice conmigo. — No le creáis, señor, replicó el anciano ; es la desesperación la que le hace hablar de esa manera : el verdadero asesino he sido yo. — Puesto que no hay medio de saber cuál de los dos es el verdadero reo, llevadlos ambos á dos, dijo el kalifa al visir Giafar, y haced que los ahorquen al mismo tiempo. » Al oír estas palabras el joven exclamó de nuevo con vehemencia : — « ¡Juro por Dios vivo y omnipotente, criador de los cielos y de la tierra, que fui yo quien mató la dama, la hizo pedazos y la arrojó al Tigris! y si no digo verdad, añadió, renuncio á tener parte con los justos en el día del Juicio. » En presencia de tan tremendo juramento, el kalifa titubeó, y al ver que el anciano nada replicaba, le dijo al joven : — « ¡Desgraciado! ¡qué motivos tuviste para cometer un crimen tan horrendo? ¡por qué estás tan desesperado que vienes tú mismo á buscar la muerte? — Señor, contestó el joven, lo que ha ocurrido entre esa mujer y yo es tan extraordinario, que sería muy útil el que

los hombres lo supieran. — Cuéntamelo, » le dijo el kalifa. El jóven obedeció, y empezó su narracion de esta manera :

¡ Soberano Jefe de los Creyentes ! Yo soy un mercader de ricas telas que tengo mi tienda en una de las calles principales ; hace once años que me casé con una prima mia, hija de este anciano que es hermano de mi padre. Durante este tiempo, mi esposa me ha dado tres hijos, y nunca he tenido ningun motivo de queja contra ella, porque era juiciosa, razonable, de muy buenas costumbres, y no pensaba mas que en agradarme ; así, yo la amaba tiernamente, y me esmeraba en complacerla y satisfacer sus caprichos razonables.

Hará unos dos meses que enfermó y yo la asistí con tanto cariño y esmero me era dable, proporcionándole todos los medios posibles para su pronta curacion. Cuando se sintió mejor, me dijo un dia que tenía grandes deseos de comer manzanas, y que este antojo era tan vehemente que estaba persuadida de que le sucederia una desgracia si no lo satisfacia, al paso que satisfaciéndolo, creía que se hallaría completamente buena y restablecida.

Deseoso de procurarle la satisfaccion que tanto anhelaba, salí inmediatamente á buscar las manzanas y recorri todos los mercados y huertas de la ciudad y de las inmediaciones, sin poder encontrarlas. Un jardinero me dijo que era inútil el buscarlas en Bagdad, y que solo las encontraría en Balsora en el jardin del kalifa. Decidido á satisfacer el antojo de mi esposa, despues de decirle lo que pasaba, le anuncié que iba á marchar á Balsora á buscarle las manzanas ; y en efecto, al dia siguiente emprendí mi viaje, y lo hice con tanta velocidad que al cabo de quince dias estaba ya de vuelta, trayendo las únicas tres manzanas que había en el jardin y por las que pagué al jardinero tres zequies de oro. Se las presenté á mi esposa que las recibió con mucha frialdad porque el antojo de comerlas le había pasado ya, y las puso sobre una mesita al lado de su cama.

Pocos dias despues de mi regreso de Balsora, hallándome en mi tienda, vi pasar á un negro esclavo con una

manzana en la mano. Esto me sorprendió porque sabía que no había manzanas en Bagdad : le llamé y le pregunté adónde había cogido la que llevaba en la mano.

— « Es un regalo de mi amada, me contestó sonriendo maliciosamente. Hoy he estado á verla y la he encontrado algo mala. Le pregunté quién le había dado tres manzanas que tenía junto á la cabecera de su cama, y me dijo que el bueno de su marido, el cual había hecho un viaje de quince días para ir á buscarlas. Hemos comido juntos, añadió, y al marcharme me ha regalado esta que veis. » Ya podéis figuraros, señor, cómo me quedaria al oír lo que el esclavo me había contado. Cerré la tienda inmediatamente, me fui á casa y entré en el aposento de mi esposa, y dirigiendo la vista al sitio en donde estaban las manzanas, no vi mas que dos. Le pregunté á mi esposa qué había hecho con la otra, y ella dirigiendo entonces la vista con indiferencia al sitio en que estaban las otras dos, me contestó con aire displicente, « que no sabía lo que se había hecho de ella. » No dudando entonces que fuese cierto lo que el esclavo me había contado, arrebatado por los celos, ciego de cólera y arrastrado por el deseo de venganza, me arrojé sobre ella y le clavé en la garganta el puñal que llevaba conmigo. En seguida la descuarticé, envolví sus miembros en un saco hecho con sus propias ropas, los metí en un cofre, cargué con él y lo arrojé al Tígris.

Cuando volví, encontré á mi hijo mayor sentado á la puerta de casa llorando. Así que me vió vino corriendo hacia mí, y me dijo : — « Papá, esta mañana he cogido, sin que mamá lo viese, una de las tres manzanas que tú le trajiste. Estando jugando en la calle con otros niños, pasó un negro esclavo y me la quitó. Yo me eché á llorar y le supliqué que me la devolviera diciéndole que era de mi mamá que estaba mala, y que tú habías hecho un viaje de quince días para traérsela ; pero él, en vez de devolvérme la, me dió de golpes, y echó á correr, y yo le perdí de vista. Yo no me he atrevido á decírselo á mamá, porque no se enfadara y se pusiera peor. Te estaba esperando para contártelo y para suplicarte que no se lo digas a

mamá. » Lo que yo experimenté en aquel momento, al oír hablar á mi hijo, es imposible el que yo os lo pueda expresar, señor, solo sé que yo tambien me puse á llorar amargamente y á maldecir la precipitacion con que había obrado, culpando mi necia credulidad y tomando como cierta la fábula que el esclavo había inventado para vanagloriarse; fábula forjada con las palabras que mi hijo le había dicho para que le devolviera la manzana. En este momento llegó mi tio que venia á ver á su hija, y yo le conté todo lo que había pasado : y el buen anciano, léjos de hacerme las justas reconvenciones que yo merecia, se puso á llorar conmigo la perdida de una hija adorada. Esta es, ¡oh ilustre kalifa! la verdad del hecho. Ahora aquí estoy dispuesto á recibir el castigo que merece mi crimen.

El kalifa, despues que el jóven acabó de hablar, se quedó absorto largo rato, fuertemente impresionado con lo que acababa de oír. Luego dirigiéndose al visir Giasfar le dijo : — « La accion de este jóven es disculpable á los ojos de Dios, y muy excusable ante los hombres ; el verdadero culpable, causante de este asesinato, es el esclavo, y él solo debe ser el castigado. Tres dias te doy de término para buscarle é imponerle el condigno castigo. Pasado este término, si no lo has conseguido, morirás en su lugar. »

Con profundo dolor en su corazon y lágrimas en los ojos, se retiró Giasfar de la presencia del kalifa, persuadido de que no le quedaban ya mas que tres dias de vida, porque teniendo por imposible, sin un milagro del cielo, el encontrar el esclavo robador de la manzana, en una población en donde había muchos miles de esclavos negros que se le parecian, tuvo por cosa inútil y tiempo perdido el hacer ninguna diligencia para hallarle. Así, dió parte á su familia de la sentencia del kalifa, se despidió de sus deudos y amigos é hizo su testamento, pasando esos tres dias de agonía en lloros y lamentos. Al tercer dia vino á su casa un oficial del palacio con órden del kalifa para que se presentase inmediatamente con el esclavo delincuente, y el visir Giasfar dando por llegada su última hora, en medio de lágrimas y sollozos, empezó á despedirse de su

esposa y de sus hijos. Al abrazar á su hija menor, que era una jóvencita de diez años, á la que amaba con cierta preferencia, notó que tenía un gran bulto en el seno.— « ¿Qué tienes ahí, hija mia, que abulta tanto y que huele tan bien? » le preguntó el visir. — « Una manzana muy hermosa con el nombre de nuestro amo y señor el kalifa, que me la ha vendido nuestro esclavo Rian por dos zequíes. » Al oír expresarse á la niña de este modo, Giasfar dió un grito de sorpresa y alegría, y se apresuró á sacar la manzana del seno de su hija. En seguida mandó venir al esclavo Rian, y con semblante severo le dijo : — « ¡Malvado! ¿de dónde has sacado esta manzana? » á cuya pregunta le respondió el esclavo diciendo :— « Señor, os juro que ni la he robado en vuestra casa, ni en los jardines del kalifa, sino que pasando el otro dia por una calle en donde estaban jugando unos chicos, se la quité á uno de ellos que me dijo que era de su madre que estaba enferma, y que su padre se la había traído de muy léjos. Yo no se la quise devolver á pesar de sus lloros, y ayer se la he vendido á vuestra hija menor por dos zequíes. » Oida esta declaración del esclavo, Giasfar se apresuró á llevarle delante al kalifa á quien le dijo :— « ¡Comendador de los Creyentes! aquí tenéis al robador de la manzana que ha sido causa de la muerte de esa inocente y desgraciada mujer; » y en seguida le refirió lo que el esclavo le había dicho y el modo providencial como había descubierto el cuerpo del delito y el delincuente.

El kalifa se quedó admirado y sorprendido, y apénas podía creer lo que veía y oía, pero arrugando el entrecejo le dijo á Giasfar :— « Puesto que tu esclavo ha sido el causante de que esa mujer perdiese la vida, justo será que pague con la suya su delito. » Giasfar, sin embargo, se arrojó á los piés del kalifa, le hizo presente que la muerte del esclavo no resucitaría á la mujer, ni aliviaria la pena de su afligido marido, y en fin, tantas y tales cosas le dijo, y tanto le rogó que á lo menos le perdonase la vida, que el kalifa consintió en ello mandando imponerle solamente un severo castigo.

Queriendo al mismo tiempo consolar al joven y hacerle olvidar en lo posible la pérdida de su esposa querida, le casó con una de sus mas hermosas odaliscas, le colmó de bienes y le conservó particular cariño durante su vida.

Como no había amanecido todavía cuando la sultana Gerenarda concluyó de contar la historia de las tres manzanas y de la mujer descuartizada, empezó á referir al sultan Chabriar otra no menos interesante, en estos términos.

HISTORIA DEL JOROBADO MUERTO

Habia en otro tiempo en Kachsgar, capital de un Estado de la Gran Tartaria, situado entre la Rusia y el Celeste Imperio, un sastre muy afamado que tenía una mujer hermosísima á la que amaba con delirio, de la que era correspondido. Un dia que estaba trabajando en su tienda obrador vino á plantarse delante de la puerta un jorobadito que cantaba con una voz muy melodiosa copillas muy alegres, acompañándose con un tamboril ó especie de pandereta. Tanto le gustaron al sastre las canciones del jorobadillo que, queriendo que su mujer las oyera y se divirtiera, rogó al jorobado que entrara en la casa y le convidó á cenar con ellos.

Estando comiendo un pescado que tenía muchas espinas, se le atravesó una de ellas en la garganta al pobre cantor ambulante, en términos que le ahogó, por mas esfuerzos que el sastre y su mujer hicieron para extraérsela. Al verse con un cadáver en la casa, el pobre sastre exclamó : — « Somos perdidos, porque si la justicia lo sabe creerá que somos nosotros los que hemos muerto á este hombre, y nos llevará presos. » La mujer, mas animosa que el marido, acordándose que al lado de la casa vivía un médico judío, le dijo : — « Llevemos á este hombre á casa de nuestro vecino. » Y en efecto, agarrándole cada uno por un brazo cargaron con el muerto, y llevándole

arrastrando como mejor pudieron, llamaron á la puerta del médico. Bajó en seguida una criada á ver quién era, y el sastre le dijo : — « Vuélvete á subir y dile á tu amo que hay aquí un enfermo que necesita pronto auxilios; toma, dale esta moneda, añadió, para que no crea que es cosa de juego. » La criada volvió á subir para avisar á su amo de lo que ocurría, y entregándole la moneda de plata le dijo : — « Señor, abajo hay unas buenas gentes con un enfermo, para que le veáis, y le recetéis algún remedio. » El médico judío que estaba cenando también con su mujer, se levantó inmediatamente de la mesa; y mandando á la criada que bajase á alumbrarle, sin esperar á que encendiese la luz, se dirigió á la escalera apresuradamente muy contento al verse pagado de antemano, y con la esperanza de encontrar un enfermo pudiente. Mientras tanto, el sastre y su mujer subieron al jorobado á la mitad de la escalera, le dejaron allí, y se retiraron á su casa corriendo. Como la escalera era estrecha, y el médico la bajaba á oscuras y de prisa, tropezó con el cadáver, y el vivo y el muerto cayeron rodando hasta el portal.

Cuando llegó la criada con la luz y el médico judío se encontró al lado de un cadáver que estaba todavía caliente, creyendo que había muerto el jorobado á consecuencia de la caída, empezó á arrancarse los cabellos y á invocar á Moises, á Abraham y á todos los profetas del Viejo Testamento. — « ¡Ay de mí! exclamaba; estoy perdido, si no me socorre la burra de Balaam, porque con mi precipitación he sido causa de la muerte de este hombre, y me castigarán como asesino. » Al oír sus exclamaciones, bajó su mujer á saber lo que ocurría, y viendo al jorobado muerto, empezó también á lamentarse á gritos. — « ¡Silencio, mujer! le dijo el judío, algun tanto repuesto; dejémonos de lamentaciones, y veamos el modo mejor de deshacernos de este muerto, echándole á otra puerta. » Despues de un momento de reflexión, se le ocurrió á la mujer la idea de subirle á la azotea y hacerle pasar por el cañón de una gran chimenea de la casa contigua que era la de un traficante por mayor de grasas y de aceites, pro-

veedor del sultán. El marido aprobó la idea, y entre él, su mujer y la criada cargaron con el muerto, le subieron á la terraza, y sujetándole con una soga por debajo de los brazos, le dejaron escurrir por la chimenea con tan buena suerte, que quedó de pié derecho arrimado á la pared, como si estuviera vivo.

Al entrar en su almacén el mercader, y al encontrarse en él con aquella persona extraña, creyó que era un ladrón, y en vez de amedrentarse cogió un garrote y dió tan fuerte golpe al jorobado que, perdiendo el equilibrio, rodó por tierra en donde el mercader continuó dándole garrotazos. Viendo que ni se quejaba ni hacía ningun movimiento, cesó de golpearle y se acercó á él. Grande fué su terror cuando se apercibió que estaba muerto.—« ¡Por Alá! exclamaba; me he dejado arrastrar por la cólera, y he muerto á este hombre al primer garrotazo que le he dado. Si se encuentra su cadáver en mi casa soy perdido, porque la justicia me castigará como asesino. » Decidido á desembarazarse de él, cubrió con un paño negro el cuerpo del jorobado, cargó con él á cuestas, y salió de su casa echando pestes y maldiciones.—« ¡Maldito jorobado, decia, perro contrahecho, mas valdría que me hubieras robado todos mis aceites y no te hubiese encontrado aquí cuando yo he venido; así no me vería en el compromiso en que me has puesto ! » De esta manera llegó á la esquina de una calle, y arrimando el cuerpo del jorobado contra la puerta de una tienda, se marchó á su casa á paso acelerado, y sin volver atrás la cabeza.

Sucedió que un mercader cristiano, que había pasado la noche en una francachela con algunos amigos, se retiraba á su casa muy de prisa, temeroso de encontrarse en el camino con algunos musulmanes devotos de los que van á las mezquitas á decir sus primeras oraciones, porque ya era cerca del amanecer; pero ocurriéndole hacer cierta diligencia precisa, aunque no limpia, se arrimó contra la puerta de una tienda que estaba en la esquina de una calle sin reparar en que allí había un hombre. cuando vió al jorobado, creyó que era algun malhechor que

quería robarle, y dándole un gran puñetazo en la cabeza, exclamó :— « ¡Ah bribón ! ¡esas tenemos ? » Con la fuerza del golpe, el cuerpo del jorobado se le echó encima, y el mercader que estaba algo achispado con los humos del banquete, sobrecogido de miedo empezó á golpear al muerto y á gritar : — « ¡Socorro ! ¡ladrones ! ¡que me asesinan ! » A sus gritos acudió una patrulla, y encontrándose con un cristiano vivo y un musulman muerto, y dando por sentado que el cristiano era el homicida se llevó al mercader preso.

Instruida la causa por el juez competente, como no había mas testigos que el presunto agresor y el muerto, y el mercader no podía negar que le había dado fuertes puñetazos en la cabeza ; dando por supuesto el juez que estos golpes habían originado la muerte del jorobado, sentenció al pobre cristiano á morir en una horca, fundándose ademas en la circunstancia agravante de ser el jorobadillo uno de los bufones predilectos del sultán.

Ya iban á colgar al mercader, cuando el proveedor de aceites del sultán se presentó al juez que presidía la ejecución gritando : — « ¡Deteneos, deteneos ! no vayáis á quitar la vida á un inocente, cuando el culpable soy yo ! porque yo soy quien mató de un garrotazo á ese ladron jorobeta, al hallarle escondido en mi almacén de aceite, y le llevé despues de muerto á la esquina de la tienda en donde le encontró este buen hombre. » En vista de esta confesión pública y espontánea de un hombre que se declaraba reo de la muerte de aquel jorobadillo, el juez dijo al verdugo : — « Suelta y deja libre á ese cristiano, puesto que es inocente, y ahorca en su lugar al verdadero delincuente. » El verdugo se apoderó del proveedor y empezó á hacer los preparativos necesarios para la ejecución, cuando se oyó en medio de la plaza la voz de un hombre que gritaba : — « No matéis á ese por un crimen que no ha cometido. El que ha muerto al jorobado he sido yo, y aun cuando sea judío, no quiero que el Dios de Abraham me reconvenga por haber permitido que se derrame la sangre de un inocente. » En seguida, acercándose al juez

el médico judío, le refirió lo que le había sucedido con el enfermo jorobado, y el cómo le había introducido en el almacén del proveedor después de estar muerto.

Habiendo escuchado el juez con la mayor atención y no menor sorpresa la detallada relación del médico, y no dudando que fuese el verdadero matador del bufón del sultán, como este había mandado que se ahorrase sin remisión al que resultase ser el homicida, ordenó al ejecutor de la justicia que desempeñase sus funciones con el médico. Pero cuando ya iba á cumplir con lo que el juez había dispuesto, se presentó el sastre llorando, y dirigiéndose al juez le dijo : — « Señor juez, habéis estado á punto de sacrificar á tres personas inocentes pensando castigar un crimen que ninguna de ellas ha cometido, porque nadie puede matar á un hombre que ya está muerto. Sabed, señor juez, que ese jorobadillo, cuya muerte se pretende castigar, vino á cantar delante de mi tienda; yo le hice entrar en mi casa para que mi mujer le oyera, y después le convidamos á cenar con nosotros. Estando comiendo un pescado se le atravesó en la garganta una gruesa espina que no pudo él arrojar, ni nosotros sacársela, y de cuyas resultas murió ahogado. No queriendo cargar con la responsabilidad de una muerte que nosotros no habíamos cometido, entre mi mujer y yo le llevamos á casa de este médico judío, que es nuestro vecino, y le dejamos al pie de la escalera, diciendo á la criada que era un enfermo que necesitaba algún remedio, y dándole una moneda de plata para su amo para pagar su receta. Esta es la verdad del cuento; de modo que si en la muerte de ese jorobado hay algun delincuente, aunque bien inocentemente, ese seré yo, por haberle convidado á sentarse á mi mesa. »

Al oír la relación del sastre, el juez se quedó perplejo, y no atreviéndose á mandar que le ahorrasesen, porque en realidad no era culpable del crimen de homicidio, resolvió llevar á los cuatro hombres á la presencia del sultán, así como también el cuerpo del delito, esto es, el jorobado muerto. Cuando todos estuvieron en la sala de audiencia

el juez se prosternó ante el principe y le refirió las cuatro historias de los presuntos reos. El sultan al oirlas no pudo contener su admiracion, y exclamó dirigiéndose á los circunstantes : — « ¡ Habéis oido nunca cosa mas asombrosa que lo que ha sucedido con mi pobre jorobeta ? Para que no se olvide esta muerte singular, y los errores á que ha dado lugar exponiéndose á castigar á personas inocentes por imputarles un asesinato que no habian cometido, quiero que mi cronista escriba esta peregrina historia en los anales de mi reinado para que sirva de instruccion y enseñanza á los venideros. »

Postrándose entonces el mercader cristiano á los piés del principe le dijo : — « Soberano señor, si encontráis extraordinaria la historia de vuestro jorobado bufon, yo podría contar á Vuestra Majestad otra mas portentosa todavía, si os dignáis oirla. — Pues cuéntamela, » le contestó el sultan. Entónces el mercader cristiano empezó su narracion en estos términos :

HISTORIA DEL JÓVEN MERCADER MANCO

Al empezar, señor, á contaros la historia que os dignáis permitirme el referiros, debo advertir á Vuestra Majestad que yo no soy vasallo suyo, ni he nacido en ninguna de las dependencias de su reino. Soy egipcio, natural del Cairo, copto y cristiano. Mi padre era corredor de mercancías : al morir me dejó un razonable caudal, y yo seguí la misma profesion. Hallándome un dia en una de las hosterías en que se reunian los traficantes en granos, se paró delante de la puerta un jóven decentemente vestido y montado en un asno. Haciéndome señas de que me acercase á él, sacó un taleguillo lleno de ajonjolí, y mostrándomelo me preguntó á cómo pagarian la medida grande de aquella semilla igual á la de la muestra. Yo le respondí, despues de haberla examinado, que se podria vender á razón de cien drachmas de plata. — « Pues si podéis vendérme la á

ese precio, llegaos al khan que está cerca de la Puerta de la Victoria, y allí me encontraréis. » Dic平as estas palabras, se marchó dejándome el taleduillo con la muestra del ajonjolí. Habiéndoselo enseñado á varios mercaderes, estos me ofrecieron pagarlo á ciento diez dracmas de plata la gran medida. Me fui en seguida á buscar al jóven que encontré en el punto que me había indicado, hice medir el ajonjolí que tenía en el almacén, y como resultó haber ciento cincuenta medidas, las vendí al precio convenido con el jóven, esto es, en cinco mil dracmas de plata, guardando para mí las diez dracmas de beneficio. De esa cantidad, me dijo el jóven, os corresponden quinientas dracmas por vuestro corretaje, que podéis descontar desde luego de las cinco mil dracmas. Y en cuanto á las cuatro mil y quinientas que me quedan, como no las necesito por ahora, os ruego que las conservéis en vuestro poder hasta que yo vuelva á pediroslas.

Al cabo de algunos meses se presentó el jóven muy ricamente vestido; yo me apresuré á entregarle el dinero, pero él no quiso recibirllo, diciéndome que no urgía, y habiéndole convidado á que se apease y entrase á tomar un bocado conmigo, consintió en ello. Miéntras que mis esclavos preparaban el banquete con que yo quería obsequiarle, estuvimos hablando de cosas indiferentes. Puestos á la mesa, advertí, con no poca sorpresa, que el jóven no se servía, para comer, mas que de la mano izquierda, y atribuyéndolo á grosería ó desprecio, no pude contener mi curiosidad, y le pregunté por qué motivo no hacía uso de su mano derecha.

— « No toméis á mal la pregunta que os hago, le dije cuando nos quedamos solos despues que los criados levantaron la mesa, porque me ha llamado la atencion el ver que, durante la comida, no habéis empleado mas que la mano izquierda. » Dando un gran suspiro, el jóven me contestó : — « Sin duda os ha chocado el que yo haya comido con la mano izquierda solamente, pero mirad, añadió, sacando el brazo derecho que hasta entonces había tenido oculto debajo de sus vestidos. Ya veis que no puedo ser-

virme de la mano derecha puesto que no la tengo. » Y en efecto, yo vi con el mayor asombro que la tenía cortada ; y preguntándole si la había perdido por algun accidente, derramando algunas lágrimas y ruborizándose algun tanto, me dijo : — Voy á contaros mi historia y el motivo de haber perdido mi mano derecha. Sabed, pues, que yo soy de Bagdad, hijo de un padre acaudalado y de familia distinguida, el cual, al morir, me dejó una gran fortuna. Como yo había oido hablar de las grandes maravillas del Cairo y del Egipto, cuando me encontré dueño de mis acciones, determiné hacer un viaje á esos países, y para que esta excursion no fuese exclusivamente de recreo, y me procurase algunos beneficios con que compensar los gastos del camino, compré en Bagdad ricas telas y otras mercancías que llevé conmigo al Cairo cargadas en camellos. Al llegar á esta ciudad fuí á hospedarme al khan llamado de Mesrour, alquilé una habitacion con su almacen correspondiente, y coloqué en él todo mi cargamento.

Arreglado este, me vestí con aseo, y miéntras que mis esclavos volvian del mercado con los víveres que habian ido á comprar, y preparaban la comida, salí á dar una vuelta por la ciudad para orientarme, y visité el castillo, varias mezquitas y otros monumentos públicos dignos de ser vistos.

Al dia siguiente escogí algunas telas ricas de las que habia traído, y las hice llevar por mis esclavos á la Lonja de los Circasianos para hacerlas ver á los mercaderes, y saber lo que me darian por ellas.

Tan pronto como las descubrí me vi rodeado por aque-llos, pero, con gran sorpresa mia, no cubria los gastos de su compra y conducción el precio que me ofrecian por ellas. Yo me incomodé y me quejé de este menoscrecio á los corredores, los cuales me dijeron que si queria distribuir mis telas y mercancías entre diferentes mercaderes que ofreciesen suficientes garantias, para que las vendiesen en comision por mi cuenta, serian vendidas con mayor estimacion, y en vez de perder, realizaria muy buenos beneficios. Yo seguí este consejo, reparti mis géne-

ros entre varios mercaderes que me indicaron como los mas honrados y solventes, con condicion de que, dos veces por semana, arreglaríamos la cuenta, y me entregarian el importe de lo que hubiesen vendido, pasado el primer mes de la entrega.

Arreglados mis negocios de esta manera, ya no tuve que pensar mas que en divertirme, y pasar el tiempo lo mas agradablemente posible. Pasado el mes de la entrega de los géneros, empecé á recoger el fruto de la combinacion hecha, y los dias de cobranza volvia al khan cargado de dinero.

Un dia que estaba sentado en la tienda de uno de los depositarios de mis telas, entró en ella una dama al parecer muy distinguida, ricamente vestida, y acompañada por una esclava negra muy bien puesta. Si su aire y maneras me cautivaron desde luego, haciendo nacer en mí el deseo de conocerla, el eco de su voz melodiosa me causó una profunda emocion ; de modo que yo no apartaba la vista de ella. Yo no sé si la dama conoció el interes con que yo la miraba, y si no le pesaba de ello, porque bien fuese casualidad ó deliberado intento, al hacer cierto movimiento se separó por un momento el velo que encubria su rostro, y dejó ver dos ojos negros y rasgados cuyas miradas enardecian y despedían fuego.

Entre las ricas telas que el mercader le mostró, eligió una cuyo fondo era un recamado de oro de lo mas fino y primoroso, y habiendo preguntado al mercader cuánto quería por ella, este le contestó que mil doscientas dracmas de plata. — « Está bien, le dijo la dama ; voy á llevarme la tela, y mañana sin falta os enviaré ese dinero.

— Señora, replicó el mercader, con mucho gusto os dejaría llevar la tela al fiado, como lo he hecho otras veces, pero hoy me es imposible el hacerlo, porque esta tela no es mia, sino de este jóven mercader á quien hoy mismo tengo que entregarle el dinero. » Ofendida la dama por la desconfianza que mostraba el mercader : — « Ahí tenéis vuestra tela, exclamó con enojo, arrojándola al suelo, y que Dios os confunda á vos y á todos los de

vuestra especie, porque todos sois de la misma ralea, y no sabéis distinguir de personas ni tratar á cada cual segun se merece. »

Dichas estas palabras, se levantó y se disponia á salir de la tienda. Al verla marchar tan enojada, sentí que mi corazon se interesaba por ella, y levantándome yo tambien, le dije : — « Señora, deteneos y calmad vuestro enojo, que quizas hallaremos medio de contentar á todos y que os llevéis la tela. » La dama se detuvo y volviéndome yo al mercader le dije : — « Supuesto que queréis mil y doscientas dracmas de plata por esta tela mia, yo os doy las doscientas dracmas por vuestro beneficio. Dejad que esta dama se lleve la tela, y os firmaré un recibo de su importe, del que os reembolsaré con la venta de las otras mercancías que me pertenecen. » El comerciante se convino, y yo le firmé el recibo. En seguida, tomando la tela y presentándosela á la dama le dije : — « Podéis llevarosla, señora ; y en cuanto al pago de su importe, me lo podréis enviar mañana ú otro dia ; y aun si me lo permitís, os la ofreceré como regalo en memoria mia. — Ese obsequio no lo admito, me contestó la dama ; pero no olvidaré nunca la cortesanía y generosidad con que os habéis portado conmigo ; ¡ que Dios os la premie, aumente vuestra fortuna y os conceda largos años de vida ! »

Estas palabras me animaron á suplicarle que me permitiese ver su rostro y que con semejante favor me daria por bien recompensado. La dama accedió á mis deseos, y alzando su velo me dejó ver un semblante divino, cual nunca habia visto. Su hermosura me cautivó de tal modo que me quedé absorto sin poder expresar todo lo que mi corazon sentia, y habria estado mirándola largo rato, si ella no se hubiese apresurado á echarse el velo por temor de que alguno entrase en la tienda y la viese. En seguida, tomando la tela y dándosela á la negra esclava, se marchó, sin volver á dirigir la palabra al mercader. Yo le pregunté á este si conocia aquella dama, y me contestó que sí ; añadiendo que era hija de un emir que, al morir, le dejó inmensas riquezas.

Aquella noche no pude cerrar los ojos pensando en la belleza de la dama. Al dia siguiente me vestí con mayor esmero , y con la esperanza de volver á verla me fui á la tienda del mercader. Al poco rato llegó la dama vestida con un traje mas rico que el de la víspera, y encarándose conmigo me dijo : — « Ya veis que soy puntual en cumplir lo que ayer os ofrecí. Vengo expresamente á traeros el dinero de la tela que tan generosamente me cedisteis sin saber quién soy ni conocerme, cuyo noble proceder no se borrará nunca de mi mente. » Yo le contesté que no valia la pena de haberse tomado tal molestia , pues la cobranza del tal dinero no me urgía ; y aprovechando la ocasion de hablar con ella me arriesgué á manifestarle la impresion profunda que su belleza me había producido ; pero no bien oyó mis primeras palabras, cuando se levantó y se marchó precipitadamente.

Yo me quedé muy desconsolado, y despidiéndome del mercader al poco rato, salí á dar una vuelta por la ciudad para distraer mi pena. Ya había recorrido varias calles sin objeto, cuando sentí que me tiraban del vestido, y volviendo la cabeza para ver quién era, me encontré, con no poca alegría y sorpresa, con la esclava negra que acompañaba á la dama, la que, despues de saludarme me dijo : — « Mi ama, que es aquella señora que habéis visto en la tienda del mercader, desea hablaros. Os ruego que os toméis la pena de venir conmigo. » Seguí con mucho gusto á la esclava hasta la tienda de un joyero en la que estaba su ama, la cual haciéndome sentar á su lado me dijo : — « No extrañéis que me haya levantado con tanta precipitacion cuando empezasteis á hablarme de vuestro cariño en la tienda del mercader, pues lo hice porque no se apercibiera del placer que tenía en oiros. » Despues de un rato de conversacion, me dió permiso para que fuese á verla á su casa cuyas señas me indicó.

Dos dias despues, me perfumé y me puse el mejor traje que tenía, alquilé un asno bien enjaezado y me dirigí á la casa de la dama, habiéndome provisto con una bolsa en que puse cincuenta zequies, por lo que pudiera ocurrirmee.

Tan pronto como llamé á la puerta vinieron dos esclavas blancas á abrirla, y al verme me dijeron : — « Entrad, señor, que nuestra ama espera vuestra visita con impaciencia. » Despues de atravesar el vestíbulo y un patio en cuyo centro habia una fuente de mármol y un cenador magnífico separado por una verja de metal dorado, de un delicioso jardín y de un verjel en los que las flores mas raras y las frutas mas exquisitas competian entre sí, y recreaban la vista, amenizado este verdadero paraíso con el gorjeo y los trinos de mil diversos pajarillos, y con el suave murmullo de otra fuente en cuya concha iban á reunirse los chorros espumosos de un agua cristalina que cuatro dragones alados arrojaban por boca y por narices; las esclavas me condujeron á un salon espacioso cuya magnificencia y riquísimos adornos me dieron una alta idea de su dueño.

Al poco rato de encontrarme en él, entró la dama ricamente vestida, la cual me pareció aun mas hermosa con el traje de casa que vestia que con los que la vi en la tienda del mercader. Nos sentámos en un sofá, y estuvimos conversando largo rato con mutua satisfaccion ; despues nos sirvieron la comida compuesta de los manjares mas delicados y exquisitos. Terminada que fué continuámos conversando ; las esclavas entonaron algunas canciones, y en fin, cuando por la noche me retiré, salí mas enamorado que nunca de la dama, y decidido á casarme con ella. Al marcharme, puse con disimulo debajo de los almohadones del sofá la bolsa que llevaba con las cincuenta monedas de oro, y cada vez que iba á visitarla dejaba otra bolsa con igual número de monedas. Sucedió que como mis visitas eran bastante frecuentes, llegó dia en que, sin apercibirme de ello, me encontré sin recursos de ninguna especie, porque los mercaderes me habian entregado ya todo el importe de las telas que habia depositado en sus tiendas. Desesperado, y sin saber qué partido tomar llegué á una gran plaza en que habia un gentío inmenso. Mezclándome con la multitud, me hallé al lado de un caballero que llevaba colgado del arzon de la silla

del caballo que montaba un saco de tela entreabierto, del que pendian unos cordones de seda que yo me imaginé serian los de alguna bolsa que contuviese dinero. Tentado por mi crítica situacion, y sin darme cuenta de mi mala accion, aproveché un momento en que el caballero tenía vuelta la cabeza, y sujetando el saco con una mano saqué con la otra la bolsa que había dentro. Sin embargo, por pronto que lo hice, se apercibió de ello el caballero, y me dió tan fuerte golpe con su maza en la cabeza, que me derribó á tierra sin sentido. — « ¡Es un ladron! » les dijo á las gentes que acudieron á socorrerme. En esto acudió un cadi con algunos oficiales de justicia, y enterado de lo que ocurría, y no pudiendo yo negar el robo porque la bolsa se hallaba oculta entre mis vestidos, y tenía el número de monedas indicado por el caballero, despues de devolvérsela á este, mandó que me cortasen la mano derecha. En el acto fué ejecutada esta terrible sentencia; yo quedé desvanecido con la fuerza del dolor, y con la sangre que perdía. Compadecidos de mí algunos de los circunstantes, se apresuraron á socorrerme llevándome á una casa inmediata en donde me curaron, vendaron mi brazo, y me entregaron la mano cortada envuelta en un lienzo. El caballero mismo vino á la casa y me dijo : — « Estoy persuadido de que no sois un ladron de profesion, y que solo alguna imperiosa necesidad es la que os ha arrastrado á cometer esa villana accion. Tomad esa bolsa, causa de vuestra desgracia, y remediaos con ella. » Dicho esto, se marchó, dejándome la bolsa que contenia unos treinta zequies.

Algo repuesto con los cordiales que me dieron, salí de la casa con ánimo de irme á mi posada; pero reflexionando que allí no podrian darme los auxilios que necesitaba, me decidí á ir á casa de mi futura esposa. Al verme pálido y tan desmayado me preguntó qué tenía. Yo le respondí que ademas de un fuerte dolor de cabeza, un tumor que me había salido en el brazo derecho no me dejaba respirar apénas. — « Toma un poco de vino, » me dijo ella presentándome una copa. Yo acepté y cogí la

copa con la mano izquierda; y miéntras bebia el vino, alzó ella el vestido con que yo cubria mi brazo derecho, para ver el tumor de que le había hablado, y vió con horror que me faltaba la mano.



Al hacer este descubrimiento, se puso á llorar amargamente, y fué tan grande el pesar que le causó, que desde aquel dia ya no volvió á estar buena. — « Estoy cierta, exclamaba sollozando, que te ha sucedido esa desgracia por amor mio aunque tú no me lo digas, y es tan intenso y vivo el dolor que experimento, que me quitará la vida. Pero ántes de morir, quiero poner en ejecucion el pensamiento que tenía hace largo tiempo. » Al dia siguiente mandó á llamar á un cadí y á varios testigos y me nombró heredero universal de todos sus bienes. Cuando se marchó el cadí, despues de haber extendido el testamento y el acta de donacion, en toda regla, abrió un gran cofre, y yo vi, con no poca sorpresa, reunidas en su fondo todas

las bolsas que había ido dejando en cada una de mis visitas. Mostrándome las me dijo : — « Aquí están todas intactas y completas, pues yo no he tocado á ninguna de ellas. Tuyas son, y puedes llevártelas, si gustas, desde este momento. Esta es la llave del cofre. » Yo no quise tomarla, pero ella insistió, añadiendo : — « Esto no es nada, y no vale la pena de hablar de ello. » Al cabo de tres semanas el sentimiento de verme manco la llevó á la eternidad, y yo me hallé poseedor de su inmensa riqueza, de la que formaba parte el ajonjoli que me habéis vendido.

Ahí tenéis, pues, la razon de servirme solo de la mano izquierda, y el motivo de haber perdido la mano derecha.

Cuando acabó de hablar el mercader cristiano, el emir de Kachsgar se levantó muy enojado y exclamó : — « ¡Perro cristiano! ¿es esa la historia que me dijiste ser mas interesante y divertida que la de mi pobre jorobado? No sé como he tenido paciencia para haberte escuchado tanto tiempo : pero ya que así has abusado de mi credulidad, expiarás en la horca tu osadía, y la muerte de mi querido bufón. »

Al oir estas terribles palabras, se arrojó á los piés del emir su proveedor de aceite, y con lágrimas en los ojos le dijo : — « Señor, os ruego que suspendáis los efectos de vuestro enojo, y me escuchéis la historia que voy á contaros, que de seguro os parecerá mas interesante que la que acaba de referir ese mercader cristiano ; y si la encontráis tan chistosa como yo, espero que le perdonaréis la vida. » El emir reflexionó un momento y al fin dijo : — « Consiento en ello, oigamos tu historia ; » y el proveedor empezó á referirla en los términos siguientes :

HISTORIA DEL HOMBRE SIN PULGARES

Hace unos cuantos días que asistí á la boda de la hija de un amigo mio, persona de calidad, y despues de las ceremonias de costumbre nos sentámos todos los convi-

dados á la mesa. Entre los exquisitos manjares que nos sirvieron, había uno aderezado con ajos. Se nos distribuyó á cada uno nuestra porcion, y todos la comimos excepto uno de los convidados que se abstuvo de tocar á ella. Ofendido el padre de la novia porque creía que era desaire que aquel convidado le hacía, le instó repetidas veces para que la comiese. Cediendo á estas instancias, el convidado le dijo : — « Si tenéis empeño en ello, comeré este manjar con tal que me permitáis lavarme en seguida las manos cuarenta veces con álcali, otras cuarenta veces con ceniza, y otras tantas con javon. » Aunque este triple lavatorio ne dejó de causarle extrañeza, le contestó que no tenía inconveniente, y mandó á los criados que preparasen lo necesario para que se lavase, segun deseaba, aquel huésped. El convidado entonces, aunque con una repugnancia visible, empezó á comer el guisado con la mano derecha, y todos notámos con asombro que le faltaba el dedo pulgar de ella ; falta que nadie había reparado hasta aquel momento. La rareza de su lavatorio, su repugnancia á comer el manjar guisado con ajos, y la falta de su dedo pulgar excitaron en todos una gran curiosidad, y el dueño de la casa le preguntó por qué accidente había perdido aquel dedo, rogándole que, si no tenía inconveniente, nos lo refiriese. — « Os complaceré satisfaciendo vuestra curiosidad, le contestó, pero sabed que no es solo el pulgar de la mano derecha el que me falta, sino tambien el de la izquierda, así como los pulgares de ambos piés. » En esto acabó de comer su porcion, se levantó de la mesa, y despues de haber hecho sus abluciones de manos ciento veinte veces, con álcali, con javon y con ceniza, volvió á sentarse, y empezó su narracion de esta manera :

Habéis de saber, señores, que yo soy hijo de un mercader de Bagdad que tenía fama de ser muy rico, pero al mismo tiempo muy aficionado á los placeres ; de modo que á su muerte me encontré con mas deudas que bienes, y solo logré reponer algun tanto mi hacienda á fuerza de trabajo y de economía. Un dia en que apénas acababa de abrir mi tienda, se detuvo delante de ella una dama,

montada en una mula ricamente enjaezada, acompañada por un eunuco y dos esclavos.

Al apearse, oí que el eunuco le decia :— « Ya veis, señora, que no hay nadie en el mercado, y sin abrirse todavía la mayor parte de las tiendas, y si me hubieseis creido no tendriais ahora la molestia de esperar. » La dama miró á derecha é izquierda, y no viendo, en efecto, abierta mas tienda que la mia, me rogó que le permitiese descansar en ella mientras las otras se abrian, á lo cual yo me presté gustoso ofreciéndole un asiento. Como no habia mas que sus esclavos y yo, alzó su velo para respirar mas libremente, y yo quedé deslumbrado al ver su hermosura peregrina.

Deseando congraciarme con ella, le dije que si no queria molestarose yo iria á buscar las telas que deseaba comprar y se las traeria para que eligiese, porque yo, señora, añadí, empiezo ahora el comercio, y no poseo todavía fondos suficientes para tener en mi almacén telas de tanto precio. La dama aceptó mi oferta, y despues de haber elegido las que mas le agradaron, cuyo valor ascendia á cinco mil dracmas de plata, se las entregó al eunuco, volvió á montar en su mula y se marchó sin pagarme. Solo cuando la perdí de vista conocí el gran yerro que habia cometido, pues ofuscado con su hermosura y embelesado en mirarla, ni aun se me ocurrió el preguntarle quién era, ni en dónde vivia. Como yo solo era responsable del pago de las telas que habia tomado en las tiendas de mis compañeros, pedí á estos que me diesen un plazo para satisfacer su importe, diciéndoles que la compradora era persona de calidad. Ántes de finalizarse el plazo que me habian concedido, volvió la dama con el mismo séquito, me entregó las cinco mil dracmas de plata, eligió nuevas telas por valor de mil zequies de oro, y se marchó sin pagarlas y sin decirme quién era, como la vez primera. Al cabo de ocho dias volvió, con no poco contento mio.— « Aquí os traigo vuestro dinero, me dijo ; contadlo, y mirad si las monedas son de buena ley. » Luego me hizo varias preguntas, y entre ellas la de si estaba casado

ó soltero. Miéntras que el eunuco y yo contábamos el dinero, me dijo este despacito : — « Veo que amáis á mi ama, y sois un mentecato en no decírselo, porque ella tambien está enamorada de vos, y la compra de las telas no es mas que un pretexto para venir á veros; de modo que si queréis, en vuestra mano está el casaros con ella. »



Yo le contesté confesando que, en efecto, estaba muy enamorado de ella, pero que no me había atrevido á decírselo. Acabado de contar el dinero, el eunuco le dijo : — « Señora, está corriente. » Al oír estas palabras que era la contraseña convenida con su eunuco, la dama se levantó, y al marcharse me dijo que ya me enviaría el eunuco, y que por mi parte no tenía que hacer mas que lo que él me dijese.

Quedé gozosísimo y esperando con impaciencia al eunuco, el cual volvió pasados unos días, y me dijo : — « Sois el mas afortunado de todos los mortales. Sabed que mi ama es la dama favorita de la sultana Zobeida, y la encargada de hacer todas sus compras. Como está tan prendada de vos, se lo ha declarado á la sultana y le ha pedido el permiso para casarse. La esposa del kalifa se lo ha concedido, pero ántes quiere ver al novio para juzgar por sí misma si la elección es buena, quiere veros, y si le agradáis, como es de esperar, costeará todos los gastos de la boda, y dará un buen dote á su favorita. Así, pensadlo bien, y si estáis resuelto, hallaos esta noche en la mezquita que está á orillas del río, y os llevaremos á palacio ; mas como no entran hombres en los aposentos de las damas de la servidumbre, será preciso tomar ciertas precauciones para introduciros. Por vuestra parte no tenéis mas que hacer que dejar obrar, y guardar el mas profundo silencio, porque os va en ello la vida. » Yo le respondí que estaba dispuesto y decidido á seguirle y á hacer lo que me dijese.

Al anochecer me fui á la mezquita en la que me quedé solo, y á poco rato llegó una barca tripulada por eunucos remeros, en la que venía la dama. Los eunucos desembarcaron unos cuantos cofres y los llevaron á la mezquita, retirándose en seguida. Cuando estuvimos solos, la dama me mandó meter dentro de un cofre grande que cerró con llave, y los esclavos volvieron á llevarse los cofres á bordo de la chalupa.

Llegados á las puertas del palacio del kalifa, el oficial de guardia quiso registrar los cofres ántes de dejarlos pasar, pero la dama supo darle tan buenas razones, que, después de haber abierto algunos, consiguió que aquel en que yo iba pasase sin abrirlo. Mientras tanto, yo no las tenía todas conmigo, y pasé muy mal rato ; pero mi angustia fué mayor, cuando habiendo llevado los cofres al cuarto de la mujer del kalifa, se presentó este, y quiso ver las telas y mercancías que contenían. Durante el coloquio que se estableció entre el kalifa y la dama me daban sudores de muerte, ya me pesaba haber sido tan condescendiente exponiendo

mi vida de aquella manera. Al fin, despues de haber examinado algunas ricas telas que la dama le presentó llan-



mándole la atencion sobre sus bordados, dibujos y colores con una prolijidad estudiada, para ganar tiempo, el kálifa se retiró, y yo pude salir de mi encierro.

Mi futura me hizo subir á un cuarto en donde pasé la noche, y al dia siguiente vino á decirme que iba á presentarme á la sultana; me instruyó sobre el modo de presentarme en su presencia, y hasta me indicó las respuestas que debia dar á las preguntas que me hiciese. Luego me condujo á un salon muy espacioso en el que habia un trono. Los adornos de este salon eran de una riqueza sorprendente : allí me dejó solo, y al poco rato empezaron á entrar en él veinte esclavas uniformemente vestidas; despues de estas venian otras veinte damas mas ricamente

vestidas, y por último, entró la sultana Zobeida y se sentó en el trono, habiéndose colocado á uno de sus lados su dama favorita. Era tan majestuoso el aire de la sultana, el traje que vestía tan rico, y de tanto valor las joyas y pedrerías que llevaba encima, que verla solo deslumbraba, é imponía. Rodeado por las damas y esclavas d : su servidumbre formadas en dos filas, me hicieron señas de que me acercase. Así lo hice prosternándome á los piés de la princesa.

La sultana, despues de haberme examinado con atención un momento, me mandó levantar y se dignó hacerme varias preguntas relativas á mi nombre, á mi familia y á mis bienes. Sin duda debieron agradarle mi aspecto y mis respuestas, porque en seguida me dijo : — « Estoy contenta de la elección de mi hija, porque así llamaba á su dama predilecta; la apruebo y doy mi consentimiento, y esta misma noche hablaré de ella al kalifa. Mientras se hacen los preparativos para vuestra boda, permaneceréis en palacio, y seréis cuidado debidamente. »

Zobeida habló al kalifa que no solo aprobó la boda de la favorita de su esposa, sino que le dió una crecida cantidad de dinero. Pasados algunos días empleados en los preparativos, extendido el contrato, y cumplidas todas las formalidades, hubo grandes fiestas en palacio, bailes y conciertos, y por último un sumptuoso banquete.

Entre los apetitosos manjares que pusieron en la mesa, había uno aderezado con ajos. Yo le encontré tan exquisito, que comí de él con demasiada, y al levantarme de la mesa, por una distraccion imperdonable, se me olvidó el enjuagarme la boca, y el lavarme las manos (1).

Cuando, acabado el festín, se retiraron las damas compañeras de mi esposa y despues de habernos conducido á nuestro aposento quedámos los dos solos, yo me acerqué

(1) Los árabes y los turcos en aquella época no usaban tenedores para coger los manjares, y solo hacían uso de los dedos. Lo mismo sucede hoy en día entre los árabes de las tribus que habitan en el Sinaí, en la Palestina y en otros desiertos.

á ella, pero en vez de ser recibido tan cariñosamente como era de esperar, me dió un fuerte empellon y empezó á gritar desaforadamente. Yo me quedé atónito sin saber á qué atribuir semejante despegó. Miéntras tanto, al oír los gritos de mi esposa acudieron sus compañeras temerosas de que nos hubiese sucedido algun accidente. — « ¡Quitadme de aquí á este grosero, sucio é insolente! exclamó. — ¡Pues en qué puedo yo haberos ofendido, señora? pregunté á mi esposa. — ¡Cómo! volvió á exclamar ella; ¿os atrevéis á preguntarlo todavía? Sois un puerco, un malcriado; habéis comido un guisado con ajos, y no os habéis enjuagado la boca ni lavado las manos; pero yo os enseñaré el respeto que se me debe para que otra vez, al acercaros á mí, no vengáis impregnado de un olor tan pestífero que irrita mis nervios y me hace sufrir horribles accidentes. » Y dirigiéndose á las damas les dijo: — « Sujetadme á ese asqueroso, y echadle al suelo. » Y miéntras sus compañeras me tiraron al suelo y me tenían asido por brazos y piernas, armándose mi esposa con un látigo me flageló con él á su sabor hasta que le faltaron las fuerzas.

Pero no se dió por satisfecho su enojo con este castigo, sino que mandó que me llevasen ante el cadi encargado de las justicias, para que me hiciese cortar la mano con que había comido el sabroso guisado. Las damas, sin embargo, procuraron calmar la irritacion de mi esposa, é intercedieron por mí; mas ella no se tuvo aun por satisfecha. — « Quiero, dijo, que aprenda á ser limpio, y que le queden recuerdos indelebles de su desaseo. » Sus compañeras volvieron á insistir para que me perdonase, y al fin, consiguieron llevársela, dejándome tendido por el suelo, lleno de cardenales, y maldiciendo todos los guisados de ajos pasados, futuros y presentes, y haciendo propósito de no volverlos á probar en mi vida; y si me veía precisado á comerlos, lavarme en seguida las manos tres veces con sustancias diferentes.

Diez días pasé curándome de mis cardenales, sin ver mas que á una esclava vieja que me traía la comida, la cual, preguntándole por mi esposa, me dijo que estaba

en cama de resultas del pestífero olor del ajo que yo se había hecho respirar, añadiendo que ya estaba mejor, y que en cuanto se levantase vendría á verme. A pesar del rigor con que me había tratado, yo la compadecí á causa de la extremada sensibilidad de sus nervios, y continuaba amándola.

Al fin, se presentó en mi cuarto una mañana y me dijo : — « Demasiado buena soy en venir á veros, después de lo que me habéis hecho sufrir con vuestro desaseo; pero no me reconciliaré completamente con vos, ni olvidaré la ofensa que me hicisteis acercándoos á mí sin haberlos lavado las manos después de haber comido el guisado con ajos, sin imponeros el condigno castigo que vuestra falta merece. » Dichas estas palabras, llamó á sus compañeras, les mandó que me ligaran fuertemente, y cogiendo una navaja de afeitar, me fué cortando ella misma los pulgares de las manos y los piés.

Yo me desmayé por la fuerza del dolor que me causaron estas operaciones sangrientas : las damas me socorrieron haciéndome beber un cordial, atajaron la sangre y me vendaron después de haber puesto en las heridas el admirable bálsamo de la Meca que trajeron de la botica del kalifa, y con el cual me hallé curado en pocos días. Desde entonces no he vuelto á probar guisado aderezado con ajos, y he vivido con mi esposa en la mejor armonía, olvidando ambos á dos todo lo ocurrido. Hace pocos meses cayó gravemente enferma, y aunque yo la asistí con el mayor esmero, no pudo salvársele la vida. Hubiera podido volverme á casar y vivir cómodamente en Bagdad, pero preferí gozar de mi libertad y recorrer varios países traficando en el comercio. Hé ahí, pues, señores, terminó diciendo el mercader invitado, por qué me faltan los pulgares, y por qué me hallo en esta ciudad.

Cuando el proveedor acabó de hablar, el emir de Kachsgar le dijo : — « Tu historia no deja de ser extraordinaria ; pero no puede competir con la de mi jorobado. » Entonces se prosternó ánte el emir el médico judío y le dijo : — « Si os dignáis, señor, escuchar una que yo puedo referiros,

la encontraréis quizas mas maravillosa. — Cuéntala, pues, y veremos, » le contestó el emir.

Obtenida la vénia, el médico judío empezó su narracion en estos términos :

HISTORIA DEL JÓVEN MANCO DEL MOSUL

Hallándome ejerciendo mi profesion en Damasco en donde gozaba de cierta nombradía, vino á buscarme un dia un esclavo para que fuese á visitar á un enfermo en casa del gobernador de la ciudad. Acudí al llamamiento y encontré, en efecto, á un jóven de muy bella presencia, pero muy demacrado y abatido por el mal. Le pedí la mano para tomarle el pulso, y me alargó el brazo izquierdo, lo que no dejó de chocarme; pero lo atribuí á ignorancia, y nada dije. Receté lo que me pareció conveniente, y me retiré. Continué visitándole, y siempre que le pulsaba, siempre me daba el brazo izquierdo. Cuando ya conceptué que estaba bueno, le dije que podia ir al baño, y salir á tomar un poco el aire libre, y el gobernador, que se hallaba presente, para mostrarme su agradecimiento, me anunció que me nombraba médico del Hospital general, y médico de cámara suyo y de toda su familia; me regaló un traje riquísimo, y me dijo que siempre habria puesto un asiento para mí en su mesa.

El jóven, por su parte, me dió tambien varias muestras de agradecimiento. Un dia que le acompañé al baño, me quedé sorprendido al ver que le faltaba la manoderecha; el jóven lo notó y me dijo : — « ¿Os admira el ver que me falta la mano derecha? pues ya os contaré el cómo la he perdido. » Y en efecto, otro dia que comimos juntos y salimos despues á dar un paseo : — « Voy á referiros una historia singular, » me dijo. Nos sentámos á la sombra de un árbol, y el jóven empezó á referirme su historia diciéndome : — Sabed que yo soy del Mosul, hijo de una de las familias mas distinguidas. Mi abuelo tuvo diez hijos, casados todos

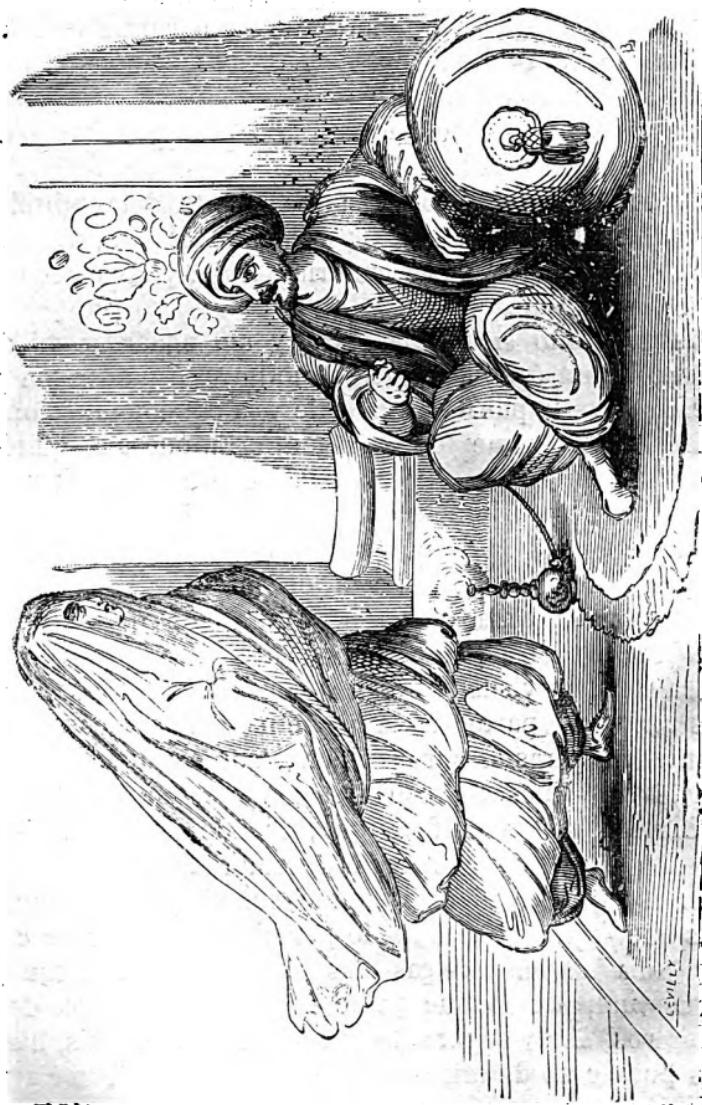
hoy dia, y nueve vivos, pero todos ellos sin sucesion, excepto mi padre de quien yo soy el único hijo. Inútil el deciros que se esmeró en darme una brillante educacion en relacion con la clase á que pertenecia.

Cuando ya salí de la adolescencia, y acabé mi educación, me sentí con deseos de viajar y ver otros países, y un dia en que mis tios y mi padre se hallaban reunidos, empezaron á hablar de la hermosura y riqueza de diferentes paises, y últimamente del Egipto. — « Por mucho que se diga de otras tierras, exclamó mi padre, no hay ninguna como la de Egipto, y el que no ha visto este país, no ha visto lo que hay mas bello en el mundo. Su suelo es de oro, es decir, de una fertilidad prodigiosa; sus mujeres cautivan con su hermosura y sus maneras finas; ¡ y el Nilo ! ¡ hay nada mas admirable que ese caudaloso rio cuyas aguas son tan deliciosas, y cuyo limo abona las tierras y las hace producir, casi sin cultura, abundantísimas cosechas ? » Mi padre continuó enumerando otras muchas excelencias del pais de las Pirámides, y yo quedé tan entusiasmado con lo que él dijo, y con lo que aun añadió y corroboró uno de mis tios, que no tuve ya mas pensamiento que el de ir á admirar todas esas maravillas.

Impresionados tambien mis tios con la pintura que mi padre les había hecho del Egipto, resolvieron ir á verlo, y empezaron á hacer los preparativos del viaje, despues de haber obtenido de mi padre la promesa de que los acompañaría. Yo lo supe, y creyendo que se me presentaba una ocasion oportuna para satisfacer mis deseos, rogué á mi padre que me llevase consigo. Mi padre se negó á ello diciéndome : — « Eres demasiado jóven todavía para soportar las fatigas de ese largo y penoso camino ; ademas de que estoy persuadido de que te perderias en Egipto. En fin, añadió, al ver mis ruegos é insistencia, como ensayo, te permitiré que vayas hasta Damasco adonde te dejaremos hasta nuestra vuelta. »

Todos mis tios eran ricos mercaderes, y con el fin de hacer el viaje mas fructuoso se proveyeron de aquellas

mercancías cuya venta juzgaron que les sería fácil y lucrativa, y á mí me prepararon tambien una gran pacotilla de



géneros que en Damasco tendrían buena salida. Llegamos á esta hermosa ciudad, y mis tíos se ocuparon de la venta

de mis mercancías sobre las que realicé un beneficio de quinientos por ciento; de modo que cuando se marcharon para continuar su viaje á Egipto, yo me hallé poseedor de una crecida suma de dinero que me permitía vivir holgadamente. Alquilé una linda casita, la hice amueblar con decencia, compré algunos esclavos para mi servicio, y pasaba el tiempo en recorrer la ciudad y visitar lo mas digno de verse que hay en ella.

Un dia que me hallaba sentado delante del umbral de mi puerta tomando el fresco y fumando mi pipa, se acercó á mí una dama vestida con rico traje, y al parecer de porte distinguido.

Me preguntó si vendía telas, y sin aguardar mi respuesta, se entró en la casa. Yo me levanté y entré en pos de ella, cerré la puerta de la calle y la conduje al salon en donde le rogué que tomase asiento. Entonces se quitó el velo y me dijo : — « No son telas lo que necesito; vengo solo por veros y conversar un rato en vuestra compañía. » Yo quedé deslumbrado con su singular belleza, y deseando que prolongase su visita, di orden á mis criados para que preparasen una colacion, y le rogué que aceptase este pequeño obsequio como muestra del gran placer que me causaba su visita. La dama consintió en ello, y pasamos una gran parte de la noche hablando de cosas indiferentes mientras nos regalábamos con exquisitos dulces pastelillos y vinos. Su conversacion era tan agradable, y su hermosura tan perfecta que, cuando se marchó, sentí que me hallaba completamente enamorado de ella.

En los días siguientes repitió sus visitas, y en uno de ellos me dijo : — « Si me lo permitís, voy á traer conmigo una de mis amigas mas jóven y mas hermosa que yo, la cual, por lo que yo le he hablado de vos, desea conoceros. Estoy segura de que en cuanto la veáis, haréis bien poco caso de mí. — Señora, le contesté, me agraváis con lo que estáis diciendo. Vuestros hechizos se han apoderado de mi corazon de tal manera, que es imposible el que yo pueda amar á otra mujer mas que á vos. — Cuidado con lo que estáis diciendo. me replicó, porque

al presentarlos á mi amiga voy á exponer vuestro amor á una ruda prueba. Sea como quiera, dentro de tres dias vendremos despues de puesto el sol ; tened dispuesta una buena colacion para obsequiarla como merece. » Yo hice adornar la sala con mayor elegancia para recibir á las dos amigas, y mandé preparar una buena cena, contando con pasar una noche agradable al lado de ellas.

Vinieron el dia indicado, y cuando se quitó el velo la amiga de la primera dama, quedé ciego, deslumbrado al ver una hermosura tan perfecta, y sobre todo, unos ojos que despedian fuego y abrasaban el corazon con sus miradas. Di gracias á una y otra por la honra que me hacian, y por el placer que me procuraban con su venida, excusándome de no recibirlas tan dignamente como merecian.

— « La que debe daros gracias soy yo, dijo la recien venida, por haberos dignado recibirme ; pero dejémonos de cumplidos, y tratemos de pasar la noche lo mas alegremente posible. » En seguida nos sentámos á la mesa, y durante la cena, yo no cesé de mirarla, y ella correspondia á mis miradas con otras no menos expresivas, las cuales, unidas á la excitacion producida por los vapores del vino, concluyeron por enardecer mi corazon de tal manera, que á los postres, ya no guardé miramiento ninguno, y me declaré abiertamente enamorado de ella. La primera dama no pudo mirar con sangre fria mi desden, y sus celos irritados trataron de vengarse de su rival de una manera bien cruel. Habiéndonos ofrecido una copa de vino generoso, se levantó en seguida de la mesa bajo un pretexto frívolo, y nos dejó solos á su amiga y á mí, diciéndonos que pronto volvia. No hacia diez minutos que se habia ausentado, cuando la dama que se habia quedado conmigo cambio de repente de color, le dió un desmayo con convulsiones horribles, y miéntras que yo la sostenia en mis brazos y llamaba gritando á mis criados para que me ayudasen á auxiliarla , exhaló en ellos su ultimo suspiro.

Cuando entraron mis criados les pregunté por la otra dama, y me dijeron que se habia marchado hacia ya rato;

de modo que yo me encontré en la situación mas crítica y embarazosa que puede imaginarse, y empecé á sospechar que la pobre dama había sido víctima de los celos de su amiga, la cual echó con disimulo un veneno muy activo en la última copa de vino que le dió, privándole de esta manera de la vida. No sabiendo qué hacer para desembarazarme de aquel cadáver sin peligro, se me ocurrió la idea de ocultarle haciéndole enterrar en el patio de la casa, en el que mis criados, levantando una de las losas de mármol de su pavimento, abrieron apresuradamente una zanja profunda, le colocaron en ella, y volvieron á poner la losa encima. Hecho esto, tomé todo el dinero que tenía, y después de ponerme un traje de caminó cerré todos los cuartos, y luego la puerta de la calle, y me fui á ver al dueño de la casa, que era un joyero; le pagué los alquileres vencidos y un año mas, adelantado, entregándole al mismo tiempo las llaves de la casa y diciéndole que me la guardase hasta mi regreso de un viaje que me veía obligado á hacer para arreglar un negocio imprevisto y urgente. Inmediatamente me puse en camino acompañado por mis criados, y me dirigí al Cairo en donde encontré á mis tíos, los cuales se sorprendieron al verme, y extrañaron que hubiese salido de Damasco sin permiso de mi padre. Yo les di algunas razones que tuvieron por buenas, y como habían vendido ya sus mercancías, y visto lo mas notable del Egipto, empezaron á hacer sus preparativos para regresar á Mosul. Entonces yo me oculté, porque no quería marcharme sin haber recorrido la tierra de los Faraones, y por mas diligencias que hicieron para buscarme, no pudieron hallarme y se resolvieron á marcharse. Durante tres años permanecí en Egipto, y al cabo de ellos me volví á Damasco yendo á aparearme á casa del joyero á quien yo había tenido cuidado de enviar puntualmente el importe de los alquileres. El joyero se alegró mucho de verme sano y bueno, y me entregó las llaves de mi casa en la que encontré todas las cosas segun y conforme yo las había dejado cuando me ausenté. Al arreglar y limpiar el salón

en donde había cenado con las damas, se encontró debajo de un diván un magnífico collar de perlas que yo reconocí al momento ser el que llevaba puesto al cuello la dama envenenada. Su vista me enterneció, y el recuerdo de su trágico fin me hizo derramar algunas lágrimas.

Sucedío que, como había hecho tantos gastos con mi viaje y residencia en Egipto, un dia me hallé escaso de dinero, y se me ocurrió el vender el collar para salir de apuros. Se lo llevé á un joyero judío el cual solo me ofreció por él unos cien zequíes, sin embargo de que valía veinte veces mas, como confesó él mismo. Por no andar recorriendo otras joyerías consentí en cedérselo por ese precio. El judío entonces, entrándose en la trastienda bajo el pretexto de que iba á buscar el dinero, se fué á buscar á un empleado de justicia al que le dijo : « que le habían robado un collar de perlas que valía dos mil zequíes : que el ladrón había tenido la osadía de venir á ofrecerse en venta, y que como no conocía el valor de la joya y no le había costado ningun trabajo el adquirirla, se contentaba con cien zequíes que él le había ofrecido. Venid conmigo, añadió, y encontraréis al ladrón en mi tienda. »

El juez vino, en efecto, á la tienda, me preguntó si el collar era mio, y si era verdad que yo lo quería vender por cien zequíes. Yo le contesté afirmativamente. Entonces mandó prenderme, me llevaron al pilori ó poste de la vergüenza, y ordenó que me diesen de palos hasta que confesase que el collar no era mio, y que lo había robado.

La fuerza del dolor y el temor de perder la vida en aquel suplicio me determinaron á decir una mentira, y tuve la debilidad de confesar lo que el joyero judío quería para apropiarse el collar, esto es, que se lo había robado, prefiriendo mas bien hacer esta falsa confesión que no descubrir el modo con que aquella joya había venido á mi poder, y creyendo que hecha esta declaración, y despues de los palos que había recibido me dejarían libre. Por desgracia no fué así, porque hecha tal confesión, el juez mandó que me cortasen la mano derecha, lo cual fué ejecutado en el acto mismo.

Esta ocurrencia hizo gran ruido en Damasco y llegó á oídos del gobernador, el cual quiso ver el collar. Tan pronto como lo tuvo entre sus manos mandó que me llevasen á su presencia, y tres días después de mi desgracia, y á pesar del estado en que me hallaba, fui conducido entre soldados á la casa del gobernador. Cuando estuve en su presencia, encarándose conmigo, y examinándome atentamente, les preguntó á mis acusadores si era yo el que había querido vender el collar por cien zequies. Habiéndole respondido que sí, « pues estoy seguro, replicó, que no es este jóven el que ha robado el collar; y extraño mucho que se le haya tratado con tanto rigor, y obrado con tanta ligereza é injusticia. »

Alentado con la benevolencia del gobernador, me decidí á decirle la verdad, bien para recuperar mi honra y lavar la afrenta que había sufrido; ó bien para morir, si se me encontraba culpable de un crimen que yo no había cometido, y que solo procedía de galantería; así, exclamé: — « Señor, os juro por lo mas sagrado que yo soy inocente, y estoy persuadido, ademas, de que el collar no ha pertenecido nunca á mi acusador, cuya alevosía y avaricia es causa de mi desgracia; pues aunque dije que yo lo había robado, cuando estaba atado al pilori, esta falsa confesión contraria á mi conciencia me la arrancó la fuerza del dolor, unida á que yo no podía decir públicamente de qué manera había venido esa joya á mi poder; pero si tenéis la bondad de escucharme, á vos os la explicaré. — Lo que acabáis de decir me basta para adivinar lo restante, para que se os haga en parte la justicia que merecéis, y se os dé la reparación que se os debe. » Y dirigiéndose á los encargados de administrar justicia: — « Llevaos á ese falso acusador, les dijo, y hacedle sufrir el mismo suplicio que ha hecho padecer á este jóven cuya inocencia me es patente. »

En seguida mandó despejar la sala, y quedándose solo conmigo me dijo: — « Hijo mio, contadme de qué modo vino á parar á vuestras manos este collar, no me ocultéis nada, y nada temáis. » Despues que le hube referido mi-

nuciosamente la trágica aventura, el gobernador, alzando las manos al cielo exclamó : — « ¡Dios todopoderoso ! imcomprensibles son vuestros juicios, y debemos acatarlos sin murmurar. Así, recibo con resignacion el golpe que me acabáis de dar, » y encarándose conmigo añadió : — « Despues de haber oido la causa de vuestra desgracia que siento mucho no haber podido remediar, os voy á referir la mia : Sabed que yo soy, ó mas bien era, el padre de esas dos damas de quienes me acabáis de hablar. La mayor era la primera que tuvo la desvergüenza de ir á veros. La casé en el Cairo, y al poco tiempo enviudó ; pero cuando volvió de Egipto en donde habia adquirido muy malas costumbres y mucha desenvoltura, pervirtió á su hermana segunda, y la arrastró á su perdicion, haciéndola despues víctima de sus celos. Al dia siguiente de su desaparicion le pregunté á su hermana por ella, y me respondió llorando que su hermana se había puesto el dia anterior uno de sus mas ricos vestidos y el collar de perlas, y que había salido de casa, sin haberla vuelto á ver mas. Yo la hice buscar por toda la ciudad, pero inútilmente, y su hermana, arrepentida sin duda de su arrebato de celos y de haber causado su muerte, no cesó desde ese dia de afligirse y de llorar, en términos que llegó á enfermar de pena, y á los pocos meses murió. Pero, hijo mio, añadió, ya que ambos á dos somos desgraciados por una misma causa, unámonos y tratemos de hacer mas llevaderas nuestras penas. Todavía me queda una hija menor mas hermosa y de mejor índole que sus dos hermanas, os la doy por esposa, y á mi muerte seréis mi único heredero. »

Yo me arrojé á sus piés para manifestarle cuán grande era mi agradecimiento por tan extraordinaria bondad.

Al dia siguiente hizo venir al cadí y á los testigos necesarios, y despues de extendido el contrato y cumplido con todas las formalidades legales, se celebró la boda con la sola asistencia de los miembros de su familia, y sin aparato ni ostentacion.

Al poco tiempo recibí noticias de mis tios que me anuncianban la muerte de mi padre y me instaban para que

fuese á Mosul á recoger la herencia, lo que no tuve por conveniente hacer, por no separarme de mi esposa y del gobernador, y me contenté con enviar á mis tíos los poderes necesarios para encautarse de la herencia paterna en nombre mio.

Al joyero judío, despues de haberle hecho sufrir el justo castigo que su falsa delacion merecia, le fueron confiscados todos sus bienes en mi favor, y vivo en Damasco como veis, gozando de la mayor consideracion.

Así terminó de contarme su historia mi jóven enfermo, dijo el médico judío, añadiendo : — « Espero, señor, que la habéis hallado bastante interesante y digna de vuestra atencion. — Tu historia, le contestó el emir de Kachsgar, no deja de ser extraordinaria, pero no puede compararse con la del jorobado, por lo divertida y original ; y si la que va á referir ahora el sastre no es mas maravillosa y mas chistosa, á todos cuatro os mando empalar.

Tomando el sastre la palabra, se prosternó á los piés del emir y le dijo : — « Espero, señor, que no llevaréis adelante vuestro enojo despues que os hayáis dignado oir la historia que voy á contaros, porque estoy seguro de que la encontraréis mas interesante y chistosa que la de vuestro jorobado ; » y sin mas preámbulos empezó diciendo :

HISTORIA DEL JOVEN COJO DE BAGDAD

Hace pocos dias asistí á un banquete que daba uno de mis amigos. Cuando todos los convidados nos hallábamos reunidos, y esperando que volviera el dueño de la casa que había salido momentáneamente, entró acompañado por un jóven de muy buena presencia y bien vestido, pero cojo, al cual recibimos todos cortesmente. Iba á sentarse en el sofá, pero, al fijar la vista en uno de los convidados, retrocedió y se dirigió hacia la puerta.— « ¿ Adónde vais ? le dijo nuestro huésped ; ¿ queréis marcharos sin

honrar con vuestra asistencia el banquete que he prepa-



rado para obsequiaros a vos y á estos amigos ? eso no lo permitiré. — Señor mio, le contestó el jóven, os ruego

que me dejéis marchar, porque me es imposible el soportar la vista, ni estar en donde se halle ese mulato que tiene el alma mas negra todavía que su cuerpo, y que es causa de todas mis desdichas, inclusa mi cojera. » Todos nosotros dirigimos la vista al convidado que el jóven señalaba con su brazo, el cual era un barbero que se hallaba sentado en un rincón de la sala con la cabeza baja, y guardaba el mas profundo silencio.

Uniendo nuestros ruegos á los del amo de la casa para que se quedase, y nos dijese los motivos que tenía para aborrecer al barbero de aquella manera, el jóven forastero, cediendo á nuestras instancias, vino á sentarse al fin en medio de nosotros, pero con la espalda vuelta al rapabárbas, por no verle, y nos dijo lo siguiente : — Sabed, señores, que yo soy hijo único. Mi padre que era muy rico y gozaba de gran prestigio y autoridad, á pesar de no haber querido desempeñar nunca ningun cargo público, al morir, me dejó una pingüe herencia. Yo me hallaba disfrutando tranquilamente de mis bienes, sin derrocharlos ni verme atormentado por pasion de ninguna especie, cuando hallándome un dia admirando un magnífico tiesto de flores rarisimas que estaba colocado sobre el antepecho de una ventana, se abrio de repente la celosía de esta y se ofreció á mi vista el rostro mas peregrino de una jóven, hermosa sin comparacion, la cual se puso á regar las flores. Yo me quedé embelesado mirándola, y sentí en mi corazon una emocion cual nunca había experimentado, y las centelleantes miradas de sus ojos, brillantes como uceros, y negros como azabache, acabaron de cautivar me. Así es que regresé á mi casa con el corazon abrasado. Volví al dia siguiente al mismo sitio, y continué rondando la calle ; pero por mas diligencias que hice, no pude conseguir volver á ver aquel rostro divino, cuya momentánea aparicion me había hecho perder el sosiego de que ántes gozaba. La pasion que me inspiró aquella jóven era tan vehemente qne la infructuosidad de mis pasos y la pena de no poderla ver me hizo caer enfermo con una calentura que me devoraba, y mis parientes se alarmaron, con tanto

mas motivo, por cuanto yo no queria decirles la causa de un mal tan repentino y tan grave.

Una vieja amiga de la casa, al saber que yo estaba enfermo, entró un dia á verme; me estuvo examinando atentamente largo rato, y aprovechando un momento en que mis parientes nos dejaron solos, acercándose á la cabecera de mi cama, me dijo : — « Hijo mio, conozco de qué procede vuestro mal, por mas que os empeñéis en callarlo. Estáis enfermo de amor, y es inútil que á mi me lo ocultéis, porque tengo bastantes años y experiencia para adivinarlo. Pero, animaos, porque con tal que me digáis quién es la dama de quien os habéis enamorado, yo puedo curaros. » Yo di un gran suspiro, mas no le contesté nada, pero tales fueron las cosas que me dijo la buena mujer, que al fin le referí todo lo que había pasado, añadiendo : — « Si lográis proporcionarme la dicha de volver á ver aquella beldad, y de que pueda declararle la ardiente pasion que me ha inspirado, podéis contar con mi eterno agradecimiento. » Por las señas que le había dado de la calle y la casa, la anciana me dijo que la joven que yo amaba era la hija del primer cadí, cuya hermosura, en efecto, tenía gran fama, pero que era persona muy adusta, que se complacía en agravar el mal que sus encantos causaban. Esto no obstante, añadió, voy desde ahora mismo á trabajar para que consigáis vuestros deseos.

Despues de varias visitas que me hizo en las que me dió pocas esperanzas de obtener lo que tanto anhelaba, lo cual agravó mi mal en términos que los médicos me desahuciaron, vino un dia y me dijo despacito al oído : — « Ya podéis pensar en las albricias que tenéis que darme, por las buenas nuevas que os traigo. » Estas palabras fueron como un bálsamo milagroso que calmó instantáneamente el ardor que me devoraba. En seguida, la buena mujer empezó á contarme todos los pasos que había dado, las veces que había hablado á la hija del cadí, y lo inexorable que se había mostrado siempre hasta que, por último, pintándole la situación en que me hallaba, había consentido en que fuese á verla y hablarle.

— « Cuando le dije, añadió la anciana, que estabais en peligro de muerte, se conmovió, y cambió de color; » pero es cierto, me preguntó, que esté tan enfermo de » amor por mí, y en ese caso creéis que la esperanza de » verme y hablarle le salvará la vida? — Creo que sí, » señora, le contesté. — Pues bien, replicó suspirando, » hacedle confiar en que me verá. Si su estado se lo per- » mite, decide que venga el viernes próximo á la oracion » del mediodía. Que observe cuando salga mi padre de casa, » y durante está en la mezquita podrá hablarle, y mar- » charse ántes que vuelva. » Hoy es martes, prosiguió diciéndome la buena mujer, y de aquí al viernes podéis recuperaros algun tanto y estar en disposicion de ir á ver á vuestro adorado tormento. » Segun me estaba haciendo su relacion, yo sentia en todo mi ser un bien-estar extraordinario, de modo que cuando acabó de hablarle, casi podía decir que me hallaba curado. Mi mejoría fué tan repentina y tan visible, que todos se quedaron admirados y lá atribuyeron á milagro. Al marcharse la vieja le puse en la mano una bolsa llena de monedas de oro. « Tomadla, le dije, que con mas gusto os la doy, que no á esos médicos ignorantes que no han sabido curarme, ni aun adivinar la enfermedad que padecia. »

El viernes por la mañana volvió la buena mujer cuando empezaba á vestirme con uno de mis mas ricos trajes, y me preguntó si no pensaba ir ántes al baño. Yo le contesté que no tendría tiempo para llegar á la cita á la hora señalada, y que me haría solo afeitar la cabeza y arreglar la barba, para lo cual mandé á uno de mis esclavos que fuese á traerme un barbero. El esclavo volvió y me trajo á ese maldito rapabárbas que ahí veis.

Despues de saludarme, « se conoce en vuestro semblante, me dijo, que no os encontráis muy bueno. Como yo he traído mis lancetas y mis navajas, me diréis si queréis que os afeite ó que os sangre. » Le contesté que acababa de padecer una grande enfermedad, pero que ya estaba curado, y que le había hecho venir solo para afeitarme. Entónces empezó á ensartar una cálila de bendi-

ciones, de deseos de larga vida, de prosperidades... Yo le interrumpí diciéndole que se dejase de cumplidos, y ne-



gastasemos el tiempo en palabras que no tenía lugar de escucharle. Él entonces empezó á desliar su estuche con una flema que me desesperaba; despues se puso á suavizar sus navajas, y cuando acabó esta operacion en la que empleó largo rato, en vez de echar agua caliente en la vacía, sacó un astrolabio y se salió al patio de la casa. Allí estuvo no poco tiempo tambien, midiendo la altura del sol y haciendo cálculos; y cuando volvió á entrar en mi cuarto me dijo con la mayor gravedad:—« Creo que o alegraréis de saber que hoy es el viernes décimoctavo de la luna de Safar del año seiscientos cincuenta y tres de la retirada de nuestro Profeta desde la Meca á Medina; y del año 7320 de la época del grande Yskander que tenía dos

astas. Tambien tendréis gusto en saber que la conjucion de Marte y de Mercurio indica que no podiais haber elegido mejor dia que el de hoy, ni hora mas propicia que la presente para afeitaros ; pero al mismo tiempo no debo ocultaros que esta misma conjucion me anuncia que en este dia corréis un gran peligro, no de muerte, pero si de un grave accidente ó mal que os durará toda la vida. Debéis, pues, agradecerme el que os dé este aviso para que estéis precavido, y tratéis de evitarlo. »

Ya debéis suponer, señores, atendida la disposicion de ánimo en que yo estaba, y la priesa que tenía, lo enojosa que me sería semejante charla. Así le respondí con enfado :— « Dejad para otro dia vuestros pronósticos y avisos ; yo no os he llamado sino para que me afeitéis, hacedlo pronto, ó marchaos, que no faltan barberos ménos charlatanes en el barrio. » En vez de poner manos á la obra, me replicó con una flema capaz de hacer perder la paciencia á un Santo :— « Hacéis muy mal en incomodaros ; sabed que hay muy pocos barberos que me igualen, y en todo Bagdad no encontraréis uno tan hábil como yo, que ademas de ser barbero soy médico aventajado, químico distinguido, astrólogo afamado que nunca yerra en sus cálculos, retórico perfecto, lógico sutil, profundo matemático en todos los ramos de esta ciencia, é historiador notable que sabe de memoria los sucesos grandes y pequeños de todos los países y de todos los reinados presentes y pasados. Ademas, soy legista y poeta, é ingeniero hidráulico, y pocas cosas hay ocultas para mí en la naturaleza ; y vuestro difunto padre sabía bien lo mucho que yo valía, y por eso me estimaba y me elogiaba en todas partes, citándome como modelo de ciencia y de saber. Por eso yo, como hombre agradecido, y en recuerdo de la amistad que me profesaba, quiero tomaros bajo mi protección y preservaros de cuantas desventuras os anuncien los astros. » Al oir semejantes baladronadas, á pesar de mi enojo é impaciencia, no pude ménos de echarme á reír á carcajadas y le dije :— « ¿ Acabaréis con vuestras bachillerías, charlatan insopportable, y queréis afeitarme ? »

Léjos de incomodarse, me contestó : — « Señor, extraño mucho que me llaméis charlatán cuando tengo la reputación de ser un hombre muy callado. Yo tenía seis hermanos, añadió, cuyos nombres y oficios fué relatando, y aquellos sí que eran habladores insoportables, miéntras que yo soy muy conciso y lacónico en lo poco que hablo. »

Poneos en mi lugar, señores, prosiguió diciendo el jóven cojo : yo no sabía ya qué partido tomar con ese hombre al ver que el tiempo se pasaba y que no me afeitaba. — « Dale tres monedas de oro á este barbero, le dije á uno de mis esclavos : que se vaya y que me deje en paz, pues ya no quiero afeitarme. » Al oír esto exclamó : — « Yo no he venido aquí á buscaros, sois vos el que ha enviado á llamarne; y os juro á fe de musulman que no me marcharé hasta que os haya afeitado. No es culpa mia si no sabéis apreciar lo que yo valgo. De bien distinta manera se conducia commigo vuestro padre que pasaba las horas enteras escuchándome como á un oráculo. »

Al ver que con enfadarme no conseguía nada, traté de hablarle con dulzura, rogándole por Dios que me afeitara, y diciéndole que á las doce en punto tenía que ir á una casa en que mis amigos me esperaban para tratar de un negocio importante. Al oírme se echó á reir, tomó el astrolabio, salió á medir la altura del sol, y volvió diciendo que aun faltaban tres horas, y que tenía tiempo suficiente. Yo no pude ya aguantar mas, me levanté muy encolerizado, y exclamé : — « Ó afeitadme ó marchaos. »

Cuando vió que me enfadaba de véras, tomó al fin la navaja y empezó á rasurarme la cabeza, pero no tardó en dejarla para volver á consultar el astrolabio. — « Si me quisierais decir qué negocio es ese que tanto os urge, quizas pudiera yo daros un consejo saludable, » me dijo al volver á afeitarme. Yo le contesté que tenía que asistir á un banquete que algunos de mis amigos daban para celebrar mi restablecimiento. Entónces exclamó : — « Y en verdad que yo tambien he convocado á algunos amigos para que vengan á comer hoy conmigo, y todavía no he comprado lo necesario. » Temeroso de que me dejase á

medio rasurar y se marchase al mercado, le dije : — « Acabád pronto de afeitarme que yo os daré los víveres que os hagan falta. » Y en seguida mandé á mis esclavos que le



trajeran un cordero, seis capones y otra porcion de manjares, con cuatro grandes ánforas de vino, con lo cual podia regalar á veinte convidados. Me dió las gracias;

pero en vez de continuar afeitándome dejó la navaja y se puso á examinar los comestibles con la mayor calma. Yo me desesperaba, pateaba, pero no hacía caso. Despues de haber examinado todo, « veo, me dijo, que sois tan generoso como vuestro padre, y Dios os bendiga por vuestra generosidad. Yo, á la verdad, á pesar de mi cien- cia, y de mis conocimientos ilimitados, no cuento para vivir con mas recursos que los que me procura la gene- rosidad de mis parroquianos ; pero vivo contento como Zantut-Alí que da friegas á los que se bañan; como Ru-Mazor que vende cañamones tostados ; como Zegri-Kaler que vende yerbas medicinales ; como Kaleb-Assan el que riega las calles, los cuales siempre están cantando y bailando, y para que veáis lo divertidos que son estos ganapanes, os voy á cantar la cancion favorita de Zantut-Alí y mos- traros su baile. — « Llévete el diablo con tu cancion y tu baile, le interrumpí, maldito barbero : acabad de afeitar- me y dejaos de canciones y de bailes, » pero sin hacer caso de mis imprecaciones, se puso á bailar acompañando su danza con un cántico. Cuando acabó su cancion me dijo :— « Sois muy vivo de genio y os acaloráis fácilmente, lo cual podrá perjudicaros. En vez de ir á esa reunion deberiais venir á comer con nosotros, y estoy seguro de que os divertiríais y pasariais un buen rato. — Con gusto aceptaria vuestro convite, le respondí, pero me es imposible hoy, porque estoy comprometido en otra parte, y no puedo faltar. Será otro dia; pero acabad de afeitarme. — Pues ya que no queréis venir conmigo, me replicó, me permitiréis que yo os acompañe, porque os puede sobrevenir en el camino algun accidente grave y seros mis auxilios necesarios. Voy á llevar á casa lo que me habéis dado y al momento vuelvo para acabar de afeitaros, y en seguida acompañaros. » Yo insistí para que acabara de rasurarme ántes de marcharse, y al fin lo pude conseguir. En cuanto salió, me vestí apresurada- mente, dando gracias á Dios de verme desembarazado de ese maldito rapabárbas, y me dirigí con pasos acele- rados á la casa de la dama, -cuando al doblar la esquina

de una calle volví á ver al charlatán barbero que me estaba acechando y seguía mis pasos.

Llegué, al fin, delante de la casa del cadí, cuya puerta me abrió la buena vieja, y me entré en ella precipitadamente. Hacía muy pocos momentos que estaba en conversación con la dama que me había hechizado, cuando llegó su padre, y mandó dar de palos á uno de sus esclavos por no sé qué falta. Yo me oculté inmediatamente metiéndome en un cofre vacío que había en el cuarto en que estábamos. El pobre apaleado daba unos gritos tan fuertes que se oían en la calle, y el barbero, que se había sentado en un poyo que había en frente de la casa, creyendo que era yo al que apaleaban y el que gritaba, deseoso de socorrerme, se echó á correr á mi casa, armó á todos mis criados con garrotes y volvió con ellos á la casa del cadí cuya puerta empezaron á forzar. Al ruido y á la gritería acudió el cadí y abrió la puerta para informarse de lo que pasaba, y preguntó á la turba, qué era lo que buscaba. Tan pronto como abrió la puerta, mis criados y el barbero, sin darle lugar á hablar, ni menos responderle, ni respetarle, le atropellaron, y entraron en la casa gritando : — « ¡Perro cadí, malvado! ¡Qué has hecho de nuestro amo? » Registraron todos los cuartos y rincones, abrieron todos los armarios y baúles, y al descubrirme el barbero en el que yo estaba oculto, sin darme lugar á que saliera de él, cargó con el baúl á cuestas, se salió de la casa y emprendió el camino de la mia, seguido de mis esclavos y de la turba de pilletes del barrio. Por desgracia , el baúl era viejo, y con el peso de mi cuerpo se desclavó el fondo y se hundió, y yo caí en medio de la calle, rompiéndome al caer una pierna.

A pesar de mi fractura y del dolor que sentí, me levanté como pude y eché á andar con la ligereza que me permitía mi estado, para librarme de toda aquella chusma, y sobre todo del maldito barbero que venía tras de mí importunándome con sus consejos, y diciéndome que me había sucedido aquella desgracia por no haber querido escucharle, ponderándome el servicio que acababa de hacerme librán-

dome de los palos del cadí, y sacándome de la casa sano y salvo. Para verme libre de la turba de desharrapados que continuaba siguiéndome, les arrojé un puñado de monedas de oro y plata, y miéntras se entretenian en cogerlas, yo apreté el paso, y al llegar en frente de la puerta de un khan, me metí corriendo en él y rogué al dueño que no dejara entrar al maldito barbero. Luego me trasladé secretamente á mi casa á la que venía todos los dias ese malhadado rapabárbas con intencion de burlar la vigilancia de mis criados á quienes yo había dado orden de no dejarle pasar los umbrales. Cuando ya me restablecí y pude andar solo, conociendo que no podía continuar viviendo en Bagdad sin ser objeto de curiosidad y de burlas, porque el barbero charlatañ contaba á todo el mundo lo ocurrido, atribuyéndose el mérito de haberme salvado; tanto por el ridículo en que me había puesto la aventura del baúl, como por librarme de las importunidades del causante de mi desgracia, cuya vista sola me horripilaba, determiné marcharme á viajar por países remotos, y fijar mi residencia en aquel que mas me agradase. Con este objeto vendí todos mis bienes, reuní un gran capital y parti muy contento de verme libre de mi perseguidor.

Ya podéis considerar, señores, cuán grande habrá sido mi disgusto y mi angustia al encontrarme con este hombre en medio de vosotros, en un país tan remoto, despues de haber hecho el sacrificio de separarme de mis parientes, de abandonar mi patria, y perdido mis mas halagüeñas esperanzas. No extrañéis, pues, que me retire sin tener la satisfaccion de acompañarlos, para ir á ocultarme en el rincon mas ignorado del mundo en donde la vista de mi perseguidor no me haga mas intolerable mi desgracia. Dichas estas palabras, el jóven cojo se levantó y se salió de la sala con harto sentimiento de todos los convidados y del amo de la casa.

Luego que se marchó volvimos todos la vista hacia el barbero que durante la relacion del jóven había permanecido silencioso y cabizbajo, y le dijimos que siendo cierto lo que acabábamos de oir, seguramente era muy culpable

la conducta observada con el jóven á quien había hecho desgraciado. Alzando entonces la cabeza : — « En cuanto á ser verdad lo que se os ha referido, nos contestó, el silencio que he guardado os lo debe probar, puesto que nada he contradicho, ni protestado; pero sí sostengo que he hecho bien en obrar segun he obrado, porque sin mi socorro, Dios sabe lo que le habria sucedido, y debe darse por muy contento de haberse salvado de una desgracia mayor á costa de un solo miembro lisiado. Yo sí que me expuse á un peligro bien grande al sacarle de una casa en la que, segun mi creencia, le estaban maltratando; pero hé ahí lo que se gana con servir á ingratos. Me acusa de ser un hablador, y eso es calumniarme, porque precisamente de siete hermanos que éramos, yo soy el mas callado y el que tiene mas talento, y el mas ilustrado ; y para que os convenzáis de ello y me hagáis la justicia que merezco, os referiré mi historia en pocas palabras miéntras nos sirven la comida. Escuchadme. »

HISTORIA DEL BARBERO SILENCIOSO

Muy atento estuvo el emir de Kachsgar oyendo la historia del jóven cojo contada por el sastre, el cual, animado con la buena disposicion que el emir mostraba, prosiguió refiriendo la historia del barbero contada por él mismo : — En el glorioso reinado del kalifa Mostanser-Billah, el justiciero y el magnífico, nos dijo el rapabárbas, había una cuadrilla de salteadores de caminos formada por diez bandidos que cometían toda clase de maldades á las inmediaciones de Bagdad. Súpolo el kalifa, y dió las órdenes mas apremiantes al visir encargado de la seguridad pública para que fuesen aprendidos ántes de las fiestas del Bairan y se los trajesen vivos ó muertos. El visir tomó sus disposiciones y consiguió, en efecto, el que todos ellos fuesen presos el dia mismo en que empezaban aquellas fiestas. Yo me hallaba aquel dia á orillas del Tigris, y viendo em-

barcarse en una lancha á diez hombres bien vestidos acompañados por una escolta que tomé por una guardia de honor, y creyendo que iban á dar un paseo por el río, ne entré tambien en la lancha sin que nadie se opusiese á ello.

La barca siguió la corriente del río y se detuvo ante el alcázar del kalifa. Entónces me apercibí de la imprudencia que había cometido, porque cuando al desembarcar quise retirarme, no me lo permitieron, y fui conducido atado con los diez bandidos á la presencia del kalifa, el cual tan pronto como nos vió, mandó que se nos castigara como merecíamos. — « Cortad la cabeza á esos diez malvados, » exclamó, cuya órden se dispuso á ejecutar el verdugo poniéndonos á todos en fila. Yo tuve la dicha de formar el último, y esto me salvó la vida, porque habiendo decapitado á los diez salteadores, al llegar á mí, se detuvo el ejecutor de la justicia. Al notarlo el kalifa le preguntó por qué no proseguía su obra. — « ¿No te he mandado que cortes las cabezas á esos diez malhechores, por qué dejas á ese vivo? — Comendador de los Creyentes, le contestó el verdugo, he ejecutado la órden que Vuestra Majestad me ha dado. Ahí están en el suelo las diez cabezas cortadas, y los diez cuerpos muertos. » Cuando el kalifa se cercioró de que era cierto lo que aquel decia, me miró con mayor atención, y no encontrándome una fisonomía de bandido, me preguntó quién era, y cómo me hallaba en compañía de aquella gente. Yo le contesté refiriéndole lo que me había sucedido y el error que había cometido tomando á aquellos bandidos por personas distinguidas que iban á dar un paseo de recreo. El kalifa se sonrió al oirme, y admiró mi discrecion y mi silencio, muy al contrario de ese jóven que acaba de marcharse que pretende que yo soy un hablador sempiterno. Yo le dije: No extrañe Vuestra Majestad el que yo haya permanecido sin chistar en una ocasión en que cualquier otro habría hablado por los codos y gritado por salvar su vida, porque hago del silencio una profesion particular, y es mi virtud favorita; así es que me llaman « El barbero silencioso » para distinguirme de los

otros barberos, y sobre todo, de mis seis hermanos que hablaban sin cesar, y sin tino.

Volviendo á sonreírse el kalifa me dijo que se alegraba me hubiesen distinguido con un dictado del que tan buen uso estaba haciendo, y añadió : — « ¿Qué clase de hombres eran vuestros hermanos ? ¡ se os parecían en algo ? »

— « De ninguna manera, señor, le contesté, ni en lo moral, ni en lo físico. El uno era jorobado, el otro cojo y desdentado, el tercero era tuerto, el cuarto ciego, el quinto tenía unas orejas muy grandes, y el sexto los labios hendidos. Les sucedieron unas aventuras tan originales, que si Vuestra Majestad me permitiera el contárselas, le divertiría el oirlas. » Y como me pareció que el kalifa estaba de buen humor, y que se prestaba á escucharme, sin esperar su permiso, empecé á referírselas de esta manera :

HISTORIA DEL HERMANO JOROBADO DEL BARBERO

Mi hermano mayor, señor, se llamaba Bak-Buk el jorobado, y era sastre. Cuando acabó su aprendizaje, alquiló una tienda en frente de una tahona. Un dia que la tahanera se asomó á la ventana, la vió mi hermano y se enamoró de ella. La tahanera, que era una mujer muy hermosa, se apercibió de la impresión que había producido en el jorobado, y se propuso divertirse con él. Se asomó otro dia á la ventana y miró á mi hermano con semblante risueño, cuya mirada le enardeció de tal manera que empezó á hacer muecas y guiños tan expresivos que la tahanera se vió precisada á retirarse de la ventana por no poder contener la risa que le causaban los ademanes tan grotescos del pobre jorobado. Como era muy avara, y ademas tenía una índole perversa, se había propuesto no solo divertirse, sino sacar todo el partido posible de la pasión que había inspirado á su vecino. Un dia se presentó en la tienda de mi hermano una muchacha esclava que tenía, con una pieza de tela y le dijo que su ama deseaba

que le hiciera un vestido igual á otro usado que le traía para modelo. Mi hermano, lleno de gozo, encargó á la muchacha que dijera á su ama que iba á dejar todo lo demás que tenía que hacer, y á poner manos á la obra inmediatamente. Y en efecto, se dió tal priesa á trabajar, que al dia siguiente cuando vino la esclava á saber como iba el vestido de su ama, se lo entregó ya concluido y le



dijo : — « Estoy yo demasiado interesado en servir y complacer á tu ama para que me hubiera olvidado de su encargo, porque lo que deseo es darle gusto, á fin de que en lo sucesivo no se valga mas que de mí para hacerse sus ropas. » La chica se llevó el vestido, y de allí á dos horas volvió con una pieza de tela de raso y le dijo á mi hermano : — « Mi ama me ha encargado que os salute muy

afectuosamente en su nombre, y que os diga que está muy contenta de vuestro trabajo. Se ha probado el vestido y le sienta á las mil maravillas; pero no quiere ponérselo sino con pantalones nuevos. Aquí os traigo esta tela de seda para que le hagáis un par de pantalones con ella, lo mas pronto que os sea posible. »

— « Puedes decir á tu ama que hoy mismo estarán hechos, y á la noche podrás venir á buscarlos ántes de cerrar la tienda, » le contestó Bak-Buk. Aquel dia la tahanera se asomó á la ventana varias veces y dirigió algunas miradas risueñas al mentecato de mi hermano que, léjos de conocer que se burlaban de él, creía que aquellas demostraciones de la taimada tahanera eran hijas de cariño. La esclava no dejó de venir por los pantalones y se los llevó, pero sin traerle el importe de las hechuras de estos y del vestido, ni aun de los forros que había puesto. De modo que el pobre hombre, como no había trabajado mas que para su vecina de enfrente durante tres dias, no había ganado ni aun para comer, y yo tuve que darle algunos cuartos para que comprara víveres.

Al dia siguiente en cuanto abrió la tienda se presentó la muchacha y le dijo : —« Mi ama que os mira con buenos ojos, le ha alabado tanto vuestra habilidad á su marido que este quiere que le hagáis tambien alguna obra, y creo que hariais bien en venir conmigo á la tahona. » Bak-Buk entusiasmado, y tomando por buen agüero tantas idas y venidas de la criadita de la tahanera, no vaciló en irse con ella en seguida. El tahanero le recibió muy bien, y sacando una pieza de lienzo le dijo : —« Necesito un par de docenas de camisas; creo que con esta tela hay mas que lo suficiente para hacerlas, lleváosla, y si algo sobra, me lo devolveréis. » Mi hermano se puso en seguida á trabajar y empleó ocho ó diez dias en hacer las camisas. Cuando estuvieron acabadas fué á llevárselas, y el tahanero le dió otra pieza de lienzo para que le hiciera calzoncillos, invirtiendo en este trabajo otros cuatro á cinco dias. Al hacer la entrega, el tahanero le preguntó cuánto era le que se le debia, y Bak-Buk le contestó que se contentaría con veinte dracmas de plata,

aun cuando las hechuras valian doble. El tahonero fué á sacar el dinero para pagarle, pero miéntras tanto la muchachuela esclava, que tenía la lección bien aprendida, hizo señas muy significativas á mi hermano, y el mentecato se negó á recibirla á pesar de la falta que le hacía para comer, pues yo había tenido que mantenerle durante esos días, y aun darle dinero para comprar hilo y los forros del vestido, y dijo al tahonero : — « Vecino, eso no urge, ya arreglaremos cuentas otro dia. » El tahonero se guardó su dinero y replicó : — « Bueno, como gustéis, pero á lo ménos hacednos el gusto de veniros á cenar con nosotros esta noche. » Mi hermano aceptó el convite, y como ya era tarde cuando se levantaron de la mesa, el tahonero le dijo que podía quedarse á dormir aquella noche en la tahona, y ayudarle en sus faenas. Bak-Buk á quien los vapores del vino que le habían hecho beber en demasia, y la vista de la tahonera habían trastornado la cabeza, consintió en lo que le proponían, y se acostó en la cama del mozo de la tahona que se había despedido aquel dia.

Á eso de media noche y cuando se hallaba soñando que se le aparecía la tahonera, entró el marido de esta y le despertó diciéndole : — « Vecino, se ha puesto mala la mula, y no puedo continuar trabajando, y como tengo una gran molienda que hacer, venía á suplicaros que tuvieseis la bondad de ayudarme para salir de este apuro. — Con mucho gusto, le respondió mi hermano; decidme lo que tengo que hacer, y estoy pronto á complaceros. — Poca cosa, le dijo el tahonero, nada mas que dar unas cuantas vueltas á la piedra. » En seguida, poniéndole los arreos de la mula enferma, y sujetándole bien por la cintura y los hombros con unas correas : — « ¡Anda Pulida ! » exclamó, descargando al mismo tiempo un fuerte latigazo sobre las espaldas del necio jorobado que no pudo ménos de quejarse de tal procedimiento. El tahonero se excusó diciéndole que lo había hecho inadvertidamente para darle ánimo y hacerle arrancar, creyendo que era la mula, la cual era algo rehacia y remolona, y necesitaba aquel estímulo. Bak-Buk se conformó con aquella explicacion, y

continuó dando vueltas. Despues de haber dado diez ó doce, se paró para descansar y tomar aliento, pero bien pronto volvió á sentir sobre su joroba el látigo del tahonero, y el « ¡Anda Pulida ! » y cada vez que se paraba le sucedia lo mismo. En fin, despues de haberle tenido hasta el amanecer, dando vueltas á la tahona, y de haberle aplicado sendos latigazos, acompañados del « ¡Anda Pulida ! » el tahonero se retiró, y me le dejó atado. Al cabo de algun tiempo vino la muchacha esclava que le desató y le pidió mil perdones en nombre de su ama, que estaba muy afligida, le dijo la taimada, por la burla y el mal trato que le habia hecho sufrir su marido. Mi hermano no le contestó nada, se salió de la tahona cabizbajo y mohino, conociendo, aunque tarde, la pesada broma con que se habian burlado de él la tahonera y su marido.

El sultan se rió muchas veces con la historia del jorobado Bak-Buk, y cuando la acabé me dijo : — « Puedes marcharte ; pero ántes te daran algo en mi nombre para consolarte de la congoja que has debido pasar, al hallarte entre esa gente. — Señor, le contesté, permitidme que no reciba nada hasta que haya contado á Vuestra Majestad las historias de mis otros hermanos, que son muy divertidas. » Viendo que el kalifa se sonreia y no me contestaba, tomando su silencio por aquiescencia, empecé á referir la historia de mi segundo hermano en estos términos :

HISTORIA DEL HERMANO SEGUNDO DEL BARBERO

Un dia que mi hermano Bakbará estaba en el paseo, se le acercó una vieja bien vestida, y despues de saludarle le dijo con cierto misterio : — « Si queréis venir conmigo os llevaré á una casa en donde seréis bien recibido y observado por una gran señora mas hermosa que la luz del dia. Solo os encargo una cosa, que seáis cuerdo, muy callado, y muy condescendiente; y para que veáis que no os engaño, no tenéis mas que seguirme. »

Despues de algunas explicaciones, Bakbará se decidió á seguir á la vieja que le llevó á un palacio grandioso á cuyas puertas estaban agrupados una multitud de esclavos y criados de servicio. Estos quisieron oponerse á la entrada de mi hermano, pero la vieja les dijo algunas palabras, y le dejaron pasar. Despues de haber atravesado un delicioso jardin, entraron en un salon cuyos adornos, ricas alfombras, suntuosos candelabros y otros muebles de gran valor dejaron admirado á mi hermano que en su vida se habia encontrado en medio de tantos primores. La vieja le mandó sentarse en un sofá, y volvió á recomendarle la discrecion y el decoro, y sobre todo, la condescendencia, añadiendo que á la señora que iba á venir no le gustaba que se la contradijese. Mientras Bakbará, absorto y lleno de gozo, estaba contemplando aquellas maravillas, entró en el salon una comparsa de jóvenes esclavas alegres y festivas, y en medio de ellas una joven de una hermosura singular, cuyo traje y riquísimos adornos indicaban ser el ama. Acercándose á él le dijo con semblante risueño : —« Tengo mucho gusto en veros, y os deseo toda suerte de felicidades. — Ninguna puede ser mayor, le contestó mi hermano, que la de hallarme en vuestra presencia. » En seguida sirvieron una colacion compuesta de pastas finas, de frutas y de exquisitos dulces, acompañada de excelentes vinos y licores. La señora se divertia mucho en ver comer á mi hermano, que era tambien mellado como he dicho, y hacia señas á sus esclavas que se refan á carcajadas. Como estaba sentado en frente de la señora, y veía el semblante risueño con que esta le miraba, el mente-cato creía que era por hallarse enamorada. Acabada la colacion, y levantada la mesa, siguieron bebiendo y brindando; las esclavas cantaron y bailaron al son de varios instrumentos, y mi hermano, por dar gusto á la dama, á pesar de su cojera, bailó tambien, lo cual la divirtió en extremo. Luego le mandó sentarse á su lado, empezó á hacerle caricias y á darle palmaditas en los hombros y en la cara, y cuando mas embelesado estaba con estas demostraciones, le pegó un gran bofetón que resonó en toda la



sala en medio de las risotadas de las esclavas, las cuales por congratularse con su ama empezaron á retozar también con él pellizcándole la una, dándole papirotazos la otra, estirándole las orejas y haciéndole otras mil travesuras que pasaban de chanzas.

Al recibir tan tremendo bofeton, Bakbará se levantó algo amoscado, pero la vieja le hizo señas recordándole la recomendacion de ser paciente, y esto bastó para que volviése á sentarse y continuase recibiendo con semblante risueño las maliciosas caricias de la jóven y las travesuras de sus esclavas. — « Creo, le dijo la señora, que sois un hombre muy amable, y me alegra mucho de hallar en vos tanta mansedumbre y docilidad á mis caprichillos, con el solo fin de agradarme, y quiero manifestaros cuánto os lo agradezco. » Hizo una seña, y las esclavas trajeron al punto un pebetero de plata lleno de esencias y perfumes, y un aguamanil lleno de agua de rosa, y quemando los uños, y derramando la otra sobre mi hermano, le pusieron como cuerpo embalsamado, perfumándole á las mil maravillas.

En seguida mandó la señora que le llevaran fuera é hicieran con él lo que sabian, y le volvieran á traer. Bakbará se levantó y preguntó á la vieja qué iban á hacer con él. La vieja le contestó que la señora queria ver cómo le sentaria el traje de mujer, y que iban á vestirle y á cortarle las barbas y el bigote, y á teñirle las cejas para que la ilusion fuese mas completa. — « En cuanto á vestirme de mujer y á pintarme la cara, no tengo inconveniente, replicó mi hermano, pero eso de cortarme la barba y el bigote, no lo permitiré. — Si os oponéis al capricho de la señora, volvió á decirle la vieja, os expondréis á echarlo todo á perder, y no obtendréis la recompensa que os aguarda. » En fin, tanto le dijo que Bakbará se dejó hacer.

Luego que estuvo pintado y disfrazado de mujer, le volvieron á traer al salon en que estaba la dama, la cual, al verle con aquel grotesco disfraz fué tal la risa que se apoderó de ella que tuvo que tenderse en un sofá, y otro

tanto, poco mas ó ménos, hicieron las esclavas. Repuesta un poco la jóven de su acceso de hilaridad, le dijo al imbécil de mi hermano : — « Habéis sido tan condescendiente con todos mis caprichos, que sería verdaderamente una ingrata si no os amara con todo mi corazon; pero es preciso que hagáis dodavia alguna cosa mas por amor mio, es decir, que bailéis con ese traje. » Entusiasmado Bakbará con estas palabras, se puso á bailar en medio de un corro que formaron la dama y sus esclavas que no dejaron de reirse á carcajadas. Despues de haber bailado largo rato, se arrojaron sobre él como por via de broma, y le aplicaron tantos papirotazos, pellizcos, y bofetadas que, molido y malparado, cayó al suelo, casi sin sentido. Una esclava le trajo una copa de vino, y la vieja ayudándole á levantarse le dijo al oido : — « Habéis conquistado completamente el corazon de mi ama; pero como esta, cuando ha bebido algo mas de lo regular, como sucede hoy, tiene caprichos raros, quiere que juguéis con ella al escondite y que corráis tras ella hasta que la alcancéis. Así, es preciso que os despojéis de esos vestidos para que podáis correr mas libremente y consigáis alcanzarla con mayor facilidad, con lo cual habréis llegado al término de vuestros deseos y obtenido un triunfo completo. » El crédulo de mi hermano dió oídos á las palabras de la vieja, y se dejó desnudar por las esclavas que le dejaron poco ménos que su madre le pidió. La dama se despojó tambien de una parte de sus ropas y echó á correr, siguiéndola mi hermano. Despues de haberle hecho dar algunas vueltas y revueltas por salas y corredores, en medio de las risotadas y del palmoteo de las esclavas, al dar la vuelta á un pasillo oscuro, la dama desapareció; Bakbará vió á lo lejos una luz, corrió hacia ella, y atravesó una puerta que se cerró tan pronto como él la pasó, encontrándose el infeliz en medio de la calle con un asombro difícil de expresar. No fué menor el que causó á los vecinos y transeuntes el ver á un hombre en paños menores con la cara pintarrajada y sin barba ni bigotes. Tomándole por un escapado de la casa de dementes, le montaron sobre un asno, y acompañado por una turba de

muchachos, le pasearon por varias calles de la ciudad en medio de silbidos, de risas y palmoteo general.

Para colmo de desgracia, al pasar por delante de la casa del cadi, quiso este informarse de la causa de aquella gritaría, creyendo fuese algun motín de la plebe; y algunos de los que acompañaban á mi hermano le dijeron que le habian visto salir por una puerta falsa de la habitacion de las mujeres del gran visir, y esto bastó para que el cadi mandase que le dieran cien azotes, y le echasen despues fuera de la ciudad, prohibiéndole el volver á entrar en ella.

Hé aquí, señor, le dije al kalifa Mostanser, la triste aventura que le sucedió á mi segundo hermano que ignoraba el que las mujeres de nuestros grandes señores se divierten muchas veces á expensas de la credulidad de algunos jóvenes mentecatos á quienes su fatuidad les conduce á caer en semejantes lazos.

Pero aun es mas curiosa la historia de mis otros hermanos, proseguí diciendo al kalifa, la cual os voy á referir.

HISTORIA DEL TERCER HERMANO DEL BARBERO SILENCIOSO

Mi tercer hermano, que era ciego y se veía reducido á pedir limosna para ganar su vida, llamó un dia á la puerta de una casa : — « ¿Quién llama ? » le gritaron de dentro, y en vez de responder, volvió á llamar segunda vez, y volvieron á preguntar tambien : — « ¿Quién llama ? » Por tercera vez volvió á llamar, sin responder, y entonces bajó el amo de la casa á abrir la puerta. Al ver á mi hermano, le dijo : — « Sois ciego ? — Por mi desgracia, contestó mi hermano. — Pues alargad la mano. » Así lo hizo el ciego creyendo que le iban á dar algo; pero el amo de la casa tomándose la fué guiando hasta subirle al primer piso, y allí le dijo : — « ¿Qué se os ofrece, hermano ? — Que me déis una limosna por el amor de Dios. — Pues, buen

hombre, le contestó, lo mas que yo puedo hacer por vos, es rogar á Dios que os vuelva la vista. — Pues eso podiais habérmele dicho abajo sin necesidad de hacerme subir las escaleras. — Y vos podiais tambien haberme respondido cuando os preguntaba quién llamaba y no haberme hecho á mí bajarlas. Conque así, id con Dios y que él os ampare. — Pues ya que no me dais nada, ayudadme á lo ménos á bajar las escaleras y ponedme en la calle. — Delante tenéis la puerta de la escalera, y abierta está la de la calle. Podéis bajarla solo, y marcharos. » Mi hermano empezó á bajar á tientas la escalera, pero como no la conocia bien, se resbaló y cayó rodando hasta el portal habiéndose lastimado bastante. Se levantó como pudo y salió á la calle quejándose en el momento en que pasaban otros dos ciegos camaradas suyos, que habiéndole conocido por la voz se pararon á preguntarle por qué se quejaba. Despues de contárselo lo que le había sucedido, les rogó que le acompañaran hasta su casa, porque no habiendo recogido nada aquel dia necesitaba tomar algun dinero del que tenía en depósito para atender á sus necesidades. El dueño de la casa que era un grandísimo bribón y se había asomado á la ventana para ver salir al ciego, al oír lo que este había dicho á sus compañeros les fué siguiendo y se introdujo en el zaquizamí en que vivia mi hermano, el cual, despues que sus camaradas se sentaron, les dijo que era preciso el cerrar bien la puerta y registrar el cuarto para cerciorarse que no había en el aposento ninguna persona extraña. Grande fué el apuro en que se vió el intruso en aquel momento, porque los tres ciegos, despues de haberse asegurado que la puerta estaba bien cerrada, empezaron á sondear el cuarto con sus palos; pero habiendo visto una soga colgando del techo, se agarró á ella, y se mantuvo suspendido en el aire miéntras los ciegos registraban el cuarto.

Luego que los ciegos volvieron á sentarse se dejó descolgar y fué á colocarse muy despacito al lado de mi hermano, el cual creyendo estar solo con los ciegos, les dijo : — « Hermanos, ya recordaréis que la última vez que contá-

mos el dinero que vamos recogiendo de limosnas, del que me habéis hecho depositario, había diez mil dracmas, y que las pusimos en diez sacos de á mil dracmas. Aquí están los diez sacos intactos; » y metiendo la mano debajo de unos trastos viejos y cacharros rotos, trajo sobre la mesa



los diez sacos. — « Tocadlos, añadió, y por su peso conoceréis que están cabales, ó si queréis volveremos á contarlos. » Los ciegos despues de haber palpado los sacos, le contestaron que no habia necesidad y que tenian plena confianza en su honradez. Abriendo entonces uno

de los sacos tomó diez dracmas, y cada uno de los otros ciegos tomó otro tanto.

Vueltos á colocar los sacos en su lugar, los dos ciegos dijeron á mi hermano que por aquel dia no tenia necesidad de gastar nada para comer, porque ellos tenian con que satisfacer el hambre, gracias á la caridad de las almas sensibles; y acto continuo sacaron de sus zurrones pan, queso, un trozo de carnero, nueces y algunas otras frioleras, y mi hermano fué á buscar una botella de vino que tenía escondida en un rincon del cuarto, y se pusieron á comer. El bribon intruso, sentado cerca de mi hermano se iba engullendo los mejores pedazos, pero aunque esto lo hacia sin ruido y sin casi menearse, como los ciegos tienen el oido muy fino, no tardaron en apercibirse del que hacia el ladron al masticar los alimentos, y uno de ellos exclamó : — « ¡ Hermanos, estamos perdidos ! aquí hay algun intruso entre nosotros, » y alargando la mano agarró por un brazo al intruso, se echó encima de él y empezó á gritar « ¡ Ladrones ! ¡ ladrones ! » dándole al mismo tiempo sendos puñetazos. Los otros ciegos empezaron á gritar tambien y á dar de palos al intruso que por su parte se defendia muy bien, desvolviendo los garrotazos á los pobres ciegos con mayor seguridad y acierto que estos, y gritando aun mas fuerte que ellos « ¡ Ladrones ! ¡ ladrones ! » El ruido de los garrotes y la gritería llamaron la atencion de los vecinos que acudieron presurosos, echaron la puerta abajo, y se encontraron con aquella descomunal pelea. Preguntándoles el motivo de ella, mi hermano les dijo : — « Señores, aquí hay un ladron que se ha introducido en mi casa para robarnos los pocos cuartos que tenemos. » El ladron, fingiéndose tambien ciego, se apresuró á replicar : — « Señores, este es un embustero, los ladrones son ellos que no me quieren dar la parte que me corresponde del dinero reunido, porque os juro por Dios y por nuestro kalifa que yo estoy asociado con ellos. » Como los vecinos no podian saber quién decia la verdad, determinaron llevarlos á todos ante el juez del distrito.

Cuando estuvieron en presencia de este magistrado, el bribbon del intruso apresurándose á hablar ántes que los ciegos le dijo : — « Señor juez, puesto que estáis encargado de administrar justicia en nombre del kalifa, á quien Dios concede larga vida, os confesaré que todos cuatro somos criminales ; pero debo advertiros que estamos ligados bajo juramento á no declarar nuestro crimen sino á fuerza de palos. Mandad que nos apaleen, empezando por mí el primero, y sabréis como abren los ojos los ciegos. » Mi hermano y los otros ciegos quisieron hablar, pero no se lo permitieron. El juez mandó atar al pilori al fingido ciego, y que le apalearan de firme. Resistió sin chistar los veinte ó treinta primeros palos que le dieron, y apparentando entonces que no podia sufrir mas, abrió los ojos y pidió misericordia, rogando al juez que mandase suspender el suplicio. Al ver el magistrado que el paciente había abierto los ojos y le miraba cara á cara, se quedó sorprendido, y exclamó : — « ¡ Ah gran bribbon ! ¿ qué milagro es ese ? — Señor, le contestó el fingido ciego, si prometéis perdonarme, y me dais ese anillo que lleváis en el dedo, os aclararé este misterio, y os revelaré un secreto importan-tísimo. » El juez prometió perdonarle, y le entregó el anillo, y el ladron le dijo entonces : — « Sabed, señor juez, que todos cuatro vemos tan claro como vos mismo, pero nos hemos asociado y convenido en fingirnos ciegos, no solo para vivir holgadamente á expensas de las gentes caritativas, sino para poder entrar libremente en las casas y robar lo que podamos. De este modo hemos reunido ya diez mil dracmas de plata que tenemos en diez talegos en casa de uno de mis compañeros. Hoy les he pedido las dos mil quinientas dracmas que me correspondian, diciéndoless que me queria separar de la asociacion y cambiar de género de vida, y ellos entonces, en vez de darme mi dinero, han empezado á apalearme, y quizas me habrian muerto, si los vecinos no hubieran acudido. Así espero, señor juez, de vuestra rectitud y justicia que mandareis entregarme las dos mil quinientas dracmas que me perteneцен ; y para comprobar la verdad de lo que os digo, y

para que veáis otros milagros como el mio, no tenéis mas que mandar aplicar á mis desleales compañeros una buena tanda de palos como los que yo he recibido. Ya veréis entonces como abren los ojos y cantan clarito. »

Mi hermano y sus dos compañeros, pusieron el grito en el cielo, protestaron contra las imposturas de aquel hombre que no conocian, pero no fueron oidos. El juez, esperando que tambien abrían los ojos y harian confesiones importantes, mandó atarles al pilorí y darles doscientos palos á cada uno. Mientras los apaleaban, ordenó á sus agentes que fuesen á buscar los diez sacos del dinero á casa de mi hermano, y cuando se los trajeron, entregó las dos mil quinientas dracmas al verdadero ladron y falso ciego, y se guardó para sí lo restante. Viendo que por mas palos que les daban los verdaderos ciegos no recuperaban la vista, se compadeció, al fin, de ellos, y sin dar cuenta á la autoridad superior, á la que habria tenido que entregar entonces el dinero que se había apropiado, mandó que los llevasen fuera de la ciudad, con prohibicion de volver mas á ella. Cuando supe la desgracia de mi hermano, le fui á buscar, y le introduje disfrazado en la ciudad, llevándomele á mi casa en donde estuve manteniéndole mucho tiempo y curándole de las heridas de los palos que había recibido.

Así acabé la historia de mi tercer hermano, y todavía estaba riéndose el kalifa con la aventura de los ciegos y del astuto ladron que se burló de la credulidad del juez robándole el anillo, cuando sin mas preámbulo empecé á contarle la historia de mi cuarto hermano en los términos siguientes :

HISTORIA DEL CARNICERO, HERMANO CUARTO DEL BARBERO

Un dia que mi cuarto hermano, llamado Alcuz, que era carnicero, y tuerto por mas señas, se hallaba en su tienda, vino un anciano respetable, le tomó diez libras de carne y le pagó en monedas nuevas.

A partir de aquel dia, durante un año seguido, estuvo viniendo el anciano todos los dias á tomarle igual cantidad



dé carne, pagándole siempre con monedas nuevas que mi hermano fué poniendo en un cajón aparte.

Habiéndosele proporcionado á Alcuz una ocasión favorable para comprar un gran rebaño de carneros ventajosamente, quiso echar mano de aquel dinero para pagarlos, y al abrir el cajón se quedó medio muerto de asombro al hallar, en vez de monedas nuevas relucientes, hojas de álamo blanco, enteramente secas. Permitidme con este motivo, señor, le dije al kalifa, que le hable de una habilidad particular que tenía mi hermano para enseñar á topar entre sí á los carneros y moruecos, á cuya lucha, como á la de gallos hoy dia, eran muy aficionados los señores de aquel tiempo, lo cual le había hecho adquirir muchas buenas relaciones entre la gente de alto copete.

Pues como iba diciendo, al verse Alcuz chasqueado de aquel modo, empezó á echar imprecaciones, á golpearse la cabeza y hacer otras demostraciones de desesperacion que llamaron la atencion de sus vecinos y de los transeuntes que acudieron á saber qué desgracia le habia sucedido, y cuando les contó lo que le pasaba y les enseñó las hojas secas, todos ellos quedaron tan admirados como él mismo.— « ; Maldito viejo ! exclamaba llorando mi hermano, si te presentaras aquí en este momento, á pesar de tu barba blanca y tu aire respetable é hipócrita, te arrancaria los hígados. » Apénas acababa de proferir esta imprecacion y amenaza, cuando hete aquí al anciano que desembocaba por la calle. En cuanto mi hermano le vió, echó á correr hacia él, y agarrándole por el cuello : — « ; Favor, musulmanes, favor ! » empezó á decir á gritos, y contó á la gente que se había reunido lo que ya había contado á sus vecinos. El viejo le dejó hablar cuanto quiso, y á su vez, sin inmutarse le replicó con sangre fría : — « En lugar de injuriarme, y afrentarme delante de tanta gente, mas os valdria el que me desagraviaseis y no me forzaseis á causaros una gran pesadumbre. — : ¿Qué tenéis que decir contra mí, gran bribon ? le replicó mi hermano, ¿ no era la carne buena ? yo soy un hombre honrado, y nada temo. — ¿ Conque es decir que querréis que descubra vuestra infame superchería ? pues bien ; sabed todos los que estáis presentes, añadió el viejo en el mismo tono, que este hombre, en vez de carne de carnero, nos vende carne humana, y de ello podréis cercioraros yendo ahora mismo á su trastienda en la que encontrareis colgado y desollado un hombre muerto. »

Hacía poco, en efecto, que Alcuz había degollado un carnero y le había colgado en la trastienda. Las gentes reunidas alarmadas con lo que el anciano les decia, sin hacer caso de las protestas de mi hermano, y de asegurar que aquel hombre mentia, acudieron presurosas á la carnicería, entraron en la trastienda y se encontraron con el cuerpo de un hombre recien muerto colgado de una escarpia. Á la vista del cadáver todos se horrorizaron, prorum-

pieron en gritos y en injurias, y avalanzándose á mi hermano le maltrataba cada cual como mejor podia, y hasta el bribbon del anciano le dió una fuerte puñada en un ojo que se lo hizo reventar, dejándole tuerto.

Debo deciros, señor, que el apparente viejo, con su barba blanca, era un mágico consumado que había hecho aparecer, á los ojos del vulgo alucinado, como el cadáver de un hombre lo que en realidad era un carnero, así como había engañado á mi hermano dándole como monedas nuevas y corrientes lo que no era en realidad mas que hojas de álamo blanco.

Despues de haberle maltratado á su sabor, el populacho llevó al pobre Alcuz ante el cadí de su distrito, á quien el mágico dijo : — « Este hombre que os traemos, que es un carnicero, nos vende carne humana por carne de vaca ó de carnero, y aquí tenéis la prueba de su delito, » y descubriendo el cadáver apparente del hombre que tambien habian llevado como prueba del delito, añadió : — « Para satisfaccion de la vindicta pública, esperamos que hagáis con él un ejemplar castigo. » El cadí quedó horrorizado al oir lo que decian y casi rehusaba el creerlo. Escuchó á mi hermano, pero le pareció tan poco natural, y tan inverosímil lo de la transformacion de las monedas en hojas secas, que no quiso darle crédito, y lo atribuyó á fábula inventada para eximirse del castigo de muerte que su horrendo crimen merecia. Para librarse la vida le valieron entonces las buenas relaciones que había adquirido con su habilidad en la cria de moruecos destinados al topamiento ; pero no pudieron evitar el que le aplicasen quinientos palos, y fuese paseado por toda la ciudad montado en un camello cojo con el rostro vuelto hacia la cola y á son de pregonero. En seguida, le sacaron fuera de la ciudad con prohibicion de volver á entrar en ella.

Yo llegué á saber en dónde se había refugiado para curarse de las llagas que le habian hecho los palos recibidos, fui á buscarle, me contó su desgracia, y yo me le traje secretamente á la ciudad, socorriéndole segun mis medios me lo permitian.

El kalifa no se mostró tan risueño oyendo esta historia como la de los ciegos, y volvió á repetir que me diesen algo y que me fuese; pero yo, haciendo como que no le había oido : — « Ya veis, ¡oh ilustre Comendador de los Creyentes! exclamé, que no soy tan hablador como algunos dicen, sino, al contrario, muy lacónico y conciso en mis dichos; y ya que os habéis dignado permitirme el contaros la historia de mis cuatro hermanos, dignaos escuchar las de los otros dos que voy á referiros, con las cuales podéis mandar formar un libro digno de figurar en vuestra biblioteca. » Así, para abreviar, empezaré diciendo lo siguiente :

HISTORIA DEL QUINTO HERMANO DEL BARBERO, LLAMADO EL DESOREJADO

Mi quinto hermano se llamaba Alnaskar y tenía unas orejas tan grandes como las del rey Midas, por lo cual le llamaban por burla el « DESOREJADO. » Era holgazán y perezoso por naturaleza, y mientras vivió nuestro padre, era por el dia *cerero*, y por la noche pordiosero. Es decir que pasaba el dia recorriendo las calles y las plazas, y por la noche no se avergonzaba de ir á mendigar, y con lo que recogía de limosna vivía al dia siguiente. Cuando murió nuestro padre nos dejó setecientas dracmas, tocándonos á cada uno de nosotros ciento. Como en su vida se había visto con tanto dinero reunido, no sabía en qué emplearlo, pero, al fin, se resolvió á traficar en artículos de porcelana y de cristal; compró en una fábrica un surtido de vasos, de botellas y de otros objetos, los colocó en una gran banasta, alquiló una tiendecita y se instaló en ella. Mientras estaba esperando á que los compradores vinieran, dirigió la vista á su banasta y empezó á hacer la cuenta de la huevera, en un soliloquio en voz bastante alta para que los vecinos le oyieran : « Aquí tengo, se decía á sí mismo, una banasta llena de objetos de cristal y porcelana que me han costado cien dracmas de plata que es todo el

caudal que yo poseo. Vendiendo todos estos platos, jarras, vasos y botellas al por menor, doblaré mi capital. Con las



doscientas dracmas del producto de venta, volveré a comprar en fábrica, al por mayor, otros artículos: los venderé al por menor con una ganancia de ciento por ciento. Repetiré esta operación diferentes veces. Cuando haya reunido algunos miles de zequíes, entonces traficaré al por mayor y serán mayores mis ganancias: Me haré joyero-diamantista; traficaré en perlas, en rubíes y ganaré muchos miles de zequíes. Entonces compraré un palacio, lo

adornaré con lujo, compraré viñas y heredades, montaré hermosos caballos, y me haré acompañar por un séquito de esclavos lujosamente vestidos; daré fiestas y comidas, y, en fin, meteré tanto ruido y haré tan gran papel con mi boato y mis riquezas, que seré la admiración de la ciudad por mi esplendidez y magnificencia. Todo esto llegará á oídos del gran visir que deseará conocerme y ser mi amigo. Yo iré entonces á verle montado en un soberbio caballo enjaezado con arneses guarnecidos de perlas y diamantes, y escoltado por numerosos esclavos ricamente vestidos, los cuales le presentarán en mi nombre una bandeja de oro con dos grandes bolsas llenas de zequies, y una alfombra de la Meca. Maravillado el gran visir de tanta suntuosidad y riqueza, me ofrecerá por esposa á su hija, que será de una hermosura perfecta, y yo la aceptaré. Se celebrarán los desposorios con la misma magnificencia que si fueran los de un príncipe. Habrá grandes fiestas de toda especie, banquetes y saraos, y mandaré arrojar al pueblo un saco de monedas de oro y plata, y mi mujer será conducida á mi casa con un séquito brillantísimo. Sin embargo, para hacerle comprender el respeto y sumision con que debe tratarme, yo me mostraré grave y desdenoso con ella, y la noche de nuestra boda, en vez de ir á su aposento, la pasaré fumando y bebiendo con algunos amigos. Al dia siguiente vendrá su madre á saber cómo le ha ido, y ella se quejará de mi desden, y estará muy afligida. Su madre entonces vendrá á hablarme y á reconvenirme por el desden e indiferencia con que he tratado á su hija; pero yo la despediré sin escucharla; de allí á poco volverá trayendo á mi esposa por la mano, y arrojándose ambas á mis piés bañadas en llanto, me rogarán que deponga mi ceño y que me muestre amable, pero yo permaneceré inflexible. Volverán á suplicarme de nuevo y me presentarán unos dulces y una copa de vino, rogándome mi esposa que no la desaire por mas tiempo, y que tome por su amor aquellas golosinas. Aparentando yo serme molestas aquellas demostraciones de cariño, alargaré la pierna para rechazar á mi mujer, le daré de este modo un

fuerte empellon con el pié que la hará rodar por el suelo... » y el embelesado Alnaskar hizo el ademan tan á lo vivo, que tomando como realidad las ilusiones de su pobre cerebro, y sin reparar que lo que tenía delante de sí no era la hija del gran visir sino la canasta con su hacienda, le dió un fuerte puntapié y... ¡Pumm! ¡Pumm! la echó á rodar por el suelo. Al ruido que hizo al caer, y á las carcajadas que daban los vecinos que le habian estado escuchando, mi hermano volvió en sí, desaparecieron sus ilusiones, y se encontró con la triste realidad, esto es nechos mil pedazos todos los objetos que la banasta contenía. — « Sois un orgulloso y un hombre de mal corazon, y merecéis lo que os ha sucedido, le dijeron los vecinos, en medio de sus risotadas ; ¿no os avergonzáis de tratar de una manera tan brutal á una esposa recien casada, tan joven y tan hermosa que no os habia dado ningun motivo de queja? » y otro vecino añadió : — « Si yo fuera el gran visir, padre de vuestra esposa, mandaria que os die森en cien palos y os paseasen por la ciudad montado en un camello sarnoso. » Alnaskar, miéntras tanto, viéndose hecho el blanco de las burletas de sus vecinos y con su hacienda perdida, se desesperaba, se daba golpes en el pecho, desgarraba sus vestidos y lloraba.

Debo deciros, se interrumpió el barbero, que al llegar á esta parte de la historia de mi hermano el desorejado, el kalifa Mostanser Billah dió tambien una carcajada, y yo proseguí diciendo :

Entre los transeuntes que se detenian á preguntar la causa del quebranto de mi hermano, cuando los vecinos les contaban lo que había pasado, los unos se reían y y burlaban, otros, al contrario, le compadecian. De este número fué una dama montada en una mula ricamente enjaezada, acompañada por eunucos y esclavos, que enterada de la desgracia del pobre desorejado mandó á uno de sus eunucos que le diera todo el dinero que llevaba consigo.

El eunuco sacó una bolsa grande y se la entregó á mi hermano, el cual, enjugando su llanto, se prosternó en

tierra para dar gracias á la generosa dama y besó la franja de su vestido. Contando despues el dinero que habia en la bolsa, encontró quinientas monedas de oro. Loco de alegría, acabó de arrojar á la calle los restos de la porcelana y del vidriado, cerró la tienda, y se fué á su casa. Una vieja que había presenciado la entrega de la bolsa, fué siguiendo á mi hermano hasta su casa, y llamó á la puerta; cuando este salió á ver quién llamaba, la vieja le dijo : — « Mi buen señor, estoy muy léjos de mi casa, va á ser la hora de la oracion de mediodia, y os ruego que me deis un poco de agua para hacer ántes mis abluciones. — Entrad, buena mujer, le contestó mi hermano, ahí tenéis la tinaja y un jarro, tomad la que necesitéis. » La vieja entró en el portal, hizo sus abluciones y su oracion, y cuando acabó fué á dar gracias á Alnaskar, se prosternó delante de él, le besó la mano y le dijo : — « Dios os recompense, mi buen señor, y os conceda una larga vida llena de felicidades. » Mi hermano, al ver tales demostraciones y al oir semejantes palabras, creyó que la vieja le pedia una limosna, y conio, á pesar de todo, tenía buen corazon, y ademas rebosaba de gozo al verse dueño de un caudal tan grande, sacó una moneda de oro y se la presentó á la vieja, pero esta, en vez de aceptarla, se mostró muy enfadada. — « Si pensáis que yo soy una pordiosera, os engañáis, le dijo : yo tengo un ama á quien he criado que me quiere mucho, que es muy rica, y no me deja carecer de nada; así, guardad vuestra moneda. Pero ya que habéis sido tan bueno y generoso conmigo, yo quiero mostrarme agradecida, y si gustáis acompañarme os llevaré á casa de mi ama, y como parecéis una persona bien acmodada y yo le diré lo bien que os habéis portado conmigo, puede ser que consigáis interesar su corazon y que se decida á tomaros por marido. » El bobalicón de mi hermano, que siempre estaba haciendo castillos en el aire, creyó que la fortuna se le había entrado por la casa, y podria hacer un casamiento brillante. Guardó sus monedas en un cinto que se sujetó á la cintura, y consintió en acompañar á la vieja. Esta le llevó á una casa de buena apa-

riencia á cuya puerta llamó y salió á abrir una esclava griega. Despues de haber atravesado un patio, la vieja le hizo entrar en un salon muy bien adornado adonde no tardó en venir una jóven hermosa y ricamente vestida que le recibió muy cortesmente, le hizo sentarse á su lado y conversó con él algun rato. Dejándole en el salon la jóven salió diciéndole que al momento volvia. Miéntras Alnaskar estaba distraido mirando los ricos muebles y otras preciosidades de la estancia, se abrió sin ruido una puerta secreta á espaldas del sitio en que estaba sentado, y apareció un negro fornido armado con una cimitarra, el



cual arrojándose sobre Alnaskar, le despojó de sus vestidos y le quitó el cinto en que tenía las monedas. Dán-

dole en seguida unos cuantos cintarazos de plano con la cimitarra, que le hicieron perder el sentido, y creyéndole muerto, le llevó á la rastra, ayudado por la esclava, á un rincon del patio en que había una trampa, y le echó por ella. Cuando mi hermano volvió en sí, se encontró en un subterráneo en medio de algunos esqueletos y cadáveres de hombres asesinados. Empezó á registrar aquel horrible sitio y halló arrimada á la pared una escalera de mano ; esperó que fuera de noche, y cuando ya no se oía ningun ruido en la casa, se encaramó hasta donde estaba la trampa, la alzó poquito á poco, se salió del subterráneo y se escondió detras de uno de los pilares que había en el patio, y aguardó hasta el amanecer. Luego que abrieron la puerta de la calle, aprovechando un momento favorable, salió de aquella ladronera y se volvió á su casa, pensando en el modo de vengarse. Pasados ocho dias, cuando ya se sintió recuperado y fuerte, metió en un saco una cantidad grande de pedazos de vidrio, se disfrazó de vieja, y provisto de un puñal y de un hacha, se encaminó á la calle de la casa maldita y no tardó en ver venir á la pícara vieja que le había llevado á ella engañado. Acercándosele con el velo echado sobre el rostro, y fingiendo una voz de mujer, enseñándole el saco le dijo : —« Mi buena anciana, yo soy una forastera que acabo de llegar á esta ciudad en donde no conozco á nadie, traigo conmigo en este saco quinientas monedas de oro que quisiera saber si son de buena ley, y si me pudierais proporcionar un pesillo, os lo agradecería infinito. — No podiais caer en mejor parte, le respondió la vieja, porque precisamente tengo un hijo que es cambista, y si queréis venir conmigo, os llevaré á su casa, y él os dirá si las monedas son buenas. » Mi hermano siguió á la vieja que le llevó á la casa consabida cuya puerta abrió la misma esclava griega, y le introdujo en la misma sala en donde le dejó diciéndole que iba á avisar á su hijo. Pasados unos cuantos minutos vino el negro, y le dijo : « Seguidme, buena vieja y traed el dinero. » Mi hermano echó á andar detras del negro, y sacando el hacha que llevaba oculta debajo del vestido, al

atravesar el pasillo que conducia al patio, le tiró un tajo por detras con tan buen tino que le derribó la cabeza por el suelo. Al ruido que el cuerpo del negro hizo al caer acudió la esclava, creyendo que era la vieja; mi hermano la agarró y le cortó la cabeza. Cogió las dos cabezas y arrastrando los cuerpos hasta donde estaba la trampa, la abrió y arrojó unas y otros al subterráneo. La vieja vino tambien á ver lo que ocurría, y agarrándola Alnaskar por un brazo, y encarándose con ella le dijo : — « ¿ Me reconoces, malvada? — Señor, le respondió ella mirándole fijamente y temblando, yo no recuerdo haberlos visto nunca en mi vida. — ; Ah ! ¡ ya no te acuerdas de aquel en cuya casa entraste para hacer tus abluciones y que trajiste aquí engañado para robarle y quitarle la vida? » La vieja, entonces dió un grito y se arrojó á sus piés pidiendo misericordia, pero Alnaskar hizo con ella lo mismo que había hecho con la esclava y el negro. Ya no le faltaba mas que la jóven que encontró escondida en un cuarto. Al ver entrar á mi hermano se arrojó á sus piés y le dijo : — « Señor, perdonadme la vida porque yo soy inocente, hace tres años que estoy aquí encerrada, llomando noche y dia. Soy la mujer de un honrado mercader, y esa maldita vieja me trajo aquí engañada, lo mismo que á vos y á otros desgraciados, y desde entonces ella y el negro me obligan á servir de reclamo á sus víctimas. — ; Y qué hacéis de las inmensas riquezas que el negro debe haber reunido? le preguntó mi hermano, que tuvo la debilidad de escuchar á la jóven y perdonarle la vida. — Venid conmigo y lo veréis, » le respondió la jóven, y llevándole á un cuarto muy espacioso, mi hermano se quedó asombrado al verlo lleno de una multitud de cofres atestados de monedas de oro y plata y de joyas riquísimas. — « Podéis llevaros todo esto, y seréis inmensamente rico; id á buscar los hombres y los carros necesarios para trasladar á vuestra casa estas riquezas, andad, y no perdáis tiempo. » El simplon de Alnaskar salió gozosísimo de la casa, fué á la suya para quitarse el traje de mujer, y buscó los hombres y los carros que creyó suficientes.

cientes para transportar los tesoros que había visto. Cuando llegó á la casa de la jóven, la encontró enteramente abierta y desierta, y vacíos los cofres en que estaban el dinero y las joyas, viéndose así burlado. Por no perderlo todo, mandó cargar con los muebles mas preciosos y llevarlos á su casa, con los cuales había mas que suficiente para indemnizarse de las quinientas monedas de oro que le habían robado.

Al marcharse dejó la puerta abierta : esta circunstancia y aquel trasiego de muebles repentina llamó la atención de los vecinos que fueron á dar parte al cadí del barrio de lo que ocurría. El cadí hizo venir á Alnaskar y le preguntó lo que significaba aquella mudanza, y mi hermano le contó entonces todo lo que le había ocurrido, diciendo que se había apropiado aquellos muebles para indemnizarse del robo de sus quinientas monedas. El cadí le contestó que no tenía derecho para hacerlo ; mandó á sus dependientes que trajesen los muebles á su casa, reteniendo mientras tanto á mi hermano preso, y cuando le vinieron á dar parte que todo se hallaba en su guardamuébles, dándole algunas monedas de plata, le mandó salir de la ciudad, y no volver á ella, bajo pena de la vida. Mi hermano fué conducido por los agentes del cadí fuera de las puertas, y se quedó rondando por sus inmediaciones, esperando á que fuese de noche para ver si podía volver á entrar furtivamente, pero tuvo la desgracia de caer en manos de una cuadrilla de rateros que le quitaron hasta la camisa. Se refugió en una choza de pastores, y uno de ellos vino á avisarme al dia siguiente. Yo le llevé un vestido, logré que le alzaran el destierro, y le socorri como me fué posible.

Ya no me falta, señor, mas que contaros la historia de mi sexto hermano, que es muy divertida, continué diciéndole al kalifa, y para no ser prolíjo os diré que se llamaba Sakabak, y tenía los labios hendidos.

HISTORIA DEL SEXTO HERMANO DEL BARBETO

Cuando cogió los cien dracmas que le correspondieron de la herencia, se dió tan buena maña para hacerlos valer, que llegó á reunir un capital respetable, pero la quiebra de un banquero, en cuyo poder había depositado sus fondos, le redujo á la indigencia. Sabía congratularse de tal modo con las gentes grandes y pequeñas, que era bien recibido en todas partes y obtenia socorros abundantes. Un dia pasaba por delante de un gran palacio por cuyas puertas abiertas se veía un extenso patio en el que había muchos criados y esclavos. Habiendo entrado á preguntar de quién era aquel edificio : — « ¿ De dónde venís, buen hombre, le contestaron, que no sabéis que aquí vive un Barmecida ? » Entonces Sakabak preguntó si el señor le daria algun socorro. — « Entrad á pedírselo vos mismo, » le respondieron, « que el señor es generoso y no os dejará salir con las manos vacías. » Uno de los criados le condujo hasta el aposento en que se hallaba el Barmecida que era un hombre de una presencia grave y respetable, el cual al verle le dijo : « ¿Qué se os ofrece, buen hombre ? — Señor, le contestó mi hermano, soy un desgraciado que ha perdido toda su fortuna por la bancarrota de un banquero, y sabiendo cuán magnánimo y generoso sois, vengo á solicitar de vuestra alta bondad algun auxilio. » Admirado el Barmecida de las maneras y del lenguaje de Sakabak, llevándose sus dos manos cruzadas al pecho, exclamó : « ¡ Es posible que estando yo en Bagdad, haya un hombre de vuestras prendas en tan gran necesidad ! » Al ver tales demostraciones, mi hermano creyó que iba á darle una prueba de su liberalidad, y empezó á desechar toda suerte de prosperidades y de larga vida. — « ¿ Habéis comido ? » le preguntó el Barmecida.—« Señor, le contestó mi hermano, estoy en ayunas todavía. » — El Barmecida volvió á hacer nuevas demostraciones de asombro y de

interes, añadiendo : « Pues no se dirá que habiendo acudido á mí, yo os he abandonado, pobre hombre, en semejante conflicto. ¡Hola ! Alí-Babek, exclamó, traednos el aguamanil y la aljofaina para lavarnos las manos, y servidnos la comida. • Á pesar de no haber acudido nadie al llamamiento, el Barmecida hizo el ademan de lavarse las manos, y luego se sentó á la mesa, diciendo á mi hermano que hiciera otro tanto. Juzgando Sakabak que el señor era hombre bromista, y sabiendo ademas que los pobres tienen que conformarse con los caprichos de los ricos, si quieren sacar algun partido, hizo tambien la demostracion de lavarse y enjugarse las manos como aquel le decia, y se sentó con él á la mesa.

En seguida, exclamó : « ¡Vamos ! traed pronto la comida, y no nos hágais esperar, que este pobre hombre debe estar desfallecido ; » y despues de una pausa y como si la comida hubiese sido servida, figuró que se hacía plato y dijo á mi hermano : « Servios vos mismo y comed sin cumplido. ¡Encontráis buena esta sopa de rakaut ? y este pan, ¿qué os parece ? » Bien que la sopa y el pan fuesen tan ilusorios como lo habian sido el agua y el aguamanil, el Barmecida se llevaba la mano á la boca y hacía como que comia, y mi hermano que era hombre jovial le remedaba á las mil maravillas. « La sopa está bien sazonada, le contestó, y el pan es muy sabroso y bien cocido. — ¡Oh ! yo lo creo, como que tengo una esclava panadera que me costó quinientos zequíes. Vamos, tomad ahora un buen trozo de carnero, no andéis con ceremonias ni cumplidos, y comed como si estuvieseis en vuestra propia casa. — Así lo hago, señor. — ¡Hola ! Alí-Babek, servidnos ahora un guisado agríduelce cuya salsa esté hecha con vinagre, miel, pasas, garbanzos é higos secos, y traednos despues un plato de perdices. » El guisado y las perdices vinieron lo mismo que habian venido la sopa y el carnero, y el Barmecida seguia masticando el aire, y Sakabak le imitaba llevando, ó mas bien figurando llevarse bocados á la boca y meneando sus mandíbulas. — « ¿Qué os parece de este cabrito asado con cotufas ? y ¿este man-

jar blanco? estoy seguro que nunca lo habréis comido tan bueno. — ¡Excelente, señor, exquisito! — Me alegra que lo encontréis de vuestro gusto. ¡Oh! tengo una cocinera que la he pagado un poco cara, pero que sabe hacer guisos y platos admirables. » Otros muchos platos fué nombrando y ponderando el Barmecida, figurando comer de todos ellos y haciendo comer á su huésped. Despues mandó que trajesen los postres que se compusieron de pastas, de frutas y dulces secos y en almíbar. — « Se me figura que no habéis comido lo bastante, dijo á mi hermano el Barmecida, para un hombre que se hallaba en ayunas todavía. — Al contrario, señor, le respondió Sakabak, os aseguro que nunca he comido en mi vida unos manjares tan delicados, ni tan abundantes, así es que tengo el estómago repleto y no podré volver á comer en dos dias. — Espero, sin embargo, que aun habrá sitio en él para este melocoton y esta pera. — Haciendo un esfuerzo, los comeré por complaceros, » y figurando como que los mondaba y partía en pedacitos se los fué engullendo. — « Vamos, tomad alguna cosita mas, » le dijo el Barmecida. — « Señor, me es imposible, porque estoy que reviento, y es preciso confesar que vuestra mesa es espléndida, y que no la tiene mejor un príncipe. — Vaya, pues tomad ahora estas pastillas, que están hechas con ámbar, canela y clavillo, nuez moscada, jengibre y el jugo de yerbas finas cuyo aroma se percibe, que son muy buenas para facilitar la digestion, » le dijo alargando la mano como si realmente le diera alguna cosa. Mi hermano hizo ademan de tomar de su mano las pastillas y se las llevó á la boca diciendo : — « Son, en efecto, deliciosas y tienen un gusto muy delicado y exquisito. » En seguida mandó al invisible Ali-Babek que trajese los vinos (1).

Cuando estos estuvieron en la mesa tan aparentes como los manjares de la comida imaginaria, el Barmecida hizo como si echase vino en una copa y se la alargó á mi her-

(1) Los orientales, pero en especial los musulmanes, no beben hasta despues de haber comido.

mano diciéndole : — « Vamos, ahora, una copita de Chipre. — Señor, os ruego que me excuséis y me permitiréis que no beba vino, porque, como no estoy acostumbrado, temo que se me suba á la cabeza y sea causa de que haga alguna cosa indigna de vuestro respeto. — No temáis eso, mi buen amigo; imitadme á mí, ademas que, despues de lo que habéis comido, segun decís, es indispensable el que bebáis unas cuantas copas de buen vino. — Por daros gusto beberé, pero yo no respondo de lo que suceda despues. » El Barmecida llevó repetidas veces á la boca su mano en ademan de apurar una copa, y mi hermano le imitó. Fingiendo despues que se le iba la cabeza y haciéndose el borracho, se levantó de la mesa dando algunos traspíés, se acercó al Barmecida y le pegó un puñetazo en la cabeza echándole á rodar el turbante por el suelo. — « ¡Qué hacéis, buen hombre! exclamó el Barmecida, ¡os habéis vuelto loco? » Mi hermano que iba á repetir el golpe se contuvo y le respondió : — « Señor, os habéis dignado recibir á este esclavo y humilde servidor vuestro, con extraordinaria bondad; y no contento con haberle sentado á vuestra mesa, y haberle obsequiado con un banquete en el que han figurado los manjares mas deliciosos, y las frutas y dulces mas exquisitos, habéis querido llevar mas adelante vuestro obsequio haciéndole beber excelentes vinos, á pesar de que ya os dije que se me subirian á la cabeza, y serian causa de que os faltase al respeto que os debo, como así ha sucedido, y por lo cual os ruego que me perdonéis. »

Mi hermano esperaba por lo menos que el señor Barmecida le echase una buena reprimenda, y aun se temía no mandase á sus criados que le diesen una buena paliza; pero léjos de eso, cuando acabó su perorata, el Barmecida se echó á reir á carcajada tendida y exclamó: « ¡Bravo! amigo mio, mucho tiempo hace que andaba buscando un hombre de vuestro temple; y ya que habéis tenido la paciencia de continuar la broma que os he dado, y habéis sabido acomodaros tan bien á mis caprichos, no tan solo os perdono el desacato que habéis cometido conmigo, sino

que en adelante esta casa será la vuestra, y desde hoy quedáis á mi servicio; y miéntras tanto, vamos ahora á comer de véras. » El Barmecida dió dos palmadas é inmediatamente se presentó el verdadero Alí-Babek que les sirvió una comida regalada, real y verdadera, y tal cual había sido la imaginaria ; y despues de comer, mandó que le diesen un vestido nuevo. Prendado el señor Barmecida del ingenio y disposicion de mi hermano, y habiendo fallecido poco despues el administrador de sus bienes, confió á Sakabak la gerencia de ellos y el gobierno de su casa. Mi hermano estuvo desempeñando estos cargos durante veinte y cuatro años con plena satisfaccion del señor Barmecida; pero habiendo muerto este de repente sin hacer testamento, y sin dejar herederos directos, todos sus bienes fueron confiscados en favor del kalifa, y con ellos los ahorros que mi hermano había hecho ; de modo que como ya era viejo y no podia trabajar, yo me vi obligado á sostenerle.

Despues que acabé de contar al kalifa Mostanser-Billah las historias de mis seis hermanos, el príncipe, sin dejar de reirse, me dijo : — « Con razon os han dado el título de « Callado, » y nadie podrá decir lo contrario, despues de haberlos oido. Sin embargo, por razones que yo me sé, os mando que toméis lo que os van á dar y que salgáis de la ciudad inmediatamente, cuidándoos de que yo no vuelva á oir hablar de vos en mi vida. » Siéndome preciso obedecer, continuó diciéndonos el barbero, despues de haber recibido una bolsa con trescientas dracmas fui á mi casa, recogí lo mas precioso que tenía, y me marché. Durante algunos años he recorrido varios países extranjeros, y en uno de ellos supe que el kalifa Mostanser había fallecido. Entónces me volví á Bagdad, encontré á todos mis hermanos muertos, y á pocos dias de mi llegada fué cuando tuve ocasión de hacer al jóven cojo que habéis visto el importante servicio que os he dicho, así como habéis oido tambien que léjos de agradecérmelo ha preferido desterrarse de su patria y huir de mí, por no mostrarme la gratitud que me debe. Yo que le he tomado gran cariño,

cuando supe que se había marchado, aunque ignoraba adónde, me puse inmediatamente en camino para buscarle y librarme de nuevos peligros. Hoy le he encontrado aquí cuando ménos lo esperaba, y ya habéis visto cómo me ha recibido. Nosotros le dijimos al barbero, añadió el sastre, que no faltaba razon al joven cojo para quejarse de su charla, y tacharle de hablador y entrometido, pero, en fin, le dejamos que participase con nosotros del festín que nuestro amigo nos había preparado, y estuvimos á la mesa hasta la hora de la oración de la tarde en la que cada uno de los convidados se fué á sus negocios. Yo me vine á mi tienda y me puse á trabajar, y entonces fué cuando se presentó el jorobadillo, algo *alumbrado*, y se paró á cantar delante de mi puerta. Yo le convidé á cenar con nosotros, y al engullirse un trozo de pescado sin reparar que tenía espinas, una de ellas se le atravesó en la garganta, y mi mujer y yo no pudimos sacársela por mas esfuerzos que hicimos, y se nos quedó muerto entre los brazos. Á mi mujer se le ocurrió el llevar el cadáver á casa de nuestro vecino el médico judío, y así lo hicimos engañando á la criada. El médico se lo endosó al proveedor, dejándole escurrir por el cañón de la chimenea; y el proveedor cargó con el cuerpo del incómodo huésped y lo plantó en la calle arrimándole contra la puerta de una tienda en donde se encontró con él este mercader cristiano á quien se le atribuyó haberle muerto. Esta es, señor, terminó diciendo el sastre, la relación verídica de todo lo ocurrido, y esperamos todos que, en vuestra justicia, conocerá nuestra inocencia, y no nos impondrá ninguna pena por un accidente tan imprevisto en el que ninguna culpabilidad tenemos.

El emir de Kachsgar, manifestando un semblante risueño, dirigiéndose al sastre y á sus compañeros les dijo .— « Confieso, señores, que las historias que me habéis referido me han divertido infinito, especialmente las aventuras del barbero y sus hermanos, y ántes de dejarlos marchar, y de que se dé sepultura á mi pobre jorobado, quisiera conocer á ese barbero silencioso; y puesto que

se halla en mi capital actualmente, ántes que se marche en seguimiento del cojo, id á buscarle y traédmele. »

El sastre que era quien le conocia personalmente, salió inmediatamente, acompañado por unos guardias en busca del barbero, de cuya morada le fué fácil el informarse por medio del amigo que habia dado el convite. Al cabo de una hora el sastre y los guardias estaban ya de vuelta en palacio seguidos del barbero que era un anciano de unos noventa años con las cejas y la barba blancas como la nieve, las orejas aplastadas y caidas, las mejillas hundidas, la boca huérfana de dientes, y tenía una nariz atomatada y larguísima. Al ver figura tan extraña, el emir no pudo contener la risa, y moderándola un poco le dijo : — « Hombre callado, me han informado de que sabiais cuentos prodigiosos, y desearia que me refirieseis algunos. — Gran señor, le contestó el barbero, despues de haber hecho una profunda reverencia, dejando ahora los cuentos que yo pueda saber, y que referiré con gusto á Vuestra Majestad en otro momento, ántes que todo, le suplico que me permita informarme por qué se hallan aquí en vuestra presencia esos cuatro individuos, y sobre todo, el cadáver de ese jorobado que veo allí tendido en el suelo. » El emir no pudo ménos de extrañar la curiosidad original del barbero, y su llaneza: pero esa misma originalidad le causó risa. — « ¿Qué os importa todo eso ? le preguntó. — Señor, replicó el barbero, me importa el preguntarlo y el saberlo para que se sepa que yo no soy grande hablador, como muchos suponen, sin razon ni justicia, solo por calumniarme, y movidos por la envidia de mi capacidad y de los grandes conocimientos que poseo, sino que soy muy lacónico en mis relaciones y discursos, muy sobrio de palabras, y muy amigo de guardar silencio, por cuyas altas prendas y cualidades me han dado el epíteto de « CALLADO » los unos, y los otros me llaman « EL SILENCIOSO BARBERO. »

Esta perorata mereció una nueva carcajada del emir, el cual mandó, sin embargo, que le contasen la historia del jorobado y la causa de su muerte.— « Esa historia es pe-

regrina, dijo el barbero, despues de haberla oido, pero como aquí puede haber habido algun engaño, permitidme que reconozca yo á ese jorobado de cerca » ; y esto diciendo, se acercó al cadáver, se sentó en el suelo y cogiéndole la cabeza y poniéndola encima de sus rodillas, empezó á examinarle atentamente. Al cabo de un momento, dando una estrepitosa carcajada, exclamó : « Verdaderamente si hay alguna historia digna de figurar en los anales del reinado glorioso de un príncipe, y de que sea escrita con caractéres de oro, es la de este jorobado. Sabed, señor, añadió, que este hombre no está muerto. » El emir y todos los circunstantes al verle reir tan destempladamente, y al oir lo que decia, le tomaron por un bufon ó por un hombre enteramente chocho que no sabía lo que se decia ; pero el barbero, sin cuidarse del concepto que les merecía, prosiguió riendo y añadió : « ¡Que me quemen vivo si no os pruebo ahora mismo lo que digo ! » Acto continuo, sacó un estuche lleno de pequeños frasquitos, y derramando unas cuantas gotas de lo que contenía uno de ellos sobre



el cuello del jorobado, empezó á darle friegas : luego sacó otro estuche con varios instrumentos, abrió con uno de

ellos la boca del jorobado, le puso un hierro muy bruñido entre los dientes para impedir que volviese á cerrarla, e introduciendo en su garganta unas tenacillas de oro y acero, extrajo de ella un trozo de pescado en el que había una grande espina. Despues, volvió á frotarle la garganta y las sienes, y con pasmo y admiracion general, á poco rato, el jorobado, dando un fuerte estornudo, estiró los brazos y las piernas, abrió los ojos y dió otras señales de vida.

El émir y todos los circunstantes, incluso el médico judío, no podian disimular el asombro y admiracion que les habia causado la resurreccion de aquel hombre á quien du-



rante una noche entera, y una gran parte del dia, todos habian tenido por muerto, y sin que él hubiese dado el menor indicio de que aun vivia, en medio de tantas subi-

das y bajadas, llevadas y traídas; y no fué menor la admiración que les causó la habilidad del barbero para ejecutar aquella delicada operación; así fué que todos empezaron á mirarle con gran deferencia y como á hombre de mucho mérito, á pesar de su charlatanismo.

El emir mandó que se escribiese la historia del jorobado bufón, juntamente con la del barbero; y para que el sastre, el médico, el proveedor y el mercader cristiano olvidasen el susto que les había hecho pasar la aventura del supuesto jorobado muerto, les quedara un agradable recuerdo de ella, mandó que se les diese á cada uno una bolsa con cien rupías y un magnífico vestido: y en cuanto al barbero, prendado de su habilidad y talento, le tomó á su servicio.

Algunos meses hacia ya que la discreta y hermosa sultana Gerenarda, esposa del sultan Chabriar, había empezado



á contar á este las maravillosas historias que acabamos de referir, sin que el sultan hubiese pensado en tratar á su joven esposa como había tratado á las que, ántes que ella,

habian ocupado el tálamo imperial. Bien lejos de abrigar semejante pensamiento, habia resuelto en su interior conservarla siempre á su lado, derogando el bárbaro y sanguinario decreto que habia costado la vida á tantas jóvenes hermosas dignas de mejor suerte; y si no lo habia hecho ya, era porque estaba esperando una ocasión oportuna para manifestar su soberana voluntad. Miéntras tanto, prendado cada vez mas del ingenio y discreción de la sultana, y excitada en el mas alto grado su curiosidad, oía cada dia con mayor gusto las historias que aquella le contaba, y era él mismo, y no la diligente Diznarda quien le rogaba que continuase las empezadas, ó que le refiriese otras nuevas.

Animada la sultana con las buenas disposiciones de ánimo de su esposo el sultán, después de haber concluido la historia del jorobado, la del barbero silencioso y sus hermanos, empezó á referir la no menos interesante del célebre marino Simbad, en los términos siguientes :

HISTORIA DE SIMBAD EL MARINO Y DE SUS VIAJES

Durante el kalifato de Harun Alraschid, un pobre mozo de cordel llamado Humbad, abrumado un dia muy caluroso con el peso de la carga que llevaba, se paró á descansar un momento sentándose en un banco de piedra que había á la entrada de un gran palacio. Miéntras estaba reposándose llegaron á sus oídos los ecos de una música armoniosa, y su olfato fué halagado con el aromático olor de sabrosos manjares. « ¡Válgame Dios ! exclamó en voz alta, enjugándose con la manga de su camisa el copioso sudor que corría por su rostro, cuán desigual es la suerte de los hombres ; miéntras que el dueño de esta casa pasa su vida en medio de goces y deleites refinados, yo, pobre de mí, me veo obligado á sudar el quilo para ganar algunas dracmas de plata que apénas me bastan para atender al sustento de mi mujer y de mis hijos. » En seguida pre-

guntó á uno de los numerosos esclavos que entraban y salían, quién era el venturoso dueño de aquel palacio. -- « Debéis de ser forastero, le respondió el esclavo, cuando ignoráis que esta es la morada del señor Simbad, el famoso marino que ha recorrido todos los mares conocidos. » Ya iba á continuar su camino con la carga, cuando salió un criado de la casa y acercándose á él le dijo que su amo, el señor Simbad, deseaba hablarle, y le rogaba que entrase. Admirado se quedó el pobre mozo de cordel con semejante mensaje. Siguió al criado, después de haber dejado su carga en el patio, y entró en un gran salón ricamente adornado en el que se hallaban numerosas personas sentadas á una mesa cubierta de abundantes manjares, y á cuya cabecera, en el puesto de honor, se veía sentado un respetable anciano con una hermosa barba blanca. Al ver la turbación del pobre hombre, el anciano se levantó, y tomándole por la mano le hizo sentar á la mesa, él mismo le sirvió algunos manjares, excitándole á que los comiera sin empacho, y mientras los estaba comiendo, le dijo : « Al pasar cerca de aquella ventana, he oido vuestra exclamacion y vuestras amargas quejas, comparando vuestra suerte con la mia : no creáis por eso, que yo me muestre agraviado, porque sin duda os figuráis que yo he adquirido lo que tengo y las comodidades de que gozo, sin trabajo ; léjos de eso, he pasado muchas penalidades, y corrido muchos riesgos, y puedo aseguraros que mis afanes han sido tan grandes, y mis aventuras son tan extraordinarias, que de seguro, si muchos las supieran no serian tan codiciosos, y moderarian su impaciencia por correr los mares para adquirir riquezas. Y para que no creáis que hay exageracion en lo que os digo, añadió dirigiéndose á todos los circunstantes, os las referiré mañana. » En seguida mandó que le diesen al mozo de cordel Humbad una bolsa con cien dracmas de plata, encargándole que volviese al dia siguiente para oír la historia de sus aventuras y viajes.

RELACION DEL PRIMER VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Reunidos todos los convidados, incluso el mandadero Humbad, en el salon de Simbad, á la hora que este les indicó, despues de haber comido, empezó la relacion de sus viajes diciéndoles : — Sabed, señores, que hallándome dueño de una gran fortuna á la muerte de mis padres, empecé á gozar de la vida con el ímpetu y la inexperiencia propios de mis pocos años, pasando el tiempo en francachelas y placeres costosos, creyendo que mi riqueza sería inagotable. Sin embargo, en medio de mi vida desarreglada, bien pronto me apercibí que mi fortuna disminuía á vista de ojo, y que yo había cometido una grave falta no dedicándome á nada, en vez de hacer fructificar mis capitales. Entónces me acordé de lo que dice Salomon, « que la peor de todas las desgracias es la de verse pobre en la vejez, siendo preferible el hallarse en el sepulcro que en pobreza, en sus últimos años, » y traté de emplear mejor el tiempo útil que aun me quedaba, dedicándome al comercio marítimo. Reuni todos mis fondos, compré mercancías convenientes á mi objeto, despues de haberme informado bien de personas competentes, y me embarqué con ellas en Balsora en un buque que iba á hacerse á la vela para las Indias orientales. Despues de unos dias de navegacion feliz, fuimos sorprendidos por una calma-chicha, y á poca distancia del buque descubrimos una especie de islote cubierto de musgo verdoso y suave. Como no sabíamos qué hacer á bordo, algunos pasajeros y yo quisimos ir á pasar unas cuantas horas en aquel sitio que nos pareció delicioso, y comer allí, para lo cual llevámos provisiones y leña para encender lumbre. Cuando mas descuidados nos hallábamos, el islote se conmovió de repente, y en seguida desapareció de la superficie del mar, quedando todos nosotros luchando con las olas. El capitan envió una embarcacion inmediatamente, pero no pudo recoger á todos : yo me así fuerte-

mente á uno de los leños que habíamos traído del buque, y me dirigí hacia él nadando; pero habiéndose levantado en este momento una fuerte brisa, el buque se alejó, y yo quedé flotando en medio del mar, y sin mas auxilio que el del leño á que estaba asido. Un dia y una noche pasé de esta manera, y ya daba mi vida por perdida, cuando, arrastrado por la corriente y el flujo, me encontré sobre la playa de una isla frondosa. Á pesar de lo agotadas que se hallaban mis fuerzas, cobré ánimo, é internándome un poco, llegué á la entrada de una gruta en cuyas inmediaciones había algunas yeguas pastando.



No pudiendo ya tenerme en pie, me senté bajo un árbol, y al poco rato salieron de la gruta varios hombres que se sorprendieron al verme, y me preguntaron quién era. Yo les conté lo que me había sucedido, y ellos me

dijeron que eran palfreneros del rey Mirahjio, señor de aquella y de otras islas, y que todos los años, en la época de la monta, traían las yeguas del rey á pastar á aquellos parajes. En seguida me dieron de comer, y á los pocos días me llevaron á la capital y me presentaron al rey, el cual me preguntó quién era y por qué había venido á sus Estados. Despues que le hube contado mi historia, el rey me agasajó y mandó que se me proveyera de todo lo que necesitara. Su capital tenía un puerto espacioso y seguro á cuyo fondeadero venian á anclar buques de todas las naciones, y se hacia en él un tráfico muy lucrativo. Un dia que yo estaba paseándose á la orilla del mar, me acerqué á examinar los fardos que estaban descargando de un buque que acababa de llegar, y vi estampados en algunos de ellos, con la mayor sorpresa, mi nombre y mi marca de comercio. Me acerqué al capitán, á quien reconocí en seguida por ser el del buque en que yo venía, aunque él no me reconoció, y le pregunté de quién eran aquellos fardos. « Son, me respondió, de un mercader llamado Simbad que tomé á bordo de mi buque en Balsora, el cual murió ahogado un dia en que, detenido el barco por una calma-chicha, él y otros pasajeros bajaron á un islote á pasar el dia y á comer allí; pero resultó que lo que todos creímos que era en verdad, por su apariencia, tierra firme, no era en realidad sino una monstruosa y colossal ballena que se había dormido á flor de agua y sobre cuyo lomo encendieron lumbre; así fué que en cuanto el monstruo sintió el calor del fuego, se despertó y se sumergió. Yo envié inmediatamente una lancha para recoger á los pasajeros, pero no pudo recoger á todos, y uno de los que perdiieron fué Simbad. Estas mercancías eran suyas, yo voy á venderlas y á guardar su producto para entregárselo, cuando vuelva á Balsora, á su familia. » Habiéndole yo dicho que ese Simbad que él creía muerto, era yo mismo, me trató de impostor, asegurando que él mismo me había visto perecer con sus propios ojos, y empezó á injuriarme. Felizmente que en esto llegaron algunos marineros y pasajeros del buque que me reconocieron. Entonces el capitán me

pidió mil perdones y me entregó los fardos que me pertenecían. Saqué de ellos algunas de las mercancías más preciosas que traía, y se las regalé al rey, el cual, por su parte, me correspondió con ricos presentes, después de haberse informado de dónde me venían aquellos géneros, y de haberle yo referido la llegada al puerto del buque en que me había embarcado, y del que me separé, como antes le había dicho, para ir á pasar algunas horas sobre el musgoso lomo de una colossal ballena dormida á flor de agua, que todos habíamos creído ser una isla de tierra firme.

En seguida me ocupé de vender mis mercancías, lo que efectué con muy buenos beneficios, y compré productos del país, muy rico en maderas finas, canela, aloés y especias de todo género. Cuando el buque estuvo ya con el cargamento completo, volví á embarcarme en él y llegué felizmente á Balsora en donde, con la venta de los géneros que traía, realicé un capital de mas de cien mil zequies. Mi familia me recibió con muestras de la mayor alegría y yo resolví descansar de mis fatigas fijándome en aquella ciudad, y gozar moderadamente de lo que había adquirido. Compré una hermosa casa que amueblé con lujo, y esclavos de ambos sexos para que me sirvieran, y en fin, nada omití para mi comodidad.

Haciendo aquí una pausa Simbad para que los músicos y las cantarinas ejecutasesen una melodía, y un baile las bailarinas, los invitados siguieron comiendo y bebiendo, y al fin del banquete les dijo : « Señores, os ruego que volváis mañana para que oigáis la continuación de mis aventuras, puesto que lo que os he referido no es nada en comparación de lo que tengo que contaros. »

En efecto, al dia siguiente todos concurrieron á la cita, incluso el mozo de cordel Humbad que se había mandado hacer un traje nuevo.

Al final de los postres, Simbad tomó la palabra y se explicó en estos términos :

AVVENTURAS DEL SEGUNDO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Cansado de la vida demasiado cómoda y monótona que hacia en Balsora, volvió á apoderarse de mí la pasion de los viajes marítimos y del tráfico. Entónces me asocié con otros mercaderes cuya honradez me era conocida, compré mercancías adecuadas, y nos embarcámos en un hermoso buque fletado exclusivamente por nuestra cuenta. En las islas que íbamos encontrando cambiábamos nuestros géneros por otros del país y realizábamos cuantiosos beneficios.

Un dia abordámos á una isla frondosísima cubierta de árboles frutales, pero enteramente desierta. Miéntras el buque completaba su aguada, algunos pasajeros bajámos á tierra, y yo llevé commigo lo necesario para comer en un sitio tan ameno. En efecto, despues de haberme paseado un rato admirando la frondosidad de aquellos verjeles, me senté al pié de un árbol á orillas de un arroyuelo de agua cristalina, saqué mis provisiones é hice una deliciosa comida. En seguida me recosté contra el tronco del árbol y me quedé dormido. Yo no puedo deciros cuánto duró mi sueño, solo sí que cuando me desperté y dirigi la vista al mar hacia el punto en que había dejado el buque, este había desaparecido, así como tampoco divisé á ninguno de los pasajeros que habian bajado á tierra conmigo.

Al verme así solo y abandonado en aquella isla desierta, prorumpí en gritos y lamentos, y me pesó mil veces el haber emprendido este segundo viaje cuando ninguna necesidad tenía de hacerlo. Por último, me convencí de que mis lamentaciones eran inútiles, y tardío mi arrepentimiento, y resignándome con la voluntad de Dios, cargando con las provisiones que me quedaban todavía, me puse en camino hacia el interior para explorar la isla y ver si descubria señales de algun viviente. Desde la copa de un árbol á que me subí, divisé á lo léjos una enorme

mole blanca y reluciente en una pradera. Me bajé del árbol y me dirígi hacia aquel sitio, y cuando me hallaba examinándola, se anubló el sol de repente. Yo alcé la vista entonces y vi sobre mi cabeza un enorme pajarraco que, á vuelo tendido, vino á posarse sobre aquella masa y cubrirla con sus alas.



Segun lo que yo pude colegir del exámen que había hecho, esta mole que parecia de mármol blanco muy bruñido, era ovalada y tendria sobre unos cincuenta pasos de circunferencia; yo intenté subirme encima, pero me fué imposible por lo escurridiza que era. Sobre cogido al aspecto de aquella ave colosal, me guarecí debajo de la tal mole, y pensando en lo que sería y lo que aquel pajarraco vendria á hacer encima de ella, me acordé de lo que había oido contar á los marineros, y saqué en limpio que el avechicho era un roc, y lo que yo había tomado por una mole de piedra, era uno de sus huevos, y el roc lo estaba incubando. Entónces me vino la idea de que el roc podría servirme para sacarme de la isla, y como una de sus patas,

que eran tan gruesas como el tronco de un árbol, la tenía delante de mí, deshice mi turbante, y con su tela y mi pañuelo me sujeté lo mejor que pude á esta pata, con la esperanza de que cuando el pájaro se levantase me llevaría consigo. En esta operación pasé toda la noche sin que el roc se apercibiese de mi presencia, ni notase después el peso de mi cuerpo. Luego que amaneció y el sol empezó á calentar, el ave se remontó, y yo con ella, dió unas cuantas vueltas en el aire y se dejó caer casi á plomo en tierra, yo me apresuré entonces á deshacer el nudo corredizo con que estaba sujeto á su garra, y vi que el roc estaba luchando con una enorme serpiente que al fin logró agarrar con su pico y volvió á remontarse con ella.

Tendiendo la vista á mi alrededor, me encontré en un valle muy profundo rodeado por todas partes de rocas inaccesibles de una prodigiosa altura, y conjeturé que me hallaba en una especie de tumba y en mucho peor situación que la que tenía en la isla de donde el roc me había sacado, y me conceptué perdido. Cobrando un poco de ánimo, después de haber comido algunas de las provisiones que me quedaban, empecé á recorrer el valle para buscar alguna salida, y me apercibí que iba caminando sobre diamantes. Me recordé entonces de lo que había oido contar á los marineros sobre el « valle de los diamantes, » cuya relación había tenido por una fábula cuando la había oido. Sin detenerme á coger ninguno llegué á un punto en que se aumentaron mis congojas á la vista de un ejército de serpientes tan enormes que algunas de ellas hubieran podido engullirse un elefante, las cuales se retiraban á sus nidos en las hendiduras de las rocas durante el dia, para librarse del pico de los rocos y de otras aves de rapiña. Entre tanto me sorprendió la noche que pasé despierto en una especie de gruta oyendo sin cesar sus espantosos silbidos y el ruido que metían con sus colas, y temiendo á cada momento que alguna de ellas viniese á sorprenderme, á pesar de una especie de parapeto que hice con algunas piedras á la entrada de la gruta. Cuando amaneció, las serpientes empezaron á reti-

rarse á sus guaridas, yo me arriesgué á salir de mi cueva y continué mi exploracion del valle de los diamantes, caminando siempre sobre ellos : cansado ya de andar sin encontrar salida, me senté para tomar aliento y comer el resto de mis provisiones, cuando empezaron á caer sobre mí y á mis inmediaciones gruesos tasajos de carne fresca como llovidos del cielo. Alcé la vista y vi caer otros nuevos trozos en diferentes parajes. Al pronto me quedé atónito, pero no tardé en adivinar lo que era.

Habéis de saber, señores, continuó diciendo Simbad á sus huéspedes, que como el valle de los diamantes es inaccesible, los cazadores ó pescadores de estas piedras preciosas han imaginado un medio muy ingenioso y sencillo para cogerlas. Las altas cumbres que circundan el valle estan pobladas de águilas de un tamaño colosal : en tiempo de la cria de estas aves, los mercaderes acuden á aquellas regiones, matan unos cuantos bueyes y carneros y lanzan su carne al valle. Las águilas se arrojan sobre estos trozos de carne y los llevan á sus nidos para alimentar á sus hijuelos, y como, al caer sobre los diamantes la carne fresca, se adhieren á ella siempre mayor ó menor número de ellos, los mercaderes, que están en acecho, acuden presurosos al nido, espantan al águila y cogen los diamantes que encuentran pegados á la carne, ántes que se la engullen los polluelos. Yo había oido ya referir esto, pero no le había dado crédito; mas al verme en presencia de un hecho incontestable, se me ocurrió al momento la idea de que las águilas podrian ser un instrumento para mi salvacion, valiéndome de ellas, como me valí del roc, para salir de la isla desierta. Cobré ánimo, escogí unos trozos gruesos de carne, y los puse á cubierto, y en seguida empecé á recoger diamantes y á meterlos en el saco en que tenía las provisiones, y me lo sujeté bien á la cintura cuando estuvo lleno. Luego, me fuí cubriendo el cuerpo con los pedazos de carne, empleando todos los medios de que disponia para sujetarlos bien, y en seguida me eché en el suelo, habiendo puesto ántes á mi alrededor otros trozos de carne sueltos. Al poco rato acudieron varias

águilas al cebo, y una de las mayores hizo su presa sobre mí y me transportó en sus garras al nido.

El mercader á quien pertenecía este nido, porque cada cual tenía el suyo, luego que vió llegar al águila con su enorme presa, acudió presuroso, la espantó, y al ir á reconocer los trozos de carne, se encontró conmigo. Entonces, muy enfurecido, empezó á gritar, á insultarme, llamándome ladrón y dándome otros dictieros; pero yo lejos de incomodarme le dije : « Calmaos, buen hombre, y no os desconsoléis, porque tan distante estoy de pensar en robaros, como vos habéis creído, que ahora mismo voy á daros mas diamantes de los que la casualidad pudiera daros á vos y á los demás mercaderes, » y le mostré el saco que tenía lleno. A los gritos que dió, y al verme salir del nido, acudieron los otros cazadores de diamantes. Yo les conté lo que me había sucedido y del medio que me había valido para salvar mi vida, y ellos entonces mas humanizados despues de haberme oido, cuando se retiraron por la noche me llevaron consigo al punto en que habitaban todos reunidos. Allí volví á contarles mi historia y les enseñé los diamantes que había recogido, ofreciendo la mitad de ellos al mercader á quien pertenecía el nido adonde me llevó el águila; pero él, teniendo en cuenta los riesgos que yo había corrido, no quiso aceptar mi oferta, y solo tomó unos cuantos, diciéndome que con la venta de aquellos y los que ya había recogido tenía mas que suficiente para pasar cómodamente la vida.

Terminada la pesca de diamantes, marchamos todos juntos, nos embarcamos y fuimos recorriendo los puertos de varias islas, entre ellos la de Roca en la que se cría el árbol que destila el alcanfor, que es tan frondoso y corpulento, que á su sombra pueden ponerse cómodamente cien hombres. Tambien se cría en esa isla el rinoceronte que es el enemigo del elefante con el que pelea, y muchas veces le hiere metiéndole por el vientre el asta que tiene encima de la nariz; y sucede que cuando el elefante ha sucumbido, viene el roc y, apresándole con las garras, se lo lleva al nido para dar de comer á sus hijuelos.

En fin, despues de haber traficado en todos esos puer
tos y realizado cuantiosos beneficios, llegámos á Balsora,
desde donde yo me trasladé á Bagdad, viniendo mucho
mas rico de este viaje que del primero.

Despues de haberme reposado algun tiempo de mis
fatigas, gozando de todas las comodidades y delicias de la
vida, me cansé de aquella ociosidad, y volví á sentirme
dominado por la pasion de los viajes y del tráfico, y em-
prendí mi tercera excursion, cuyas aventuras os ruego
que vengáis á oir mañana. Los convidados se despidieron,
y Simbad mandó dar otras cien dracmas á Humbad, reco-
mendándole que no faltara al dia siguiente.

RELACION DEL TERCER VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Puntuales estuvieron todos los convidados en hallarse
reunidos al dia siguiente, á la hora convenida, en casa de
Simbad, y este empezó á referirles las aventuras de su
tercer viaje diciéndoles :— Trasladadas á Balsora las mer-
cancías que debia llevar conmigo, allí me embarqué
con otros comerciantes conocidos. Un dia nos asaltó
una tempestad tan horrorosa, que perdimos completa-
mente nuestro derrotero, y fuimos arrojados á las costas
de una isla habitada por unos salvajes enanos cubiertos
enteramente de un espeso vello, los cuales no tardaron en
rodear nuestro barco y subir en seguida á bordo con la
agilidad de una ardilla. Algunos pasajeros querian oponer
resistencia y defenderse, pero el capitán se opuso á ello,
diciéndonos que si lo hacíamos, todos seríamos víctimas,
porque la menor injuria que se hiciese á estos salvajes,
bastaria para que acudiesen muchos miles de las otras
islas contiguas, y aunque pigmeos, nos veríamos todos
arrollados por ellos. Despues de habernos hecho desem-
barcar en otra isla, nos dejaron allí, y se llevaron el buque
con todos los víveres y mercancías. Nosotros entonces nos
internámos tierra adentro, alimentándonos con algunas

frutas silvestres y raíces. Habiendo descubierto á lo lejos un grande edificio, nos dirigimos á él, y vimos que era un palacio cuyas puertas de ébano estaban entreabiertas. Las empujamos y entrámos en un gran patio. No encontrando á nadie, pasámos á un aposento espacioso en el que apercibimos, á manera de osario, un montón de calaveras, de esqueletos y de huesos humanos, á cuya vista se nos heló la sangre en las venas. Estando contemplando aquellos lugubres despojos, se abrió con grande estrépito una puerta y vimos aparecer un negro disforme, tan alto como una palmera, que tenía un ojo solo en medio de la frente, pero tan reluciente, que, mas bien que ojo, parecía una enorme ascua de fuego. Los dientes eran tan largos y puntiagudos como los de un javalí, y tenía el labio inferior tan caido, que le cubría la barba y le llegaba al pecho. Las orejas eran parecidas á las de los elefantes, y le caían sobre las hombros; y las uñas de sus dedos largas y encorvadas como las de las aves de rapiña. Nosotros nos quedamos yertos al aspecto de un monstruo tan horrendo, y sin atrevernos á hacer el menor movimiento. Despues de habernos estado examinando alguntiempo con la mayor atencion, alargó la mano y me agarró por el pescuezo. Yo creí llegada mi última hora, y mil veces me pesó en aquel momento el haber emprendido este viaje; pero ya no había remedio. Despues de haberme palpado por todo el cuerpo, me soltó, alargó otra vez la mano e hizo la misma operacion con todos mis compañeros. Por ultimo, agarró al capitán, que era el mas grueso y corpulento, y metiéndole un asador á lo largo del cuerpo, encendió en seguida una grande hoguera, le asó, vivo todavía, y se lo comió sin dejar mas que los huesos. Bebió despues un gran cántaro de vino, se tendió á la larga delante de la puerta del aposento, y se quedó dormido.

Nosotros pasámos la noche en medio de congojas terribles, y sin atrevernos á despegar los labios, ni hacer el menor movimiento. Al amanecer se despertó el gigante, se levantó y se salió fuera del palacio, dejándonos encerrados. Entónces pudimos hablar y comunicarnos nuestros

mutuos pensamientos. Todos convinimos en que era preciso tratar de librarnos de aquel monstruo á toda costa



y riesgo de la vida, y despues de haber discutido diferentes proyectos, adoptámos, en fin, el qué nos pareció de mas fácil ejecucion, atendida la escasez de medios de que disponíamos. Á la caída de la tarde volvió el negro coloso, encendió la hoguera, agarró á otro de mis desgraciados compañeros, le atravesó el asador por el cuerpo, y despues de haberle asado se lo comió. En seguida se bebió

otro cántaro de vino, se tendió á la larga, como el dia anterior, y se quedó profundamente dormido. Armádonos entonces cada uno de nosotros con un asador, lo enrojecimos al fuego, y cuando estuvo bien candente, todos á una se lo clavamos al mismo tiempo en el ojo. El gigante dió un alarido tan tremendo que hizo estremecer el edificio, se levantó y extendió los brazos para cogernos, pero como le habíamos reventado el ojo y no veía, andaba á tientas, de modo que nos fué fácil librarnos de sus uñas, salir del edificio y dirigirnos corriendo hacia la playa en la que habíamos visto una multitud de leños arrojados por el mar. Así que llegamos empezámos á reunir maderos, y sujetándolos con ramas de árboles y raíces, construimos con ellos unas balsas capaces de sostener dos ó tres personas cada una. Tan pronto como estuvo concluida la primera, otros dos compañeros y yo la botamos al agua y nos colocamos encima, y lo mismo hacian los demás, segun iban concluyendo las suyas. Ya nos creíamos libres del monstruo, y dábamos gracias á Dios entregándonos á su providencia, cuando le vimos venir acompañado por otros gigantes que le sostenían y le servían de lazillo, y seguido por otra turba de esos monstruos. Á la vista del peligro que corríamos, redoblamos nuestros esfuerzos para alejarnos de la orilla. Los gigantes uniojunos, tan pronto como nos divisaron dieron terribles alaridos, agarraron unas piedras enormes y se lanzaron al mar para perseguirnos; mas viendo que no podían alcanzarnos, empezaron á tirarnos las piedras, por desgracia, con tan buen tino, que, yendo á caer sobre las balsas, como estas estaban tan mal hechas, y los peñascos eran tan enormes, no pudieron resistir esta gigantesca pedrea; se separaron los maderos, y todos los que iban en ellas perecieron ahogados los unos, y aplastados los otros por las piedras. Felizmente como la balsa en que yo iba había sido la primera que se había botado al agua y habíamos tomado una gran delantera, no nos alcanzó ninguna de las piedras, y los gigantes, despues de haber echado á pique todas las demás, se volvieron á tierra, y no nos persiguieron.

Mis dos compañeros y yo pasamos un dia y una noche en alta mar siendo el juguete de las olas y del viento, y con la ansiedad que era consiguiente, por la incertidumbre de nuestra suerte. Al fin, al otro dia, abordamos á una isla en donde encontramos frutas excelentes con las que pudimos reparar algo nuestras fuerzas; y como nos hallábamos tan rendidos y faltos de sueño, nos quedamos profundamente dormidos á la orilla del mar. Nuestro sueño no tardó mucho en ser interrumpido por los lamentables gritos que daba uno de mis dos compañeros, y por el olor fétido que exhalaba y el ruido espantoso que hacía una monstruosa serpiente que, habiéndose acercado á nosotros, mientras que estábamos dormidos, había apresado á aquel infeliz y le tenía entre sus colmillos.



Un poco repuestos del pavor que nos causó tan horrible espectáculo, mi compañero y yo hicimos algunos esfuerzos para librar á nuestro compañero, pero no lo conseguimos, y tuvimos el dolor de verle engullir por la serpiente después de haberle sacudido contra el suelo varias veces y machacádole los huesos con sus horribles mandíbulas.

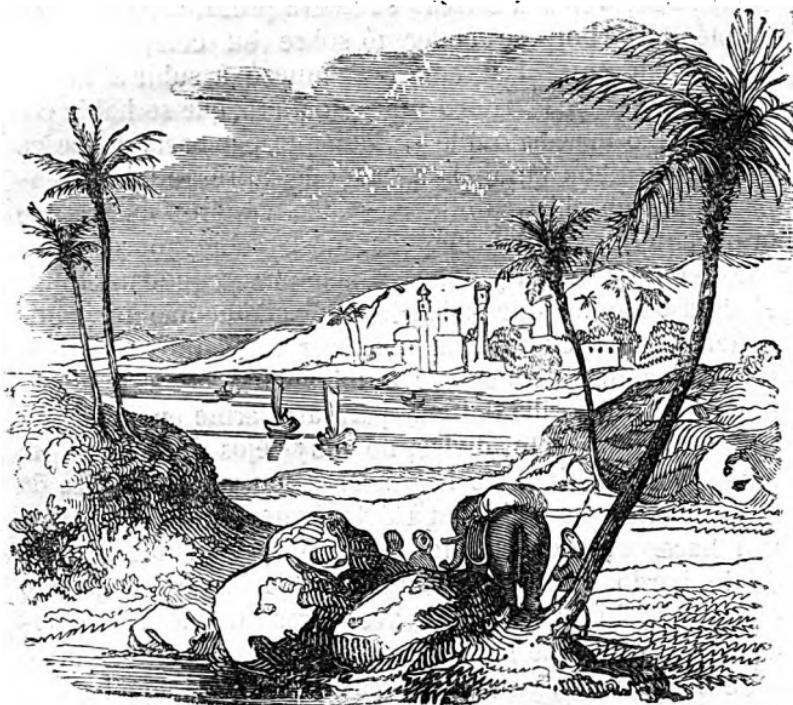
Alejándonos de aquel sitio fatal con el corazon lleno de pena, determinamos el pasar la noche del dia siguiente en

un árbol muy corpulento y muy alto que no estaba muy lejos. Empezábamos á conciliar el sueño, cuando oímos los silbidos de la serpiente que, habiendo olfateado dónde estábamos, venía á buscar su nueva presa. Cuando llegó al pie del árbol, se enderezó sobre su cola, metió su cabeza por entre las ramas, y empezó á subir al árbol, enroscándose en el tronco. Mi compañero, que se había colocado algo mas bajo que yo, quiso trepar hasta donde yo estaba, pero con tan mala suerte que, apresándole la serpiente por un pie, se lo llevó, é hizo con él lo mismo que el dia anterior había hecho con nuestro compañero.

Fué tan profunda y dolorosa la impresion que me causó el desastroso fin que había presenciado de mis dos compañeros, que, cuando al amanecer me bajé del árbol, estaba decidido á concluir con mi vida, y con este objeto me dirigí á la orilla del mar para arrojarme en él. Al ir á ejecutar mi proyecto, divisé, no muy lejos de la costa, un navío, y el instinto de la conservacion y la esperanza de salvar la vida me obligaron á detenerme. Empecé á gritar y á hacer señales con mi turbante, y habiéndome visto desde bordo, el capitán mandó una lancha á recogerme. Llegado al buque conté las aventuras que me habían sucedido, el cómo me había librado del gigante antropófago, y de la serpiente, y el cómo había abordado á aquella isla. Todos me hicieron la mas cordial acogida, me dieron de comer, y el capitán, al ver el mal estado de mis vestidos, me regaló uno de los suyos.

Despues de algunos dias de navegacion, llegamos á la isla de Salahat y anclamos en su puerto, y los pasajeros empezaron á descargar sus géneros para cambiarlos ó venderlos. Entonces, llamándome aparte el capitán me dijo : « Puesto que no tenéis en que ocuparos, os voy á entregar ciertos fardos que traigo á bordo, que no son mios, para que vendáis las mercancías que contienen, y esto os procurará algunos recursos, mediante el corretaje que yo os abonaré. » Yo acepté el encargo, muy gustoso, y le di las gracias por ello. Al hacerme la entrega de los fardos, el dependiente encargado de la contabilidad preguntó al ca-

pitan bajo qué nombre debia anotarlos, y el capitán le contestó : « Registradlos bajó el nombre de Simbad el



marino. » Al oírme nombrar, me quedé suspenso, y fijando mi vista sobre el capitán con mayor atención que la que había hecho hasta entonces, le reconocí por el capitán del buque en que emprendí mi segundo viaje, el cual me había abandonado en la isla desierta á la que bajé para comer. Encarándome entonces con él, le dije : « Capitán, ¿ no decis que se llama Simbad el dueño de esos fardos ? — Sí, me contestó ; así se llamaba, y era de Bagdad. Se embarcó en mi buque en Balsora, y un día en que atracamos á una isla para hacer aguada, bajó á tierra con otros pasajeros. Concluida la operación, me hice á la vela y no advertimos que no había vuelto á bordo con los otros pasajeros sino algunas horas después, cuando ya nos era

imposible el volver á aquella isla para recogerle por tener el viento contrario. Como desde entonces no he vuelto á tener mas noticias de él, creo que habrá perecido, y ahora voy á vender sus mercancías para entregar su producto á su familia cuando vuelva á Balsora. — ¿ De modo que le creéis muerto ? le pregunté. — Sí, por cierto, me contestó. — Pues estáis en un error muy grande, le repliqué yo. Abrid los ojos, miradme bien, y sabed que ese mismo Simbad, que creéis ya en la eternidad, está muy vivo y sano, que lo tenéis delante de vuestra vista, en fin, que ese Simbad, abandonado por vos, soy yo. »



El capitán se quedó atónito al oirme hablar de esta manera, me miró y remiró con la mayor atención, y después de un largo examen, al fin me reconoció; no siendo extraño que no me hubiese reconocido ántes, lo uno por lo cambiado que me hallaba, como á mí me sucedió con él, y lo otro por la creencia en que estaba de que había perecido. — « ¡Alabado sea Dios ! exclamó entonces, dándome un estrecho abrazo ; no podéis figuraros cuán grande es mi satisfaccion en volveros á ver. Aquí tenéis todos vuestros géneros intactos, dispuestos de ellos como gus-

téis. • Despues de manifestar al capitán mi agradecimiento por su comportamiento y honradez, me incauté de mis mercancías que en seguida cambié muy ventajosamente por productos del país. Desde la isla de Salahat tocamos en otras varias, traficando en todas ellas, y durante esta larga navegacion tuve ocasion de ver cosas muy raras, entre ellas una tortuga monstrua que tendria sobre unos veinte codos de largo, y alta en proporcion ; un pescado que se parecia á una vaca ; otro que se asemejaba á un camello, y una multitud de peces voladores de extraordinaria magnitud.

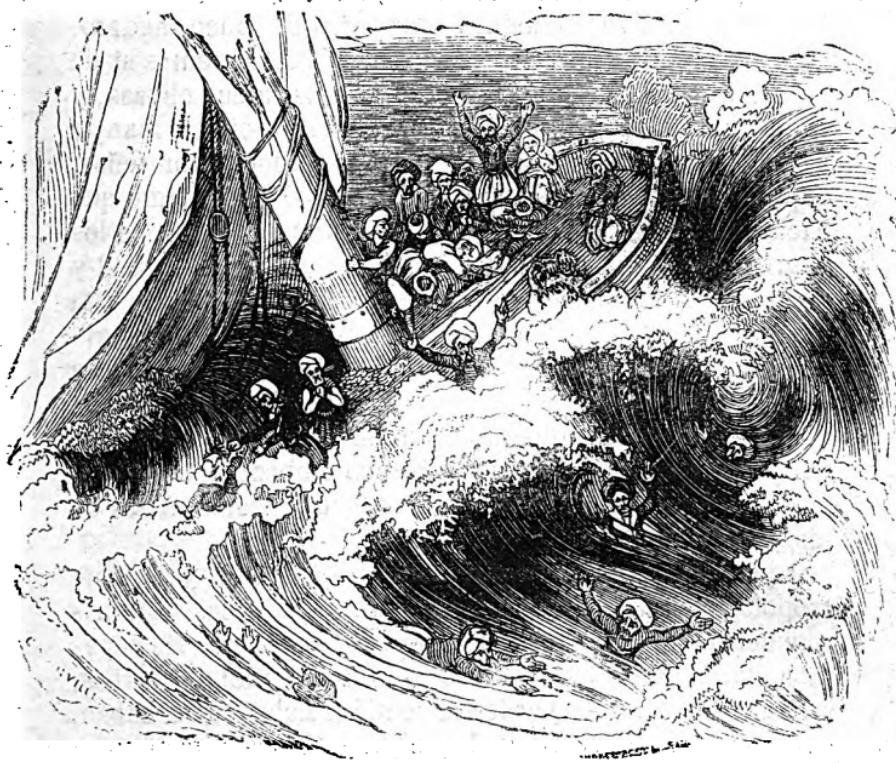
Como en todos los puertos en que habíamos tocado había traficado, vendiendo ó trocando mis géneros, y realizado siempre cuantiosos beneficios, cuando desembarqué en Balsora eran tan grandes las riquezas que traía, que yo mismo ignoraba á cuánto ascendian. De Balsora me trasladé á Bagdad, repartí una parte de mis ganancias con los necesitados, compré nuevas fincas, y volví á gozar otra vez del descanso y de los placeres de la vida.

Sin embargo, el deseo de viajar nuevamente volvió á ser en breve mi pesadilla, y dejándome dominar por esa inclinacion, dispuse todo lo conveniente para surcar los mares por cuarta vez, siendo las aventuras de este cuarto viaje no menos extraordinarias que las de los viajes precedentes, las cuales os referiré mañana si tenéis gusto en oirlas.

AVENTURAS DEL CUARTO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Al dia siguiente, concluida la comida, Simbad empezó á referir á sus huéspedes las aventuras de su cuarta excursion marítima de la manera siguiente : — Esta vez, señores, les dijo, emprendí mi viaje por tierra hasta Persia, y allí me embarqué en uno de sus puertos. A los pocos dias de navegacion, hallándonos no muy distantes de una isla, fuimos sorprendidos por una deshecha tormenta, y

nuestro buque, á pesar de cuantas precauciones había tomado el capitán, con los mástiles tronzados, desgarradas las velas, roto el timón, é impelido por el huracán, fué á estrellarse contra un arrecife, se abrió por diferentes partes, y se hundió con todo el cargamento.



Muchos de los pasajeros perecieron ahogados, otros pudimos salvarnos asiéndonos á los tablones y maderos desquiciados del buque, y ayudados por la corriente y por el viento que soplaba por la parte del mar, conseguimos llegar á tierra, agotadas nuestras fuerzas y casi exánimes. Aquella noche la pasámos en el sitio mismo en que nos había arrojado el mar y sin tomar ningun alimento, y al dia si-

guiente, sacando fuerzas de flaqueza, nos internámos en la isla. Despues de algunas horas de marcha descubrimos una especie de aldea; su vista nos reanimó, y nos dirigimos á ella. Cuando estábamos cerca, nos vimos rodeados por una multitud de negros que, por lo que nosotros podíamos colegir de sus ademanes y gestos, hacian entre sí una especie de reparto ó sorteo de todos nosotros, lo cual tomámos, equivocadamente, por señal de buen agüero. En efecto, luego que los negros se pusieron entre sí de acuerdo, nos fueron llevando, por grupos, á sus chozas, y allí, haciéndonos sentar, nos presentaron cierto manjar blanco aderezado con yerbas, convidándonos, por señas, á que lo comiésemos. Mis compañeros de infortunio que hacian su primer viaje, é ignoraban las costumbres de los negros, como estaban hambrientos, se avalanzaron á él y se lo comieron; pero yo que me desconfiaba algo de esta hospitalidad tan benévolas, no quise probar de aquel manjar, y solo tomé unos cuantos bocados de arroz cocido con el agua y el aceite de coco que nos trajeron en seguida. Bien pronto conoci que no eran infundados mis recelos, porque en cuanto el manjar blanco empezó á surtir sus efectos, mis compañeros comenzaron á dar señales de idiotismo completo.

Aquellos negros, señores, continuó Simbad, eran antropófagos, aunque no crueles. Á fin de que las víctimas que debían devorar no conociesen la suerte que las esperaba, las atontecian dándoles á comer aquellas yerbas, las cuales les hacian perder el sentido. Luego las cebaban, por decir así, con arroz, maíz y algunas frutas, y cuando se habian puesto bien gordas, las mataban y se las comian. Como yo me había abstenido de comer aquel manjar fatal y conservaba mi conocimiento, presentia la suerte de mis compañeros y la mia, y este presentimiento me hacia enflaquecer, de modo que los negros al ver que yo, léjos de estar gordo, no tenía mas que el pellejo y los huesos, me llegaron á mirar con tal desprecio, que casi no reparaban en mí, y me dejaban en libertad completa.

Un dia que todos los negros válidos de aquella ranchería

partieron para una expedicion lejana, y no quedaron en ella mas que algunos viejos, me decidí á aprovechar esta ocasion para escaparme. Uno de los viejos que me vió alejarme demasiado, empezó á gritarme para que volviera, pero lo que yo hice fué apretar el paso y correr cuanto pude hasta perderle de vista.

Siete dias estuve caminando y alimentándome con cocos y otras frutas que abundaban en la isla. Al octavo llegué á las orillas del mar á un paraje en que apercibí algunos hombres blancos ocupados en cosechar clavillo, pimienta y otras especias finas. Me acerqué á ellos sin recelo, y cuando les conté lo que me había sucedido y de dónde venía, como ellos sabian que los negros de aquella isla eran antropófagos, se quedaron admirados de que yo hubiese salvado la vida. Permanecí con ellos miéntras estuvieron en la isla, y les ayudé á recoger su cosecha de especias. Luego nos embarcamos, y despues de algunos dias de navegacion fuimos á desembarcar á la isla de donde ellos habían venido, y me presentaron al rey, el cual se dignó escuchar mis aventuras, mandó que se me proveyera de todo lo que necesitase, y me dió vestidos nuevos. El rey me tomó tanto cariño, y llegó á estar en tan gran privanza con él, que todos empezaron á tratarme con mucha deferencia y á querer ser amigos míos.

Entre las cosas raras que me llamaron la atención miéntras residí en aquella isla, una de ellas fué la de ver montar á todos á caballo, en pelo, sin silla, bridás, ni estribos. Hablé de ello al rey que, despues de haberme escuchado atentamente la descripción que le hice de los arreos de montar, me dijo : « Amigo Simbad, todo eso debe ser muy bueno, pero aquí es enteramente desconocido. » Sin decirle nada me fui á casa de un carpintero y conseguí, á fuerza de explicaciones, que me hiciese el armazón de una silla, la llevé á mi casa y rellenándola con lana y con peñote la forré en seguida con una piel de carnero, y por encima puse una tela bordada. Luego fui á casa de un herrero y le mandé hacer un bocado y unos estribos de hierro, y despues de haberle puesto las bridás y las cor-

reas, mandé llevarlo todo al palacio del rey, ensillé uno de sus caballos, y montando yo primero, luego hice montar al rey el cual quedó tan contento de esta nueva invencion que me manifestó su agradecimiento haciéndome ricos presentes. Los ministros, los cortesanos y las personas notables de la isla quisieron tener tambien sus arreos de montar; se los hice, y esto me valió regalos magníficos.

De allí á poco me dijo el rey un dia : — « Simbad, tengo una gracia que pedirte, y espero que me la concedas. Como es mucho lo que te quiero, desearia que te quedases en este país, y me parece que el mejor medio para que te fijes en él y no pienses en regresar al tuyo, es el de que te cases con una mujer de esta tierra. » Como yo debia tantos favores al rey, no me atreví á negarme á satisfacer su deseo, y acepté por esposa una de las damas mas hermosas y distinguidas de la corte, que era ademas muy rica. Así fué que la boda, á la que se dignó asistir el rey, se celebró con gran magnificencia. Durante algun tiempo, viví con mi esposa muy feliz, pero sin abandonar por eso el pensamiento secreto que abrigaba de volverme á mi país.

Un dia que fui á ver á uno de mis numerosos amigos, le encontré sumido en el mas profundo dolor á consecuencia de la muerte de su mujer, que iban á enterrar. Como por via de consuelo le dije : — « ¡Que Dios os conceda largos años de vida para llorar á vuestra esposa! — ¡Ay, pobre de mí! me contestó, ¿cómo es posible que yo pueda obtener la gracia que me deseáis cuando ya no me quedan sino unas cuantas horas de vida? ¡no sabéis que hoy mismo me van á enterrar con mi mujer? » Yo creí que el dolor de haber perdido á su esposa le había trastornado el juicio, pero no tardé mucho en cambiar de opinion cuando supe que, segun la costumbre inmemorial del país, á la que todos se someten sin excepcion, y sin oponer resistencia, el consorte que sobrevive es enterrado vivo con el que ha fallecido. Aun no había acabado de reponerme de la sorpresa que me había causado el conocimiento de costumbre tan bárbara, cuando llegaron los parientes y

demás personas que venian para asistir al doble entierro de la muerta y del vivo, y el fúnebre convoy se puso en marcha despues de haber amortajado á la mujer con el mas rico de sus vestidos, adornándola con todas sus joyas y preseas, y colocado el cadáver en un ataúd descubierto. Nos encaminámos todos á un cerro muy elevado en cuya cima habia un pozo muy profundo cubierto con una gruesa piedra. Habiendo levantado esta, bajaron al fondo del pozo el cadáver de la mujer, y en seguida trajeron otro ataúd en el que habia siete panes y un cántaro con agua. El marido se despidió de todos los circunstantes, se colocó en el ataúd, y fué descendido en seguida al pozo sepulcral, del mismo modo que lo había sido el cadáver de la mujer, volviendo á cerrarlo con la piedra, y sin que ninguno de los asistentes se mostrase ni sorprendido ni conmovido.



Yo traté de hacer comprender á algunos lo bárbaro de una costumbre tan inhumana, y contra naturaleza, pero todos, y hasta el mismo rey, escucharon mis observaciones con la mayor extrañeza. — « Es una ley, me dijo el príncipe, de la que yo mismo no puedo eximirme, y los extranjeros casados y domiciliados en esta isla están sujetos á ella. »

Desde este dia no viví ya tranquilo, y la menor indispo-

sicion de mi esposa me causaba las mas vivas congojas, presentándome la horrible perspectiva de una muerte cierta y desastrosa, ¡ la de ser enterrado vivo ! si, por desgracia, llegaba á fallecer ántes que yo. Inútil es el decirlos que con este motivo mis deseos de regresar á mi patria, y de escaparme, se hicieron mucho mas vivos. No se pasó mucho tiempo sin ver cambiados mis fundados temores en espantosa realidad. Mi mujer enfermó gravemente, y por mas esfuerzos que hice para salvarla no pude conseguirlo. Vinieron los parientes, hicieron con su cadáver lo mismo que habian hecho con el de la mujer de mi amigo ; y, quieras que no quieras, nos llevaron al cerro del enterramiento, y despues de haber depositado en el pozo el ataúd de mi mujer me colocaron en el mio, á pesar de mis súplicas, ruegos y protestas ; de modo que, sin lograr hacer valer mi calidad de extranjero, me bajaron al pozo, y cerraron su boca con la piedra.

El olor fétido que exhalaban los cadáveres allí depositados era insopportable, y capaz por sí solo de privar á cualquiera de la vida ; pero el instinto de la conservacion fué en mí mucho mas poderoso. Tapándose las narices, y deteniendo la respiracion cuanto podia, cogí mis siete panes y el cántaro del agua, y me alejé á tientas, cuanto me fué posible, del sitio en que habia amontonados mayor número de cadáveres. Con este escaso alimento fui prolongando mi agonía durante unos dias, lamentándome sin cesar por mi infausta suerte y desgarrado mi corazon por el agujon punzante de un tardio arrepentimiento de haber dejado mi casa y las comodidades que tenia en ella.

Ya habia consumido mis escasas provisiones y esperaba resignado la muerte, cuando vi abrir la boca de la sima, y como me habia acostumbrado á la oscuridad y distinguia los objetos, vi descolgar primero un muerto, y luego un vivo. Entonces renació en mí el amor de la vida y me sugirió una resolucion desesperada. Me armé con una gruesa tibia, y ántes que la persona viva, que era una mujer, hubiese salido del ataúd, me arrojé sobre ella y

le di unos cuantos golpes con el hueso en la cabeza con los que quedó aturdida, y..... para decir verdad, abrevié por este medio su agonía..... Con los siete panes y el agua que encontré en su ataúd pude sustentarme algunos días mas. Hice otro tanto con un hombre, y luego con otras varias personas que fueron bajando sucesivamente, y por este medio fui prolongando mi existencia.

Casi me había acostumbrado ya á este triste género de vida, cuando un dia sentí cierto ruido como de pisadas, y oí resollar. Armándome con la tibia de que me había servido para poner término breve á la agonía de las personas enterradas vivas, me dirigí hacia el sitio de donde venía el ruido, y pude distinguir confusamente una especie de bulto que, al acercarme á él, echó á huir delante de mí. Yo le fui siguiendo, guiado por el ruido que hacia al marchar, y despues de haber andado muy largo trecho, con no poca sorpresa mia, divisé á lo léjos un punto luminoso como una estrella, el cual se iba agrandando segun me aproximaba á él, y me encontré con que lo que yo había creido ser una luz fija, era la claridad del sol que entraba por la hendidura de una roca que estaba á las orillas del mar en una playa desierta. Este descubrimiento debido á la entrada en el subterráneo mortuorio de un animal desconocido que quizas vendría á buscar su comida entre los cadáveres, me devolvió la esperanza perdida. Pasé por la abertura, aunque desgarrándome algo el vestido y las carnes, y me prosterne en tierra para dar gracias á Dios de haberme restituido tan milagrosamente al aire libre y á la luz del dia. Examiné la posición del cerro y vi con satisfaccion que estaba situado entre la ciudad y el mar, pero que no tenía ninguna comunicación con aquella, y que por todas partes era inaccesible. Luego me volví al subterráneo al punto en que estaban los cadáveres, recogí á tientas cuantas joyas, diamantes y perlas me cayeron bajo las manos, y con las vestiduras y las piezas de tela que encontré hice unos cuantos lios que fui trasladando á la playa con los panes y el agua que había recogido, y allí pasé unos cuantos días hast que a fin divisé un navío

que navegaba á lo largo de la costa, el cual habiendo apercibido las señales que yo hacía destacó una lancha para recogerme.

Afortunadamente, el capitán y todas las gentes de á bordo eran extranjeros y no conocían la lengua en que yo les hablaba, lo cual me evitó el entrar en explicaciones detalladas, y no impidió el que me tratasen bien. El buque fué haciendo escala en varias islas de aquel archipiélago, entre ellas la llamada de las Campanas, cuyos habitantes se alimentan con carne humana, cuando pueden tenerla; la de Serendib y la de Kelu, cuyo rey es riquísimo. En todas ellas trafiqué con los diamantes y perlas que había recogido en el pozo de los muertos, y realicé cuantiosos beneficios; hice ricos regalos al capitán y á la tripulación, y desembarqué, al fin, felizmente en Balsora, desde donde me trasladé á Bagdad. Aumenté mi hacienda con la compra de nuevas posesiones, socorri á muchos necesitados, y volví á hacer el mismo género de vida que hacía cuando emprendí este cuarto viaje cuyas aventuras acabo de referiros.

Así terminó Simbad su relación convidando á sus huéspedes, incluso el mozo de cordel Humbad que, con las bolsas de zequies que había recibido del generoso marino, se había rejuvenecido, para que acudiesen al dia siguiente á oír, después de comer, los no menos portentosos acontecimientos que le sucedieron en el quinto viaje que emprendió.

RELACION DEL QUINTO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Tres meses no se habían pasado todavía desde mi regreso de la cuarta expedición, empezó diciendo Simbad á sus huéspedes, cuando acosado, nuevamente por los deseos de viajar, hice todos los preparativos necesarios para una quinta excursion. No queriendo depender de ningun capitán, compré en Balsora un buque que acababan de cons-

truir, lo equipé, hice embarcar en él las mercancías que había traído de Bagdad y de otros puntos, y tomando á bordo algunos pasajeros nos hicimos á la vela con un tiempo magnífico. Despues de unos cuantos dias de navegacion, atracámos á una isla desierta para refrescar la aguada, y miéntras las gentes de la tripulacion se ocupaban en esta faena, algunos pasajeros quisieron bajar á tierra, y yo los acompañé. La isla era abundante en árboles frutales, y parecia un verjel, é internándonos un poco en ella, encontrámos un huevo de roc igual al que yo había visto en uno de mis viajes anteriores, pero con la particularidad de que este estaba completamente incubado, y el polluelo del roc asomaba la cabeza por una hendidura que había hecho en el cascaron. Yo les expliqué á los pasajeros qué clase de ave era el roc, y ellos deseosos de gustar su carne, rompieron á hachazos el cascaron del huevo, á pesar de mis observaciones, sacaron el polluelo nonato, le asaron, y nos le comimos, aun cuando yo hubiera preferido que no se hubiese tocado al huevo. Al poco rato, aparecieron en el horizonte dos grandes nubarrones que oscurecian el sol, y al llegar al sitio en que nos encontrábamos, vimos que eran los padres del polluelo, los cuales hallando su huevo hecho pedazos, y desaparecida su cria, empezaron á dar unos horribles graznidos, y luego se retiraron. Nosotros nos embarcámos en seguida, y empezábamos á navegar, cuando, no sin sorpresa, vimos volver á las dos aves trayendo cada una en las garras un enorme peñasco. Dirigieron su vuelo sobre nuestra embarcacion, y cerniéndose perpendicularmente sobre ella, una de las aves soltó su peñasco el cual vino á caer al costado del buque, gracias á la virada que el piloto pudo dar á tiempo, y evitar el golpe. Al caer el peñasco, fué tan fuerte la sacudida que el navío recibió con la montaña de espuma y de agua que produjo su caída en el mar, que el piloto no pudo gobernar, y el segundo peñasco, que el otro roc dejó escapar de sus garras, vino á caer en el medio del buque, lo abrió y lo hizo zozobrar. De los pasajeros y tripulantes, unos perecieron aplastados por la

peña, otros se ahogaron, y algunos consiguieron arrivar á la isla desierta, asiéndose á los restos flotantes del navío. Yo no lo pude conseguir, á pesar de todos mis esfuerzos, y estuve flotando sobre un madero durante dos dias, hasta que el tercero, y cuando ya empezaban á flaquearme las fuerzas, y daba mi vida por perdida, llegó á pasar no lejos de mí una embarcacion que me vió y me recogió.



Conté á todos los que iban a bordo la aventura que me había sucedido, y rogué al capitán del buque que me desembarcase en aquel punto que creyese mas á propósito para que yo pudiese regresar á mi país, en lo cual consintió. Entre los pasajeros que iban en el buque, uno de ellos me cobró particular cariño. Cuando desembarcamos en el puerto de una gran ciudad, en el que se hacía un importantísimo comercio, me llevó consigo á su posada,

y despues de descansar algunos dias, me recomendó á una compañía de traficantes en cocos, los cuales me llevaron consigo. Fuimos á un espeso bosque cuyos árboles eran en la mayor parte cocoteros, y al entrar en él nos vimos asaltados por un enjambre de monas y de micos : empezámos á perseguirlos, y ellos entonces se subieron á los árboles, que era precisamente lo que nosotros queríamos. En seguida, llenando de piedras los sacos que traímos, armámos una pedrea en regla contra las monas y los micos, y estos animales, para defenderse, en cambio de nuestros guijarros nos apedreaban con los cocos que arrancaban de los árboles en que estaban subidos. Recibímos algunos cocotazos, pero eran bien compensados con la abundante cosecha de cocos que á tan poca costa hacíamos, cosecha que nos hubiera sido imposible el realizar sin el auxilio de nuestros monos enemigos.

Recogida nuestra provision de cocos, nos volvimos á la ciudad en donde yo vendí los mios. Por algun tiempo continué haciendo lo mismo, y llegué á reunir una cantidad bastante crecida. Seguí haciendo acopio de cocos y me embarqué con un gran cargamento de ellos para ir á la isla de la Pimienta y á la de Camarí en donde abunda la mejor madera de aloé, y cuyos habitantes se abstienen religiosamente de beber vino, y no toleran que haya en la isla ningun lupanar. Allí cambié mi cargamento de cocos por aquellos dos productos, y me trasladé á la isla en que se hacia la pesca de las perlas. Tomé buzos pescadores por mi cuenta, y tuve la suerte de que me pescaran muchas y muy gruesas, embarcándome por ultimo para Balsora adonde llegué felizmente, y desde allí me trasladé á Bagdad en cuya ciudad vendí la pimienta, la madera de aloé y las perlas. Segun mi costumbre, distribuí una parte de mis ganancias, y aumenté mis riquezas.

Procuré descansar de mis fatigas, pero no tardé en hastiarme de la vida cómoda y tranquila que hacía, y empujado por el deseo de recorrer nuevos mares y de traficar en países desconocidos, pronto empecé á tomar disposiciones para satisfacer mi capricho. Las aventuras de este mi sexto

viaje, terminó diciendo Simbad, os las referiré mañana, si queréis tomaros la molestia de venir á oirlas y á acompañarme á la mesa.

RELACION DEL SEXTO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Esta vez, empezó diciendo á sus huéspedes Simbad, en lugar de embarcarme en Balsora, me fuí por tierra hasta la Persia, recorrió una parte de ella y de la India, y, al fin, me embarqué en uno de los puertos de este país, en un buque que se disponía para emprender una larga navegación. Larga fué, en efecto, y desastrosa, puesto que al cabo de unos cuantos meses que empleamos surcando por mares desconocidos, nos hallamos un dia, después de haber sufrido una horrible tormenta, con nuestro rumbo perdido, y sin que el capitán supiese á punto fijo el sitio en que nos encontrábamos. Esta incertidumbre no tardó mucho tiempo en desaparecer, y con ella la esperanza de salvarnos; porque arrastrado nuestro navío por una corriente irresistible, é incapaz de obedecer al timón, fué á estrellarse contra las rocas de una isla que teníamos en frente de nosotros. Aunque abierto por varias partes, á consecuencia del choque, felizmente no se sumergió, y quedó encallado en medio de los peñascos, lo cual no solo nos permitió salvar por el pronto la vida, sino sacar y llevar á tierra los víveres y las mercancías.

Al reconocer la playa en que habíamos desembarcado, el capitán, rasgándose los vestidos, golpeándose el pecho, y haciendo otras demostraciones de dolor, exclamó : — « Ya podemos empezar á abrir nuestras sepulturas, y disponernos á morir, porque ninguno de nosotros volverá á salir del funesto lugar en que nos encontramos, y tendremos la misma suerte de los que, ántes que nosotros, han sido arrojados á este sitio fatal. Tended la vista, añadió, á vuestro alrededor, y veréis la prueba de lo que os digo. »

Entónces examinámos con mayor atencion el terreno, y vimos con terror varios esqueletos, muchos huesos humanos esparcidos por la playa, y un sinnúmero de cajas y de fardos llenos de mercancías. Á nuestro frente habia una montaña de granito, cortada á pico, de una altura prodigiosa é inaccesible, la cual, por su configuracion, parecida á la de una média luna, avanzaba sus dos cuernos hasta dentro del mar, y formaba la especie de ensenada ó concha en que nos hallábamos encerrados. Un torrente impetuoso, abriéndose paso por una de las fractuosidades de la montaña, caía con estruendo sobre la playa y se convertia en rio caudaloso, cuyas aguas, por una anomalia singular, en vez de ir á reunirse con las del mar, volvian á entrarse en la montaña por una enorme cavidad subterránea. Una gran parte de las piedras de aquella montaña eran de cristal de roca, de rubíes, de topacios y de otras piedras preciosas; y por una de sus grietas manaba una especie de resina que, corriendo hácia el mar, servia de alimento á ciertos pescados, los cuales se la tragaban con ansia, y al dia siguiente la devolvian convertida en ámbar gris arrojado sobre las arenas de la playa por las olas del mar. Como veis, señores, continuó Simbad, nos encontrábamos en medio de riquezas innumerables, pero sin poder utilizarlas. Despues de habernos hecho cargo de nuestra situacion, y abrigando la esperanza de ver pasar algun buque en que pudiésemos salvarnos, procedimos á hacer la distribucion de víveres por partes iguales. Esto hizo vivir á mis compañeros mas ó méno tiempo, segun su temperamento y su voracidad. Los que murieron primero fueron sepultados por los sobrevivientes, y yo tuve el dolor de enterrar al ultimo que quedaba. Aquí debo deciros que si yo sobreviví fué porque, aleccionado por la experiencia de mis anteriores viajes, tuve la precaucion de hacer exclusivamente de comestibles uno de mis fardos, y de rotularlo como géneros de tráfico; cuyo secreto me guardé muy bien de revelar á nadie.

Cuando ya quedé enteramente solo, y me convencí de la imposibilidad de salvarme por mar, porque ningun na-

vío podia abordar sin peligro á aquellos temibles parajes, empecé á cavar mi fosa, con ánimo de extenderme en ella cuando hubiese comido mi último bocado, á fin de no quedar enteramente insepulto, puesto que no habria nadie que me enterrase; estando ocupándome en esta triste faena, Dios me inspiró la idea de ir á examinar con mayor intencion el río que desaparecia por la boca subterránea de la montaña. Entónces reflexioné que sus aguas debiendo ir necesariamente á salir por alguna otra parte, yo podria arriesgarme á seguir el curso de estas aguas, y puesto que, al fin y al cabo, mi muerte era inevitable, debia serme indiferente ó morir extenuado por el hambre sufriendo las congojas de una larga agonía, ó morir ahogado. Hechas estas reflexiones me puse inmediatamente á construir una balsa con los muchos materiales de todo género que abundaban en la playa. Escogí todo lo mas rico que encontré en telas y joyería entre las innumerables mercancías, é hice con ellas unos fardos chatos. Amarré y sujeté todo á la balsa, y colocándome en medio con las provisiones que me quedaban todavía, poniéndome en manos de la Divina Providencia, me entregué á la corriente de las aguas introduciéndome por la boca de la caverna. Luego que la rebasé quedé en una completa oscuridad. Seguí caminando arrastrado por la corriente durante cuatro dias sin que me hubiese sucedido ningun grave accidente; pero el quinto dia, á pesar de las precauciones que tomaba de ir sondeando el terreno á derecha é izquierda con dos remos de que me habia provisto, no pude evitar el que mi cabeza recibiese un fuerte golpe contra una piedra saliente de la bóveda, golpe que me hizo caer de espaldas en la balsa y perder el sentido. Yo no puedo deciros cuánto tiempo duró mi desvanecimiento; solo sé que, cuando volví en mí, me encontré á las orillas de un caudaloso río, rodeado de un grupo de negros que me contemplaban con asombro, y me hablaban en una lengua que yo no entendia.

Arrebatado de gozo, sintiendo renacer mis fuerzas, me levanté y exclamé en alta voz : — « Invoca á la Omnipo-

tencia, y acudirá en tu auxilio. No pienses en otra cosa, y confía que durante tu sueño Dios cambiará tu suerte de mala en buena. » Como yo había recitado estos versículos del Alcoran en árabe, uno de los negros que entendía esta lengua se acercó á mí y me dijo : — « Hermano, nada temas; nosotros habitamos en esta campiña y somos labradores. Al acercarnos al río hemos visto tu balsa, la hemos detenido y amarrado á la orilla, y creyéndote muerto, te hemos sacado á tierra. ¡ De dónde vienes, y cómo te hallas en este río ? » Yo les conté en pocas palabras lo que me había sucedido, y enterados los otros negros de lo que yo les decía, por medio del que nos servía de intérprete, se quedaron admirados, y se apresuraron á



ofrecerme algunos alimentos. Luego me dijeron que iban á presentarme al rey, y haciéndome montar en un caballo

que trajeron, y cargando sobre sus cabezas los fardos de mi balsa, nos pusimos en camino para la ciudad de Serendib, que era la capital de aquella isla.

Despues de dos días de marcha, llegamos á ella felizmente, é inmediatamente me condujeron al palacio del rey, el cual me recibió con agrado, oyó mi historia con complacencia, y mandó que se me asistiera con todo lo que necesitase. Yo le mostré los rubíes, las demas piedras preciosas y las ricas telas que traía, y le rogué que escogiese aquello que fuese de su mayor agrado. El rey se quedó maravillado de ver tanta riqueza, pero no quiso aceptar nada de lo que yo le ofrecia. — « Te doy las gracias, Simbad, me dijo sonriendose, por los presentes que quieres hacerme; pero léjos de pensar en disminuir los bienes que Dios te ha dado, pienso, al contrario, en aumentártelos, para que lleves recuerdos agradables cuando salgas de mi reino. » Os diré con este motivo, prosiguió Simbad, que la isla de Serendib está situada bajo la linea equinoccial, y que allí son iguales en toda estacion las noches y los dias. Hay en medio de ella una montaña que pasa por ser la mas elevada del mundo, cuya cresta se descubre desde el mar á muchas leguas de distancia. En esta montaña hay minas de rubíes y minerales de todas especies; y en los valles que están á su falda se encuentran diamantes y otras piedras preciosas; en las costas de la isla se pescan innumerables perlas. Segun la tradicion del país, en esta montaña fué en donde Dios colocó á Adan y á Eva cuando los expulsó del Paraíso.

Despues de haber hecho por devocion la peregrinacion á esta montaña, y visto lo mas notable de la ciudad y de la isla, comencé á ocuparme de mis preparativos de marcha, y me fui á despedir del rey. El principe mandó entonces que me trajesen los regalos que tenía preparados para mí, y me entregó él mismo una carta autógrafa para nuestro kalifa Harun Alraschid, acompañada de riquísimos presentes entre los que llamaban la atencion mas particularmente, una copa de pié y medio de altura hecha de un solo rubí, guarnecida con numerosas perlas

redondas del peso de media dracma cada una ; una piel de serpiente con escamas muy gruesas que tiene la virtud de preservar de toda enfermedad epidémica ó contagiosa al que se recueste sobre ella ; otras varias preciosidades, y ademas una esclava de una hermosura sorprendente, cuyos trajes estaban enriquecidos con joyas, perlas, diamantes, rubíes y esmeraldas de un valor fabuloso. Me embarqué, y salí con viento próspero de la isla.

Durante esta navegacion no experimenté contratiempo ninguno ; llegué á Balsora felizmente, me trasladé á Bagdad, y al dia siguiente de mi llegada me presenté en palacio para cumplir el encargo que traía, y me hice anunciar como un enviado del rey de Serendib.

El kalifa me recibió en seguida, y yo postrándome ante su trono, despues de expresarle en una corta arenga el objeto de mi visita, le entregué la carta del rey, y le presenté la esclava y los presentes de que era portador.

Tan luego como el kalifa hubo leido la carta y héchose cargo de todo lo demas, al ver la magnificencia de semejantes dones, se quedó maravillado, y me preguntó si era cierto lo que se decia sobre las grandes y fabulosas riquezas que poseía el rey de Serendib, como en cierto modo lo indicaban los regalos que yo le había ofrecido en su nombre. Yo le contesté : « Señor, puedo asegurar á Vuestra Majestad que en nada se exagera cuanto se diga respecto á sus riquezas y poderío, porque yo mismo lo he visto. El rey de Serendib habita en un palacio cuya techumbre es de oro macizo en la cual se hallan engastados cien mil rubíes que brillan como estrellas al resplandor del sol, y deslumbran y casi ciegan al que los mira. La magnificencia y las riquezas del interior del palacio no pueden describirse, porque sobrepasan, por lo maravilloso, á cuanto la imaginacion sea capaz de concebir. Cuando el rey sale en público, es conducido en un trono de oro guarnecido de esmeraldas, rubíes y perlas, colocado sobre un camello blanco como la nieve, cuyas gualdrapas y jaeces no tienen precio. Le precede una escolta de mil elefantes sobre los que van montados diez mil soldados de la guardia vesti-

dos con telas de brocado y armados con lanzas de oro guarneidas de rubíes. Á sus dos lados y detras, marchan sus cortesanos, sus ministros, con trajes que admiran y deslunbran por su magnificencia, y cierra esta brillante comitiva otra escolta de mil elefantes, como la que le precede. Entre las innumerables joyas que encierra su tesoro se ven mil coronas de oro cuajadas de diamantes y de preciosa pedrería. Todo esto, ilustre Comendador de los Creyentes, yo mismo lo he visto; pues bien, señor, añadi, á pesar de esas inmensas riquezas y otras que omito; á pesar de ese fastuoso poderío, permítame Vuestra Majestad el decirle que el rey de Serendib no es un tirano, sino un príncipe muy sabio y muy justo al mismo tiempo, y que sus vasallos viven contentísimos y felices bajo su cetro; y es tan grande el amor á la justicia que ha infundido en el ánimo de sus vasallos el ejemplo del rey, que todos ellos cumplen con sus respectivas obligaciones, sin que haya necesidad de tribunales, ni de jueces, ni en la capital, ni en los demas pueblos de sus Estados florecientes. » — El kalifa me estuvo escuchando con la mayor atencion, y me dijo: — « Creo que sea verdad cuanto acabas de referirme, porque, segun se expresa en su carta, se echa de ver que es un príncipe lleno de sabiduría. » — Despues me hizo un magnífico regalo y me despidió quedando sumamente complacido.

Yo me retire á mi casa, empecé á poner órden en mis negocios y á clasificar mis inmensas riquezas, decidido esta vez á poner término á mis viajes, y á pasar tranquilo el resto de mis dias. Mi propósito, sin embargo, no pudo tener efecto, por la razon que os diré mañana si os dignáis venir á comer conmigo.

RELACION DEL SÉTIMO Y ÚLTIMO VIAJE DE SIMBAD EL MARINO

Reunidos al dia siguiente en la sala del festin todos los convidados, luego que hubieron comido, empezó Simbad

á referirles las aventuras de su último viaje en los términos siguientes : -- Ayer os dije, señores, que cumplida mi mision con el kalifa y entrado en mi casa, no pensaba volver á salir de ella para correr nuevos riesgos en viajes marítimos. Y, en efecto, me hallaba gozando de las riquezas adquiridas, y olvidando los peligros de muerte en que tantas veces me había visto, cuando se presentó un dia en mi casa un oficial de palacio con una orden del kalifa para que fuese á verle. Me apresuré á vestirme y me dirigi á la morada del Comendador de los Creyentes. Cuando estuve en su presencia, el soberano me dijo : — « Simbad, quiero que vayas á llevar mi respuesta al rey de Serendib con los presentes que le envío, en justa correspondencia de los que tú me trajiste. Todo está ya dispuesto, y desde luego puedes ponerte en camino. » — Bien hubiera querido evitar este viaje, pero me fué imposible el conseguirlo ; de modo que, aunque á pesar mio, tuve que conformarme con los deseos y la voluntad del kalifa, el cual, al entregarme su carta autógrafa, me entregó una bolsa con mil zequies que yo no queria recibir, pero que el kalifa se empeñó en que los aceptara para subvenir, me dijo, á los gastos de la travesía.

Me embarqué en Balsora y arrivé á Serendib con una navegacion felicísima ; tan pronto como el rey tuvo noticia de mi llegada me recibió en seguida : — « Mucho gusto tengo en volver á verte, Simbad, me dijo ; y muchas veces me he acordado de ti, despues de tu partida, y espero que esta vez permanecerás mas largo tiempo en mis Estados. » Yo le di gracias por tanta benevolencia, le presenté la carta del kalifa y los regalos que le traía de su parte, los cuales consistian en una cama completa de brocado estimada en dos mil zequíes ; en cien vestidos de las telas mas ricas y mas finas del Cairo, Suez, Kufa y Alejandría ; en otras camas no menos ricas de diferentes hechuras ; en una copa de ágata de una sola pieza con bajos relieves en el fondo, cuyo cáliz tenía medio pie de diámetro, y en una mesa riquísima que, segun tradicion, había pertenecido al gran Profeta Salomon.

Despues de haber examinado estos objetos, y leido la carta del kalifa, el rey se mostró muy satisfecho de que



el Comendador de los Creyentes correspondiese así á la amistad que él le había manifestado. Por complacerle, permanecí algún tiempo en Serendib, y por último me embarqué con la esperanza de regresar pronto á Bagdad, y no volverme á poner mas en camino; pero el cielo lo había dispuesto de otra manera.

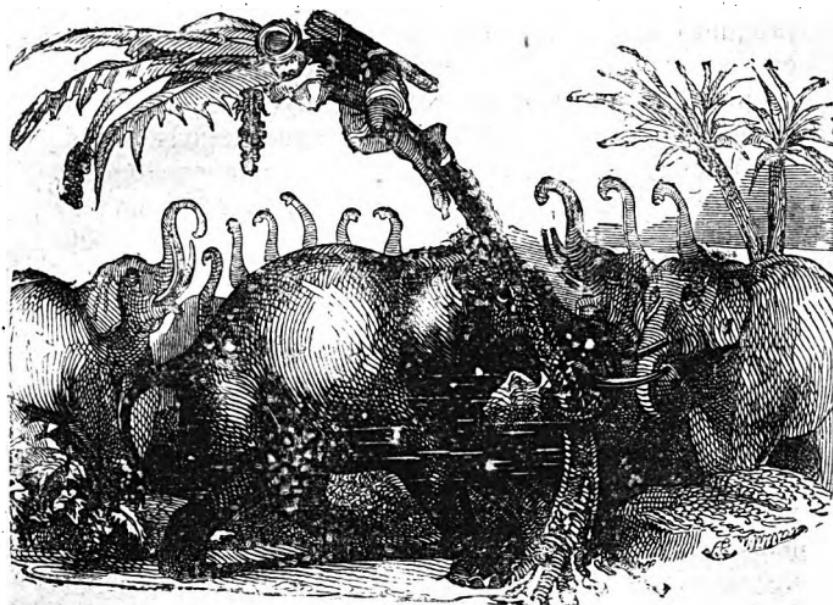
A los pocos dias de nuestra navegacion fuimos asaltados en alta mar por un buque corsario que se apoderó sin dificultad del nuestro por no hallarse en estado de defensa,

y los piratas nos hicieron esclavos á todos. Despojándonos de nuestros vestidos, y haciéndonos cubrir con otros viejos, nos llevaron á una grande isla, y allí nos vendieron. A mí me compró un rico mercader que traficaba en marfil. Me preguntó si yo sabía manejar el arco y las flechas, y si era buen tirador, y habiéndole contestado que, durante mi juventud, era muy diestro, me proveyó de estas armas y me llevó á un bosque distante algunas leguas. Nos internamos en él, y al llegar á cierto sitio, apeándonos del elefante en que habíamos venido, señalándome un árbol me dijo : — « Por aquí pasan muchos elefantes, súbete á ese árbol ; cuando los tengas á tiro dispara tus flechas y mata los que puedas, viniéndome á avisar en seguida. » Dicho esto, me dejó vivir para algunos días, y se volvió á la ciudad.

Yo pasé toda la noche en acecho encaramado en mi árbol, y al amanecer del dia siguiente vi venir hacia el paraje en que yo estaba un rebaño de elefantes, grandes y pequeños; hice mi puntería, y tuve la suerte de matar uno de los mayores. Los otros, al ver caer á su compañero, huyeron despavoridos. Cuando se alejaron, me bajé del árbol y fui á avisar á mi amo, el cual volvió conmigo al sitio en que estaba el elefante muerto, y entre los dos le enterramos para dar lugar á la putrefaccion, y poder recoger mas fácilmente los colmillos.

Dos meses y medio pasé en esta cacería, durante los cuales todos los días mataba uno ó dos elefantes desde diferentes sitios. Una mañana vi venir á estos animales en mucho mayor número, pero en vez de atravesar el bosque como tenían de costumbre, se dirigieron al árbol en que yo estaba subido, lo rodearon, y levantando sus trompas empezaron á mirarme con ojos enfurecidos. Yo me sobrecogí de tal manera con semejante espectáculo, que las flechas y el arco se me escaparon de las manos. Uno de estos colosales cuadrúpedos, que era el mayor y venía á la cabeza del rebaño, rodeó el árbol con su trompa, le pegó una fuerte sacudida, lo desarraigó, y el árbol y yo caímos en tierra. Entonces creí que había llegado el fin de

mi vida. Grande fué mi sorpresa cuando vi que el elefante alargando su trompa me cogió con ella y me colocó sobre



su lomo, y poniéndose al frente de sus compañeros echó á andar á trote largo seguido por aquellos. Despues de haber caminado todo el dia, yendo yo mas muerto que vivo, atravesámos un desfiladero y llegámos á un valle profundo rodeado de altas montañas. Los elefantes se pararon; el que me llevaba encima me agarró con su trompa y me puso en tierra. Yo creí que iba á aplastarme con sus pezuñas ó á atravesarme el cuerpo con uno de sus colmillos, pero, con no ménos asombro mio, se retiró, los otros le siguieron y me dejaron ilesos. Yo no sé cómo pasé la noche, solo recuerdo que cuando amaneció al dia siguiente examinando el sitio en que me hallaba, vi que era un verdadero osario ó cementerio lleno de esqueletos de elefantes, de huesos y colmillos amontonados en aquel lugar desde quizas mas de un siglo. Enténcés admiré el

Instinto de estos animales que, al verse perseguidos y diezmados por mí, y adivinando que esta persecución era hija del deseo de procurarse sus colmillos, me habían traído á aquel paraje en donde podía saciar mi codicia con los despojos de los muertos, dejando de perseguir á los vivos.

Inmediatamente me puse en camino para participar á mi amo este descubrimiento, y llegué á la ciudad, sin contratiempo, después de tres días de camino. Durante este intervalo mi amo había ido al bosque, y al ver el árbol desarraigado, y mi arco y mis flechas por tierra, me había creido muerto; de modo que su sorpresa y su alegría fueron grandes cuando le conté lo que me había sucedido, y el descubrimiento que había hecho.

Al día siguiente montamos cada uno en un camello y nos fuimos al cementerio elefantino, volviéndonos el mismo día á la ciudad con un rico cargamento de colmillos, y lo mismo continuamos haciendo los días siguientes, hasta que todos sus almacenes estuvieron llenos. Como este descubrimiento no podía estar oculto durante mucho tiempo, los otros traficantes en marfil empezaron á hacer lo mismo. Entonces mi amo me dijo: — « Hermano, porque ya no quiero trataros como esclavo después del descubrimiento que habéis hecho con el cual me habéis enriquecido, en nombre de Dios os doy la libertad, y deseo que él os alargue la vida y os colme de toda suerte de bienes. Espero que así lo hará al ver que en vez de perder la vida en esa caza peligrosa en la que tantos otros esclavos la han perdido, no solo os la ha preservado, sino que os ha favorecido con tan señalado beneficio, sirviéndose de vos para enriquecernos á todos por medio de ese descubrimiento, prueba innegable de lo mucho que os quiere. Y tened entendido, añadió, que yo no me limito solo á daros libertad, sino que mi intención es la de compartir con vos el fruto de los peligros que habéis corrido. » — Yo le respondí diciéndole que le deseaba toda suerte de prosperidades, y que me tenía por bien retribuido por los servicios que le había hecho, con recobrar mi liber-

tad, y con que me proporcionase los medios necesarios para regresar á mi país; pero él volvió á repetirme que no se contentaba con hacer eso solo.

Desde ese dia, haciéndome cambiar de vestidos, me sentó á su mesa y me trató como á un amigo. Cuando llegó la estacion de los vientos favorables, y los navíos mercantes volvieron á la isla, mi amo hizo cargar uno de ellos con marfil exclusivamente por mi cuenta, añadiendo ademas otros ricos presentes. Nos despedimos abrazándonos, y yo me hice á la vela. Nuestra navegacion fué feliz, así es que, despues de haber hecho escala en diferentes puertos en los que vendí ó troqué una parte de mi cargamento por otras mercancías, desembarqué en Bal-sora y me trasladé á Bagdad. Tan pronto como llegué me fui á presentar al kalifa, le di cuenta de haber desempeñado mi mision cerca del rey de Serendib; le referí las aventuras que me habian sucedido, y le ofrecí unos cuantos colmillos de elefante de los mas escogidos.

El kalifa que, al ver lo mucho que se retardaba mi regreso, creyó que me habria sucedido alguna desgracia en la que hubiese perdido la vida, mostró mucha satisfaccion de verme. Mi aventura y otras que le referí de mis viajes anteriores le parecieron tan peregrinas, que mandó á uno de sus secretarios que las hiciese escribir con caractéres de oro en los anales de su reinado, y me hizo un rico regalo en recompensa de mis fatigas.

En seguida me ocupé de vender mis mercancías, arreglé todos mis asuntos é hice propósito firme de no volver á emprender ya ningun otro viaje, y acabar el resto de mis dias gozando con tranquilidad de las riquezas que Dios me habia dado, y haciendo de ellas el mejor uso posible.

Así terminó Simbad la serie de sus aventuras, y dirigiéndose particularmente al mozo de cordel :—« Ya véis, amigo Humbad, le dijo, que yo no he adquirido lo que tengo, holgando, ni por herencia, sino á costa de muchos trabajos, riesgos y fatigas, y de haber estado expuesto mil veces á perder la vida. Es verdad que otros han hecho y sufrido tanto ó mas que yo quizas, sin que sus esfuer-

zos hayan tenido el mismo feliz éxito; pero estos son arcanos de la Divina Providencia que debemos respetar, porque son para nosotros incomprendibles. Sírvaos, sin embargo, de gobierno lo que acabáis de oír para no juzgar solo por apariencias en lo sucesivo, pues ya conoceréis que, después de tanto como yo he sufrido, justo es el que disfrute con regalo de los bienes tan costosamente adquiridos. »

Humbad se levantó y besándole la mano le dijo : « Os confieso, señor, que he sido injusto y ligero al quejarme de mi suerte con la amargura que lo hice, y que mis padecimientos no pueden compararse en manera alguna con los vuestros. ¡ Que Dios prolongue vuestra vida largos años para que podáis gozar en paz, y como merecéis, del fruto de una fortuna tan bien adquirida ! »

Simbad despidió al pobre mozo de cordel dándole esta vez una bolsa con cien zequíes y un traje nuevo. Le encargó que viniese todos los días á sentarse á su mesa, y le hizo tomar otro oficio ; y el antiguo y pobre mozo de cordel Humbad fué, en lo sucesivo, uno de los amigos de Simbad el marino.

Terminada la relación de estas maravillosas aventuras que el sultán Chabriar había escuchado con el mayor interés, su esposa la sultana Gerenarda le dijo : — « Voy á referiros ahora, señor, un episodio muy divertido del reinado del ilustre kalifa que acabamos de nombrar, y estoy cierto que no lo encontraréis indigno de vuestra atención. » — El sultán hizo una ademan que indicaba su aquescencia, y Gerenarda empezó á hablar en estos términos.

HISTORIA DE ABOU-HASSAN, EL DORMIDO DESPIERTO

Durante el reinado del kalifa Harun Alraschid, hubo en Bagdad un joven llamado Abou-Hassan, hijo único de un opulento mercader que, al morir, le dejó una herencia muy considerable en metálico y en mercancías. El joven,

que no se sentia con inclinacion al comercio, realizó las mercancías, y del capital reunido hizo dos partes iguales : una de ellas la empleó en comprar bienes raíces y casas en la ciudad, cuyas rentas le produjese lo suficiente para vivir cómodamente, proponiéndose no tocar á estas rentas miéntras tuviese dinero, y la otra parte la destinó á sus recreaciones y placeres, á los cuales se entregó con rienda suelta, en compañía de otros jóvenes de su edad que él, en su inexperiencia del mundo, creía que eran sus amigos. Se dió tan buena maña en gastar, y fué tan grande el número de fiestas y de francachelas espléndidas con que los obsequió que, al cabo de tres años, se encontró con que su capital había desaparecido, y entonces vió tambien desaparecer con su último zequí el último de sus amigos, que dejaron de serlo en cuanto dejó de darles bailes, refrescos y banquetes.

Este desengaño le hizo abrir los ojos ; y despues de una prueba que quiso hacer con cada uno de los jóvenes que le adulaban miéntras él los obsequiaba, y le hacian mil protestas de amistad y cariño ; prueba dolorosa, porque no halló entre ellos ninguno que viniese en su auxilio, y aun hasta hubo algunos cuya ingratitud y desfachatez llegó al extremo de decirle que no le conocian ; Abou-Hassan se retiró á su casa con el corazon ulcerado por tanta ingratitud, é hizo el solemne juramento, no solo de no volver á ver ni hablar á semejantes libertinos, sino de no volver jamas á sentar á su mesa á ningun habitante de Bagdad ; pero como era de carácter jovial, muy generoso, y no queria hallarse solo á la hora de la comida, se propuso convidar á comer y dar hospitalidad, por una sola vez, á uno de los forasteros que diariamente llegan á la gran ciudad. Con este intento todas las tardes se iba á apostar á la entrada del puente, y se llevaba consigo á su casa á un viajero.

Una tarde que se hallaba en el sitio acostumbrado en que solia ponerse, vió venir á un hombre, que por su traje parecia mercader de Mosul, seguido de un esclavo. Se acercó á él, y saludándole cortesmente, le rogó que le

hiciese el obsequio de venir á pasar á su casa aquella noche y cenar con él. Un convite de esta naturaleza no dejó de causar extrañeza al forastero, el cual, despues de haber examinado atentamente al sujeto que se lo hacía, se decidió á aceptarlo deseoso de saber qué clase de hombre era aquel. Seguido por su esclavo, se dirigió en compañía de Abou-Hassan á la casa de este.

Ya sabéis, señor, prosiguió la sultana Gerenarda, que el kalifa Harun Alraschid acostumbraba recorrer la ciudad



y sus cercanías unas veces de noche, otras de dia, para informarse por sí mismo lo que ocurría en ella, y cómo se hacía la administración de justicia, encubriendo su

alta personalidad y jerarquía bajo disfraces diferentes; y aquella tarde Abou-Hassan tuvo la suerte de encontrarse con el kalifa, vestido con traje de mercader extranjero, y llevárselo consigo.

El convite que ofrecia á sus improvisados huéspedes Abou-Hassan no era suntuoso por la variedad y el número de manjares; pero los cuatro platos de que se componia eran abundantes, finos y succulentos, y sobre todo muy bien aderezados, porque tenía una esclava excelente cocinera; seguianle despues ricas frutas secas y del tiempo, y pastas exquisitas, como postres, y luego se terminaba la cena con el aromático café y vinos generosos escogidos.

La cena de aquella noche se componia de un capon y cuatro pollos asados, un sábalo y dos salmonetes, un solomillo de venado en adobo, y un plato de perdices en escabeche, y el kalifa, á quien con la correría que habia hecho por las afueras de la ciudad, se le habia avivado el apetito, hizo honor á todos estos manjares, con gran satisfaccion de su huésped. Mientras estuvieron satisfaciendo el hambre, guardaron uno y otro un silencio casi completo ; pero cuando trajeron los postres y los vinos se deslizaron las lenguas. Abou-Hássan tomó una copa, se sirvió á sí mismo, segun la costumbre árabe, el primero, y en seguida presentando otra copa al kalifa le dijo : « Ya sabéis, señor, que el gallo nunca bebe sin que llame á las gallinas para que beban con él ; brindo por vuestra salud, y os ruego que sigáis mi ejemplo. Yo no sé cuál es vuestro modo de pensar ; por mi parte yo soy de parecer que el hombre que aborrece el vino, y se abstiene de beberlo echándolo de juicioso, es mas bien un necio. Dejemos, pues, á esos hombres con su sobriedad y con su ceño, no los imitemos nosotros, bebamos, y ¡viva la alegría ! » El kalifa se echó á reir, y alargando su copa, contestó : « A fe mia que sois un hombre honrado, y me place en extremo vuestro genio ; llenádmela hasta el borde, porque ese vino debe ser excelente, pues estoy seguro que un hombre como vos sabe elegir las cosas buenas. »

A estas jovialidades siguieron otras muchas, lo cual no

impidió el que Abou-Hassan contase á su invitado lo que le había sucedido con sus amigos, y el propósito que había hecho, en virtud del cual tenía el placer de verle sentado á su mesa. El supuesto mercader alabó su cor-dura, que otros jóvenes libertinos como él, le dijo, no hubieran tenido, y luego añadió : « Me habéis obsequiado con tan buena cordialidad y esplendidez que os estoy muy agradecido, y quisiera daros muestras de mi agradecimiento. Aunque extranjero, os diré que tengo algunos conocidos en la ciudad, y estoy relacionado con personas de valimiento en la corte del kalifa. ¿ No tenéis algún negocio pendiente cuyo buen despacho os interese, ó no deseáis obtener alguna cosa que pueda contribuir á completar vuestra dicha ? Decídme con franqueza, abridme vuestro corazón, y ya veréis que no abusaré de vuestra confianza. — Estoy persuadido, le contestó Abou-Hassan, que no me hacéis esos ofrecimientos por puro cumplido, porque me parecéis hombre formal y de buenos sentimientos : además, vuestra compañía y conversación me han agrado infinito, y sin el propósito que he hecho de no dar hospitalidad mas que por una sola vez á los forasteros, tendría sumo placer en volver á recibiros en mi casa ; pero como probablemente no volveremos á vernos mas en nuestra vida, después de daros gracias por los deseos que mostráis de manifestarme vuestro agradecimiento haciéndome algun servicio, os diré que como no tengo ningunos negocios entre manos que me quiten el sueño, y como no soy ambicioso, ni tengo pesares, ni nada deseo, vivo contento con mi suerte, gozando en paz de lo que Dios me ha dado, pasando mi vida, como véis, tranquila y alegramente. — Sin embargo, repuso el kalifa, es imposible el que, á pesar de esa felicidad que os envideo, no abrigueis algun deseo, ó no apetezcáis la satisfacción de algun capricho. Si me lo hiciereis conocer, creed que yo emplearía todo mi valimiento para que consiguieseis vuestro objeto. — Ya que tanto insistís, le respondió Abou-Hassan, si he de hablaros con franqueza, os diré que hay una ligera nubecilla que perturba algunas veces la serenidad de mi

cielo, pero sin que llegue á oscurecerlo por eso. Quizas no sabréis, siendo extranjero, que la ciudad de Bagdad está dividida en barrios, y en cada uno de ellos hay una mezquita con un iman encargado de recitar las oraciones públcas y leer el Alcoran al pueblo. El iman de este barrio es un viejo que con apariencias de santidad es un hipócrita refinado; este falso santon se ha agregado otros cuatro viejos tan hipócritas como él, y forman una especie de consejo ó Sanbedrin en el que se ocupan en inventar chismes y calumnias de toda especie, sembrando la discordia entre los vecinos del barrio y perturbando la paz de las familias; y os confieso que la maldad de estos hombres me inquieta y me aflige. Estoy seguro que si nuestro amado kalifa lo supiera nos haría pronta justicia poniendo un merecido correctivo á la maledicencia y perversidad de estos hipócritas viejos. Y, os vais á reir de mi capricho, quisiera ser, aunque no fuera mas que veinte y cuatro horas, Comendador de los Creyentes, para mandar castigar á estos viejos como se merecen. — Vuestro deseo es muy laudable, le contestó el fingido mercader, y como decis muy bien, yo tambien estoy persuadido de que si la conducta de ese iman y de sus consejeros llegase á conocimiento del kalifa, se apresuraría á hacer justicia, y aun quizas á satisfacer vuestro deseo confiriéndoos su suprema autoridad por ese tiempo, siquiera para saber el uso que hariais de ella. Os prometo que yo hablaré sobre este particular con mis amigos. — Ya veo que os estáis burlando de mí, dijo Abou-Hassan, y á la verdad, que lo merezco. Así, pues, dejemos esto y no hablemos mas de ello. Apurremos el vino que aun queda en las botellas y retirémonos á descansar porque ya es tarde, y vos debéis estar fatigado del camino. Solo vuelvo á recomendaros que mañana cuando os marchéis, si yo no estoy levantado, tengáis cuidado de no dejar la puerta de la casa abierta. Os deseo, pues, una buena noche y que Dios prospere vuestros negocios y os guie por buen camino. »

— « No creáis que me burlo, le replicó el kalifa; eso sería corresponder de una manera indigna á la generosa

hospitalidad que me habéis ofrecido, ni tampoco se burlaría el kalifa ; pero tenéis razon, dejemos esto, echemos



el último trago, y vamos á recogernos. » Tomando entonces la botella, y bebiendo el primero : « Permitidme, le dijo á Abou-Hassan, que yo os sirva esta última vez, ya que toda la noche me habéis estado vos sirviendo ; » y al alargarle la copa llena, echó en ella con disimulo, y sin que aquel lo viera, unos polvos que siempre llevaba consigo. A muy poco de haber apurado su copa Abou-Hassan en honor de su huésped, el narcótico produjo sus efectos : dejó caer su cabeza sobre la mesa y se quedó profundamente dormido. — « Carga con este hombre, le dijo el kalifa al esclavo que acababa de cenar y entraba con el

aguamanil y la aljofaina , y toma bien las señas de la casa para que le vuelvas á traer cuando yo te lo mande ; » y seguido por el esclavo con Abou-Hassan á cuestas, salió de la casa dejando intencionalmente la puerta abierta ; se dirigió á palacio, y entró por una puerta secreta. Pasando á sus aposentos en los que le estaban esperando los empleados y oficiales de servicio, les ordenó que desnudasen á aquel hombre, y le acostasen en su propio lecho. En seguida mandó á llamar al gran visir Giafar y á todos los empleados de palacio y personas de su servidumbre, y les dijo : « Cuando despierte este hombre se le respetará y obedecerá como á mí mismo, se le tratará del mismo modo que si fuera el verdadero kalifa ; se harán con él las mismas ceremonias que conmigo, y se cumplirán puntualmente las órdenes que diere. Tú, Mesrour, le dijiste al jefe de los eunucos, después de despertarme á la hora acostumbrada, vendrás á ocupar tu puesto cerca de su persona , y cuidarás de que todo se practique segun mis deseos. » Todos se inclinaron respetuosamente en señal de obediencia, y el kalifa se retiró á descansar á otro aposento hasta que amaneciese. Á la hora acostumbrada se levantó, hizo sus oraciones matinales y vino á ocultarse detrás de una celosía colocada en el cuarto en que continuaba Abou-Hassan durmiendo, en un sitio conveniente, desde donde podía ver y oír todo sin ser visto.

Todos los que por sus funciones debían estar presentes en la cámara del kalifa á la hora en que este se levantaba, se colocaron en sus respectivos puestos, y uno de los oficiales aplicó á las narices del dormido una esponja empapada en vinagre fuerte. Abou-Hassan se estremeció y estornudó, abriendo á medias los ojos. Otro de los oficiales se acercó al lecho y le dijo : — « Comendador de los Creyentes, despertaos que ya se acerca el dia, y es hora de que os levantéis para hacer la oracion de la mañana ántes que salga el sol, y asistáis al consejo. » Abou-Hassan abrió entonces los ojos y su asombro fué indescriptible al hallarse en aquel lecho, en un aposento tan

suntuoso y rodeado de una multitud de personajes, de oficiales y eunucos ricamente vestidos; y su asombro creció de punto al ver á la cabecera de la cama puesto sobre un almohadon de tisú bordado con perlas, un turbante de kalifa.

Miéntras tanto, los ayudas de cámara se apoderaron de él y empezaron á vestirle con un riquísimo traje de Comendador de los Creyentes, cuyo título le daban todos al hablarle. Palpándose por todo su cuerpo, para saber si estaba dormido ó despierto, Abou-Hassan se decia á sí mismo por lo bajo: « ¡Bueno! ¡conque soy Comendador de los Creyentes! ¡soy kalifa! pues, ¡alabado sea Dios! Pero eso no es posible: esta es una ilusion, es un sueño hijo de la conversacion que tuve anoche con mi huésped. Sin embargo, los que duermen no oyen, ni ven, ni entienden, y yo oigo á los que me hablan, veo á todas estas gentes que me rodean, y entiendo lo que me dicen; ¿qué significa todo esto? ¿en dónde estoy? ¿de quién es este palacio en que me encuentro? ¿quiénes son estas gentes? ¿Me habré yo vuelto loco ó estaré dormido ó despierto y en mi cabal juicio? » El kalifa, que desde su escondite había oido este soliloquio y observaba todos los ademanes de asombro que Abou-Hassan hacía, estaba sumamente complacido y se divertia infinito. Cuando acabaron de vestirle, entraron las damas de palacio á hacerle su aca-tamiento, y Mesrour le dijo: « Jefe de los Creyentes, como os habéis levantado hoy tan tarde, se ha pasado la hora de la oracion; pero es la de ir al consejo en cuya sala están esperádoos el gran visir, vuestros generales y ministros. — ¡Con quién habláis, le preguntó Abou-Hassan, y á quién llamáis Jefe de los Creyentes, y quién sois vos? — Señor, le contestó Mesrour, hablo con Vuestra Majestad que sois el vicario y el representante en la tierra de nuestro gran Profeta, y Mesrour, vuestro humilde esclavo que tiene la honra de serviros hace ya tantos años, no lo ha olvidado. Sin duda, señor, que alguna molesta pesadilla ha turbado esta noche vuestro sueño. » Al oir hablar al jefe de los eunucos de esta manera, fué tan grande la

risa que se apoderó del supuesto kalifa, que, sin poderse contener, se dejó caer sobre un diván riéndose á carcajada tendida. Otro tanto habría hecho el verdadero kalifa si no le hubiera contenido el temor de ver frustrada la diversion que se había propuesto tener aquel dia.

Luego que le pasó este acceso de hilaridad, Abou-Hassan se puso en pié y mandó acercarse á un eunuco jovenzuelo, y le dijo : « ¿Quién soy yo, negrillo ?— Señor, le contestó el jóven eunuco, Vuestra Majestad es el Caudillo de los Creyentes, nuestro amo y vicario del Profeta. — Mientes, ¡cara de tizón ! eres un embustero, » le replicó Abou-Hassan. Encarándose con una de las damas que estaba cerca de él, le alargó la mano diciéndole : « Mordedme en ese dedo. » La dama obedeció y le mordió tan á lo vivo que Abou-Hassan se apresuró á retirar la mano prontamente, diciéndose á sí mismo : « Verdaderamente que no estoy dormido, » y encarándose con la dama : « Os ruego, le dijo, que no me ocultéis la verdad : ¿ soy yo ciertamente el Caudillo de los Creyentes ?— Señor, le contestó la dama, todos extrañamos que Vuestra Majestad nos haga hoy preguntas de esta especie. Sin duda es porque quiere divertirse. — Pues tambien vos mentís, y sois una embustera, le replicó el falso kalifa. Yo sé muy bien quién soy. » Todas estas escenas y estos dichos divertian en extremo al verdadero kalifa, que cada vez estaba mas contento de ver lo bien que conseguía el objeto que se había propuesto.

Habiendo vuelto á recordarle Mesrour que era la hora del consejo, se dejó conducir, precedido por este, con todo el ceremonial acostumbrado, á la sala del trono. Al entrar en ella fué aclamado por todos los ministros, generales y demas dignatarios presentes que gritaban : « ¡Dios conceda larga vida al Caudillo de los Creyentes y le dé felices dias ! » Entónces Abou-Hassan exclamó : « ¡Dios mio ! ¡qué portento ! ¡ayer era Abou-Hassan el *Pródigo Libertino*, y hoy soy el kalifa de Bagdad ! » Desde este momento, al oir tales aclamaciones ; al ver las muestras de respeto que le prodigaban ; al hallarse rodeado de tanta magnificencia, Abou-Hassan tomó su papel por lo serio,

Y se creyó kalifa de veras. Se revistió de gravedad y subió al trono ayudado por Mesrour y otro oficial superior, y se sentó en él con tanta dignidad como lo pudiera hacer el mismo kalifa, el cual, saliendo de su escondite, se trasladó á un gabinete contiguo á la sala del consejo desde donde podía oír y ver, sin ser visto, todo lo que en él se hacía y se decía.

Después que cesaron las aclamaciones y los vítores, se adelantó el gran visir Giasfar, y haciendo ante el trono las acostumbradas reverencias y prosternaciones, y pronunciando las palabras de la salutación exigida por la etiqueta:



« Caudillo de los Creyentes, le dijo: los emires, los valíes y demás personas que tienen asiento en la sala del consejo, piden permiso á Vuestra Majestad para

entrar á ofrecerle sus homenajes y respetos. » Concedido el permiso por el fingido kalifa, y terminadas todas las demás ceremonias, volvió á presentarse ante el trono el gran visir, y empezó á dar cuenta de varios asuntos, de poca importancia, si se quiere, los cuales fueron resueltos por Abou-Hassan con sumo criterio y singular acierto, con no poca admiración del kalifa y de todos los presentes que no podían menos de alabar su buen sentido y su despejo.

Luego que el gran visir concluyó su despacho, le ordenó Abou-Hassan que mandase venir al jefe superior de la justicia, y cuando este estuvo en su presencia : « Id, le dijo, á la mezquita de tal barrio. En ella encontraréis al imán acompañado de cuatro viejos con barba blanca : apoderaos de ellos y mandad dar cien palos á cada uno de los viejos, y cuatrocientos al imán. Despues haréis que los monten sobre un dromedario, con el rostro vuelto hacia la cola, y que los paseen por las calles del barrio á son de pregónero con un cartel que diga : « Este es el castigo que manda dar el kalifa á los que se entrometen en lo que no les incumbe, y á los calumniadores y chismosos que perturban la paz de las familias. » Les haréis mudar de domicilio á otro barrio ; y cuando hayáis ejecutado esta orden, vendréis á darme cuenta. » El magistrado se inclinó, llevó la mano á su cabeza en señal de obediencia, y partió á dar cumplimiento á la orden del supuesto kalifa.

Volviendo á dirigirse al gran visir le dijo Abou-Hassan : — « Disponed que mi tesorero tome una bolsa del tesoro con mil zequies ; que vaya á casa de un tal Abou-Hassan, conocido en el barrio por el *Pródigo Libertino*, y que entregue ese dinero á la madre de este. Cuando esta orden se halle ejecutada, vendréis á decírmelo. » El gran visir partió despues de haber hecho las demostraciones acostumbradas de obediencia. Terminada la audiencia y el consejo, Abou-Hassan bajó del trono con el mismo ceremonial con que había subido á él, aclamado nuevamente por todos los presentes, y rodeado de las mismas demostraciones de respeto.

Al dirigirse, precedido por Mesrour, á los aposentos interiores, manifestó deseos de satisfacer una necesidad urgente, y los ayudas de cámara se apresuraron á ponerle un ropaje particular, abrieron un galinete, le condujeron á él, y ántes de entrar le pusieron en las manos un calzado especial de seda y oro. Abou-Hassan lo tomó, y no sabiendo el uso que debia hacer de él, se lo metió en una de las mangas del ropon ú hopalanda que le habian puesto, que eran muy anchas. Mucho trabajo les costó á Mesrour y á los que acompañaban á Hassan el no prorumpir en una solemne carcajada y guardar su gravedad en este momento ; pero el temor de disgustar al kalifa y de ver concluida la fiesta los contuvo, y Mesrour le explicó el modo de servirse de aquel calzado. Cuando contaron al kalifa lo que había ocurrido dió una gran carcajada y se trasladó á otro sitio conveniente para seguir observando las acciones, y oyendo las palabras de su representante.

Luego que Abou-Hassan salió del retrete, fué conducido á un salon en donde se hallaba ya dispuesta la mesa, cubierta de exquisitos manjares. Al entrar en él, un coro de voces é instrumentos saludó su entrada. En la mesa había siete platos cubiertos, de oro macizo primorosamente cincelado en los que estaban los manjares, y el resto de la vajilla era de una riqueza que deslumbraba, así como los adornos del salon en el que por todas partes se veía brillar el oro, la plata, las ricas telas, y otras preciosidades. Siete jóvenes muy hermosas, con abanicos en las manos, rodeaban la mesa y refrescaban el aire. Abou-Hassan se sentó é hizo señas á las jóvenes para que se acercasen y preguntó á cada una de ellas cómo se llamaba. Segun le iban diciendo los lindos nombres con que eran designadas, tales como *Cuello de alabastro*, *Placer de los ojos*, *Delicias del corazon* y otros semejantes, el efímero kalifa les hacía un cumplido adecuado al nombre que llevaban ; cumplido ó requiebro que denotaba su ingenio.

Cuando cesó de comer, un ujier gritó : « El kalifa desea pasar á la sala de los postres. » Inmediatamente se presentaron varios eunucos con todo lo necesario para

lavarse las manos. Terminado el lavatorio, se abrieron las puertas de otro salon contiguo mas ricamente adornado



que el primero, en el que habia otra mesa cubierta de frutas, dulces secos y almibarados de toda clase; colocado todo en fuentes, salvillas, platos y azafates de oro. Otro coro de musica saludó la entrada de Abou-Hassan en esta estancia, y otras siete jóvenes de mayor hermosura, vestidas con ricos trajes de hechuras y colores variados, se hallaban situadas al rededor de la mesa. Abou-Hassan hizo con estas lo mismo que con las primeras. Despues de haberse estado recreando en mirarlas largo rato, les mandó acercarse, les preguntó sus nombres, y segun se lo iban diciendo, él les ofrecia una fruta ó un dulce y les

hacía un cumplido lisonjero y adecuado á sus respectivos nombres : « Comed esta manzana por amor mio, dijo á la que se llamaba *Cadena de los corazones*, y haced que sean mas ligeras las cadenas con que me habéis aprisionado desde el momento que os he visto. » Á la que se llamaba *Tormento del alma*, al ofrecerle un melocoton almibarado : « Comed esta fruta en mi nombre, le dijo, y tratad de endulzar los tormentos que mi corazon padece desde que os ha mirado. » Y así, por este estilo fué obsequiando á todas las demás.

Concluidos los postres, se levantó y fué llevado por Mesrour á otro salon mas suntuosamente adornado que los anteriores. Otro coro de música entonó una deliciosa sinfonía á su entrada, y otras siete jóvenes rodeaban la mesa que había en medio, cargada con pastas finas, turrones, mazapanes y almendradas excitantes para provocar la sed. Entre las bandejas de oro en que estaban todas estas golosinas, brillaban siete frascos de plata cincelada, rodeados cada uno de siete copas de cristal de roca prismáticamente labradas.

Si grande admiracion habian causado á Abou-Hassan la magnificencia y la riqueza de los salones en que ántes había estado, su admiracion fué mucho mayor al entrar en este y contemplar todos los objetos que le rodeaban. La brillante comitiva que le acompañaba, compuesta de eunucos, de oficiales, de damas y de empleados de toda clase vestidos con ricos uniformes y ropones bordados ; los diferentes coros de música que encontraba en cada uno de los salones por donde pasaba ; las mesas en que se había sentado ; los deliciosos manjares que había gustado, realizadas todas estas cosas con la vista de las hermosas jóvenes que le rodeaban ; y las muestras de respeto que todos le prodigaban, le tenian absorto y asombrado. — « Es imposible el que yo esté soñando, se decia á sí mismo , porque para sueño, mucho dura : pero no, esto debe ser una realidad. Yo estoy despierto y no dormido, y la prueba de ello es el que como y bebo, discurso y hablo, y ejerzo todas mis facultades físicas y espirituales.

Sin duda que yo debo haber sido transformado..... Pero no nos devanemos los sesos en averiguarlo. Dejémoslo á la voluntad de Dios, y miéntras esto dure vamos disfrutando. »

Luego que se hubo sentado á la mesa se puso á mirar atentamente á las jóvenes que le rodeaban y las encontró mucho mas hermosas que todas las que había visto ántes : « ¿ Cómo os llamáis ? » le preguntó á la que estaba mas cerca de él. — *Collar de perlas*, le contestó la joven, — « Á fe mia, le dijo Abou-Hassan, que no podian haberos dado nombre mas adecuado, aunque á decir verdad, añadió, el collar de vuestra enana dentadura aventaja en brillantez y hermosura á las mas bellas perlas del mundo. Pues, *Collar de perlas*, ya que tal es vuestro nombre, hacedme el obsequio de echarme de beber. » Así se apresuró á hacerlo la joven, presentándole una copa llena de vino exquisito.

Despues de haber bebido, Abou-Hassan fué ofreciendo á cada una de las jóvenes diferentes golosinas, y preguntándoles sus nombres. « Vuestros hermosos ojos, dijo á la que le contestó que se llamaba *Lucero del alba*, tienen mas brillo que la estrella cuyo nombre lleváis. Imitad á vuestra compañera ; servidme de beber. » Lo mismo fué haciendo con todas las demas, no sin gran satisfaccion del kalifa que estaba muy contento de haber encontrado un hombre tan jovial y que no carecia de ingenio, cuyas palabras, acciones y gestos tanto le habian divertido.

Cuando Abou-Hassan concluyó de beber tantas copas de vinos diferentes como jóvenes habia, á las cuales hizo brindar con él, la que se llamaba *Collar de perlas* tomó una copa y la llenó de un vino preparado de antemano con los polvos narcóticos del kalifa, y presentándosela á Hassan le dijo : « Comendador de los Creyentes, ruego á Vuestra Majestad que por amor mio, y por el interes que tomo en la conservacion de vuestra salud y vuestra vida, bebáis esta copa miéntras que voy á cantar una cancion que he compuesto hoy mismo en honor vuestro, la que os ruego os dignéis escuchar. — Con mucho gusto os concedo

lo que me pedís, le contestó Abou-Hassan, tomando la copa de mano de la jóven.

Acompañándose con un laúd, *Collar de perlas* cantó una cancion con tanta maestría y expresion, que Abou-Hassan entusiasmado, y para hacerle honor, se bebió de un trago todo el licor que la copa contenía, y quiso que se la volviesen á llenar; mas apénas había soltado la copa de la mano, cuando se le cerraron los ojos, espiró en sus labios la palabra, y dejándose caer de espaldas en el sillón en que estaba sentado, se quedó profundamente dormido. Su kalifato de veinte y cuatro horas había concluido, después de haber visto sus deseos cumplidos.

Harun Alraschid, á quien los dichos y hechos de Abou-Hassan le había procurado una diversion y un placer mucho mayores de lo que él se había prometido, salió del paraje en que se hallaba oculto, mandó que le quitasen el traje de kalifa, y que le pusiesen sus vestidos, y haciendo venir al mismo esclavo que había traído á Abou-Hassan á palacio, le ordenó que le volviese á llevar á su domicilio, le colocase en su lecho con sumo cuidado, y que al retirarse dejase la puerta de la casa abierta. Todo lo ctial fué ejecutado por el esclavo puntualmente.

La eficacia del narcótico hizo dormir á Abou-Hassan hasta muy entrado el dia siguiente, y al despertarse y verse en su propia casa, se quedó sorprendido. Empezó á gritar, llamando á *Collar de perlas*, á *Lucero del alba*, á *Resplandor del dia* y á las otras jóvenes de cuyos nombres se acordaba. Al oír sus desaforados gritos acudió su madre : « ¿Qué tienes, hijo mio? le preguntó cariñosamente, ¿qué te ha sucedido que ayer no has parecido por casa en todo el dia? » Abou-Hassan levantó la cabeza, y mirando á su madre con desden y ceño : « ¿Qué estas diciendo, vieja chocha, y á quién llamas tu hijo? — Pues á ti, le contestó su madre, ¡no eres tú mi hijo Abou-Hassan? — ¡Yo hijo tuyó, horrible vieja! ¡No sabes que soy el Comendador de los Creyentes; el vicario del Profeta en la tierra? — Déjate de tonterías, hijo mio, y no digas esas cosas; si los vecinos te oyeren, creerian que habias

perdido el juicio. — La loca eres tú, y yo no estoy de mente como crees. Te repito que yo soy el kalifa, el Comendador de los Creyentes y vicario del Profeta. »



Este diálogo se prolongó largo tiempo entre la madre y el hijo; pero al ver aquella que no lograba convencerle de que era su hijo Abou-Hassan y de que se hallaba en su casa y no en el palacio del kalifa, dejó de insistir y mudando de conversación le dijo: «Como ayer has estado ausente todo el día, ignoras lo que ha ocurrido en el barrio. Sábete que el magistrado encargado de administrar justicia ha venido á la mezquita, ha mandado dar cuatrocientos palos al imán, y ciento á cada uno de los cuatro viejos maldicentes que son sus consejeros, y después los ha hecho pasear por las calles del barrio sobre un drome-

dario, con gran satisfaccion de todos los vecinos, por mandato especial del kalifa; pero lo que no te causará menor satisfaccion será el saber tambien que el kalifa, á quien Dios conserve largos años la vida, me ha enviado por su tesorero una bolsa con mil zequies. »

Estas dos noticias con los detalles que su madre le daba, léjos de calmar la irritacion de Abou-Hassan y disipar sus dudas, no hicieron mas que confirmarle en la idea de que el era el verdadero kalifa, al recordar que habian sido por órden suya castigados el iman y sus *ad lateres*, y entregado á su madre aquel dinero; así, encarrándose con ella : « ¡Te convencerás ahora, vieja embustera, le dijo, de que yo no soy tu hijo Abou-Hassan, sino el verdadero Comendador de los Creyentes, cuando sepas que he sido yo quien ha mandado castigar á esos hipócritas calumniadores, y entremetidos chismosos; y que los mil zequies que has recibido te han sido entregados por órden mia? »

La buena mujer que no podia adivinar ni remotamente lo que le habia sucedido á Abou-Hassan, al ver la insistencia con que este sostenía que no era su hijo, sino el Comendador de los Creyentes, ya no dudó que habia perdido el juicio, y empezó á llorar amargamente. A sus gemidos, y á los gritos amenazadores de aquel, acudieron los vecinos, los cuales oyéndole desvariar y seguir sosteniendo que ni aquella mujer era su madre, ni él era su hijo sino el kalifa y vicario del Profeta, y sobre todo, al ver que habia agarrado un palo y amenazaba con él á su madre y á ellos mismos, teniéndole ya por loco rematado se echaron sobre él y quitándole el garrote le sujetaron los brazos y las piernas con fuertes cordeles, y le llevaron á la casa de dementes. Allí le encerraron en una jaula de hierro, habiéndole aplicado ántes el loquero mayor cincuenta surriagazos que le dejaron las espaldas en carne viva.

Á pesar de los malos tratamientos de que era objeto por parte de los loqueros, Abou-Hassan continuaba sosteniendo que él era el verdadero kalifa, y los amenazaba con

un severo castigo. Cuando su desconsolada madre venía á verle : « No te conozco, vieja, le decia, yo no soy tu hijo ; »



de modo que esta persistencia tan tenaz era causa de que se ensañasen con él los loqueros, le aplicasen sendos zurriagazos, y le repitiesen sin cesar : « Vuelve en tu juicio, confiesa que eres Abou-Hassan el *Libertino*, y no el Comendador de los Creyentes. » Y el infeliz les respondia : « No estoy loco, y vuestros consejos no me hacen falta; pero si hubiera de perder el juicio, nada contribuiria mas á ello, que los malos tratamientos que usáis conmigo. » Tres semanas estuvo viviendo en esta horrible situación, durante las cuales eran infinitas las reflexiones que se hacia sobre el estado en que se hallaba. « Si yo fuera

realmente, se decia, Caudillo de los Creyentes, ¿cómo y por qué me habrian abandonado Giafar, Mesrour y tantos emires y oficiales que se postraban á mis piés ? ¿Cómo no acudirian á librarme de la lamentable situacion en que me veo ? ¿Luego todas aquellas grandezas, aquella autoridad y aquellos homenajes de que me he visto rodeado, no han sido mas que un sueño, y todo eso solo se ha pasado en mi mente miéntras estaba durmiendo..... debo creerlo así. Sin embargo, el castigo que mandé dar á los cuatro viejos hipócritas y al iman, y los mil zequies traídos á mi madre, por mi orden, yo no lo he soñado, puesto que son hechos positivos, innegables. Esto es lo que yo no comprendo ni alcanzo á descifrarlo. Solo Dios sabe lò que me ha sucedido. »

Los malos tratamientos que continuaba recibiendo, y el ver que nadie venía á librarle fueron borrando en su mente, poco á poco, las imágenes vivas que conservaba de su grandeza de un dia, y al fin se convenció de que no era lo que había creido. Reconoció á su madre y le pidió perdón, y lo mismo á los vecinos por lo que los había injuriado, y por el escándalo que había dado; y despues de haberse cerciorado el director del hospital de que había recobrado su cabal juicio, le permitió salir del establecimiento y regresar á su casa en compañía de su madre que lloraba de gozo al verle ya curado. « ¿ Quieres saber cuál es mi opinion, le dijo, sobre la horrible enfermedad que has padecido? pues sabe que yo lo atribuyo á la influencia de los espíritus malos, porque recuerdo que la noche que cenaste con aquel mercader del Mosul, cuando se marchó por la mañana dejó la puerta abierta, y los espíritus infernales se aprovecharon de esta ocasion para entrar, se apoderaron de ti, y te inspiraron esas extravagancias. — Á fe mia, que tenéis razon, madre, y que esa debe haber sido la causa principal de todas mis ilusiones y de mis quebrantos, » le contestó Abou-Hassan.

Despues de haber pasado algun tiempo reponiéndose del mal trato que le habian dado en el hospital, y de los malos y escasos alimentos que le habian suministrado,

cuando se sintió con sus fuerzas recuperadas y su salud restablecida, empezó á fastidiarse de pasar las noches solo, y volvió á emprender el mismo género de vida que ántes; es decir, que á la caída de la tarde iba á sentarse á la cabeza del puente para convidar á cenar con él á uno de los forasteros que llegasen á la ciudad.

Ya hacia algunos días que lo ejecutaba así, cuando una tarde vió venir á lo lejos al kalifa Harun Alraschid disfrazado como la vez primera, y acompañado por el mismo esclavo. — « Allí viene, se dijo, el mercader causa de mis infortunios, » y para no encontrarse con él, se levantó, y se puso á mirar el río vuelto de espaldas al camino. Esta precaución no le sirvió para que el kalifa, que quería saber lo que le había pasado después de su reinado de un día, no se acercase á él y le saludase muy cortesmente. — « No os conozco, le dijo Abou-Hassan bruscamente; dejadme en paz, y seguid vuestro camino. » El kalifa insistió, y fueron tantas las demostraciones de amistad que le hizo y las protestas de interés, que al fin, después de un largo coloquio en el que Abou-Hassan le contó los malos tratos que había recibido en el hospital de dementes, y le mostró las cicatrices aun frescas que se los recordaban, consintió, por último, en llevársele á cenar una segunda vez. Durante la cena Abou-Hassan le refirió más por extenso el sueño que había tenido, creyéndose kalifa, cuya ilusión le había costado ser reputado como loco y encerrado en una jaula de hierro, atribuyendo esta ilusión á la influencia de los malos espíritus por quienes, le dijo, había estado dominado, y de quienes había sido el juguete durante ese tiempo, y esto por vuestra culpa, añadió, por que al marcharos dejasteis la puerta abierta.

Bien que el kalifa sabía perfectamente á qué atenerse y había presenciado las escenas que Abou-Hassan le refería, no le oyó por eso sin menor interés, y se mostró sumamente pesaroso de haber sido la causa involuntaria de sus infortunios; y compadecido realmente en su interior, determinó indemnizarle largamente por todo lo que había sufrido. « Amigo mío, le dijo al fin de la cena, creed que

tengo un verdadero sentimiento de que mi olvido en cerrar la puerta os haya traído tan deplorables consecuencias; pero yo os prometo reparar ese descuido y haceros olvidar todo lo que habéis sufrido. Brindemos ahora por el buen éxito de mi proyecto. » Y alargando al crédulo Hassan la copa llena de vino en la que había puesto los polvos consabidos, este se la bebió en honor de su invitado, y el narcótico surtió inmediatamente sus efectos. El esclavo volvió á cargar con el dormido, lo llevó á palacio y le dejó acostado en la cama del kalifa.

Todos los empleados del palacio recibieron las órdenes convenientes sobre lo que habían de hacer al dia si-



guiente, y Harun Alraschid se fué á acostar encargando que le despertaran á la hora acostumbrada.

Colocado en su puesto de observacion, á la mañana siguiente mandó que despertasen á Abou-Hassan, el cual, al abrir los ojos, y al verse en aquel lecho rodeado por las mismas personas que ántes habia visto, exclamó en alta voz : « ¡Ay infeliz de mí! ya ha vuelto el espíritu infernal á apoderarse de mis sentidos ; pero esta vez no quiero dar crédito á lo que oiga y vea. » Cerró los ojos y se volvió del otro lado. *Cadena de los corazones* y *Collar de perlas* se acercaron al lecho, y agarrándole por un brazo le dijeron : « Comendador de los Creyentes, levantaos, y no durmáis tan largo tiempo, pues ya está muy avanzado el dia ; así, no extrañaréis que, usando del permiso que nos habéis concedido, nos acerquemos á vuestra sagrada persona, y os ayudemos á vestiros. » El dormido despierto volvió á abrir los ojos, y rechazando á las dos jóvenes : « ¡Visiones de Lucifer! exclamó, retiraos y dejadme tranquilo. Yo no soy Comendador de los Creyentes, sino Abou-Hassan llamado el *Pródigo* y el *Libertino*, y por haber creido una vez vuestras embusterías, me he visto encerrado como una fiera en una jaula de hierro, y he recibido muchos miles de latigazos de que mis espaldas dan todavía señales evidentes. De todo ello ha sido causa un maldito mercader del Mosul que llevé una noche á cenar conmigo que, al marcharse, dejó la puerta de mi casa abierta, y por mas que digáis lo contrario, no os creeré ni haré caso de vuestras zalamerías. » Las dos jóvenes, reprimiendo la risa que les causaban estas y otras palabras que Abou-Hassan decia : — « Señor, le contestaron, no comprendemos nada de lo que Vuestra Majestad dice ; solo sabemos que, desde anoche que se acostó, ha estado durmiendo hasta ahora ; y en prueba de que lo que le decimos es verdad, le recordaremos lo que hizo ayer durante el dia. Mandó castigar á un iman y á unos viejos por su maledicencia é hipocresía : envió un regalo de mil zequíes á la madre de ese Abou-Hassan que acabáis de nombrar, y que no conocemos ; asistió al consejo en el que resolvió varios negocios con el acierto y la justicia con que lo hace siempre, y por la noche nos hizo el honor de

sentarnos á su mesa. Así, pues, volvemos á rogar á Vuestra Majestad que se levante, porque los negocios del Estado lo exigen. » Y agarrándole cada una por un brazo, le sacaron casi por fuerza del lecho y empezaron á vestirle el traje de kalifa al ruido de una música armoniosa, y de las salutaciones de los oficiales y cortesanos presentes.

— « ¡Bueno! ¡bueno! murmuraba entretanto Abou-Hassan; si os diera oídos me hariais creer que los borricos vuelan, y acabaria de perder el juicio. Sois todas unas locas y embusteras; y á fe mia que es lástima, porque sois muy bonitas. Aunque me pellizquen ó me muerdan para saber si estoy dormido ó despierto, no por eso volveré ya á creer que soy el kalifa. Yo sé quién soy, y todas vuestras embusterías no me harán cambiar de opinion, ni me volverán á trastornar el sentido, haciéndome la ilusion de que soy el Caudillo de los Creyentes. Confieso, sin embargo, que no comprendo lo que me sucede, ni el cómo yo me encuentro en este sitio; y que no atino á saber á punto fijo si estoy despierto ó dormido. » Todas estas palabras que el kalifa oia, y el aire asombrado de Hassan, le divertian en extremo. *Lucero del alba* y sus compañeras hacian vanos esfuerzos y protestas para convencerle de que él era, no lo que se creia, sino el verdadero Comendador de los Creyentes, y lo mismo le aseguraban el gran visir Giafar y el eunuco Mesrour, pero no lo conseguian. — « Ya vemos, señor, le dijo *Ramillete de flores*, que Vuestra Majestad quiere chancearse y divertirse esta mañana, lo cual indica que el largo sueño que ha hecho le ha puesto de buen humor, y como nuestro deber es el de contribuir á sus placeres, vamos á hacer lo posible para cumplirlo; » y formando todas las jóvenes corro al rededor de Abou-Hassan, empezaron á cantar y á bailar al son de una estrepitosa música, y otro tanto hicieron el gran visir, los eunucos y todos los oficiales y cortesanos presentes. Abou-Hassan siguió mirándolos un momento, y arrastrado por aquella música estrepitosa y por aquella danza tan descabellada; fascinado por una especie de vértigo, se despojó del traje que le habian

puesto, arrojó al suelo el turbante de kalifa, se quedó en paños menores y empezó á cantar y á bailar con todos los demás dando saltos tan descomunales, haciendo contorsiones y figuras tan grotescas que el kalifa, al verle bailar de aquel modo, se destornillaba de risa, y apretándose los ijares se dejó caer en un sofá. En fin, dominándose un tanto, abrió la celosía y exclamó : — « ¡Por Dios, Abou-Hassan, cesa de bailar si no quieres que me muera de risa ! »

Al oír su voz, cesaron las danzas y los instrumentos, y reinó un profundo silencio. Abou-Hassan dirigió la vista hacia el punto de donde se había oido la voz y vió salir de su escondite al kalifa á quien reconoció en seguida por el mercader con quien había cenado dos veces. Entonces cayó la venda de sus ojos y se disiparon las tinieblas que oscurecían su razon. Conoció que estaba despierto y no dormido, adivinó una gran parte del enigma, y que no era un sueño lo que le había sucedido. Sin embargo, lejos de coartarse á la vista del kalifa, mirándole cara á cara : « ¡Tate, tate ! exclamó ! ¿Conque sois vos el mercader del Mosul ? ¡Cómo ! ¡después de haberos burlado de mi dos veces, de haberme hecho perder el juicio, y ser la causa de los malos tratamientos que he sufrido, de los que dan todavía un doloroso testimonio todos los miembros de mi cuerpo, os quejáis de que yo os hago morir de risa, cuando soy yo el verdadero paciente ! — Tienes razon, Abou-Hassan, le contestó el kalifa, sin dejar de reirse ; pero ten entendido que al obrar como he obrado proporcionándote la satisfaccion del deseo que me mostraste de ser durante veinte y cuatro horas kalifa, nunca creí que la diversion que me esperaba tener con tu transformacion repentina, te habia de causar los padecimientos que has sufrido ; pero, en desagravio de ellos, estoy pronto á concederte lo que me pidas.

— « Comendador de los Creyentes, le contestó Abou-Hassan, la sola cosa que deseo es saber, para la tranquilidad de mi turbado cerebro, el cómo hicisteis para trastornarme el juicio de tal modo, y qué objeto os llevasteis

en ello. — El de que pudieses realizar tu deseo de castigar á los viejos hipócritas y murmuradores, le respondió Harun Alraschid, divirtiéndome al mismo tiempo en ver el uso que harias de mi suprema autoridad, y la manera que tendrías de conducirte al encontrarte transformado en kalifa. »

En seguida le explicó el medio de que se había valido; le dijo la costumbre que tenía de disfrazarse y recorrer la ciudad para informarse por sí mismo de cómo se administraba la justicia y se observaban las leyes; le recordó su encuentro en el puente, y lo que le llamó la atención el extraño convite que le hizo; y finalmente después de decirle lo mucho que se había complacido con su comportamiento : « He sabido, añadió, tus quebrantos y padecimientos, y quiero resarcirte de ellos, en cuanto me sea posible. Así, te repito que me pidas lo que quieras, que juro por Dios el concedértelo. Desde este día eres mi hermano. » — le dijo por último, abrazándole al mismo tiempo. — « Ilustre y magnánimo Comendador de los Creyentes, le contestó Abou-Hassan, por grandes que hayan sido mis padecimientos, los doy por bien sufridos y los olvido, y me tengo por bien recompensado al saber que hayan podido contribuir al solaz y complacencia de mi señor y dueño. Y ya que me otorga la libertad de pedirle alguna gracia, le diré que como yo no tengo apego á las riquezas y el interés no me domina, contando con lo necesario para vivir tranquilo, el solo favor que le ruego me conceda es el de permitirme acercar á su sagrada persona para ser el humilde servidor y admirador de su grandeza. »

Este desinteres de Abou-Hassan hizo realzar su mérito y su estimación en el ánimo del kalifa, el cual le dijo : « No solo te concedo lo que me pides, sino que desde este día vivirás en palacio, te sentarás á mi mesa y tendrás acceso cerca de mi persona á cualquier hora y en cualquier paraje en que me encuentre. »

En seguida mandó á las damas de palacio que le vistieran con uno de sus trajes mas ricos, y á su tesorero

particular que le entregara una bolsa con mil monedas de oro, volvió á abrazarle luego que estuvo vestido, y pasó á la sala del consejo.

Abou-Hassan se aprovechó de este momento para regresar á su casa, refirió á su madre todo lo que le había sucedido, explicándole que no había sido un sueño ó un acceso de demencia, sino que realmente había sido kalifa durante veinte y cuatro horas, y había ejercido realmente la autoridad suprema, como Comendador de los Creyentes.

No tardó en divulgarse por la ciudad y hasta por las provincias del imperio la noticia de este episodio con todos los detalles ocurridos, y el favor de que gozaba Abou-Hassan. Los vecinos y el director del hospital de locos acompañado por todos los loqueros vinieron á pedirle perdón por los malos tratamientos que le habían hecho sufrir, creyendo de buena fe que estaba verdaderamente loco; y le felicitaron después por la brillante posición que ocupaba en palacio al lado del kalifa.

Terminada la relación de este curioso y divertido episodio del reinado de Harun Alraschid, que el sultán Chabriar había escuchado con suma complacencia : « Voy á contártos ahora, señor, le dijo la sultana Gerenarda, otro no menos divertido que el que acabé de referiros, que demuestra la jovialidad y la agudeza de ingenio de nuestro protagonista Abou-Hassan ; » y, acto continuo, empezó á anudar el hilo de su historia en estos términos :

HISTORIA DE LOS MUERTOS RESUCITADOS ABOU-HASSAN Y SU ESPOSA NUZAT-ULADAT.

La privanza del antiguo « Dormido-Despierto » con el kalifa Harun Alraschid crecía de día en día. Le acompañaba á todas partes, y hasta la sultana Zobeida, á quien el kalifa le había presentado contándole la aventura ocurrida, le recibía familiarmente y se complacía en oír sus

chistes. Tenía la princesa una dama favorita llamada Nuzat-Uladat, y había notado que cuando Abou-Hassan acompañaba al kalifa, la miraba con mucha atención y ella se ponía muy encendida. Habló de ello al kalifa, y determinaron unirlos. La boda se efectuó, pues, con mutua satisfacción, fué muy espléndida, hubo grandes fiestas en palacio, y la feliz pareja, terminados los regocijos, se retiró á gozar las delicias de la luna de miel á la sumuosa habitación que habían preparado para ellos, colmados uno y otra de los ricos regalos que el kalifa y su esposa Zobeida les habían hecho.

Abou-Hassan se encontró con una esposa que tenía el mismo carácter que él; era alegre y divertida, y no carecía de ingenio; de modo que pasaban su vida en una felicidad continua. Como eran muy gastadores y no se privaban de cuanto podía procurarles algún placer, llegó un día en que sus prodigalidades tuvieron término, porque se encontraron sin un zequí en su gaveta; y siendo tantos y tan repetidos los favores que cada uno, por su parte, había recibido del kalifa, y de su esposa Zobeida, que no se atrevían, á pesar de su privanza, á hablarles de la apurada situación en que se hallaban, ni menos pedirles dinero.

Discurriendo sobre los medios de salir del apuro : « Querida mia, exclamó Abou-Hassan, dándose una palmada en la frente, me ocurre una excelente idea para salir del ahogo en que nos vemos ; pero es menester que tú me secundes para llevarla á efecto con buen éxito ; de ese modo, ni yo tendré que molestar al kalifa, ni tú á tu ama Zobeida. — Dispuesta estoy á secundarte, si la idea es buena, le contestó Nuzat-Uladat. Veamos qué idea es esa. — Es menester que nos muramos ambos... — Muérrete tú siquieres, se apresuró á interrumpirle su esposa, que yo por mi parte no soy tan vieja, ni estoy tan cansada de la vida para que desee perderla así de repente solo porque no tenga dinero.— Mujer, déjame explicarme, le replicó Abou-Hassan ; no se trata de que nos muramos de veras, sino de mentirijillas, aparentando que nos

lemos muerto. Mira, prosiguió diciendo, yo me moriré primero, y despues que me hayas amortajado, irás con el vestido desgarrado, suelto y desgreñado el cabello, llorando y sollozando, y haciendo las demostraciones de dolor acostumbradas en semejantes casos, á ver á la princesa, que se compadecerá de ti y te dará por lo ménos cien monedas de oro, para los gastos del entierro. En seguida te mueres tú, yo te amortajo y voy á ver al kalifa que no dejará de darme otro tanto por lo ménos, y de este modo nos remedaremos. » Despues de estas explicaciones, Nuzat-Uladat consintió en secundar á su marido, y aprobó su idea por completo, y añadió : « mucho me equivocaré, si el kalifa y la princesa Zobeida no van á des tornillarse de risa cuando descubran nuestra fingida muerte. » Inmediatamente marido y mujer empezaron á poner en ejecucion su proyecto. Abou-Hassan se despojó de sus vestidos, se tendió en el suelo sobre una alfombra con los piés vueltos hacia la Meca, y su mujer le envolvió en un sudario, le cubrió el rostro con un velo de muselina que no le impidiese el respirar, y le acabó de cubrir con el turbante.

En seguida se despeinó, se desalinió el vestido, empezó á sollozar y á dar gritos y alardos, y en esta disposicion se dirigió á las habitaciones de Zobeida á cuyos piés se arrojó, con los ojos arrasados de lágrimas, haciendo como que se arrancaba los cabellos, golpeándose el pecho, y dando muestras de hallarse poseida del dolor mas acerbo. « ¿Qué es eso, Nuzat ? ¿qué desgracia te ha sucedido para que te aflijas de esa manera ? le preguntó la princesa.

— Señora, le contestó Nuzat con sollozos y palabras cortadas, la mayor que podia sucederme... mi pobre Abou-Hassan, el esposo querido que me disteis , ya... ya no existe!..... » Y la fingida viuda redobló sus lamentos. — « ¡Cómo ! exclamó atónita la princesa ; ¡Abou-Hassan, un hombre tan jóven, tan robusto y lleno de vida, ha muerto!... Esta muerte tan temprana me sorprende, tu justo dolor me aflige, y de todo corazon te compadezco ; » y tanto la princesa como las damas de su séquito que conocian al

supuesto difunto y le estimaban por su jovialidad y por sus chistes, derramaron algunas lágrimas y tomaron parte



en el dolor que aparentaba tan á lo vivo Nuzat. Despues de un momento de silencio y de lágrimas en desahogo del verdadero dolor que todas sentian : « Nuzat, le dijo la sultana Zobeida, modera los excesos de tu afliccion y no te entregues á la desesperacion : el golpe es cruel, sin duda, pero ya que Dios lo ha dispuesto así, debemos conformarnos con su voluntad. Yo no te abandonaré. Miéntras tanto toma, añadió alargándole un bolsillo con cien monedas de oro, véte á velar á tu esposo y emplea ese dinero en que se le hagan unos funerales dignos de su mérito, y amortájale con la pieza de brocado que van á darte ahora mismo. » Nuzat-Uladat volvió á arrojarse á los piés de Zobeida, le besó la franja del vestido, y le dió gracias con

palabras entrecortadas por lágrimas y suspiros. Tomó la pieza de rica tela que le trajeron, y se marchó sollozando exteriormente, pero interiormente riéndose.

Luego que llegó á su aposento, cerrando la puerta con llave para no ser sorprendidos: « Levántate, Abou-Hassan, le dijo á su marido, que ahora me toca á mí el hacer la muerta; » y al mismo tiempo le enseñó la bolsa con las cien monedas de oro y la pieza de tela que había recibido para amortajarle, « y que servirá, añadió, para hacerme un vestido. »



El aparente muerto se levantó de un brinco, y Nuzat-Uladat ocupó el lugar de su marido. Despues de haberla enyuelto en el mismo sudario, y cubierto su cuerpo con un espeso velo, se rasgó una parte del vestido, se des-

compuso la barba y deshizo el turbante, y se dirigió á las habitaciones del kalifa, sollozando y golpeándose el pecho. « ¡Qué desgracia te ha sucedido, Abou-Hassan ? » Le preguntó Harun Alraschid, al verle de aquella manera. — « Señor, le contestó Hassan, llevándose el pañuelo á los ojos para enjugar las lágrimas que no vertía, la mayor que pudiera acontecerme. La mujer que Vuestra Majestad me había dado por esposa..... Nuzat-Uladat... ; Ay, desgraciado de mí!... ; acabo de perderla !... » Al oír esta noticia, el kalifa se mostró muy conmovido : « ¡Dios tenga misericordia de ella ! Zobeida y yo te la habíamos dado para que fueras feliz con ella, porque era muy buena. Su temprana muerte me causa verdadera pena, y estoy cierto que su ama no lo sentirá ménos ; » y el kalifa se enjugó una lágrima verdadera provocada por su enterñecimiento. El gran visir Giafar, Mesrour y los cortesanos que rodeaban al kalifa, se enterñecieron todos y acompañaron en su dolor al supuesto viudo. « No te aflijas ni desconsuelas en demasia, le dijo el kalifa; llévate á Abou-Hassan contigo, añadió dirigiéndose á su tesorero que estaba allí presente, dale una pieza de brocado para que amortaje con ella á la difunta, y una bolsa con cien monedas de oro para que le haga las exequias que su mujer merece. » Abou-Hassan se arrojó á los piés del kalifa, le dió las gracias sollozando, y siguió al tesorero que le entregó la pieza de tela y el dinero.

En seguida se fué riendo á su aposento y felicitándose á sí mismo por el buen éxito que había tenido su estratagema, y tan luego como abrió la puerta, salió á su encuentro Nuzat, y le preguntó si había conseguido engañar al kalifa, como ella había engañado á Zobeida. — « Mira, » fué la respuesta de Abou-Hassan, enseñándole la pieza de brocado y la bolsa con las monedas, « en lugar de uno, añadió, ya tienes tela para hacerte dos vestidos. »

Considerando el kalifa que su esposa la princesa Zobeida debía hallarse muy alegre por la muerte de su dama favorita, luego que despachó los negocios del Estado y se concluyó el consejo, acompañado por Mesrour pasó

á las habitaciones de su esposa para consolarla y darle el pésame, y la encontró, en efecto, muy afectada y triste. « Señora, le dijo al entrar, la vida Dios nos la da y nos la quita, y debemos resignarnos con los decretos de su Providencia. No necesito deciros la pena que me ha causado el imprevisto y temprano fallecimiento de vuestra favorita, por eso en cuanto he sabido este triste acontecimiento me he apresurado á venir á veros para manifestaros la gran parte que tomo en vuestra justa pena, y consolaros en cuanto me sea posible. Era una jóven muy apreciable en todos conceptos, y merecía que se la quisiera. »

La princesa se quedó muy sorprendida de oír hablar al kalifa de esta manera : « Pero, Comendador de los Creyentes, exclamó, ¿ de quién estáis hablando que yo no os entiendo ? Ciento que estoy muy apesadumbrada, pero no por la muerte de Nuzat-Uladat, que está muy sana y viva, aunque afligida, sino por la de su marido, el bueno de Abou-Hassan cuya jovialidad y chistes tanto me divertian ; y extraño mucho que, siendo como era vuestro favorito por el que apparentabais tener grande afecto y cariño, os mostréis tan indiferente por su muerte. » El kalifa no pudo contener la risa al oír expresarse á Zobeida de este modo.

Y dirigiéndose á Mesrour : « ; Qué te parece de lo que dice la princesa ? » y volviéndose hácía esta, añadió : « Señora, no derraméis lágrimas inútiles por la muerte de una persona que se halla sana y buena. Llorad, si queréis, á vuestra esclava favorita, pero no os aflijáis por el fallecimiento de su marido, que, os repito, está vivo, y muy vivo. » La princesa se sintió algo ofendida de la contestación desabrida del kalifa, y le replicó en el mismo tono : « Comendador de los Creyentes, no permita Dios que permanezcáis mas tiempo en ese error, porque vuestra insistencia me haría creer que habiais perdido el juicio. O, repito que el muerto es Abou-Hassan y que.... — Pues yo os afirmo, la interrumpió el kalifa con viveza, que Abou-Hassan está vivo, y no comprendo vuestro empeño en sostener lo contrario de lo que mis propios ojos han visto. Mesrour, añadió, encarándose con el eunuco, vé inme-

diatamente á ver cuál de los dos es el difunto, y tráenos pronto la respuesta. » Mesrour partió, y el kalifa se sentó en un sofá esperando que el eunuco volviera.

Miéntras que Harun Alraschid y Zobeida altercaban sobre cuál de los dos esposos era el muerto, Abou-Hassan que había previsto gran parte de lo que iba á suceder, se había puesto en acecho, y al ver venir á Mesrour con dirección á su aposento : « ¡pronto ! ¡pronto ! Nuzat, exclamó, hazte la muerta. » Su mujer se tendió inmediatamente en el suelo, la envolvió en el sudario, la cubrió con la tela de brocado que había recibido del kalifa, y se sentó á su lado dando sollozos y suspiros. Apénas había acabado estos preparativos, cuando Mesrour abrió la puerta que estaba solo entornada y entró en el aposento. A la vista de aquel aparato fúnebre y de las muestras de dolor de Abou-Hassan, á quien quería, se conmovió algun tanto, si bien sintiendo cierta complacencia de que la muerta fuese Nuzat-Uladat, y de que tuviese razon su amo el kalifa. Despues de haber dicho algunas palabras de consuelo al supuesto viudo, le rogó que no hiciese levantar el cuerpo de la difunta hasta que él volviese, porque quería asistir á su entierro y darle esta última prueba de afecto.

Dijole, al mismo tiempo, que él había venido á ver por sus propios ojos, por órden del kalifa, cuál de los esposos era el fallecido, porque la sultana Zobeida se empeñaba en sostener que el difunto erais vos, y que vuestra esposa estaba viva. « Siento, añadió, no poder quedarme mas tiempo para acompañaros en vuestro justo dolor, pues me voy corriendo á dar cuenta á mi amo de lo que estoy viendo. » Abou-Hassan le dió gracias con sollozos y palabras entrecortadas por amargos ayes y suspiros, y le acompañó hasta fuera del aposento. Cuando le vió alejarse : « Vamos, exclamó, ya hemos representado una segunda escena de esta comedia, pero creo que no será la última. Ponte tú ahora de centinela, dijo á su mujer, y da la voz de alarma cuando veas venir al enemigo. »

Tan pronto como Mesrour entró en el aposento en que

estaban el kali'a y la princesa altercando todavía sobre cuál de los dos esposos era el fallecido, « habla, le dijo el kali'a, ¿ cuál es el muerto, el marido ó la mujer ? — Comendador de los Creyentes respondió Mesrour, acabo de ver con mis propios ojos, y tocado con mis manos el cuerpo inanimado de mi hermana Nuzat-Uladat tendida en el suelo y amortajado con la pieza de brocado que disteis á Abou-Hassan, y á este sumido en el mayor dolor... — ¿ Os convencéis ahora, señora, le interrumpió el kali'a, de la razon que yo tenía asegurándoos que vuestra esclava Nuzat era la que había fallecido ? — Pues yo sostengo, le replicó Zobeida, lo que ántes os he dicho. El muerto es Abou-Hassan, y este esclavo es un necio, y no sabe lo que se dice. — Señora, se aventuró á contestar Mesrour, yo aseguro á Vuestra Majestad que... — Calla, le interrumpió Zobeida, muy encolerizada, porque yo no he de creer nada de lo que tú digas. » Hizo venir á todas las esclavas y damas de su servicio, las cuales refirieron todas lo que ellas habian visto, es decir, á Nuzat-Uladat desconsolada y llorando amargamente la muerte de su marido, en cuya afliccion la habian acompañado, añadiendo que por orden de su ama le habian dado una bolsa con cien monedas de oro para los funerales y una pieza de tela para amortajarle. — « ¿ Lo oyes, miserable esclavo ? eres un impostor, » volvió á decir Zobeida, cada vez mas irritada, á Mesrour, que con sus ademanes protestaba que era cierto lo que había dicho. Encarándose con el kali'a, le dijo : « Ya veis si yo tenía razon en asegurar que Abou-Hassan era el muerto. — Pues yo tambien la tenía en afirmar lo contrario, y estoy tan seguro de que Nuzat-Uladat no existe que apostaria cualquier cosa por sostener que Abou-Hassan no es el muerto. — Y yo sostengo que él es difunto, y en prueba de ello acepto vuestra apuesta, y no tengo inconveniente en apostar mi Palacio de Pinturas, que es lo que mas estimo, contra lo que vos queráis. — Contra mi Jardin de las Delicias, le contestó el kali'a. — Queda hecha la apuesta, dijo Zobeida, pero me permitiréis que yo envíe tambien una persona de mi confianza á averiguar

lo cierto, pues de lo que ha dicho ese esclavo, nada creo. Mareka, añadió, llamando á una mujer anciana que había sido su nodriza : vé al aposento de Nuzat, infórmate quién ha muerto, y vuelve á decirnoslo. »

La vieja Mareka partió, y tan pronto como Nuzat la vió venir avisó á su marido. Abou-Hassan se tendió en el suelo, su mujer le envolvió apresuradamente en la mortaja, le cubrió con la pieza de brocado y el turbante y se sentó á su cabecera, toda desgreñada y con el vestido descompuesto. Cuando la nodriza entró en el cuarto, al ver este espectáculo, y á Nuzat llorando y gimiendo, alzó las manos al cielo y exclamó : « ¡Querida Nuzat! no vengo á aumentar vuestro quebranto, en el cual tomo una gran parte. Doy gracias al cielo de encontraros con vida, porque habéis de saber que el negro Mesrour ha tenido la desfachatez de asegurar al kalifa y á nuestra ama Zobeida, que erais vos la que había muerto, lo cual le ha causado una gran pena, y me ha enviado á que yo os vea por mí misma. — ¡Mas valiera que fuese yo la muerta, así no me veria en la triste situación en que me encuentro! » le contestó la fingida viuda. La nodriza, miéntras tanto, se acercó al difunto, y alzando un poco el turbante para ver un lado de su rostro, « ¡pobre Abou-Hassan! exclamó; ¡Dios tenga misericordia de ti, y te reciba en su paraíso! »

« Mucho siento no poder acompañaros, hija mia ; pero me es imposible. Me vuelvo corriendo á dar á nuestra querida ama la buena noticia de que os he visto viva para tranquilizarla y aliviarle la pena que le ha causado la impostura del jefe de los eunucos. » Luego que se marchó, el muerto se levantó, la viuda se enjugó el llanto, y ambos á dos se echaron á reir de haber desempeñado tan bien esta segunda escena.

La nodriza Mareka dió cuenta de lo que había visto á su ama Zobeida que oyó con la mayor complacencia su relación y se la hizo repetir delante del kalifa. Mesrour, que había esperado ver confirmado cuanto él había dicho con el informe de la nodriza, se quedó atónito al escucharla, y no pudiendo contenerse : « ¡Vieja chocha! ex-

clamó, todo lo que estás diciendo es una solemne mentira; porque yo he visto con mis propios ojos á Nuzat-Uladat muerta. — El embustero eres tú, ¡ cara de soleta ! le replicó Mareka, y el descarado, puesto que te atreves á sostener que Nuzat ha muerto, cuando yo acabo de dejarla ahora mismo sollozando por la muerte de su marido. — Mas te valiera callar, vieja Mareka, porque chocreas, y no se te puede dar crédito, » volvió á replicar Mesrour.

La princesa Zobeida se dió por ofendida de los insultos que el jefe de los eunucos dirigía á su nodriza, y salió á su defensa; y sin la intervención del kalifa que no cesaba de reirse al ver á Mesrour y á Mareka como dos gallos de combate, diciéndose mil injurias, y amenazándose con sus puños, la contienda se habría terminado por vías de hecho.

Al kalifa, á pesar de la risa que le causaba el altercado del jefe de los eunucos y de la nodriza, no había dejado de llamarle la atención las contradicciones y afirmaciones que advertía, y estaba su ánimo perplejo sin poder atinar enigma semejante. Al fin, dejando de reírse, se levantó y dijo á la princesa : « Señora, está visto que no llegaremos á saber la verdad, ni cuál de los dos esposos es el verdadero muerto, si nos atenemos á lo que estos digan, y para salir de dudas, lo mejor es el que vayamos á verlo por nosotros mismos. — Eso me place, » contestó Zobeida. Y seguidos por toda la comitiva, se dirigieron á la habitación de los supuestos muertos.

Cuando Nuzat-Uladat vió venir al kalifa y á Zobeida : « ¡ Estamos perdidos ! exclamó. — No lo temas, le contestó Abou-Hassan ; al contrario, verás como finaliza la comedia con satisfacción general, y en beneficio nuestro. Hagamos ambos á dos los muertos. ; Ea ! amortajémonos pronto lo mejor que podamos ántes que lleguen. »

En efecto, se echaron los dos en el suelo con los pies vueltos hacia la Meca, se envolvieron en sus sudarios cubriéndose con las telas de brocado que habían recibido, y esperaron la llegada de los príncipes.

Cuando estos entraron en la estancia y vieron los su-

puestos cadáveres en el suelo, con todo su aparato fúnebre, se quedaron sorprendidos La princesa Zobeida fué la primera á romper el silencio. « Ya veis, exclamó, que yo tenía razon; asegurando que Abou-Hassan había muerto; por consiguiente, he ganado la apuesta, y vuestro Jardin de las Delicias me pertenece desde este momento. — Señora, quien la ha ganado he sido yo, le contestó el kalifa, y debo considerar ya como mio vuestro Museo de Pinturas. » Uno y otra, apoyados con el testimonio de Mesrour y de los cortesanos, de la nodriza Mareka y de las damas de servicio, sostenian su opinion con tenacidad y viveza; y como era imposible el averiguar positivamente cuál de los dos esposos era el que había fallecido primero, el kalifa exclamó : « No llegaremos nunca, señora, á ponernos de acuerdo sobre si fué Abou-Hassan ó Nuzat-Uladat el primero de los fallecidos, y ¡ vive Dios ! exclamó, que daria mil monedas de oro al que me lo dijera con toda certeza. » No bien había acabado de pronunciar estas palabras cuando alzando la cabeza Abou-Hassan, descubriendose el rostro y alargando la mano : « ¡ Vengan ! » exclamó ; « Comendador de los Creyentes, añadió en seguida arrojándose á sus piés despues de haberse desenvuelto del ropaje con que estaba cubierto, yo he sido el que se ha muerto el primero, y la princesa Zobeida ha ganado la apuesta, pero me debéis las mil monedas de oro que habéis prometido dar al que os lo dijera. » Nuzat-Uladat, por su parte, se levantó tambien y se fué á postrar á los piés de Zobeida. Pero así esta, como todas las mujeres que se hallaban presentes, al ver resucitar á los fingidos muertos, pegaron un chillido horroroso, y retrocedieron despavoridas. El kalifa, léjos de sobrecogerse al oir la voz de Hassan, y verle levantarse sano y bueno, se echó á reir á carcajada tendida, y dijo al Muerto-resucitado : « ¡ Vaya ! está visto, Abou-Hassan, que tú te has empeñado en hacerme á mí morir de risa. ¿Qué idea has tenido en sobrecogernos á Zobeida y á mí de esta manera con tu muerte fingida ? — Comendador de los Creyentes, le respondió el resucitado, voy á deciroslo franca y brevemente. Ya sabéis, señor,

que siempre me ha gustado darme buena vida, y mi esposa, que tiene el mismo carácter que yo y los mismos gustos, ha secundado mi inclinación natural en todos conceptos. De esto ha resultado que en pocos meses, á pesar de vuestra generosidad y de la munificencia de la princesa, después de haber pagado los gastos que habíamos hecho con nuestra vida alegre, nos encontrámos sin tener un solo sequí en nuestros bolsillos. No queriendo yo ir á pedir nada á mi madre, á la que sabéis que he cedido mis bienes desde que vivo en palacio, ni atreviéndonos Nuzat y yo á declarar á Vuestra Majestad y á la princesa Zobeida la situación en que nos encontrábamos, después de haber discurrido sobre una multitud de proyectos, para salir de este apuro, y de proponernos ser mas cuerdos en lo sucesivo, me ocurrió la idea de que representásemos la comedia del Muerto-resucitado, esperando que la benevolencia de Vuestras Majestades nos lo perdonarian, y que si nuestra fingida muerte podía causarles alguna pesadumbre momentánea, nuestra resurrección verdadera os alegraría y os divertiría. »

« ¡Ah, malvada! decía mientras tanto Zobeida á Nuzat-Uladat, ¡qué susto me has dado, y qué pena me has hecho pasar creyendo que habías muerto, como me lo aseguraba el kalifa! pero todo te lo perdonó por el placer que me causa el verte viva. »

Después de haber oido las francas explicaciones de Abou-Hassan, el kalifa y la misma princesa Zobeida, pasada su sorpresa, no pudieron menos de reirse de la ocurrencia de Abou-Hassan, y de celebrar la agudeza de su ingenio. El kalifa dijo á los dos resucitados que le siguiesen para recibir las mil monedas de oro prometidas; pero Zobeida se opuso á ello, diciendo: « Comendador de los Creyentes, dad ese dinero á Abou-Hassan que es á quien se lo debéis, que yo, por mi parte, voy á dar otras mil monedas de oro á Nuzat-Uladat, por el placer que me causa el verla viva, y guardemos cada cual nuestro Jardín y Museo. »

La resurrección de Abou-Hassan y de Nuzat-Uladat fué

muy celebrada en palacio. Uno y otra conservaron su favor y privanza con el kalifa y su esposa Zobeida y vivieron argos años disfrutando de una vida cómoda y divertida, merced á las larguezas de los príncipes.

La historia de Abou-Hassan el *Dormido-Despierto*, y el *Muerto-Resucitado*, causaron tanto placer al sultan de las Indias que sintió el que se hubiese concluido tan pronto, y así se lo manifestó á la sultana Gerenarda. « Señor, le dijo esta, ya que tanto os ha complacido el oir este episodio del reinado del kalifa Harun Alraschid, voy á referiros otro no ménos interesante por el cual veréis que si su carácter vivo é impetuoso le hacía cometer algunas veces injusticias, su corazon magnánimo y su amor á la justicia sabian repararlas con abundantes creces. — Os oiré con gusto, » le respondió el sultan Chabriar, y Gerenarda empezó á referir en los términos siguientes :

LA HISTORIA DE GANEM, LLAMADO EL ESCLAVO DE AMOR, Y DE LA FAVORITA TORMENTO DEL ALMA

Hubo en otro tiempo en Damasco un mercader llamado Abu-Ayub que, al morir, dejó un inmenso caudal á su viuda y á sus dos hijos llamados el uno Ganem, á quien apellidaron despues *el Esclavo de amor*, y una hija llamada *Encanto del corazon*. Como el padre de Ganem hacia continuos viajes á las provincias y países extranjeros para vender sus mercancías, su hijo quiso imitarle y determinó ir á Bagdad para cuya ciudad se hallaban rotulados y dispuestos una multitud de fardos que se encontraron en los almacenes á la muerte de Ayub. Dispuesto todo lo necesario para emprender este largo viaje, no sin gran disgusto de su madre, Ganem se puso en camino con sus fardos, incorporándose á una caravana de otros mercaderes que iban al mismo punto, y llegó sin novedad á Bagdad.

Alquiló una casa lujosamente amueblada, se instaló en ella con sus esclavos, y en seguida se fué á la Lonja de los

mercaderes, y en pocos días consiguió vender la mayor parte de sus géneros muy ventajosamente. Un día que se dirigió al mercado, halló todas las tiendas cerradas, con motivo de la muerte de un rico mercader cuyas exequias iban á celebrarse. En efecto, no tardó en llegar la fúnebre comitiva á la que se incorporó Ganem y la siguió hasta el paraje en que debía ser enterrado el cadáver, paraje que estaba fuera de la ciudad, y en donde encontró muchas tiendas levantadas para recibir á los concurrentes al entierro y servirles la comida de costumbre en honor del difunto. Ganem quiso retirarse, pero no se lo permitieron, y tuvo que quedarse para tomar parte en el banquete mortuorio. Como había dejado la casa sola en poder de los esclavos, y tenía en ella los cuantiosos productos de la venta de sus géneros, el temor de que fuese robado le tenía muy inquieto; así, en cuanto vió una ocasión favorable, se levantó de la mesa y se puso en camino para regresar á la ciudad; pero le sucedió que, como no conocía bien el terreno, se extravió, tardó mucho tiempo en volver á encontrar el camino, y para colmo de desgracia, cuando llegó á las puertas de la ciudad, las halló cerradas. Buscando algún sitio en donde pasar la noche, no hallando otro más conveniente que el de un gran cementerio que se extendía á lo largo de las murallas, se resolvió á guarecerse en él; abrió la puerta, entró en aquel extenso campo y fué á sentarse al pie de una gran palmera. Ya muy avanzada la noche, sin haber podido conciliar el sueño por la inquietud que le causaba el hallarse fuera de su casa, sintió abrir la puerta del cementerio, y vió venir, hacia el sitio en que él estaba, á tres hombres que, por sus trajes, parecían ser esclavos. Uno de ellos, con una hacha de viento encendida, precedía á los otros dos que traían sobre sus hombros un cofre ó ataúd de cinco á seis pies de largo. No habiendo otro sitio en que ocultarse, se subió inmediatamente á la palmera y se puso á observar lo que era aquello. Los que traían el cofre lo pusieron en el suelo y el del hacha les dijo : — « Cumplamos con las órdenes de nuestra ama. » Inmediatamente comenzaron

los tres á abrir una fosa, bajaron á ella el cofre, lo cubrieron con tierra y se marcharon. Luego que estuvieron fuera del



cementerio se bajó Ganem de la palmera, y movida su curiosidad por las palabras que había oido, quiso saber lo que el cofre encerraba. Estando la tierra acabada de remover, le fué fácil llegar hasta el cofre, pero se encontró con que estaba cerrado con un fuerte candado, lo cual avivó aun mas su curiosidad. Armándose con un gran guijarro consiguió desquiciar la tapa, y cuando se creía encontrar con algun saco de dinero, alhajas ú objetos de valor, se encontró con el cuerpo de una mujer ricamente vestida con un traje de brocado, y adornada con joyas de grandísimo valor, entre ellas un collar de gruesas perlas, y brazaletes de brillantes y esmeraldas. Su sorpresa fué grande al conocer que esta mujer no estaba muerta; é impulsado,

tanto por los nobles sentimientos de su corazon, como por la impresion que su mucha hermosura le habia causado, haciendo esfuerzos inauditos consiguió sacarla del cofre y la tendió sobre la yerba. Al recibir la frescura del ambiente la dama abrió los ojos, como si se despertara, se los restregó, dió un fuerte estornudo y exclamó : « *Flor de jazmin, Ramo de coral*, ¿ en dónde estáis ? » Viendo que nadie le respondia, se incorporó, dirigió una mirada á su alrededor, y al verse en un cementerio prorumpió con voz sobresaltada : « ¿ Qué es esto ? ¿ Nos hallamos ya en el dia del Juicio final, y resucitan los muertos ? » Ganem, á quien ella no habia visto todavía, se le acercó y le dijo respetuosamente : « Señora, grande es el gozo que me cabe por haberme encontrado en este sitio y haber podido tributaros los auxilios que vuestra situacion necesitaba ; » y en seguida para quitar todo recelo á la dama é inspirarle confianza, le dijo quién era, el motivo de haliarse en aquel paraje, y le refirió la venida de los esclavos con todos los demas detalles. Despues de haberle escuchado atentamente, la dama, que se habia cubierto el rostro con el velo al acercársele Ganem : — « Doy gracias á Dios, le dijo, de que se haya servido de un sugeto tan honrado para librarme de la muerte. Pero ya que habéis empezado la obra de mi salvacion, es necesario que la completéis sacándome de este lugar secretamente, y que me llevéis á vuestra casa en donde ya os contare quién soy; y tened entendido que no servís á una ingrata : mas como yo no puedo ir á pié porque mi traje llamaria demasiado la atención, el medio mas seguro es el de que me hagáis transportar encerrada en este mismo cofre ; id, pues, á la ciudad y alquilad una acémila adecuada. » Despues de haber colocado á la dama en el cofre, cerrándolo con las precauciones necesarias, Ganem fué corriendo á la ciudad y volvió en seguida con un macho, cuyo conductor le ayudó á cargar sobre él el cofre. Llegado sin ningun tropiezo á su casa, lo hizo colocar por sus esclavos en su cuarto, lo destapó y ayudó á salir de este encierro á la dama.

El aposento de Ganem, aunque muy bien alhajado, llamó

ménos la atencion de la dama, que el respeto, las maneras finas y la gallarda presencia de su libertador. Despues de haberse sentado en el sofá, se quitó el velo para darle una prueba de lo agradecida que le estaba, y alargándoselo á Ganem, le dijo : « Læd lo que está escrito en él ; así sabréis quién soy, y con este motivo os contaré mi historia. » Ganem tomó el velo y leyó estas palabras bordadas con letras de oro : « Soy vuestra, y vos sois mio, ¡ oh descendiente del tio del Profeta ! » Este descendiente era Harun Alraschid que descendia de Abbas, tio de Mahoma.

Luego que Ganem las leyó se le mudó el color y exclamó : « ¡ Ah señora ! no conozco todo el misterio que esas palabras encierran, pero si comprendo que habiéndoos dado la vida, yo recibo la muerte, porque, sin ofenderos, os confesaré que desde que os vi os entregué mi corazon con la esperanza de que mis desvelos, mis obsequios y mi amor ardiente me hiciesen un dia obtener el vuestro. Ya conozco que esto es imposible, y que mi desventura no tiene remedio. » Sin mostrarse ofendida la dama por esta declaracion, y haciéndose la desentendida : « Sabréis, le dijo, que me llamo *Tormento del alma*, nombre que me dieron al llevarme al palacio del kalifa en donde me he criado desde niña. Segun me fuí desarrollando, el Comendador de los Creyentes se aficionó á mí de tal manera que me hizo poner en una habitacion aparte, me dió veinte esclavas y otros tantos eunucos para servirme, y fuí tratada como una princesa. Aunque el kalifa ama á su esposa Zobeida y le guarda todas las consideraciones posibles, no por eso dejó de causarle celos esta predileccion y afecto del kalifa, y puso en juego todos los medios que pudo para deshacerse de mí; pero hasta ahora yo había conseguido frustrar todas sus asechanzas. Aprovechando la ocasion que le ha ofrecido la ausencia del kalifa, ha podido ganar sin duda á alguna de mis esclavas que me habrá suministrado ese narcótico, y le ha facilitado el medio de enterrarme viva; de modo que, sin vuestro auxilio, á estas horas habria perdido la vida. Es preciso, pues,

añadió, que tanto por vuestra propia seguridad, como por la mia, guardéis el mas profundo secreto sobre esta aventura, porque si la celosa Zobeida llegase á saber el servicio que me habéis hecho, no estarian seguras nuestras vidas. Cuando regrese de su expedicion militar el kalifa, ya hallaremos medio de poner en su conocimiento lo ocurrido. »

« Os doy gracias, señora, por la confianza que me dispensáis, le contestó Ganem. Por lo que á mi toca, podéis estar tranquila y segura de que no faltaré á ella. Respecto á mis esclavos, si les ha llamado la atencion la manera de introduciros en casa, como no saben quién sois, ni de dónde os he traído, y no es posible que lo adivinen, creerán que sois una esclava que he comprado, y que os he introducido en casa de ese modo para que no se enterasen los vecinos y que ellos mismos no os viesen. Miéntras estéis aquí, yo os serviré con el mayor esmero, y cuando vuestro augusto dueño haya regresado y os haya vengado de la celosa Zobeida, llamándoos á su lado, solo os ruego que no borréis de vuestra memoria al infeliz Ganem que tuvo la dicha de salvaros, y la desventura de quedar con el corazon aprisionado á vuestros encantos, al veros. »

Para mayor precaucion, Ganem no permitia entrar á sus esclavos en el cuarto en que estaba *Tormento*, pero como no siempre podia él prestarle sus servicios, se fué al mercado y compró dos esclavas para que la sirvieran. Comian juntos, y Ganem se retiraba por la noche á otro aposento.

Así estuvieron viviendo en esta intimidad respetuosa y fraternal hasta que regresó el kalifa, al que salió á recibir Zobeida vestida de luto con todas sus mujeres, como muestra del dolor que le habia causado, le dijo, la muerte de su esclava predilecta, en cuyo honor, añadió, habia hecho construir un mausoleo. El kalifa Harun Alraschi se afectó muchísimo al recibir la noticia de la muerte prematura de *Tormento del alma*, y quiso ir él mismo á rendirle un tributo de doloroso recuerdo. Despues de orar un momento al pié del mausoleo, mandó á llamar á los ulemas y ministros de la religion y les ordenó que

hiciesen exequias solemnes por su favorita. Durante un mes, por mañana y tarde, vestido de luto y acompañado por Giasfar, Mesrour y demás jefes de palacio, venía á asistir á las oraciones que los ministros recitaban y á la lectura que hacian los ulemas de los versículos de Alcoran.

Estas demostraciones fúnebres dieron lugar á que se extendiese por la ciudad la muerte de *Tomento*, y cuando llegó á oídos de Ganem : « Señora, le dijo á esta, os creen realmente muerta ; ¡ ojalá quisieseis serviros de este error para hacerme el hombre mas feliz, dignándoos unir vuestra suerte á la mia. Nos iríamos á vivir léjos de aquí y reinariais sobre mi corazon eternamente, pero, ¡ ah ! ¡ adónde me conduce mi desvarío, que me hace olvidar que habéis nacido para hacer la felicidad del príncipe mas poderoso de la tierra, y de que solo el kalifa Harun Alraschid es digno de poseeros ? Aunque consintieseis en ser mia, yo no debería permitirlo, sino tener presente que « lo que se ha hecho para el amo, el esclavo no debe tocar á ello. » La hermosa *Tomento* no era insensible á estos apasionados discursos, y se mostraba muy conmovida, pero guardaba silencio, limitándose á recomendar que se tomasen todas las precauciones posibles para evitar el que Zobeida llegase á saber que no había muerto.

Un dia que el kalifa se hallaba descansando y que dos esclavas velaban su sueño, una de ellas llamada *Aurora de la mañana* dijo en voz baja á su compañera *Estrella vespertina* : « ¡ Hay grandes novedades ! y cuando se despierte nuestro amo y señor y yo se las comunique se ha de regocijar mucho al saberlas. *Tomento del alma* no ha muerto : vive y goza de salud completa. — ¡ Oh cielos ! exclamó en alta voz *Estrella vespertina* sin poder contenerse. ¡ Cómo ! ¿ es posible que la sin par hermosa, la hechicera *Tomento* respire todavía ? » Su exclamacion hizo despertar al kalifa que les preguntó por qué habian interrumpido su sueño. « Señor, ruego á Vuestra Majestad que me perdone, porque ha sido tan vehemente el arrebato de júbilo que he sentido al oir que *Tomento del*

alma vivia todavia, que no he sido dueña de mi misma, » le contestó *Estrella respertina*. — « Pues si no ha muerto, ¿ qué es de ella ? ¿ en dónde está ? » preguntó ansioso el kalifa. — « Caudillo de los Creyentes, respondió *Aurora de la mañana*, anoche recibí por manos de un desconocido una carta sin firma, pero cuya letra es de *Tormento*, rogándome que la pusiese en vuestras manos ; y en ella me cuenta su pavorosa historia y el modo milagroso de haber salvado su vida. Esperaba que Vuestra Majestad hubiese tomado algunos momentos de reposo que tanto necesita para... — Dame, dame esa carta pronto, le interrumpió el kalifa, y has hecho muy mal en no habérmela entregado tan luego como la recibiste. »

Harun Alraschid leyó con avidez la carta de su esclava favorita en la que esta relatada muy por extenso todo lo que le había sucedido, y realzaba, quizas demasiado vivamente, los servicios que Ganem le había hecho. Naturalmente arrebatado y celoso, en vez de hacer alto en la inhumanidad y superchería de Zobeida, Harun Alraschid no vió mas que la infidelidad de su adorada *Tormento* á quien juzgó culpable. — « ¡ Cómo ! exclamó encendido en ira ; ¡ mientras que yo paso las noches lamentándome de su perdida, ella paga mi cariño viviendo y solazándose con un jóven mercader bajo el pretexto de haberle salvado la vida, y tiene todavía la desvergüenza de decírmelo !.... ¡ Giasfar ! gritó, levantándose con ímpetu ; toma cuatrocientos hombres de mi guardia, le dijó al gran visir, cuando se presentó, infórmate dónde vive un comerciante de Damasco llamado Ganem, hijo de Abu-Ayub, apodérate de su persona, cárgale de cadenas y traéle á mi presencia, en compañía de mi esclava *Tormento* que vive con él hace cuatro meses. En seguida harás arrasar la casa hasta los cimientos. »

Cuando *Tormento del alma* vió venir á Giasfar con todo aquel aparato, « ¡ Ganem ! exclamó , ¡ estamos perdidos ! vienen á prendernos. No hay que perder tiempo, salvaos vos á lo menos, hacedlo por amor mio. Tomad el vestido de uno de vuestros esclavos, frotaos el rostro y los brazos

con hollin, y poneos sobre la cabeza esta vajilla. Creerán que sois un pinche ó criado del fondista y os dejarán pasar, y si os preguntasen al salir, por el dueño de la casa, decid sin titubear, que está aquí adentro. Haced lo que os digo, y no paséis pena por mí, que yo me arreglaré. » Aunque con repugnancia, por dejarla abandonada, Ganem hizo lo que le dijo *Tormento*, y el ardid le salió tan bien que hasta el mismo Giafar, con quien se encontró al salir, se apartó á un lado para dejarle pasar, y los demás hicieron lo mismo.

Miéntras que los soldados de Giafar, despues de haber rodeado la casa, la registraban minuciosamente, el gran visir entró en el apòsento en que estaba la favorita del



kalifa, la cual, al verle, se adelantó hacia él y le dijo « Señor, dispuesia estoy á conformarme con la voluntad

del Comendador de los Creyentes, y á recibir la muerte. — Señora, le contestó Giafar, inclinándose hasta el suelo, guárdeme Dios de haceros ningun daño, y no permita que os toque ni á uno de vuestros cabellos ninguna mano profana. No tengo órden mas que para conduciros á palacio, y llevarme al mismo tiempo á ese jóven mercader que vive en esta casa. — Marchemos cuando gustéis, le contestó *Tormento del alma*. En cuanto al mercader de quien habláis, á quien debo la vida, hace mas de un mes que partió para Damasco adonde le llamaban sus negocios comerciales. Al marcharse me dejó encomendados estos cofres, y yo le prometí el guardárselos hasta su vuelta. Os ruego, por lo tanto, que los hagáis llevar á palacio y poner á buen recaudo, á fin de que á su regreso yo pueda entregárselos y cumplir la palabra que le he dado. — Se hará como lo deseáis, » le contestó Giafar, é inmediatamente mandó llevar los cofres á palacio con órden de que se los entregasen á Mesrour.

Despues de haber tomado las disposiciones necesarias para el inmediato derribo de la casa, el gran visir se dirigió á palacio con *Tormento* seguida por las dos esclavas que la servian. En cuanto á los esclavos de Ganem, como nadie reparó en ellos, se marchó cada uno por su lado.

« Comendador de los Creyentes, dijo Giafar al kalifa, cuando llegó á palacio, se hallan cumplidas vuestras órdenes: la casa ha sido demolida, y aquí os traigo á vuestra esclava. En cuanto al jóven mercader, no ha sido posible el hallarle, porque parece que se marchó á Damasco hace ya mas de un mes. » Despechado por ver que Ganem se le había escapado, y fijo en la idea de que su esclava predilecta era culpable, el kalifa no quiso verla ni oirla, y mandó á Mesrour que la encerrase en uno de los calabozos de la torre.

En seguida, dando rienda suelta á la ira que le dominaba y á los deseos de venganza, tomó la pluma y escribió de su propio puño y letra á su primo el rey de Siria, Mahomed Zenebí, que era su tributario, diciéndole que tan pronto como recibiera su carta, hiciese prender á Ganem, hijo de

Abu-Ayub, comerciante de Damasco, que durante tres días mandase que le dieran cien palos y le paseasen por la ciudad á son de pregonero, y en seguida que se le enviase bien escoltado; que hiciese saquear su casa y despues arrasarla, y que si tuviere padre ó madre, hijos ó hermanos, que fuesen todos ellos expuestos á la vergüenza durante tres dias, y expulsados de Damasco con prohibicion de que nadie les diese asilo, sin incurrir en las penas mas severas.

Luego que Mahomed Zenebi se enteró de lo que el káliifa le ordenaba, aunque con gran sentimiento y repugnancia por su parte, tomó las disposiciones necesarias para ejecutar sus órdenes; y la desgraciada madre de Ganem y su hija *Encanto del corazon* que lloraban hacia tiempo por la perdida de su hijo y hermano, á quien ellas creian muerto, porqwo Ganem, desde que salió de Damasco, no había enviado á su madre noticias de su existencia, fueron expulsadas de su casa; esta fué completamente saqueada por la soldadesca y el populacho que se repartieron entre sí las ricas telas, las alhajas, los muebles, y el dinero que encontraron, todo en abundancia, y la casa fué despues arrasada. Las dos pobres mujeres, despojadas de sus vestidos y cubiertas con un saco de tela grosera, fueron paseadas por toda la ciudad con los piés descalzos, y conducidas fuera de ella á tres leguas de distancia, y abandonadas allí en el mas lamentable estado, sin que se les hubiese dicho el motivo de haber sido objeto de tratamientos tan bárbaros.

No sabiendo qué hacer, y careciendo de lo mas necesario para su existencia, se decidieron á dirigirse hacia Bagdad, mendigando, con la esperanza de saber en aquella ciudad alguna noticia de Ganem. El camino era bien largo, y penoso, pues tenian que pasar por Alepo, atravesar el Eufrátes, la Mesopotamia y el Mosul; pero con la ayuda de Dios y con los auxilios de las gentes caritativas que encontraban, que, al ver la juventud y la hermosura extraordinaria de *Encanto del corazon*, se compadecian de ellas y las socorrian, continuaron caminando dia y noche

sin detenerse mas que lo preciso para el necesario descanso.

El rey Zenebí que, como hemos dicho, era tributario y pariente del kalifa que le había dado el reino de la Siria, tan luego como hizo ejecutar todo cuanto en la carta le ordenaba, le mandó un correo extraordinario participándole el haber sido cumplimentadas sus órdenes, excepto en lo concerniente á Ganem, á quien no se había encontrado, le decía, y á quien su madre y hermana lloraban como muerto.

Esta desaparición del joven mercader y la ignorancia de su paradero exasperaban á Harun Alraschid y traían su ánimo inquieto y turbado ; or no poder vengarse del que él creía culpable, y alimentaba su irritación contra *Tormento del alma*, la cual continuaba encerrada en la torre, lamentándose dia y noche de su suerte desgraciada ; y sobre todo, de haber sido causa de la de su salvador. « ¡ Oh Ganem ! exclamaba sollozando en el silencio y la oscuridad de su encierro, ¡ qué es de ti, desgraciado Ganem ! ; Ay infeliz de mí ! yo he sido la causa de tu desgracia. Mas te hubiera valido haberme dejado morir en la tumba en que los celos de Zobeida me habían sepultado, en vez de haberme salvado ; y bien amargo es el fruto que has recogido de tu abnegación y tus desvelos, y del respeto y consideración que siempre me has guardado mirándome como una persona sagrada. El kalifa que debería compensarte por el servicio que me hiciste y por la conducta noble y generosa que has usado conmigo , te persigue de muerte, y te ves precisado á huir, perdiendo todos tus bienes, para librarte tu vida..... ; Ah kalifa ! ¡ kalifa injusto y bárbaro ! ¡ qué disculpa daréis el dia en que os encontréis con Ganem ante el tribunal del Juez Supremo, y cuando los ángeles os acusen de vuestra injusticia y tiranía, y den testimonio de la verdad, proclamando su inocencia ? De nada os servirá entonces ese poder absoluto y tiránico que estáis ahora ejerciendo, que hace temblar al mundo ; el justo, el inocente serán vengados, y vos seréis terriblemente castigado. » — Los sollozos y las lágrimas

mas le impidieron el proseguir quejándose. Su voz calló, pero continuaron sus gemidos y su llanto.

Así como acostumbraba Harun Alraschid recorrer la ciudad para informarse de lo que ocurría en ella, así también solía recorrer solo el palacio. En una de estas rondas, al llegar una tarde á la torre en que estaba encerrada su antigua esclava favorita, oyó hablar, y siendo naturalmente curioso se paró delante de la puerta del cuarto en que se oía la voz, y se puso á escuchar atentamente. Muy luego reconoció la voz de *Tormento del alma*, y no perdió ninguna de sus palabras. Lo que la oyó decir respecto á la noble conducta observada por Ganem le causó tal impresión, que no pudo dormir ni descansar aquella noche un solo instante, reflexionando sobre todo lo ocurrido; y como él se preciaba de ser equitativo y justo, llegó á temer que, dejándose dominar por un arrebato de celos y de ira, no hubiese faltado á la justicia de la que siempre se mostraba tan celoso, en el caso de que fuese cierto lo que había oido decir á su tan querida esclava. Con el fin de aclarar un asunto que tanto le importaba, á la mañana siguiente mandó á Mesrour que le trajese á *Tormento del alma*, mandato que se apresuró á cumplir el jefe de los eunucos con el mayor placer, porque profesaba particular afecto á la pobre encerrada, y sentía en el alma verla tan desgraciada.

Tan luego como *Tormento* se halló en presencia del kalifa, se arrojó á sus plantas con el rostro bañado en lágrimas y permaneció en esta postura sin proferir una sola palabra. El kalifa, sin mandarla levantar, le dijo : « *Tormento*, parece que me acusas de injusto. ¿Quién es el que, á pesar de las consideraciones y respeto que me ha guardado, en vez de ser recompensado, se halla en una situación lamentable? Habla, explícame lo que ha pasado, y sé franca. Ya sabes que si soy justiciero, también soy bondadoso. » La jóven, que por lo que le decía el kalifa conoció que la había oido quejarse, y que su irritación se había calmado : « Comendador de los Creyentes, le contestó, si he podido pronunciar alguna palabra

que no sea del agrado de Vuestra Majestad, le ruego que me la perdone, porque mi ánimo no ha sido el ofenderle en nada. Os diré, sin embargo, que la persona cuya inocencia y desventura deseáis conocer, es Ganem, hijo de Abu-Ayub, mercader de Damasco. Él fué quien me salvó la vida; él quien me ha dado asilo en su casa y me ha proporcionado cuanto me ha sido necesario. Presumo que desde que me vió tuvo la idea de ser mi esposo, si he de juzgar por el desvelo y el esmero con que se afanaba en servirme y agradarme; pero tambien debo hacerle la justicia que merece y confesaros que desde el momento en que supo que yo os pertenecia, me miró como una cosa sagrada, repitiendo continuamente : « ¡Ah señora ! al esclavo le está prohibido lo que pertenece al amo. » Desde ese momento, os repito, su abnegacion y su virtud no se desmintieron un solo instante; continuó sirviéndome y agasajándose con el mismo esmero que ántes, y su conducta estuvo siempre conforme con sus palabras. Sin embargo, ya sabéis, Caudillo de los Creyentes, como le habéis tratado, y sabéis tambien que de tamaña injusticia tendréis que dar cuenta un dia ante el tribunal de Dios. »

Sin mostrarse ofendido Harun Alraschid por un lenguaje tan osado, replicó : — « ¿Es cierto lo que me dices ? ¿puedo fiarne en las seguridades que me das de la conducta observada por Ganem ? — Si, contestó con vehemencia la jóven; podéis fiaros, porque os juro por lo mas sagrado, que no faltaria á la verdad; y para daros una prueba de mi sinceridad voy á haceros una confession que quizas no os será agradable el oirla, y por ella os pido perdon de antemano. Sabed que la noble conducta de Ganem, sus atenciones y desvelos, y el servicio que me habia prestado, enterneциeron mi corazon, y llegué á amarle : á pesar de que él lo conoció, y de que me amaba con pasion, léjos de aprovecharse de mi debilidad, supo refrenarse repitiendo sin cesar : « Lo que es del amo está prohibido al esclavo. »

Esta franca declaracion que hubiera enojado á cualquier otro soberano, léjos de irritar á Harun Alraschid, acabó

de desenojarle y le calmó completamente. Mandó levantar á *Tormento del alma*, y haciéndola sentar á su lado : — « Cuéntame, le dijo, todo lo que ha pasado, desde el principio hasta el fin ; no me ocultes nada, y sobre todo, dime la verdad. » La jóven predilecta le refirió entonces todo cuanto había ocurrido desde que Ganem la libró de la muerte en el cementerio hasta el momento de su fuga, á la que le confesó haber sido ella la que le había obligado, y el cómo la había ejecutado. Cuando concluyó, le dijo el kalifa :— « Creo que sea verdad cuanto acabas de referirme ; pero ¿ por qué has tardado tanto tiempo en hacerme saber tu paradero ? — Señor, le respondió *Tormento*, por precaucion, Ganem salia muy poco de casa é ignorábamos vuestro regreso. Despues , cuando lo supimos y yo me decidi á escribir á *Aurora de la mañana*, tardó muchos dias sin poder encontrar una ocasion oportuna para entregarle mi carta. — Basta, *Tormento*, le interrumpió el kalifa ; con lo que me has dicho quedo satisfecho, y conozco que procedí muy de ligero ; pero quiero enmendar mi yerro, indemnizando á ese jóven mercader por todo lo que ha sufrido, y recompensarle por el servicio que te hizo y el respeto con que te trató por consideracion á mi persona. Así, atendiendo á la ingenua confession que me has hecho, te le doy por esposo. » La jóven se arrojó nuevamente á los piés del kalifa para darle gracias por tan singular beneficio y despues se retiró á su antiguo aposento, en donde tuvo la satisfaccion de hallar intactos los cofres de Ganem que Mesrour había hecho llevar allí. Sus esclavas y eunucos la recibieron con muestras de la mayor alegría, é igual satisfaccion manifestaron de volver á verla sus otras compañeras.

Miéntras tanto, el kalifa había mandado al gran visir que hiciese publicar en Bagdad y en todas las provincias del imperio el indulto de Ganem, hijo de Abou-Ayub, mercader de Damasco, y la órden de que se presentase á recibir las recompensas que sus servicios merecian. A pesar de la publicacion de este bando imperial y de las diligencias que se hicieron para encontrar á Ganem, ni

este se presentó, ni nadie supo dar razon de su paradero. Entón̄ces *Tormento del alma* pidió permiso al kalifa para buscarle ella misma, y habiéndoselo concedido, tomó una bolsa con mil monedas de oro, y montada en una mula de las caballerizas del kalifa y acompañada por dos eunucos, salió de palacio, recorrió varias mezquitas distribuyendo copiosas limosnas á los necesitados y santones, encargándoles que rogasen á Dios por el buen éxito de su empresa, y se dirigió á casa del síndico de los mercaderes, que era un hombre muy caritativo, y empleaba la mayor parte de sus ganancias en socorrer á los extranjeros necesitados, albergándolos en su propia casa.

Tan luego como vió á *Tormento del alma* delante de la puerta, conociendo que era una dama de palacio, le hizo un rendido acatamiento, é informado por ella del objeto de su venida que era el de entregarle otras mil monedas de oro para auxiliar á las personas que él creyese dignas, exclamó: — « Señora, no podíais venir en mejor ocasión, porque ayer precisamente encontré dos pobres mujeres que llegaban á Bagdad de lejas tierras; venían tan extenuadas, que solo el verlas movía á compasión, y aunque cubiertas de andrajos, me parecieron personas distinguidas, ó por lo menos que no pertenecían á esa clase de pobres que estoy acostumbrado á ver todos los días. Esto me bastó para traérmelas á casa, encargando á mi mujer que cuidase de ellas. Si queréis tomaros la pena de apearos, las podréis ver y socorrerlas vos misma informándoos de quiénes son, pues, por no molestarlas, no hemos querido hasta ahora hacerles ninguna pregunta. » Sin saber por qué, *Tormento* se sintió impulsada á hacer lo que el síndico le decía. Bajó de la mula, é introducida en el aposento en que estaban las dos infelices, se sintió conmovida al verlas, y les rogó con palabras afectuosas que le contasen su historia y la causa de la desgracia en que se veian; desgracia, añadió, que ella estaba dispuesta á aliviar en cuanto le fuera posible.

« Señora, le contestó la mas anciana, sumamente enterneida, vuestro generoso ofrecimiento me consuela,

porque me hace ver que el cielo, de quien nos creíamos abandonadas, no nos ha desamparado por completo. Venimos de Damasco de donde hemos sido expulsadas con la mayor ignominia, después de habernos saqueado y arrasado nuestra casa, sin que sepamos por qué motivo. Solo hemos podido colegir que todas nuestras desventuras proceden de una esclava favorita del kalifa, llamada *Tormento del alma*, que dicen fué seducida por Ganem, hijo de Abou-Ayub y mio, y cuya muerte lloramos mi hija y yo amargamente. » Al oír estas palabras, *Tormento* no pudo contener sus lágrimas, y exclamó : — « Señora, esa esclava favorita del kalifa, á quien atribuís la causa de vuestras desdichas, soy yo misma que estoy dispuesta á compensároslas y hacéroslas mas llevaderas. Ignoro yo misma el paradero de Ganem, y no sé si existe ; pero sabed que ha sido reconocida y proclamada su inocencia y que el kalifa ha hecho publicar un edicto en todas las provincias del imperio, no solo indultándole de un crimen que no había cometido, sino mandando que se presente para recibir la recompensa del servicio que me hizo salvándome la vida ; siendo una de las recompensas la de recibir mi mano que el kalifa le otorga. Así, señora, añadió, abrazando cariñosamente á la madre de Ganem, porque eran ella y su hija las dos mujeres que había recogido el síndico cuando llegaban á Bagdad, podéis considerarme desde este momento como esposa de Ganem é hija vuestra. » Sorprendida, se quedó la madre de Ganem al oír estas palabras, y no supo qué responder. Despues que *Tormento* la tuvo largo rato abrazada, enjugó sus lágrimas, é hizo igual demostracion de cariño con *Encanto del corazon* : « Cesad de afligiros, señoras, y enjugad vuestro llanto, les dijo, que ya encontraremos á Ganem, y miéntras tanto sabed que de cuanto poseia aquí nada se ha perdido ; todo está en mi aposento, en el palacio del kalifa, que tiene tantos deseos como nosotras mismas de ver á Ganem.

El síndico de los mercaderes, que había salido á sus quehaceres, volvió á entrar en el aposento en que estaban las mujeres, y le dijo á *Tormento* : — « Señora, al atravesar la

calle, me he encontrado con un desgraciado que le llevaban al hospital amarrado con cuerdas sobre un camello, pues su debilidad era tan grande que ni aun podía sostenerse solo. Me dió compasión el verle, y mirándole con atención, me pareció que su fisonomía no me era desconocida. Esta circunstancia y el triste estado en que se hallaba me decidieron á traerle á casa en donde será mejor asistido que en el hospital, mediante vuestro generoso auxilio. Le he hecho algunas preguntas acerca de su situación y familia, pero solo me ha respondido con ayes y gemidos, y en vista de su estado no he querido insistir. Vos que sois tan generosa y tan caritativa, podriais entrar á verle, y tal vez con vos se mostraria mas expansivo. » *Tormento* siguió al síndico al cuarto en que había puesto al enfermo, y así que entró y le vió, le dió un vuelco el corazón. Estuvo mirándole largo rato atentamente, y creyó reconocer á Ganem, pero se hallaba el infeliz tan demacrado, tan desfigurado y tan diferente de como ella le había visto, que dudaba fuese el mismo. Con el corazón palpitante exclamó, al fin :—« ¡Ganem ! ¡Ganem ! ¿sois vos el que estoy viendo, ó es una ilusión de mi deseo ? » Al ver que el enfermo continuaba con los ojos cerrados y no la respondía, volvió á hablarle de nuevo diciéndole :—« ¡Ah ! sin duda que mis ojos me engañan, pues de otro modo, Ganem, el hijo de Abou-Ayub, oiria la voz de *Tormento del alma* y le responderia. » Al nombre de *Tormento*, el enfermo, que era en efecto Ganem, abrió los ojos, y haciendo un esfuerzo, exclamó, mirando á la joven que estaba de pie á la cabecera del lecho :—« ¡Ah ! señora ; ¿sois vos la que me hab'a, ó... » no pudo proseguir y se quedó desmayado.

Merced á los auxilios que le prodigaron, volvió en sí, y no viendo ya á *Tormento* á quien el síndico había rogado que saliese fuera del aposento, empezó á lamentarse tomando por una ilusión lo que había visto y oido.—« No es una ilusión, no es un sueño, le dijo el síndico ; ya volveréis á ver á esa dama tan pronto como vuestro estado lo permita. Por el momento, calmaos y tratad de recobrar las fuerzas perdidas. »

Cuando *Tormento* dijo á la madre de Ganem que el extranjero enfermo era su hijo, fué tan profunda la emoción que le causó esta noticia, que la hizo perder el sentido...

Señor, dijo Gerenarda al sultán Chabriar, son indescriptibles las escenas de ternura y de júbilo que pasaron entre estas cuatro personas tan milagrosa y providencialmente reunidas. *Tormento del alma*, después de haber encargado al síndico que proveyese de cuanto necesitasen á Ganem y á su madre y hermana, mandase hacerles un equipo lujoso, dió cuenta al kalifa Harun Alraschid de todo lo que le había ocurrido en casa del síndico de los mercaderes. — « Mucho me alegro, le dijo el kalifa, que tus gestiones hayan tenido éxito tan satisfactorio. En cuanto su estado se lo permita, quiero ver á Ganem y á su familia; te renuevo mi promesa de que serás su esposa, y te declaro que desde este momento dejas de ser mi esclava, y eres libre. »

El gozo de verse reunidos, y la perspectiva de volver á encontrarse en la situación que ántes tenían, contribuyó eficazmente para que Ganem y su familia recuperasen su salud y sus fuerzas perdidas en muy pocos días, y para que *Encanto del corazón* volviese á recobrar su sin par hermosura.

Cuando se presentaron ante el kalifa conducidos por el gran visir, Harun Alraschid quiso oír de boca del mismo Ganem todos los pormenores de su encuentro con *Tormento del alma* en el cementerio, y las demás aventuras que le habían sucedido. Ganem hizo su relación en un lenguaje y en unos términos que agradaron mucho al kalifa, tanto mas cuanto que los minuciosos detalles que dió coincidían por su exactitud con lo que ántes le había contado su esclava favorita. Mandó que le diesen un rico vestido y le dijo que deseaba verle permanecer en su corte. — « Caudillo de los Creyentes, le respondió Ganem, inclinándose hasta tocar el suelo con la frente, el esclavo no tiene mas voluntad que la de su amo y señor, y su mayor dicha debe ser la de complacerle. » Esta respuesta y la

gallarda presencia del jóven agradaron en extremo á Harun Alraschid. Fijando en seguida la vista en la madre de Ganem y en la hermana *Encanto del corazon*, y mirando á esta con particular atencion, quedó sorprendido de su grande hermosura. Despues de haberla estado contemplando largo rato con muestras de grande admiracion : « Siento en el alma, le dijo encarándose con ella, el haber sido causa de las vejaciones y penas que habéis sufrido ; pero ya que ha sido grande el quebranto, será mayor la reparacion. Quiero que seáis mi esposa. De este modo seréis vengada de Zobeida, causa primera y origen de vuestras desventuras ; y vos, señora, añadió, dirigiéndose á la madre de Ganem, todavia sois jóven y de buen parecer. Os entrego á Giafar, y espero que no rehusaréis ser la esposa de mi gran visir. Tú, *Tormento del alma*, perteneces á Ganem. Todas estas personas se postraron de nuevo á los piés del kalifa y le dieron gracias con la mayor efusion. *Encanto del corazon* le dijo. — « Señor, con ser solo vuestra esclava me tendrá por feliz. — No, le contestó Harun Alraschid, quiero que seas mi esposa. De este modo castigaré á Zobeida. »

En seguida mandó venir al gran Mustí y al cadí de palacio para extender las actas correspondientes y cumplir todas las formalidades requeridas por la ley para la celebracion de este triple casamiento, y ordenó á uno de sus secretarios que consignase esta historia en los anales de su reinado, que es de donde se ha tomado, y el público la ha llegado á saber, así como otras aventuras no menos originales ocurridas á este ilustre kalifa, que me propongo referir á Vuestra Majestad.

EPISODIOS DEL REINAOD DEL KALIFA HARUN ALRASCHID

Ya sabéis, señor, empezó diciendo Gerenarda al sultan Chabriar, despues de terminada la historia de Ganem, que el Comendador de los Creyentes Harun Alraschid tenia la

costumbre de recorrer la ciudad de Bagdad y sus inmediaciones, bajo diferentes disfraces. Uno de esos días en que, después de haber atravesado el Eufrátes en un barquichuelo, se volvía á la ciudad pasando por el puente, apercibió en uno de sus extremos á un anciano ciego que pedía limosna. El kalifa se le acercó, y le puso en la mano una moneda de oro. Al recibirla y darle las gracias, el ciego retuvo la mano del kalifa, y le rogó que le diera un bofetón, añadiendo que, si no lo hacía así, no recibiría su limosna. Atónito se quedó el kalifa al oír la exigencia del ciego. — « Buen hombre, le dijo, yo no puedo acceder á lo que me pides, porque eso sería ultrajarte en vez de favorecerme, y quitaría todo su mérito á mi limosna. — Pues si no lo hacéis así, contestó el pordiosero, guardad vuestro dinero, porque yo no puedo recibirlo sin faltar al juramento solemne que he hecho de imponerme este castigo, bien leve, á la verdad, para lo que merezco. »

Por no estar más tiempo detenido, y avivada su curiosidad por otra parte, Harun Alraschid tocó ligeramente la mejilla del ciego, que le soltó en seguida, renovando sus gracias y bendiciones. Luego que hubo andado algunos pasos le dijo á Giafar :— « Preciso es que sea muy grave el motivo que induce á ese hombre á tener una exigencia tan original con las personas que le socorren, y desearia saberlo. Vuélvete y dile que mañana se presente en palacio á la hora de la audiencia. » Hizo así el gran visir después de haber dado al ciego otra moneda de oro acompañada con un bofetoncillo. Los dos observadores continuaron su camino, y al pasar por una plaza vieron apiñada una multitud de gente que estaba mirando á un joven montado en una yegua á la que hacía galopar al rededor de la plaza, pero maltratándola al mismo tiempo atrocemente con látigo y con espuelas. Disgustado al ver la inhumanidad con que aquel joven trataba al pobre animal, el kalifa preguntó por qué hacía aquello, pero nadie supo responderle, solo le dijeron que todos los días, á la misma hora, hacía ejecutar á la yegua aquel fatigoso ejercicio. « Pues yo quiero saberlo, le dijo al gran visir, añadiendo, mándale presentarse

mañana en palacio á la misma hora que el ciego. » Cumplida por Giafar esta orden, siguieron su camino, y al llegar cerca de palacio llamó la atención del kalifa una suntuosa casa recién construida. Quiso saber a quién pertenecía aquel edificio, y le dijeron que a Cojia-Hassan-Alhabal el *cordelero*, hombre a quien todos habían visto ejercer este modesto oficio y vivir en la mayor pobreza, pero que de la noche a la mañana la fortuna le había sonreido de tal manera que en el dia era inmensamente rico. — « Quiero saber de dónde le ha venido a ese hombre su riqueza, le dijo a Giafar. Dale orden de que mañana se presente en palacio á la misma hora que el ciego del puente y el joven de la yegua. »

Introducidos al dia siguiente los tres citados por Giafar en la sala de audiencia, hechas por ellos las debidas demostraciones de respeto, el kalifa, dirigiéndose al ciego pordiosero, le preguntó como se llamaba, y cuál era el motivo que le inducía a pedir limosna de un modo tan poco en armonía con la caridad misma; modo que hacía escandalizar a todas las personas que le socorrian.

Algo atemorizado el ciego por las palabras del kalifa dichas en un tono que indicaban cierto descontento, volvió a postrarse de nuevo y respondió: -- « Señor, mi nombre es Babá-Abdalá, y pido humildemente perdon a Vuestra Majestad por el disgusto que le he causado ayer, forzándole a ejecutar un acto tan poco conforme con sus nobles y caritativos sentimientos; pero cuando sepa el motivo por que me he impuesto yo mismo este afrentoso castigo, conocerá que es bien leve para lo que mi modo de obrar merecía; y puesto que deseáis saber este motivo, voy a obedecer a Vuestra Majestad, y a referírselo. »

HISTORIA DEL CIEGO BABÁ-ABDALÁ, EL CODICIOSO

Comendador de los Creyentes, empezó diciendo el ciego pordiosero, he nacido en Bagdad en donde, con la

herencia que mis padres me dejaron y mi industria, llegué á tener un caudal regular y fui dueño de ochenta camellos que alquilaba á los mercaderes de las caravanas que se dirigian á los diferentes puntos de vuestro dilatado imperio, y ganaba mucho dinero.

Un dia que volvia de retorno con mi recua vacia, me detuve en un paraje ameno para hacer pastar á mis camellos, y yo me senté al pie de un árbol no lejos de una fuente. Al poco rato llegó un dervis, y despues de habernos saludado, sacamos nuestras provisiones y nos pusimos á comer fraternalmente. Luego que concluimos, mirando el dervis mi numerosa recua, me dijo que él conocia un sitio no lejos del en que estábamos en donde habia un tesoro de tan inmensas riquezas que, despues de haber cargado mis ochenta camellos con oro y joyería, aun quedarian bastante para cargar otros doscientos. Arrebatado de gozo me arrojé al cuello del dervis y le supliqué que me enseñara el sitio, ofreciendo darle un camello cargado en agradecimiento. El dervis no se escandalizó por mi mezquino ofrecimiento, porque conoció que la codicia me hacía perder el buen sentido; solo me respondió:— « Hermano, ya debéis conocer que vuestra oferta no guarda proporcion con el servicio que me pedís. Yo podria guardar mi secreto y aprovecharme solo del tesoro, pero para que veáis que os quiero bien, y deseo hacer vuestra fortuna, voy á proponeros un medio para que todos quedemos contentos. Iremos al lugar donde está el tesoro, y cargaremos los ochenta camellos; vos me daréis cuarenta y os quedaréis con otros cuarenta, y despues nos separaremos, siguiendo cada uno su camino. » Esta proposicion tan justa y razonable me pareció á mí muy dura, sin reflexionar que si yo le daba cuarenta camellos, él me procuraba riquezas bastantes para comprar dos mil si quisiera. En fin, aunque con dolor de corazon, accedí á ello para no tener que arrepentirme despues, de haber desperdiciado la ocasion de hacerme rico.

Reuní mis camellos y nos dirigimos á un valle profundo,

circunvalado por unas montañas escarpadas y altísimas, en el que entrámos atravesando un desfiladero tan estrecho que solo un camello podía pasar de frente. El dervis hizo un haz de leña con las ramas secas que recogió en el valle, lo colocó sobre un trozo de roca saliente y le prendió fuego por medio de unos polvos aromáticos que echó encima pronunciando al mismo tiempo ciertas palabras que yo no pude comprender, y cuando la hoguera



estuvo bien encendida con, no poca sorpresa mia, el trozo de roca giró como si fuera una puerta con goznes, y apareció

á nuestra vista el mas suntuoso palacio que la imaginacion pueda figurarse; obra mas bien hecha por uno ó muchos genios que no por mano de hombres.

Entramos en su recinto, y lo primero que se ofreció á mi vista deslumbrada, fueron unos montones de oro sobre los que mi codicia se arrojó como un águila sobre su presa, y empecé á llenar los sacos que llevaba. El dervis hizo otro tanto; pero habiendo notado que elegía, con preferencia al oro, las piedras preciosas y joyas de toda especie que abundaban, yo imité su ejemplo. Cuandc los camellos estuvieron cargados, ántes de cerrar la entrada del palacio, el dervis metió la mano en uno de los jarrones de oro que allí había, y sacó de él una cajita de madera de sándalo que, segun me hizo ver, contenía una pomada, y se la guardó en el bolsillo. Luego volvió á cerrar el palacio sirviéndose del mismo medio empleado para abrirlo. Despues nos repartimos los ochenta camellos, salimos del valle, y emprendimos nuestra marcha cada uno por su lado.

No bien había andado unos cien pasos cuando, por el espíritu de la codicia mas desenfrenada, empecé á arrepentirme de haberle dejado mis cuarenta camellos, sobre todo con la preciosa carga que llevaban, y resolví el quítarselos por buenas ó por malas. — « El dervis no necesita esas riquezas, me decia á mí mismo, conoce el tesoro en donde podrá tomar otras tantas cuando tenga gana. » Hice parar mis camellos, y me volví atras corriendo y gritando al dervis para que se detuviera. Habiendo oido mis gritos y viéndome venir, se detuvo. Cuando llegué le dije : — « Querido dervis, he reflexionado que siendo un hombre tan poco acostumbrado á los trabajos de la vida del mundo, os ibais á ver en el mayor embarazo para la conducción de los cuarenta camellos. Si me queréis creer, quedaos con treinta solamente, y aun así estoy cierto que os veréis en los mayores apuros para guiarlos y cuidarlos. — Creo que tenéis razon, me respondió el dervis, os confieso que no había reflexionado en ello. Escogez los diez que mas os acomoden, llevaoslos, y Dios os guarde. »

Separé diez camellos que incorporé con los mios ; pero lejos de darme por satisfecho con esta adquisicion, mi codicia se inflamó al ver la condescendencia que había encontrado en el dervis ; volví otra vez atras y le hice poco mas ó menos el mismo razonamiento, exponiéndole la dificultad que tendria para gobernar los camellos, y me llevé otros diez. No me di por contento, y semejante al hidrópico que cuanto mas bebe se halla mas sediento, así mi codicia aumentaba en proporcion de la condescendencia y facilidad con que el dervis me cedia los camellos que le iba pidiendo bajo aquel especioso pretexto. Por ultimo, cuando ya me cedió los diez únicos que le quedaban, y volví á hallarme dueño de los ochenta camellos cargados con oro y pedrería, cuyo valor me haria el hombre mas rico de la tierra, el dervis, al entregarme los últimos, me dijo : — « Haced buen uso de estas riquezas, y acordaos que Dios que os las ha dado lo mismo puede privaros de ellas, si no las empleáis en socorrer á los necesitados á quienes deja al parecer en desamparo para ejercitar con ellos la caridad de los ricos, y hacerse merecedores, por este medio, de una recompensa mayor y eterna en el paraíso. » ; Ah ! mi codicia era tan extraordinaria y había ofuscado de tal modo mi entendimiento y mi razon, que en lo que menos pensaba era en aprovecharme de aquellos buenos consejos, así es que, al darle gracias por la cesion de mis camellos, y al despedirme de él, me acordé de aquella cajita que le había visto guardar con tanto esmero y presumiendo, que debia tener alguna virtud maravillosa la pomada que contenía, le rogué que me la diera, porque « un santo hombre como vos, le dije, que ha renunciado á las vanidades y afeites del mundo, no necesita pomadas de ninguna especie ; » resuelto en mi interior á quitársela por fuerza en el caso que no me la diese buenamente.

Léjos de rehusarme lo que le pedía, el dervis sacó la cajita del bolsillo y me la presentó diciéndome : — « Tomazla, hermano mio, y que no sirva el negárosla de motivo para que quedéis descontento, y si algo mas puedo

hacer por vos, no tenéis mas que decírmelo, pues dispuesto estoy á complaceros. »

Cuando tuve la cajita entre mis manos la abrí, y mirando la especie de mantequilla que contenía, le dije : — « Puesto que es tan grande vuestra bondad y condescendencia, os ruego que me digáis qué virtud especial tiene



esta mantequilla. — Una muy maravillosa, me contestó el dervis. Frotando con ella el ojo izquierdo y cerrando el

derecho se ven distintamente todos los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra; pero frotando el ojo derecho se pierde completamente la vista. » — Yo creí que el dervis me engañaba, y quise hacer la experiencia por mí mismo. Le entregué la cajita y le dije que, como él debía entender esas cosas mucho mejor que yo, le rogaba que me frotase con la pomada el ojo izquierdo.

El dervis hizo lo que yo le pedía, y en efecto, apénas me hubo frotado el ojo con la pomada cuando aparecieron á mi vista tantos y tan diversos tesoros, tantas riquezas sepultadas y escondidas, que yo me quedé asombrado, y mi codicia se encendió de nuevo y llegó á su último paroxismo. No me cansaba de contemplar riquezas tan infinitas, pero como me era preciso tener cerrado y cubierto con la mano el ojo derecho, y esto me fatigaba, creyendo que con los dos ojos vería aun muchos mas tesoros de los que veía con uno solo, rogué al dervis que me frotase con la pomada el ojo derecho. — « Ya os he dicho, me contestó, que si aplicáis la pomada al ojo derecho, perderéis la vista. — ¡Bah! le repliqué yo, eso lo decís para intimidarme, pero yo no lo creo. » Entónces el dervis, tomando á Dios por testigo de que me decía la verdad, cedió á mis instancias. Yo cerré el ojo izquierdo, el dervis me frotó con la pomada el derecho, y cuando los abri, ¡ah! ya no vi más que una densa niebla que oscurecía mi vista, y me halle completamente ciego.

Aunque tarde, conocí que el miserable deseo de riquezas me había perdido y maldije mi desmesurada codicia. Me arrojé á los piés del dervis. — « Hermano, le dije, vos que sois tan bueno, tan generoso y compasivo, entre los muchos secretos que conocéis debéis saber alguno que me devuelva la vista; ¡empleadlo y haced esa caridad conmigo! — ¡Desventurado! me respondió, ¿no os previne de antemano, y no hice todos mis esfuerzos para preservaros de vuestra desdicha? desdicha ocasionada por vuestra insaciable codicia. Conozco, sí, muchos secretos, como habéis podido ver en el tiempo que hemos estado reunidos; pero no sé ninguno capaz de devolveros la vista.

Vuestra desgracia la tenéis bien merecida, puesto que la ceguedad de vuestro corazon y de vuestro entendimiento os ha acarreado la de la vista. Volveos á Dios y pedidle misericordia, porque él solo es el que puede hacerosla recobrar. Os habia colmado de riquezas que erais indigno de poseer, y os las ha quitado por el mal uso que vuestra codicia habria hecho de ellas. Yo las repartiré ahora entre personas verdaderamente necesitadas y agradecidas. »

En seguida reunió mis ochenta camellos y prosiguió con ellos su camino, dejándose solo y desamparado sin atender á mis gritos y ruegos para que me llevase consigo. Así pasé toda la noche atormentado por un tardio arrepentimiento, y allí habria quizás perecido, si unos viajeros que pasaron al dia siguiente con dirección á Bagdad, compadecidos de mí, no me hubiesen recogido.

Desde entonces, reducido á mendigar mi sustento, hice juramento de no recibir ninguna limosna si no iba acompañada de un bofetón al mismo tiempo, como castigo, bien leve á la verdad, de mi desmesurada é insaciable codicia y de mi odioso y criminal proceder. Hé ahí, Comendador de los Creyentes, el motivo de una conducta que ha debido pareceros tan extraña, y me ha hecho incurrir ayer en vuestro desagrado, por lo cual os pido perdón humildemente. — « Babá-Abdalá, le dijo el kalifa cuando el ciego concluyó su relación, tu modo de conducirte con el dervis merecía seguramente un severo castigo, y Dios te lo ha impuesto, quitándote la vista. No quiero, sin embargo, que continúes pidiendo limosna de una manera que escandaliza á las personas caritativas. Te señalo una pensión de cuatro dracmas de plata diarias, de mi bolsillo particular, mientras vivas, las cuales mi gran visir cuidará de entregarte. Tu pecado de avaricia es grave; pero ya que lo has conocido, podrás continuar en secreto pidiendo á Dios misericordia, é imponiéndote la expiación y el castigo que tu conciencia te dicte. » El ciego Abdalá se postró de nuevo ante el trono del kalifa para darle las gracias por su munificencia, y se retiró alabando á Dios y bendiciendo al Comendador de los Creyentes.

Dirigiendo en seguida la palabra al jóven de la yegua, maltratada, citado por Giasfar, el kalifa le preguntó cómo se llamaba y qué motivos tenía para tratar de la mala manera que él había presenciado á la yegua que montaba.

— « Tu aspecto no es el de un hombre bárbaro y cruel, le dijo, lo que me induce á creer que, al ejercitar á tu yegua de una manera tan poco conforme con lo que generalmente se practica, debes tener alguna razon plausible para ello, y como deseo saberla, espero que me la digas sin temor y con llaneza. » — El jóven se postró hasta tocar el suelo con la frente, y sin poder disimular su cortedad y embarazo, le respondió diciendo : « Comendador de los Creyentes, confieso que el trato que doy á mi yegua, hace algun tiempo, es inusitado y cruel á primera vista ; pero cuando haya puesto en conocimiento de Vuestra Majestad los motivos que me impulsan á obrar de esta manera, espero que conocerá que no lo hago por perversidad de corazon y de malos sentimientos, sino que tengo sobrada razon para ello, como podréis juzgar despues de haber oido la extraña aventura de mi vida desgraciada, que voy á referiros.

HISTORIA DE SIDI-NOMAN, EL HOMBRE-PERRO

No soy de noble alcurnia y me llamo Sidi-Noman, empezó diciendo el jóven de la yegua, sino hijo de padres honrados que al morir me dejaron, con su honradez, un caudal suficiente para vivir con desahogo, y sin ser gravoso á ninguno de mis parientes. Sin ambicion y sin costumbres ruinosas, lo único que me faltaba para completar la dicha de que gozaba era una mujer en quien depositar mi cariño, compartiendo con ella mis comodidades y mis bienes. Aceptada por mí una jóven hija de buenos padres, que me propusieron algunos amigos, cuando me la entregaron en mi casa con las formalidades de costumbre y se quitó el velo, me encontré con que me

habia caido en suerte una mujer que no era ni contrahecha, ni mal parecida, y me di por muy satisfecho al ver que no me habian engañado con sus informes las personas que habian arreglado mi casamiento.

Cuando, pasadas las fiestas de la boda, quedámos solos é hicimos juntos la primer comida, vi con la mayor sorpresa que mi mujer empezó á comer el primer plato que nos sirvieron, que era arroz, no con la cuchara que todos empleamos, sino sirviéndose de un palillo ó mondadiéntes, como el que usan los chinos, con el cual solo tomaba un granito cada vez. Admirado de semejante modo de comer, le hice algunas observaciones cariñosas.— « Querida Zelima, le dije, pues así se llama ¿ por qué coméis con esa parsimonia ? ¿ lo hacéis por economía, ó porque queréis contar los granos de arroz que tomáis para comer siempre el mismo número? Si lo hacéis por ahorrar, ó para darme á entender que no sea pródigo, no necesitáis imponeros esa privacion, porque, gracias á Dios, tenemos mas que lo suficiente para vivir con comodidad, y yo no soy pródigo, ni gastador. Así, pues, comed como yo hago y no os impongáis esa privacion. » En vez de responderme, continuó tomando grano por grano el arroz, con mayor lentitud todavía; y de los otros manjares que nos sirvieron, ni siquiera los probó, limitándose á meter su palillo en la salsa y llevárselo á la boca con una migajita de pan que un gorrion hubiera podido tragiar. Por no disgustarla, yo no volví á hacerle ninguna otra observacion, y atribuí su modo de obrar á cortedad, por no estar acostumbrada á comer delante de hombres, y ménos en presencia de un marido ante quien, tal vez, le habian recomendado con exageracion que fuese sobria y contenida.

Al ver que en los dias siguientes su parsimonia continuaba, á pesar de mis amonestaciones cariñosas, como era imposible el que una persona pudiese vivir con solo una ó dos docenas de granos de arroz, empecé á cavilar sobre un fenómeno tan particular, y á estar inquieto y desasosegado, proponiéndome vigilar á mi esposa, sin volverle á hacer ninguna observacion. Una noche en que

esta cavilacion me tenía desvelado, creyéndome ella profundamente dormido, se levantó muy despacito, se visitó sin hacer el menor ruido y se salió del aposento. Yo salté del lecho, me puse un ropón apresuradamente, y me fui en su seguimiento. Mi mujer se salió de casa dejando la puerta abierta, y se dirigió á un cementerio contiguo. Yo me encaramé sobre la tapia, y gracias á la claridad de la luna, pude distinguir á mi mujer al borde de una sepultura en compañía de una bruja : entre las dos removieron la tierra y sacaron un cadáver recien enterrado, y la bruja, con sus uñas aceradas como las garras de un tigre, empezó á arrancar pedazos de carne del cadáver y á dárselos á mi mujer que los devoraba y saboreaba con el mismo placer y la misma avidez que hubiera podido hacer una hiena.

Horrorizado me quedé al presenciar tan repugnante espectáculo, y estuve á punto de caerme de la tapia en que estaba subido. Luego que concluyeron su hedionda comida, volvieron á echar en la fosa los restos del cadáver y le cubrieron con tierra. Yo me apresuré entonces á volver á casa y me acosté. Mi mujer llegó al poco tiempo, se desnudó, y metió en el lecho con las mismas precauciones, y luego se quedó profundamente dormida.

Yo no pude volver á conciliar el sueño : me repugnaba hallarme al lado de una mujer á quien había visto hacer una comida tan sacrílega, y en cuanto amaneció me salí de casa, y me fui á pasear á los jardines pensando en los medios que adoptaría para hacer cambiar á mi mujer de vida. Deseché los violentos, y me decidí por los persuasivos. Sentados á la mesa, y al ver que mi mujer sacó su palillo y empezó á comer los granos de arroz uno á uno :— « Querida mia, le dije, ya te manifesté desde el primer dia el disgusto que me causaba el verte comer de esa manera, ó por mejor decir, el ver que no comias. ¿ No son variados y de tu gusto los platos que nos sirven ? pues manda que hagan los que mas te agraden, y no continúes causándome el mismo sentimiento. Dime, querida, ¿ no es preferible cualquiera de estos manjares á la carne de muerto que ?... » No pude

concluir; apénas Zelima me oyó pronunciar estas últimas palabras se levantó con ímpetu de la mesa, con el rostro encendido por la cólera y los ojos centelleantes, tomó una copa llena de agua, echó en ella unos polvos rojos que sacó de su bolsillo, pronunció no sé qué conjuro, y arrojándomela al rostro, exclamó con furia : — « ¡Miserable! recibe el castigo que merece tu curiosidad indiscreta. ¡Conviértete en perro! »



No bien me sentí rociado por el agua, cuando me encontré transformado en mastín. Todo ésto sucedió en menos tiempo que el que yo empleo en referirlo, y mi mujer,

acto continuo, agarró un látigo y empezó á maltratarme. Al ruido y á los aullidos que yo daba, acudieron los criados, los cuales, armándose tambien con palos, me sacudian sendos garrotazos, de modo que no sé cómo no perdi la vida. Acosado por todas partes, y viendo una de las ventanas del comedor abierta, salté por ella, me arrojé á la calle y eché á correr despavorido, magullado y aullando con la fuerza de los dolores que me causaban los palos y latigazos que había recibido.

Viéndome perseguido por otros perros que acudieron á mis lastimeros ladridos, para librarme de sus mordiscos me refugié en la tienda de un panadero, el cual los ahuyentó, y yo me cobijé debajo del mostrador. El panadero era hombre de buen corazon, me acarició, y como estaba almorzando me echó un mendrugo de pan. La paliza que había sufrido en mi casa, los mordiscos de los otros perros y las carreras que había dado, me habian quitado completamente el apetito; pero para mostrarme agraciado al panadero le miré de un modo particular, menéé la cola é hice otras demostraciones que le agradaron mucho, y volvió á acariciarme sonriendose. Luego comí el zoquete de pan muy despacito, y cuando acabé de comerlo volví á mirarle como para solicitar su proteccion; él lo comprendió así y me la concedió indicándome con la mano un sitio en la tienda en donde no podia estorbarle, y yo me apresuré á tomar posesion de él inmediatamente. Como yo me mostraba muy suniso y le seguia á todas partes, se aficionó á mí de tal manera que no almorzaba ni comia sin dejar de darme una buena racion.

Ya hacia tiempo que vivia en aquella casa bien tratado por el panadero, cuando un dia entró una mujer á comprar pan y dió en pago una moneda de plata. El panadero la miró y dijo que era falsa. La mujer sostenia que era buena, y despues de un altercado entre los dos : « Es tan claramente falsa, exclamó el panadero, que hasta mi perro la distinguiria aunque estuviese mezclada con otras monedas buenas. « Ven acá, *Rojillo*, » me dijo, porque este era el nombre que me había puesto. Al oirme llamar, salté de

un brinco sobre el mostrador, y el panadero mezclando la moneda falsa con otras de buena ley me dijo : « Mira, Rojillo, ¿ no hay aquí una moneda falsa ? » Yo me puse á examinar las monedas, aparté las buenas con la pata, y cogiendo la falsa con los dientes se la presenté. Tanto mi amo como la mujer se quedaron admirados de mi habilidad y de la prontitud con que había sabido distinguir la moneda falsa de las buenas, cosa que no esperaban, pues si el panadero había invocado mi testimonio había sido solo por divertirse y embromar á la mujer.

Cuando el panadero contó á sus vecinos y parroquianos lo que había sucedido, todos quisieron ver mi habilidad por sí mismos. Traían monedas buenas entre las que mezclaban algunas falsas, y yo separaba las unas de las otras al momento. Mi inteligencia en monedas no tardó en extenderse no solo por el barrio, sino por toda la ciudad, de cuyos puntos mas remotos venían á comprar pan solo por ver al « Perro sabio del Panadero. » Esta curiosidad le procuraba un consumo tan grande que no podía dar abasto á todos los pedidos, á pesar de haber multiplicado el número de sus hornadas; así es que decía á todos que yo era para él una mina, y me mimaba y me regalaba, no como á perro, sino como si fuera su hijo.

Cierto dia se presentó una mujer á comprar pan y puso sobre el mostrador seis monedas de plata entre las cuales había una falsa. Yo separé las cinco buenas y poniendo la pata sobre la falsa, levanté la cabeza y la miré. — « Sí, sí, esa es la falsa, exclamó la mujer, no te has equivocado. » Luego se quedó mirándome y examinándome de un modo particular y expresivo, y me hizo señas de que la siguiese. Pagó su pan y se marchó. Sin dejar de mirarla, yo no me moví del mostrador, pero al ver que ella volvía repetidas veces la cabeza y continuaba haciéndome señas para que la siguiese, aprovechando un momento en que el panadero había entrado en la trastienda, salté del mostrador y eché á correr detrás de la mujer. Llegamos á su casa y al abrir la puerta me dijo : « Entra, entra, que no te pesará el haberme seguido. »

Volvió á cerrar la puerta y me llevó á un aposento en que había una jóven de singular belleza y muy bien vestida :— « Hija mia, le dijo la mujer, aquí te traigo el perro sabio del panadero del que hemos hablado varias veces. Examínalo bien, porque, como te he dicho, yo presumo que este perro encierra algun misterio, y mira si por medio de tus conocimientos mágicos puedes descubrirlo. » Al oir estas palabras de la buena mujer, yo me planté delante de la jóven, y me puse á mirarla fijamente, y ella por su parte estuvo examinándome largo rato con la mayor atencion, y luego dijo á la mujer : « Madre, no os habiais engañado. Es un hombre transformado en perro por arte de hechicería. » Yo le dirigí entonces miradas expresivas y suplicantes acompañadas con un movimiento de cabeza, y me tendí á sus piés meneando la cola : la jóven me comprendió y se compadeció de mí. Tomando una copa llena de agua puso en ella unos polvos blancos que sacó de un estuche, y despues de haber pronunciado algunas palabras para mí ininteligibles, metió la mano en la copa, me roció todo el cuerpo con el agua que contenía y exclamó : « ¡ Si has nacido perro, quédate perro ; pero si has nacido hombre, recobra tu forma primitiva ! » En el acto me sentí transformado y aparecí tal cual yo era. Arrojándose á los piés de la jóven en seguida para darle las gracias por el beneficio que acababa de dispensarme, le dije que dispusiera de mí como de un esclavo que le pertenecía, asegurándole de mi eterno agradecimiento. Me mandó levantar, y me rogó que le contase mi historia. Así lo hice, diciéndole quién era, y refiriéndole todo lo que me había ocurrido con mi mujer hasta el momento de mi transformacion, sin omitir el mal trato que despues me hizo sufrir. — « Sidi-Noman, me dijo la jóven, despues de haber escuchado todas mis aventuras, no hablemos del beneficio que acabo de haceros, ni de vuestro agradecimiento ; la satisfaccion de haber podido favorecer á un hombre honrado como vos es para mí bastante recompensa ; pero hablemos de Zelima, vuestra esposa, á quien conozco y sé que es maga como yo, porque tuvimos la

misma maestra. Sin embargo, nunca hemos sido amigas, porque no congeniamos, pues miéntras que ella emplea



sus conocimientos mágicos en hacer todo el mal que puede, yo empleo la escasa ciencia que poseo en hacer todo el bien que me es posible; así no me admira su perfidia. Pero volviendo á lo que os interesa, os diré que lo que acabo de hacer por vos, no es bastante, y quiero completar la obra. Deshecho el encanto por cuyo medio os había excluido de la sociedad de los seres racionales, es preciso que la castiguéis como merece, y con este objeto voy á suministraros los medios. Esperad un momento, y quedaos con mi madre. »

La jóven se entró en un gabinete contiguo y cerró la puerta. Despues de unos veinte minutos, volvió á salir trayendo en la mano un frasquito lleno de líquido.— « Sidi-Noman, me dijo, acabo de saber que Zelima está fuera de casa en este momento; que aparenta hallarse muy desconsolada por vuestra ausencia y dice que la última vez que estabais comiendo juntos os recordasteis de un negocio urgente que habiais olvidado, y salisteis á evacuarlo inmediatamente : que con la priesa que llevabais se os olvidó cerrar la puerta, y que habiendo entrado hasta el comedor un enorme perro, ella se asustó, llamó á los criados, y entre todos le hicieron salir á palos de la casa. Tomad este frasquito, añadió, idos á vuestra casa inmediatamente y aguardad á que vuestra esposa vuelva. Así que la sintáis llamar, bájaos al patio y salidle al encuentro. Al veros cuando ménos lo espera, se asustará y os volverá la espalda para huir. En este momento arrojad sobre ella el líquido del frasquito y decid al mismo tiempo : « Recibe el castigo que tu perfidia merece, » y no os asombréis de lo que despues veáis. » Todo sucedió como mi jóven bienhechora me había dicho. Al presentarme delante de Zelima, esta dió un grito y quiso huir, yo le arrojé encima el líquido del frasquito y pronuncié las palabras cabalísticas, y vi transformarse á mi mujer en una yegua. Repuesto del asombro que esta transformacion me causó, la agarré por las crines, y á pesar de su resistencia, la llevé á la caballeriza, y poniéndole una fuerte cabezada la sujeté al pesebre, tomé un látigo y le sacudí otros tantos latigazos como ella me había dado, despues de metamorfosearme en perro. Todos los dias, como habéis visto ayer, ¡oh ilustre kalifa! le aplico igual castigo, y me atrevo á esperar que Vuestra Majestad no encontrará reprobable mi conducta, sino que juzgará que aun merece ser tratada con mayor rigor una mujer sacrílega y antropófaga que se alimenta con la carne de los muertos, y que comete con su marido la infamia que habéis oido.

El jóven cesó de hablar, y despues de unos momentos de reflexion, el kalifa Harun Alraschid le dijo : — « Sidi-

Noman, la doble infamia cometida por tu mujer no tiene excusa, y es muy mercedora de castigo. No repreobo el



que hasta ahora le has impuesto; pero si deseo el que te hagas cargo de que debe ser grande la pena que experimente al verse reducida á la condicion de animal irracional; y quisiera que te contentases con dejarle purgar su crimen en ese triste estado, sin agravar mas su pena, y, si no conociera la terquedad y el carácter vengativo de las mujeres, sobre todo, si son magas, aun te diria que volvieses á ver á tu jóven libertadora, para rogarle que hiciese cesar el encanto, y recobrara tu mujer su ser primitivo; pero me temo que entonces su venganza seria todavía mas terrible. »

Encarándose en seguida con el tercer citado por el gran visir Giasfar, nombrado Coja-Hassan, le dijo : « Al pasar ayer por delante del palacio que acabas de edificar, me

llamó la atencion de tal manera su magnificencia, que quise saber de quién era. Me dijeron que te pertenecía, añadiéndome otros detalles sobre tu antiguo oficio y pobreza, y elogiando el buen uso que hacías de tu riqueza improvisada, que nadie sabía cómo la habías adquirido. Estas particularidades han excitado mi curiosidad, y te he mandado venir para que la satisfagas y tenga ocasión de alabar á la Divina Providencia al conocer los recónditos medios de que se ha valido para favorecerme. Así, nada temas, háblame con sinceridad y llaneza, no como si hablas al kalifa, sino á un amigo. »

Alentado Cojia-Hassan con este exordio benévolos, se explicó en estos términos :

HISTORIA DE COJIA-HASSAN-ALHABAL, EL CORDELERO

Comendador de los Creyentes, empezó diciendo, ántes de contaros por qué medios honrosos he llegado á adquirir los bienes que poseo, debo hablaros de dos amigos, dos filósofos, que son á quienes, despues de Dios, que es el primer autor de todo bien, soy deudor de la dichosa situacion en que me veo. Estos dos amigos, que se llaman Sadí el uno, y Saad el otro, tienen distintas opiniones respecto á la riqueza y al modo de adquirirla. Sadí es de opinion que el hombre no puede ser dichoso en este mundo si no es dueño de grandes haberes que le permitan vivir con toda comodidad y entera independencia. Saad, por el contrario, sin negar que los bienes sean necesarios para los usos de la vida, sostiene que la verdadera felicidad del hombre no se halla sino en la virtud, sin que esta tenga otra relacion con las riquezas mas que la necesaria para atender á las necesidades de la existencia.

Respecto al modo de adquirirlas, Sadí sostiene que los pobres no llegan á ser ricos sino porque no pueden reunir un capital suficiente que, empleándolo en fomentar

su industria, les haga salir de su estrechez, y cree que si pudiesen reunir la suma necesaria é hiciesen buen uso de ella, llegarian á ser no solo ricos sino poderosísimos. Saad afirma que no es el dinero un medio tan seguro como su amigo cree para que un pobre pueda enriquecerse; y en apoyo de su opinion cita varios casos en los que se ha visto enriquecerse á muchos pobres por una circunstancia fortuita, ó por un acontecimiento imprevisto. Para convencerlos de cuán equivocado estáis, le replicó Sadí un dia, quiero hacer la experiencia entregando una cantidad suficiente á algun artesano honrado, y veréis probada la opinion que sostengo.

Poco tiempo despues llegaron á pasar los dos amigos por la calle en que yo trabajaba en mi oficio de cordelero, y al verme, Saad le dijo á su amigo : — « Si estáis en el mismo propósito de que me hablasteis el otro dia, hé ahí un hombre con quien podriais tentar vuestra experiencia. Tiene trazas de ser honrado, y á pesar de que hace mucho tiempo que le veo trabajando noche y dia, su pelaje indica que no prospera. — Léjos de cambiar de opinion, le contestó Sadí, siempre llevo conmigo una cantidad suficiente para hacer la prueba, y solo espero una coyuntura oportuna para que la presenciaseis vos mismo. »

Habiéndose acercado á mí, me preguntaron cómo me llamaba, y si el producto de mi industria me producia lo suficiente para vivir con desahogo y hacer algunos ahorros. Yo satisfice á todas sus preguntas cortesmente, haciéndoles ver la imposibilidad no solo de hacer ahorros, sino los apuros en que muchos dias me veía para mantener á mi mujer y mis cinco hijos, siquiera fuese con pan y con legumbres, y que, cuando lo conseguia, alababa á Dios, y me daba por contento. « — Pues bien, Hassan, me dijo. Sadí, ¿ creéis que con doscientas monedas de oro podriais prosperar de tal modo que llegaseis á ser uno de los mas acaudalados de vuestro oficio ? — Señor, le contesté, como me parecéis una persona incapaz de burlaros de mi pobreza, os diré esto sin vanagloria, que con una cantidad mucho menor tendria lo bastante para llegar á ser no uno

de los mas ricos de mi oficio, sino mas que todos ellos juntos. — Pues bien, Hassan, me dijo el generoso Sadí, metiendo la mano en el bolsillo y sacando una bolsa : aquí tenéis doscientas monedas de oro. Empleadlas bien y que Dios os dé su bendicion ; estad seguro de que tanto mi amigo Saad como yo tendremos una gran satisfaccion en saber que hemos contribuido á haceros mas dichoso de lo que hoy dia sois. »

El júbilo me enajenó de tal modo que no pude encontrar palabras con que dar gracias á mi bienhechor, solo al tomar con una mano la bolsa, con la otra cogí su vestido y lo besé.

Despues que se retiraron los dos amigos, empecé á pensar en dónde guardaria aquel dinero con seguridad, y creyendo que en ninguna parte estaria mejor que entre los pliegues de mi turbante, despues de haber sacado diez monedas de la bolsa para las necesidades mas urgentes, sin que mi mujer ni mis hijos lo viesen, coloqué en el turbante las restantes. Al dia siguiente compré una buena provision de cáñamo, y como hacia ya muchos meses que mi familia no probaba la carne, compré un buen trozo para comer y cenar. Muy contento me volvia á casa trayendo la carne en la mano, cuando un gavilan hambriento se arrojó sobre mí é hizo presa en el trozo de carne. En la lucha que emprendí con el ave de rapiña para defenderme y hacerle soltar la carne, me pegó un aletazo en el turbante y me lo hizo caer al suelo. No bien lo hubo visto caer el milano, soltó la carne que yo tenía todavía en la mano y se arrojó sobre el turbante ; lo apresó con sus garras ántes que yo hubiera podido bajararme á cogerlo y se remontó por los aires, sin que hubiésemos logrado hacérselo soltar con los gritos y pedradas que le tiraron algunas personas que acudieron y presenciaron este espectáculo. Volví á casa con el corazon traspasado de pena no solo por ver malogradas mis esperanzas con la perdida de aquel dinero, sino mas afligido aun por lo que pensaria mi bienhechor que no querria creer lo que me habia sucedido. Cuando acabé de gastar las diez monedas que habia

Sadí, como era natural, me hizo algunas observaciones atribuyendo á mi desarreglo el uso que yo había hecho de sus dádivas. — « No siento, me dijo, la pérdida de las cuatrocientas monedas que os di para sacaros de vuestra pobreza, porque lo hice por amor de Dios ; si de algo me arrepiento, es de haberme dirigido á vos mas bien que á otro que las hubiese utilizado mejor. Sin embargo, añadió, dirigiéndose á Saad, no renuncio por eso á sostener mi opinion y á continuar la prueba ; pero, por el momento, sois libre de hacer lo que gustéis para sostener la vuestra, haciéndome ver que puede mejorarse la situacion de un menesteroso por otro medio que por el del dinero, del modo que yo lo entiendo, y buscadme otra persona que no sea un Hassan. » Yo escuché sin responder y con la cabeza baja las justas quejas y sospechas de Sadí ; y Saad que tenía en la mano un grueso pedazo de plomo que acababa de recoger en la calle, enseñándoselo á Sadí le dijo : — « Ya habéis visto como he recogido á vuestros piés este pedazo de plomo, voy á dárselo á Hassan, y veréis lo que le vale. » Tomé, por cortesía, el plomo que Saad me presentaba, y me lo metí en la cintura ; los dos amigos se marcharon, y yo seguí trabajando.

Al desnudarme por la noche sentí caer al suelo el regalo de Saad del que no había vuelto á acordarme, lo recogí y lo puse al lado del hogar. Hacía muy poco que nos habíamos acostado, cuando oímos llamar á la puerta ; me levanté á ver quién era y me encontré con la mujer de un pescador vecino nuestro, el cual, segun la mujer me dijo, al arreglar sus redes, había visto que le faltaban algunos plomos, y como ya estaban todas las tiendas cerradas y su marido tenía que marcharse ántes de amanecer, venía á saber si por casualidad tendría yo algun pedazo de plomo y quería dárselo, con lo cual le haría un gran servicio. Yo me acordé entonces del que me había entregado Saad, lo busqué á tientas y se lo entregué. La mujer del pescador se marchó contentísima, diciéndome : — « Vecino, es tan grande el servicio que nos hacéis que, en agradecimiento, prometo traeros todo el pescado que saque mi

marido en la primera redada, y estoy segura de que él ratificará mi promesa. » En efecto, al dia siguiente, por la



tarde, cuando me hallaba trabajando, y había olvidado ya el pedazo de plomo que había dado á la mujer del pescador, vi venir á este con un pez enorme en la mano: « Vecino, me dijo al acercarse á mí, vengo á cumplir lo que mi mujer os ofreció anoche por el gran servicio que me prestasteis dándome el plomo que necesitaba para

apartado, volví á quedar tan pobre y desgraciado como ántes.

Al cabo de seis meses, los dos amigos volvieron á pasar por mi barrio y vinieron á ver si mi posición había mejorado. Se acercaron á mí y me preguntaron en qué estado iban mis negocios. Yo les conté lo que me había sucedido con el milano, lamentándome de que sus esperanzas como las mías se hubiesen visto defraudadas de un modo tan



impensado; pero Sadí no quiso creermee, y me hizo reconvenções amargas. — « Os burláis de mí, me dijo, in-

ventando semejante fábula : los milanos no sacian su hambre con turbantes, pero vos habéis obrado como todos los de vuestra clase : miéntras les dura el dinero no se cuidan mas que de comer y beber bien, sin pensar en mañana. » — Yo protesté apoyando la verdad de mi aventura con el testimonio de todas las gentes del barrio, y Saad tomó mi defensa refiriendo otros casos semejantes acaecidos con milanos. En fin, decidido el generoso Sadi á proseguir su prueba para convencer á su amigo, sacó otras doscientas monedas y me las entregó, recomendándome que las pusiera en paraje seguro de donde los milanos no se las llevaran.

Luego que los dos amigos se marcharon, no sin que yo les hubiese manifestado mi agradecimiento, aprovechando un momento en que mi mujer y mis hijos estaban fuera de casa, entré en ella, puse aparte diez monedas de oro, envolví las restantes en un trapo, y como no tenía arca ni armario, me ocurrió el meterlas en el fondo de una vasija que había en un rincón del cuarto en la que mi mujer iba echando el salvado. Cerré la puerta y me marché en seguida á comprar cáñamo y algunas provisiones. Durante mi ausencia vino mi mujer acompañada por un vendedor de tierra de la que emplean para el baño y otros usos, y como no tenía dinero para comprar la que le hacía falta, el vendedor de tierra se la cedió en cambio de la tinajilla de salvado. Poco después volví cargado con mi cáñamo, y no viendo la vasija en el sitio en que la había dejado, le pregunté á mi mujer por ella, la cual me contó el cambio que acababa de hacer. No quiero molestaros en expresar aquí el dolor que se apoderó de mi alma, ni la desesperación de mi mujer cuando supo lo que la vasija encerraba. Nuestra mutua pena fué muy viva, y la mia era mayor al pensar en mis bienhechores, sin saber lo que les diría cuando se presentasen y viesen frustradas sus esperanzas. Este momento llegó, y cuando los ví venir estuve á punto de huir y de ocultarme; en fin, como mi conciencia nada me acusaba, me decidí á esperar su llegada y contarles sencillamente lo que había pasado.

componer mis redes. He hecho una pesca abundante; pero en la primera redada solo he sacado este pez y aquí os lo traigo. Si mas hubiera cogido, mas os hubiera traído. » Despues de darle gracias por el regalo, cogí el pez y se lo llevé á mi mujer para que lo aderezase y nos sirviese de cena. Al escamarle y limpiarle, mi mujer encontró en su vientre un pedazo de vidrio redondo de buen tamaño, y se lo dió al niño menor para que jugase con sus hermanos. Los chicos empezaron á pasárselo de mano en mano, y cuando por la noche encendió la lámpara, vieron que el pedazo de vidrio relumbraba como si fuera un ascua, lo cual les hizo dar gritos de alegría; y era tan grande la zambra que armaban entre sí por arrebatarselo unos á otros, que me llamó la atencion y les pregunté por qué se disputaban.—« Papá, me contestó el mayor, es por un pedazo de vidrio que mamá ha dado á mi hermanito, que alumbra como si fuera la lámpara. » Le dije que me lo trajera, y vi, en efecto, que relumbraba, y que en la oscuridad despedía una luz mas viva que la de la misma lámpara, la cual mandé apagar, y poniendo el trozo de vidrio encima de la chimenea, nos encontramos tan bien ó mejor alumbrados que con la misma lámpara. Entónces dije para entre mí : « al fin, el regalo de Saad algo nos vale, porque con este vidrio podremos alumbrarnos y ahorraremos el aceite. »

El ruido que habian hecho los chicos y las voces que mi mujer y yo habíamos dado para hacerles callar, llamaron la atencion de un judío joyero vecino nuestro que vivia pared por medio, y su mujer vino á la mañana siguiente á informarse del motivo de aquella vocinglería, y á quejarse. — « Ya sabéis, vecina, lo que son los muchachos ; cualquier cosa les hace reir, ó llorar, ó alborotarse. Mirad, le dijo mi mujer enseñándole el pedazo de vidrio, todo ha sido por este vidrio que yo encontré ayer en el vientre de un pescado, y que yo les di para que se divirtieran, el cual alumbra como si fuera un candil. Os ruego que perdonéis, que ya cuidaré yo de que no alboroten tanto. » Como ni mi pobre mujer ni yo no habíamos te-

nido nunca diamantes en la mano, estábamos muy lejos de pensar que fuese una piedra preciosa de grandísimo valor la encontrada en el vientre del pescado, y creímos que no era realmente sino un pedazo de vidrio sin ningun valor ni importancia ; pero la mujer del judío joyero, que estaba acostumbrada á manejar las piedras preciosas de todas clases, conoció al momento lo que era el pedazo de vidrio que mi mujer le enseñaba. Lo examinó con la mayor atencion y calculó, poco mas ó menos, los quilates que pesaba, y devolviéndoselo á mi mujer le dijo que si quería venderle aquel pedazo de vidrio que á ella no le servía para nada, le daria por él diez dracmas de plata. « Como yo tengo otro pedazo de vidrio muy parecido á este, añadió, con el que suelo adornarme, me servirá para hacer juego. »

Al oir los chicos hablar de la venta de su juguete empezaron á gritar, chillar y armaron un alboroto tan grande, que para hacerles callar tuvo su madre que volvérselo á dar. La judía habló á su marido del diamante, y al dia siguiente volvió á ver á mi mujer y le dijo que si al fin se decidia á vender el pedazo de vidrio que le había enseñado, le daria por él diez monedas de oro. Aunque esta oferta le pareció á mi mujer muy aceptable, no se decidió sin embargo á dárselo sin hablarme. Cuando volví de mi trabajo encontré todavía en mi casa á la mujer del joyero que al verme me dijo : — « Vecino, tengo antojo por ese pedazo de vidrio que habéis encontrado en el vientre del pescado, y si me lo queréis vender os daré veinte monedas de oro. » Yo no respondí al pronto, y me puse á reflexionar lo que debia de hacer, y la judía para decidirme volvió á decirme : — « Vamos, vecino, vendédmelo y os daré cincuenta monedas de oro. » La facilidad con que la judía había aumentado su oferta, me llamó la atencion, y me acordé en aquel momento de lo que Saad me había dicho al darme el pedazo de plomo ; entonces le contesté : « Vecina, estáis muy distante de llegar al precio en que yo estimo ese pedazo de vidrio. — Pues, vamos, os daré cien monedas de oro, aunque no sé si mi marido lo apro-

bará. — Vecina, le contesté, si os queréis llevar ese pedazo de vidrio me dareis no cien monedas de oro sino cien mil, aun cuando estoy persuadido, añadí, que vale mucho mas. » Esto lo dije yo solo por decir, estando muy lejos de pensar que el tal pedazo de vidrio pudiese tener semejante valor. La judía, sin embargo, que había recibido de su marido el encargo de comprar el diamante y de cerrar el trato á toda costa, fué aumentando sus ofrecimientos hasta la cantidad de cincuenta mil monedas de oro, lo que, sin dejar de sorprenderme, sirvió para mantenerme firme en el precio que le había pedido. « Vecino, me dijo entonces la mujer del joyero, no puedo comprometerme á ofreceros una cantidad tan crecida sin el consentimiento de mi marido. Cuando venga esta noche le hablaré, verá el pedazo de vidrio y se decidirá. Solo os pediré, mientras tanto, que esperéis hasta la noche, y no lo enseñéis á nadie. » Así se lo prometí.

Al anochecer vino el judío joyero, y después de haber examinado el diamante y visto los resplandores que despedía, me ofreció otras veinte mil monedas mas; pero al ver que yo me mantenía firme en querer las cien mil, el temor de que fuese á enseñárselo á otros joyeros le decidió á comprarlo y me dijo : « Vecino Hassan, no tengo en casa en este momento las cien mil monedas de oro, pero mañana las completaré : queda cerrado el trato, y por el momento aquí tenéis, en arras, dos bolsas con mil monedas de oro cada una. »

Al dia siguiente me trajo las noventa y ocho mil restantes y yo le entregué el pedazo de vidrio. Al verme mas rico de lo que nunca hubiera podido imaginarme, mi primer impulso fué el de dar gracias á Dios y alabarle por la liberalidad con que me había favorecido ; luego quise ir á arrojarme á los pies de los dos amigos para mostrarles mi agradecimiento, pero no pude hacerlo por ignorar cómo se llamaban ni en dónde vivian. Pensando despues en el cómo haria fructificar un capital tan crecido, me decidí por emplearlo en el tráfico de la cordelería que era lo que mas conocia. Al dia siguiente fui á ver a todos los

trabajadores de mi oficio, les ajusté para que trabajasen por mi cuenta, les hice adelantos de material y de dinero;



compré un solar é hice construir en él un espacioso edificio con grandes almacenes y demás dependencias, y á pesar de que vendia todos los productos de la cordelería, en sus diferentes ramos, mas baratos que los otros cordeleiros, realizaba cada dia grandes beneficios; de modo que á los pocos meses doblé mi capital.

Pasando un dia los dos amigos por mi antigua morada, é informados por los vecinos de mi brillante posicion, y del sitio en que vivia, vinieron á verme. Yo los recibí con un placer indecible y los conduje al salon haciéndoles sentar en el puesto de honor. En seguida les referí todo lo ocurrido con el plomo, el pescado y el pedazo de vidrio. Sadi, que continuaba aferrado en su opinion y estaba persuadido que era una fábula lo que yo le había contado sobre la pérdida de sus cuatrocientas monedas, y que atribuia á ellas mi prosperidad, después de haberme escuchado me dijo : — « Cojia-Hassan, la aventura del pescado y del diamante me parece tan increíble como el robo de vuestro turbante por el milane, y el cambio de vuestra vasija de salvado por tierra para el baño. En fin, sea como quiera, me alegra en el alma de que hayáis dejado

de ser pobre y qué seáis rico, cabiéndome la satisfaccion de haber contribuido á ello. »

Sin insistir mas sobre este asunto, y deseoso de manifestarles mi agradecimiento, rogué á los dos amigos que me hiciesen la honra de quedarse á cenar conmigo y de acompañarme al dia siguiente á una casita de campo que había comprado para que fuesen á recrearse á ella mis hijos. Aceptado por ellos mi doble convite, miéntras mi mujer y mis criados preparaban el banquete, les hice los honores de mi nueva casa enseñándoles todas sus dependencias; y durante y despues de la cena, les obsequié con una comparsa de músicos y bailarinas, y con diversiones de diferentes especies.

Al dia siguiente fuimos por agua á mi quinta, que estaba á orillas del río. Paseándonos por el parque, llegamos á un bosque muy espeso en el que mis hijos andaban á caza de nidos, y habiendo divisado uno en la copa de un árbol muy alto, el esclavo que los acompañaba se subió á cogerlo y se lo trajo, llamándoles la atencion sobre la particularidad de estar hecho en un turbante. Cuando lo cogió mi hijo mayor vino corriendo adonde nosotros estábamos, exclamando : « ; Papá ! ¡ papá ! mira, un nido en un turbante. » Lo tomé en mis manos, y reconociéndolo con atencion, vi que era el propio turbante que me había arrebatado el milano. Grande fué mi admiracion al hacer este descubrimiento, y encarándose con los dos amigos : — « Señores, les dije, ¿ será bastante fiel vuestra memoria para recordaros del color y de la forma del turbante que yo tenía puesto cuando me disteis las primeras doscientas monedas ? — No creo, me respondió Saad, que mi amigo Sadí haya fijado mas atencion que yo en ello; pero nos convenceremos de que, en efecto, ese es el mismo que teniais puesto aquel dia, si se encuentran en él las ciento noventa monedas. — De ello no me cabe la menor duda, y ahora mismo vamos á verlo. » Deshecho el turbante, se hallaron, en efecto, las monedas de oro en uno de sus pliegues segun yo las había puesto, metidas en la bolsa que Sadí me dió y reconoció por suya. En presencia

de un hecho tan evidente, Sadí no pudo ménos de confesar que la primera dádiva no había podido contribuir á



mi riqueza, pero que estaba persuadido de que las otras doscientas monedas que me había dado habian tenido mucha parte en ella. Yo me contenté con responderle que le había dicho la verdad, y que si me retractara, le diría una mentira.

Habiendo pasado todo el dia en la quinta, despues de

puesto el sol nos volvimos á caballo á Bagdad, adonde entrámos algo tarde, y sucedió que el esclavo encargado de la caballeriza, creyendo que no vendríamos aquella noche, había olvidado proveerse de pienso para los caballos, y como ya estaban cerrados los almacenes de granos, salió corriendo á recorrer las tiendecillas del barrio para buscar algo que darles de comer, y encontró en una de ellas una tinajilla llena de salvado que compró y se la trajo. Al sacar el salvado notó que en el fondo había un envoltorio bastante pesado, y sin atreverse á deslizarlo me lo envió para que yo lo reconociese. Figuraos, señor, ¡cuál sería mi asombro al reconocer que aquel envoltorio era el que yo había hecho con trapos para guardar en él las ciento noventa monedas de oro de la segunda dádiva de Sadi ! Lleno de gozo con semejante hallazgo, exclamé : « ¡Señores, y bienhechores míos ! Dios no ha querido que os separaseis de mí sin que os fueseis convencidos de la verdad de cuanto os he contado. Hé aquí, dije á Sadí, las otras ciento noventa monedas que vuestra generosidad me dió. Ya veis que tampoco han podido contribuir á enriquecerme. » Mandé traer la tinajilla que reconocí en seguida, y lo mismo la reconoció mi mujer cuando se la llevaron para que la viese.

En presencia de esta evidencia incontestable, Sadí dijo á Saad : « Cedo en mi opinión, y reconozco que el dinero solo no es siempre un medio seguro para enriquecerse. » Aquella noche la pasaron también los dos amigos en mi casa, teniendo yo especial satisfacción en obsequiarlos. De acuerdo con Sadí, que no quiso volver á recoger su dinero, distribuimos entre familias necesitadas las trescientas ochenta monedas de oro tan providencialmente halladas, y desde ese día continuamos viéndonos y profesándonos cariñosa amistad.

El kalifa Harun Alraschid oyó con visible satisfacción la historia del cordelero Hassan, y cuando este acabó de hablar le dijo : — « Hace ya mucho tiempo que no he oido nada que me haya causado tanto placer como la relación de los portentosos caminos por donde la Providencia te

condujo para hacerte feliz. Á ti te toca ahora el corresponer dignamente y darle gracias por los beneficios recibidos. Tengo al mismo tiempo particular satisfaccion en anunciarte que el diamante que te ha procurado la fortuna se halla en mi joyero ; y para que no quede ninguna sombra de duda en el ánimo de Sadí, y que vea por sí mismo la excelencia de esta joya que miro como la mas preciosa y digna de admiracion de cuantas poseo, quiero que te presentes con Sadí y con Saad al guardajóyás de mi tesoro para que se lo haga ver, y se acabe de convencer de que, en efecto, el dinero no es siempre el medio mas eficaz y seguro para que un menesteroso adquiera grandes riquezas en poco tiempo. Tambien quiero que le cuentes al tesorero guardajóyás tu historia para que la mande escribir y se conserve unida al portentoso diamante. »

Dichas estas palabras, el kalifa se levantó y Sidi-Noman, Cojia-Hassan y el ciego Abdalá se retiraron.

No fué tampoco menor el placer con que el sultan Chabriar escuchó estos interesantes episodios del reinado del famoso kalifa, y la sultana Gerenarda ofreció contarle al dia siguiente otras historias no ménos interesantes.

HISTORIA DEL PRÍNCIPE FIRUZ-KHAN Y DEL CABALLO DEL INDIO

En uno de los dias en que se celebran en Persia grandes fiestas con motivo del Nevruz, ó dia de Año Nuevo, se presentó ante el shah de Persia un Indio conduciendo un caballo ricamente enjaezado, hecho de una materia desconocida, pero tan bien acabado, que solo al tocarle se conocía que no era un animal de carne y hueso. — « Señor, dijo el Indio postrándose ante el soberano, aunque han sido muchas las cosas maravillosas que se han presentado á Vuestra Majestad, estoy cierto y me atrevo á asegurar que ninguna llega á igualar con este portentoso caballo, que os ruego examinéis con atencion. » El shah dirigió la vista al animal y dijo al Indio : « No veo en ese caballo

nada de extraordinario, mas que la buena ejecucion del artista que lo ha hecho, y eso cualquiera otro podria ha-



cerlo.— Eso es cierto, señor, replicó el Indio, si no atendéis mas que á la ejecucion exterior; pero sabed que con este caballo yo ú otro cualquiera que sepa manejarle podemos remontarnos por los aires é ir adónde queramos;

y si gustáis verlo haré un viaje de ida y vuelta al punto que me ordenéis. — Si es verdad lo que dices, contestó el soberano, tendré gusto en ver semejante maravilla. Id á un bosque de palmeras que está á seis leguas de aquí, y traedme, como prueba de que habéis estado en él, un ramo de palma fresco. » El Indio montó sobre su caballo, tocó un resorte que estaba oculto entre las crines del cuello y empezó á remontarse, con asombro del shah y de todas as demás gentes que se quedaron mirándole con la boca abierta, y no tardó en desaparecer de su vista. No había transcurrido media hora cuando vieron volver al Indio trayendo en la mano un ramo de palmera que puso á los piés del shah en medio de las aclamaciones del inmenso gentío que había acudido á presenciar aquel portento en la gran llanada de Chiraz en la que se celebraban las fiestas.

En vista de una prueba tan concluyente, el shah de Persia que era muy aficionado á caballos, y que calculó en su mente lo muy útil que podría serle este para sus expediciones militares y otros fines políticos, preguntó al Indio si quería cedérselo. El Indio le contestó que estaba pronto á acceder á sus deseos siempre que le diese en cambio lo que le pidiera. — « Pide lo que quieras, le dijo el shah, que dispuesto estoy á concedértelo. ¿Quieres que te ceda en feudo una de las grandes ciudades ó provincias de mi dilatado imperio para que la administres y gobiernes como soberano durante tu vida ? ¿Prefieres recibir un millón de talentos ? Elige. — Señor, contestó el Indio, doy gracias á Vuestra Majestad por la esplendidez de las ofertas que me hace; pero permitidme que no las acepte y que le diga que yo no he fabricado este caballo, y que su inventor me le cedió bajo dos condiciones : una la de darle mi hija por esposa, y la otra que no me desharía de él sino haciendo un cambio ventajoso y parecido al mio. Así, señor, yo no puedo poner á Vuestra Majestad en posesión de este caballo, áménosque no se digne darme por esposa á su hija la princesa Mirza. » Grande fué el escándalo que causó á los cortesanos la osada exigencia del Indio, y el príncipe Firuz-Khan, heredero presuntivo

del trono, no pudiendo contener su ira, se levantó y dijo al rey su padre : — « Señor, ¿cómo habéis podido escuchar con paciencia la insolente demanda de este hombre ? Espero que Vuestra Majestad no accederá á ella, y no permitirá que se mancille nuestra noble prosapia con el borron de semejante alianza. — Muy laudables son tus sentimientos y tu celo por conservar preclaro el esplendor de nuestra dinastía, y me agrada el oirte hablar de esa manera, le respondió su padre, pero tambien debo decirte, hijo mio, que no has reflexionado bien en todas las ventajas que la posesion de este prodigioso caballo podria traernos, y que si su dueño lo cede á alguno de nuestros enemigos, podria hacernos por su medio un daño inmenso. No quiero decir por eso que yo esté pronto á otorgar lo que me pide. Pero como esto necesita reflexion, miéntras tanto sería muy útil el que tú mismo lo probases, si su dueño no tiene inconveniente. — Léjos de eso, estoy pronto á dar al príncipe, repuso el Indio, las explicaciones necesarias para que sepa servirse de él y dirigirle. » El príncipe Firuz-Khan, que era un jóven gallardo é intrépido, saltó sobre la silla, y sin esperar á recibir las indicaciones necesarias, tocó el resorte como había visto hacer al Indio, y el caballo se elevó con la rapidez del rayo y desapareció en el horizonte, en medio de la zozobra é inquietud general, porque temían que, no habiéndose enterado del modo de manejar el caballo, llegase á perder la vida, siendo tanto mas fundados estos temores cuando, habiendo preguntado el shah al Indio si su hijo corría algun peligro, este le respondió que no respondia de la vida del príncipe, puesto que su viveza y arrojo no le habian dado lugar á que le explicara el modo de manejarle para darle dirección, ó subir ó bajar segun le conviniese.

En efecto, cuando el príncipe llegó á cierta altura, y que el caballo subia y subia siempre, conoció su ligereza, y la imprudencia que había cometido ; quiso hacerle descender, ya refrenándole, ya apretando los estribos, ya sirviéndose del resorte, pero cuanto mas tocaba á este, tanto mas se elevaba el caballo. En esto se hizo de noche; de

modo que se creyó perdido. En fin, á fuerza de palpar por todas partes el cuerpo del animal, encontró una clavija en el lado opuesto del cuello, y le dió vueltas : en cuanto la tocó no tardó en apercibirse que el caballo descendía, y que por último, se posaba sobre la azotea de un palacio de grandioso aspecto. El príncipe Firuz se apeó entonces, y aunque débil y rendido por no haber tomado alimento en todo el dia, se puso á reconocer en medio de la oscuridad el paraje en que se hallaba, y encontró abierta la puerta de una escalera. Sin titubear ni pararse á reflexionar si iba á encontrarse con amigos ó enemigos, empezó á bajarla á tientas, y se halló en un aposento débilmente alumbrado desde el cual pasó á otro en donde había una veintena de eunucos negros armados, tendidos sobre divanes, pero todos dormidos. Á la vista de estos hombres y de los adornos de los aposentos, el príncipe juzgó que debía hallarse en el palacio de alguna reina ó princesa por lo ménoS, como, en efecto, así era. Atravesando este salon de puntillas, y decidido á averiguar lo cierto, continuó pasando por otros salones desiertos hasta que llegó á un aposento cuya puerta estaba entreabierta y se encontró en presencia de varias esclavas dormidas en unos lechos á flor del suelo, y á una jóven, dormida también, en otro lecho mucho mas elevado y riquísimo.

Á la luz de una lámpara perfumada cubierta con una gasa, que difundía un suave resplandor en todo el aposento, se puso á contemplar á aquella jóven cuya sorprendente y extraordinaria hermosura le causó una impresión tan profunda, que su corazon, que hasta entonces había conservado su libertad é independencia, á la vista de aquella mujer, acababa de perderla. Impulsado por la fuerza del amor que le inspiraba aquella belleza dormida, y sin ser dueño de sí mismo, se dejó caer de rodillas al pie del lecho, y al bajarse rozó ligeramente una de las manos de la princesa que pendía del lecho. Á este suave contacto la princesa abrió los ojos, vió al príncipe en aquella postura respetuosa, y se sobresaltó algun tanto. Sin embargo, pasado el primer momento de estupor, la vista de

un jóven tan gallardo, su aire distinguido, y el rico traje que vestia la tranquilizaron. El principe aprovechando este momento, inclinando su cabeza hasta tocar la alfombr con su frente, exclamó : — « Señora, por una aventura de las mas extraordinarias, veis á vuestros piés al principe heredero de la corona de Persia que, hallándose ayer en su corte al lado de su padre, se encuentra hoy en un país desconocido y quizas expuesto á perecer, si no os dignáis concederle vuestra proteccion, la que espero no me negaréis, porque no es posible que se abriguen sentimientos inhumanos bajo un rostro tan divino que los ángeles envidiaran. »

La princesa á quien Firuz-Khan hablaba era la hija del sultan de Bengala, la cual, repuesta de su primer asombro y del rubor que le causaba la presencia del jóven, le respondió con voz afable :— « Tranquilizaos, principe, que no os halláis en país bárbaro, sino en los Estados del sultan de Bengala, y en el palacio de la princesa su hija. Aquí recibiréis la hospitalidad que os es debida. Pero me maravilla lo que me decís, pues no comprendo cómo, hallándoos ayer en la corte de Persia, habéis podido estar hoy en la de Bengala, ni cómo habéis podido introduciros hasta mi aposento; y aunque el deseo de saber estas cosas excita mi curiosidad en el mas alto grado, considerando que no habéis podido hacer ese largo viaje sin grandísima fatiga, y que necesitáis descanso, refreno mi curiosidad por el momento. Id á descansar, y mañana me referiréis la aventura que os ha sucedido. »

Las esclavas que se habian despertado á las primeras palabras pronunciadas por el principe Firuz, le llevaron, por órden de la princesa, á uno de los aposentos del palacio en donde habia un sumuoso lecho, y despues de haberle servido algunos manjares que comió con buen apetito, le dejaron allí, y él se acostó, quedando en breve dormido. No le sucedió así á la princesa, que no pudo volver á conciliar el sueño, pensando en la gallardía del principe y en el modo extraordinario de su presentacion. Así que amaneció se levantó, se hizo vestir y adornar por sus

esclavas con sus mas ricos trajes y preseas, y en cuanto supo que el príncipe se hallaba tambien vestido, le hizo saber que deseaba verle.

En esta entrevista, el príncipe de Persia refirió todo lo ocurrido en la llanada de Chiraz; le habló de las fiestas del Nevruz, de la presentacion del portentoso caballo del Indio; de la imprudencia é imprevision que él había cometido arriesgándose á montar en él sin haberse enterado del modo de manejarle y dirigirle; del peligro que había corrido de perder la vida, y de su descenso, en fin, á la terraza del palacio. Luego le contó que al reconocer el sitio en que se hallaba había encontrado abierta la puerta de la azotea, su bajada á los aposentos y su llegada, guiado por el resplandor de la luz, hasta su presencia, y por ultimo terminó diciendo: — « Doy por bien empleados, ¡oh princesa! los riesgos que he corrido, y bendigo al cielo por haberme conducido á este palacio, pues aunque, cuando entré en él, mi corazon se hallaba libre y hoy dia vuestrlos encantos le han aprisionado, me tengo por muy feliz en ser esclavo vuestro, porque desde que os vi os hicisteis dueña y señora de todo mi albedrío, siendo mi mayor dicha la de amaros, complaceros y serviros. » La princesa se sonrojó al oir estas últimas palabras del príncipe, y le respondió diciéndole que debia atribuir sus deseos y protestas de ser su esclavo mas bien á galantería y agradecimiento por el recibimiento que le había hecho, que á verdadero cariño; « porque en cuanto á vuestro corazon, añadió poniéndose muy encendida, estoy persuadida que no habéis estado hasta ahora sin disponer de él, y que le habréis ofrecido ya á alguna otra princesa mas digna; y si eso es así, sentiria que le fueseis infiel por causa mia. » El príncipe Firuz le juró y protestó que, al salir de Persia, su corazon estaba enteramente libre, añadiendo que ella era la primer mujer á quien de veras había amado.

La princesa de Bengala estaba convencida de la sinceridad del príncipe Firuz, y este por su parte, aunque la princesa no se hubiese explicado claramente, no dudó tampoco, por la manera con que fué escuchado y por el

tono con que pronunció sus palabras, que los sentimientos de la princesa le eran favorables. Pasados algunos días, á pesar del encanto que gozaba de estar al lado de la princesa de Bengala, y de sentirse amado, el príncipe de Persia, considerando lo muy afligido que debería hallarse su padre con su desaparición, mostró deseos de volver á su patria, lo uno para tranquilizarle, y lo otro para referirle las aventuras de su viaje aéreo, y pedirle su permiso para casarse con la princesa de Bengala ; pero esta le rogó que se quedase aun algún tiempo siquiera para ver lo mas notable de la corte de Bengala, y presentarse al sultán su padre. El príncipe le contestó que tendría el mayor placer en ir á ofrecerle sus respetos y homenaje, pero que en la situación en que se hallaba le sería imposible el hacerlo, porque « ya conocéis vos misma, añadió, que yo no puedo presentarme en la corte y ante tan gran monarca como un aventurero, y sin el séquito correspondiente á mi elevada jerarquía. En cuanto llegue á la corte de mi padre y le hable de mis deseos de ser esposo vuestro, como siempre me ha dicho que no violentaría mi voluntad, dejando á mi albedrío la elección de esposa, no me negará su consentimiento. Obtenido este, volveré inmediatamente á Bengala con la comitiva correspondiente á mi rango, me presentaré al sultán vuestro padre, y le pediré vuestra mano. Pero ya que deseáis que retarde algunos días mas el momento de mi marcha, consiento con el mayor placer en retardar el instante de nuestra separación momentánea, tanto por la dicha que experimento estando á vuestro lado, como por complaceros y agradaros. » Durante estos días, pasados en honestas diversiones, en músicas, cacerías en el parque de palacio en el que abundaban los corzos, los gamos, las cabras monteses y otros animales de montería inofensivos, propios del país de Bengala, el príncipe Firuz-Khan refería á la princesa de Bengala las grandezas del reino de Persia, la magnificencia de sus palacios, el poderío de sus fuerzas militares, la riqueza de sus sátrapas. Estas relaciones apasionadas excitaron vivamente la curiosidad de la princesa de Bengala é hicieron nacer en

ella grandes deseos de irá verlas, los cuales, unidos al temor de que el príncipe de quien estaba tiernamente apasionada, llegase á olvidarla si se separaba de su lado, la decidieron á consentir en hacer un viaje en compañía suya á la corte de Persia, sirviéndose del maravilloso caballo, en vista de la velocidad con que se caminaba, y de que el príncipe había aprendido perfectamente á manejarle.

Fijado el dia de esta secreta excursion, el príncipe Firuz-Khan y la princesa de Bengala subieron muy de mañana á la terraza del palacio en donde estaba el caballo, montaron sobre él y emprendieron su marcha. Tan pronto como el príncipe hizo jugar el resorte, el animal se remontó hendiendo los aires y atravesando el espacio con una velocidad tan extraordinaria, que al cabo de dos horas de marcha el príncipe Firuz distinguió la capital de Persia; pero, en vez de hacer descender el caballo en la llanada de Chiraz ó en el palacio del shah, le hizo bajar en el patio de uno de los palacios ó quintas de recreo que estaba á corta distancia de la capital. Despues de haber instalado á la princesa en una de sus mas suntuosas habitaciones, y hecho venir algunas esclavas para que la sirviesen, dando las órdenes oportunas para que nada le faltara, mandó traer un caballo, montó en él, y se dirigió á escape á la ciudad, en donde los habitantes y transeuntes de las calles por donde pasaba, al verle, prorumpian en aclamaciones entusiastas. Llegó á palacio en ocasion que el shah estaba dando audiencia, y así que vió entrar á su hijo en el salon del trono, bajó precipitadamente de él y se arrojó en sus brazos, en medio de los plácemes y vitores de todos los cortesanos. Pasado este transporte de júbilo general, el príncipe refirió á su padre todas las aventuras que le habían sucedido, su estancia en el palacio de la princesa de Bengala, el amor que le había cobrado al que la princesa había correspondido, y terminó por ultimo pidiendo á su padre la vénia para desposarla, indicando el sitio en que la había dejado.

El shah, enajenado de gozo al volver á ver á su hijo eno y salvo, cuando ya le creía muerto y por cuya pér-

dida él y toda la corte vestian luto, exclamó volviendo á abrazarle : — « No solo te concedo el permiso para que te cases con la princesa de Bengala, sino que quiero ir yo mismo con toda mi corte á anuciárselo y á traerla á palacio con los honores y distinciones que le corresponden. » En seguida mandó á los cortesanos que dejasen el luto y se vistiesen de gala, y dió las órdenes oportunas para la solemne recepcion que debia hacerse á la princesa. Hizo venir al mismo tiempo al Indio dueño del caballo á quien habia mandado prender. « Toma tu caballo, le dijo, sal inmediatamente de mis Estados, y no vuelvas á presentarte jamás ante mi vista si quieres conservar tu cabeza, que habria mandado cortarte, si el príncipe no hubiera regresado. »

Despechado el Indio al verse burlado en sus esperanzas, juró el vengarse impidiendo el casamiento del príncipe de Persia con la princesa de Bengala. Miéntras en la ciudad se hacian los preparativos para la recepcion solemne de la princesa y sus desposorios con el príncipe, el Indio tomó un caballo y se dirigió á escape á la quinta en que estaba la princesa; dijo á los empleados de la casa que venía á hablar á la princesa de parte del príncipe y á recoger su caballo. Como las gentes de servicio le conocian no pusieron dificultad ninguna para dejarle entrar. Cuando se halló en presencia de la princesa de Bengala le dijo : — « Señora, toda la corte con el shah y el príncipe vuestro futuro esposo á la cabeza, os espera en la gran plaza de palacio en donde han decidido recibiros con la mayor solemnidad posible ; y á fin de que vuestra entrada en la ciudad sea mas sorprendente, que todo el pueblo pueda veros y se regocije, el shah y el príncipe desean que vuestra aparicion se verifique sobre mi caballo, conduciéndoos del mismo modo que el príncipe Firuz os ha conducido, y con este objeto me han enviado aquí. Disponeos pues, señora, para partir inmediatamente y colmar de gozo á la corte y al pueblo que está ansioso de veros para aclamaros, y regocijarse con vuestra dicha. » Como se cree fácilmente lo que se desea, y por otra parte la

princesa sabia que el Indio era el dueño del famoso caballo, y no podia presumir ni adivinar su alevosía, dió oídos á lo que le decia. Así, arregló su vestido y su tocado, y bajando al patio en donde estaba el caballo, acompañada por el Indio, este la ayudó á montar, montó en seguida él mismo, tocó el resorte, y el caballo se lanzó por los aires á carrera tendida. En aquel mismo momento salian de la ciudad el shah y el príncipe Firuz seguidos por toda la corte y varios escuadrones de caba'jería, y se dirigian al palacio de recreo. Pero ¡cuál no fué su asombro y su desesperacion al ver pasar al Indio sobre sus cabezas llevándose su presa ! Miles de imprecaciones y amenazas saludaron al Indio, el cual riéndose de todas ellas prosiguió su camino por los aires y no se detuvo hasta salir del reino de Persia, y entrar en el de Cachemira. Al llegar por la tarde cerca de la capital, hizo descender su caballo en un bosque frondoso para que la princesa descansara y tomase algun alimento.

Indecible era la pena que sentia la princesa al hallarse á merced de su indigno robador, despues de haber visto desvanecerse, en el momento mismo de ir á realizarse sus mas lisonjeras esperanzas. Queria huir, pero le era imposible, porque el Indio no se separaba de su lado, y además, ni sabía en dónde se hallaba, ni á qué parte dirigirse. Estando pensando en el partido que deberia tomar, oyó el ruido de las pisadas de un peloton de caballos que pasaba por allí cerca, y empezó á gritar con todas sus fuerzas. A sus gritos acudieron los transeuntes, que no eran nada menos que el sultan de Cachemira que volvia de una cacería con sus monteros y otras personas de su comitiva. Cuando le preguntaron al Indio, quién era y por qué causa gritaba aquella mujer, respondió con altivez, que « aquella mujer era la suya, y que nadie tenía que mezclararse en sus desavenencias con ella. » Dirigiéndose la princesa, sin saber quién era, al que parecia ser el jefe : « No le creáis, señor, replicó, es un miserable impostor, un malvado que, por medio de un engaño, me ha traído aquí en ese caballo, robándome en el momento mismo en que iba á desposarme con el príncipe de Persia. Quien-

quiera que seáis, señor, ya que Dios os ha enviado en mi auxilio, socorredme, y seréis bien recompensado. Yo soy la princesa Fátima, hija del sultan de Bengala. » El sultan de Cachemira no necesitó oír mas; y sin escuchar lo que el Indio iba á replicar mandó á sus gentes que se apoderasen de él y le cortasen la cabeza; órden que fué ejecutada con tanta mas facilidad, por cuanto el Indio no tenía armas para defenderse.

En seguida hizo montar á la princesa en un caballo, la condujo á su palacio, la instaló en una de sus mejores habitaciones, le dió un crecido número de eunucos para su guardia y de esclavas para su servicio, y al retirarse le dijo : — « Princesa, despues de las emociones por que habéis pasado, necesitáis descanso. Mañana cuando estéis mas tranquila, me referiréis la extraña aventura que os ha sucedido y yo os diré mi pensamiento. » La princesa, que al verse libre del poder del Indio creyó haberse salvado del peligro que la amenazaba, cayó en otro mayor, porque el sultan de Cachemira, ciegamente prendado de su hermosura, había determinado tomársela por mujer, y con este objeto había dado las órdenes convenientes para celebrar su boda tan pronto como la princesa hubiese descansado; y con este fin se empezaron á hacer en la corte todos los preparativos necesarios.

Al dia siguiente, cuando llegaron á conocimiento de la princesa de Bengala las intenciones del sultan, y vió desaparecer las esperanzas que había concebido de que su libertador se apresuraría á enviarla á su prometido esposo tan luego como le hubiese contado su historia; decidida á no faltar á la fe jurada al príncipe Firuz, determinó fingirse loca : empezó á decir palabras incoherentes, á hacer mil extravagancias, y cuando el sultan, á quien avisaron de lo que ocurría, vino á verla, redobló sus ademanes grotescos, quiso arrojarse sobre él y morderle; gritó, cantó, bailó y lloró á un mismo tiempo. El sultan se quedó muy desconsolado al verla en aquel estado, pero creyó que aquel rapto de demencia era pasajero y debido á las fuertes emociones que la princesa había reci-

bido, y se retiró con la esperanza de que, pasados algunos días, se calmaría y recobraría su razon. Viendo que léjos de disminuir el mal de la princesa iba en aumento, mandó á llamar á los médicos mas famosos, no solo de la corte, sino de todo el reino, para que visitasen á la princesa, y viesen si su mal tenía remedio. Los médicos entraron á ver á la princesa y trataron de examinarla de cerca; pero esta que sabía que si les dejaba aproximar y tomarle el pulso cualquiera de ellos conocería que su locura era fingida, tan pronto como los veía entrar en su aposento, se ponía furiosa, les sacaba la lengua, hacía ademan de morderlos y arañarlos, de modo que ninguno de ellos osaba llevar las cosas al extremo, y se contentaban con observarla de lejos, ó por la ventanilla de un gabinete contiguo á su aposento.

« Y ¿qué hacía mientras tanto el príncipe de Persia? preguntó el sultán Chabriar. — El príncipe Firuz-Khan, le contestó la sultana Gerenarda, cuando vió pasar sobre su cabeza al Indio montado en el caballo llevándose robada á la que era objeto de su cariño, se retiró desesperado á palacio, y después de meditar varios proyectos, se resolvió á ir en persecución del robador para castigarle y libertar á la princesa, cuya pérdida le era insopportable. Con el fin de lograr mejor su designio, se vistió con un traje de dervis, y desde el dia siguiente empezó á recorrer ciudades y provincias. En una de ellas llegó á sus oídos, aunque adulterada é imperfecta, la aventura del Indio y su caballo, y la locura de una princesa encontrada por el sultán de Cachemira, cuyas noticias fueron suficientes para decidirle á pasar á aquel reino. Tan pronto como entró en él, empezó á recoger noticias é informes que no le dejaron la menor duda de que la princesa demente de quien se hablaba era la de Bengala. Llegado que hubo á la capital, allí adquirió nuevos detalles que le confirmaron en su idea, y supo que el sultán recibía con agrado á todos los médicos que venían á ofrecerle los conocimientos de su ciencia para curar á la princesa. Sin vacilar, dejó el traje de dervis y tomó el de médico, y cubriendo la mitad de su rostro con una gran barba postiza, se dirigió al pala-

cio del sultan, y se hizo anunciar como médico extranjero. El sultan le recibió inmediatamente, y en breves palabras le explicó lo penado que se hallaba por no haberse logrado hasta entonces el curar á la princesa á causa de los arrebatos de cólera que le causaba solo la vista de los médicos; y en seguida le condujo al gabinete desde cuya ventanilla vió que la presunta loca, bañada en copioso llanto, estaba cantando, y acompañándose con un laúd una canción en la que se lamentaba de su infiusta suerte, y de verse separada del objeto de su cariño. Despues de haberla observado largo rato, conoció que la demencia era fingida, y le dijo al sultan: — « Señor, por los síntomas que presenta el género de locura de la princesa, tengo la convicción de que no es incurable, y aun casi podría añadir la seguridad de que la curaría viéndola y hablándole mas de cerca, porque yo poseo específicos admirables con los que he logrado devolver la razon á personas reputadas incurables por mis compañeros. » — Gozosísimo el sultan de oír hablar al aparente médico en tales términos, mandó que le introdujesen en el aposento de la pobre demente, y le encargó que despues de haberla visto viniese á darle cuenta del resultado de su visita.

Tan luego como el príncipe Firuz entró en el cuarto de la princesa Fátima, tomándole esta por un médico verdadero, se levantó furiosa, y le amenazó con el laúd, diciéndole al mismo tiempo mil injurias e impropios con palabras incoherentes. El fingido médico, sin atemorizarse, le hizo algunas señas sin que nadie las viese, y le dijo al mismo tiempo: — « Calmaos, princesa, que yo no vengo á haceros ningun daño, sino á librados del mal que padecéis. Permitid que me acerque á vos y que os tome el pulso. » Las señas que la princesa había observado, y el eco de la voz le impresionaron: fijó con mayor atención su vista sobre el titulado médico, y sin reconocerle enteramente bajo aquel disfraz, atravesó por su mente una sospecha. Con el fin de aclarar lo que le parecía un misterio, sin proferir una palabra, arrojó el laúd al suelo, y tendió su brazo hacia el médico. Este se aproximó, le tomó la mano,

y miéntras aparentaba estarla pulsando le dijo de una manera casi imperceptible : — « Reconocedme, amada Fátima, soy vuestro esposo el príncipe de Persia que he tomado este disfraz para libraros, lo que espero conseguir en breve. » Cuando la fingida loca reconoció al príncipe, el gozo le embargó el uso de la palabra; se dejó caer sobre un divan, y aparentó quedarse privada de sentido. El príncipe Firuz, bajo el pretexto de socorrerla, se acercó mas á ella y le refirió en breves palabras la resolución que había tomado de abandonarlo todo para venir á buscarla; sus penosos viajes y el cómo había llegado á descubrir en donde estaba, exponiéndole por último los medios de que pensaba valerse para sacarla del poder del sultán de Cachemira. Cuando la princesa abriendo los ojos hizo como que volvía en sí de su desmayo, el fingido médico le dijo en alta voz : « Animaos, princesa, que vuestro mal desaparecerá en breve; voy á recetaros una poción calmante que os ruego toméis con confianza; y si lo permitís, ya volveré á veros. » Nada le respondió la princesa, pero sus ojos le dieron á entender bien lo que sentía.

El príncipe Firuz confirmó al sultán de Cachemira en la esperanza que tenía de curarla. — « He ordenado, le dijo, que le den una bebida específica que calmará la irritación de sus nervios, y me ha prometido tomarla. » Al dia siguiente quiso el sultán acompañar al médico en la visita, y encontró á la princesa enteramente transformada, causándole no menos admiración el sosiego y afabilidad con que recibía y escuchaba al médico, el cual desde este momento ganó enteramente la confianza del sultán, que le reputó por el mas sabio Esculapio de su tiempo.

Al salir del aposento de la princesa, el príncipe que deseaba saber lo que había hecho el sultán del caballo del Indio, porque pensaba servirse de él para salvar á su querida enferma, le preguntó por qué rara aventura había venido sola al reino de Cachemira una princesa de Bengala. El sultán le refirió entonces con todos sus pormenores el encuentro de la princesa en el bosque con el Indio que la había robado trayéndola, segun ella le dijo, en un ca-

ballo mágico ó encantado, el cual había mandado recoger y encerrar en su guardamuébles como un objeto de gran precio, pero sin servirse de él porque nadie sabía el modo de manejarle. — « Esa particularidad de haber sido transportada la princesa, segun me decís, en un caballo encantado, le hizo observar el príncipe médico, me indica que la demencia procede tambien de encantamiento ó hechizo desprendido del caballo ; y ahora sí que puedo asegurar á Vuestra Majestad que la curaré por completo, y le haré recobrar su razon, deshaciendo el hechizo. Para ello es indispensable que mande colocar Vuestra Majestad ese hechizado caballo en medio de la plaza de palacio, que se pongan á su alrededor cien braseros con lumbre, y que la princesa monte sobre la silla vestida con el traje y las joyas que tenía puestas el dia de su rapto, y las que Vuestra Majestad quiera añadir. Como el desencanto que se verificará por medio de las esencias y perfumes antimágicos que yo poseo, y el recobro de la razon de la princesa será un acto maravilloso que dejará atónitos á todos los espectadores, si gustáis, podréis permitir que la corte y el pueblo lo presencien, porque para todos será un motivo de asombro y admiracion semejante prodigo. » El crédulo sultan que lo que deseaba era ver á la princesa de Bengala, de quien estaba enamorado perdido, en su sana razon y cabal juicio, para realizar su propósito de casarse con ella, dió completo asenso á cuanto le dijo el falso médico, y al dia siguiente por la mañana todo se preparó segun este lo había prescrito. Colocado el sultan en una estrada levantada en un lado de la plaza rodeado de su corte y de su guardia, y traído el caballo en medio de ella, puestos los braseros en su torno, despues que todos los preparativos estuvieron concluidos, se presentó la princesa Fátima ricamente vestida y cubierta de joyas, acompañada por las mujeres de su servicio, las cuales la ayudaron á montar sobre el caballo. Luego que estuvo bien colocada en la silla, el príncipe médico dió tres vueltas al rededor del caballo pronunciando palabras que nadie entendía, y echando al mismo tiempo en cada

braserillo unos saquitos llenos de polvos aromáticos y esencias que, al quemarse, difundian por toda la plaza un perfume exquisito. Cuando la combustión de estos polvos estaba en su mayor incremento, y el caballo, la princesa y él se hallaban envueltos en una espesa nube de humo que, cual opaca y densa niebla, los ocultaba á la vista de todos, el príncipe Firuz saltó sobre el caballo, afianzó con un brazo á la princesa y tocó el resorte de subida. El animal se puso inmediatamente en movimiento, elevándose con rapidez sobre la espesa nube de humo que le envolvía, apareció á la vista de los espectadores admirados, llevando sobre sus lomos á la princesa y al príncipe. Al pasar por encima de la estrada en donde estaba el sultán, el fingido médico exclamó : « ¡Sultán de Cachemira ! cuando, en vez de conceder generosamente tu protección á una princesa que haya implorado tu amparo, quieras casarte con ella, procura conquistar ántes su corazón, y obtener su consentimiento. Yo no soy médico : soy Firuz-Khan, príncipe heredero del trono de Persia. » Dichas estas palabras que todos oyeron, volvió á tocar el resorte, el caballo se elevó á mayor altura, tomó el rumbo de Persia y desapareció de la vista.

El aquel mismo día llegó el príncipe con su amada compañera á Chiraz, yendo á aparecerse esta vez al palacio del shah, siendo recibidos por este y por todos los cortesanos y habitantes de la capital con indecibles muestras de júbilo y alegría. El shah mandó hacer inmediatamente todos los preparativos para el himeneo de su hijo y la princesa, y los desposorios se celebraron con la mayor ostentación, acompañados de suntuosas fiestas y regocijos públicos, en los que tomó parte todo el pueblo. En seguida el shah envió una solemne embajada al sultán de Bengala dándole cuenta de todo lo ocurrido, y rogándole que aprobara y ratificara con su consentimiento el enlace de la princesa su hija con el príncipe heredero. El sultán no solo lo aprobó, sino que se manifestó muy lisonjeado de una alianza que le honraba en tan alto grado y le era tan ventajosa, y envió ricos presentes al shah y á los príncipes.

cipes, que fueron muy felices, tuvieron muchos hijos, y reinaron pacíficamente después de la muerte del shah.

Cuenta la crónica que el caballo del Indio, depositado en el tesoro de los reyes de Persia, se conservaba todavía en tiempo de Darío, pero que fué destruido por los soldados de Alejandro, cuando este conquistador venció á aquel desgraciado rey, y se apoderó de su reino.

Al ver la sultana Gerenarda la gran complacencia con que su esposo el sultan Chabriar había escuchado la historia que acababa de referirle, le ofreció contarle otra más maravillosa á la mañana siguiente.



HISTORIA DE ALADINO Y DE LA LAMPARA MARAVILLOSA

En efecto, á la hora acostumbrada empezó diciendo : En la capital de un reino tributario del Celeste Imperio, se hallaban un dia jugando unos jóvenzuelos en una de sus

plazuelas, en ocasion que pasó por allí un mago consumado que acababa de llegar de lejanas tierras. Se paró á observar á los chicuelos, y fijó su atencion particularmente sobre uno de ellos : por los informes que tomó, supo que era huérfano de padre y que se llamaba Aladino. Al dia siguiente volvió al mismo sitio, y haciendo señas al jóven para que se le acercara : — « ¡ No eres tú, le preguntó, el hijo de Chin-Fu el sastre ? — Sí, señor, pero mi padre hace ya mucho tiempo que murió, » le contestó el chicuelo. El mago entonces le tomó en sus brazos, le acarició tiernamente, y derramando algunas lágrimas que lo mismo podian expresar su gozo que su pena, exclamó : — « ¡ Hijo mio, abraza á tu tio ! ¡ yo soy hermano de tu padre ! ... No extrañes que derrame lágrimas, pues si me causa gozo el verte, tambien me aflige sobremanera la noticia de su muerte, precisamente cuando yo he hecho un largo viaje solamente por verle y abrazarle, y darle pruebas del cariño que siempre le he tenido ; pero como tú eres un verdadero retrato de mi pobre hermano, el verte me consuela. » El mozalbete, que no habia oido nunca decir á sus padres que tuviese ningun pariente tan cercano, estaba admirado de las palabras del improvisado tio y de sus caricias, y no sabía ni qué pensar, ni qué decirle. Despues que el mago se hubo informado de algunas otras particularidades respecto á su situacion, y tomado las señas de la casa en que vivia, sacando su bolsa y dando al chico algunas monedas de oro, le dijo : — « Toma, lleva á tu madre este dinero y dile que mañana iré á verla y á comer con vosotros. » Aladino se fué á casa corriendo, contó á su madre el encuentro que habia tenido con su tio, y todo lo que este le habia dicho, entregándole las monedas de oro para que preparara la comida el dia siguiente.

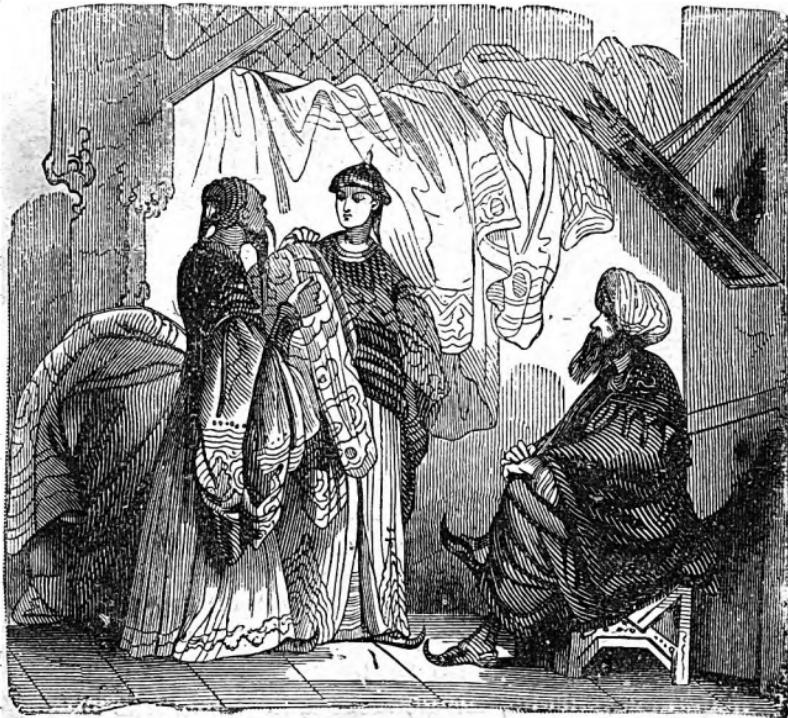
No quedó ménos sorprendida que su hijo la buena mujer que nunca habia oido decir á su marido que tuviese ningun hermano en el extranjero. Sin embargo, como aquel debia venir al dia siguiente, arregló la casa lo mejor que pudo para recibirle, y preparó una abundante comida. A la hora indicada llegó el supuesto cuñado acompañado

por un mandadero que traía una canasta llena de comestibles y botellas de vino. Despues de saludar á la viuda le dijo : — « Hermana, enseñadme el sitio en qué mi hermano acostumbraba sentarse; » y cuando aquella se lo indicó, se prosternó y lo besó con muestras de respeto y enternecimiento, y derramando algunas lágrimas exclamó :



— « ¡Pobre hermano mio ! ¡cuán desgraciado he sido en no haber llegado á tiempo para volver á abrazarte ántes de tu muerte ! pero ya que estoy privado de ver tu misma persona, me complazco y consuelo en mirarte en la persona de tu hijo que tanto se te parece. Esta semejanza, hermana mia, añadió, dirigiéndose á la viuda que lloraba al ver aquellas demostraciones de cariño, es la que me llamó ayer la atencion al ver á mi sobrino jugando con los otros joyenzuelos. » Miéntras comian le dijo á su cu-

Nada que no debia causarle extrañeza el no haberle visto durante su casamiento, porque hacia cuarenta años que habia salido de su país y habia pasado todo este tiempo viajando por la India, la Persia, el Turkestan, la Arabia y otros países, y últimamente el África de donde ahora venía; despues habló de la colocacion de Aladino prometiendo montarle una tienda de ricas telas para que se dedicara al comercio. Al dia siguiente volvió á buscar al sobrino que él se habia elegido para sus particulares fines, le llevó á una tienda de ropas hechas y le vistió de nuevo, yendo á pasear despues con él á los jardines. El mancebo estaba loco de contento con las muestras de cariño que le daba su tío y los regalos que le hacia; y otro tanto le sucedia á



la pobre viuda de Chin-Fu, que empezaba á creer que el mago era verdaderamente hermano de su marido.

¡ Generoso pariente ! le decia, ¡ cómo podré yo pagaros todo lo que hacéis por mi pobre hijo ! »

El mago no dejaba ningun dia sin venir á buscar á su sobrino y llevárselo consigo, festejándole de mil maneras. Un dia se lo llevó á pasear por los jardines extramúros : despues de haberlos recorrido, continuó su paseo por la campiña, y no tardaron en hallarse tio y sobrino al pie de una montaña, en donde se sentaron para descansar un rato y comer unos pasteles y algunas frutas que el mago sacó de un taleguillo que llevaba colgado á la cintura. Aladino que se sentia cansado porque nunca habia andado tanto en su vida, y aquel sitio le era desconocido, le preguntó á su tio adónde iban. — « Voy á llevarte á que veas un jardin mucho mas delicioso que todos los que has visto, » le contestó su tio. En seguida se volvieron á poner en camino y llegaron á un valle encajado entre dos altas montañas, que era precisamente el sitio adonde el mago queria atraer á su sobrino para la ejecucion del grandioso proyecto que le habia hecho venir á aquel pais desde los confines del África. — « Vas á ver cosas maravillosas que ningun mortal ha visto, le dijo el mago, al llegar á aquel paraje. Reune algunas ramas y yerbas secas para hacer una hoguera, añadió, miéntras que yo preparo lo necesario para encender el fuego. » El jóven obedeció, y no tardó mucho en formar dos ó tres hacecillos á los que el mago prendió fuego, echando despues sobre él unas pastillas que sacó de una caja, pronunciando al mismo tiempo ciertas palabras que Aladino no entendió, pero vió sus efectos. La llama se arremolinó, se conmovió algun tanto la tierra, y apareció en el sitio en que estaba la hoguera una losa de jaspe negro con una argolla de oro en el medio. Aladino tuvo miedo y quiso echar á correr, pero asiéndole el mago por un brazo : — « Nada temas, hijo mio, sábete que debajo de esa losa hay oculto un tesoro que nadie mas que tú puede tocar, y que cuando llegues á poseerlo, serás mas rico que todos los potentados de la tierra. Pero es preciso que me obedezcas y hagas lo que te diga. » Animado Aladino con el aliciente

de ser tan rico como su tío le decía, ofreció hacer todo lo que le mandase. — « Levanta esa losa, que yo no puedo



tocar, y al agarrar el anillo pronuncia los nombres de tu padre y de tu abuelo. » Hizo lo así el joven, y á pesar de su magnitud y su espesor levantó la losa con la misma facilidad que si fuera de pluma, y apareció una escalera que conducía á un subterráneo. — « Hijo mio, le dijo entonces el mago, pon bien la atención en lo que voy á

decirte, y ejecútalo puntualmente : baja por esa escalera, y al fin de ella despues de pasar por una puerta abierta, te hallarás en un subterráneo embovedado dividido en tres estancias diferentes. En cada una de ellas verás cuatro jarros de bronce llenos de monedas de oro ; pero guárdate de tocar á ninguno de ellos. Recogerás tus vestidos ántes de entrar en la primera estancia, y tendrás cuidado de que no rocen las paredes porque, si llegas á rozarlas con tu ropa, perderás la vida. Al fin de la tercera estancia encontrarás un verjel de árboles frutales cargados de frutas de todas especies ; atraviésalos, sin detenerte, por una senda que te llevará al pie de una escalera. Súbelo y te encontrarás en una plataforma en la que verás una lámpara encendida colocada en un nicho. Coge esa lámpara, apágala, arroja la mecha y el aceite, y póngela en el



para encendida colocada en un nicho. Coge esa lámpara, apágala, arroja la mecha y el aceite, y póngela en el

seno. Al volver por el jardín, si las frutas te agradan puedes coger las que quieras sin ningun inconveniente. » Al terminar estas palabras, el mago se quitó el anillo que llevaba en el dedo y se lo puso á Aladino diciéndole que era un talisman que le preservaría de todo contratiempo, si observaba puntualmente cuanto acababa de decirle, añadiendo que cuando volviera con la lámpara serían inmensamente ricos.

Aladino, que era intrépido, se lanzó por la escalera, y encontró todo segun se lo había explicado su tío. Al volver á pasar por el jardín, despues de haber metido la lámpara en el seno, se paró á mirar las frutas que ostentaban los árboles, cuyas extraordinarias formas y colores nunca había visto : las había blancas, lisas y transparentes, encarnadas de diferentes matices, verdes, azules, amarillas, y de otra multitud de colores mas ó menos subidos; pero es el caso que las frutas blancas eran perlas ; las transparentes, diamantes ; rubies las encarnadas de color subido ; zafiros, las amarillas ; las verdes, esmeraldas ; las moradas, amatistas ; y las de otros colores eran otras tantas piedras preciosas de diferentes especies. Aladino, que no conocía el mérito ni el valor de estas piedras-frutas, habría preferido que fuesen melocotones , brevas ó camuesas ; pero como relumbraban tanto, y hacían unos visos tan bonitos, siquiera para jugar con ellas con los otros muchachos de su edad, fué cogiendo algunas de cada árbol y llenándose los bolsillos con cuantas cupieron en ellos, de modo que llegó á la entrada del subterráneo repleto como una colmena, é ignorante de la gran riqueza que llevaba encima.

Luego que asomó la cabeza á la entrada de la escalera en donde el mago le estaba esperando ya con alguna impaciencia : — « Tío, le dijo Aladino, dadme la mano para ayudarme á salir, pues como abultan tanto estas frutas que traigo en los bolsillos, en la cintura y en el pecho, no me dejan salir por esta abertura tan estrecha. — Dáme primero la lámpara, hijo mio, le contestó el mago. — No, no, la lámpara no es la que me estorba, además

que la tengo metida en el pecho, le replicó Aladino; ayudadme primero á salir, que ya os la daré luego. » El mago no quiso alargarle la mano sin que ántes no le diera la lámpara, y el jóven que no queria deshacerse de las piedras bonitas que se habia metido en el pecho, juntamente con la lámpara, se empeñó en no dársela hasta que estuviese fuera.



En vista de la terquedad del jóven, el mago se enfureció, y desesperado de no conseguir su objeto, echó unas cuantas pastillas en el fuego que todavía estaba vivo y pronunció unes cuantas palabras mágicas. En el acto mismo

la losa que cerraba la entrada del subterráneo vino á colcarse por sí misma en su sitio, se cubrió de tierra y volvió á quedar tal como estaba á la llegada del mago y de Aladino, el cual apénas tuvo tiempo de agacharse para no ser aplastado por la piedra; pero quedó enterrado vivo.

Habéis de saber, señor, prosiguió diciendo Gerenarda, que el falso hermano de Chin-Fu era un sabio africano que desde su juventud se había dedicado á los estudios mágicos; y á fuerza de registrar manuscritos árabes y caldeos, de hacer observaciones y experiencias, había llegado á descubrir que en cierta parte del Celeste Imperio había oculta una lámpara construida por el rey de los Genios hacia muchos siglos, la cual daria sumo poder é incalculables riquezas al que se apoderase de ella. Con este objeto, despues de reunidos todos los datos necesarios y hecho mil cálculos geodésicos y cabalísticos, había emprendido tan largo viaje, y llegado al sitio privilegiado en que se ocultaba la lámpara. Le estaba prohibido el entrar en aquel sitio y el tomar la lámpara por sí mismo, y era preciso que un jovenzuelo de tres á cuatro lustros entrase á cogerla y se la pusiera á él en la mano. Y hé aquí por qué, habiendo encontrado á Aladino y pareciéndole que reunia todas las condiciones necesarias al objeto, le había elegido para servirse de él, y una vez obtenida la lámpara maravillosa, sacrificarle en seguida. Ya hemos visto como la inocente terquedad del jóven frustró todos sus proyectos. Así, desesperado de ver malogradas todas sus fatigas, y no pudiendo obtener el precioso talisman en los términos que se requerian, despues de haber dejado sepultado vivo al jóven, volvió á emprender aquel mismo dia el camino para su tierra. El despecho y la ira que le causó la negativa de Aladino de darle el objeto anhelado, por cuya posesion había hecho grandes sacrificios, le cegaron de tal manera, que se olvidó de que al bajar al subterráneo le había entregado su propio anillo, talisman precioso que fué el que salvó al jóven la vida.

Cuando Aladino se encontró encerrado en aquel subter-

ráneo, al ver que por mas esfuerzos que hizo no pudo levantar la piedra que lo encubría, bajó la escalera para ver si por el jardín ó por la plataforma encontraba salida, pero halló cerrada la puerta que daba entrada á las tres habitaciones. Entonces empezó á llorar amargamente, y se sentó al pie de la escalera. Tres días pasó de esta manera, sin comer ni beber; y cuando ya se persuadió que su muerte era inevitable, debilitado por aquella abstinencia, y resignado con la voluntad de Dios, levantando las manos al cielo exclamó : « ¡No hay fuerza ni poder mas que en Dios, que es grande y omnipotente ! » Al elevar las manos, tocó en la bóveda de la escalera con el anillo del mago que tenía puesto en un dedo, é inmediatamente se produjo un gran resplandor, y vió delante de sí un Genio de una figura horrible que con voz atronadora le dijo : « ¿Qué me quieres ? ¿qué me ordenas ? Manda á tu esclavo del anillo ; que está pronto á obedecerte. »

Aladino no estaba acostumbrado á semejantes apariciones, y en cualquiera otra circunstancia, á la sola vista del Genio se habría muerto de miedo; pero como el peligro de muerte agranda el ánimo, preocupado con la idea de salvar la vida, respondió sin titubear : « Que me saques de aquí inmediatamente, si tienes poder para ello. »

El Genio desapareció, el jóven sintió una fuerte conmoción en su cuerpo, y sin saber cómo, se encontró fuera del subterráneo en el sitio mismo en que el mago había encendido la hoguera. Inmediatamente se puso en camino para su casa adonde llegó extenuado, y mientras la buena mujer, loca de alegría al volverá ver á su hijo, le daba de comer, este le contó lo que le había sucedido con su tío, y en seguida se acostó. Á la mañana siguiente, cuando se despertó, le pidió de comer á su madre; y como esta le dijese que lo último que había en casa se lo había dado ayer y que iba á vender un poco de algodón hilado para comprar algunos comestibles, su hijo le dijo que sería mejor vender la lámpara que él había traído. La madre la cogió, y para que tuviese mejor vista quiso limpiarla ántes un poco. Apénas había empezado á frotarla con arenilla, cuando

salió de debajo de tierra un Genio horrible y colosal que con voz bronca exclamó : « ¡Qué quieres ? Habla, que



Dispuesto estoy á servirte como esclavo, á ti y á todos los que tengan la lámpara en la mano ; y no solo yo, sino todos los esclavos de la lámpara . » Al ver la pobre mujer aparecer aquella horrenda figura cayó al suelo sin sentido ; pero Aladino, á quien esta aparición, después de la que había tenido en el subterráneo, no le causó miedo, se

apresuró á coger la lámpara que su madre había dejado escapar de las manos, y contestó al Genio : « Tengo hambre, tráeme de comer. » El Genio desapareció, pero no tardó en volver á aparecer trayendo una gran bandeja cargada de exquisitos manjares, una gran botella de vin y un pan blanquísimo servido todo en platos, fuentes y salvillas de plata. Colocó la bandeja sobre la mesa y desapareció. Cuando volvió en sí la viuda de Chin-Fu, y vió todo aquel aparato, se quedó absorta, sin comprender de dónde había venido todo aquello, y se lo preguntó á su hijo. Este le dijo que se lo había traído un Genio. « Yo no sé lo que son Genios, hijo mío, dijo la pobre mujer, porque nunca he conocido mas que el mío, el de tu padre y el de los vecinos, que unos lo tienen malo y otros bueno ; pero, por lo que me dices, creo que esos avechuchos son espíritus infernales, gente dañina y malefica con la que no es bueno tener comercio, y que lo que debias hacer sería arrojar esa lámpara y ese anillo al río. — Al contrario, madre, replicó su hijo, debemos guardar estos objetos, pues ya veis lo útiles que me han sido para salvarme la vida sacándome del subterráneo en donde me dejó sepultado vivo el bribón de mi supuesto tío, y ahora para darnos de comer. — Haz lo que quieras, hijo mío ; pero yo por mi parte te aseguro que no volveré á tocar esa lámpara en mi vida. »

Con los manjares que les trajo el Genio, á los que á pesar del susto que le causó su aparición, y de su mal concepto, hizo honor con buen apetito la madre de Aladino, tuvieron para comer ella y su hijo algunos días, y cuando se acabaron, Aladino se resolvió á ir á vender una de las fuentes de plata, y con este objeto se dirigió á un platero judío que había en el barrio, el cual, aprovechándose de la ignorancia del joven, que ni sabía siquiera si la fuente era ó no de plata verdadera, y estaba muy lejos de conocer lo que valía, le dió una moneda de oro por ella, con la cual se volvió muy contento á su casa, y se la entregó a su madre. Cuando este dinerillo se gastó, volvió á llevar al judío otra salvilla, y recibió otra moneda de

oro, y sucesivamente le fué llevando los platos y demás piezas de la vajilla traída por el Genio. Concluidos estos



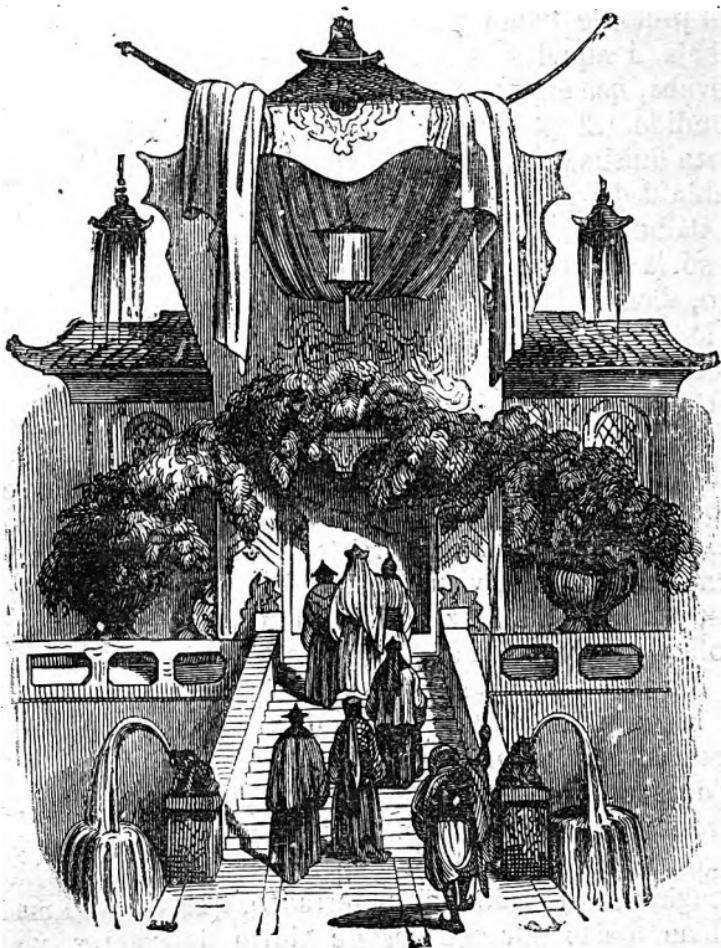
recursos, como Aladino no había aprendido ningun oficio, ni ganaba nada, recurrió á la lámpara, la frotó, y volvió á aparecerse el Genio á quien mandó que le trajera qué co-
mer; y el Genio obedeció trayéndole nuevos manjares servidos en otra vajilla igual á la de la vez primera. Con-
cluidos los manjares, cogió una fuente y salió para llevar-

sela al platero judío. Al pasar por delante de la tienda de otro platero, este, que era un hombre honrado y de conciencia, y había notado las idas y venidas del jóven á casa del judío, le llamó y le preguntó si iba á vender alguna alhaja á aquel platero; Aladino le enseñó la fuente que llevaba, que era igual, le dijo, á otras doce que le había ya vendido. El platero la ensayó y reconoció que era de plata finísima. Cuando el jóven le dijo lo que el judío le había dado, se quedó escandalizado; y despues de explicar á Aladino lo que era un marco de plata, y lo que valia, pesó la bandeja y le entregó sesenta y cinco monedas de oro, diciéndole que aquel era su valor verdadero, y que si lo dudaba fuese á informarse de otros plateros que no fueran judíos, y si ellos le daban mas, tambien él se lo daria.

Con el dinero que le produjo la venta de esta segunda vajilla, la madre y el hijo tuvieron para vivir algunos años sobriamente, sin pensar Aladino mas que en pasearse, y procurarse diversiones honestas con algunos amigos. A pesar de que en la lámpara tenía una mina inagotable, nunca abusó de su virtud maravillosa para atesorar riquezas; y aparte su holgazanería y su poca afición á dedicarse á oficio ni ocupación de ninguna clase, ni contrajo vicios, ni malas costumbres, ni volvió á jugar con los pilluelos de la calle. Al contrario, frecuentando las tiendas, las joyerías, los paseos y establecimientos públicos, adquirió algunas relaciones con gentes instruidas, y con su roce aprendió buenos modales. Al ver comprar y vender joyas, llegó á conocer tambien que aquellas frutas que había recogido en el jardín del subterráneo, que él y su madre habían tenido por pedazos de vidrio de colores, y que como cosas de poco valor las habían despreciado, metiéndolas en un saco que habían puesto en un rincón del cuarto, sin volverse á acordar de ellas, eran piedras preciosas de inestimable valor, mucho mejores y de mayor mérito que todas las que él veía vender á los joyeros.

Al pasar un dia cerca de una casa de baños, oyó pregonar en alta voz un bando para que los habitantes de las calles por donde debia pasar la princesa Baldramina,

hija del sultán, á su ida y vuelta del bañc, cerrasen sus tiendas y sus puertas miéntras pasaba, y que los tran-



seuntes se alejasen. Este bando excito la curiosidad de nuestro paseante que quiso ver á la princesa, y en vez de retirarse como hacian los demas, se metió en la casa de baños y se ocultó detras de una puerta. La princesa no tardó en llegar escoltada por una brillante comitiva de pajes, oficiales, eunucos y esclavas. Traía el rostro cubierto, pero, al entrar en el establecimiento de baños, se

alzó el velo, y Aladino, que la estaba mirando por las juntas de la puerta, al verla quedó deslumbrado, y sintió en su corazón una especie de dolor desconocido, y una emoción extraña que nunca había experimentado y que él no sabía definir. Como hasta entonces no había visto al descubierto más rostro de mujer que el de su madre, al ver el de la princesa, su corazón, adormecido, y virgen de todo afecto amoroso, se despertó al sentirse traspasado por el dardo de amor que los hermosos ojos de la princesa le habían lanzado.

Volvió á su casa triste, desazonado sin saber por qué, y su distracción era tal cuando se puso á comer, que apenas probaba bocado. Al verle en aquel estado, su madre se alarmó y le preguntó si le había sucedido alguna desgracia. Él le dijo que no, y le refirió lo que le había pasado, y lo que había sentido al ver en la casa de baños á la hija del sultán. Despues de haberle escuchado atentamente : — « Hijo mio, le dijo la madre, lo que tienes es el mal de amor : es, que te has enamorado de la princesa Baldramina, y esta es una gran desgracia ; mas espero que eso te pasará y que pronto recobrarás tu tranquilidad ordinaria.

Aquella noche la pasó Aladino con el mayor desasosiego, pensando en lo que le había dicho su madre respecto á su malestar. Cuando á la mañana siguiente vino la buena mujer á saber cómo había pasado la noche, Aladino le dijo : — « Madre, conozco, en efecto, que estoy locamente enamorado de la princesa, que mi pasión crece por momentos y es tan vehemente, que no podré vivir ni ser feliz si no me caso con ella : y así, estoy decidido á pedírsela al sultán. » Cuando la viuda de Chin-Fu oyó hablar á su hijo en tales términos : « ¡Dios mio ! exclamó, tú has perdido el juicio, hijo mio, ¡casarte tú con la hija de nuestro sultán ! esos malditos Genios te han trastornado la mollera hasta el extremo de hacerte olvidar que eres hijo de un pobre sastre, que no tienes oficio, ni beneficio, ni sobre qué caerte muerto, y que aun cuando lo tuvieras, eso no bastaría, porque, para hacer olvidar tu baja pro-

cedencia, sería preciso que fueras inmensamente rico para que el sultán te aceptara por yerno. — Todo eso que me decís, madre, es muy cierto, y ya me lo he dicho yo á mí mismo; pero como yo no puedo vivir sin la princesa, os repito que estoy resuelto á pedírsela al sultán en casamiento. — Vamos, hijo, no delires y déjate de tonterías: ¿ quién quieres que se atreva á ir á hablar al sultán de una pretension semejante sin exponerse á que le mandaran á remar en las galeras? ademas, que ya sabes que nadie puede ir á hablar al sultán sin llevarle un rico presente, y todo lo que tú podrías ofrecerle serian algunas libras de algodon del que yo hilo. Te repito, hijo mio, que no pienses mas en eso, que deseches ideas tan extravagantes, y te vayas á dar un paseo para distraerte. — Ya os he dicho, madre, que he pensado en todos esos inconvenientes, y previsto otros mayores; pero no por eso estoy menos decidido á llevar adelante mi intento: así, si amáis á vuestro hijo y no queréis verle morir de pena, es preciso que vayáis vos misma á presentar mi peticion al sultán y... — ¡ Misericordia, Dios mio! exclamó la pobre mujer, dejando caer la rueca al suelo é interrumpiendo á su hijo, ¡ yo ir á presentarme al sultán con semejante embajada! si lo hiciera, de seguro que me mandaria encerrar en una jaula de locos; y entonces ¿ quién te cuidaría? »

Por no ser prolifica, dijo la sultana Gerenarda, no repetiré los coloquios que tuvieron la madre y el hijo, no solo en aquel dia, sino en los siguientes; así, me limitaré á decir que al ver que Aladino no desistia de su empeño, que ni comia, ni bebia, ni dormia, y temerosa de que llegase á perder la vida, consintió, por ultimo, en hacer lo que aquel deseaba, esto es, se decidió, aunque temblando y muerta de miedo, á ir á ver al sultán. Aladino, entonces, abrazándola cariñosamente, le dijo: — « Puesto que es costumbre, cuando se va á ver al sultán, el ofrecerle algún regalo para que escuche con benevolencia, le llevaréis las frutas que yo traje del jardin del subterraneo, que nosotros habíamos creido que eran de vidrio de colores, y

son piedras preciosas de un valor extraordinario, y tales, que no se encuentran semejantes en ninguna joyería, segun lo que yo he visto. Estoy cierto que el sultan apreciará el presente, porque son joyas dignas de un soberano. Traed, añadió, esa sopera de porcelana que está en el vasal, y las colocaré en ella.



Maravilloso era el efecto que producian semejantes pedrerías, y la madre y el hijo se quedaron ellos mismos sorprendidos al ver los reflejos y vislumbres que hacian en los que ántes no habian reparado, pues como Aladino cuando las cogió era un niño, y las consideró como juguetes para divertirse con los otros chícueros de su edad, no habia vuelto á tocarlas, ni casi á acordarse de ellas.

Aunque á la vista de la hermosura del regalo, la buena mujer creyó que el sultan la acogeria y escucharia benévolamente, temia que, al llegar á exponerle el objeto principal de su visita, ó ella no se atreviese á decírselo, ó si se lo decia, el sultan frunciese el entrecejo y la despidiese malamente. En fin, sobreponiéndose á todos sus temores, despues de haberse hecho un traje nuevo, envolvió la sopera con las joyas en un paño fino, y se fué á palacio muy temprano. Luego que abrieron el salon en que el sultan daba audiencia, se entró en él y se colocó en un sitio bastante apparente para que el sultan la viera. Despues de haber dado cuenta el gran visir de diferentes asuntos, y oido el sultan á un crecido número de personas, se retiró á las habitaciones interiores, y los uijeres hicieron salir las gentes; de modo que la madre de Aladino se volvió á casa sin haber desempeñado su mision. Al verla venir su hijo cargada con la sopera temió que no hubiese querido el sultan recibirla, pero su madre se apresuró á tranquilizarle diciéndole : — « Hijo mio, he visto al sultan , y estoy segura de que tambien él me ha visto ; pero estaba tan ocupado en escuchar á tantos como le hablaban, que no sé como tenía paciencia. Al fin, yo creo que se fastidió, porque, sin que nadie le dijera nada, se levantó y se marchó, sin que yo hubiera podido hablarle. Pero no tengas pena, que ya volveré mañana. » En efecto, la buena mujer volvió, no una, sino muchas veces; se colocaba siempre en un sitio apparente, pero de nada le servia, pues como ignoraba los usos de palacio, y no habia presentado memorial, ni hecho inscribir su nombre en las listas de audiencia, nunca le llegaba su turno, de modo que su asistencia á la audiencia no habria tenido jamas ningun resultado, si el sultan realmente no hubiese reparado en ella. — « Me llama la atencion, le dijo un dia al gran visir, la persistencia con que una mujer, con un envoltorio en la mano, viene todos los dias á la audiencia ; ¿ sabes á lo que viene ? — Probablemente á quejarse de que le han vendido alguna harina averiada, ó algun queso enmohecido, pues ya sabéis, señor, lo que

son las mujeres del pueblo que dan importancia á las cosas mas pequeñas, le contestó el gran visir. — Pues si vuelve á presentarse, hazla acercarse, que quiero saber lo que tiene que pedirme, » le dijo el sultan.

Cuando al dia siguiente apercibió el sultan á la madre de Aladino : — « Mira, le dijo al gran visir, allí está la mujer de quien te hablé ayer; mándala que se acerque. » El gran visir transmitió la orden á un ujier, el cual hizo señas á la viuda de Chin-Fu para que se aproximase á hablar al sultan. Hízolo así la pobre mujer, toda confusa y temblando ; sin embargo, como había visto en tantos días que había asistido á la audiencia las ceremonias y genuflexiones que hacían todos los que hablaban al sultan, hizo lo mismo que ellos, y después de haberse inclinado en la última genuflexión hasta tocar la frente con la alfombra que cubría las gradas del trono, permaneció en aquella humilde y respetuosa postura aguardando á que le hablara el sultan, el cual, después de haberle mandado levantarse, le preguntó qué negocio era el que la traía á su presencia.

La madre de Aladino se levantó, y con una desenvoltura que no era de esperar de su falta de educación y anterior timidez, le contestó : — « ¡Poderoso monarca ! antes de exponeros el extraño e increíble motivo que me ha traído ante vuestro sublime trono, os ruego que me perdonéis mi atrevimiento, por no llamar insolencia de la petición que vengo á haceros. » Este exordio, y el tono con que había sido pronunciado llamaron la atención del sultan y le hicieron presumir que se trataba de algún negocio grave del que no convenía que todos se enterasen. Así, mandó despejar la sala para que la mujer pudiese explicarse con mayor libertad y menos empacho, y no quedaron en ella mas que el gran visir y algunos consejeros íntimos. Animada la madre de Aladino con esta muestra de benevolencia del sultan, volvió á tomar la palabra diciendo : — « Y dado el caso, señor, que encontréis ofensiva ó injuriosa la demanda que voy á presentaros, ruego á Vuestra Majestad que no se dé por ofendido, y

que en todo caso se digne indultarme de antemano y concederme su gracia. — Sea lo que quiera lo que tengas



que decirme, le contestó el sultán, desde luego te lo perdono; habla, pues, con toda libertad, y nada temas. »

La madre de Aladino refirió entonces, á su manera, el cómo su hijo había visto á la princesa Baldramina, la vehementemente pasión que le había inspirado y sus deseos de

casarse con ella. Expuso algunas de las muchas reflexiones que ella había hecho á su hijo sobre un proyecto tan insensato, atendida su humilde condición y pobreza, y terminó diciendo que en vista del empeño de su hijo de que viniese á pedir para él la mano de la princesa, temerosa de algún desman ó atropello por su parte, se había atrevido á dar un paso tan osado, por lo cual volvía á solicitar su perdón y el de su hijo por semejante atrevimiento. Léjos de encolerizarse, el sultán la escuchó con mucho agrado y benevolencia, y sonriéndose le preguntó qué era lo que traía en aquel bulto tan cubierto. — « Señor, le contestó la madre del enamorado mancebo, es un pequeño presente que mi hijo Aladino envía á Vuestra Majestad para la princesa, » y tomando la sopera que había puesto en una de las gradas del trono, le quitó el paño con que estaba envuelta y se la presentó al sultán, añadiendo : — « Aunque sean cosas de escaso valor, indignas de vuestra magnificencia, os ruego, señor, que os dignéis admitirlas. » La buena mujer hablaba así, porque á pesar de lo que su hijo le había dicho sobre el valor de aquellas piedras, como en su vida había visto piedra preciosa de ninguna especie, no le había dado grande asenso, y estaba muy lejos de apreciar lo que valían.

Cuando el sultán tomó en sus manos la sopera y vió lo que contenía, su sorpresa no tuvo límites. Se quedó asombrado al ver aquella colección de diamantes, de esmeraldas, de rubíes, de un tamaño, hermosura y brillantez cual nunca había visto, pues á pesar de que su tesoro estaba bien provisto de joyas, estas, aunque de mucho valor, no podían competir con las que la madre de Aladino le ofrecía. — « ¡Mirad, mirad! les dijo al gran visir y á los consejeros íntimos : ¿habéis visto jamás en vuestra vida unas joyas de tanto valor y mérito? Me parece que bien puedo darle la princesa mi hija por esposa al que le ofrece un presente de esta naturaleza. » Cuando el gran visir y los consejeros se acercaron á ver las piedras de la sopera, no quedaron menos admirados de su grande hermosura y extraordinario valor, pero el gran visir á quien el sultán

habia dado á entender que accederia gustoso al casamiento de la princesa Baldramina con su hijo, temeroso de que sus esperanzas se frustrasen, se acercó al sultan y le dijo, que siendo el casamiento de la princesa un negocio de Estado de grande importancia que debia pensarse mucho y discutirse, le rogaba que lo aplazase por tres meses, pues estaba seguro de que su hijo podria ofrecer á la princesa un regalo mayor que el del hijo de aquella mujer que nadie conocia. El sultan accedió á lo que el gran visir le pedia y respondió á la madre de Aladino : — « Vuélvete á tu casa, buena mujer, y dile á tu hijo que acepto el regalo y consiento en la demanda que en su nombre me has hecho, otorgándole la mano de la princesa ; pero como es necesario que vaya provista de un ajuar correspondiente á su elevada jerarquía, el casamiento no podrá verificarse hasta dentro de tres meses. »

Loca de alegría volvió á su casa la viuda de Chin-Fu, y no fué menor el gozo de Aladino cuando su madre le refirió todos los pormenores de su entrevista con el sultan y la respuesta de este, consintiendo en darle á su hija la princesa por esposa, al cabo de tres meses.

Dos meses iban transcurridos no sin grande impaciencia del jóven enamorado, que contaba las horas y los días, cuando saliendo un dia su madre á hacer algunas compras en un barrio distante, vió que empezaban á adornar las casas los vecinos, y que recorrian las calles músicos y danzantes. Habiendo preguntado el motivo de aquellos regocijos : — « ¿ De dónde venís, buena mujer, que no sabéis que se casa esta noche el hijo del gran visir con la princesa Baldramina, hija de nuestro sultan ? » En efecto, el gran visir habia maniobrado tan diestramente durante este tiempo, que habia conseguido hacer olvidar al sultan la promesa que habia hecho á la madre de Aladino, y dar su consentimiento para que la princesa se casara con su hijo.

Tan luego como la buena mujer recibió esta noticia, que otros le confirmaron, se apresuró á volver á su casa adonde llegó muy azorada, entró precipitadamente en el cuarto de Aladino y exclamó : — « ¡ Hijo mio, todo se ha

perdido para ti ! el hijo del gran visir se casa esta noche en palacio con la princesa Baldramina. » Al oír estas palabras,



Aladino se quedó inmóvil, aterrado, como herido del rayo ; pero reponiéndose en seguida, se levantó, y aguijoneado por los celos se dispuso á obrar enérgicamente ; en vez de desfogar su pena en quejas y baldones contra el sultán, que así faltaba á su palabra, ni contra el visir y su hijo, se limitó á decir : — « Madre, el hijo del gran visir no pasará esta noche tan agradablemente como se la prometía. » Cogió la lámpara prodigiosa, la frotó y apareció en seguida el Genio, el cual le repitió las palabras sacramentales de : « ¿Qué me quieres ? Habla : aquí me tienes dispuesto á obedecerte como esclavo, á ti y á todos los que engañan la lámpara en la mano. Yo y todos los demás es-

clavos de la lámpara. — Quiero, le contestó Aladino, que esta noche en cuanto se acueste el hijo del gran visir con la princesa Baldramina, me los traigas aquí á ambos en su lecho. — Serás obedecido, le dijo el Genio, y desapareció. Despues de cenar, segun costumbre, la madre de Aladino se retiró á su cuarto, y él se quedó en el suyo esperando la venida del Genio.

Miéntras tanto, todo era fiesta y alegría en el palacio del sultan en donde se celebraban los desposorios de su hija la princesa con el hijo del gran visir, el cual así como su padre rebosaban de gozo, y se tenian por muy venturosos con un enlace que les hacia emparentar con el soberano y los colocaba en una posicion tan ventajosa y elevada. Despues de las ceremonias rituales, de la suntuosa cena, baile, refrescos y otras diversiones en las que tomaron parte todos los visires, los altos funcionarios, y demás cortesanos, el afortunado hijo del gran visir fué conducido á la cámara nupcial á la que no tardó en llegar la princesa acompañada por su madre la sultana y por todas sus esclavas. Cuando estas empezaron á desnudarla, ella hizo alguna resistencia, pero vencida esta por las observaciones y caricias de su madre, se dejó meter en el lecho, la abrazó tiernamente y se retiró con toda la servidumbre dejando solos á los recien casados. No bien habia tomado puesto en el lecho el venturoso novio, cuando los desposos sintieron que la cama se commovia, que desaparecia del cuarto en que estaba y era trasladada á otra parte. Naturalmente se quedaron pasmados sin atraverse á hacer el menor movimiento, y sin saber cómo, se encontraron en un aposento pobre y desconocido. Luego que el Genio despositó el lecho con los novios en el cuarto de Aladino : — « Ya estás obedecido, le dijo el Genio : ¿ qué mandas á tu esclavo ? — Lleva ese hombre á la letrina y déjale allí hasta mañana que vendrás á buscarle. » El Genio sacó de la cama al hijo del gran visir, le llevó al lugar que Aladino le había indicado, y dándole un resoplido sobre el pecho le dejó arrimado á la pared, inmovilizado y sin habla. Todo esto se pasó en ménos tiempo del que se necesita para

contarlo, con grande asombro de la hija del sultan y del venturoso novio, que ni veian al Genio, ni al hijo de Chin-Fu, ni oian lo que el Genio y él hablaban.

Cuando el Genio desapareció, Aladino que, atendido el estado en que la princesa se hallaba, sobre cogida y paralizada, hubiera podido prevalerse de su situación para empañar su honor, sobreponiéndose á los deseos que su ardiente pasion le inspiraba, se acercó á ella y le dijo : — « Princesa, tranquilizaos y no temáis nada. Aquí estáis tan segura como en el palacio de vuestro padre, y nadie se permitirá el menor desman contra vuestra persona sagrada. Lo que he hecho, añadió, ha sido para impedir el que llegase á poseeros un rival á quien vuestro padre os ha entregado, faltando á la palabra que me había dado. » En seguida, sin despojarse de sus vestiduras, se recostó en el lecho en el mismo sitio que pocos minutos ántes ocupaba el hijo del gran visir, pero poniendo ántes, entre la princesa y él, su sable desenvainado, como para indicarle que sería reo de muerte si se propasaba á mancillarla. Y satisfecho con haber defraudado de este modo las esperanzas del venturoso novio, se durmió al poco rato. No le sucedió otro tanto á la princesa que sin hacer grande atencion á lo que Aladino le decia, ni aun comprenderlo, porque ignoraba lo que había pasado, sobre cogida y medio muerta de miedo, pasó la noche mas mala que en su vida había pasado; pero si se considera el lugar y estado en que el Genio había dejado al hijo del gran visir, es de presumir que este venturoso novio no la pasaría mas agradablemente.

Al romper el alba volvió á aparecer el Genio segun Aladino se lo había mandado y le dijo : — « Aquí me tienes. ¿Qué ordenas á tu esclavo ? — Vuelve á poner al hijo del gran visir en esta cama, le contestó Aladino, y llévala al mismo sitio de donde la trajiste. » Recogió su sable y la cama con los novios desapareció del cuarto. Apénas la acababa de colocar el Genio en su lugar, cuando anunciaron la llegada del sultan que venía á informarse cómo había pasado la princesa su primera noche de boda, y el

dichoso novio que no había tenido ni aun tiempo de responderse, yerto de frío como estaba, al oír que el sultán



se acercaba, saltó corriendo del lecho y se metió en su cuarto. El sultan se acercó á su hija y se quedó asombrado al verla con el rostro demudado y los ojos desencajados, y que nada le respondía al preguntarle sonriéndose cómo había pasado la noche; pero atribuyendo este silencio y aquellos síntomas á un exceso de rubor, no quiso

molestarla con nuevas preguntas, y despues de acariciarla, se salió del cuarto y se fué al de la sultana á la que contó el estado en que había hallado á la princesa, y el silencio que había guardado, encargándole que fuese ella misma á verla é informarse. Hizolo así la sultana, no sin decir ántes al sultan : — « Señor, todo eso no son mas que miedres de recien casada, y pocas son las novias que no hacen otro tanto al dia siguiente de la boda, pero ya veréis, dentro de unos cuantos dias, cuán diferente se halla. » Cuando entró en el aposento de su hija, la encontró todavía en la cama, la abrazó y besó, pero al ver que la princesa no le decia nada, y al notar, al mirarla con mayor atencion, qué estaba abatida y desencajada : — « Hija mia, le dijo, ¿qué motivos tienes para corresponder tan mal á mis caricias y á las del sultan tu padre ? ¿te ha sucedido alguna cosa extraordinaria que no proceda de las circunstancias en que te hallas ? dímelo sin rodeos, y sácame de la inquietud en que me pone el verte. »

La princesa, dando un profundo suspiro mezclado con algunas lágrimas, rompió al fin su silencio y exclamó : — « Perdóname, madre querida, si tan mal correspondo á tu cariño y al de mi padre ; pero estoy tan atónita y tengo mi espíritu tan preocupado con los extraordinarios acontecimientos de esta noche pasada, que ni acierto á hablar, ni sé lo que me pasa. » En seguida le refirió todo lo ocurrido : la traslacion del lecho á un lugar desconocido, la desaparicion de su esposo, la aparicion de un jóven á quien nunca había visto, el cual le dijo unas palabras que ella no comprendió, y despues de haber puesto un sable entre ambos se recostó á su lado, y últimamente la reaparicion de su esposo y la traslacion de la cama. Despues de haberla escuchado atentamente, la sultana le contestó : — « Has hecho bien, hija mia, en no hablar á tu padre ni á nadie de esos acontecimientos extraordinarios, porque ó habrian creido que habias perdido el juicio, ó se habrian reido á carcajadas. Vaya, sosiégate, desecha de tu imaginacion esas visiones fantásticas, y prepárate para tomar parte y alegrar con tu presencia las fiestas que

hoy debe haber para celebrar tu fausto enlace. » La princesa le aseguró que no eran visiones, que preguntara á su esposo, y le diria lo mismo. — « Bien, bien, le contestó su madre, ya sabré yo lo que ha pasado. » Con este objeto mandó á llamar al hijo del gran visir, y así que le vió le dijo : — « Hijo mio, estás tú tambien alucinado como tu esposa? » El jóven que se reputaba altamente honrado con su alianza, y que, por otra parte, su amor propio se resentia de confesar que habia pasado la noche en paños menores, en un lugar inmundo, le contestó muy sereno : — « Señora, ¿ por qué me hacéis esa pregunta tan rara? — Esa respuesta me basta, le contestó la sultana, sonriéndose, y no necesito saber mas : ya veo que tú tienes mas juicio que ella. »

Prosiguieron durante aquel dia las fiestas en palacio, pero la princesa, por mas que hizo la sultana su madre, que no se separó de su lado, para distraerla y animarla, se mostró siempre muy abatida y preocupada, y aunque el hijo del gran visir no lo estaba ménos, despues de la mala noche que habia pasado, su ambicion le hacia disimular cuanto podia para mostrarse risueño y muy contento. Cuando llegó la noche, Aladino, que queria impedir que los novios se juntasen, volvió á ordenar al Genio que se los trajese tan pronto como se acostasen, y el Genio volvió á trasladar el lecho á su aposento, llevó al feliz esposo al mismo sitio de la noche anterior, y por la mañana transportó otra vez la cama á palacio, con los recien casados. despues de haber tenido otra vez la princesa á Aladino por compaňero de cama.

Al dia siguiente quiso el sultan informarse si su hija habia pasado mejor que la primera la noche segunda de casada, y halló á la princesa mas desasosegada y abatida que el dia precedente. — « ¿ Estás de mejor humor que ayer? le dijo, al acariciarla; » la princesa nada le respondió. Entónces el sultan, presumiendo que algo de extraordinario le habia pasado y que ella se lo ocultaba, deseoso de saberlo, aparentó una gran cólera, y sacando el sable exclamó : « ¡ Ó me dices lo que te ha sucedido, ó,

si no, en este momento te mato! » Profundamente impresionada la princesa, mas bien que amedrentada por el enojo de su padre, rompió, al fin, el silencio, y con los ojos bañados en lágrimas, despues de pedirle perdon por no habérselo dicho ántes, le refirió minuciosamente cuanto le había pasado en las dos noches de casada. El sultán que la amaba entrañablemente se enterneció al ver su quebranto, y le dijo : — « Si me hubieras contado ayer lo que ahora acabas de contarme, hubiera tomado las providencias convenientes para que no se hubiese repetido semejante escándalo. Pero tranquilízate, y ten entendido que yo no te he casado para hacerte desgraciada, sino muy al contrario, y si te he dado por esposo al hijo del gran visir es porque creía que serías con él muy dichosa. » Volviendo á acariciarla y á recomendarle que se tranquilizara, hizo llamar inmediatamente al gran visir, y le preguntó si su hijo no le había dicho algo de lo que la princesa le había contado ; habiéndole respondido que no : — « Pues interrógale, le dijo, porque yo quiero saber la verdad, aunque estoy persuadido que la princesa no me ha engañado. » El gran visir fué incontinenti en busca de su hijo, el cual apremiado por su padre para que no le ocultara nada de lo ocurrido le contestó : — « Todo lo que la princesa ha contado al sultan es la pura verdad ; pero lo que no ha podido decirle, es el mal trato que yo he recibido, pues no solo he sido arrebatado del lado de mi esposa, sino encerrado en un lugar poco limpio, sin mas abrigo que mi túnica interior, y en donde he pasado esas dos noches sin poder moverme, ni aun gritar, y titilando de frio : así, padre, os declaro que á pesar del grande honor que me había cabido de ser esposo de la princesa Baldramina, y de las ventajas que podria traerme una alianza tan encumbrada, renuncio generosamente su mano, y os ruego que hagáis lo posible para que quede anulada una union que tan malparado me ha dejado ; pues prefiero morir, mas bien que continuar sufriendo vejaciones tan humillantes, y creo que la princesa será de mi mismo parecer. »

La desmedida ambicion del gran visir tuvo que cejar, y renunciar á sus sueños dorados, en vista de la determinacion de su hijo de no volver á reunirse mas con la princesa ; y ni aun se atrevió á decirle que esperase algunos dias mas á ver si aquella extraña persecucion cesaba. Así se fué en seguida á ver al sultan, y despues de decirle que era cierto quanto la princesa le habia contado, añadiendo lo que á su hijo le habia sucedido, le rogó que se tuviese por nulo el casamiento, supuesto que no habia llegado á consumarse, y permitiese á su hijo salir de palacio y volver á su casa. Hecho cargo el sultan de circunstancias tan extraordinarias, accedió al ruego del gran visir, y dió orden para que cesasen todas las fiestas y regocijos que se hacian con motivo de semejante enlace ; providencia que dió lugar á que se hiciesen mil comentarios sobre un acontecimiento tan inesperado, sin que nadie pudiese atinar la verdadera causa, ni saber mas sino que el hijo del gran visir habia salido de palacio.

Entretanto Aladino, que era el único que tenfa la clave del enigma, libre de su rival, dejó transcurrir los tres meses que el sultan fijó á su madre para el casamiento de la princesa Baldramina, y el mismo dia en que se cumplia este plazo, volvió la viuda del pobre sastre Chin-Fu á presentarse en palacio. Luego que el sultan la vió mandó que se le acercara, y le preguntó qué era lo que queria. — « Señor, le contestó la buena mujer, vengo á recordar á Vuestra Majestad que hoy termina el plazo que se dignó fijar para resolver la peticion que tuve la honra de hacerle en nombre de mi hijo Aladino. »

Olvidado tenía ya el sultan á este y á su madre, pues al fijar los tres meses, solo lo hizo impulsado por una parte, por la admiracion que le habia causado el rico presente que aquella le trajo, y creyendo por otra, que no volveria á molestarle mas con una demanda tan extravagante. Sin embargo, como la promesa era tan formal, se quedó perplejo, y ántes de contestar á la buena mujer consultó al gran visir sobre lo que deberia responderle. El gran visir le dijo : — « Señor, hay un medio muy sencillo

de desembarazarse de esta importunidad, sin que Vuestra Majestad falte á su palabra, ni tampoco pueda quejarse Aladino. Exijale Vuestra Majestad un dote tan crecido para la princesa que por mucha que sea su riqueza no alcance á cubrirlo : de este modo se verá obligado á desistir de su pretension tan altamente ridícula. » El sultan tomó el consejo de su visir, y dirigiéndose á la madre de Aladino le dijo. — « Buena mujer, los soberanos deben mirar como un punto de honor el cumplir sus promesas, y yo estoy pronto á cumplir la que os hice. Decid á vuestro hijo que consiente en otorgarle la mano de mi hija la princesa Baldramina siempre que pueda presentarle un dote correspondiente á su elevada jerarquía, y este consistirá en cincuenta bandejas de oro llenas de piedras preciosas iguales á las que ántes me trajisteis, las cuales serán traídas por cincuenta esclavos negros escoltados por otros cincuenta esclavos blancos lujosamente vestidos todos ellos. » Oida esta respuesta del sultan, la madre de Aladino se retiró muy afligida, porque no sabía de dónde habia de sacar su hijo un regalo de tal naturaleza, y así se lo manifestó aconsejándole que haría mucho mejor en quitarse semejante capricho de la cabeza. — « El sultan me ha dicho, añadió, que aguardaría á que le llevase tu respuesta, pero me parece que llegará á ser muy viejo ántes que yo se la lleve. — No tanto como creéis, » se limitó á contestar Aladino, y entrándose en su cuarto en seguida, tomó la lámpara y la frotó. El Genio se presentó y le dijo las palabras consabidas. — « Escucha, le contestó Aladino, el sultan exige para darme á su hija, que le presente cincuenta bandejas de oro llenas de pedrería, llevadas por otros tantos esclavos negros escoltados por igual número de esclavos blancos, todos ricamente vestidos. Quiero, pues, que mañana temprano me traigas todo cuanto te he expresado y el sultan desea. — Amo y señor, le contestó el Genio, yo y los demás esclavos de la lámpara vamos á recoger esas joyas al *Jardin de las Maravillas*, » y desapareció en seguida. Al dia siguiente apareció acompañado de los cien esclavos, mitad blancos y mitad negros, cargados

con las cincuenta bandejas de oro llenas de perlas, diamantes, esmeraldas, topacios y rubíes, los cuales no solo ocupaban toda la casa, sino gran parte de la calle. Al volver la madre de Aladino de la compra, se quedó asombrada de ver aquella gente, y en cuanto entró en casa le dijo su hijo: —« Madre, dejad á un lado esa cesta y poneos el ves-



tido nuevo para ir á presentar al sultán el dote de la princesa que os ha pedido. » La buena mujer se atavió, y se

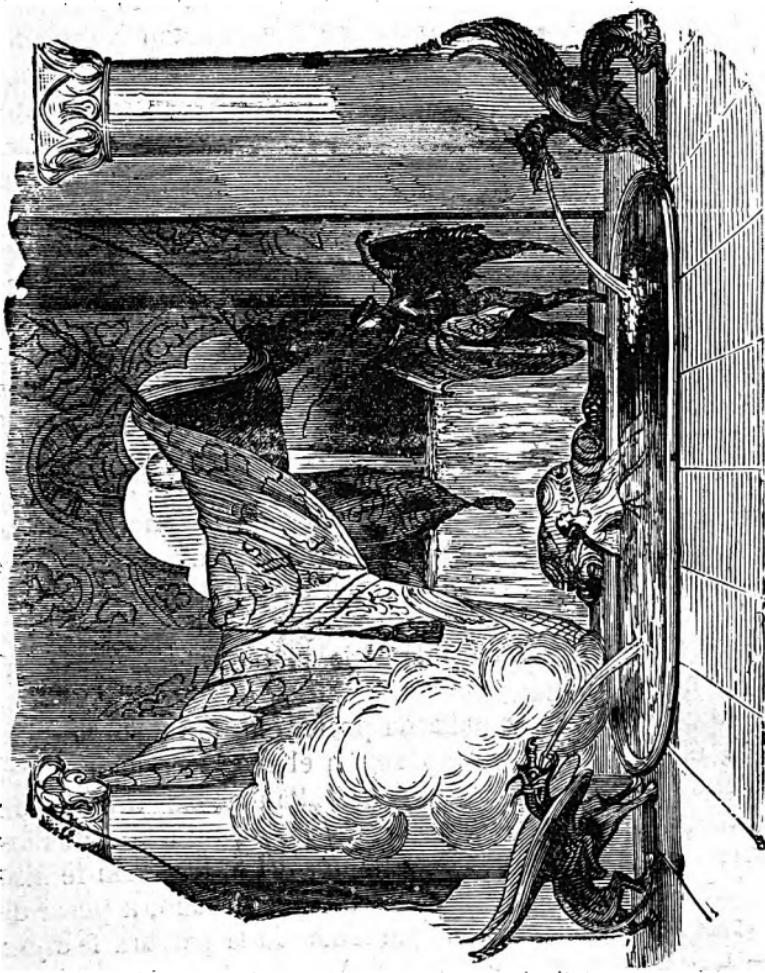
puso á la cabeza de todos aquellos esclavos que, por su gallarda presencia, y por los ricos trajes que vestian, eran la admiracion de cuantos los veian, y muchos los tomaban por príncipes orientales. Cuando llegaron á palacio, se formó la guardia para recibirlos, y los criados del sultan creyendo que eran reyes, al ver sus dalmáticas y mantos de tela de brocado, y sus cinturones ó fajas cuajados de perlas y diamantes, se postraban ante ellos y les besaban las franjas de sus vestidos, á pesar de que los esclavos les decian : — « No somos príncipes, sino esclavos; nuestro amo vendrá cuando la hora sea llegada. »

Prevenido el sultan de su venida, mandó que fuesen introducidos en la sala del trono. Los esclavos entraron formados en dos filas, y se fueron colocando con el mayor orden formando un semicírculo en frente del sultan que estaba admirado al ver los ricos trajes de aquellos esclavos con los que no admitian comparacion, por su inferioridad, los de sus mas elevados cortesanos. Adelantándose en seguida la viuda de Chin-Fu hasta las gradas del trono : — « Señor, dijo al sultan, vengo á ofrecer á Vuestra Majestad estos presentes que mi hijo Aladino envía para la princesa Baldramina, que, aun cuando sean inferiores al rango de la princesa y á lo que ella se merece, espera que se dignará aceptarlos, puesto que son conformes á los deseos que Vuestra Majestad misma habia manifestado. » Los esclavos quitaron entonces los paños de tela de oro y perlas con que estaban cubiertas las bandejas y descubrieron á los ojos del sultan y de los cortesanos los tesoros que encerraban. El sultan, sin responder á la arenga de la pobre mujer, que apénas escuchó, se quedó atónito, deslumbrado en presencia de una magnificencia tan extraordinaria, y encarándose con el gran visir, le dijo : — « ¡ Has visto nunca joyas de tan inestimable valor ? ¡ no te parece que es digno de poseer la mano de la princesa, mi hija, el que me envía tal regalo ? » El gran visir, aunque lleno de envidia y muy penado de que un extraño á quien nadie conocia fuese preferido á su hijo, en vista de lo maravilloso del regalo y de las disposiciones del ánimo del sultan, no

se atrevió á hacerle observacion de ninguna clase, ántes bien le contestó diciendo : — « Señor, léjos de conceptuar que quien hace á Vuestra Majestad un regalo de esta naturaleza, sea indigno de obtener la mano de la princesa Baldramina, aun diria que era acreedor á mayor recompensa, si no estuviera persuadido de que la posesion de la princesa, y el honor de vuestra alianza son cosas que no pueden pagarse con todos los tesoros de la tierra. » En vista de esta respuesta del gran visir apoyada por todos los cortesanos, el sultan, dirigiéndose á la madre de Aladino, le dijo : — « Buena mujer, id á anunciar á vuestro hijo que quedo aguardándole con impaciencia para recibirlle en mis brazos. » En seguida mandó llevar las bandejas á la habitacion de su hija adonde pasó él mismo para examinar las joyas mas de cerca.

Con el corazon rebosando júbilo y alegría al considerar la encumbrada posicion que iba á tener su hijo, casándose con la princesa, llegó la buena mujer á su casa y participó á Aladino la respuesta del sultan. Su hijo, que la estaba esperando ya con impaciencia, se apresuró á invocar al Genio al que le dijo así que se presentó : — « Te he llamado porque tengo que ir á presentarme al sultan, y quiero ántes ir al baño. Miéntras estoy en él; me prepararás un traje espléndido y cual ningun soberano haya vestido hasta el dia : me traerás un caballo que, por sus formas y estampa, aventaje al mejor que tenga el sultan en sus caballerizas, y cuyos jaeces deslumbren por la riqueza. Quiero ir acompañado por cincuenta esclavos tan bien ó mas ricamente vestidos que los que llevaron el regalo á la princesa; dos palfreneros que marchen llevando una doble brida del caballo, y seis pajés. Necesito doce bolsas con mil monedas de oro cada una, y seis esclavas y dos eunucos para que sirvan á mi madre. — ¿Quieres alguna cosa mas? le preguntó el Genio. — Por ahora esto es todo lo que necesito, » le respondió Aladino. — No bien hubo acabado de hablar cuando se sintió transportado á un baño deliciosísimo en donde fué desnudado por manos invisibles, frotado con esencias y perfu-

mes exquisitos, y bañado sucesivamente en aguas de temperaturas á grados distintos, segun se usa en Oriente.



Al salir del baño, las mismas manos invisibles le revistieron de un traje cuya riqueza es indescriptible. Baste decir que con el valor de las piedras preciosas de que estaba cuajado su turbante, podria comprarse un reino. Trasladado á su casa de la misma manera, encontró en ella el caballo y los esclavos y pajes que habia pedido. De las doce

bolsas que el Genio le presentó, entregó seis á su madre, diciéndole : « Tomad, madre, este dinero para vuestro gasto, y no os fatiguéis en hilar mas algodon. Estas esclavas son para vuestro servicio, y para vuestro uso estos vestidos. » Cuando salió del baño estaba tan cambiado y mostraba tal gallardía, que su propia madre no le conoció.

Despues de arreglado el órden de su marcha, montó á caballo precedido y seguido por los cincuenta esclavos, y rodeado por sus pajes á quienes habia entregado las otras seis bolsas con órden de ir arrojando las monedas de oro al pueblo por todo el camino. Al ver pasar una comitiva tan brillante, y á aquel gallardo jóven tan ricamente vestido y montado en un caballo tan soberbio, y al ver arrojar tan abundantes monedas de oro al pueblo, todos los que le veian le tomaban por un príncipe, y se prosteraban á su paso. De esta manera, aclamado y vitoreado por el inmenso gentío que le seguia, llegó á palacio en donde fué recibido con las mayores muestras de respeto, y sin hacerle esperar ni un minuto fué conducido por los altos funcionarios de palacio á presencia del sultan que le estaba esperando, el cual, al verle entrar en la sala, bajó las gradas del trono, y sin dar lugar á que se postrase, le estrechó en sus brazos dándole la bienvenida y llamándole hijo.

Al contemplar su gallarda presencia, tan distinta de lo que él se habia figurado segun el retrato que le había hecho la madre de Aladino, el sultan no se cansaba de mirarle y admirarle, y lo mismo les sucedia á todos los cortesanos. Luego que le hubo abrazado, el sultan le hizo subir las gradas del trono y sentarse á su lado, á pesar de la resistencia de Aladino que tomando la palabra le dijo : — « Señor, por complacer á Vuestra Majestad, admito los honores que se digna dispensarme; pero no olvido por eso que nací siendo su esclavo, que conozco la grandeza de su poder, y no ignoro la gran distancia que media entre el esplendor de su alta jerarquía y lo humilde de mi nacimiento. Si me atreví á elevar mis ojos hasta la princesa, cuyos hechizos me han cautivado en términos

de que, si no viera cumplidos mis deseos, perdería la vida, pido á Vuestra Majestad perdon de mi osadía. — Hijo mio, le contestó el sultan, volviendo á abrazarle, tu vida me es desde este momento mas preciosa que todas tus riquezas y las mias reunidas. » En seguida el sultan, apoyado en el brazo de Aladino, le llevó á un magnífico salon en el que habia preparado un gran banquete, y comió solo con él en presencia del gran visir y de los cortesanos para quienes habia preparadas otras mesas.

Terminada la comida, el sultan mandó extender por el ministro á quien correspondia el contrato matrimonial, y le preguntó á Aladino si queria quedarse en palacio para celebrar los desposorios aquel mismo dia ; á lo que este le contestó diciéndole que, á pesar del anhelo que tenía por gozar de su dicha, le rogaba que le permitiese diferir su union con la princesa hasta que hubiese hecho construir un palacio digno de ella para recibirla en él segun merecia, para lo cual, añadió, os ruego que me concedáis un terreno conveniente. « Elige el sitio que mejor te parezca, y toma todo el terreno que necesites, le contestó el sultan, pero no olvides que ansio verte casado cuanto antes con mi hija. »

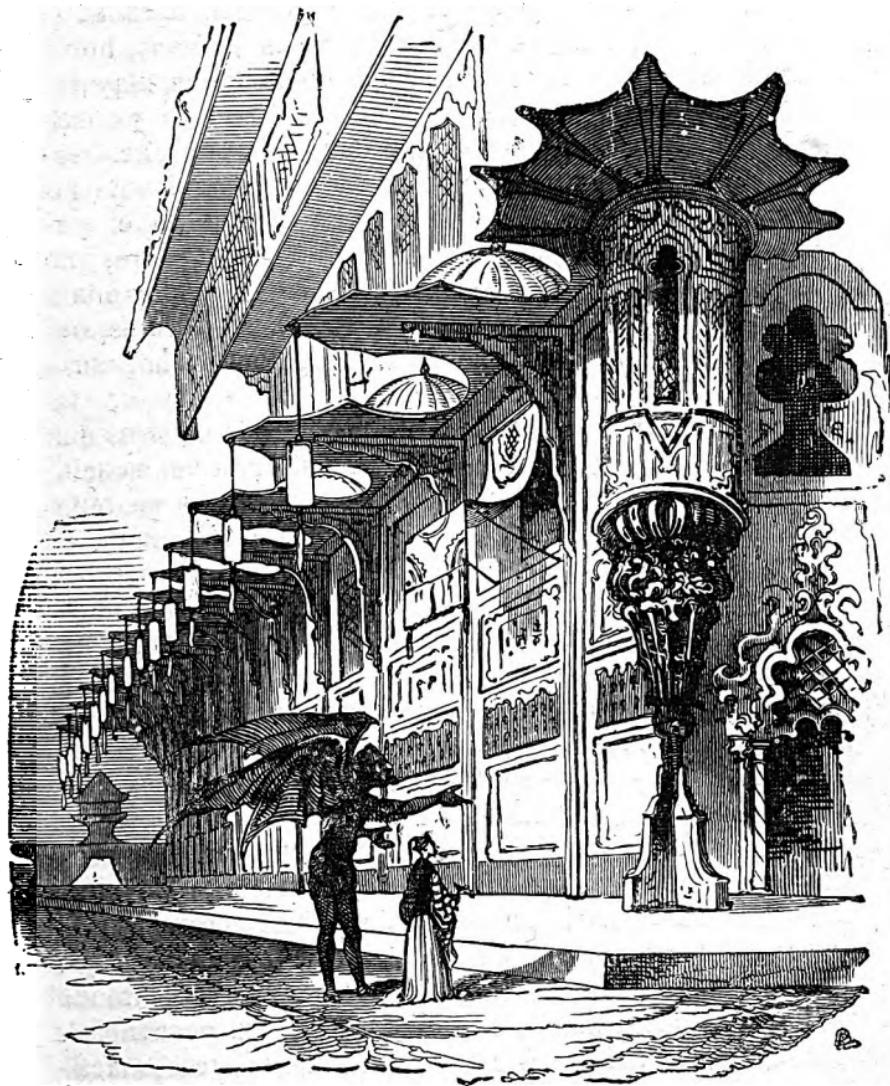
Aladino se despidió del sultan que quedó prendado de él, con las mismas demostraciones de cariño, salió de palacio con los mismos honores con que había sido recibido, y volvió á su casa con su brillante comitiva en medio de una apiñada muchedumbre compuesta de toda clase de gentes que no se cansaban de mirarle, le aclamaban y le bendecían por sus liberalidades nunca vistas. Luego que llegó á su casa tomó la maravillosa lámpara, la frotó, y apareció inmediatamente el Genio. — « ¿Qué me quieres? le dijo. — Que me construyas un palacio en un sitio aparente desde las ventanas del palacio del sultan, con todas sus dependencias, su parque, sus jardines, y amueblado con suntuosidad y riqueza ; que tenga en lo alto una azotea cubierta con una cúpula de pórfido sostenida por columnas de oro y plata guarneidas con diamantes y perlas, y que se halle cerrada por unas celosías cuyas

traviesas sean de oro bruñido, y adornadas con rubíes, esmeraldas y perlas; que las caballerizas se hallen provistas de excelentes caballos de las mejores razas conocidas, con un tren completo de montería; y que el guardarnes sea correspondiente á todo lo demás por su magnificencia, sin faltar en él palanquines, parásoles y literas. Ademas, quiero que haya en el palacio un tesoro con mil bolsas de monedas de oro que contengan cada una desde ciento hasta mil monedas. En fin, que nada falte en él para el servicio de la princesa mi esposa y el mio. En cuanto al sitio, la arquitectura y embellecimiento exterior del edificio, lo dejo á tu idea y capricho. Tan pronto como lo hayas concluido me lo avisarás y tendrás dispuesta una alfombra de terciopelo de seda carmesí con franjas y flecos de oro rematados por perlas para tenderla desde la puerta principal del palacio hasta la puerta del palacio del sultán, para que atraviese por ella la princesa al venir á mi casa. — Amo y señor, yo y los demás esclavos de la lámpara haremos cuanto nos ordenas, » le respondió el Genio.

Al dia siguiente, en un terreno elevado que se veía perfectamente desde las ventanas del gabinete del sultán, se vieron trabajando miles de albañiles, carpinteros, herreros, y de los demás oficios, los cuales, con admiración general, edificaron un palacio mucho mas grandioso y magnífico que el del sultán mismo, en menos de quince días, adornado y provisto por dentro con muebles tan preciosos y tan raros que para describirlos solo se necesitaría un libro. Cuando ya no faltó nada en él de cuanto Aladino había pedido al Genio, se presentó este y le dijo :—« Señor y amo, está concluido y amueblado el palacio con todo cuanto has pedido; vas á verlo para saber si estás contento y si tus deseos han sido satisfechos. » — Aladino, trasladado al interior del palacio por el Genio, recorrió todas las habitaciones y vió que nada faltaba en ellas; que la azotea ó galería-mirador era una verdadera maravilla de incalculable valor por su riqueza.

Vuelto á traer á su casa por el Genio, Aladino hizo todos

los preparativos necesarios para trasladarse públicamente á su nueva residencia. Dispuso que su madre se vistiera



con uno de los trajes mas ricos que le habian traido las esclavas, y que fuese á palacio para acompañar á la prin-

cesa por la noche cuando esta determinase pasar al palacio de su esposo, y él, montando á caballo, atravesó la ciudad con su brillante séquito, haciendo sus pajes otra igual distribucion de monedas de oro al pueblo, durante el tránsito. La madre, acompañada por sus esclavas, fué á palacio en donde la princesa la recibió con las mayores muestras de cariño, haciéndola sentar á su lado y observándola con un espléndido almuerzo. Por la noche, después de haberse terminado todas las ceremonias de los desposorios y servido un suntuoso banquete en el palacio del sultán, la princesa se despidió de sus padres, no sin enterñecerse y derramar algunas lágrimas por una y otra parte, y se encaminó á la residencia de su esposo que se había adelantado y la estaba esperando á la puerta del palacio para recibirla.

Precedida por las numerosas cuadrillas de músicos que habian estado tocando todo el dia en la plaza del palacio, por cien esclavos y eunucos, y rodeada por los visires y demas altos funcionarios, llevando á su lado á la madre de Aladino, salió del palacio del sultán y emprendió su marcha por la magnifica alfombra tendida por el Genio entre los dos palacios, los cuales se hallaban brillantemente iluminados, así como todas las casas de las calles por donde debia pasar la comitiva, á la que acompañaba una escolta formada por mil pajes y eunucos y otros criados del sultán, llevando cada uno de ellos un hacha de viento encendida, cuyos resplandores unidos á los de las iluminaciones de los dos palacios y de las casas del tránsito, hacian que no se echase de méno la luz del dia. Al recibirla Aladino á la entrada del palacio en medio de sus numerosos servidores, le tomó la mano y le dijo : — « Adorable princesa, si mi temeraria osadía ha podido desagraderos aspirando á poseer vuestra mano, os ruego que me la perdonéis y que no me culpéis á mí, sino al poder de vuestros atractivos, y de vuestros divinos ojos que me cautivaron el corazon y me hicieron vuestro esclavo desde el momento que los vi. » La princesa, sin quitarse el velo, lo cual impedia el ver el rubor de su rostro, y al mismo tiempo

el gozo que sus ojos descubrian al examinar la gallardía de Aladino, le contestó con acento enternecido : — « Príncipe, y señor mio, si al entregaros mi mano cumple con la voluntad de mi padre el sultan, creed que este cumplimiento, léjos de serme violento, es para mi corazon muy grato y lisonjero desde el momento que os he visto. » Esta amable respuesta de la princesa colmó de alegría á Aladino, el cual la condujo á un salon en donde se hallaba dispuesta la mesa para la cena con los manjares mas delicados y exquisitos. Así estos, como la riquísima vajilla de oro en que eran servidos, la brillante iluminacion y los adornos del salon y de los demas aposentos, y los coros de una armoniosa música que se oian, causaron el mayor asombro y admiracion á la princesa que no pudo ménos de exclamar : — « Yo habia creido que no habia nada mas hermoso ni mas rico que el palacio del sultan mi padre, y lo que en él se encierra; pero confieso, al ver lo que aquí veo, que todo aquello es muy inferior á esto. »

Concluida la cena, entraron cuadrillas de músicos y bailarines de ambos sexos que ejecutaron danzas primorosísimas de diferentes especies, en las que tomaron parte muchos de los concurrentes hasta una hora muy avanzada de la noche en que Aladino condujo á la princesa á su aposento.

Al dia siguiente Aladino montó á caballo, y con su séquito acostumbrado se fué al palacio del sultan para rogarle que se dignase honrarle viniendo á comer con él á su palacio con todos sus cortesanos y ministros, cuyo convite aceptó el sultan, deseoso tambien de ver á su hija y saber cómo se encontraba en su nueva residencia. Cuando vió el palacio mas de cerca se quedó asombrado de su grandioso aspecto, pero su admiracion no tuvo límites cuando entró en su recinto, prorumpiendo en exclamaciones de sorpresa en cada salon que recorría; pero sobre todo al subir al mirador, al ver las columnas de oro macizo que sostenian la cúpula, al examinar las persianas ó celosías del mismo metal guarnecidas de tantas perlas, diamantes y rubies y otras piedras preciosas, no pudo ménos

de decir al gran visir que no se separaba de su lado : — « ¿ Es posible que haya en el mundo una maravilla mayor que esta? No lo creo, y estoy seguro que no hay en todo el universo ningun soberano, por rico y poderoso que sea, que tenga un palacio cuyas columnas y manpostería, en vez de ser de mármol, de jaspe ó de granito, sean de oro macizo, y cuyas ventanas y celosías se hallen tachonadas y guarnecidas de un número tan asombroso de diamantes, esmeraldas y rubies. »

En fin, despues de haber recorrido todo el palacio, una gran parte del parque y los jardines ; visitado las caballerizas y demas dependencias, y sobre todo abrazado á su hija á la que encontró muy gozosa y satisfecha, Aladino le condujo al salon del banquete en donde habia dispuestas dos mesas : en la una comió el sultan teniendo á su derecha á su yerno, y á su izquierda al gran visir, y en la otra tomaron asiento todos los demas cortesanos y ministros. Los manjares que sirvieron y los vinos fueron de lo mas raro, sabroso y exquisito, y el sultan y los demas convidados quedaron contentísimos y confesaron que nunca habian comido platos tan bien aderezados, ni bebido vinos tan deliciosos, no siendo menor su admiracion al contemplar la vajilla de oro en que todo era servido, y los aparadores guarnecidos de jarrones, de botellas y copas del mismo metal y otras vasijas en las que se veian embutidas las perlas, las esmeraldas, los topacios y rubíes.

Encantado salió el sultan del palacio de Aladino, felicitándose de haberle dado su hija, y tenerle por yerno. Aladino, por su parte, se hacia cada dia mas popular y querido por toda clase de gentes. Al sultan y á los magnates los convidaba á menudo y les hacia toda clase de obsequios ; y á las gentes del pueblo las socorria con abundantes limosnas, de modo que todos le alababan y le bendecian, con tanto mas motivo que, ademas de sus larguezas, siempre se mostró afable y llano con todos, y jamas abusó de su poder, riquezas y valimiento para humillar á nadie ni causarle el menor perjuicio.

Así vivió algunos años gozando de una dicha no interrumpida; pero como en este mundo la felicidad no dura siempre, ni llega nunca á ser completa, sucedió que el mago á quien era deudor, aunque no por la voluntad de este, de su encumbramiento, no pudiendo desechar el pesar que le causaba haber perdido la ocasión de hacerse dueño de la maravillosa lámpara, quiso saber un dia cuál había sido la suerte de aquel sobrino postizo que había elegido para servirse de él como instrumento para conseguir sus fines; pues aunque presumía que habría perecido en el subterráneo en que le sepultó, no tenía la certidumbre del hecho de su muerte. Con el fin de adquirirla, tomó sus compases, tiró sus líneas, hizo sus cálculos nigromántico-cabalísticos, y sacó en limpio que Aladino vivía, que era dueño de la lámpara maravillosa, y que á ella debía la riqueza y la elevada posición que tenía. « ¡Ah miserable hijo del sastrezuelo! exclamó entonces lleno de ira; ¡tú has descubierto el poder de la lámpara y te has servido de él para engrandecerte! ¡deja, deja, que no te durará mucho tiempo tu dicha, y yo haré que vuelvas á caer en la miserable condición de tu estado primitivo! » Incontinenti se puso en camino y llegó, no sin penalidades y trabajos, á la capital del reino en que vivía muy tranquilo y feliz Aladino, y después de haber descansado y tomado los informes convenientes se dirigió al palacio en que aquel habitaba, y al ver su magnificencia, no dudó que su construcción fuese obra del Genio esclavo de la lámpara. Pensando en el modo como se apoderaría de esta, le ocurrió la idea de mandar fabricar unas cuantas lámparas de hechuras muy bonitas, y colocándolas en una cesta empezó á recorrer las calles de la ciudad gritando: « ¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por lámparas nuevas? » Los pilluelos y los vagos de las calles por donde pasaba le tomaron por un loco estrañafalario y le seguían burlándose de él, y diciéndole mil chanzonetas; pero el mago, sin hacerles caso, continuaba su camino gritando siempre: — « ¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por lámparas nuevas? » Cuando llegó delante del palacio de Aladino era

tan numerosa la pillería que le acompañaba y tan grandes las risotadas y la vocinglería, que habiendo oido aquél



alboroto la princesa, quiso saber el motivo que lo causaba. Una esclava que salió á informarse volvió muy luego riéndose tambien á carcajadas y le dijo á su ama : — « Señora, es un hombre que trae en una cesta unas lámparas muy bonitas; todos creen que está loco, porque va pregonando el cambio de lámparas viejas por lámparas nuevas; pero nadie le hace caso, y todos se rien de él. » Al oir esto, otra esclava exclamó : — « Pues si la señora lo permite, tambien nosotras podríamos reirnos y saber si es verdad lo que ofrece, porque justamente ayer he visto en un rincón del cuarto del señor una lámpara roñosa que se la podríamos dar en cambio de una nueva. » La

princesa, por reirse tambien y por pasatiempo, consintió en que se hiciera el cambio de la lámpara; la esclava fué á buscarla, y salió á ofrecérsela al mago, el cual, al verla, no dudando que, á pesar de su exterior sucio, fuese la que él buscaba, la tomó, y presentando á la esclava la cesta en que traía las lámparas nuevas : — « Elige la que mas te guste, » le dijo. La esclava eligió, en efecto, la que mas le agradó, en medio de una risotada general, y se fué muy contenta á enseñar á su ama el cambio que había hecho, cambio que fué muy celebrado por ella y por todas las demás esclavas. El mago se volvió á su casa muy de priesa, aunque sin dejar de pregonar, por no infundir sospechas, el cambio de las lámparas nuevas por viejas. Tan luego como entró en su cuarto, cerró bien la puerta, sacó la lámpara del seno y la frotó. En el acto se apareció el Genio y le dijo : — « ¿Qué me ordenas? Habla, y yo y todos los esclavos de la lámpara te obedeceremos. » — El mago le contestó con imperio : — « Te mando que tú y los demás esclavos de la lámpara transportéis esta noche el palacio que habéis construido para Aladino, con todos sus habitantes y cuanto encierra dentro, al África, y que me transportéis á mí al mismo tiempo. » El Genio desapareció sin replicar, y el mago se salió al campo y estuvo esperando oculto en un lugar desierto á que llegara la noche. Á la mitad de ella sintió que le transportaban y se encontró en África en el paraje que había indicado al Genio, á las puertas de un palacio que no tardó en reconocer por el de Aladino, el cual había sido transportado por el Genio y los esclavos de la lámpara.

Hemos dicho que el palacio de Aladino estaba construido en un terreno elevado que se descubría desde las ventanas del cuarto del sultan; así es que la primera cosa que este hacía luego que se levantaba, era el asomarse á la ventana para recrearse con la vista de aquel sumtuoso edificio en que habitaba su hija. ¿Cuál no fué su sorpresa al mirar, segun acostumbraba, hacia aquel sitio, y no ver mas que el vacío? — « ¿Estoy yo ciego? » se dijo, y mandó á llamar inmediatamente al gran visir. Cuando

este se presentó : — « Mira bien, le dijo el sultán, ¿ ves tú el palacio de Aladino ? — Señor, yo no veo mas que el sitio, el palacio ha desaparecido ; » y aprovechando esta ocasión para desahogar su envidia, y vengarse de la pena secreta que le había causado ver frustradas sus ambiciosas esperanzas con la ruptura del casamiento de su hijo, añadió : — « Ya os había yo dicho, señor, que ese palacio y esas fabulosas riquezas de Aladino eran obra de magia y encantamiento ; así todo se ha ido como había venido. Lo único sensible es la desaparición de la princesa, y el no saber lo que Aladino habrá hecho de ella. » Este insidioso discurso bastó para irritar la cuerda sensible del amor paterno. El sultán se enfureció, y ciego de cólera, sin reflexionar en lo mas mínimo, sabiendo que Aladino había salido el dia anterior para una cacería, dió orden que le fuesen á buscar inmediatamente y le trajesen con buena escolta á palacio cargado de cadenas. — « En cuanto traigan á ese impostor, á ese malvado, exclamó, quiero que le corten la cabeza. » Inmediatamente salió un destacamento de la guardia en busca de Aladino, el cual se volvía de la partida de caza, muy ignorante y ajeno de lo que había sucedido. Cuando ya muy cerca de la ciudad se encontró con el destacamento, el oficial que lo mandaba, se acercó á él y le dijo : — « Príncipe Aladino, — porque así le llamaban desde su casamiento con la princesa, — tengo orden de prenderos, con gran sentimiento mio, y llevaros sujeto con una cadena al palacio del sultán. — Pues complid con la orden que habéis recibido, » le respondió Aladino, apeándose del taballo.

Apénas hubo entrado en la ciudad y los habitantes le vieron conducir de aquella manera, se extendió la noticia con la velocidad del rayo de que el sultán había mandado prender al príncipe Aladino é iban á cortarle la cabeza. Como por su afabilidad, por su generosidad y por su valor y gallardía se había granjeado las simpatías y el afecto general, y todos le querían mas que al sultán mismo, no dudaron que este quería hacer con él una tropelía, y

armándose cada cual como pudo, unos con espadas, otros con lanzas y picas, otros con azadones, guadañas y



barras de hierro, acudieron en tropel al palacio del sultán y lo invadieron por las cuatro esquinas. El ataque había sido tan repentino é imprevisto que la guardia no pudo impedirlo. Miéntras tanto, Aladino, aherrojado en uno de los patios del palacio, se disponía á recibir la muerte sin saber por qué delito, pues el sultán ni había querido

verle ni oirle ; cuando llegó el gran visir azorado y exclamó : — « Señor, os ruego que mandéis suspender la ejecucion : el palacio está invadido por el pueblo amotinado, sin que vuestra guardia haya podido impedirlo, y si llega á penetrar hasta aquí serán fatales las consecuencias, y vuestra misma sagrada persona correrá un gran peligro. » Al oir expresarse al gran visir en tales términos, y al llegar al mismo tiempo á sus oídos los gritos de los amotinados que se iban aumentando y ganando terreno por momentos, el sultan que se había puesto en un balcon para presenciar la decapitacion de su yerno, se sobrecogió y mandó ponerle en libertad, lo cual sabido por los invasores del palacio, desistieron de su empresa y se fueron retirando poco á poco.

Luego que Aladino se vió libre, levantó la cabéza y viendo al sultan asomado al balcon, le dirigió la palabra en alta voz exclamando : « Señor, os ruego que me digáis en qué he podido ofenderos y cuál es mi delito para haber merecido que me tratéis de esta manera. — ¡ Cómo ! ¡ ignoras lo que has hecho ? ¡ gran bellaco ! ¡ encantador, embustero ! ¡ adónde está tu palacio, y adónde has llevado á la princesa mi hija ? » le contestó el sultan encendido en ira. « Sube á decírmelo, añadió, si quieres conservar la vida. » Habiendo subido Aladino á las habitaciones del sultan, este le hizo asomarse á las ventanas y volvió á preguntarle adónde había llevado á la princesa y lo que había hecho del palacio. Aladino se quedó absorto y mudo de sorpresa no viendo de su palacio mas que el sitio que ocupaba, y sin saber cómo había desaparecido. En vista de su silencio, el sultan volvió á decirle : — « ¡ Habla ! ¡ en dónde está tu palacio ? ¡ qué ha sido de mi hija ? — Señor, le contestó, al fin, Aladino ; yo mismo lo ignoro y estoy tan sorprendido como Vuestra Majestad misma ; le ruego, sin embargo, que me permita hacer las diligencias necesarias para averiguar el paradero de una y otro, concediéndome el tiempo suficiente. — Cuarenta dias te doy de término, le respondió el sultan ; si pasado este plazo no me presentas sana y salva á la princesa, que

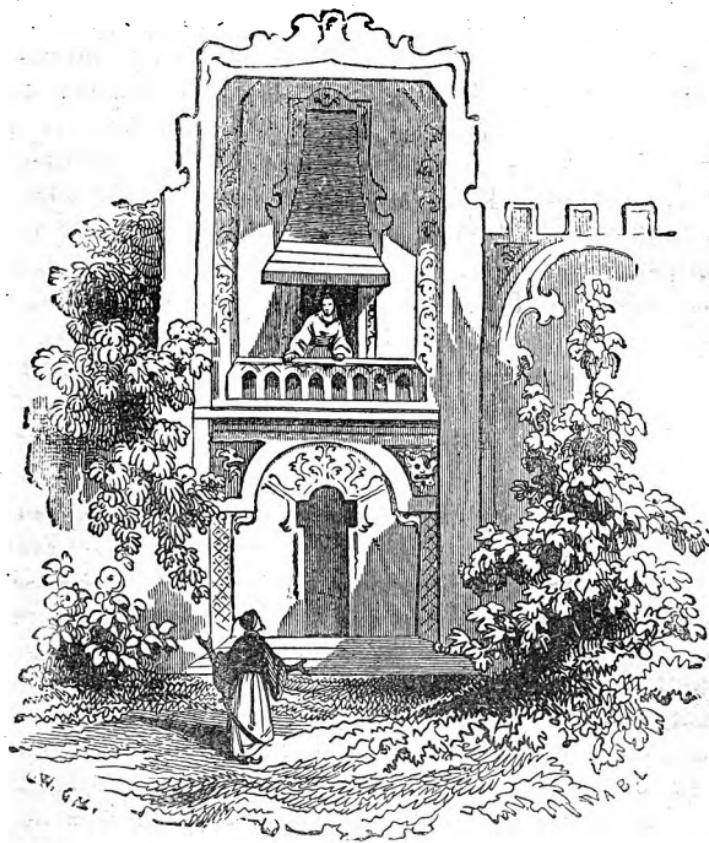
es para mí mas estimable y preciosa que todos los palacios del universo, te mando degollar irremisiblemente; y ten entendido que no te servirá el huir para librarte del justo castigo que mereces, porque yo sabré encontrarte en cualquier rincón del mundo en que te ocultes, por recóndito que sea. » Aladino salió del palacio cabizbajo y pensativo, y los cortesanos que encontraba á su paso, que siempre le habían manifestado mucho aprecio y respeto, se alejaban al verle y le volvían la espalda como si no le conocieran, y ni uno solo se le acercó á decirle la menor palabra de consuelo.

Luego que salió del palacio, afectado su ánimo con un acontecimiento tan extraordinario é imprevisto, sin saber lo que se hacía ni lo que decia, empezó á recorrer las calles preguntando á cuantos encontraba en dónde estaba su palacio y la princesa. Al verle las gentes en aquella disposición, y al oírle hacer tales preguntas, creían que había perdido el juicio y le compadecían. Así anduvo vagando por la ciudad durante tres días sin casi tomar alimento, al cabo de los cuales viendo que nadie le daba razon, y conociendo que le era imposible el vivir ya en una ciudad en la que había representado un papel tan distinguido, y ocupado una posición tan elevada; sintiendo, por otra parte, la imposibilidad de encontrar lo que buscaba, ni adivinar lo que había sucedido, creyó que no le quedaba mas recurso que quitarse la vida. Absorto con estos encontrados pensamientos, y sin saber por dónde caminaba, tropezó con una piedra y cayó al suelo, pero al caer, el instinto natural le hizo extender los brazos para precaverse, y su mano derecha topó con otra gran piedra causándole el golpe un dolor muy vivo; pero como llevaba puesto en uno de los dedos de esta mano el anillo que el mago le había entrégado al bajar al subterráneo y que le había servido ya para salir de aquel lugar; anillo de cuya virtud nunca mas había vuelto á servirse, el tal anillo se rozó fuertemente contra la piedra; de modo que aun sin acabar de levantarse del suelo, Aladino se encontró en presencia del Genio que le dijo : « ¿Qué me quieres? Aquí me tienes dispuesto

á obedecerte yo y los esclavos del anillo. » Esta inesperada aparicion hizo recobrar ánimo á Aladino que le respondió : — « ¡Genio! quiero que me muestres el sitio en que está mi palacio, y que tú y los demas esclavos del anillo lo transportéis del sitio en donde se halle al sitio en donde lo mandé construir. — Lo que me pides yo no pueda hacerlo; eso pertenece exclusivamente á los esclavos de la lámpara, y yo no soy mas que esclavo del anillo. — Pues entónces, transpórtame al sitio en que el palacio se encuentra y ponme delante de sus puertas. » Dicho y hecho. El Genio lo asió por la cintura, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró al pie de un sumtuoso edificio que, á pesar de la oscuridad de la noche, Aladino reconoció inmediatamente ser el palacio suyo. Con el ánimo ya mas tranquilo y rebosando su corazon del gozo que le infundia la esperanza de volver á ver á su amada princesa, se sentó al pie de un árbol para aguardar á que fuese de dia, y se quedó dormido. Cuando se levantaron por la mañana las esclavas, una de ellas vió á Aladino que se estaba paseando debajo de las ventanas del cuarto de la princesa, le reconoció y fué corriendo á avisar á su señora. La princesa se levantó en seguida, abrió las celosías y se asomó á la ventana. Al ruido que hizo, levantó la cabeza Aladino y reconoció á su esposa, y el gozo que uno y otro sintieron al volver á verse fué indecible. Una esclava bajó á abrir la puerta falsa del palacio por la que entró Aladino y no tardó en hallarse en los brazos de su esposa que le recibió en ellos con lágrimas de gozo y enterñecimiento.

Despues de pasados estos momentos de expansion cariñosa, Aladino preguntó á la princesa si estaba en el mismo sitio en que él la dejó al irse á caza, en un rincon del cuarto, una lámpara antigua y roñosa; á cuya pregunta le contestó su esposa refiriéndole el cambio hecho, por bromá y pasatiempo, de aquella lámpara vieja por otra nueva, añadiendo que al dia siguiente de aquel cambio se había encontrado con su palacio transportado al Africa por un mago viejo y asqueroso que todos los dias venía á hacerle

una visita, á requerirla de amores, manifestándole sus deseos de casarse con ella y diciéndole que tú ya no exis-



tias, porque mi padre el sultán había mandado que te cortaran la cabeza. Yo no le hago caso ni le escucho, y aunque él, á pesar de mi desden, añadió la princesa, me ha tratado hasta ahora con el mayor respeto, como me tiene en su poder, estaba recelosa de que, al fin, llegase á cometer conmigo alguna tropelía; pero ahora, estando tú á mi lado, nada temo. » Aladino preguntó á su esposa lo que el mago africano había hecho con la lámpara. « La lleva

siempre consigo muy guardada en el pecho, » le contestó aquella. Despues de unos momentos de reflexion. Aladino le dijo á la princesa : — « Es preciso que nos libremos de las importunidades de ese mago perverso, y que yo recupere esa lámpara de que él se ha hecho dueño por un descuido imperdonable mio, y creo que he encontrado el medio de conseguir mi objeto ; pero es indispensable que, para realizar mi pensamiento, me secundéis por vuestra parte, haciendo lo que ya os diré. Por el momento voy á la ciudad cercana, pero estaré pronto de vuelta aunque con traje diferente. Mandad á una esclava que esté vigilante para abrirme la puerta secreta en cuanto llegue. » Y en seguida salió para ir á la ciudad que estaba á corta distancia.

Despues de haber cambiado en una ropería el rico traje que aun llevaba por otro mas modesto para no llamar la atencion, se fué al mercado de los drogueros y se proveyó de ciertos polvos por los que le hicieron pagar una moneda de oro. Inmediatamente se volvió al palacio, y confrenció con la princesa explicándole cuál era su proyecto. — « Aunque os cueste repugnancia el recibir á ese malvado, le dijo, es necesario que os hagáis violencia, y que aparentéis lo contrario. Ademas, le convidaréis á comer, pero diciéndo'e que, como no tenéis mas vinos que los de vuestro pais, deseariais probar los de esta tierra. Probablemente, lisonjeado con vuestro buen recibimiento y con vuestro convite, se apresurará á traeros el vino que deseáis. Tomad estos polvos y echadlos en la copa en que acostumbráis beber y mandad á una esclava inteligente que la ponga aparte y os la traiga cuando se la pidáis. La llenareís con el vino del mago, y por via de obsequio se la ofreceréis en cambio de la suya, habiendo tenido antes cuidado de preguntarle si lleva la lámpara consigo. La princesa ofreció hacer cuanto Aladino le había dicho, y lo primero fué el cambiar el vestido desaliñado que llevaba por otro de los ricos que tenía.

Cuando llegó el mago á la hora acostumbrada de su visita, se quedó admirado de ver á la princesa tan enga-

anada y prendida, y mas aun del agrado y afabilidad con que le recibia. Despues de haberle hecho sentarse á sulado



en el sofá, dirigiéndole una mirada capaz de enardecer y enloquecer á cualquier mago por africano que fuese : — « Sin duda os admira, le dijo, el hallarme hoy tan distinta de como hasta ahora me habéis visto, pero no lo extrañeis, porque, como soy de un carácter tan opuesto á la melancolía, he reflexionado que una vez muerto mi esposo Aladino, como mis lágrimas, por abundantes que fuesen, no le resucitarian, yo no debia continuar afligiéndome mas tiempo por un mal que no tiene remedio, y he resuelto desde hoy cambiar de vida. Para inaugurar este cambio quisiera que me acompañaseis á la mesa ; pero tengo un

capricho y deseo satisfacerlo. Nunca he bebido vino de esta tierra de África, y si me pudieseis proporcionar algunas botellas, os lo agradecería infinito. » Apénas hubo oido el mago el deseo expresado por la princesa, se levantó presuroso diciéndole : — « Amada princesa, bendigo al cielo por haber tenido la idea de conservar un centenar de botellas de un vino escogido que reservo desde hace muchos años para celebrar los acontecimientos venturosos é importantes que puedan ocurrirme, y como ninguno puede ser para mí mas feliz ni importante que él de merecer vuestro cariño, voy á buscar yo mismo y á escoger, por el pronto, una docena de botellas de ese vino para tener el gusto de ofrecéroslas. — Siento que os molestéis en ir vos mismo á buscarlas, le dijo la princesa, por contentar ese capricho mío. — Es preciso que vaya yo mismo, porque nadie sabe en dónde están, ni cómo ha de abrir la puerta. — En ese caso, haced lo que os parezca; solo os encargo que no tardéis en volver, para que pueda gozar mas largo tiempo de vuestra compañía. »

Tan pronto como el mago se marchó, la princesa echó ella misma, en una copa que eligió, los polvos que le había dado Aladino y la puso en el aparador mostrándosela á la esclava que le servía de beber, encargándose que se la trajese llena de vino al hacerle cierta seña convenida. A poco llegó el mago acompañado por un esclavo que traía un cesto con las botellas del famoso vino, y en seguida la princesa y él se sentaron á la mesa, colocándose uno en frente de otro, pero de tal modo que el mago tenía á su espalda el aparador. — « Danos de beber, dijo la princesa á su esclava, despues de haber comido de algunos platos, y brindemos ; » y luego que gustó el vino exclamó : — « Razon teniais, amigo mío, en alabar vuestro vino, porque en mi vida lo he bebido tan exquisito. » Cuando llegó el turno á los postres, como durante la comida la princesa había hecho varias fir ezas al mago sirviéndole algunos bocados escogidos, acompañados con miradas expresivas, el mago, á pesar de su magia, tenía medio trastornado el magín, y contaba como cosa segura el logro de la dicha

que apetecia . — « Dame otra copa llena de ese vino tan exquisito que no me canso de beber, y sirve otra igual á nuestro huésped, » dijo la princesa á la esclava haciéndole al mismo tiempo la seña convenida. La esclava llenó la copa en que estaban los polvos y se la entregó á la princesa, y luego presentó otra igualmente llena de vino al mago. Encarándose con este y mirándole de una manera expresiva : — « Yo no sé, le dijo la princesa, cuál sea el uso de esta tierra, en materia de bríndis, pero sea el que quiera, deseo hagamos hoy como se hace en la mia, esto es, que cuando se está comiendo con personas que bien se quieren, estas cambian sus copas entre sí en señal de cariño; así, espero que me hagáis la fineza de tomar mi copa y que me deis la vuestra, » y al mismo tiempo le alargó la que tenía en la mano. Este nuevo obsequio tan expresivo por parte de la princesa acabó por hacer perder al mago su chabeta, y apresurándose á tomar la copa que la princesa le ofrecía, alargándole la suya al mismo tiempo, despues de un bríndis caluroso y entusiasta, se la bebió de un trago en honor de « Su amada princesa, » exclamando que en su vida el vino le había parecido tan delicioso néctar.

La princesa Baldramina que estaba ya cansada de la prolongacion del papel violento que representaba, y fastidiada de la enojosa charla y ridícula galantería de su compañero de mesa, permaneció con la copa en la mano haciendo como que bebia y saboreaba el vino, pero sin separar su vista del rostro del mago, y no tardó en apercibir que se le cambiaba el color, se le turbaba la vista y que, por último, caía de espaldas sobre su asiento en medio de convulsiones terribles. Aladino, que estaba esperando con ansia el efecto de sus polvos, advertido por las esclavas del resultado final de la comida, no tardó en entrar en el salon del convite. Viendo al mago tendido y sin movimiento, rogó á la princesa que se alejara por algunos momentos con todas sus esclavas, y cuando quedó solo, se arrojó sobre el cuerpo inanimado del mago, y rasgándole sus vestidos le sacó la lámpara del pecho. En

seguida la frotó y apareció el Genio diciéndole las palabras consabidas :— « Quiero, le contestó Aladino, que tú y los demás esclavos de la lámpara volváis á llevar este palacio al mismo sitio en que lo construisteis y de donde lo habéis traído. — Tus órdenes serán cumplidas, » respondió el Genio, y desapareció. A muy poco se sintieron dos ligeras conmociones, y el palacio se encontró en el sitio en que había sido edificado. Cuando á la mañana siguiente el sultán dirigió, segun costumbre, sus miradas desconsoladas al sitio de donde había desaparecido su hija, creyó que estaba soñando al volver á ver el edificio, y para cerciorarse de que no era una ilusión lo que se ofrecía á su vista, montó á caballo inmediatamente sin mas escolta que un paje y se dirigió á escape al palacio de Aladino. Este, que presumía lo que iba á suceder, se había levantado muy temprano, y en cuanto divisó á lo lejos al sultán, bajó á recibirle á la puerta y tenerle el estribo. Sin detenerse, subió precipitadamente la escalera, corrió á la habitación de la princesa que apénas acababa de vestirse, y la estrechó en sus brazos. Recibido por ella con las mismas muestras de cariño, despues de calmados los primeros transportes del gozo que padre é hija sentían al volver á verse, el sultán quiso saber de la boca misma de la princesa lo que le había sucedido, pues « me figuro, le dijo, que aunque no se te advierte ningun cambio en el rostro, no habrás dejado de padecer infinito. » La princesa le contestó que aparte la pena y afliccion que sentía de verse separada de su padre y esposo, por lo demás no había sufrido ninguna violencia, ni mal tratamiento; y en seguida le refirió sucintamente el engaño del mago, disfrazado de lampista, que sus esclavas habían reconocido; la traslacion del palacio al África por arte de hechicería, la llegada de Aladino, con cuya presencia ella cobró ánimo, la muerte del mago y la reinstalacion del palacio en su sitio, debida á la intervencion de su esposo. El sultán estaba atónito oyendo ocurrencias tan extraordinarias, y mostraba alguna duda en creer lo que la princesa le decía, la cual, para convencerle, le condujo á la sala del festín.

en donde estaba todavía la mesa puesta y el cuerpo del mago lívido y horrible de ver, tendido por el suelo.

— A la vista de una prueba tan convincente, y persuadido de la inocencia de Aladino, sintiendo en su interior la injusticia del rigor con que le había tratado, encarándose con él le dijo : — « Confieso que el amor que profeso á mi hija y el dolor que me causó su desaparición, creyéndola perdida para siempre, me cegaron hasta el extremo de cometer contigo una gran tropelía, y me alegro que el amor que el pueblo te tiene haya contribuido á salvarte la vida; porque ahora conozco que si la hubieras perdido, víctima de un arrebato de mi ira, entonces sí que ya no habría yo tenido el inefable placer de volver á abrazar á mi hija, en justo castigo de la injusticia cometida contigo. Te ruego, pues, añadió, abrazándole, que perdes mi arrebato, y que todo lo olvides. — Señor, le contestó Aladino, vuestro dolor era muy justo, y excusable vuestra proceder : el causante de todo el mal era ese mago cuya doblez y perversidad os referiré otro dia. »

Para celebrar el regreso de la princesa Baldramina y la reaparición del palacio de Aladino, mandó el sultán que se celebraran regocijos públicos por espacio de diez días, durante los cuales hubo danzas por las calles, músicas, fuegos de artificio, mástiles de cucaña, juegos de saltimbánquis, que abundan en la China, grandes iluminaciones, y otras diversiones de diferentes especies. Aladino sacó de su tesoro diez bolsas de monedas de oro y otras tantas de plata de á mil monedas cada una, y sus pajes y esclavos las arrojaron al pueblo durante aquellos diez días, con cuya liberalidad pública, y otras privadas que hacía, acabó de conquistar el afecto general en términos que le querían mas que al sultán mismo. El cuerpo del mago africano fué llevado á un paraje desierto y abandonado allí para que los buitres, los cuervos, las águilas y demás aves carnívoras hiciesen presa en él, y les sirviese de pasto durante algunos días.

Desde entonces los dos esposos no volvieron á experimentar ningun contratiempo de trascendencia, sino el

sentimiento que les causó la muerte del sultán, cuyo trono heredó la princesa Baldramina, por no haber dejado su



padre hijos varones. Al subir al solio compartió su poder con su esposa Aladino, y los dos reinaron muchos años, habiendo dejado una posteridad numerosa, y cuya dinastía se conserva todavía. Antes de salir de su palacio Aladino para trasladarse al del sultán con su esposa, cuando ésta tomó posesión del trono, mandó construir secretamente un

nicho, encerró la Lámpara maravillosa y el Anillo en una caja de oro guarneada de rubíes, y sellada con tres sellos, y la metió en el nicho que cerró con una puerta de bronce. Despues de haberlo sellado con otros tres sellos diferentes, hizo tapiar y cubrir aquel sitio con piedras de manpostería, y en seguida arrojó al río la llave de la caja en que estaban custodiados la Lámpara maravillosa y el Anillo, metida esta llave en una cajita tambien de oro y cubierta con otra de plomo bien soldada en la cual puso con la llave del candado del nicho en que ocultó la lámpara un pergamino en que estaba escrita su historia, la de aquellos dos objetos, y su poder maravilloso. Es tradicion en aquel reino, que aquel que encuentre esta caja y descubra el nicho en que se hallan encerrados la « Prodigiosa Lámpara y el Anillo, » llegará á ser emperador de la China. Hasta ahora, por mas que se ha sondeado el río no ha podido en contrarse.

Con una complacencia extraordinaria estuvo oyendo el sultan de las Indias la interesante historia de Aladino, y no pudo ménos de alabar su virtud y su desprendimiento, lo cual no debia esperarse en un jóven que, salido de la infima clase del pueblo, y teniendo en su mano unos elementos de poder y de riqueza tan extraordinarios, no solo no abusó de ellos, sino que jamas los empleó mas que para un fin laudable, un noble objeto bastante temerario si se quiere, atendida su humilde condicion, cual era el de casarse con la princesa Baldramina, hija de su soberano, pero que, aparte este capricho ó este ardiente deseo nacido de la pasion que le inspiró la vista de la princesa para cuyo obsequio hizo uso de los prodigiosos medios de que disponia, él y su madre vivieron siempre muy modestamente, hasta el extremo de continuar vistiéndose una y otro con el producto del algodon hilado que aquella vendia.

La sultana Gerenarda cuyo imperio sobre el sultan Chabriar aumentaba cada dia, despues de terminada esta historia, continuó refiriéndole otras no ménos interesantes, y á la mañana siguiente, despertada, no ya por su her-

mana Diznarda, sino por el sultan mismo, empezó á contar la que nosotros referiremos.

HISTORIA DEL PRÍNCIPE CODODAC, DE SUS HERMANOS, Y DE LA PRINCESA DE DERYABAR.

Los anales del reino de Deyarbekir refieren que hubo en otro tiempo un soberano que en medio de su riqueza y poder, se veía afligido por la pena de no tener hijos, y que rogaba á Dios todos los dias que completara su dicha concediéndole algunos herederos. Una noche se le apareció en sueños un anciano venerable que le dijo : — « Tus plegarias han sido escuchadas. Levántate, véte á tu jardin, toma una granada bien madura, y haciendo tres genuflexiones, é invocando el nombre de Dios, come algunos granos de ella, y á su tiempo verás cumplidos tus deseos. » — El rey se despertó, y en cuanto amaneció, después de haber recitado sus oraciones matinales, se acordó del sueño que había tenido. Saliéndose al jardin escogió una granada, la abrió, y eligiendo siete granos de los que le parecieron mejores, se los comió invocando el nombre de Alá y de su Profeta, haciendo al mismo tiempo las genuflexiones que el anciano le había dicho. En seguida pasó á visitar su harem, eligió siete esclavas de las que mejor le parecieron, y elevándolas al rango de reinas, se casó con ellas. Al cabo de algunos meses se descubrieron síntomas de embarazo en todas estas mujeres, excepto en una de ellas llamada Pirozé. Esta aparente esterilidad de la séptima reina le causó tal aversion al rey que resolvió separarla de su vista y la envió á Samaria en donde reinaba un primo suyo, á quien escribió diciéndole el motivo de aquel destierro, pero encargándose que la tratará bien y que, si resultaba hallarse encinta, le participase su alumbramiento.

Al llegar á aquel país la reina Pirozé, ya se habían manifestado los síntomas de embarazo, y en efecto, á su debido tiempo dió á luz un robusto y hermoso niño. E

rey de Samaria se apresuró á poner en conocimiento del de Deyarbekir este feliz suceso, y su primo le contestó anunciándole que sus otras seis mujeres le habian dado tambien un príncipe cada una, y le rogaba que por el momento guardase al hijo de Pirozé, le pusiese por nombre Cododac, y le hiciese educar con esmero. Ejecutólo así el rey de Samaria, el cual cobró particular afecto á su sobrino, y este recibió la educación mas brillante y completa que podia darse á un príncipe en aquella época.

Cuando el joven príncipe, despues de haber adquirido una gran destreza en todos los ejercicios guerreros, se sentia con suficiente valor, vió con impaciencia que pasaban los años de su juventud sin que su padre le llamara. Aburrido y casi avergonzado de aquella ociosidad, manifestó á la reina Pirozé los deseos que tenía de ir á conocer al rey su padre, á lo que aquella le contestó que era preciso esperar á que el rey le mandase á llamar. — « No, madre mia, le contestó Cododac, harto he esperado ya; estoy decidido á presentarme en la corte de Harran y á darme á conocer, no como hijo del rey, sino como un simple caballero ; y cuando por mis acciones me haya granjeado su afecto y estimacion, entonces le diré quién soy. » No pudiendo su madre calmar por mas tiempo la impaciencia de Cododac, consintió en que partiera; pero como temian que el rey su tio se opondria á su marcha, si llegaba á saberla, dispusieron secretamente el viaje, y pretextando ir á caza salió un dia Cododac montado en un brioso caballo blanco, enjaezado ricamente, y armado él con una bien templada cimitarra cuya empuñadura era de un solo topacio guarnecido de perlas, y con su arco, su escudo, y su carcaj bien provisto de flechas.

Despues de un largo camino, durante el cual no dejaron de sucederle algunas pequeñas aventuras, llegó al fin á la ciudad de Harran, que era la capital del reino de Deyarbekir, en donde su gallarda presencia y lujosos atavíos no dejaron de llamar la atención de algunas personas distinguidas de la corte con quienes se relacionó, las cuales e procuraron el honor de ser presentado al rey su padre

á quien Cododac dijo que era hijo de un emir de Egipto; añadiendo, que deseoso de instruirse viajando por países



extranjeros, al llegar á sus Estados, había sabido que se hallaba en guerra con algunos de sus enemigos, y esta noticia le había decidido á venir á ofrecerle sus servicios. Prendado el rey de su bella presencia, y movido tal vez por la fuerza secreta de la sangre, no solo le admitió, sino que le dió un grado elevado en el ejército, y le agregó al número de sus cortesanos. En los diferentes encuentros que el ejército del rey su padre tuvo con sus enemigos, Cododac se distinguió de tal manera con actos de

valor y con consejos de prudencia, que, al mismo tiempo que se adquirió el aprecio general de todos los jefes y oficiales, supo ganar tambien el amor de los soldados, los cuales tenian una confianza ciega en él. Acabada la guerra, el rey su padre, cuyo afecto por Cododac se había aumentado extraordinariamente, viendo que á su valor reunia un juicio sano y una sabiduría poco comun en personas de su edad, le confió la tutela, por decir así, de los príncipes sus hijos, á los cuales puso bajo su dirección; y de este modo, Cododac, sin que ellos lo supieran, se halló ser el ayo, el jefe y tutor de sus propios hermanos.

Estos, sin embargo, que ya veian con sumo desagrado la privanza y el afecto de que era objeto Cododac, y estaban envidiosos y resentidos de la deferencia y amistad que los ministros y los cortesanos le manifestaban, no pudieron llevar con resignacion esta nueva prueba de confianza del rey, ni ménos soportar el yugo que aquel les imponía, poniéndolos bajo las órdenes de un extranjero, como ellos le llamaban. — « ¡Cómo! exclamaba el uno, ¿no es bastante la privanza que este extranjero ha adquirido con nuestro padre, con detimento de nuestro prestigio, sino que aun tengamos que sufrir la humillacion de hallarnos bajo su dependencia? — Eso no debemos sufrirlo, respondia el otro; es preciso que á toda costa nos deshagamos de este advenedizo. — Hermanos mios, dijo un tercero, nosotros no debemos obrar ostensiblemente contra este intruso, ni ménos aun empañar nuestras manos en su sangre, porque esto nos granjearia el enojo de nuestro padre y la animadversion general; debemos obrar de otro modo para perderle ó hacerle expulsar, por lo ménos, del reino. Bajo el pretexto de ir á caza, le pediremos permiso para ausentarnos un dia, y nos ocultaremos en alguna aldea. Al notar nuestra ausencia prolongada durante algunos dias, el rey se alarmará, y viendo que no volvemos hará severos cargos á este extranjero por su descuido en guardarnos; y si no manda que le maten le desterrará por lo ménos: de este modo nos veremos libres de él. » Los otros hermanos adoptaron el parecer

de este, y al dia siguiente le pidieron permiso á Codoacd para ir á cazar á un pueblecillo inmediato nada mas que hasta la caída de la tarde, permiso que les fué concedido por aquél sin la menor dificultad ni sombra de sospecha del complot. Sus hermanos partieron, pero no volvieron, segun habian prometido, y el rey, no viéndolos, preguntó á Cododac en dónde estaban sus hijos. — « Señor, le contestó este, hace tres dias que me pidieron permiso para ir á cazar á un bosque inmediato, y como me ofrecieron el regresar por la noche, no tuve dificultad en concedérselo para una ausencia tan corta. Viendo que no volvian he hecho algunas diligencias para saber en dónde estaban, y no he podido averiguar su paradero; pero si me lo permitís, yo mismo saldré á buscarlos, y como no pueden haberse alejado á una gran distancia, espero que los encontraré en breve. » El rey se encolerizó mucho, hizo severas reconvenciones á Cododac por su descuido en no haber acompañado á los príncipes, y le mandó que saliera inmediatamente en su busca, amenazándole con quitarle la vida si los príncipes no parecian.

Acto continuo, muy afligido su carazon, tanto por la incalificable ausencia de sus hermanos á quienes queria con singular afecto, como por la pena del rey su padre y por las palabras que le habia dicho, se ciñó sus armas, montó á caballo y empezó á recorrer todos los bosques y pueblos de las inmediaciones preguntando en todas partes por los príncipes. Viendo que nadie le daba razon de ellos, se fué alejando en su busca hasta los confines del reino, y se encontró en una inmensa explanada en la que distinguió á lo lejos un gran palacio de mármol negro, ó mas bien una fortaleza con sus torreones y otras defensas. Se dirigió hacia aquel edificio, y cuando ya se hallaba cerca oyó una voz suave que le decia : — « ¡ Oh jóven imprudente ! aléjate inmediatamente de este sitio fatal si no quieres ser víctima del monstruo que lo habita. » Cododac levantó la cabeza y vió á una jóven asomada á una ventana, con los cabellos destrenzados y vestida con el mayor desaliño. Léjos de alejarse, se aproximó

mas de cerca, y dirigiéndole la palabra le dijo :— « ¿Quién sois, señora, y por qué estáis en este sitio ? — Estoy, le contestó la jóven, porque al pasar ayer por esta llanura fui sorprendida por un negro colosal, un verdadero monstruo, dueño de esta fortaleza, que, atacando y matando á todos los que me acompañaban, me condujo á este horrible palacio en donde tiene aprisionados una multitud de desgraciados que va matando y devorando sucesivamente. Sin embargo, añadió sollozando, la muerte que espero, no es mi mayor desventura, sino la de verme expuesta á sufrir los nefandos y brutales instintos de un monstruo semejante; pero ántes que sucumbir á sus deseos, estoy resuelta á quitarme yo misma la vida. Os repito, pues, que os alejéis inmediatamente, ántes que vuelva el monstruo que ha ido en persecucion de unos viajeros que descubrió en la llanura. » En efecto, apénas acababa de decir estas palabras la jóven asomada á la ventana, cuando apareció una especie de gigante que venía en dirección del castillo; lejos de huir, Cododac que tenía el corazon animoso, á pesar del asombro que le causó á primera vista un enemigo de aquella especie, le esperó y se dispuso á recibirlle, requiriendo sus armas y afirmándose en los estribos. Al verle solo, y pareciéndole un enemigo poco temible, el negro le intimó que se rindiera y le perdonaría la vida; mas viendo que no le obedecia, sacó su descomunal alfanje y le asestó un tajo que, á haberle alcanzado, le habria dividido el cuerpo por el medio. Cododac que sabía manejar su caballo con maestría, le hizo dar un rebote hacia un lado, agachando el cuerpo al mismo tiempo, y evitó el terrible golpe, y ántes que el negro hubiese vuelto á alzar el brazo, de un reves de su cimitarra se lo cortó, y el alfanje y el brazo cayeron al suelo adonde no tardó en seguirle tambien el negro que con la fuerza del dolor habia perdido los estribos. Cododac saltando del caballo con presteza se arrojó sobre el negro ántes de que pudiera levantarse, le atravesó el pecho con su daga y despues le cortó la cabeza. La jóven, que había presenciado este descomunal combate con una ansiedad indecible, exclamó

entonces : — « ¡ Príncipe ! pues en vista de vuestro denuedo y valentia no puedo dudar de que lo seáis, acabad la obra que tan bien habéis empezado. El monstruo tiene en los bolsillos las llaves de esta fortaleza, tomadlas, y sacadme de este encierro. » Hizolo así Cododac, y despues de haber abierto la primera puerta entró en un gran patio en el que ya encontró á la jóven dama que quiso arrojarse á sus piés en muestra de su agradecimiento, lo que él no permitió ; y fijando su vista en ella mas de cerca, se sintió su corazon conmovido con la impresion que le causó su grande hermosura, á pesar del desaliño en que la veía : de modo que pudiera decirse que, al darle libertad, quedó él prisionero de sus encantos y hechizos.

Unos lastimeros ayes que salian del interior del patio llamaron su atencion, y dirigiéndose hacia aquel sitio halló en los subterráneos del castillo mas de cien prisioneros con las manos atadas y sujetos á las paredes con cadenas de hierro. Estos desgraciados al sentir abrir la puerta de sus mazmorras redoblaron sus lamentos creyendo que era el monstruoso negro que venía á traerles su comida y á llevarse á uno de ellos, segun acostumbraba, para su alimento. En presencia de estos desventurados, Cododac se enterneció y se apresuró á calmar su ansiedad diciéndoles : — « Cesad en vuestros lamentos, que yo no vengo á haceros ningun daño, sino á devolveros la libertad que habiais perdido, y á librарos de la muerte. Sabed que el negro antropófago ya no existe. Yo acabo de vencerle y de cortarle la cabeza. » Al oir estas palabras los prisioneros prorumpieron en exclamaciones de gozo y de alegría, bendiciendo á su libertador. Este, ayudado por la dama, empezó á desligarlos y á romper sus cadenas, en cuya tarea le secundaban tambien los prisioneros mismos segun y conforme iban quedando libres. En seguida, todos se arrojaron á los piés de Cododac besándole las manos y el vestido, y colmándole de bendiciones. Pero ; cuál no fué su sorpresa cuando al subir al patio y verlos á la luz de dia, reconoció, entre los prisioneros que acababa de liberar de la muerte. á sus propios hermanos ! Á todos

ellos los abrazó tiernamente y ellos, al parecer, correspondieron á sus demostraciones de cariño. — « Príncipes, les dijo, la alegría que yo siento al volveros á hallar, solo puede compararse con el dolor que ha causado á vuestro padre el rey vuestra ausencia, y al gozo que sentirá al volver á veros. No es menor el mio, y bendigo al cielo por haberme conducido á este sitio, andando en vuestra busca, y haber llegado á tiempo de preservaros de la funesta suerte que os esperaba en este castillo. » Despues pasaron todos á inspeccionar las habitaciones del palacio en las que encontraron riquezas incalculables en géneros y mercancías de toda especie; joyas y sacos de monedas de oro y plata y abundantísimos víveres; despojos todos de los desgraciados viajeros que habian caido en poder del negro y habian sido sus victimas. Muchos de los prisioneros reconocieron sus mercancías que Cododac les devolvió, y las restantes, las repartió entre todos los demas despues de haber elegido algunas joyas y telas preciosas para la dama cautiva. En las caballerizas encontraron camellos y dromedarios, y tambien los caballos que montaban los príncipes de Deyarbekir. Los viajeros prisioneros contentísimos de haber recobrado no solo su libertad sino sus mercancías, y adquirido otras nuevas, merced á la generosidad y desprendimiento de su libertador, continuaron la marcha cada cual para su destino, no sin haberse postrado de nuevo ante aquel y dádole muestras de su agradecimiento.

Luego que aquellos hubieron marchado, Cododac dijo á la dama cautiva : « Y vos, señora, ; adónde queréis que os conduzca? Quiero acompañaros hasta el lugar á que os dirigiais cuando fuisteis sorprendida por el negro, y no dudo que estos príncipes se prestarán tambien á acompañaros conmigo. — Príncipe, le contestó la dama, eso sería abusar de vuestra magnanimidad y distraeros de vuestro principal objeto. Ademas, despues del gran servicio que me habéis hecho, seria una mujer digna del mayor desprecio, si os ocultara la verdad, y no os dijera quién soy. Sabed pues que soy la princesa Zoraida, hija del rey de la grande isla de Deryabar. Mi padre ya no

existe por haber sido destronado y asesinado por un traidor infame á quien había educado y adoptado por hijo. Este jóven ingrato, que era hijo de una esclava, se enamoró de mí, y tuvo la osadía de pedir mi mano al rey mi padre. No habiendo consentido este en un enlace tan desigual y poco conforme con sus miras políticas, en razon de que, no teniendo hijos varones, yo era su heredera; á pesar de lo mucho que quería á aquel jóven, á quien verdaderamente miraba como hijo, este juró vengarse, y poniéndose á la cabeza de algunos descontentos, invadió una noche el palacio de su bienhechor, le sorprendió y le quitó la vida en recompensa de todo lo que le debía, haciéndose proclamar por rey de la isla. El gran visir, reuniendo en medio de aquella confusión algunos oficiales fieles, me sacó de palacio y me salvó de caer en poder del asesino de mi padre, haciéndome embarcar en uno de los buques que había en el puerto. Al cabo de algunos días de navegación desembarcamos en tierra firme con ánimo de dirigirnos á las cortes de varios soberanos que eran aliados y amigos de mi padre para pedirles auxilio contra el usurpador; y al atravesar esta llanada fuimos sorprendidos por el monstruo de que nos habéis librado á mí y á estos príncipes, y ya os dije que en el combate, el gran visir y todos los que me acompañaban perecieron. »

Luego que la princesa de Deryabar concluyó su lastimosa historia, le dijo Cododac: — « Princesa, puesto que no tenéis un punto determinado adonde dirigiros, en vuestra mano está el que os retiréis á un asilo en el que seréis respetada y tratada con las consideraciones debidas á vuestra desgracia y jerarquía. Estos príncipes os ofrecen ese asilo en la corte del rey de Harran, su padre; aceptadlo, y si me creéis digno de ser esclavo vuestro, dignaos aceptar al mismo tiempo el ofrecimiento que os hago de ser esposo vuestro, ante estos mismos príncipes. » La princesa, con el rostro cubierto de rubor, no respondió limitándose á alargar su mano al enamorado Cododac, á quien dirigió al mismo tiempo una tierna mirada en la que iba expresado su consentimiento. El casamiento se verificó

en seguida en presencia de los príncipes sus hermanos, y fué celebrado con un banquete improvisado con los ricos y abundantes manjares y exquisitos vinos que encontraron en el castillo y servido por algunos esclavos del negro, á quienes Cododac dió libertad y algunos vestidos y dinero.

Al fin de la comida Cododac les dijo á sus hermanos : — « Príncipes, no quiero ocultaros por mas tiempo el deciros quién soy. Ved en mí á vuestro hermano el príncipe Cododac, hijo del rey de Deyarbekir y de la reina Pirozé, criado en la corte de nuestro tío el rey de Samaria. » Al oír esta declaración los príncipes se quedaron sorprendidos, pero repuestos de esta sorpresa felicitaron á su hermano, le abrazaron, y le manifestaron exteriormente gran satisfacción y contento, aun cuando en su interior este descubrimiento no sirvió mas que para aumentar el aborrecimiento que ántes le tenían.

Al dia siguiente, despues de haber cargado en algunos camellos las provisiones y demas cosas necesarias para el camino, acompañados por los esclavos libertos del negro, emprendieron su marcha hacia la corte de Harran. Los hermanos de Cododac, miéntras tanto, cuyo aborrecimiento, como hemos dicho, se aumentó desde que él les declaró quién era, olvidando el beneficio que acababa de hacerles salvándoles la vida, se confabularon entre sí y resolvieron el quitársela á él ántes de llegar á la capital del reino, porque se decian : « Si nuestro padre llega á saber que es hijo suyo, y su combate con el negro, así como nuestra escapatoria, que nos hubiera costado la vida sin su auxilio, todo esto servirá para aumentar el cariño que ya le tiene, y le declarará por heredero del trono, en perjuicio nuestro. » Puestos de acuerdo para asesinarle, entraron una noche en la tienda de Cododac, le sorprendieron durante su sueño, y le dieron de puñaladas en presencia de su esposa la princesa. Cometido este horrible fraticidio, se pusieron inmediatamente en camino y llegaron á Harran en donde fueron recibidos por su padre con los brazos abiertos y lágrimas de gozo al volver á verlos cuando ya creía haberlos perdido para siempre. Ellos le dijeron que, movidos

por la curiosidad y deseo de viajar, habian andado recorriendo algunas ciudades vecinas, y que respecto á su ayo extranjero, ni habian oido hablar de él, ni le habian visto ; y nada dijeron de su cautividad en el castillo del negro.

Fácil es comprender cuál sería el dolor y la desesperación de la princesa Zoraida en presencia de su esposo cubierto de heridas. Gritaba, lloraba, se arrancaba los cabelllos, y pedía auxilio á gritos, culpándose á sí misma de ser la causa de la muerte del príncipe ; pero al ver que nadie acudia, y notando que á pesar de sus numerosas heridas todavía respiraba, le envolvió lo mejor que pudo para detener en lo posible la efusión de sangre, y salió corriendo como loca para ir á buscar un médico ó cirujano á un pueblo inmediato que se veía. Tuvo la suerte de encontrarle, pero cuando llegó á la tienda acompañada por el facultativo, Cododac no se hallaba ya en ella. Mirando con atención por todas partes, y examinando el terreno, al descubrir rastros de sangre y huellas de animales, tuvieron por cosa cierta que Cododac había sido arrebatado y devorado por alguna fiera atraída por el olor de sangre. La aflicción de la princesa no conoció límites entonces, y el médico compadecido de su dolor, aun sin saber quién era, la instó para que se volviese con él al pueblo y la recibió en su casa, prodigándole toda suerte de consuelos. Viendo que su dolor no se calmaba, al cabo de algunos días le dijo : — « Señora, os ruego que no os aflijáis de esa manera, y sobre todo que me digáis quién sois y cuáles las desgracias que os han sucedido. Sabiéndolo, quizás yo podré seros de alguna utilidad con mis consejos y servicios. » Agradecida la princesa á la buena voluntad del médico, se decidió, al fin, á decirle quién era y lo que le había sucedido. Despues de haberla escuchado atentamente : — « Me parece, señora, le dijo, que no debéis abandonaros exclusivamente á vuestro justo dolor, sino que debéis sobreponeros á él para cumplir con los deberes que vuestra condición de esposa os impone, tratando de vengar á vuestro esposo por medio del castigo de sus asesinos. El rey de Harran es tan bondadoso como justiciero.

No dudo que os escuchará, y cuando le deis cuenta del proceder de sus hijos con el príncipe Cododac os dará



satisfaccion cumplida y os hará justicia, y mas llegando a saber que vuestro esposo era su hijo. Yo os acompañaré y serviré de escudero. » La princesa adoptó el parecer del médico, y ambos se pusieron en camino.

Miéntras tanto, la reina Pirozé, no pudiendo vivir ausente de su hijo, y sabiendo lo muy querido que este se hallaba en la corte del rey su padre, aun ignorando que aquel gallardo mancebo era el príncipe Cododac, su hijo, se decidió á venir á Harrán con ánimo de hacer cesar su incógnito. Cuando el rey llegó á saberlo por boca de la

reina Pirozé, fué muy grande su sentimiento por no haberle vuelto á ver desde que salió en busca de sus hermanos, y mandó hacer las mayores pesquisas en todo el reino para que se le buscase y averiguase su paradero, pero todo inútilmente, lo cual aumentó su desconsuelo.

La princesa Zoraida llegó acompañada por el médico á la ciudad de Harran, y el dueño de la casa en donde se hospedaron les contó que toda la corte estaba muy conmovida por un acontecimiento extraordinario que ocurría. — « El rey, les dijo, tenía un hijo que se llamaba Cododac el cual ha estado viviendo en la corte de incógnito; pero su valor, su gallardía y demás bellas prendas le habían conquistado el afecto no solo del rey, sino del ejército, de los cortesanos y de cuantos le conocían. Este príncipe ha desaparecido, y cuando ha llegado su madre la reina Pirozé y ha sabido por ella que aquel gallardo joven era su hijo el príncipe Cododac, ha mandado buscarle por todo el reino, pero nadie ha podido dar razon de su paradero por mas diligencias que se han hecho. De modo que se cree que habrá muerto, y su pérdida tiene al rey inconsolable. » Estas noticias, confirmadas por otras personas de la ciudad con quienes habló el acompañante de la princesa, hicieron resolver á esta á presentarse á la reina Pirozé; pero para conseguir esta entrevista, era preciso tomar algunas precauciones y obrar con mucha prudencia, por temor de que si los hermanos del príncipe Cododac llegaban á saber que su esposa estaba en la ciudad, y cuál era el objeto de su venida, no tratasen de impedirlo, aun cometiendo otro nuevo crimen.

Esperando, pues, una coyuntura favorable, un dia que el médico pasaba por una calle, vió venir á una dama montada en una mula cuyos arreos estaban guarnecidos de oro, perlas y rubíes, rodeada por otras mujeres montadas también en otras cabalgaduras ricamente enjaezadas y escoltadas por una brillante comitiva. Las gentes se prosternaban al pasar aquella dama, y la saludaban con muestras de simpatía y del mayor respeto. El médico hizo como los demás, y despues de haber pasado, preguntó quién

era aquella dama. Habiéndole contestado que era la reina Pirozé, madre del príncipe Cododac, el médico marchó en pos de la comitiva. Llegada esta á una mezquita, la reina se apeó, mandó distribuir muchas limosnas y se entró en la mezquita para asistir á las rogativas que el rey había mandado hacer para que Dios le devolviese al príncipe, á cuyas oraciones asistía un numeroso pueblo que deseaba tanto como el rey la vuelta de aquel príncipe á quien profesaba particular afecto. Atravesando el médico con mucha dificultad el apiñado gentío, consiguió acercarse á uno de los eunucos de la escolta á quien le preguntó si no habría algun medio de hablar á la reina Pirozé, para comunicarle un importante secreto. El eunuco le contestó que era imposible el hablar á la reina, porque no recibía á nadie, y « por importante que sea vuestro secreto, si no tiene alguna relación con el príncipe Cododac, añadió, es inútil el hablarle de ello. — Pues precisamente de lo que se trata, replicó el médico, es del hijo de la reina. — En ese caso, cuando la reina salga, seguidnos á palacio, y no esperaréis mucho tiempo para ser recibido. » Hizolo así el médico, y en efecto, en cuanto la reina Pirozé entró en sus aposentos y el eunuco le dijo que un desconocido deseaba hablarle para comunicarle un secreto importante, segun él decia, relativo al príncipe Cododac, mandó que le hiciesen entrar en seguida.

Luego que el escudero de la princesa Zoraida estuvo en presencia de la reina Pirozé, despues de haber hecho las genuflexiones acostumbradas de respeto, le refirió muy minuciosamente todo lo ocurrido en el castillo del negro, el combate de Cododac con este monstruo, cuyo resultado había sido el dar la libertad á todos los prisioneros encerrados en el castillo, entre los que encontró á sus hermanos, su casamiento con la princesa de Deryabar, y el agradecimiento de aquellos asesinándole en recompensa de haberles salvado la vida. Cuando llegó á este punto de su relación el médico, la reina Pirozé cayó desmayada en un sofá, y al recobrar sus sentidos, luego que aquel terminó su relación, exclamó : — « Id á decir á la princesa

Zoraida que el rey la reconocerá por hija y vengará la muerte de su esposo, nuestro hijo querido. » Luego que el médico marchó, la reina continuó sollozando y lamentando la suerte desgraciada de su pobre hijo, culpándose á sí misma de haberle dejado separarse de su lado. En esto llegó el rey, y la reina le contó todo lo que el acompañante de la princesa acababa de referirle, terminando por pedirle justicia contra los asesinos. — « ¡Señora, le interrumpió el rey con vehemencia, os juro que recibirán el condigno castigo ! » Y lleno de enojo y dando señales de una cólera mal reprimida, se levantó precipitadamente y



se fué á la sala del trono en donde le estaban esperando el gran visir y los demás miembros del consejo y algunos

cortesanos que no pudieron ménos de estremecerse y de temblar al ver el talante del rey y su enojo terrible.

— « Acércate, visir, » dijo el monarca luego que se sentó en su trono. El gran visir obedeció y el rey prosiguió diciendo : — « Toma quinientos hombres de mi guardia, véte con ellos á prender á los príncipes, mis hijos, inmediatamente, y enciérralos en la torre que sirve de prisión á los asesinos. Cuando hayas cumplido con mi orden vendrás á decirmelo. » El visir se prosternó, llevó su mano á la cabeza en señal de obediencia, y partió en seguida á ejecutar la orden que había recibido ; orden que hizo palidecer á cuantos la habían oido.

El gran visir no tardó mucho en volver, y así que el rey le vió entrar en la sala, exclamó : « ¿ Quedan presos y bien custodiados los príncipes ? — Sí, señor, le contestó el gran visir. Vuestras órdenes han sido cumplidas. — Otra tengo que darte, le interrumpió el rey : Vén conmigo. » En seguida pasó al aposento de la reina Pirozé para preguntarle en qué casa estaba alojada la princesa, y luego que lo supo por las esclavas que habían oido la relación del médico, mandó al gran visir que fuese á buscarla á aquella casa y la condujese á palacio con una escolta de honor y con el séquito correspondiente á su elevada jerarquía como esposa de su hijo el príncipe Cododac. El gran visir se apresuró á cumplir con esta orden del rey con mayor placer que la anterior : montó inmediatamente á caballo, y seguido por los emires, los generales y altos funcionarios y empleados de palacio, fué en busca de la princesa á la que hizo montar en una mula de las caballerizas del rey enjaezada con gualdrapas y demás arreos bordados con oro y perlas. Al ver pasar aquella brillante comitiva, y al saber que aquella dama era la esposa del príncipe Cododac, todos se prosternaban y la aclamaban con entusiastas vtores. El rey la recibió al pie de la escalera y la condujo al aposento de la reina Pirozé, la cual la recibió en sus brazos derramando lágrimas amargas por la muerte de su hijo, á las que volvió á mezclar las suyas la princesa con visible enternecimiento

del rey á vista de la hermosa y desconsolada viuda del príncipe. Calmadas algun tanto las emociones del vivo



dolor que causaba en estas tres personas la pérdida del príncipe. Cododac, la princesa Zoraida volvió á contar minuciosamente á los padres de este todos los episodios ocurridos en el castillo del negro; los de su casamiento, su viaje y el asesinato del príncipe, cuya relación volvió á renovar sus dolores, y terminó pidiendo justicia al rey contra los asesinos de su esposo. — « Os juro, señora, le contestó el rey, que esos hermanos desleiales é ingratos serán castigados como merecen; pero para que el pueblo, al ver su justo castigo, no crea que es un acto de crueldad y despotismo; para que no murmure ó se subleve, es ne-

cesario el proclamar ántes la muerte de mi hijo el príncipe Cododac, á quien tanto admira y quiere, y que sepa de qué modo ha perecido. Quiero, ademas, añadió, que se le tributen los honores fúnebres que le son debidos, y que se construya un sepulcro digno de él, realizado con su estatua, á pesar de que no tengamos sus preciosos restos. » Despues de abrazar cariñosamente á la princesa de Deryabar y decirle que la reconocia por hija, la instaló en las habitaciones que habia hecho preparar para ella en palacio, con el número de esclavas y eunucos necesarios para su servicio.

El gran visir, por su parte, se ocupó inmediatamente de la construccion del monumento sepulcral en honor del príncipe, y tan pronto como estuvo concluido, empezaron á tributarse á Cododac los honores que le correspondian. En el dia señalado para las exequias, el rey, acompañado por todos sus ministros, se dirigió al sitio en que se habia elevado el monumento en una extensa explanada, en la que se hallaba ya un inmenso gentío que habia acudido de la ciudad y de otros pueblos para rogar por el príncipe y presenciar las ceremonias fúnebres. El rey con los señores principales de su corte, se colocó en una trada cubierta con alfombras de terciopelo negro sembradas con lágrimas de plata bordadas, y con otros emblemas, y luego que estuvo colocado, ó mas bien postrado en el suelo, empezó á desfilar su guardia de á caballo delante del monumento. Dió dos vueltas alrededor con el mayor silencio, y al dar la tercera, al pasar delante del frontispicio cada uno de los guardias exclamó en alta voz : — « ¡ Oh noble príncipe ! si el filo de nuestros alfanjes y el esfuerzo de nuestros brazos pudieran volverte á la vida, gustosos los emplearíamos ; pero el Rey de los reyes mandó cortar el hilo de tus días al ángel de la muerte, y el ángel de la muerte ha obedecido ! ¡ Sírvante de consuelo en la tumba las muestras de nuestro dolor y sentimiento por haberte perdido ! »

En pes de la guardia se presentaron cien ancianos venerables montados en mulas negras, llevando sobre sus ca-

bezas descubiertas el libro del Alcoran. Estos eran unos solitarios cenobitas que vivian en un desierto lejano, y no se presentaban en público mas que para asistir á las exequias de los reyes de Deyarbekir y de sus príncipes. Despues de dadas silenciosamente tres vueltas al rededor del sepulcro, uno de ellos exclamó : « ¡ Oh príncipe, hijo de reyes ! si con nuestras oraciones ó con nuestro saber pudiéramos volverte á la vida, dispuestos estamos todos á emplear unas y otro, y aun á barrer con nuestras barbas la mansion en que habitas ! pero ¡ qué podemos hacer por ti, cuando el Supremo Hacedor te ha borrado del número de los vivientes !..... ¡ Recibe nuestro dolor, y séate la tierra ligera ! »

Luego que estos anacoretas se alejaron, se acercaron al sepulcro cien jóvenes doncellas de singular hermosura, todas vestidas de blanco con el rostro descubierto, montadas en hacaneas tambien blancas como el arniño, y llevando en sus manos un cestillo cubierto con un paño de brocado guarnecido de perlas, lleno de rosas deshojadas, de jazmines y azucenas. Despues de haber dado las tres vueltas, á la tercera descubrieron el cestillo, y arrojando las flores sobre el monumento exclamaron : « ¡ Oh príncipe gallardo ! ¡ de qué podemos servirte ya nosotras ahora que habitas en regiones mas felices ! si con nuestra juventud y con nuestra ternura pudiéramos volverte á la vida, gustosas te la ofreceríamos, y nuestra mayor dicha sería la de ser tus esclavas ! ¡ recibe nuestros suspiros como muestras de dolor por tu temprana muerte ! »

Cuando se retiraron las doncellas, se levantó el rey, dió igualmente las tres vueltas, seguido de todos sus cortesanos, y postrándose al pie del monumento exclamó con los ojos humedecidos por las lágrimas : « ¡ Oh mi querido hijo ! ¡ es posible que te haya perdido para siempre !... » No pudo decir mas, porque el dolor que sentia le cortaba las palabras. Durante nueve dias continuaron haciéndose rogativas y recitando oraciones en todas las mezquitas ; y el rey dispuso que terminado este novenario fuesen decapitados los príncipes asesinos de su hermano.

En este intervalo se recibieron noticias de que varios de los príncipes vecinos, enemigos del rey, habian pasado la frontera y se dirigian á la capital con un poderoso ejérçito. El rey de Harran reunió inmediatamente cuantas fuerzas le fué posible, se puso á su cabeza y salió á combatirlos. No tardaron en avistarse los dos ejérçitos, é inmediatamente se trabó una encarnizada pelea. En esta ocasión fué cuando se hizo más sensible la pérdida de Cododac, porque la suerte del combate se mostró varias veces incierta presentándose alternativamente favorable y adversa entre los dos ejérçitos, hasta que, por la tarde, se decidió en fin en favor de los enemigos, viéndose precipitado el rey de Harran á replegar sus tropas y á dar orden para la retirada hacia la capital en donde debia encontrar nuevo refuerzo de tropas frescas. Ya habia empezado el ejérçito de Deyarbekir á ejecutar su movimiento de retirada defensivo, cuando el ejérçito invasor se vió atacado, por uno de sus flancos, por un cuerpo numeroso de caballería. Si grande fué la sorpresa de los príncipes invasores que veian escapárseles, con este impetuoso e imprevisto ataque, el fruto de las ventajas que habian obtenido, no fué menor la del rey de Harran y de sus tropas que no podian adivinar quiénes eran aquellos auxiliares; pero lo que mas les llamaba la atención era el ver la gallardía y el valor que desplegaba el jefe que los mandaba, á cuyo arrojo nada resistia; de modo que, reanimado el ejérçito del rey de Harran con aquel socorro imprevisto, volvió á tomar la ofensiva, y los enemigos, atacados de frente y flanqueados por aquel cuerpo de caballería, no tardaron en verse derrotados, y emprendieron, no ya una bien ordenada retirada, sino una desordenada huida, dejando en el campo de batalla un considerable número de muertos y heridos, abandonando sus tiendas y un botin inmenso. El rey quiso saber á quién era deudor de una victoria tan completa y se dirigió en persona, seguido por los generales y jefes del ejérçito, hacia el punto en que se hallaba el brioso caudillo de aquel cuerpo auxiliar, para manifestarle su agradecimiento, el cual, por su

parte, despues de haber dado la última carga al enemigo, venía tambien á ver al rey, y le salió al encuentro. Cuando se hallaron cerca uno y otro, el rey y los que le acompañaban se quedaron parados, mudos de asombro y alegría, al reconocer en aquel denodado guerrero al príncipe Cododac á quien todos lloraban creyéndole muerto. El príncipe, al ver al rey, se apeó del caballo, y acercándose á él respetuosamente le dijo : — « Señor, sin duda os admira el verme vivo cuando quizas me teniais por muerto ; y en efecto, lo estaria, si no me hubiese salvado por un milagro de la Providencia que me reservaba, sin duda, para tener la dicha de prestaros algun servicio contra vuestros enemigos. » El rey que se habia apeado tambien, no le dejó continuar, y estrechándole entre sus brazos exclamó : « ¡Hijo mio ! ¡es posible que vuelva á tener la dicha de verte cuando te lloraba perdido para siempre !... Todo lo sé, hijo mio, continuó, despues de tenerle largo rato abrazado. Sí, ya sé la ingratitud con que pagaron tus hermanos el servicio que les hiciste salvándoles la vida ; pero mañana quedarás vengado. Vamos ahora á consolar á tu afligida madre y á celebrar con ella la doble satisfaccion que tendrá al volver á verte y saber que la victoria que hemos alcanzado es obra tuya. — Permitid, señor, que os haga una pregunta, le dijo Cododac. ¿Cómo habéis sabido lo ocurrido en el castillo del negro ? ¿os lo ha confesado alguno de mis hermanos impulsado por su arrepentimiento ? — No, hijo mio, le contestó el rey, todo lo hemos sabido por tu esposa la princesa de Deryabar, que está en palacio, y que ha venido sola á pedirnos justicia contra tus asesinos. » Cuando Cododac supo que la princesa estaba con su madre, su gozo no tuvo límites : — « Vamos, vamos á verlas y á enjugar sus lágrimas, » exclamó.

Entretanto, se había extendido por el ejército la noticia de que el jefe de aquellos guerreros que tanto había contribuido á darles la victoria era el príncipe Cododac, y el entusiasmo que esta noticia produjo fué frenético. Por todas partes no se oian mas que gritos de « ¡Viva el prín-

cipe Cododac ! ¡ Viva el salvador del ejército ! » y todos á porfía querian verle, prosternarse ante él y besarle el vestido.

El rey con toda su corte, llevando al príncipe á su derecha, emprendieron su marcha para la capital, seguidos del ejército que iba cantando himnos en honor del príncipe. Al llegar cerca de la ciudad encontraron á todos sus habitantes que habian salido á recibirle con palmas y laureles, habiéndose redoblado la alegría del pueblo cuando supo que Cododac vivia, que le vió al lado del rey, y que á él era debida la derrota de los enemigos. La reina Pirozé y la princesa Zoraida se desmayaron de gozo al recibir á Cododac en sus brazos, siendo general la alegría que causó en la corte y en la ciudad la resurrección y regreso del príncipe.

Luego que se calmaron los transportes de júbilo, y enjugadas las lágrimas de gozo que la vista de Cododac hizo derramar al rey y á las dos princesas; lágrimas bien diferentes de las que ántes habian vertido, desearon saber por qué milagro se hallaba todavía con vida ; y Cododac les contó « que habiendo pasado un rico labrador por delante de la tienda en que su esposa le dejó, al verla abierta, y al oír gemidos, entró á saber quién se quejaba de aquella manera. Viéndome acribillado de heridas, solo y abandonado, me cargó sobre sus hombros, y colocándome lo mejor que pudo en su mula, me llevó á su casa, en donde, gracias á ciertas yerbas medicinales que aplicó á mis heridas, me encontré curado en mucho menos tiempo del que podia esperarse, segun el número de puñaladas que habia recibido y del estado en que me hallaba. Cuando ya estuve completamente restablecido, y recuperé todas mis fuerzas, me dispuse para partir ; pero habiendo llegado la noticia de la invasion de los príncipes vecinos, antiguos enemigos de mi padre, entonces me di á conocer, dije quién era, provoque el ardor bético de la juventud de los pueblos que recorri, y conseguí reunir un cuerpo respetable de caballería á cuyo frente me puse encaminándome hacia el punto en que se

hallaba el enemigo, y tuve lá dicha de llegar por su flanco izquierdo en ocasion que estaba batiéndose con nuestro ejército, y contribuir á darle un buen escarmiento. »

Cuando Cododac acabó de referir su historia, el rey su padre exclamó :— « ¡Demos gracias á Dios y alabémosle por haber conservado á Cododac la vida ; pero al mismo tiempo hagamos justicia, y perezcan sus asesinos ! » Cododac, cuyo corazon era magnánimo, se arrojó entonces á los piés del rey, y le rogó que perdonara á sus hermanos la vida, como él los perdonaba, á cuya súplica accedió el rey y mandó que trajesen de la prision á los príncipes, los cuales al ver á Cododac se prosternaron todos á sus plantas para pedirle perdon, pero él los levantó y los abrazó á todos ellos cariñosamente, quitándoles él mismo



as cadenas, como ántes habia hecho en el calabozo del castillo del negro.

Estos nobles y generosos sentimientos del príncipe arran-

caron lágrimas de enternecimiento al rey y al pueblo, que no se cansaba de vitorearle con entusiasmo indescriptible.

Al dia siguiente, el rey convocó el consejo, el senado y á los notables del pueblo, y declaró solemnemente al príncipe Cododac, su hijo y de la reina Pirozé, por su único sucesor al trono y heredero. Colmó de honores y riquezas al médico que había acompañado á la princesa Zoraida, y al labrador que había recogido al príncipe; y durante diez dias hubo grandes fiestas, así en la corte como en todo el reino, para celebrar los faustos acontecimientos de la derrota de los enemigos, del regreso del príncipe Cododac y de su reconocimiento por heredero presuntivo.

Al acabar esta historia que el sultan Chabriar había escuchado con no ménos atencion que la precedente, la sultana Gerenarda le dijo : « Voy á referiros, señor, el cómo una esclava fiel é inteligente exterminó una numerosa cuadrilla de bandidos.

HISTORIA DE ALÍ BABA, DE LA ESCLAVA MORJIANA Y DE CUARENTA BANDOLEROS

En una ciudad de Persia, no léjos de la frontera de vuestros Estados, empezó diciendo la jóven sultana al dia siguiente, vivian dos hermanos cuyos nombres eran Casim y Alí Babá. Cuando su padre murió les dejó muy pocos bienes, pero Casim tuvo la suerte de casarse con una mujer que, poco despues de casada, heredó de un pariente lejano una tienda surtida de ricos géneros, y algunas fincas; de modo que Casim se encontró al frente de uno de los mayores establecimientos comerciales de la ciudad, y llegó á ser un hombre rico é importante.

Alí Babá se casó tambien con una mujer pobre, pero que no llegó á tener ninguna herencia, de modo que no contaba para vivir y sostener á su familia con mas recur-

sos que los que le procuraba la venta de las cargas de leña que iba á cortar á un bosque distante algunas leguas de la ciudad, y que traía á vender á ella en tres borricos, que era todo lo que poseía.

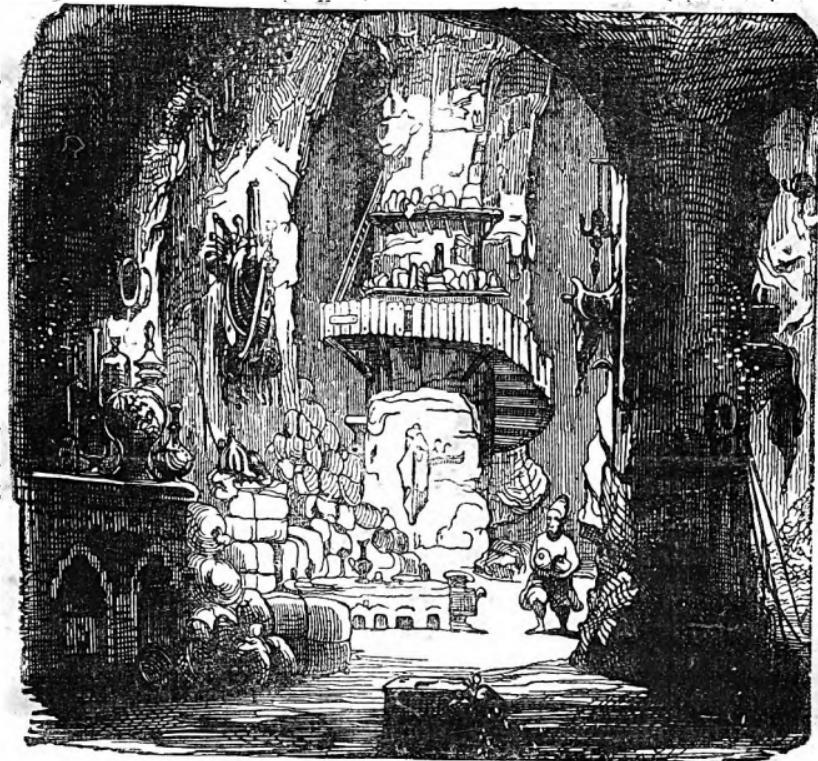
Un dia en que, despues de haber hecho la corta de leña suficiente, iba á cargar con ella á sus tres asnos, divisó á lo lejos una gran polvoreda producida por un peloton de hombres á caballo que se dirigian hacia el punto en que él se hallaba. Aun cuando en la ciudad ni en toda la comarca no se hablase de robos, ni de fechorías de bandoleros, y que él, por su parte, no tuviese nada capaz de excitar la codicia de estos, Alí Babá, sin embargo, tuvo miedo, y no sabiendo lo que sería aquella gente, creyó por mas prudente el ocultarse y dejarlos pasar; con este objeto se subió á un árbol muy frondoso y muy alto que había al pie de una roca, metiéndose entre su espeso follaje que le ponía á cubierto de toda mirada indiscreta. Apénas había acabado de cobijarse bien, cuando los hombres de á caballo, robustos todos y bien armados, llegaron al pie del peñasco y se apcaron. Alí Babá contó hasta cuarenta, y no dudó ya por su traza y equipo, que fuesen ladrones, pues cada cual traía una maleta llena, al parecer, segun lo que pesaba, de alhajas ó dinero. Uno de ellos, que Alí Babá suponia ser el capitán, como, en efecto, lo era, se acercó á la roca que estaba junto al árbol en que él se había guarecido, y pronunció estas palabras : « SÉSAME, ÁBRETE (1). »

La roca se abrió al punto, y cuando el capitán y los demas bandidos hubieron entrado por su abertura se volvió á cerrar. Los ladrones permanecieron algun tiempo dentro durante el cual Alí Babá no quiso dejar su sitio. Por fin la roca volvió á abrirse y salieron los cuarenta ladrones ; y el capitán la hizo volver á cerrarse diciendo : « SÉSAME, CIÉRRATE ; » palabras que Alí Babá oyó perfectamente.

(1) Conservamos la palabra *Sésame*, cuya verdadera significacion es *Aljonjoli* ó *Alegria*, por ser la palabra que generalmente se emplea en los cuentos de Hadas, encantos y hechicerías.

mente. Todos volvieron entonces á montar á caballo, y el capitan, viendo que estaban prontos, se puso á la cabeza, y emprendieron la marcha.

Alí Babá los estuvo observando hasta perderlos de vista, y como se acordaba de las palabras de que se había servido el capitan de los bandidos para hacer abrir y cerrar el peñasco, quiso ver si, repitiéndolas él, producirian el mismo efecto. Así fué que bajó del árbol, y pasando por entre los arbustos, se acercó á la peña y dijo : « SÉSAMÉ, ABRETE », y la peña se abrió. Quedóse Alí Babá atónito al ver un sitio claro y espaciioso, ahuecado en bóveda, que



recibía la luz por una abertura en lo alto del peñasco. Vió gran cantidad de víveres, fardos de ricas mercaderías, oro

y plata á montones y en grandes sacos puestos unos sobre otros. Alí Babá no perdió tiempo en contemplar tantas riquezas; ántes bien se encaminó á los talegos de oro y fué sacando algunos de ellos en varios viajes hasta juntar lo bastante para cargar sus tres asnos. En seguida cubrió los saquillos con alguna leña, y presentándose delante de la roca dijo : « SÉSAME, CIÉRRATE, » y la peña se cerró. Tomó entonces el camino de la ciudad y pronto llegó á su casa; condujo sus asnos á un patio y se puso á descargar los talegos, contando á su mujer todo el suceso y recomendándole que no revelase á nadie el secreto. La mujer se regocijó con su marido por su buena fortuna, y cavaron un hoyo para enterrar en él el oro. Pero la mujer, curiosa, quiso saber cuánto habría; y á pesar de que el marido le dijo que no sería prudente, ella insistió y le dijo : « Voy pues á buscar prestada una medida, en tanto que cavas el hoyo. » Salió la mujer para ir á casa de Casim, su cuñado, y no hallándole, rogó á su mujer que le prestara una medida. La cuñada, que conocía la pobreza de Alí Babá, con la curiosidad de saber qué clase de grano quería medir, tuvo la idea de ensebar el fondo de la medida y se la trajo, diciéndole que sentía haberla hecho esperar. Vuelve á su casa la mujer de Alí Babá, mide el oro, y queda satisfecha del crecido número de medidas; y en tanto que su marido lo enterraba, va á devolver la medida á su cuñada, sin reparar en que una de las monedas había quedado adherida. Apénas hubo vuelto la espalda la mujer de Alí Babá, la de Casim miró la medida, y se quedó asombrada al ver pegada una moneda de oro. Cuando su marido llegó al anochecer de su tienda : « Casim, le dijo, tú te crees rico, pero te engañas; Alí Babá lo es infinitamente mas que tú : no cuenta el dinero, sino que lo mide á culemínes, » y le explicó en seguida el enigma, enseñándole la moneda de oro.

Envidioso Casim de la prosperidad de su hermano, fué á la mañana siguiente á casa de este, acercósele y le dijo : « Alí Babá, tú haces el menesteroso, y cuentas el oro por medidas; » y dicho esto le enseñó la moneda

que había quedado adherida. Conoció entonces Alí Babá que Casim y su mujer poseían su secreto; por tanto se lo confesó todo y hasta le dijo las palabras que le facilitarian la entrada y salida de la cueva. Casim partió á la madrugada con diez mulas cargadas de grandes cofres, y tomando el camino que le había sido indicado por su hermano, no tardó en llegar al peñasco. Presentóse delante y exclamó: « SÉSAME, ÁBRETE; » al punto se abrió el peñasco, y volvió á cerrarse así que él hubo entrado. Casim se quedó asombrado al ver mucho mayor número de riquezas de las que había esperado encontrar; tomando tantos sacos como puede llevar, los arrima contra la puerta de entrada; pero preocupada y ofuscada su imaginación con la codicia que le inspiraba tanto oro, olvida enteramente la palabra mágica para que la roca se abra, y en vez de decir *Sésame*, empieza á gritar: *Trigo, centeno, cebada*, y otros muchos cereales y semillas, todo inútilmente, porque la roca permanece cerrada. Miéntras tanto, volvieron los bandidos cerca de media noche, y á cierta distancia de la cueva encontraron las mulas de Casim que andaban dispersas al rededor del peñasco cargadas con grandes cofres. Sobresaltados con esta novedad y no sabiendo á quién perteneciesen las mulas, algunos de ellos se ponen á hacer pesquisas en las inmediaciones de la peña, miéntras que el capitán y los demás se llegan á ella, sable en mano, y pronunciando las palabras, se entran en la cueva. Casim, que había oido el ruido de los caballos desde lo interior de la cueva, no dudó de su inevitable muerte; resuelto, no obstante, á escaparse de las manos de los ladrones y salvarse, se mantuvo pronto á echar á correr así que se abriese la puerta. Cuando el capitán pronunció las palabras « SÉSAME, ÁBRETE, » la puerta se abrió y Casim salió tan velozmente que derribó al capitán; pero no logra escapar de las manos de los demás que le cogen al instante y le quitan en el acto la vida. Hecho esto, lo primero que hicieron los ladrones fué entrar en la cueva, en donde encontraron los sacos que Casim había traído á la puerta para cargarlos en sus mu-

mas. Convinieron en hacer cuatro cuartos del cadáver de Casim y colgarlos dos por cada lado de la parte de



dentro de la puerta, para aterrar á quien emprendiese en lo sucesivo igual tentativa. Llevada á cabo esta determinación, montaron á caballo y partieron á hacer sus correrías por los caminos frecuentados por las caravanas. Miéntras tanto, la mujer de Casim se sobresaltó cuando vió que era noche cerrada y que su marido no había vuelto. Fuése á casa de Alí Babá y le dijo : « Cuñado, ya sabéis que Casim salió para ir al bosque y todavía no ha vuelto, aunque es de noche, y temo que le haya sucedido alguna desgracia. » Alí Babá le dijo que estuviese sin cuidado, pues que Casim no volvería á la ciudad hasta muy de noche. Alí Babá, que temía realmente que le hubiese sucedido algun percance á su hermano partió al instante

con sus tres asnos á informarse de lo que había ocurrido á Casim; se encaminó á la peña y se estremeció al notar algunas gotas de sangre á sus inmediaciones. Cuando hubo pronunciado las palabras, y la peña se abrió, se quedó horrorizado á la vista del cuerpo de su hermano descuartizado. Internóse en la cueva, en donde halló con qué hacer dos lios de los miembros, que cargó sobre un asno, tapándolos con leña, y sobre los otros dos puso sacos llenos de oro, que cubrió también con leña, como la primera vez; y diciendo á la puerta que se cerrase, se marchó para la ciudad.

Al llegar á su casa, hizo entrar en el patio los dos asnos cargados de oro dejando á su mujer el encargo de aliviarlos del peso que traían; y condujo el otro á casa de su cuñada. Alí Babá llamó á la puerta, que le abrió Morjiana, esclava fiel é inteligente, y cuando hubo entrado en el patio, descargó la leña y los dos lios, y llevando á un lado á Morjiana, le dijo: « Lo primero que te pido es un secreto inviolable: aquí tienes el cuerpo de tu amo en estos dos lios; se trata de enterrarle como si hubiese fallecido de muerte natural. Vé y di á tu señora que quiero hablarle, y atiende á lo que le voy á decir. »

Morjiana avisó á su ama, y Alí Babá, que la seguía, entró y dijo á la mujer de Casim: « Cuñada, tenéis motivo para afligiros; pero el mal está hecho y ya no tiene remedio. Con todo, si algo puede consolaros, os ofrezco tomaros por esposa, asegurándoos que vuestra cuñada no tendrá celos y que viviremos juntos muy felices. En todo caso es preciso procurar que se crea que mi hermano ha fallecido de muerte natural; y soy de parecer que dejemos esto al cuidado de Morjiana. » Á la mañana siguiente Morjiana fué á casa de un boticario y pidió una esencia que suele ser eficaz en las enfermedades mas desahucidas. « ¡Ay de mí! dijo suspirando al entregársela el boticario, mucho me temo que este remedio no haga buen efecto. ¡Ah, qué buen amo voy á perder! » Por otra parte, como durante todo el dia Alí Babá y su mujer fueron y vinieron repetidas veces con semblante muy triste á

casa de Casim, no extrañaron los vecinos al oír por la noche los gritos lamentosos de la viuda y de Morjiana, que



dabai á entender como Casim había dejado de vivir. Morjiana, que sabia que había en la plaza un zapatero remendón que abria su tienda muy temprano, fué á verle, y poniéndole una moneda de oro en la mano, le dijo : « Babá Mustafá, tomad lo necesario para coser, y venid conmigo, permitiéndome primero que os vende los ojos. » Babá Mustafá cedió, y Morjiana, despues de haberle vendado los ojos, le llevó á casa de su ama, y no volvió á quitarle la venda hasta que entraron en el cuarto en que se hallaba el cadáver. « Babá Mustafá, le dijo la esclava, os he traído para que cosáis las piezas que veis aquí; despachad, pues, y cuando hayáis concluido, os daré otra moneda.

No tardó en hacerlo así el remendon, y despues que nubo concluido, Morjiana le entregó la moneda volviendo á vendarle los ojos y le acompañó hasta dejarle en su tienda. Poco despues trajo el carpintero el ataúd; y cuando hubieron colocado el cuerpo dentro y clavado la tapa, cuatro vecinos tomaron el ataúd en hombros, y siguiendo al iman, lo llevaron al cementerio. Alí Babá iba detras con algunos vecinos formados de dos en dos. Así la horrible muerte de Casim quedó tan oculta que ni se tuvo de ella la menor sospecha.

Tres ó cuatro dias despues, Alí Babá trasladó sus muebles á casa de la viuda de su hermano; pero tuvo cuidado de no llevar el dinero tomado de los ladrones sino de noche. Esta mudanza de casa dió á conocer su nuevo enlace con su cuñada; y como esta clase de casamientos son muy comunes en aquella religion y en aquel país, nadie lo extrañó. Volvieron los ladrones á visitar su cueva á la hora de costumbre, y se sobresaltaron al no hallar el cuerpo de Casim, aumentándose su estrañeza cuando advirtieron que tambien habian disminuido los talegos de oro. « Estamos descubiertos y perdidos, dijo el capitán, si no tratamos de poner pronto remedio; el ladron que sorprendimos tuvo el secreto para abrir la puerta; pero debia tener un cómplice, lo que prueba de una manera positiva la desaparicion de su cuerpo y la disminucion de los saquillos de oro : pues bien, muerto el uno, es preciso que el otro tambien perezca. » La propuesta del capitán fué aprobada por todos los salteadores. « Pero ante todas cosas, añadió, es menester elegir uno de vosotros que vaya á la ciudad y haga lo posible para descubrir si se habla del asesinato de alguno, saber quién era y en dónde vivia; esto es lo primero que nos importa saber. Pero á fin de evitar que el que se ofrezca se equivoque ó nos engañe, dándonos informes falsos, ¿no os parece que, en tal caso, padecerá la pena de muerte? » Sin aguardar á que sus compañeros diesen sus votos, uno de los bandidos dió dos pasos hacia adelante y dijo : « Soy del mismo parecer, y gustoso me encargo de la empresa. »

Aquel ladron, despues de haber recibido grandes elogios del capitán y de los demas bandidos, partió para la ciudad y al amanecer llegó á la tienda de Babá Mustafá, que estaba siempre abierta mucho ántes que las otras. Saludóle el ladron y le dijo : « Buen hombre, muy temprano empezáis vuestro trabajo ; me parece imposible que podáis ver á la edad que tenéis. » « ¡Cómo, no ! replicó Babá Mustafá, aunque me veis tan viejo, tengo una excelente vista ; y no os cabrá duda de ello, cuando sepáis que no hace mucho tiempo que cosí á un muerto en un sitio donde no habia tanta claridad como aquí. » Bastó esta explicacion para persuadir al ladron que habia descubierto lo que habia venido á buscar ; y así fué que, sacando una moneda de oro y poniéndosela en la mano al remendon, le dijo : « Hacedme el favor de enseñarme la casa en que cosisteis al muerto. — Cualquier gana que tuviera de serviros, no me sería posible hacer lo que me pedís, puesto que me lleváron á la casa con los ojos vendados y del mismo modo volví á salir de ella. »

« Pues bien, repuso el ladron, os vendaré los ojos, venid, aquí tenéis otra moneda. » Al decir estas palabras le puso otra moneda en la mano. Las monedas tentaron á Babá Mustafá, y se puso en marcha al lado del ladron. Despues de haber caminado largo rato, se paró, y dijo : « Me parece que entré aquí. » En efecto, se hallaban delante de la casa de Casim, donde habitaba á la sazon Alí Babá y en la puerta el ladron hizo una señal con un pedazo de yeso. Poco despues Morjiana observó la señal que el ladron habia hecho, y temiendo que sucediese una desgracia, tomó yeso é hizo una marca igual en las puertas de dos ó tres casas mas arriba y mas abajo.

Entretanto el ladron se habia reunido con sus compañeros y les habia referido el feliz éxito de su viaje. Convinieron en que el capitán fuese á la ciudad, con el companero que les habia traído tan buena noticia, á reconocer la casa y ver quién la habitaba, para recapacitar el partido que convendria tomar. Llegaron pues á la ciudad sin ser sospechados, y cuando se hallában delante de una de las

casas, enseñó al capitán la señal en la puerta, diciéndole que aquella era la casa de Alí Babá, pero notando el capi



tan que la puerta inmediata estaba señalada igualmente y en el mismo sitio, se lo advirtió á su guia, preguntándole si era aquella ó la primera. El capitán, que vió su intento frustrado, se fué á juntar con la gavilla y les participó como su viaje había sido sin fruto : el guia, en consecuencia, fué sentenciado á muerte y degollado en el acto. Muy pronto se presentó otro bandido, y su ofrecimiento fué admitido por unanimidad; partió, llegó á la ciudad, ganó

á Babá Mustafá y se hizo enseñar la casa de Alí Babá. Hizo en la puerta una señal encarnada en un sitio ménos aparente; pero de allí á poco, salió Morjiana, como el dia anterior, y al volver notó la marca, que no se encubrió á su vista penetrante; y en seguida fué á poner una marca igual en las puertas de los vecinos. Al llegar el capitán y el ladrón á la calle en que vivia Alí Babá, se encontraron con la misma dificultad que la vez primera, quedando así frustrado otra vez su plan. Volvieron al peñasco, en donde el ladrón, por haber ocasionado la equivocacion, sufrió el castigo á que voluntariamente se había sujetado. El capitán, viendo que su gavilla se había disminuido de dos valientes, se encargó él mismo de la empresa; en seguida se fué á la ciudad, y obtuvo que Babá Mustafá le hiciese el mismo servicio que á los dos primeros; y habiendo llegado delante de la casa de Alí Babá, no se entretuvo en hacer señales en la puerta, sino que la examinó con mucha atencion, paseándose repetidas veces por delante de ella, de modo que era imposible el equivocarse.

Satisfecho de su expedicion, volvióse al bosque para asegurar á los bandidos que nada ya podia impedirles tomar plena venganza del daño que se les había hecho.

Mandó en seguida algunos ladrones á las poblaciones del contorno para comprar diez y nueve mulas y treinta y ocho botijas grandes para llevar aceite, una llena y las demas vacías. En dos ó tres dias lo hubieron reunido todo, y el capitán cargó sus diez y nueve mulas con treinta y siete botijas, contenido cada una un ladrón, y una llena de aceite. Estando todo dispuesto para la marcha, el capitán se encaminó con sus mulas á la ciudad adonde llegó cuando era ya bien de noche. Fué en derechura á la casa de Alí Babá y encarándose con él, le dijo : « Señor, traigo el aceite que veis desde muy léjos para venderlo mañana en el mercado, y á estas horas no sé dónde hospedarme. Os ruego, pues, que me hagáis la fineza de dejarme pasar la noche en vuestra casa. » Alí Babá, creyendo que el viajero era verdaderamente un mercader de aceite, le dijo : « Seáis bien venido : entrad, » y le hizo lugar

para que entrara con sus mulas. Mandó Alí Babá á Morjiana que dispusiese prontamente la cena, y una cama para el huésped; hizo compañía al fingido mercader, y no le dejó hasta que hubo concluido de cenar. « Sois el dueño aquí, le dijo al retirarse, nada hay en esta casa que no esté á vuestra disposicion. » Volviéndose entonces hacia la esclava : « Morjiana, le dijo, te aviso que mañana voy al baño ántes del amanecer ; ten cuidado que la ropa esté lista y entrégasela á Abdalá (que era el nombre de su esclavo), y no dejes de tenerme un caldo para la vuelta. »

Entretanto el capitán de bandidos había salido al patio, y empezando á recorrer la primera botija hasta la última, dijo á cada ladrón : « Cuando yo tire piedrecitas desde el cuarto que me han dado, no dejéis de salir de la botija. » Hecho esto se volvió á la cocina, y Morjiana tomó una luz y le condujo al aposento que le estaba dispuesto. Morjiana no olvidó las órdenes de su amo : preparó la ropa y se la entregó á Abdalá, puso en seguida la olla en el fuego, pero desgraciadamente la lámpara se le apagó. No había en casa mas aceite, ni velas tampoco , pero Morjiana, siempre lista en inventar ardides para salir de los mayores apuros, tomó la jarra de aceite y bajó al patio para sacar aceite de una de las botijas del fingido mercader. Mas, al acercarse á la primera, oyó una voz que preguntó : « ¿Es hora? » Comprendió al momento el peligro en que se hallaban Alí Babá y su familia, como tambien ella misma, y la necesidad de emplear los medios de evitarlo; y respondió á la pregunta : « Todavía no, pero pronto lo será. »

Entonces se llegó á la botija inmediata, en la que le hicieron igual pregunta, y ella dió la idéntica respuesta, como tambien en todas las demás hasta la última, que tenía aceite.

Conoció Morjiana que su amo, en vez de alojar en su casa á un mercader de aceite, había alojado á treinta y siete ladrones con su capitán, el fingido mercader.

Llenó, sin embargo, la jarra de aceite y se volvió á la

cocina, tomó una gran caldera, la llevó al patio, llenóla de aceite y la puso en el fuego. No tardó el aceite en hervir, y entonces cogió Morjiana la caldera, la llevó al patio y derramó en cada botija bastante aceite hirviendo para sofocar á los que estaban dentro y quitarles la vida. Ejecutada esta acción digna del valor de Morjiana, esta se



volvió á la cocina, cerró la puerta y apagó la lámpara, determinada á no acostarse hasta ver lo que sucedería. Al cabo de un cuarto de hora, el capitán de los ladrones

abrió la ventana y empezó á hacer la señal convenida tirando piedrecitas, muchas de las cuales cayeron sobre las botijas. Mas, viendo que su gente no se ponía en movimiento, volvió á tirar piedrecitas; pero ningun ladrón respondió á la señal. Bajó al patio muy azorado y acercándose á la primera botija, percibió un olor de aceite caliente; de lo que sacó en conclusión que su plan había sido descubierto. Recorrió todas las otras botijas sucesivamente y halló que toda su gente había sufrido igual suerte : furioso de haber errado el golpe, forzó la cerradura de una puerta que daba á la huerta, y se salvó por los jardines. Miéntras tanto, Alí Babá fué al baño ántes del amanecer, acompañado de su esclavo, y sin saber nada de lo que había ocurrido en su casa durante la noche. Al volver, Morjiana le dijo que mirara en las botijas para ver si había aceite dentro. Hízolo así Alí Babá, recorriéndolas todas desde la primera hasta la última, y vió con espanto que había un cadáver en cada una de ellas ménos en la última que tenía aceite. Al descubrir tanto cadáver se quedó inmóvil, clavando la vista, ya en las botijas, ya en Morjiana, sin poder pronunciar una palabra. Cuando hubo recobrado la voz, exclamó : « ¡Qué significa esto, Morjiana ? ¿Qué se ha hecho el mercader? » La esclava le refirió entonces como, notando la señal hecha en la puerta, había tomado la precaucion de señalar las puertas de los vecinos de la misma manera y como había espiado las acciones del mercader de aceite, como tambien por qué casualidad había podido salvarle del peligro inminente que corría. Alí Babá, hecho cargo del gran servicio que le debia, le dijo :

« Te debo la vida, y para empezar á darte una prueba de mi reconocimiento, desde hoy te doy la libertad y estos diez mil zequies, entre tanto que recibes otro testimonio de mi aprecio. Estoy persuadido que esos hombres eran los cuarenta ladrones, y que lo único que nos queda que hacer es enterrarlos secretamente : á eso voy á trabajar con Abdalá. »

Miéntras que Alí Babá tomaba estas disposiciones, el

capitan de los ladrones había vuelto al bosque sumamente apesadumbrado. « ¡En dónde estáis, valerosa gente ? exclamó. ¡Cuándo tendré otra gavilla tan atrevida como vosotros ? ¡Mas lo que no pude lograr con tan poderoso auxilio, lo haré yo solo ; yo sabré vengarme ! » Tomada esta resolucion, el capitan fué á la mañana siguiente á la ciudad, y se alojó en una venta adonde trasladó muchas telas finísimas; y en seguida alquiló la tienda que hacía frente á la que había pertenecido á Casim y que se hallaba ocupada, de poco tiempo á aquella parte, por el hijo de Alí Babá. El salteador, que había tomado el nombre de Cojia Husan, se esmeró en mostrarse afable con el hijo de Alí Babá ; y este, que no podía obsequiarle en su casa como estaba deseando, comunicó su intento á su padre, quien, para complacer á su hijo, convidió á Cojia Husan á comer con ellos en su casa, y dió órden á Morjiana que tuviese preparada una buena comida. Hízolo así Morjiana, pero con repugnancia, y le entró la curiosidad de conocer al nuevo amigo de su amo. Así fué que cuando hubo acabado de preparar la comida y Abdalá dispuso la mesa, le ayudó á llevar los platos. Al observar á Cojia Husan le reconoció al instante por el capitan de los salteadores, y examinándole atentamente echó de ver un puñal, que llevaba escondido debajo del vestido. « Ya comprendo, dijo para sí ; este malvado es el peor enemigo de mi amo ; quiere asesinarle, pero yo se lo estorbaré. » En seguida se fué á la cocina, se vistió con un traje de bailarina, se ciñó á la cintura una cadena de plata, de la que pendía un puñal cuyo mango era del mismo metal, y se cubrió el rostro con una máscara. Dijo á Abdalá que tomase su pandero y que la siguiese al comedor. Abdalá cogió el pandero y empezó á tocarlo, acompañándose con la voz, y Morjiana bailó varias danzas con agilidad y maestría. Despues de haber bailado largo rato sacó el puñal, y fué presentándolo, ya como para herir, ya fingiendo clavarlo en el pecho. Finalmente, tomó el pandero de Abdalá con la mano izquierda, teniendo el puñal en la derecha y fué á presentárselo primero á Alí Babá, á manera de las bai-

larinas de profesion que imploran así la generosidad de los espectadores. Alí Babá echó una moneda de oro en el



pandero de Morjiana, en lo que le imitó su hijo. Coja Husan sacó tambien la bolsa para hacerle un regalo, y mientras estaba metiendo en ella la mano, Morjiana se arrojó sobre él y le clavó el puñal en el corazon. Alí Babá y su hijo, despavoridos con esta accion, dieron un grito. « ¡Desdichada! exclamó Alí Babá, ¿qué has hecho? ¿Te has empeñado en perderme con mi familia? — No es para perderlos lo que he hecho, respondió Morjiana, sino para salvaros. » Y abriendo el vestido de Coja Husan

y enseñando á su amo el puñal con que estaba armado : « Mirad, le dijo, á qué temible enemigo agasajabais ; fijad bien la vista en él y reconoceréis al fingido mercader de aceite y al capitán de los bandidos del bosque. Cuando entró, yo le reconocí á pesar de su disfraz y malicié sus perversas intenciones. Ya veis que no me he equivocado. » Ali Babá la abrazó. « Morjiana, le dijo, te di la libertad, y ahora te hago mi nuera. » Pocos días después Ali Babá celebró las bodas de su hijo y de Morjiana con gran solemnidad, y se abstuvo de volver á la cueva de los ladrones por mucho tiempo después del casamiento. Pero al cabo del año montó en su caballo y cuando llegó al peñasco pronunció las palabras : « SÉSAME, ÁBRETE, » y la roca se abrió de par en par. Entró en la cueva y juzgó por el estado en que halló todo que nadie había vuelto á entrar allí desde la muerte de los cuarenta ladrones, no cabiéndole ya duda que él solo poseía el secreto y que el tesoro estaba á su disposición. Llenó entonces la maleta con el oro que su caballo podía llevar y regresó á la ciudad.

Desde entonces Ali Babá y su hijo, á quien llevó á la cueva y enseñó el secreto, que fué trasmítido á su posteridad, aprovechándose de su fortuna con moderación, vivieron con mucha esplendidez, y honrados como los primeros personajes de la ciudad.

HISTORIA DE LOS DOS MERCADERES DE BAGDAD Y EL TARRO DE ACEITUNAS

Á la hora acostumbrada de la mañana siguiente á en la que terminó de contar la historia de los cuarenta ladrones, después de dar los buenos días al sultán Chabriar, voy á referiros, señor, le dijo la sultana Gerenarda, otro de los infinitos episodios del reinado del ilustre kalifa de quien anteriormente hemos tenido ocasión de hablar.

Hubo en Bagdad, empezó diciendo, un mercader llamado Ali Cogia que, engolfado en los negocios de su tráfico, y

siendo ya de una edad regular, no había hecho todavía la peregrinación de la Meca á que está obligado todo buen musulman. Una noche se le apareció en sueños un anciano de aspecto severo, y mirándole con ceño le reconvino por no haber cumplido con aquella obligación. Esta aparición, que volvió á repetirse otras dos veces, turbó completamente la tranquilidad de que Alí Cogia gozaba, y le decidió á emprender aquel viaje. Arreglados todos sus negocios y hechos todos sus preparativos, después de haber puesto aparte el dinero necesario para subvenir á los gastos del viaje, se encontró con que le sobraban unas mil monedas de oro. Y como no quería llevarlas consigo y no tenía ningun lugar seguro en donde dejarlas, por haber alquilado su tienda y la casa, le ocurrió la idea de ponerlas en el fondo de una vasija que acabó de llenar con aceitunas, y pasó á casa de otro comerciante amigo suyo que gozaba de gran reputacion de honradez, para rogarle que le hiciese el favor de guardar aquel tarro de aceitunas hasta la vuelta de su peregrinación. — « Tomad la llave del almacén, le dijo el comerciante su amigo, y poned vuestro tarro de aceitunas en el sitio que mas os acomode, que nadie lo tocará y allí lo encontrareis cuando volváis. » Hizolo así Alí Cogia, el cual, después de haberse despedido de sus parientes y demás amigos, emprendió su caminata agregándose á una numerosa caravana que partía para la Ciudad Santa con dos camellos cargados de géneros escogidos que pensaba vender en la Meca, adonde llegó con toda felicidad.

Después de cumplidas las ceremonias de la peregrinación y visitado el célebre santuario musulman, desenfardó sus géneros y los expuso en un bazar para venderlos ó cambiarlos. Como eran mercancías escogidas, no dejaban de llamar la atención, y entre las infinitas personas que se paraban á mirarlas oyó decir á dos de ellas : — « Si este mercader supiese la estimación que tienen estas mercancías en el Cairo, no se detendría á venderlas aquí en donde pocos beneficios obtendrá, mientras que allí podría cuadruplicar su capital. » Estas palabras y otras seme-

jantes que hablaban entre si las muchas gentes que se detenian delante de su bazar, le decidieron á volver á enfar-



dar sus géneros y á trasladarse al Cairo. Su determinacion no le pesó, porque, en efecto, apénas llegó y presentó sus géneros en el mercado los despachó con una ganancia de trescientos por ciento. Este buen resultado le decidió á aprovechar la ocasion de hallarse en Egipto para visitar este hermoso país; y uniéndose con otros mercaderes pasó despues á Persia, al Mosul, y recorrió otros países, siempre traficando, de modo que en todos estos viajes invirtió siete años.

Luego que llegó á Bagdad y se instaló en una posada miéntras el inquilino que habitaba su casa la desocupaba, se fué á ver á su amigo el comerciante en cuyo poder

habia dejado el tarro de aceitunas con las mil monedas de oro. El comerciante le felicitó por su feliz regreso, se manifestó muy contento de volverle á ver, y entregándole la llave del almacen le dijo que hallaria su tarro en el mismo sitio en que él lo había dejado. Alí Cogia, despues de dar las gracias á su amigo, recogió su vasija y se fué á su posada. Luego que llegó, destapó el tarro, vació las aceitunas, que estaban todavía muy frescas y comibles, cosa que le admiró, pero... lo que le admiró mucho mas todavía fué el que las monedas habian desaparecido.

Sucedió que muy poco ántes de llegar á Bagdad Alí Cogia, hallándose su amigo el comerciante cenando una noche con toda su familia, recayó la conversacion sobre aceitunas. — « En verdad, dijo su mujer, que hace mucho tiempo que no las he probado y que de buena gana comeria algunas. — Mujer, le contestó su marido, tu deseo es fácil de contentar, porque, á propósito de aceitunas, ahora recuerdo que debe haber un gran tarro en el almacen que me dejó allí Alí Cogia al marcharse, para que se lo guardase hasta su vuelta; pero como han pasado tantos años ya, desde que se marchó y no hemos vuelto á tener mas noticias de él que la de haber pasado á Egipto, es de suponer que se habrá muerto. Así, mira, dame una luz y un plato para bajar al almacen y traeré algunas de esas aceitunas, y las comeremos. — Guárdate bien de tocar á esas aceitunas, le contestó la mujer, ya sabes que lo que se nos confia en depósito es una cosa sagrada que debemos conservar intacta hasta que nos la vengan á reclamar. Alí Cogia podrá llegar de un dia á otro, y si no encuentra su tarro como él lo dejó, ¿qué pensará de ti? No, no, por mi parte ya se me quitó la gana de comer aceitunas. Deja el tarro como está, y no toques á él, porque de lo contrario nos podrá sobrevenir alguna desgracia. » Á pesar de estas y de otras juiciosas razones que la mujer añadió, al ver que su marido persistia en su idea, no pudo lograr el hacerle desistir de ella, y el comerciante tomando el plato y la luz se fué al almacen, destapó el tarro y se encontró con que las aceitunas esta-

ban podridas como le había dicho su mujer. Con el objeto de ver si las del fondo estaban mejores, y encontraba algunas buenas, vació el tarro, y al vaciarlo empezaron á caer las monedas. A la vista del oro se inflamó su codicia; volvió á poner las aceitunas y las monedas en el tarro, lo tapó, y subió á la habitación en que estaban cenando y dijo á su mujer, que, en efecto, las aceitunas



estaban todas podridas y no se podían comer. — « Ya te lo decía yo, le contestó esta, y mejor habría sido que

no hubiese tocado al tarro. ¡Dios quiera que no sea esto causa de alguna desgracia!»

Al dia siguiente, sin decir nada á su mujer, el comerciante se fué al mercado, compró aceitunas suficientes para llenar el tarro, y sacando las mil monedas de oro y las aceitunas pasadas, las reemplazó con las frescas, lo volvió á tapar segun estaba ántes, y lo colocó en el mismo sitio en que Alí Cogia lo dejó, felicitándose interiormente de haber adquirido aquel dinero á tan poca costa.

La pérdida de mil monedas de oro era demasiado grande para que Alí Cogia se conformase con ella y dejase de reclamar; así, pasado el primer momento de estupor que le causó el no hallarlas en la vasija, no dudando que su amigo el comerciante era el que las había sustraído, despues de bien mirado y remirado el tarro y asegurándose de que era el mismo que él dejó, volvió á poner dentro las aceitunas y se fué con él muy azorado á casa del comerciante infiel, el cual, presumiendo lo que iba á suceder, esperaba su venida, y tenía preparadas sus respuestas. — «Amigo mio, le dijo Alí Cogia, no extrañeis que vuelva tan pronto á veros: vengo á deciros que en el tarro de aceitunas que confié á vuestra amistad y honradez habia puesto mil monedas de oro, y que si bien el tarro es el mismo que yo dejé, las mil monedas han desaparecido. Si por haberos hallado en algun apuro comercial habéis echado mano de ellas para salvar vuestro crédito, las doy por bien empleadas, y solo os rogaré, en ese caso, que me hagáis un reconocimiento de esta cantidad para devolvérme la cuando vuestras circunstancias os lo permitan. — Me sorprende lo que me decís, le contestó su amigo el mercader. Cuando me trajisteis el tarro me dijisteis que tenía aceitunas, y lo colocasteis vos mismo en el sitio que mas os agrado de mi almacén. Allí se ha estado desde entonces, sin que yo lo haya tocado, ni aun tenido la curiosidad de mirarlo siquiera. Así, dejadme en paz, y no hagáis pararse á las gentes delante de mi tienda para oir unas reclamaciones tan necias. — Sentiria tener que apelar á la intervencion de la

justicia, le replicó Alí Cogia, y valerme de medios que hacen poco favor á las gentes honradas, y sobre todo á mercaderes como nosotros que tenemos necesidad de conservar nuestra reputacion ilesa; así, amigo mio, reflexionadlo bien, y arreglemos este negocio amistosamente. » El mercader, que no tenía intencion de devolver aquel dinero y estaba decidido á apropiárselo, volvió á repetir á Alí Cogia que le dejara en paz, y que hiciera lo que quisiera, añadiendo que tomaba por testigos, de la afrenta que le hacía, á los muchos transeuntes y vecinos que estaban escuchando la contienda. — « Esa afrenta os la acarreáis vos mismo, exclamó Alí Cogia, os cito á comparecer delante del cadí, y veremos si ante la ley de Dios os atrevéis á negar el hecho. — Vamos, pues, respondió el mercader, que eso es lo que yo deseo. »

Comparecieron, en efecto, uno y otro ante el tribunal del cadí, el cual despues de oidas á ambas partes y en vista de que no habia testigos presenciales, preguntó al mercader si estaba pronto á prestar el juramento que la ley exige en tales casos, y el mercader respondió que estaba dispuesto á jurar no solo que no habia sustraído las monedas que le reclamaba Alí Cogia, sino que ni aun habia tocado, ni visto el tarro siquiera. Prestado el juramento por el mercader infiel, el cadí le descargó de la demanda, y Alí Cogia se retiró despues de haber protestado contra la sentencia absolutoria del cadi, declarando que elevaria su queja al kalifa, esperando que este le haria mejor justicia.

Miéntras que el mercader infiel y perjuro se volvia á su casa muy ufano y contento de hallarse dueño de un caudal tan mal, pero á tan poca costa adquirido, Alí Cogia volvió á la suya y redactó el memorial que debia entregar al Comendador de los Creyentes, exponiendo el hecho con todos sus precedentes; y al dia siguiente, cuando el kalifa iba á la mezquita, se lo entregó al oficial encargado de recoger los memoriales al paso. Al volver de la oracion, el kalifa acostumbraba leer ó hacerse dar cuenta de todos los memoriales que se habian recogido, y el de Alí Cogia

lo leyó él mismo. Por la tarde, salió, segun acostumbraba, á recorrer la ciudad disfrazado, en compañía del gran visir Giafar y del jefe de los eunucos Mesrour, y cuando por la noche se volvía á palacio, al pasar por delante de una casa de modesta apariencia oyó una gran gritería de muchachos que estaban jugando al claro de la luna en el corral. Le llamó la atencion el que á aquella hora no estuviesen acostados ya, y como era naturalmente muy curioso quiso saber el motivo de aquella vocinglería. — « Vamos á jugar á los caballos, gritaban los unos. — « A las cuatro esquinas, » decian los otros, y todos vociferaban á la vez nombrando diferentes juegos. — « No, no, exclamó el mayorcito de ellos, vamos á jugar al cadí, y veréis como nos divertimos. » Los otros chicos se avinieron; en seguida, colocaron en medio del corral un tonel desvencijado sobre el que se subió el chico que había propuesto el juego, y les dijo : — « Yo haré de cadí, tú harás de mercader ladron, y tú de Alí Cogia. » Ya iba á retirarse el kalifa Harun Alraschid, que sentado en un poyo que había cerca de la puerta del corral se había puesto á mirar por una de sus rendijas lo que los chicos hacian, cuando al oir el nombre de Alí Cogia, se acordó del memorial que había leido aquella misma mañana, y entonces se detuvo y continuó mirando; y lo mismo hizo Giafar. Distribuidos los papeles que cada chico debia representar, el que hacia de juez, dirigiéndose al presunto Alí Cogia : — « ¿Qué tienes que pedir? le preguntó al que representaba el papel de Alí Cogia. — Señor, contestó el muchacho, hace siete años que puse mil monedas de oro en un tarro, las cubrí con aceitunas, y entregué el tarro á este mercader para que me lo guardara en su almacen; cuando he vuelto de un largo viaje, he recogido el tarro, y al vaciarlo no he encontrado las monedas de oro. Se las he reclamado á este mercader, y me las niega. — ¿Qué respondes tú á eso? le dijo al chico que hacia de mercader. — Yo digo que no he visto semejantes monedas, ni tocado al tarro de aceitunas que Alí Cogia me dejó, y estoy pronto á prestar juramento. — Espera,

espera, le replicó el fingido cadí. Á ver, dijo, dirigiéndose á otro chico que hacia como de ujier, que traigan el tarro con las aceitunas y que vengan dos aceituneros. » El muchacho agarró un cacharro roto que había en un rincón del corral, metió dentro de él algunas chinas para representar las aceitunas, y se lo presentó al supuesto cadí, y otros dos muchachos dijeron que ellos eran aceituneros. El chicuelo miró el tarro, hizo el ademan de tomar una aceituna y comérsela, y exclamó. — « ¡Son excelentes ! » Dirigiéndose despues á los supuestos aceituneros les mandó que reconociesen aquellas aceitunas, y declarasen cuánto tiempo podian conservarse sanas y buenas para poderse comer. Los dos muchachos miraron el cacharro y dijeron que aquellas aceitunas eran frescas. — « Os engañáis, les dijo el fingido cadí, estas aceitunas tienen siete años por lo menos ; ahí está Alí Cogia que las puso en el tarro ántes de marcharse á viajar. — Eso es imposible, señor, replicaron los chicos que hacian de peritos ; por bien aderezadas y cuidadas que estén ninguna aceituna puede conservarse sana mas allá de dos años, y si no, preguntádselo á todos los demás mercaderes, y ya veréis si decimos verdad. El muchacho que hacia de mercader acusado por Alí, quiso hablar para contradecir el testimonio de los aceituneros ; pero el cadí no se lo permitió, y exclamó : — « ¡Cállate ! ¡eres un ladron ! » y en seguida mandó que le ahorcaran. Entónces los otros chicos se apoderaron de él en medió de un palmoteo general y de risotadas y chiltidos sin fin, haciendo como que le iban á ahorcar.

Debo advertiros, señor, dijola sultana Gerenarda al sultan, que el negocio de Alí Gogia y del mercader había llamado mucho la atencion en todo el barrio, y aun fuera de él ; que cada uno daba su parecer, y que los chicos no hacian mas que repetir lo que habian oido decir á unos y á otros.

Harun Alraschid se levantó y dijo al gran visir, que había estado tanbien muy atento escuchando :—« ¿Qué te parece del fallo de este tribunal ? — Señor, le contestó Giasfar, estoy admirado de la cordura y buen juicio de un

niño de tan poca edad, y dudo que en una causa semejante ningun juez pueda fallar mejor. — Pues sábete, le dijo el kalifa, que el verdadero Alí Cogia me ha presentado esta mañnaa un memorial sobre este asunto que tendré



que fallar. Toma bien las señas de esta casa, añadió, y mañana tráeme á la hora de la audiencia al niño que ha hecho de cadí para que haga de verdadero juez en mi presencia, y resuelva este negocio. Haz venir al cadí para

que aprenda mejor á administrar justicia, y preven á Alí Cogia que se presente con el tarro de aceitunas, y á dos ó tres mercaderes de este género. »

El gran visir fué al dia siguiente á la casa en donde los chicos estaban jugando la noche anterior, y habiendo preguntado á los dueños si tenian hijos, estos le contestaron que sí y se los presentaron. Cuando el gran visir reconoció al que había hecho de cadí y declaró que se lo iba á llevar por órden del kalifa, los padres se sobresaltaron, pero Giasfar los tranquilizó asegurándoles que si el Comendador de los Creyentes deseaba ver al niño, no era para hacerle ningun mal. Entónces le pusieron un traje limpio, y el niño se fué con Giasfar. Naturalmente al verse en palacio, el chicuelo se atemorizó, pero Harun Alraschid le dijo : — « Acércate, hijo mio, no tengas miedo. ¿No eras tú el que jugando anoche con otros niños hacías el papel de cadí ? — Sí, señor, le respondió el niño algo mas alentado. — Pues bien, ahora vas á juzgar de véras el negocio de Ali Cogia y del mercader infiel que sustrajo del tarro de aceitunas las mil monedas de oro que Alí le confió. Anoche yo te vi y te oí, y estoy muy contento de ti. Vén á sentarte junto á mí. » El kalifa tomó al niño por la mano, le hizo sentar á su lado en el trono, y cuando los interesados se presentaron les dijo : — « Que cada uno de vosotros exponga sus razones, este niño las escuchará, y fallará vuestra causa, y si en algo falta, yo lo supliré. »

Alí Cogia se adelantó y repitió lo que ántes había expuesto ante el cadí, á lo que el mercader contestó sosteniendo lo mismo que anteriormente había dicho, esto es, que no había tocado al tarro, ni por consiguiente visto ni aceitunas, ni monedas, y que estaba pronto á renovar su juramento. — « Poco á poco, le dijo el niño, espera ; quiero ver ántes el tarro con las aceitunas y que las vean tambien dos aceituneros. » Al oir esto, Alí Cogia puso el tarro á los piés del kalifa, y lo destapó. El kalifa miró las aceitunas, tomó una y dió otra al niño, y despues de haberlas probado : — « ¿Qué te parecen ? le pruguntó. — Excelentes, señor, le contestó el niño. » En seguida pa-

saron el tarro á los aceituneros citados como peritos, los cuales declararon sin titubear que aquellas aceitunas eran frescas de aquel mismo año. — « Debéis equivocaros, les dijo el niño, porque esas aceitunas fueron puestas en ese tarro por Alí Cogia hace siete años. — Señor, exclamaron los aceituneros, que las reconozcan todos los mercaderes de este artículo, y si no dicen lo mismo que nosotros, mandad que nos corten las cabezas. No hay aceitunas por buenas que sean y por bien aderezadas que estén por persona inteligente que puedan conservarse sin podrirse al cabo de dos años. Así, nos sostendemos en nuestros dichos. » El mercader infiel empezó á alegar algunas razones para desmentir la declaración de los peritos; pero el niño esta vez no le interrumpió, ni mandó que le ahorcaran como había hecho la noche precedente. Se puso á mirar al kalifa fijamente, como para decirle : Eso á vos solo corresponde el hacerlo. »

Harun Alraschid, convencido de la mala fe del mercader, mandó que le entregaran á los ejecutores de la justicia. Algunos momentos ántes de ser ahorcado, confesó el robo, y declaró el sitio en que había escondido las mil monedas. Estas fueron entregadas á Alí Cogia, el cual hizo un magnífico regalo al niño que había sabido fallar mejor que el cadí. Este fué muy severamente reprendido; y despues de abrazar al niño, el kalifa mandó que le condujesen á su casa dándole una bolsa con cien monedas de oro, y que declarasen á sus padres que la educación del niño corría por su cuenta en lo sucesivo.

No habiendo amanecido todavía al acabar de referir esta curiosa anécdota, la sultana Gerenarda empezó á contar una maravillosa historia titulada :

HISTORIA DE LAS HERMANAS ENVIDIOSAS, DEL PÁJARO QUE HABLA Y DEL ÁRBOL QUE CANTA

Reinó en otro tiempo en Persia un sultán llamado Khosru Shah, empezó diciendo la sultana Gerenarda, que,

lo mismo que el kalifa Harun Alraschid, acostumbraba salir por la ciudad disfrazado para saber lo que pasaba. Al llegar una noche en un barrio extraviado, delante de una casa de mezquina apariencia, cuya puerta estaba entornada, oyó hablar algo fuerte y se detuvo á escuchar. Por algunas palabras que percibió conoció que eran tres hermanas que estaban platicando sobre un asunto que es



generalmente el sueño dorado de todas las jóvenes solteras. — « Yo, decía una de las hermanas, quisiera ca-

sarme con el jefe de la panadería del sultán, porque así comeria de ese pan tan blanco y esponjoso que llaman, « Pan del sultán, » que á mí me gusta tanto. — Pues yo, dijo la otra, mejor quisiera que fuese mi marido el cocinero mayor y jefe de la repostería, pues entonces me hartaría de comer exquisitos manjares y excelentes pasteles y empanadas.

— Hermanas mías, dijo la tercera, yo no me contento con tan poco ; aspiro á cosa mas alta. Lo que yo quiero es ser la mujer del sultán. » Sus dos hermanas se echaron á reir, y continuaron conversando, sin reparar que la puerta no estaba cerrada, y que las estaban escuchando. Cayeron tan en gracia al sultán las pretensiones de estas tres hermanas que, — ¡caprichos de sultán ! — se propuso realizarlas, con tanto mas motivo, cuanto que habiendo examinado atentamente á la que había expresado su ambicioso deseo de ser sultana, vió que era la mas joven de las tres hermanas y que su hermosura era extraordinaria.

— « Toma las señas de esta casa, le dijo al gran visir que le acompañaba, y mañana conduce á esas jóvenes á palacio, y haz venir tambien al cocinero mayor y al jefe de la panadería. » — El gran visir cumplió con las órdenes recibidas, y cuando las tres hermanas comparecieron ante el trono del sultán, muy turbadas y atemorizadas, porque no sabian para qué las habian llamado, el sultán Khosru les dijo : — « No temáis nada, pues no os he mandado venir para haceros ningun daño, sino, al contrario, para realizar vuestro sueño dorado. » Al oir al sultán expresarse de este modo, las jóvenes se tranquilizaron, pero se pusieron mas encendidas que la grana. El sultán continuó : « Conozco cuáles son vuestros deseos y voy á satisfacerlos. Tú que quieres ser esposa del sultán, prosiguió dirigiéndose á la menor de las hermanas, lo serás desde mañana ; y vosotras os casaréis al mismo tiempo con los hombres que deseabais. Ahí los tenéis ; miradlos. » La hermana menor, mas despejada que sus dos hermanas mayores, se arrojó toda ruborizada á los piés del trono, exclamando : — « Señor, yo no soy digna de un honor tan alto ; por muy dichosa y honrada me tendré con ser solo vuestra es-

clava. » Este despejo, unido á su hermosura singular, acabaron de cautivar el corazon del sultan que le dijo : — « No, quiero que se cumplan los deseos de cada una de vosotras; tú serás mi esposa, y vosotras lo seréis de los jefes de mi repostería y panadería. » En efecto, las tres hermanas pasaron aquella noche en palacio, y al dia siguiente se celebraron sus bodas, pero con la diferencia que era consiguiente, siendo la de la hermana menor acompañada de la pompa y regocijos acostumbrados en los casamientos de los sultanes.

Sus dos hermanas mayores, muy contentas durante los primeros dias de la « Luna de miel, » no tardaron en ser atormentadas por el gusano de la envidia al ver á su hermana menor en tan encumbrada posicion; y á pesar del cariño con que esta las recibia y las agasajaba, juraron el vengarse, ¡cómo si en algo las hubiera ofendido! y no perdonar medio ninguno para hacerle perder el afecto del sultan y ser repudiada por este. La empresa era algo dificil, y todos sus criminales deseos habrian quedado sin efecto, si el próximo alumbramiento de la jóven sultana no les hubiera suministrado una ocasion propicia para llevar á cabo sus inicuos proyectos. Cuando se anunció que la sultana se hallaba encinta, sus dos hermanas fueron á felicitarla, y aparentando con la mayor hipocresía un cariño é interés que estaban muy lejos de tenerle, obtuvieron la gracia de asistirla en su alumbramiento. La sultana dió á luz un hermoso y robusto príncipe, y las dos hermanas envidiosas, á quienes este suceso acrecentó su rabiosa envidia, envolvieron al recien nacido en unas mantillas viejas, le pusieron en un cesto de mimbre, y le arrojaron al canal que pasaba por debajo de las habitaciones de la sultana, sustituyéndole con un perrillo muerto.

Cuando al sultan le anunciaron lo que su esposa habia dado á luz y se lo presentaron, su pena y su indignacion fueron tan grandes, que, sin la intervencion del gran visir que le dijo que no podia con justicia hacer responsable á la sultana de las aberraciones de la naturaleza, los efectos de aquella indignacion le habrian sido muy funestos.

Mientras tanto, el intendente del palacio y de los bosques y jardines del sultán, que se hallaba paseando á orillas del canal, vió venir arrastrado por la corriente aquel cestillo del que le pareció salir algunos gemidos. Llamó á uno de los jardineros el cual por su orden recogió el cestillo y se lo trajo, y grande fué su asombro al hallar en él un niño recién nacido. Corriendo se marchó á su casa, y presentándoselo á su esposa le dijo : « Mujer, ya que Dios



no nos ha dado hijos, nos os envía. Aquí tienes este niño, manda á buscar una nodriza, y cúídale como si fuera nuestro

propio hijo. » El intendente no quiso hacer investigaciones sobre la procedencia de aquel niño. Sabía que la sultana estaba de parto, había visto de qué parte venía el cestillo, y se dijo para entre sí : — « ¡Misterios de palacio que á mí no me incumbe averiguar ! Lo mas prudente y lo mejor, es guardar silencio. »

Al año siguiente la sultana volvió á dar á luz otro robusto príncipe, siendo asistida tambien por sus hermanas que hicieron con este niño los mismo que con el primero, y presentaron al sultan un gatito muerto, diciéndole que era lo que había dado á luz la sultana.

Esta vez tambien las reflexiones del gran visir pudieron calmar la irritacion del sultan contra su esposa ; pero al año siguiente en que esta dió á luz una hermosa niña que fué sustituida por las envidiosas hermanas por un pedazo de carne corrompida, é hicieron creer que era una mola , la irritacion del sultan ya no conoció límites. Mandó que arrojaran al rio metida en un saco á la sultana. — « Una mujer, exclamó, que da á luz monstruosidades semejantes, es el oprobio de su sexo é indigna de vivir. » El gran visir, sin embargo, pudo obtener que no le quitaran la vida. — « Los tres alumbramientos de la sultana, le dijo, no son crímenes que merezcan castigo. Á otras mujeres les sucede lo mismo, y mas que culpables, por aberraciones de esta naturaleza, son dignas de compasion. Vuestra Majestad puede abstenerse de ver á la sultana ; puede repudiarla, pero no es justo el quitarle la vida por una desgracia que, de seguro, nadie la siente mas que ella misma. » Estas y otras razones calmaron algun tanto al sultan, dándole á conocer la injusticia que cometería condenando á muerte á la sultana solamente por haber dado á luz tan fenomenales fetos. — « ¡Que viva, pues, exclamó, pero que viva en una continua afrenta ! Manda construir una barraca á la puerta de la mezquita principal, con una sola ventana que estará siempre abierta ; que se encierre dentro á la sultana, y que todos los que vayan á la oracion la escupan por esa ventana, bajo pena de un severo castigo si no lo hicieren. » Aunque con sentimiento, el visir

tuvo que ejecutar la orden del sultán que no admitió ninguna réplica, y las dos hermanas envidiosas se fueron á su casa muy contentas, por haber conseguido su objeto, y regocijándose de haber humillado á su hermana aun mucho mas de lo que ellas se habían propuesto.

El príncipe y la princesa habrían quizás perecido si no hubiesen sido recogidos los cestillos, en que fueron arrojados al canal, por los jardineros que se los llevaron al intendente de palacio, el cual presumiendo que tenían igual procedencia que el primer niño que él había recibido, los adoptó y les dió una educación brillantísima. Habiendo muerto su mujer, suplicó al sultán de Persia que le permitiese retirarse á descansar de sus largos servicios; y, concedido el retiro, compró una magnífica quinta no muy lejos de la ciudad y se fué á vivir allí con los tres príncipes que le tenían por padre. No hacía mucho tiempo que estaba viviendo en la casa de campo cuando fué sorprendido por una muerte repentina sin haber podido decir á sus hijos adoptivos, segun pensaba hacerlo, cuál era su verdadero origen. Los tres hijos del sultán á quienes había puesto por nombre Bahaman y Perviz, y Parizada á la princesa, que no habían conocido mas padre que al intendente, lloraron su muerte amargamente; pero contentos con los cuantiosos bienes que les había dejado, se propusieron el continuar viviendo reunidos, y no pensaron en ir á presentarse en la corte, en donde les habría sido fácil el obtener brillantes puestos.

Un dia que los dos hermanos habían ido á caza y se hallaba sola la princesa Parizada, se presentó delante de la habitacion una mujer anciana y suplicó que le permitieran entrar para decir sus oraciones, cuyo permiso no solo le fué concedido, sino que la princesa mandó que le sirviesen despues una colacion compuesta de frutas, dulces y pastas finas. Agradecida la devota musulmana á la buena acogida que le había hecho la princesa, preguntándole esta qué le parecía la casa y el jardin : — « Señora, esta casa no tendría igual en el mundo, le respondió, si pudiésemos reunir en ella tres cosas maravillosas : un pájaro

que habla llamado Bulbuzar, que tiene ademas la propiedad de atraer á todos los pájaros de las inmediaciones, que le acompañan con sus trinos y gorjeos ; un árbol que canta, cuyas hojas son otras tantas voces que forman un concierto armonioso ; y un agua dorada, de la cual bastan unas cuantas gotas para hacer brotar un chorro que se eleva á una altura prodigiosa y vuelve á caer convertido



en una cascada dorada, pero sin perderse una sola gota.
— Mucho os agradezco, mi buena madre, le dijo la prin-

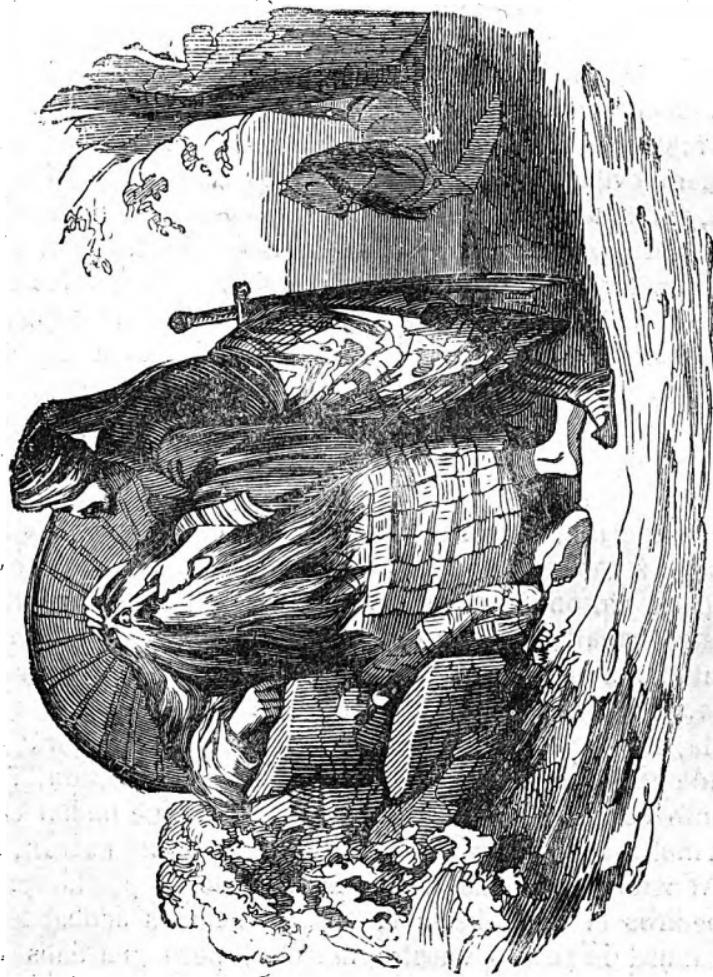
cesa, que me hayáis dado á conocer la existencia de cosas tan maravillosas de las qué nunca habia oido hablar ; y os agradecería mucho mas si quisieseis decirme el lugar en que se hallan y el modo de procurármelas. — Esas tres cosas maravillosas de que acabo de hablaros, le contestó la buena anciana, se hallan todas en un mismo paraje que está situado en los confines de este reino de Persia hacia la India. Para llegar á aquel paraje no hay mas que seguir la carretera que pasa por delante de esta casa, y al cabo de veinte dias justos de marcha preguntar, al primero que se encuentre, en dónde está el pájaro que habla, el árbol que canta, y el agua dorada, y él lo dira. » La princesa Parizada, volvió á agasajar á la buena mujer, y esta se marchó al poco rato, despues de haber dado á la princesa otras indicaciones.

Cuando volvieron sus hermanos de la caza, en vez de encontrarla alegre y risueña, como de ordinario, notaron que estaba triste y preocupada, y el príncipe Bahaman le preguntó qué tenía, y si alguno la había agraviado. « Hermano, le contestó la princesa, estoy pensando en lo que me ha dicho esta mañana una devota musulmana. Me ha hablado de tres cosas maravillosas que si las pudiera tener, esta quinta sería la mas preciosa del mundo ; » y en seguida les contó á sus hermanos lo que le había referido la anciana.—« Hermana, le dijo el príncipe Bahaman, despues de haberla escuchado, ya sabes que nuestros deseos son los tuyos, y puesto que anhelas el poseer esas tres preciosidades, y que esa buena mujer te ha indicado el sitio en donde se hallan , mañana mismo voy á emprender la marcha para ir á buscarlas. » — El príncipe Perviz hizo entonces presente á su hermano que siendo el jefe de la familia no convenia que fuese él mismo á correr los riesgos de ese viaje ; que debia quedarse con su hermana, y que á él era á quien correspondia el ir á buscar el pájaro, el árbol y el agua. Sin embargo, todas sus reflexiones y las de la princesa Parizada fueron vanas, y aquel dia lo pasaron los tres hermanos haciendo los preparativos del viaje.

Á la mañana siguiente , el príncipe Bahaman montó en un brioso caballo armado de punta en blanco, y al despedirse de sus hermanos, que aun insistian para que no hiciese aquel viaje, les dijo, despues de abrazarlos tiernamente : — « Es inútil cuanto me digáis porque no desistiré de mi proyecto, y espero que no me sucederá ningun accidente desagradable y que volveré bueno y sano ; pero como no pueden preverse todos los acontecimientos que puedan ocurrirme, para que sepáis si vivo ó muero, voy á dejaros este puñal ; toma, hermana, dijo, alargándoselo metido en su vaina ; de vez en cuando sácalo de la vaina. Miéntras que veas que la hoja está limpia y brillante, es señal de que estoy bueno y sano ; pero si algun dia ves que la hoja está empañada y chorrea sangre, eso indicará que he dejado de existir. » Enseguida picó de espuelas y emprendió su marcha á trote largo siguiendo rectamente la carretera segun las señas que la princesa Parizada le había indicado.

Al cabo de veinte dias de marcha, sin haberse detenido en ninguna parte, llegó á los confines de la Persia cerca de una montaña, y mirando á derecha é izquierda descubrió á su falda no léjos de la calzada, sentado á la sombra de un árbol, un hombre muy anciano cuyas cejas y bigote le cubrian toda la cara; la barba le llegaba hasta el suelo, y los cabellos le arrastraban. Tenía cubierto el cuerpo con una especie de saco hecho de estera, y sobre la cabeza un sombrero de paja muy grande cuyas alas á manera de parasol le caian por los lados. Este anciano era un santon musulman que se había retirado del mundo hacia muchos años, y vivia solitario en aquel paraje, ocupado en alabar á Dios y en hacer penitencia. El príncipe, siguiendo las instrucciones que su hermana Parizada le había dado, se apeó del caballo, y acercándose al dervis le saludó cortesmente. El dervis le contestó, pero el príncipe no pudo entender ni una sola palabra. — « Buen dervis, le dijo entonces, veo que vuestras cejas y vuestro bigote os cubren de tal manera el rostro, que os impiden hasta el habla, si me lo permitís os los arreglaré, y os despejaré

los ojos y la boca. » El dervis no contestó, pero tampoco opuso resistencia, y el príncipe Bahaman, sacando unas tijeras del estuche que llevaba, le cortó el bigote y las cejas, y apareció el rostro del buen hombre fresco y sonrosado: — « Mi buen padre, le dijo entonces el príncipe



sabed que yo vengo de muy lejos en busca de un pájaro que habla, de un árbol que canta y de una agua dorada.

Me han dicho que esas tres cosas maravillosas están por estas inmediaciones ; y como creo que vos no ignoráis en dónde se hallan, os ruego que me indiquéis el camino que debo seguir para encontrarlas y no extraviarme. » Al oír estas palabras, al dervis se le cambió el color y no respondió nada ; pero el príncipe Bahaman volvió á insistir para que le dijera lo que le preguntaba. En vista de esta insistencia le contestó el anciano : — « Conozco el camino que deseáis saber, pero la simpatía que me inspiráis; y el agradecimiento que os debo por el servicio que acabáis de prestarme me hacen vacilar el complaceros, porque quisiera evitaros los grandes riesgos que corre vuestra vida, empeñándoos en seguir vuestro camino, y yo desearía mejor que os volvieseis á vuestra casa. Sabed que otros caballeros que no tenian menor valor del que vos demostráis, despreciando mis consejos, emprendieron la conquista de esas tres maravillas que buscáis, pero ni uno de ellos ha vuelto, y todos perecieron. Así, reflexionadlo bien, y no seáis temerario. — Sean los que quieran los riesgos que haya que correr, le replicó el príncipe, estoy decidido á arrostrarlos. — Pues en ese caso, ya que no queréis escucharme, le dijo el anciano, tomad esta bola ; cuando estéis á caballo echadla á rodar, seguidla y no os paréis hasta que ella se pare. Entonces os apareceréis, dejaréis en aquel sitio vuestro caballo, y emprenderéis á pié la subida de una montaña. Si conseguís llegar hasta la cumbre bueno y sano, cosa que lo dudo, allí encontrareis el pájaro que habla, encerrado en una jaula; tomadlo, y él os dirá en dónde están el árbol que canta y el agua dorada. Tan pronto como empezaréis á subir tendréis que luchar con una multitud de enemigos invisibles, que os injuriarán, os provocarán, os amenazarán y harán todo lo posible para impediros el subir hasta la cumbre : no os acobardéis, continuad impávido vuestra marcha, pero guardaos de mirar atrás, porque en el momento en que volváis la cabeza, quedareis convertido en piedra negra, como lo han sido los infinitos caballeros que os han precedido. Á otros muchos mas peligros estáis expuesto, de los que no os

quiero hablar para no desanimáros, volviendo á repetiros que haríais mucho mejor en regresar á vuestra casa, que no en proseguir una empresa tan llena de riesgos y peligro. »

— El príncipe Bahaman dió gracias al buen dervis por sus consejos y advertencias pero, decidido como estaba á llevar



adelante su proyecto, montó á caballo, cogió la bola que le dió el anciano y la echó al suelo. La bola empezó á rodar

con tanta velocidad que el príncipe tuvo que seguir corriendo á escape, para no perderla de vista hasta que al fin se paró al pie de una montaña árida y escarpada, cubierta de piedras negras. El príncipe se apeó, echó las riendas sobre el cuello de su caballo, y empezó á subirla: apénas había dado algunos pasos, cuando oyó á su alrededor y muy cerca de sí una multitud de voces que decian: — « ; Adónde va ese mancebo atolondrado ? — ¿Qué viene á buscar aquí ese necio orgulloso ? — ¡No le dejéis pasar ! gritaban otras voces. — ¡Matadle ! ¡cortadle las piernas ! — ¡Vean al currutaco presuntuoso que piensa que no hay mas que alargar la mano para coger el pájaro que habla, el agua de oro y el árbol del concierto ! » — Á pesar de estas voces y otras muchas que no repetimos, seguia subiendo la montaña; pero segun iba adelantando en su camino la gritería iba tambien en aumento, de modo que al llegar á cierta altura, las amenazas, los dichterios, las risotadas y la befa llegaron á tal extremo que le hicieron titubear y perder el aliento; se aturdió y le empezaron á flaquerar las piernas; entonces olvidando la recomendacion del dervis se volvió para retirarse y bajar la montaña corriendo, mas apénas había vuelto la cabeza cuando se halló convertido en piedra negra, lo mismo que su caballo.

La princesa Parizada que, desde la partida del príncipe Bahaman, llevaba sujeto á la cintura el puñal que aquel le dió al partir, y lo desenvainaba muchas veces al dia, se quedó muda y aterrorizada, cuando al desenvainarlo por última vez, el dia vigésimo por la tarde, vió que la hoja, tersa y limpia hasta entonces, estaba chorreando sangre. Á los gemidos y lamentos que dió al recibir por este medio la noticia de la muerte del príncipe Bahaman, acudió su hermano el príncipe Perviz que no se quedó menos aterrorizado y afligido que la princesa al ver el puñal ensangrentado. Aquella se lamentaba amargamente de haber sido ella la causa de la muerte del príncipe, y le pesaba mil veces de haber hablado de lo que la beata musulmana le dijo, y, sobre todo, de haber manifestado el capricho de poseer aquellas tres maravillas. El príncipe

Perviz, sin dejar de sentir tanto como su hermana la muerte del príncipe Bahaman á quien amaba tiernamente, dejando á un lado lamentaciones inútiles, se resolvió en el acto á ir á vengar la muerte de su hermano, y conquistar al mismo tiempo los tres objetos portentosos ansiados por su hermana Parizada, sin que las súplicas y las lágrimas de esta consiguiesen el hacerle desistir de su resolución. En seguida, hizo sus preparativos de viaje, y al despedirse de su hermana le entregó un espejo y le dijo : — « Mira todos los días este espejo, y me verás en él mientras esté vivo; cuando dejes de verme, será señal de que he muerto. » No repetiremos lo que ántes hemos referido, limitándonos á decir que el príncipe Perviz siguió el mismo camino que su hermano Bahaman, que encontró al dervis en el mismo sitio, que este trató de disuadirle de proseguir su camino, y que por último, no logrando convencerle, le dió los mismos consejos é hizo las mismas advertencias, y le entregó otra bolla para que le sirviese de guía.

El jóven príncipe llegó á la falda de la montaña encantada, se apeó y empezó á subirla. Apénas había andado unos cien pasos, cuando oyó detrás de sí y á corta distancia una voz que le gritaba : — « Aguarda, petulante mancebo, que allá voy á castigar como mereces tu osadía. » Este insulto le causó una impresión tan viva que le hizo olvidarse de las advertencias y consejos del anciano dervis. Arrebatado por la ira, desenvainó su alfanje y se volvió con ánimo de arrojarse sobre el insolente que le insultaba de aquella manera y vengar su afrenta; pero, sin tener tiempo de ver que nadie le seguía, quedaron metamorfosados en piedras negras él y su caballo.

En el mismo momento en que se obraba esta metamorfosis, la princesa Parizada estaba mirando el espejo en el que aparecía brillante y luminosa la gallarda imagen del príncipe, cuando esta imagen desapareció de repente volviéndose opaco el espejo. La princesa dió un grito, el espejo se le escapó de las manos, y se hizo mil pedazos al caer al suelo. Siendo este un síntoma que le anunciaba

la muerte de su segundo hermano, la joven princesa no vaciló en llevar á cabo un proyecto que había meditado, en el caso que sucediese esta desgracia. En vez de entregarse á los transportes de dolor que le causaban la muerte de sus dos hermanos, y de pasar el tiempo en derramar lágrimas inútiles que no los resucitarian, se ocupó inmediatamente en hacer los preparativos para el viaje que se había propuesto emprender á fin de averiguar cómo y de qué manera habían perecido aquellos, recoger sus restos mortales, vengarlos si era posible, y ver al mismo tiempo si ella podía obtener lo que sus dos hermanos no habían conseguido ; empresas todas bien difíciles ; pero, cuando una mujer se propone con voluntad decidida el conseguir ó el hacer una cosa cualquiera, ¿hay nada que le haga desistir de su empeño ?... Al dia siguiente, vistiéndose con un traje de caballero, y armada como un guerrero, despues de haber encargado del gobierno de la casa á su nodriza y dicho á sus esclavos que volveria dentro de pocos dias, montó en un brioso caballo, y emprendió su marcha por el mismo camino que sus hermanos habian seguido.

Á los veinte dias de marcha encontró al anciano dervis en el mismo sitio, y le dijo cuál era el objeto de su venida. El dervis que, á pesar de su disfraz, conoció que era mujer, le dijo : — « Señora, si me admira vuestro esfuerzo varonil no por eso me causa ménos interes y compasion el veros empeñada en una empresa tan ardua en la que han perecido tantos valientes caballeros, y últimamente vuestros dos hermanos, los cuales transformados en piedra solo podrian volver á recobrar su ser primitivo haciéndoos dueña del pájaro maravilloso cuya conquista la veo para vos imposible. — Imposible ó fácil, le replicó la princesa, ahora que sé del modo que mis hermanos han perecido, y en dónde se hallan, y que vos me decís que haciéndome dueña del pájaro que habla podria restituirles la vida, eso solo bastaria para decidirme á emprender su conquista, si no estuviese ya bien decidida. Así os ruego, buen padre, que me expliquéis en qué consisten los peligros que tengo que afrontar para conseguir mi objeto, y

que me indiquéis el camino que debo seguir para llegar á la montaña de las piedras negras. » — El dervis le hizo



las mismas explicaciones que había hecho a sus hermanos y á cuantos los habían precedido y le dió los mismos consejos. Despues de haberle oido atentamente, la princesa le preguntó si no podria evitarse el oír las amenazas é insultos de esos enemigos invisibles por medio de algun artificio, como, por ejemplo, tapándose bien los oídos. — « Señora, no lo sé, le contestó el anciano anacoreta, é

ignoro si algun caballero ha empleado ese artificio ; solo puedo deciros que de todos cuantos he visto marchar á esa conquista, no he visto volver á ninguno. Podéis ensayar ese medio, si gustáis, pero yo os aconsejo que lo mas prudente y lo mejor es el que os volváis por donde habéis venido y no os expongáis á perder la vida. » Las amonestaciones del anciano fueron inútiles. La princesa tomó la bola que este le entregó, le dió las gracias por todo, montó á caballo y no se apeó hasta llegar á la falda de la montaña adonde la bola la condujo. Abandonando lasbridas del caballo, sacó unos algodones que llevaba prevenidos y se llenó bien los oídos con ellos, y tomada esta precaucion emprendió la subida de la montaña con ánimo esforzado, bien decidida á no hacer caso de cuanto pudiera oir, ni, sobre todo, á retroceder ni volver la cabeza.

En cuanto dió los primeros pasos empezó una furibunda gritería, insultos y chocarrerías alusivas á su sexo y al traje que vestia. Algunas de estas palabras llegaba á percibir la princesa, pero no por eso se detenia en su marcha. — « Injuriadme cuanto queráis, decid cuanto se os ocurra, y amenazadme á vuestro placer, exclamaba, que ni vuestros insultos me ofenden, ni vuestras amenazas me intimidan, » y proseguia su camino. No sin fatiga y angustia llegó, al fin, á la cresta de la montaña que era una gran planicie en cuyo centro habia un árbol muy frondoso, y colgada de una de sus ramas una jaula de oro guarneциda de perlas, esmeraldas y rubíes, y encerrado en ella un hermosísimo pájaro con un penacho en la cabeza y un plumaje de colores vivos y relucientes visos. Al llegar á aquel paraje redoblaron los insultos, las amenazas y la gritería, y hasta el pájaro mismo se unió á los enemigos invisibles y gritó con voz aguda y fuerte muy superior á lo que debia esperarse de su tamaño : — « ¡Retírate, no te acerques á mí, si en algo estimas tu vida ! » Léjos de intimidarse con semejantes amenazas que la princesa oyó perfectamente, tan luego como se halló en la planicie de la cumbre y divisó la jaula, redobló el paso y poniendo

la mano encima exclamó : — « ¡Pájaro hablador, eres mi prisionero ! ahora que te tengo en mi poder no te dejaré en mi vida. » En el acto cesaron todas las voces y reinó el mas profundo silencio, y miéntras que la animosa princesa Parizada se destapaba los oídos, cambiando el pájaro de voz le dijo : — « Señora, no os deis por agravuada de que haya unido mi voz á las de los que os injuriaban y amenazaban para impediros el llegar á este sitio, y defenderme al mismo tiempo, porque, aunque encerrado en esta jaula, me hallo muy bien avenido con mi suerte ; pero ya que esta es la de ser toda mi vida esclavo, prefiero el serlo de una *princesa* tan animosa como vos, mas bien que de otro cualquiera. Así, os juro fidelidad y obediencia desde este momento. Sé quién sois mejor que vos misma, y un dia vendrá en que os lo probaré. Ahora no tenéis mas que decirme lo que deseáis, y os daré pruebas de mi sinceridad, obedeciéndoos al momento. »

Absorta se quedó la princesa al oir expresarse al maravilloso pájaro de esta manera, pues nunca se había imaginado un prodigo de esta naturaleza. No dejó de llamarle la atencion el que le diese el nombre de « *princesa* », pero lo atribuyó á una lisonja del pájaro, y para probar si su sumision y ofrecimientos eran sinceros : — « Pájaro pinto, le dijo, puesto que te manifiestas tan servicial y deseoso de complacerme, deseo que me indiques los sitios en que están un árbol que canta y una fuente de agua de oro. » El pájaro le contestó : — « El árbol lo hallaréis en ese bosque que veis á mano derecha, no lejos de aquí ; y la fuente detras de aquella peña que se descubre á mano izquierda. Mas como no podéis llevarlos, como á mí, el árbol, ni la fuente, os bastará, añadió, el que cortéis una rama del árbol, y llenéis un frasco con el agua dorada. La rama, que plantaréis en vuestro jardín, prenderá, se arraigará al momento, y se hará un árbol muy frondoso en poco tiempo, y tan armonioso como el árbol de que procede ; y el agua del frasco derramada en un estanque hará brotar un chorro de agua semejante que llegará hasta el cielo. » La princesa se dirigió á los sitios que el pájaro

le indicó, halló en el bosque el árbol, y al pie de la roca la fuente, y volvió con la rama y el frasco lleno de agua.

« Esto no me basta, le dijo en seguida al pájaro, tú has sido la causa de la muerte de mis hermanos transformados en piedra, quiero que me digas lo que debo hacer para que recuperen su estado primitivo. » — El pájaro



estuvo algo reacio para responder, pero habiendo vuelto a insistir la princesa, recordándole la fidelidad y obediencia

que acababa de prometerle, al fin le dijo : — « Soy vuestro esclavo, y es preciso obedeceros. Id al pie de aquella roca en frente de la fuente, allí veréis una gruta : entrad dentro y hallaréis una gran vasija llena de agua ; tomad esa vasija y derramad el agua que contiene sobre las piedras negras. » — Sin soltar la jaula de la mano, la princesa fué á la gruta, encontró una especie de grande regadera llena de agua y empezó á bajar la montaña provista con la rama del árbol filarmónico y el frasco de agua de oro, llevando en una mano la jaula y en otra la regadera.

Según iba encontrando las piedras negras derramaba sobre ellas un poco del agua misteriosa, y en el momento la piedra se transformaba en un caballero ó en un caballo que se ponían detrás de ella y la iban siguiendo. Cuando les llegó el turno á sus hermanos Bahaman y Perviz, estos al momento reconocieron á la princesa y vinieron á abrazarla.— « ¿Qué hacíais aquí? les preguntó la princesa.

— Estábamos durmiendo, le contestaron ellos. — Si yo no hubiera venido á despertarlos, les replicó la princesa, vuestro sueño habría sido eterno. » Luego que acabó de rociar todas las piedras negras, los caballeros vueltos á la vida, que eran más de quinientos, rodearon á la princesa, se prosternaron ante ella para darle las gracias por el beneficio que les había hecho, y le dijeron que dispusiera de ellos como de sus esclavos, declarándose todos dispuestos á servirla y obedecerla. La princesa les dió las gracias por sus ofrecimientos y les dijo : — « No es á mí, señores, á quienes debéis el haber vuelto á la vida, sino á la virtud del agua prodigiosa que esta vasija contenía. Sabed que estábais convertidos en piedras negras, y que el pájaro que veis aquí en esta jaula de oro, que es esclavo mío, y habla como nosotros, es el que me ha indicado lo que debía de hacer para volveros á la vida. Pero, señores, añadió, ya nada tenemos que hacer en este sitio ; montemos á caballo y volvámonos á nuestras casas. » Todos los caballeros, incluso sus hermanos, conocieron que, á pesar de su modestia, á ella era á quien eran deudores de haber sido desencantados, y volvieron nuevamente á darle

las mas rendidas gracias, á repetir sus ofrecimientos y á felicitarla por la conquista que habia hecho de las tres



maravillas que ellos habian venido tambien á buscar con un éxito tan desgraciado. En seguida, siguiendo el ejemplo de la princesa, montaron á caballo y le rogaron que se pusiese á su frente, y que ellos la seguirian y escoltarian hasta llegar á su palacio. Cuando pasaron por el sitio en que estaba el dervis, le encontraron muerto, sin saber si

su muerte había sido un efecto natural de sus muchos años, ó bien porque, habiendo conquistado el pájaro pinto que habla, la rama del árbol que canta, y el frasco de agua dorada, su presencia en aquel lugar ya no era necesaria para indicar á los caballeros aventureros el camino para subir á la montaña encantada.

La princesa Parizada y sus hermanos llegaron sin novedad á su quinta adonde se despidieron todos los caballeros que la habían escoltado, después de haberle renovado sus gracias. Colocó la jaula con el pájaro Bulbuzar en el salón principal, cuyas ventanas daban á los jardines y al parque, y en cuanto empezó á cantar acudieron todos los ruiseñores, las alondras, los mirlos, los jilgueros y otra multitud de avecillas que con sus trinos y gorjeos alegraban el aire. La rama del árbol filarmónico la plantó ella misma en un sitio escogido del jardín, y echó raíces al instante, de modo que al cabo de poco tiempo se hizo un árbol frondoso y corpulento, y sus hojas eran otros tantos tiples, soprano, bajos y contraltos, cuyo conjunto armonizado formaba un concierto de voces delicioso y admirable. Á la entrada del parque mandó construir una concha y pilón de alabastro, derramó en ellos el agua del frasco, é inmediatamente saltó un chorro caudaloso de agua dorada que se elevó á una altura prodigiosa que la vista no alcanzaba á distinguir.

Luego que los príncipes Bahaman y Perviz descansaron de las fatigas del viaje, volvieron á continuar la vida que hacían ántes, siendo su recreo favorito el de la caza. Un dia que habían ido á cazar á un bosque muy lejano poblado de osos, leones, panteras, tigres y leopardos, se encontraron con el sultán de Persia que estaba cazando tambien en aquellos parajes. Al verle llegar se apcaron y se postraron en tierra para saludarle. El sultán les mandó levantar y se paró á examinarlos con la mayor atencion : su gallardía y su aire distinguido le llamaron la atencion y les preguntó quiénes eran, y lo que hacían en aquellos sitios. El príncipe Bahaman le dijo : — « Señor, somos hijos del último intendente de Vuestra Majes-

tad, y vivimos en una quinta que mandó construir poco ántes de morir. Como pensamos servir en los ejércitos de Vuestra Majestad cuando nuestra edad nos lo permita, nos ejercitamos en la caza combatiendo á las fieras, para aprender á combatir mejor á los enemigos de Vuestra Majestad. » Sin saber por qué, el sultan Kosru Shah se sintió atraido hacia aquellos jóvenes, y deseoso de saber si su valor correspondia á lo que su presencia demostraba, les dijo que tendria gusto en ver cómo cazaban. Los príncipes, entonces, despues de haber saludado y tomado la vénia del sultan, montaron á caballo y se unieron á los otros cazadores que le acompañaban. No tardaron en presentarse un oso colosal y un leon formidable, y lanzándose sin titubear el príncipe Bahaman sobre el leon, y sobre el oso el príncipe Perviz, despues de una lucha encarnizada en la que ambos hermanos dieron pruebas de un valor y de una destreza admirables, las dos fieras quedaron muertas á los piés de los caballos con admiracion y aplauso del sultan y de los cortesanos.

Apénas acababan de espirar las dos fieras, cuando se presentaron una pantera y un leopardo, los cuales, atacados por los dos hermanos, no tardaron en yacer por tierra exánimes — « ¡Basta, basta! exclamó entonces el sultan, no quiero que sigáis cazando, porque si os dejara creo que bien pronto dariais fin con toda la caza de este bosque. Ademas que, despues de lo que acabo de veros hacer, estimo vuestras vidas en el mas alto grado, y deseo que vuestro valor se emplee en combatir, no á las fieras de este bosque, sino á los enemigos de mis Estados. Deseo veros en mi corte, añadió, y mañana que volveré á cazar á este mismo bosque, hallaos aquí, y me acompañaréis. » Los príncipes le dieron al sultan las mas rendidas gracias por el distinguido honor que les hacía, y se despidieron de él. Por la noche contaron á la princesa Parizada el encuentro que habian tenido en la caza, y los deseos que había manifestado el sultan Kosru Shah de llevárselos á la corte, añadiendo que ellos por su parte no estaban muy decididos á seguirle y á separarse de ella. La princesa les contestó

que, en efecto, el separarse de ellos sería una desgracia para ella, pero que no veía modo de evitarla, porque si bien la benevolencia que les había mostrado el sultán podía serles muy ventajosa; el oponerse á su voluntad era sumamente peligroso, porque los soberanos no sufren con paciencia el que se contrarién sus caprichos: así, era de parecer que al dia siguiente se encontrasen en el punto que les había indicado: « Pero, esperad, añadió, vamos á consultar al pájaro Bulbuzar, y veremos lo que nos dice. » La princesa Parizada y sus hermanos pasaron al salón en que estaba la jaula y aquella le dijo: — « Pájaro pinto, el sultán Kosru Shah desea llevarse á la corte á mis hermanos; pero, como nos queremos tanto, me temo que el acendrado cariño que nos tenemos no sufra menoscabo con esta separación, y si hubiera algún medio de evitarla sin que el sultán se ofendiese, nos alegraríamos infinito el saberlo: ¿ qué te parece, pajarito? — Es necesario y conveniente que vuestros hermanos acompañen al sultán á la corte, respondió Bulbuzar. Esta separación, lejos de entibiar vuestro cariño, lo aumentará, y todo redundará en beneficio vuestro. » Al dia siguiente los príncipes Bahaman y Perviz se hallaron en el cazadero, y el sultán así que los vió les preguntó si estaban dispuestos á seguirle, á lo cual le respondieron que no tenían mas voluntad que la suya, y que su único deseo era el complacerle.

El sultán Kosru Shah que había pasado toda la noche pensando en los príncipes hacía los que se sentía atraído por un afecto incomprendible, y que había vuelto al cacerío mas bien por llevárselos consigo que por cazar, regresó á la ciudad mucho mas temprano que lo acostumbrado, y entró en ella muy de dia llevando á los dos jóvenes á su derecha é izquierda, no sin grande envidia de los cortesanos, y sobre todo del gran visir, muy incomodado de verse así puesto. Los habitantes de la ciudad, al ver pasar al sultán en medio de aquellos dos tan apuestos mancebos, se preguntaban entre sí, quiénes eran. — « Ojalá tuviera nuestro sultán dos príncipes tan gallardos como estos dos jóvenes, decían los unos. — Bien pudiera

tenerlos, respondian los otros, si la sultana infeliz que está padeciendo há tanto tiempo no hubiera sido tan desgraciada en sus partos. »

Cuando llegaron á palacio, el sultan, por tener el gusto



de conversar mas tiempo con ellos y enterarse si eran tan instruidos como valientes, y si tenian tanto ingenio como valor, hizo que se sentaran á su mesa, y despues del ban-

quete los obsequió con un concierto vocal é instrumental, y luego con bailes y otros pasatiempos. Durante la comida, le dijeron los príncipes : — « Señor, estamos tan confusos de la honra que nos dispensa que no sabemos cómo mostrarle nuestro agradecimiento. Si alguno de los días que Vuestra Majestad va á caza por aquellos sitios en que hemos tenido la dicha de encontrarle, se dignase honrarnos viniendo á descansar á nuestra quinta algunos momentos, haríamos ver á Vuestra Majestad tres cosas maravillosas que quizas nunca haya visto, á pesar de su grandeza ; todas ellas conquistadas por nuestra hermana Parizada. Estas tres maravillas son, señor, un pájaro que habla, un árbol que canta, y un chorro de agua de oro que sube hasta las regiones del cielo. » El sultan les contestó. — « Acepto con mucho gusto el convite que me hacéis, y os prometo ir á descansar á vuestra casa dentro de tres días, no solo por ver esas cosas maravillosas de que acabáis de hablarme, sino tambien, ya que me decís que tenéis una hermana que es la que las ha conquistado, por tener el placer de conocer y ver á esa heroína. »

Impaciente estuvo el sultan durante esos días, porque una inclinacion irresistible le atraía hacia los príncipes. Estos así que regresaron á su casa anunciaron á su hermana Parizada la próxima visita que el sultan había ofrecido hacerles.—« En ese caso, dijo la princesa, es preciso preparar algun pequeño banquete para obsequiarle. Bueno será, añadió, que consultemos al pájaro pinto para que nos diga qué plato de gusto podremos ofrecerle. » La princesa fué en seguida á decir al pájaro hablador, que debiendo venir el sultan á hacerle una visita, querria saber qué manjares le serian mas agradables, pues deseaba ofrecerle, como era regular, un banquete. El pájaro le contestó : « Ama y señora mia, mandad á vuestro cocinero que prepare unos calabacines rellenos con perlas. — ¡Dios mio ! exclamó la princesa, ¡calabacines con relleno de perlas ! Pájaro, tú no sabes lo que tu dices. Ese es un relleno que nunca se ha visto. Ademas, ¿ adónde se han de encontrar todas las perlas que se necesitan para pre-

parar un plato de esa naturaleza ? — Yo sé perfectamente lo que digo, le replicó Bulbuzar, y no os inquietéis por no tener todas las perlas necesarias para hacer el relleno. Mañana ántes que salga el sol, id al parque con vuestro jardinero : contad siete árboles empezando por el que está al entrar, á la izquierda del camino, y al llegar al séptimo mandadle abrir un hoyo alrededor hasta que se descubran las raíces. Cuando el árbol descarnado haya caido al suelo veréis una caja de aloés chapeada con placas de oro. Tomadla, y dentro encontraréis mas perlas de las que se necesitan para el relleno. Haced lo que os digo, y ya veréis como todo resulta en beneficio vuestro. » Llena de confianza en las palabras del pájaro pinto, la princesa Parizada, sin decir nada á sus hermanos, se levantó muy de madrugada é hizo cuanto aquél le había dicho. El árbol cayó al suelo y, en efecto, apareció la caja llena de perlas gruesas, redondas y hermosísimas cual nunca había visto. En seguida mandó venir al cocinero, el cual, al recibir la órden de llenar calabacines con perlas, creyó que su ama había perdido el juicio ; pero no se atrevió á replicar. Cogió la caja con las perlas y rellenó con ellas los calabacines.

Miéntras tanto, los príncipes Bahaman y Perviz habían salido para el apostadero á fin de recibir al sultán cuando llegase al cacerío. Á la hora acostumbrada llegó el sultán con toda su comitiva, y después de haber cazado durante algunas horas, acompañado por los príncipes, se dirigió á la quinta de estos á cuya entrada salió á recibirla la princesa Parizada, la cual se prosternó hasta el suelo, saludándole y dándole la bienvenida. El sultán le mandó levantarse y al ver su deslumbradora hermosura : — « La hermana, le dijo, es digna de sus hermanos, » cuyo cumplido hizo sonroscar el rostro de la princesa y aumentar su belleza. Despues de unos cuantos minutos de descanso y tomado un ligero refresco, el sultán quiso ver la casa y los jardines, y la princesa se encargó de hacerle los honores de ella. Grande fué la admiración del sultán al ver el chorro de agua de oro elevándose á una altura que

no alcanzaba la vista, pero fué mayor todavía al acercarse al árbol cantor y oír su melodioso concierto. « ¿En dónde están los artistas que cantan tan admirablemente? exclamó, ¿están en el aire ó debajo de tierra? — Señor, le contestó la princesa, los cantores y músicos son las hojas de ese árbol que tenéis enfrente. Acercaos un poco más á él y hallaréis la prueba de lo que os digo. » Despues de haber admirado estos dos prodigios, volvió á la casa y entró en el salon en que se hallaba preparada la mesa para el banquete y en donde la princesa había llevado la jaula con el pájaro pinto. El salon se hallaba lleno de rui-señores, de jilgueros, de mirlos y de otras innumerables avecillas que acompañaban con sus respectivos cantos los trinos y gorjeos del pájaro enjaulado. Mucha fué la extrañeza del sultan al ver tanto pájaro reunido en aquel sitio.—« Vienen á acompañar á mi esclavo y hacer coro á sus trinos, le dijo la princesa, señalándole el pájaro hablador: Bulbuzar, añadió, aquí está Su Majestad el sultan, salúdale como corresponde y dale la bienvenida. El pájaro cesó de cantar, y batiendo ligeramente las alas exclamó: — « ¡Colme Dios de prosperidades al sultan Kosru Shah y prolongue los días de su vida! ; Sea su venida á esta casa un motivo de felicidad para él y para sus hijos; » Extático se quedó el sultan al oír hablar al pájaro de esta manera.

« Páa ro admirable, le contestó, te doy las gracias por tus buenos deseos. Te saludo yo tambien como al rey y al sultan, por tu hermosura y saber, de todos los pájaros del universo. » Y dirigiéndose á la princesa le dijo: — « Hermosa jóven, ¿quién os ha regalado, ó en dónde ó cómo habéis adquirido estas tres maravillas? No extraño que no echéis de ménos la ciudad, ni la corte, y que prefiriáis vivir en esta quinta que es un verdadero paraíso. — Señor, le contestó la princesa, puesto que lo deseáis saber, os referiré despues de comer en dónde y cómo he conquistado el pájaro hablador, el árbol del concierto, y el agua de oro; miéntras tanto, os ruego que os dignéis aceptar un modesto banquete. » El sultan hizo un ademan de aquiescencia, y se sentó á la mesa no léjos del

sitio en que estaba la jaula con el pájaro, el cual continuaba cantando, acompañado por todos sus compañeros.



Al segundo servicio presentaron al sultán el plato con los calabacines rellenos. Al verlos exclamó : — « Habéis adivinado cuál es mi plato favorito ; » tomó uno, y al abrirlo se encontró con que el relleno era de perlas finas. — « ¡Qué es esto ! exclamó, las perlas no se comen,

extraño mucho semejante relleno, » y miró alternativamente á los príncipes y á la princesa como para preguntarles qué significaba aquello. El pájaro Bulbuzar cesó de cantar entonces, y tambien cesaron los demas pajarillos, y volviéndose hacia el sultan le dijo en voz clara é inteligible : — « Sultan Kosru, Vuestra Majestad encuentra extraño el que le presenten un relleno de perlas, y no encontró extraordinario el que la sultana vuestra esposa diese á luz un perro, un gato y un trozo de carne corrompida, y creyó fácilmente lo que le dijeron. » Al oir estas palabras del pájaro el sultan se estremeció y cambió de color. — « Lo creí, respondió, porque las dos parteras que la asistían me lo aseguraron y me presentaron los fetos. — Pues sabed que os engañaron indignamente, le replicó el pájaro. Esas dos parteras eran las hermanas de la sultana que, envidiosas de la suerte y grandeza de su hermana menor y de verse pospuestas á ella, quisieron vengarse abusando de vuestra credulidad, y arrojando al canal á los príncipes hijos vuestros que dió á luz la sultana, los cuales habrian perecido, como ellas lo han creido, si la Providencia no hubiera velado sobre ellos. » Al oir esto, el sultan se levantó azorado de la mesa. — « ¡ Y qué ha sido de mis hijos ! exclamó acercándose á la jaula ; en dónde están ? ; dímelo si lo sabes, pájaro divino ! — Ahí los tenéis en vuestra presencia. El príncipe Bahaman y el príncipe Perviz son vuestros hijos, le respondió el pájaro, y la princesa Parizada es vuestra hija, recogidos los tres por vuestro antiguo intendente que los hizo criar, los adoptó por hijos y los educó con esmero. Mandaos prender á las hermanas de la sultana, y ellas os confesarán su crimen tres veces repetido. »

Si las palabras del pájaro causaron admiracion al sultan, no fué ménos la de los príncipes al saber que su padre era el sultan. Este, arrebatado de júbilo, exclamó : — « Mi corazon me impulsa á creer como cierto lo que acabas de decirme ; ahora comprendo esa inclinacion irresistible que me atraía hacia vosotros desde el momento que os vi. ¡ Hijos mios, añadió, abriendo sus brazos, venid á que yo

estreche vuestros pechos contra el mio ! » — Los tres príncipes se levantaron profundamente conmovidos, y se arrojaron en brazos del sultan derramando los cuatro lágrimas de gozo y enternecimiento. — « Hijos mios, dijo el sultan luego que se acabó la comida, marcho á hacer justicia y desagraviar á vuestra madre, y mañana volveré aquí con ella. ¡ Disponeos para recibirla ! » Inmediatamente montó á caballo y seguido por los cortesanos que le acompañaban, no menos sorprendidos y regocijados del suceso, así que llegó á la ciudad, sin entrar en palacio, se dirigió á la mezquita á cuya puerta vegetaba encerrada en su covacha la infeliz sultana : se apeó, y tomándole la mano la sacó él mismo de su encierro ; luego hincando delante de ella la rodilla le pidió perdón por la injusticia con que la había tratado, en presencia del inmenso gentío que se había reunido, el cual cuando llegó á saber lo que motivaba aquella escena, prorumpió en entusiastas vivas al sultan, á la sultana y á los príncipes. Miéntras tanto, el sultan había dado órden al gran visir para que prendiese á las dos hermanas envidiosas, que se les formase en el acto la sumaria y se las impusiese el castigo que sus crímenes merecian. El gran visir se dió prisa en ejecutar las órdenes recibidas : cuando se vieron presas, confesaron plenamente las sustituciones hechas y los infanticidios, y el consejo las condenó á ser descuartizadas vivas. Este terrible castigo fué ejecutado al dia siguiente con aplauso del pueblo cuando supo la causa por que se les imponía.

La sultana fué conducida á palacio en medio de las aclamaciones de las innumerables gentes, que acudian á verla, y al dia siguiente, el sultan y ella, acompañados por toda su corte, se trasladaron á la quinta en donde estaban esperando para recibirlos los dos príncipes y la princesa. — « Ahí tenéis á vuestros hijos, dijo el sultan á su esposa, abrazadlos con la misma ternura con que yo lo he hecho, porque son dignos de nuestro cariño. » Aun cuando la sultana estaba tambien creida que no había tenido hijos, no por eso dejó de conmoverse su corazon maternal á la vista de los príncipes, los cuales por su

parte se sintieron tambien enternecidos á la vista de su verdadera madre, porque en unos y otra la sangre hacia sentir su influencia.



Despues de un suntuoso banquete preparado por la princesa Pariizada en el que tomaron parte todos los cortesanos que acompañaban al sultan, volvieron á emprender todos reunidos la marcha para la capital. Los príncipes Bahaman y Perviz marchaban á derecha é izquierda

del sultán, cuyo rostro rebosaba satisfacción y alegría; detrás venía la sultana llevando á su lado á la princesa Parizada cargada con la jaula en que iba su esclavo el pájaro Bulbuzar, el cual no cesaba de cantar de una manera admirable, seguido y acompañado por todos los pajarillos de los bosques inmediatos, los cuales, posándose sobre los árboles del camino, y sobre los aleros de los tejados de las casas, unían sus gorjeos del canto al pájaro pinto.

Todos los habitantes de la ciudad habían salido fuera á recibir al sultán, y al verle acompañado de unos príncipes tan gallardos, y á la sultana llevando á su lado á una princesa tan hermosa, prorumpieron en vivas entusiastas y aclamaciones frenéticas, sembrando de flores y de arbustos las calles por donde debía pasar la comitiva.

El sultán reconoció públicamente por hijos suyos y de la sultana á los dos príncipes Bahaman y Perviz y á la princesa Parizada. Con este motivo hubo grandes fiestas y regocijos en palacio, en la ciudad y en todo el reino. El sultán Kosru Shah vivió largos años muy feliz, y cuando falleció de viejo, subió al trono el príncipe Bahaman, el cual cedió una parte de sus Estados á su querido hermano el príncipe Perviz. La princesa Parizada hizo un brillante casamiento con el rey de un Estado poderoso, vecino del imperio de Persia, y la dinastía de estos tres príncipes se conserva todavía. Cuando la princesa Parizada falleció agobiada por los años, el pájaro Bulbuzar, del que no se había separado nunca, enmudeció, y jamás volvió á oírsele hablar ni cantar. El chorro de agua de oro se agotó, y el árbol del concierto perdió todas sus hojas y se secó por completo.

Así finalizó su historia maravillosa la sultana Gerenarda, que había tenido embelesado al sultán Chabriar escuchando este prodigioso cuento. Á la mañana siguiente la sultana empezó á contarle otra historia maravillosa en los términos siguientes.

**HISTORIA DEL PRÍNCIPE ZEIN ALASMAN Y DE LAS NUEVE
ESTATUAS**

Hubo en Balsora antiguamente un rey que llegó á atesorar riquezas inmensas, no por medios reprobados ni vejatorios á sus vasallos, que le amaban por su bondad y su justicia, sino por la buena administración y gobierno de sus Estados, y por su prudente economía. Amado, pues, de aquellos y bien quisto de los otros reyes sus vecinos, su felicidad habría sido completa si no la viera acibarada y amenguada por falta de un sucesor directo. Á fin de obtenerle, dirigió fervientes oraciones al cielo, y sobre todo, dió cuantiosas limosnas á los necesitados, socorrió infortunios ocultos, y auxilió á innumerables familias indigentes; de modo que las oraciones de todas estas personas socorridas, unidas á las suyas, llegaron al cielo, fueron escuchadas y despachadas favorablemente.

Cuando su esposa la reina dió á luz un robusto niño á quien pusieron por nombre Zein Alasman, esto es, *Cumplimiento de mis deseos*, mandó convocar el rey á todos los astrólogos del reino para que hiciesen el horóscopo del recién nacido; y de las observaciones y cálculos hechos por estos sabios, vino á sacarse en limpio que el príncipe viviría muchos años, que sería muy valiente y de ánimo esforzado; pero que necesitaría hacer uso de todo su valor para soportar con firmeza las desventuras y los reveses de fortuna que le sobrevendrían. Este horóscopo no le desagradó al rey que exclamó: « Puesto que mi hijo será de ánimo esforzado, sabrá soportar noblemente los infortunios que le sobrevengan. Es muy conveniente el que los príncipes sufran alguna desgracia, porque en la adversidad su virtud se acrisolá, y aprenden á gobernarse á sí mismos, y á gobernar mejor su reino. Ese horóscopo no me disgusta. » Hizo ricos presentes á los astrólogos que se retiraron muy contentos y satisfechos de la gene-

rosidad del soberano, y este se dedicó desde luego á criar al príncipe con el mayor esmero, y cuando llegó á la edad competente hizo darle la educación mas completa, así física como moralmente.

Antes que el príncipe llegase á una edad proyecta, viéndose el rey acometido por una grave enfermedad, y conociendo que se acercaba el fin de sus días, hizo venir á su hijo, y en las diferentes conferencias que tuvo con él, le encargó muy particularmente que gobernase su pueblo de manera á ser mas amado que temido; que no diese oídos á los aduladores que con sus lisonjas corrompen el corazón de los príncipes; que administrase á todos imparcial justicia, que fuese muy mirado así en los castigos como en los premios, no dejándose alucinar por engañosas apariencias, ni dando entero crédito á los cortesanos que saben disfrazar los hechos de tal modo, que consiguen muchas veces hacer colmar de beneficios á los necios malvados, y atropellar y desatender al hombre meritorio é inocente.

Luego que murió este buen rey, cuyo fallecimiento causó un dolor general en todo el reino, terminadas las ceremonias fúnebres, el joven príncipe Zein Alasman subió al trono, pero en vez de seguir los sabios consejos que su padre le había dado, embriagado con los homenajes y grandezas del poder soberano, se entregó con el ímpetu de la juventud que no conoce ningun freno á todos los goces y placeres de la vida, abandonando el gobierno del Estado á otros jóvenes inexpertos que cometían toda clase de tropelías, dando lugar con semejante conducta á que se alzase un clamoreo general en todo el reino; y como era naturalmente generoso y espléndido, no tardó en agotar las grandes riquezas que su padre le dejó, y se encontró con su tesoro completamente vacío.

Felizmente para él, su madre, que era una princesa muy prudente y discreta, al ver el peligro que su hijo corría, consiguió con las observaciones que le hizo y consejos que le dió, el que Zein abriese, al fin, los ojos, conociese el riesgo en que se hallaba de perder la corona

por una sublevacion general, y cambiase completamente de vida. El jóven rey reconoció sus errores, y trató de ponerles remedio : entregó las riendas del gobierno á hombres ancianos, de probidad notoria y experiencia, cesó en las prodigalidades y en su desenfreno, y pudo conjurarse la tormenta. Los grandes esfuerzos de voluntad que había hecho para realizar todos estos cambios, le causaron una melancolía tan profunda que nada podía distraerle de ella. Una noche en que, rendido de fatiga por un ejercicio violento que había hecho, se hallaba profundamente dormido, se le apareció un anciano venerable, y acercándose á él le dijo : — « ¡ Oh Zein ! ten entendido que no hay desventura, por grande que sea, en esta vida, para la que no se encuentre algun consuelo : que al pesar le sucede la alegría, como á la calma le sigue la tormenta. Si quieres poner pronto remedio á tu desconcierto, levántate, marcha al Cairo, y en esa ciudad encontrarás quien te remedie. » Cuando Zein se despertó se acordó del sueño ó vision que había tenido, y se lo refirió á su madre, manifestándole su intencion de ir al Cairo, segun el anciano le había dicho. Su madre se echó á reir, y trató de disuadirle de la idea de emprender un viaje tan largo sin mas objeto ni motivo que la ilusion fantastica de un sueño; pero, á pesar de sus reflexiones, Zein insistió en la idea de emprender su viaje á Egipto. — « Mis maestros me han referido, le dijo, numerosas anécdotas de sueños misteriosos que eran avisos del cielo, y el anciano que se me ha aparecido tenía un aspecto divino y majestuoso, semejante á aquel con que nos representan á nuestro gran Profeta, y segun la confianza que me ha inspirado, estoy casi dispuesto á creer que era él mismo. » Hechos los preparativos de su viaje y entregando á su madre el gobierno del reino, salió disfrazado de palacio sin comunicar á nadie su partida, y llegó con felicidad á la gran ciudad del Cairo que es una de las maravillas de Egipto. Se apeó á la puerta de una mezquita, y se entró en ella á dar gracias á Dios por haberle permitido llegar al fin de su viaje sano y salvo. Abrumado por el cansancio y el

calor se quedó profundamente dormido, y durante su sueño volvió á aparecerse el mismo anciano, el cual



con aspecto risueño y voz alagüeña le dijo : — « Hijo mío, estoy muy contento contigo y muy satisfecho de tu obediencia. Te he hecho emprender este viaje penoso y arriesgado, solo con el fin de probarte. He visto que eres animoso, y que mereces que te haga el príncipe mas rico y dichoso de la tierra. Vuélvete á Balsora, y en tu mismo palacio encontrarás mas riquezas que las que ningun soberano haya poseido. » Al despertarse y recordarse de la vision que acababa de tener, Zein exclamó : — « Ya veo que he sido demasiado necio y crédulo en dar asenso á un sueño que no era mas que el efecto de mi imaginacion preocupada, que ese anciano que yo creia ser nada menos

que nuestro Profeta no es mas que una ilusion fantástica, una alucinacion de mis sentidos. Volvámonos á Balsora ántes que mi ausencia sea conocida, porque nada tengo que hacer aquí en Egipto, y si mis vasallos llegasen á saber por qué he emprendido este viaje tonto, sería objeto de risa para todos ellos. »

En seguida montó á caballo y se dirigió á su reino por el mismo camino por donde habia venido. Cuando llegó á Balsora, refirió á su madre el segundo sueño que habia tenido, mostrándose muy arrepentido y pesaroso de haber hecho un viaje tan infructuoso y de haber sido tan crédulo. Al verle tan afligido, la reina trató de consolarle. — « No te abatas ni apesadumbres por eso, hijo mio, le dijo, que si Dios quiere que seas dichoso y rico, ya lo serás por otros medios. Sé morigerado, renuncia á esos deleites frívolos y perniciosos que corrompen el corazon y enervan el espíritu, y dedícate á labrar la felicidad de tus vasallos, y con la de estos la tuya al mismo tiempo. » El jóven rey ofreció hacerlo así, y ser mas dócil á los consejos de su madre y de los sabios visires y hombres de experiencia en el manejo de los negocios públicos, y se retiró á descansar á su aposento. Tres dias despues de su regreso, volvió á aparecersele por tercera vez el mismo anciano y le dijo : — « ¡ Animoso Zein Alasman ! llegó, por fin, el tiempo de tu dicha. Levántate, toma una azada, véte al cuarto que ocupaba con preferencia tu padre, remueve el pavimento y hallarás lo que deseas. »

En cuanto se despertó, vistiéndose apresuradamente, se fué á ver á su madre á la que contó la nueva vision que acababa de tener. — « En verdad, le dijo la reina riéndose á carcajadas, despues de haberle oido, que ese viejo es bien machaca y te ha tomado por su cuenta para divertirse contigo. ¡ No te basta el que te haya engañado dos veces, que aun quieres dar crédito á sus embusterías ? — Sin tener gran fe en lo que me ha dicho, le contestó Zein, por via de pasatiempo me entretendré en registrar el cuarto de mi padre, y ya veremos. — Á fe mia, le replicó su madre, que eso bien puedes hacerlo porque no

ofrece tantos inconvenientes ni peligros como el viaje á Egipto. » Provisto de una piqueta que mandó traer al jardinero, Zein se fué al gabinete de su difunto padre y empezó á levantar las baldosas de mármol del pavimento. Ya iba á dejar la obra cansado de no encontrar mas que argamasa y tierra, cuando al levantar una de ellas descubrió otra piedra de mármol; se apresuró á removerla y halló debajo una trampa de bronce cerrada con un candado de acero, y sellada con varios sellos. Palpitando de emocion con aquel descubrimiento, sin pararse á reflexionar en dónde encontraria la llave para abrir el candado, lo rompió con la piqueta, lo mismo que los sellos, y levantó, no sin trabajo, la piedra; pero en vez de encontrarse con el tesoro que él se figuraba, se encontró con una escalera. Inmediatamente encendió una bujía, y bajando por la escalera, cuyos escalones eran de mármol blanco bruñido, llegó hasta nna puerta que encontró tambien cerrada. Volvió á subir al aposento, cogió la piqueta, y con su ayuda consiguió desquiciar y abrir la puerta, entrando, por fin, en un salon muy espacioso cuyas paredes y techo eran de cristal de roca, y el piso de porcelana de China. En sus cuatro ángulos habia otras tantas estradas sobre las que se hallaban colocadas en cada una de ellas cincuenta urnas de pórfido, que por su forma Zein se imaginó que contendrian vino. Destapó una de ellas, aplicó la luz, y en vez de aquel líquido vió que estaba llena de monedas de oro. Fué destapando las demas, y en unas halló zequies, en otras diamantes, perlas, emeraldas y rubíes. Absorto y admirado exclamó : — « ¡Dios mio ! ¡Cómo pudo reunir mi padre riquezas tan inmensas ! » Sin acabar de examinar todas las urnas, volvió á subir al gabinete y se fué corriendo al cuarto de su madre á la que refirió el hallazgo que había hecho. La reina no ménos asombrada que su hijo se dirigió con él al salon subterráneo, y despues de haber registrado todas las urnas de pórfido descubrieron una muy pequeña hecha de un solo topacio en la que encontraron una llave de oro. Examinando mas atentamente las paredes del

salon descubrieron una puerta muy disimulada que abrieron con aquella llave, y entraron en otro aposento en



donde habia nueve pedestales de oro macizo y sobre ocho de estos pedestales otras tantas estatuas formadas con diamantes de un grandor extraordinario que despedian unos resplandores que deslumbraban la vista. Sobre el noveno pedestal vacío habia un trozo de raso blanco en el que se leian estas misteriosas palabras escritas con

letras de oro : « ¡ Hijo mio muy querido ! mucho trabajo me ha costado el adquirir las ocho estatuas, cuyo valor es inmenso ; pero por grande que este sea, el de la novena estatua sobrepuja ella sola al de mil estatuas como estas reunidas. Si quieres poseerla, véte al Cairo, busca á un antiguo esclavo mio llamado Moharec, dile quién eres y él te indicará los medios de adquirir esa maravillosa estatua, cuya posesion obtendrás con la ayuda de Dios, y ella completará tu dicha. »

Despues de haber leido este escrito, el rey Zein no pensó mas que en ponerse en camino para ir á buscar la estatua portentosa. Y en efecto, despues de haber encargado á su madre el gobierno del reino en union con los visires, emprendió su marcha para el Cairo, acompañado esta vez por un brillante séquito y bien provisto de dinero. Luego que llegó, sin ningun mal tropiezo, preguntó por Moharec, y como este era una persona muy rica y muy conocida, al momento le indicaron la suntuosa casa en que vivia. Zein se dió á conocer y le dijo cuál era el objeto de su viaje y su visita. Cuando el antiguo esclavo de su padre supo quién era, se arrojó á los piés de Zein y le dijo que estaba pronto á servirle de guia y acompañarle al sitio en que debia encontrar la estatua prometida ; pero que le advertia que esta empresa no estaba exenta de peligros. — « Estoy dispuesto á arrostrarlos, sean los que quieran, le contestó el príncipe, y deseo que cuanto ántes nos pongamos en camino. » Así lo hicieron al dia siguiente y despues de unos cuantos de camino llegaron á un bosque muy frondoso, y echando pié á tierra, mandó Moharec á los numerosos esclavos que los acompañaban que permaneciesen allí hasta que ellos volvieran, y el príncipe y él continuaron caminando hasta las orillas de un inmenso lago. Moharec trazó en el suelo unos cuantos signos cabalísticos y dió tres silbidos ; al tercero salió del fondo de las aguas una embarcacion conducida por un remero bien extraño : de medio cuerpo arriba representaba un elefante colossal con una desmesurada trompa y acerados colmillos, y el resto del cuerpo se asemejaba al

de un tigre. El barquichuelo era de sándalo rojo subido, con un mástil de ámbar transparente, en cuya punta ondeaba una bandera de raso azul celeste en la que se distinguían escritos con letras de oro ribeteadas de perlas ciertos signos y jeroglíficos nada inteligibles para los profanos.

Miéntras que la barquilla se acercaba : — « No temáis nada, le dijo Moharec al príncipe ; solo os recomiendo que guardéis el mas profundo silencio, y no profiráis la menor palabra durante la travesía, porque á la primera que digáis el barco y el barquero se hundirán en el lago, y todos pereceremos. » Acercóse el esquife al sitio en que estaban Zein y Moharec, y tomándolos el barquero elefante con su trompa los trasladó á bordo, y poco despues los volvió á poner en tierra á la orilla opuesta. — « Ahora ya podemos hablar, dijo Moharec : nos hallamos en los dominios del rey de los Genios que habita en ese palacio que veis en frente y al que vamos á dirigirnos ; observad miéntras tanto el terreno que vamos pisando, y veréis que es un verdadero paraíso, la copia fiel, tal vez, de aquel en que Dios colocó á nuestros primeros padres Adan y Eva. » Zein fijó su atencion en todo lo que le rodeaba, y vió, en efecto, flores y plantas raras, árboles cargados de frutas que le eran desconocidas, y miles de pájaros de todas especies que formaban un concierto delicioso con sus trinos, y recreaban la vista con la brillantez de los colores y visos de sus plumajes distintos.

Llegaron en esto á cierta distancia del palacio cuyas paredes eran de oro finísimo, cuajadas de esmeraldas y rubíes. Este sumuoso edificio estaba sombreado por árboles de una altura prodigiosa que embalsamaban el aire con los aromas que despedian. Un foso lleno de agua cristalina, en la que se veian juguetear una infinidad de pectecillos de colores vivos, lamia las paredes del edificio, á cuya entrada había un puente levadizo formado por una sola concha de un marisco colossal y apostada una guardia compuesta de Genios inferiores armados todos con hanzas y mazas de acero bruñido. — « No pasemos mas adelante, dijo Moharec al príncipe, si no queremos ser muertos por

esos Genios, y dispongámonos á recibir al rey de ellos. » Al mismo tiempo sacó dos alfombrillas que llevaba debajo del brazo en un talego, y las extendió en el suelo; luego se pasó una tira de raso amarillo por la cintura y otra cruzada por los hombros y el pecho, dando otras tiras iguales á Zein para que se las pusiese de la misma manera. Colocó á los bordes de las alfombrillas diferentes joyas interpoladas con almizcle y ámbar, y sentándose en el centro de una de las alfombrillas, é indicando al príncipe que se sentase sobre la otra : — « Hagamos los conjuros, dijo, para que venga el rey de los Genios. » Tan luego como empezó á recitar los ensalmos y conjuros cabalísticos, se oscureció el sol, tembló la tierra, hubo truenos y relámpagos, y se levantó un fuerte torbellino. — « No os asustéis, le dijo Moharec al príncipe, que todo va bien : ahora veremos de qué talante y bajo qué forma se presenta el soberano. En cuanto se aparezca os levantaréis, pero sin salir del centro del tapiz porque os costaría la vida, y le manifestaréis vuestro deseo. » Disipados todos estos terribles preliminares, salió de entre una nube un anciano respetable pero con semblante risueño. Luego que Zein le vió se levantó, hincó la rodilla en tierra y le dijo : — « Poderoso señor, rey y soberano de los Genios, yo soy el príncipe Zein Alasman de cuyo padre fuisteis protector y amigo, y vengo á suplicaros que me deis la estatua que falta en el noveno pedestal que está vacío. » El príncipe de los Genios le contestó sonriendose : — « ¡Oh hijo mio ! amaba á tu padre, en efecto, y cada vez que venía á verme á este sitio le regalaba una de las ocho estatuas que has visto ; y yo fui quien le mandé que escribiera lo que has encontrado sobre el pedestal vacío. Le prometí que velaría sobre ti, y te protegería, y que por último te daria la novena estatua que vienes á pedirme, la cual es mas preciosa que todas las otras ocho reunidas. Cumpliré la promesa que hice á tu padre ; pero aun cuando no se lo habiera prometido, lo mismo te la concedería, porque estoy contento contigo por tu docilidad y obediencia á lo que te prescribí, pues yo soy el que se te ha

aparecido en sueños. Sin embargo, ántes de entregarte esta estatua, es preciso que me prometas, bajo juramento, el traerme á mis dominios la jóven mas hermosa de quince años, que reuna á su hermosura una castidad y pureza perfecta en obras y en pensamientos, y que te guardes bien de mirarla con deseos lascivos. — Señor, le contestó Zein Alasman, dispuesto estoy á prestar el juramento que me pedís; pero aun suponiendo que sea tan dichoso que pueda encontrar ese Fénix femenino, que reuna á su hermosura sin igual una pureza perfecta, ¿cómo podré yo conocerlo? — Ciento es, le dijo el rey de los Genios sonriendose, que es difícil la empresa, porque te engañarian las apariencias, y el adquirir ese conocimiento no está al alcance de los mortales hijos de Eva; pero yo te ayudaré. Voy á darte un espejo y por su medio te será fácil el saber si las jóvenes hermosas de quince años, que veas, reunen á su hermosura una pureza perfecta en obras y en deseos. Toma, añadió entregándole el misterioso espejo, cuando hayas encontrado una jóven de quince años de una hermosura sin tacha ni el menor defecto, mira el espejo y verás reproducida en él su imagen. Si posee la cualidad que exijo, el espejo se mantendrá limpio y terso; pero si esta cualidad le falta, se empañará y oscurecerá al momento. » Por último, volviendo á recomendarle el cumplimiento del juramento que el príncipe Zein había hecho, le despidió, y él y su compañero Moharec fueron conducidos á la otra orilla del lago por el elefante barquero. Reunidos á su comitiva regresaron al Cairo en donde empezaron á practicar las diligencias oportunas para encontrar la jóven de quince abriles, segun y conforme el Genio la exigia. Muchísimas pasaron, de todas las clases de la sociedad, por el crisol del espejo, pero ninguna salió ilesa. Entónces determinaron Zein y Moharec el trasladarse á Bagdad, en donde creian poder hallar mas fácilmente el *Fénix de las mujeres*. El príncipe Zein alquiló una casa suntuosamente puesta, y empezó á dar convites y fiestas para adquirir por este medio mas extensas relaciones en la sociedad, y poder

encontrar lo que buscaba con tanto anhelo. Muchísimas fueron las beldades de quince años de la corte y del pueblo con las que Zein hizo la prueba, pero el espejo se empañaba siempre, mas ó ménos.

No léjos del palacio en que vivia se hallaba la mezquita del barrio, cuyo iman, llamado Bubekir, era un hombre envidioso de la prosperidad ajena que aborrecia á los ricos, solo porque él no lo era. Oyó hablar de la esplendidez con que Zein vivia y esto le bastó para que un dia, despues de recitar las oraciones, se expresase en términos injuriosos contra el príncipe y le presentase á los ojos de los asistentes al rezo como un extranjero sospechoso, amonestándole para que se avisase al kalifa ántes que él llegase á saberlo y los castigase á todos por no haberle preventido; á cuya amonestacion le contestaron algunos devotos diciéndole que el avisar al kalifa era un asunto propio de su incumbencia.

Moharec que había asistido á las oraciones y había oido la amonestacion del iman, tan luego como volvió á casa tomó una bolsa con quinientos zequies y algunas ricas telas y se fué con un esclavo á casa del iman, el cual se hallaba ocupado en aquel momento en redactar la delacion contra Zein que pensaba enviar al Comendador de los Creyentes. Interrumpido Bubekir en esta, para él, tan agradable tarea, le preguntó á Moharec con tono desabrido, qué se le ofrecia. — « Doctor, le contestó aquel con voz almibarada, presentándole al mismo tiempo la bolsa con los quinientos zequies y las telas, vengo de parte del príncipe Zein Alasman, vuestro vecino, á ofreceros en su nombre esta pequeña muestra del grande aprecio en que os tiene por vuestra ciencia, sintiendo no haber tenido ántes conocimiento de vuestro mérito, encargándome os diga que desea conoceros de mas cerca, y os ruega que le honréis sentándoos á su mesa. » Enajenado de gozo Bubekir con aquel regalo tan magnífico, le contestó diciendo : — « Os ruego, mi buen señor, que tengáis la bondad de disculparme con el príncipe por mi falta de atencion en no haber ido á verle todavía y ofrecerle mis respetos, como tenia

intencion de hacerlo, si mis ocupaciones no me lo hubieran impedido. Espero poder reparar mañana mi falta; y miéntras tanto, os suplico que le presentéis mi rendido acatamiento. » Al dia siguiente, despues de la oracion :— « Hermanos, dijo á los asistentes, ayer os hablé de un extranjero, que vive en nuestro barrio, en términos poco lisonjeros : ya sabéis que todos tenemos nuestros enemigos. Hoy mejor informado que no lo habia sido por aquellos que sin duda son enemigos del príncipe, os digo que ese extranjero es un príncipe jóven dotado de las mas relevantes prendas, y digno de todos nuestros respetos. » Luego que volvió á su casa se puso un traje de ceremonia y se fué á visitar al príncipe Zein, el cual, prevenido por Moharec que le refirió lo ocurrido, recibió al iman con el mayor agrado, repitiendo su convite de acompañarle á la mesa. Durante la conversacion, Bubekir preguntó al príncipe si pensaba permanecer en Bagdad mucho tiempo. — « Nada mas que el necesario para encontrar una jóven hermosa de quince años, le contestó Zein, que á su hermosura reuna una verdadera pureza de alma y cuerpo. » Despues de haberle escuchado atentamente, el iman guardó por un momento un silencio reflexivo, y luego le contestó : « Buscáis verdaderamente un Fénix, *rara avis*, y mucho me temeria que todas vuestras pesquisas fuesen infructuosas si no conociera yo á la hija de un antiguo gran visir retirado de la corte que vive en el campo exclusivamente dedicado á la educacion de una hija única que tiene, la cual se halla precisamente ahora en el tercer lustro de su vida. Su hermosura es deslumbradora, y su virtud á toda prueba. Si queréis iré á pedírsela en vuestro nombre á su padre; y no dudo que os la conceda y se considere muy honrado en tener por yerno á un príncipe como vos. — Poco á poco, amigo doctor, le contestó Zoin, no quiero que vayan las cosas tan de prisa. No es decir por eso que no aceptaré á esa jóven, si reune las cualidades que yo deseo que tenga. En cuanto á su hermosura, la doy por supuesta pues basta que vos me lo aseguréis para que crea en ella; pero en cuanto á su cas-

tidad de obra y de pensamiento ; qué garantía me dais de ella ? — ¿Qué garantía queréis ? le preguntó el iman. — Me bastará solo el verla cara á cara, le contestó Zein, para quedar satisfecho. — ¿Tan buen fisonomista sois ? replicó el iman sonriendose ; pues bien, en ese caso, puesto que el verla os basta, si queréis tomaros la pena de venir conmigo, os conduciré á casa del visir, y le rogaré que os permita ver á su hija en su presencia. »

Al dia siguiente Bubekir acompañó al príncipe Zein á casa del antiguo gran visir á quien el iman había prevenido y hablado sobre el objeto de la visita del príncipe. Despues de los cumplimientos de costumbre y de haberle ofrecido una ligera colacion, el visir envió á llamar á su hija y le mandó que se quitara el velo, lo cual hizo la jóven con modestia, dejando ver un rostro virginal cubierto de pudor y de una hermosura sorprendente qual nunca había visto el jóven rey de Balsora. Como ya tenía el espejo delator prevenido, dirigió la vista á él, y lo vió mas terso y limpio que nunca lo había visto otras veces. En seguida se la pidió á su padre en casamiento, y habiéndosela este otorgado, en aquel mismo dia se hicieron los contratos. El ex gran visir acompañó al príncipe Zein á su casa en donde este le obsequió con un sumtuoso banquete y envió á su hija ricos presentes en joyas y en telas. Al dia siguiente hizo todos los preparativos de marcha y se puso en camino hacia los dominios del rey de los Genios ; y como la hermosura de la jóven esposa le había causado una impresion muy viva, en términos que hasta le daban tentaciones de conducirla á Balsora, y ser real y verdaderamente su marido, á fin de que los deseos de poseerla no se le avivasen y pudiese cumplir el juramento que había hecho, no quiso volver á verla, y dispuso que caminase encerrada en una litera. — « ¿En dónde está mi esposo ? preguntaba la jóven ; ¿cuándo llegamos á sus dominios ? » — Moharec, que era el que cuidaba de ella, le respondió al fin, cuando llegaron á la orilla del lago : — « Señora, aunque me sea bien doloroso el deciroslo, preciso es que sepáis que el príncipe Zein no se ha casado con vos ma-

que con el objeto de separarlos de vuestro padre y entregaros al rey de los Genios que había exigido que le trajese una joven de vuestras prendas. — ¡Ay infeliz de mí! » exclamó la joven llorando amargamente, al oír semejante noticia. Y á la verdad, que el caso no era para ménos. « ¡Qué suerte va á ser la mia, separada de mi familia, en un país desconocido, y en poder de un Genio! ¡la muerte me hubiera sido mil veces preferible! » Sin prestar oídos á sus justos lamentos, entraron en los dominios encantados del rey de los Genios que no tardó en aparecerse. Despues de haber mirado largo rato á la joven, á la que las lágrimas y la emocion embellecian, se dirigió á Zein y le dijo : « ¡Príncipe Zein, hijo de mi amigo el rey de Balsora! estoy contento contigo, á pesar de que no has cumplido enteramente con lo que me prometiste bajo juramento, puesto que has deseado poseer á esta joven; pero haciéndome cargo de la fragilidad humana demasiado débil para resistir á tu edad las pasiones violentas, te perdono, porque has sabido contener tus deseos. Vuélvete á tu palacio de Balsora, baja al salon de las estatuas y en él hallarás la novena estatua que te he ofrecido. Voy á mandar á mis Genios que te la lleven. » Dicho esto desapareció llevándose consigo á su palacio al « Fénix de las mujeres, » esto es, á la joven traída por Zein.

No sin gran pesar en el corazon por separarse de una joven tan perfecta, el príncipe se volvió á Ralsora y refirió á su madre todo lo que le había sucedido desde su partida, y por ultimo la entrega hecha al rey de los Genios de la joven hermosa y sin tacha, y la promesa de aquel de que encontraria en el subterráneo la novena estatua que le había prometido. No bien hubo oido esto la reina, que exclamó : « ¡Vamos, vamos á ver esa maravillosa estatua que debe ser magnífica y sorprendente! » y acompañada por su hijo bajaron al subterráneo. Cuando entraron en el salon de las estatuas vieron que, en efecto, el noveno pedestal estaba ocupado por otra estatua, pero no de oro, diamantes ni rubíes como la reina y Zein se esperaban que fuese, sino de... carne y hueso. Se acercaron

á ella, y la estatua, quitándose el velo, apareció á los ojos de Zein su propia esposa, la hija del gran visir que había entregado al rey de los Genios.



La madre y el hijo dieron un grito de admiración y sorpresa, y la estatua, dirigiéndose á Zein Alasman le dijo : — « Príncipe, os admira y sorprende el encontrarme en este sitio en donde esperabais hallar una joya de grandísimo valor, y mucho mayor mérito ; y al verme os ar-

repentis de haberlos dado tanta pena y mostrado tanto afan por adquirir una cosa de tan escaso mérito, y espera báis recibir mayor recompensa... — ¡No, señora, no! le interrumpió Zein con vehemencia. El cielo me es testigo de la violencia que me he hecho para no quebrantar mi juramento, y de las tentaciones que he tenido de conservaros á mi lado faltando á la palabra que le di al rey de los Genios. Por mucho valor que tenga una estatua de diamantes, no puede compararse con el vuestro. Yo os amo por vuestra hermosura; os amo por vuestra virtud mas que a todas las estatuas de rubíes y perlas, mas que á todas las riquezas del mundo, y no os cambiaria por ellas. »

Un gran trueno que se oyó hizo conmover el pavimento, y la reina estuvo á punto de desmayarse, pero se repuso del susto al ver aparecer al rey de los Genios en forma de un anciano de porte majestuoso y semblante risueño. — « Señora, dijo dirigiéndose á la reina, amo y protejo á vuestro hijo. He querido probarle, y ver si á su edad lograba refrenar sus pasiones violentas. Sé que la hermosura y el candor de esta jóven le inspiraron un amor vehemente, y que deseó poseerla, faltando en parte á la promesa que me había hecho; pero tambien sé que la fragilidad es inherente á la humana naturaleza, y léjos de darme por ofendido de este deseo, alabo su continencia. Hé ahí la novena estatua que le había ofrecido y que yo le tenía destinada, que es de mayor valor que las de diamantes y perlas. Ámala, Zein, añadió, dirigiéndose al príncipe, vive feliz con esta jóven que es tu esposa; ámala como se merece; y siquieres que se mantenga pura y fiel, ámala constante y exclusivamente, y yo te respondo de su fidelidad. Ten entendido que el que posee una mujer hermosa y jóven, casta y fiel, posee un Fénix; porque una mujer que reune tales cualidades es una joya de un valor tan inestimable, que no tiene precio. » Dichas estas palabras, el rey de los Genios desapareció. Zein Alasman hizo celebrar sus bodas con grandes regocijos, vivió muy feliz con su esposa, y sus descendientes reinaron en Balsora durante muchos siglos.

No bien la sultana Gerenarda hubo terminado la historia de Zein Alasman, como no amanecía todavía, empezó á contar otra historia no ménos maravillosa en los términos siguientes :

HISTORIA DE LA PRINCESA GULNARA DEL MAR, MADRE DEL PRÍNCIPE BEDER

Á uno de los antiguos y poderosos reyes de Persia á quienes por lo dilatado de su imperio, y por los numerosos príncipes tributarios que le reconocían como soberano y le rendían vasallaje, llamaban « Rey de Reyes, » le presentaron un dia una esclava de una hermosura tan extraordinaria, y de un tipo tan particular, que, después de haberla comprado por la enorme suma de doce mil talentos, se casó con ella. Esta joven singular permaneció muda durante muchos meses, pero como el rey estaba cada dia mas enamorado de ella y se mostraba siempre afanoso por complacerla, al fin, cuando ella conoció que iba á ser madre, agradecida al cariño del rey y á sus esmeradas atenciones, se decidió á romper el silencio que hasta entonces había guardado, y anunció á su real esposo su próximo alumbramiento; noticia que colmó á este de un júbilo indecible, y que fué celebrada con públicos regocijos, grandes dádivas y rogativas solemnes para pedir á Dios que lo que la reina hubiese de dar á luz, fuese un príncipe, porque el rey no tenía hijos varones. Las grandes limosnas hechas y las oraciones dirigidas al cielo fueron aceptas al Altísimo, y la reina dió á luz un príncipe hermosísimo á quien pusieron por nombre **BEDER**, que significa en árabe *Luna llena*.

Luego que se acabaron las fiestas y regocijos que hubo en todo el imperio con motivo del nacimiento de este príncipe, y que la reina se repuso de su alumbramiento, le dijo al rey un dia : — « Señor, si este príncipe no hubiera venido al mundo, no hubierais oido nunca el eco de mi voz, porque estaba resuelta, no solo á permanecer

muda toda mi vida, sino á dejarme morir de pena mas bien que continuar viviendo como esclava en un país



extranjero, separada de mi amada patria y de mis queridos parientes. El amor que me habéis manifestado, vuestros desvelos por complacerme, y el ser padre de mi hijo, me han conmovido el corazon, me han hecho cambiar de sentimientos, y ahora (no os ofendáis por ello), os amo tanto como ántes os aborrecia. Voy á deciros quién soy, y á contaros la historia de mi familia : « Me llamo Gulnara del Mar, y soy la hija de un poderoso rey marítimo. Al morir nuestro padre, nos dejó el reino á mi madre que es hija tambien

de un soberano de otro Estado submarino, á mi hermano Saleb y á mí. Vivíamos pacíficos en nuestro reino, cuando sin motivo, ni previa declaracion de guerra, nos vimos acometidos por uno de los reyes nuestros vecinos, que invadió nuestros Estados con un numeroso ejército y se apoderó de nuestra capital, no teniendo tiempo mas que para refugiarnos, con algunos servidores fieles, en un sitio oculto é inaccesible. Desde allí, mi hermano Saleb empezó á trabajar para arrojar al usurpador y recobrar nuestros Estados, y cuando ya tuvo todo preparado para el movimiento : — « Hermana mia, me dijo, en la situación en que nos encontramos será difícil el que halles para esposo ningun príncipe marino, y aunque yo tengo todo bien dispuesto para recuperar nuestro reino, como las empresas mejor combinadas suelen frustrarse por cualquier incidente imprevisto, y yo puedo parecer en ella, quisiera dejar tu suerte asegurada. Así me parece lo mejor y mas prudente el que salgas del mar, y te enlaces con un príncipe terrestre. » Yo le contesté muy incomodada, que siendo princesa marítima por los cuatro costados, no agraviaría á mis antepasados faltando á lo que á mi alcurnia debía, y que preferiría ántes morir que casarme con ningun príncipe de tierra. Mi hermano volvió á insistir, y de su persistencia y de la mia resultó que nos indisputamos agriamente, y nos separámos mutuamente descontentos ; y yo, ¡ necia de mí ! en un momento de despecho, me salí de aquel sitio y me fui á la isla de la Luna. Allí estuve viviendo sola durante algun tiempo, hasta que un señor muy poderoso de la isla me sorprendió un dia cuando estaba durmiendo, y me hizo esclava. Prendado de mi persona, me dió á conocer sus intentos, pero yo le rechacé de una manera tan expresiva y energética, que, desesperanzado de poder obtener lo que quería, me vendió al mercader que me trajo aquí, el cual me guardó toda especie de consideraciones, y me dió buen trato, por lo cual yo le estoy agradecida. » Maravillado se quedó el rey de Persia con la relacion que la princesa Gulgara acababa de hacerle. — « No comprendo, le dijo, cómo podéis

vivir en el agua sin ahogaros, pues aunque hay algunos hombres que bajan hasta el fondo del mar, y permanecen en él mas ó menos tiempo, segun la fuerza y robustez de sus pulmones, al fin y al cabo tienen que subir á la superficie para renovar el aire y respirar; y hasta ahora, aunque habia oido decir que habia hombres anfibios ó marinos que vivian en las profundidades de los mares, siempre lo tuve por cuentos de viejas para entretener ó dormir á los niños. — Señor, le contestó Gulnara, pues eso es muy verdadero. Hay reinos en el fondo del mar que son mucho mas extensos y poblados que los reinos de la tierra, y monarcas poderosísimos : ambiciones y guerras mas encarnizadas que las de la superficie terrestre. Como nacemos en el agua, y es, por decir así, nuestro elemento, caminamos por los abismos del mar con mas facilidad que en tierra firme; ni el agua nos impide ver, ni moja nuestros vestidos, y cuando por capricho subimos á la superficie y saltamos á tierra, nuestro ropaje está tan enjuto como si saliera de la tienda de una modista. Tenemos ademas otras prerrogativas y ventajas de que no disfrutan los habitantes de la tierra.

« Nuestros Estados que son, como ya os he dicho, mucho mas extensos que los de la tierra, están divididos en provincias con ciudades, villas y pueblos pobladísimos. Los palacios de los reyes, príncipes y magnates son de nácar y perla los unos; de coral los otros ; de cristal de roca, de mármol y de jaspe de colores variados y de otras materias preciosas desconocidas en la tierra ; nuestros carruajes son de nácar y de concha, y nuestras caballerizas están provistas de caballos marinos y tritones que marchan con una celeridad increíble. El oro, la plata, las perlas, los diamantes, las esmeraldas y otra multitud de piedras preciosas, así como las monedas acuñadas de todos los reinos del globo conocidos ántes y despues del diluvio abundan de tal manera en las recónditas cavernas del líquido elemento, que se podrian formar con ellas parvas mayores que las que se hacen en la tierra con el trigo y otras simientes. Se hace tan poco caso de todas

estas riquezas, que solo sirven para que la plebe se adorne y engalane con ellas. Como hay muchos Estados independientes y distintos, tambien hay lenguas, usos y costumbres diferentes. Cuando los monarcas salen en público, van sentados en unos carros triunfales formados con conchas maravillosas de especies desconocidas, conducidos por tritones y caballos marinos, y adornados con joyas y pedrerías, cuyos fuegos y visos deslumbran á cuantos los miran. De otras muchas cosas maravillosas podria hablar á Vuestra Majestad, pero lo dejaré para otro dia ; por el momento me limito á deciros que deseo dar parte á mi madre y á mi hermano del sitio en que me encuentro, y si me lo permitís, les rogaré que vengan á hacerme una visita y á presentaros sus respetos. — Mucho gusto tendrá en verlos, le contestó el rey de Persia ; pero no sé cómo les daréis á conocer vuestro deseo y cómo podrán venir ellos aquí. — Ahora mismo lo veréis, le dijo la princesa Gulnara. Entraos en ese aposento contiguo y mirad por las celosías. »

El palacio del rey estaba situado á la orilla del mar, cuyas olas venian á estrellarse contra las rocas sobre que estaba construido el edificio. La reina Gulnara mandó traer á una de sus esclavas un braserillo con lumbre bien encendida, sacó de un cajon un saquito de raso en e que habia unos palitos ó astillas de una madera muy olo-rosa y desconocida, y arrojó algunos de ellos en el fuego ; luego que empezaron á arder y se formó un humo muy denso, hizo ciertos signos y pronunció unas cuantas palabras en una lengua incomprendible. Inmediatamente empezó á agitarse el mar á cierta distancia del palacio, y á formar borbotones como si hirviese el agua, y el rey de Persia y la reina su esposa, que estaban observando desde las ventanas, vieron aparecer sobre la superficie de las olas primero un gallardo jóven, luego una hermosa matrona seguida por algunas jóvenes todas ellas muy bellas, que la reina Gulnara reconoció al momento por su hermano, su madre y sus parentas, cuyas personas escurriendose ó deslizándose, mas bien que andando sobre el

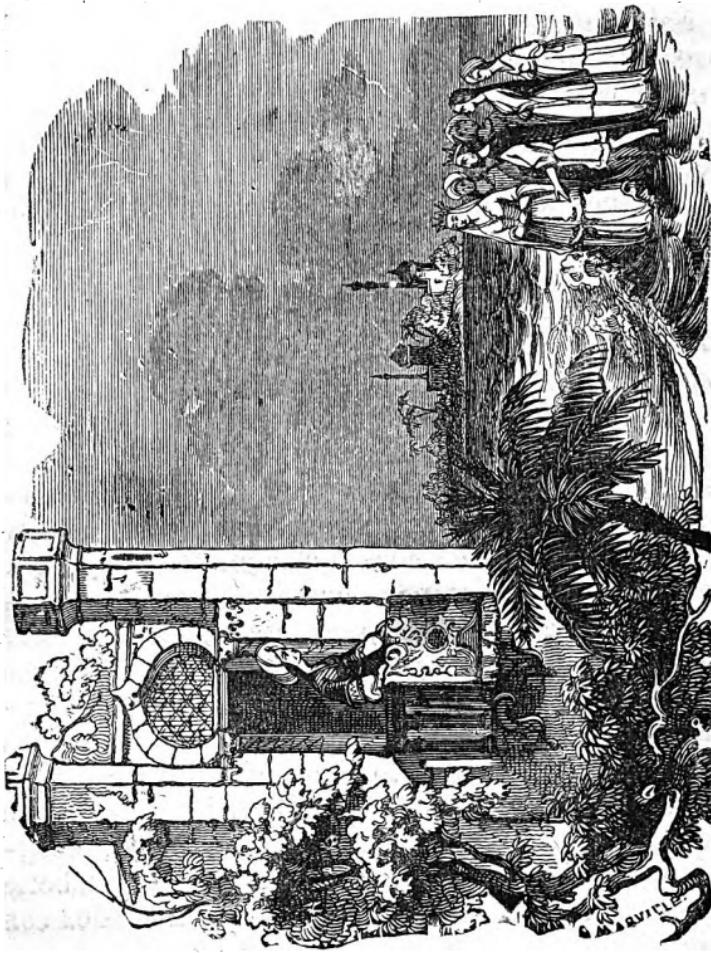
líquido elemento, llegaron al pie de las paredes del palacio y levantando la cabeza y viendo á la reina Gulnara, á la que tambien reconocieron en seguida, fueron saltando unas despues de otras entrándose por la ventana al aposento en que aquella estaba, la cual las iba recibiendo, y abrazándolas tiernamente.

Despues de estas demostraciones de cariño, empezaron las explicaciones por una y otra parte. Gulnara refirió á su madre y hermano lo que le habia sucedido desde que se separó de ellos, terminando por decirles que era la esposa del rey de Persia, y que tenía de él un hijo. El rey Saleb y su madre le refirieron la gran pena que les había causado su desaparicion, y por ultimo su hermano le dijo que había vuelto á conquistar su reino, no solo expulsando de él á su enemigo, sino apoderándose de sus Estados y teniéndole cautivo. Despues de estas explicaciones y de las expansiones de gozo y alegría á que dieron lugar, la reina Gulnara mandó servir un pequeño banquete, y les rogó que se sentasen á la mesa. El rey Saleb y su madre dijeron entonces que no les parecia conducente el aceptar nada sin haber presentado ántes sus respetos al rey de Persia, y al mismo tiempo arrojaron llamas de fuego por ojos, boca y narices, cuyo espectáculo aterrorizó al rey. Su esposa, que sabía lo que aquella demostracion significaba, pasó al aposento en que se hallaba el rey de Persia y le tranquilizó diciéndole que aquella demostracion ígnea de sus parientes expresaba la repugnancia que tenian en sentarse á la mesa, sin haberle presentado ántes sus respetos, y sin verse honrados con su presencia.

Disipados los temores del rey, vino acompañado por su esposa al cuarto en que estaban la madre y el hermano de esta; y como querian saludarle postrándose á sus pies, él no lo permitió y los recibió en sus brazos á todos ellos.

Terminado este banquete de familia, el rey Saleb, su madre y sus primas desearon ver al príncipe, y cuando le trajo la nodriza, el rey Saleb le tomó en sus brazos

y empezó á acariciarle muy cariñosamente. Aproximándose en seguida á uno de los balcones que daban al mar.



se arrojó al líquido elemento llevándose á su sobrino en los brazos, y se sumergió con él. Indecible fué el asombro y el dolor que esta acción causó al rey de Persia al ver desaparecer de este modo á su hijo; pero la reina Gulnara trató de tranquilizarle, asegurándole que el príncipe no corría ningún peligro. « Es tan hijo vuestro como mío, y le amo tan entrañablemente como vos mismo. Sabed

que, á pesar de ser hijo de un rey terrestre, como corre por sus venas tambien la sangre de una princesa del mar, puede gozar de los mismos privilegios que nosotros tenemos ; y su tio, al llevársele, ha ido á ponerle en posesion de estos privilegios. Así, tranquilizaos, que no tardaremos mucho tiempo en volver á verle. » Á pesar de estas palabras, y de la confianza que mostraba la reina Gulgara, el rey de Persia no las tenía todas consigo, y temia haber perdido para siempre á su hijo. Sin embargo, no fué asi, porque el rey Saleb volvió á aparecer sobre la superficie del agua con su sobrino en los brazos, y trayendo ademas una primorosa cajita. Al llegar en frente del balcon pégó un brinco y entró en el aposento diciendo : « Vuestra Majestad se habrá asustado, sin duda, al verme sumergir en el mar con el príncipe vuestro hijo, y mi sobrino ; pero ningun temor habriais tenido si me hubieseis oido pronunciar las palabras escritas en el gran sello del profeta Salomon, hijo de David, por cuya virtud adquirimos las ventajas y privilegios que tenemos sobre los hombres que habitan en la tierra ; ventajas y privilegios que tendrá el príncipe Beder, como hijo de mi hermana Gulgara. Así, desde ahora, miéntras viva, podrá sumergirse hasta las profundidas del mar y recorrer sus abismos fácil é impunemente, siempre que le convenga. » Esta explicacion, pero sobre todo el ver á su hijo tan sano y bueno como estaba ántes de aquella excursion marítima, tranquilizaron al rey de Persia por completo. Volviendo el rey Saleb á tomar la palabra, le dijo : « Cuando nos llamó mi hermana ignorábamos en dónde estaba y cuál era su suerte. Ahora que sabemos que es la esposa de tan gran monarca, no podemos ménos de mostrar á Vuestra Majestad nuestra satisfaccion y nuestro agradecimiento, ofreciéndole este bien pequeño obsequio, » y al mismo tiempo abrió y presentó al rey de Persia la cajita que había ido á buscar á su palacio submarino, la cual contenía unos quinientos diamantes del grosor de un huevo de paloma ; otros tantos rubies y esmeraldas del mismo tamaño, y doce collares de perlas, de á tres sartas ó vueltas cada uno de ellos.

« ¡Y á esto llamáis un pequeño obsequio, exclamó el rey admirado al ver tales objetos, cuando con su valor se podria comprar un reino! Yo no puedo admitir un regalo de esta naturaleza, porque nada me debéis, príncipe; ni nada he hecho para merecerlo. » Al fin, las explicaciones que le dió la reina Gulgara, y los ruegos que todos le hicieron consiguieron en hacérselo aceptar.

Despues de haber pasado algunos días en fiestas, en obsequios, en cacerías y en visitar lo mas notable de la



capital del reino, el rey Saleb, la reina madre y las princesas determinaron volverse á sus Estados y se despidie-

con de la reina Gulgara con mutuos abrazos y muestras del mayor cariño. Pasaron algunos años durante los cuales el príncipe Beder creció robusto y sano, se desarrolló su inteligencia de una manera admirable con la esmerada educación moral y física que recibió, y se hizo un gallardo mancebo que era el orgullo de sus padres, y se conquistaba las simpatías de cuantos le trataban.

Viéndole dotado con tan raras prendas, el rey su padre que se sentía fatigado con el peso de sus años y abrumado con la carga del gobierno, no quiso esperar á que llegara la muerte á sorprenderle para entregar á su hijo la herencia paterna, y determinó abdicar y ponerle en posesión del gobierno del reino. Á este efecto, en presencia del consejo, de los sátrapas y demás magnates convocados para esta solemne ceremonia, entregó al príncipe Beder la espada y el cetro, bajó del trono, y después de haberle besado la mano en señal de que le hacía el depositario de su autoridad suprema, su hijo pasó á ocupar su asiento, y fué reconocido y aclamado por soberano de la Persia.

Pero, señor, empieza ya á despuntar el alba, dijo la sultana Gerenarda al sultán de las Indias; como es hora de levantarse Vuestra Majestad para asistir al consejo, continuaré mañana la historia de este joven príncipe.

AVVENTURAS DEL JÓVEN REY DE PERSIA, BEDER, Y DE LA PRINCESA GIBOROSA DEL MAR

El joven rey Beder, cuyo padre no tardó en pagar, poco después de su abdicación, el imprescindible y último tributo á la naturaleza, empezó á gobernar y administrar sus extensos dominios con tanto acierto y sabiduría, que nadie echó de menos el cambio de soberano. Pasados unos cuantos años, su tío el rey Saleb vino á hacerle una visita, y se admiró de que su hermana la reina Gulgara no hubiese pensado ya en dar mujer á su hijo. Una noche en

que, despues de haber cenado, se habia recostado sobre unos almohadones el jóven rey Beder, creyéndole dormido su madre y su tio se pusieron á hablar en voz baja de este proyecto matrimonial del príncipe. — « Hermana, exclamó el rey Saleb, mucho extraño que siendo mi sobrino un jóven tan gallardo y perfecto en todos conceptos no hayas pensado ya en casarle. Ya ha cumplido los veinte años, y á esa edad no conviene que un príncipe no tenga mujer, y yo creo que una princesa de nuestros reinos, que tú y yo conocemos, sería la mujer que mas le convendria, y si lo permites yo me encargaré de este asunto. — Como hasta ahora mi hijo no ha mostrado afision al matrimonio, le contestó la reina, no me habia yo ocupado de buscarle ninguna princesa que le conviniese ; pero tú me haces recordar que, en efecto, ya es tiempo de pensar en ello ; ¿ quién es esa princesa de quien hablas ? — La hija del rey de Samandal, la princesa Giborosa, cuya hermosura y bellas prendas son un portento. Hay sin embargo, añadió el rey Saleb, una dificultad que vencer. Ya sabes lo vano y orgulloso que es el rey de Samandal que se cree superior á todos los demas reyes, pero en el caso que no podamos vencer este inconveniente, trataremos de poner las miras en otra princesa. Por el momento, iré yo mismo á Samandal á pedir la mano de la princesa para mi sobrino. Mientras tanto, y hasta que hayamos obtenido el consentimiento, conviene que Beder ignore todo esto para evitar que se enamore de la princesa. » Despues de otras cuantas palabras sobre el particular, la reina Gulgara y el rey Saleb quedaron de acuerdo en que este regresaria inmediatamente á su reino, y en seguida iria á pedir la mano de la princesa Giborosa para el rey de Persia.

Este, á quien su madre y su tio creian dormido, no habia perdido una sola palabra de la conversacion que estos habian tenido, y su corazon, virgen y exento hasta entónces de pasiones vivas, de tal manera se enardecio con la pintura que oyó hacer á su tio de la hermosura portentosa de la princesa de Samandal, que entró en

deseos de verla por sí mismo, y al dia siguiente le dijo á su tio que habia oido la conversacion que habia tenido con su madre acerca de la princesa Giborosa, y que estaba resuelto á ir á verla, y con este objeto le acompañaria. El rey Saleb hizo á su sobrino varias observaciones sobre los inconvenientes de abandonar el gobierno del reino, en donde tan necesaria era su presencia, ademas de que tampoco debia ausentarse sin ponerlo en conocimiento de su madre la reina. Todo cuanto el rey Saleb dijo á su sobrino fué inútil. Viendo entonces su ánimo decidido á partir, sacó un anillo que llevaba puesto en un dedo y se lo entregó al jóven rey Beder diciéndole : — « Puesto que estáis resuelto á exponeros á recibir un desaire, y á ver á la princesa de Samandal, sin esperar el resultado de mis gestiones, tomad este anillo en el que están grabadas las mismas palabras misteriosas de Dios puestas en el sello de Salomon por cuya gran virtud tantos portentos se han obrado ; ponéoslo en el dedo mayor de la mano izquierda ; seguidme, y no temáis ni las aguas del mar, ni sus abismos. » El rey de Persia se puso el anillo en el dedo, y remontándose por los aires se arrojó al mar en pos de su tio. Uno y otro no tardaron en llegar al palacio en que habitaba la abuela del rey Beder, la cual le recibió en sus brazos con un júbilo indecible. El rey Saleb explicó á su madre cuál era el objeto de la venida del príncipe, y al dia siguiente, despues de haber preparado los presentes que pensaba ofrecer al rey de Samandal, acompañado por una brillante y numerosa escolta, se dirigió á la capital. Luego se presentó en el palacio á cuyas puertas dejó su comitiva, y al saber el rey su llegada se apresuró á recibirlle. Cuando Saleb se halló en presencia del príncipe que estaba sentado en su trono rodeado por sus guardias y cortesanos, olvidando por un momento de que era tambien rey y un igual suyo, conformándose con los usos recibidos, y deseoso tambien de congratularse su benevolencia, se postró ante el trono tocando con la frente el suelo, y le saludó en la forma acostumbrada deseándole toda suerte de prosperidades y

una larga vida, ofreciéndole al mismo tiempo una rica colección de piedras preciosas y de perlas escogidas. El



rey de Samandal se levantó de su trono, le alargó la mano para levantarse, y haciéndole sentar á su lado le dió la bienvenida, y le preguntó en qué podía servirle. Habiendo abierto la preciosa caja en que estaban encerradas aquellas ricas joyas, se quedó admirado de su hermosura y de su incalculable valor.

— « Poderoso príncipe, le dijo el rey Saleb, grande es el favor que vengo á solicitar de vuestra benevolencia, pero en vista de la buena acogida que me habéis hecho, espero que será bien despachada la demanda que vengo

á hacedores, que es que os dignéis honrarnos con vuestra alianza otorgándome la mano de la princesa Giborosa, vuestra hija. » Al oir estas palabras, el rey de Samandal prorumpió en una estrepitosa carcajada é hizo otros ademanes que indicaban el mas alto desprecio, y contestó al rey Saleb diciéndole : — « Hasta ahora os habia tenido por un príncipe entendido y de gran juicio, pero, al oiros expresar como acabáis de hacerlo, confieso que me habia equivocado. Preciso es, amigo mio, que se os haya oscurecido el entendimiento para haberos atrevido á hacederme una demanda de esta especie. ¡ Cómo habéis podido imaginarios un solo momento el que yo consentiria en otorgaros la mano de mi hija la princesa ? Veo con sentimiento que os habéis olvidado de la gran distancia que media entre los dos, aspirando á un enlace y alianza de esta naturaleza, y esto me hace perder el buen concepto y opinion en que hasta ahora os habia tenido. »

Mucho trabajo le costó al rey Saleb el refrenarse y tener su ira al oir una respuesta tan poco comedida é injuriosa, pero recordando el objeto de la mision que traía, se reprimió cuanto pudo y contestó diciéndole : — « ¡ Quiera Dios recompensar á Vuestra Majestad como merece ! pero séame lícito el decirle que no es para mí para quien yo vengo á pedirle la mano de la princesa Giborosa, aunque no por eso me crea indigno de merecerla, porque, sin ánimo de ofenderos, me permitiréis que os diga que mi alcurnia y jerarquía en nada desmerece de la vuestra, pues bien sabéis que mis antepasados han sido siempre unos monarcas de los mas poderosos Estados submarinos, y que nuestras riquezas igualan, si es que no son superiores, á las vuestras. Si Vuestra Majestad no me hubiera interrumpido tan descortesmente, habria sabido que yo no vengo á solicitar la mano de la princesa vuestra hija para mí, sino para mi sobrino el rey de Persia, que es uno de los monarcas mas poderosos de la tierra, cuya grandeza, poderío y prendas relevantes personales no pueden ménos de haber llegado á vuestro conocimiento, porque en todo el mundo son bien corocidas. De .

modo que si la princesa Giborosa está dotada de una hermosura sin igual y de las mayores perfecciones, el rey Beder, mi sobrino, es un príncipe gallardo digno de la princesa. » Este discurso del rey Saleb irritó en tales términos al rey de Samandal que la ira y el enojo le impedían el hablar; al fin, echando espuma por la boca, exclamó: — « ¡Perro, hijo de perra! ¿cómo te has atrevido á pronunciar delante de mí el nombre de mi hija? ¡crees, por ventura, que pueda compararse con ella el hijo de tu hermana Gulnara, indigno hasta de besar el suelo que ella pisa? ¡quién eres tú, y quién era tu padre? ¡quiénes son tu hermana y tu sobrino? ¡reyezuelos miserables, perros hijos de perros! » y dirigiéndose á sus guardias y cortesanos exclamó: « ¡Prended á este insolente y cortadle la cabeza! »

Antes que estos hubiesen podido desenvainar sus alfanjes, el rey Saleb, que era tan ágil como un tigre, se plantó de un brinco, con puñal en mano, fuera del aposento y llegó á las puertas del palacio. Poniéndose al frente de la escolta que le había acompañado, reforzada por otra mas numerosa que su madre la reina había enviado, temerosa de algun desman por parte del rey de Samandal, cuyo orgullo y carácter violento conocía, invadió el palacio, sorprendió á los cortesanos que huyeron despavoridos, y arrojando del trono al rey de Samandal le encerró en una fortaleza bien custodiada por sus gentes. Algunas de estas que habían huido en los primeros momentos de confusión contaron á la reina, madre de Saleb, lo que había ocurrido y extendieron la alarma por el reino. La reina, que era mujer de gran cabeza, dispuso inmediatamente, el envío de nuevos refuerzos, y con ellos pudo el rey Saleb afianzar su autoridad y hacerse dueño completamente del reino. Luego que aseguró la persona del rey de Samandal, registró todos los aposentos del palacio en busca de la princesa Giborosa, en cuya pesquisa le acompañó el rey Beder que se había apresurado á reunirse con su tio en cuanto se recibieron las primeras noticias de lo que ocurría. Todas las pesquisas fueron vanas, por-

que la princesa Giborosa, en cuanto vió el tumulto ocasionado por el ataque de Saleb, había huido, y saliéndose del mar con las mujeres que la servían se había ido á refugiar á una isla desierta.

El rey Beder, viendo que no podía encontrarse á la princesa Giborosa, objeto y causa principal de aquellos acontecimientos, sumamente afligido de no haber logrado al ídolo de sus deseos; no teniendo ya nada que hacer en el fondo del mar se salió á tierra, pero como no estaba acostumbrado á estas expediciones, y no sabía qué camino tomar para volver á su reino, se extravió y fué á parar á la misma isla en que se había refugiado la princesa. Allí se sentó á descansar á la sombra de un árbol frondoso y á reflexionar lo que haría, cuando llegó á sus oídos el eco de varias voces. Inmediatamente se levantó, y dirigiéndose hacia el punto en que las voces se oían, no tardó en descubrir un grupo de jóvenes hermosas entre las que descollaba una de ellas por su aire majestuoso y distinguido, y sobre todo, por una belleza divina. Al verla le dió un vuelco el corazón, y sin saber por qué, tuvo por cosa cierta de que aquella hermosísima joven debía ser la princesa Giborosa, objeto de sus deseos, como en efecto lo era. Sin titubear se dirigió hacia ella, y saludándola con muestras del mayor respeto le dijo : — « Gracias doy al cielo por el favor que me dispensa permitiéndome ver una de sus criaturas mas perfectas : es una gran dicha para mí el poder ofreceros mis respetos; os ruego que los aceptéis y me digáis en qué puedo complacerlos, pues comprendo que una persona como vos, en la situación en que se encuentra, necesita algunos auxilios. » La gallardía, el aire distinguido y el modo de expresarse del joven rey Beder no dejaron de causar impresión á la princesa, la cual le contestó : — « Ciento es, señor, que es bien afflictivo para una persona de mi clase el hallarse en la triste posición en que yo me encuentro. Sabed que soy la princesa Giborosa, hija del rey de Samandal, que me he visto precisada á huir para no caer en poder del rey Saleb, el cual, sin que yo haya podido saber el motivo, allanó nues-

tro palacio, mató á los guardias y cortesanos que le resistieron, é hizo á mi padre prisionero. Sin tener tiempo para informarme de mas, me salí del mar apresuradamente y vine á refugiarme á este sitio. »

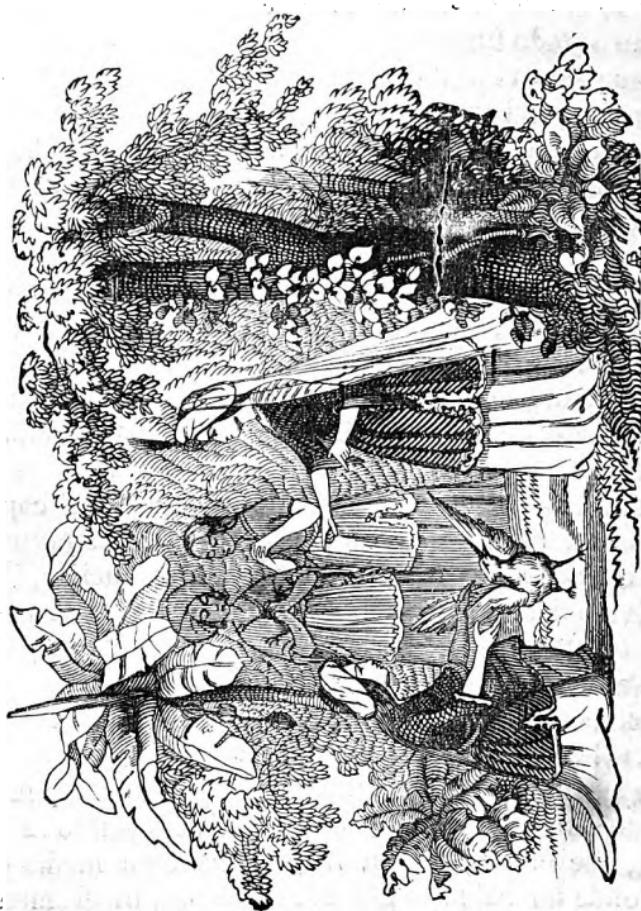
El rey Beder se alegró mucho de que los presentimientos de su corazon no hubiesen sido desmentidos, y aun mas de que su tio se hubiese apoderado del rey de Samandal, porque esperaba que, por recobrar su libertad, le concederia gustoso la mano de su hija, á la cual le dijo :—« Adorable princesa, muy justo es vuestro sentimiento, pero la desgracia que lo motiva puede tener fácil y pronto remedio, y así lo juzgaréis vos misma cuando sepáis que yo soy el rey de Persia, sobrino del rey Saleb que fué á pedir á vuestro padre vuestra mano para mí; por que es preciso que yo os diga que, aun ántes de haberos visto, y por solo la descripcion que oí hacer de vuestra divina hermosura, os entregué mi corazon, y ansié el poseeros ; entrega que hoy os confirmo despues de haber tenido la dicha de veros. Os ruego que aceptéis la ofrenda de mi alvedrio y el homenaje de un rey poderoso que ha abandonado sus Estados con el único objeto de ofreceros su corazon y su corona. Así, hermosa princesa, permitidme que yo os presente á mi tio el rey Saleb, y estad persuadida de que tan pronto como yo os reciba por espesa, de manos de vuestro respetable padre, se apresurará á devolverle su libertad y ponerle en posesion de sus Estados. »

Estas declaraciones del príncipe Beder no produjeron el efecto que debia esperarse, muy al contrario, porque al saber la princesa que el rey de Persia era la causa de la desgracia en que se veía, acallando los sentimientos de simpatia que le habia inspirado la gallardía y varonil hermosura del príncipe, y no escuchando mas que los del resentimiento y deseo de venganza, le consideró como á un mortal enemigo con quien no debia tener relaciones de ninguna especie ; y suponiendo que uno de los motivos que su padre habia tenido para no concederle su mano era su calidad de « príncipe terrestre, » deter-

minó conformarse con su voluntad. Sin embargo, no quiso manifestar ostensiblemente su rencor, sino aparentar benevolencia; y miéntras que en su interior estaba ideando el medio de deshacerse del príncipe, le contestó con un agrado fingido y aparente: — « Por lo que me decís, veo que sois el hijo de la reina Gulgara tan afamada por su singular belleza, y me alegro de ver en vos un príncipe que tanto se le asemeja. El rey mi padre ha hecho muy mal en oponerse á nuestra union en la que yo, por mi parte, consiento con placer; su negativa es excusable porque no os conocia, pero estoy segura de que en cuanto os vea mudará de parecer y se apresurará á hacernos felices; » y al expresarse así le tendió la mano como para ratificar lo que decia.

Enajenado de gozo, el rey Beder se prosternó á los pies de la princesa cuya mano se disponia á tomar para llevarla á sus labios, cuando esta, dándole un fuerte empellon y abriendo al mismo tiempo una cajita con polvos amarillos que habia sacado con disimulo de la faltriquera, se los arrojó al rey Beder encima, diciendo al mismo tiempo : « ¡ Temerario jóven, insensato príncipe ! deja esa forma que tienes, y en castigo de tu temeridad é insensatez toma la de un pájaro verde con el pico y las patas amarillas, la cola roja, y las alas azules y negras. » Hecha en el acto esta transformacion por el ensalmo de la princesa, que era una maga consumada, mandó á una de sus esclavas que llevara aquel pájaro á la Isla Seca, que era un peñon árido situado en medio del mar en donde no habia ni una gota de agua, ni el menor arbusto. Compadecida la esclava de la suerte del rey Beder cuya gallarda presencia le habia inspirado alguna simpatía : « Es una lástima el que perezca de hambre y sed un príncipe tan digno de ser amado, se dijo para sí, y puede ser que llegue algun dia en que la princesa se arrepienta de haber obrado tan cruelmente con él, y me agradezca el haberle conservado la vida ; » y en vez de llevar el pájaro verde al peñon, le llevó á una isla muy frondosa en la que habia abundancia de agua y comestibles.

Miéntras ocurrían estos acontecimientos, como el rey Beder ni se había despedido de su madre, al marcharse con



su tío, ni de este, ni tampoco de su abuela, y pasaban días y días sin que pareciera, la reina Gulgara inquieta y temerosa, suponiendo que su hijo se había marchado con su tío, quiso saberlo de fijo, y con este objeto se sumergió en el mar y se fué á ver á su madre. Esta, presumiendo cuál era la causa verdadera de la venida de su hija á su casa paterna : — « Ya sé, le dijo, que no es á mí á quien vienes á ver, sino á buscar á tu hijo, cuyo paradero

ignoro yo tambien ; » y en seguida le refirió todo lo que había ocurrido, añadiendo : — « No te desconsuelos por eso, porque estoy segura que no tardaremos en volver á verle, y aparecerá cuando ménos se piense. Miéntras tanto, como su desaparicion puede dar ocasion á algunas turbulencias en el reino de Persia, será lo mejor que te vuelvas cuanto ántes allá para que no se advierta tu ausencia, y sin dejar de hacer todas las diligencias posibles para descubrir su paradero, hagas publicar que el rey se ha ausentado durante algun tiempo para ir á viajar por los países extranjeros, dejándote encargado el gobierno del reino » La reina Gulnara creyó que lo mas prudente era el tomar este sabio consejo de su madre, y despidiéndose de ella con lágrimas en los ojos se salió del mar y se volvió á su palacio sin que nadie hubiese advertido que había estado fuera. Hizo anunciar la ausencia del rey, y con la asistencia del gran visir y del consejo continuó gobernando pacíficamente el reino. Su desconsuelo y afliccion eran muy grandes ; sin embargo, al ver que pasaban dias y mas dias sin que los emisarios secretos que, así ella como su madre y su hermano el rey Saleb habian enviado por mar y por tierra, pudiesen adquirir la menor noticia del príncipe.

El pobre rey Beder, miéntras tanto, reducido á la condicion de pájaro, y obligado á hacer la vida de los de su especie, pasaba sus dias solitario en el bosque, alimentándose con las frutas y granos que allí había ; siendo una de las cosas que mas le afligian el no saber en qué parte se hallaba, ni qué rumbo tomar para dirigirse al reino de Persia, y no se atrevia á fiarse de la corta extension de sus alas para atravesar mares para él desconocidos. Quizá habria muerto allí de viejo, si un cazador de pájaros muy diestro que venia de vez en cuando á aquella isla no le hubiese descubierto un dia posado en la rama de un árbol en que solia pasar las noches. Al ver un pájaro de una especie tan rara y tan desconocida para él, empleó toda la maña é industria en cogerlo en sus redes y lo

consiguió. Lo examinó de cerca y se dijo para sí : « Esta es una ave rara que en mi vida he visto, á pesar de los años que llevo en este oficio ; yo no sé á qué especie pertenece, pero estoy seguro que si se lo llevo al rey, que es aficionado á pájaros raros y bonitos, me dará una buena gratificacion, ó su venta me valdrá mas que la de todos estos otros pajarillos reunidos. » Entónces el cazador le puso en una jaula aparte y se dirigió al palacio del rey en ocasion que este salia para ir á caza. Al pasar junto al cazador le llamó la atencion el pájaro que este tenía en la jaula, y mandó á uno de sus oficiales que se lo trajera y preguntase al cazador si lo vendia. Hízolo así el oficial, y el cazador le respondió que si el pájaro era para Su Majestad, tendria á mucho honor el que, si le agradaba, se dignase aceptarle como obsequio. El rey mandó entónces que llevasen la jaula á su cuarto y que diesen al cazador diez monedas de oro, con lo cual el hombre se marchó contentísimo.

Cuando volvió el rey de la caza se puso á examinar atentamente aquel pájaro que nadie sabía cómo se llamaba, ni conocia la especie á que pertenecia, le sacó de la jaula y le puso sobre la mesa en que le habian servido la comida, y el pájaro, con gran sorpresa y admiracion suya y de sus cortesanos, empezó á picotear el pan y los demás manjares, y hasta meter el pico en la copa del vino. Una cosa tan nueva para él, y tan fenomenal, quiso que la reina la viera, y envió un oficial de los eunucos á rogarla que viniese. En cuanto la princesa llegó y vió al pájaro verde, se apresuró á cubrirse el rostro con el velo. « ¿Por qué encubrís vuestra hermosura, le preguntó el rey, cuando aquí no hay mas que mis eunucos y vuestras mujeres ? — Os equivocáis, señor, le respondió la reina, aqui hay un gallardo jóven, un príncipe poderoso, un extranjero. — ¿Qué estáis diciendo, querida Fátima? ¿habéis perdido el juicio ? — Yo bien sé, señor, lo que me digo. Sabed que ese pájaro verde que está sobre la mesa no es lo que aparenta. Es un hombre transformado en pájaro por el ensalmo de una princesa. Es el jóven rey

Beder, de Persia, hijo de la sin par Gulnara, princesa del Mar, de quien habéis oido hablar varias veces, á quien la princesa Giborosa, hija del rey de Samandal, de la cual él estaba enamorado, en venganza de que el rey Saleb, tio del rey Beder, ha encerrado á su padre en una fortaleza, ha convertido en pájaro — ¡ Vaya ! ¡ vaya ! ya veo, hermosa Fátima, que os queréis chancear conmigo. ¿ Cómo es posible que este pájaro sea un hombre ? — Nada es mas cierto de lo que os digo, señor. — Pues en ese caso, le replicó el rey, vos que sabéis tantas cosas y estáis tan instruida en el arte de la hechicería y de la magia blanca, ¿ no podriais hacer recobrar al príncipe Beder su ser primitivo ? — Sí, puedo, le contestó la reina, y lo haré si tal es vuestro deseo. Tened la bondad de trasladaros á esa pieza contigua, y dejadme sola con el príncipe. » Este, desde que empezó el diálogo que acabamos de referir, entre el rey y la reina, había dejado de picotear la comida, y escuchaba atentamente. El rey se trasladó al gabinete inmediato dejando la puerta entreabierta, y la reina, tomando una taza llena de agua, sopló tres veces sobre ella y pronunció ciertas palabras misteriosas. El agua empezó á hervir á borbotones, y derramándola sobre el pájaro verde que, con las alas abiertas y la cabeza inclinada, se había puesto á sus piés, le dijo al mismo tiempo : « Pájaro, si tal es tu naturaleza, permanece lo que eres ; pero si has sido convertido en ave por ensalmo y hechicería, te mando, por virtud de las santas y misteriosas palabras que acabo de proferir, y por la virtud de esta agua mística, en nombre de nuestro Criador, Dios omnipotente, que resucita a los muertos y sustenta el Universo, que dejes de ser pájaro, y recobres tu forma primitiva. » No bien la reina acabó de pronunciar estas palabras, y de rociar al pájaro con el agua hirviendo, cuando se le desprendieron todas sus plumas, se desvaneció el pájaro, y apareció el jóven rey Beder en toda su gallardía.

Lo primero que hizo al verse transformado á su ser primitivo, fué prosternarse en tierra para alabar á Dios.

elevando sus manos al cielo por el favor que le había hecho, y en seguida arrojarse á los piés de la reina y be-



sarle la franja de su vestido, acompañando su acción con palabras sentidas que expresaban su agradecimiento : despues se acercó al rey que no acababa de reponerse de a sorpresa que le había causado ésta transformacion, y tomandole la mano se la besó respetuosamente. El rey correspondió á esta muestra de gratitud y deferencia abra-

zándole y rogándole que se sentara con él á la mesa. Durante la comida, el príncipe Beder refirió extensamente todo cuanto le había ocurrido, y el rey le preguntó en qué podria servirle. — « El mayor servicio que podéis hacerme, contestó, es el de proporcionarme un buque que me conduzca á Persia, en donde mi ausencia habrá causado quizá algunas turbulencias, y mi pobre madre y todos mis parientes se hallarán en la mayor inquietud. »

— En vista de este deseo, el rey dió órden para aparejar inmediatamente uno de los buques mas veleros de su armada, y el príncipe Beder, despues de haberse despedido de él y de la reina Fátima, renovándoles las muestras de su agradecimiento y jurándoles una amistad eterna, se embarcó é hizo á la vela con viento fresco y favorable. Ya llevaba unos cuantos dias de navegacion próspera, cuando se desencadenó una horrible tormenta que, despues de haber hecho perder al buque sus masteleros, jarcias y demas aparejos, lo arrojó contra un arrecife con tanta violencia que el casco se abrió por medio. La mayor parte de la tripulacion pereció ahogada ó estrellada contra las rocas de la costa que no estaba muy léjos ; algunos se salvaron á nado ó asiéndose á los maderos desquiciados del buque. De este número fué el rey Beder, el cual, como era buen nadador, pudo, auxiliado por el leño, llegar á una playa desde la que se descubría una ciudad de muy bella apariencia. Habiendo hecho pié, abandonó el madero protector y se dirigió hacia tierra, cuando vió salir de un bosque inmediato y venir hacia él un numeroso rebaño compuesto de animales cuadrúpedos de especies bien diferentes, tales como caballos, toros, elefantes, camellos, y hasta leones y tigres. La aparicion repentina de un conjunto de animales tan heterogéneo, y la actitud que tomaron estos animales poniéndose delante de él como para impedirle el que saliera á tierra, no dejó de sorprenderle y atemorizarle ; pero como no podía retroceder, ni permanecer en aquel sitio, siendo animoso como era, se decidió á seguir adelante, y vió con gran satisfaccion que los tales animales, en vez de acometerle, se iban retirando

según y conforme él avanzaba. De este modo llegó á la ciudad cuyas calles en su mayor parte las encontró desiertas, y esta particularidad le hizo pensar que la aparición de aquellos animales y su oposición á que no entrara en la ciudad debía tener algún motivo. Al fin llegó á un barrio en donde había varias tiendas abiertas, y se paró delante de una en la que vió una multitud de cestillos y azafates llenos de frutas diversas arregladas con mucho aseo y simetría, y acercándose á un anciano que era el dueño de la tienda, le saludó muy cortesmente. El anciano se quedó sorprendido al verle, y le preguntó de dónde venía, y qué era lo que buscaba. El rey Beder, sin decirle enteramente quién era, le refirió el naufragio que había sufrido y su encuentro, al salir del mar, con aquel rebaño de animales tan diversos. — « Sois la primera persona, añadió, á quien hablo en esta ciudad que, á pesar de ser tan linda, la veo casi desierta. » Enamorado el anciano de la bella presencia del príncipe Beder, de su aire distinguido y de su franqueza : — « Entrad, entrad, le dijo, no permanezcáis delante de la puerta, porque podria sobreveniros algún daño. Ya os explicaré el porqué. » El príncipe entró en la tienda en donde el anciano le hizo tomar algún alimento, y mientras comía le dijo : — « Bien podéis dar gracias al cielo por haberos conducido hasta esta casa sin haber tenido ningun mal tropiezo , porque habéis de saber que os halláis en la « Ciudad de los Encantos, » que está gobernada no por un rey, sino por una reina, mujer la mas hermosa de su sexo, pero al mismo tiempo maga y hechicera consumada, de malas intenciones y corazon perverso, que se complace en hacer á los hombres jóvenes todo el mal que puede. De esto os convenceréis cuando sepáis que esos animales que os salieron al encuentro son otros tantos hombres transformados en brutos por la reina hechicera, los cuales, como no podian expresarse de otra manera, querian daros á entender con su actitud el que no entraseis en esta ciudad, á fin de preservaros de la triste suerte que á ellos les ha cabido. Todos cuantos jóvenes llegan á esta malhadada ciudad,

tan pronto como la reina tiene conocimiento de su arrivo les manda venir, los hospeda regiamente, los obsequia y les da ciertas pruebas de interes y afecto, pero á los pocos dias, y cuando estos jóvenes se hallan mas confiados y alucinados con esta cordial, pero aparente acogida, se encuentran metamorfoseados, unos en toros, otros en asnos, otros en pájaros, segun el capricho de la reina. »

— Al recibir estas noticias, sin poder contenerse, el rey Beder exclamó : — « ¡Dios mio ! ¡á qué triste situacion me reduce mi desventurada suerte ! cuando apénas acabo de librarme de una transformacion, cuyo solo recuerdo me estremece, me veo amenazado y expuesto á sufrir otra quizá mas terrible. » Y en seguida refirió al anciano lo que le había sucedido, descubriendole quién era. Despues de haberle oido, el frutero, para tranquilizarle, le dijo : — « Aunque es muy cierto que la reina Laba es una maga de muy mal corazon y de peor ralea, no debéis alarmaros por eso. Yo soy muy conocido de ella y conmigo guarda ciertas consideraciones ; y ya que la suerte os ha conducido á mi casa, podéis quedaros en ella ; y con tal que no os alejéis, ni cometáis ninguna imprudencia , estando en esta casa y en mi compañía no corréis ningun riesgo. » — El rey Beder aceptó la hospitalidad que el anciano frutero le ofrecia, y se instaló con él en la tienda. Los que venian á comprar frutas y los transeuntes se quedaban embelesados mirándole, y felicitaban al buen hombre por haber adquirido un esclavo, segun ellos creian, de tan bella presencia, admirándose al mismo tiempo de que la reina Laba no hubiese tratado de llevársele. El frutero les decia que no era un esclavo, sino un sobrino suyo, hijc de un hermano que acababa de morir, y que como él no tenía hijos le había mandado venir para adoptarle, y despues de instruido en el comercio de frutas, dejarle la tienda ; y que esperaba que la reina no se lo llevaria.

Un mes largo hacia ya que el príncipe Beder vivia en la Ciudad de los Encantos en compañía del anciano frutero, cuando acertó á pasar delante de la tienda , con gran pompa, guardias y acompañamiento, la reina maga, y al

ver á un jóven tan gallardo se quedó parada, y preguntó al anciano quién era. — « Es un sobrino mio, le contestó el frutero, á quien he enviado á buscar para que me acompañe y me ayude en el comercio, porque yo me voy haciendo ya muy viejo. — Pues es preciso que me le cedáis, le dijo la reina, porque precisamente necesito un paje, y vuestro sobrino me conviene. — No tengo incon-



veniente en cedérosle, señora, le contestó el anciano, con tal que me prometáis tratarle como merece, pues como

no tengo hijos, ni mas sobrino que este, sentiria en el alma que le sucediese la menor desgracia. — No paséis pena por eso, le replicó la reina, que cuidaré de él y le trataré como si fuera mi propio hijo. » — Como no habia ningun medio de oponerse á la voluntad de la reina, por que, si no se accedia por bien á sus deseos, ella haria uso no solo de su autoridad suprema, sino que emplearia la fuerza ó sus diabólicos hechizos, se convino en que al dia siguiente el sobrino del anciano Abdalá, pues así se llamaba el frutero, entraria al servicio de la reina.

Luego que esta pasó : — « Hijo mio, dijo el anciano Abdalá al rey Beder, ya habéis visto que me ha sido imposible el evitar que vayáis á servir á la reina ; pero tambien habréis notado con qué deferencia me ha tratado así ella como los oficiales de su guardia y demas gentes de su servicio. La reina Laba es una maga perversa, pero como sabe que sus malas artes nada pueden hacer conmigo, por eso me guarda ciertas consideraciones. No os apesadumbréis, ni tengáis miedo, que yo velaré sobre vos, y sabré frustrar sus malos designios. Maldita sería del Cielo, y mal le avendria, si no cumpliese lo que me ha ofrecido. » A pesar de estas seguridades, el rey Beder no dejó por eso de afligirse ménos, lamentándose de haber caido en Scila, despues de haberse librado de Caríbdis. — « No os ocultaré, le dijo al anciano Abdalá, la gran repugnancia que siento y el temor que me inspira el tener que acercarme á esa reina maga, despues que me habéis referido las maldades que ha cometido, y si pudiera evitarlo, aunque fuera á costa de cualquier riesgo, me apresuraría á huir semejante peligro ; pero ya que no puedo hacerlo, me abandono á la Providencia y me pongo bajo su proteccion. »

Al dia siguiente, Abdalá acompañó á su presunto sobrino al palacio de la reina, la cual los recibió con el mayor agrado, y renovó las promesas hechas el dia anterior á su supuesto tio, de tratar al jóven paje Beder como á su propio hijo. Ántes de despedirse el anciano frutero se acercó á la reina Laba y le dijo muy despacito : — « Poderosa reina, no extrañéis si, á pesar de vuestras promesas,

os entrego con repugnancia á mi sobrino, y ya sabéis los motivos que tengo para ello. Os ruego que olvidéis para con él vuestra gran ciencia, y que no la empleéis para hacer con él lo que con otros habéis hecho. » La reina repitió lo que ántes había dicho y al despedirle mandó que le entregaran mil monedas de oro, que él se negaba á recibir, pero que tuvo precision de aceptar en vista de la insistencia de la reina.

Luego que el viejo Abdalá se retiró, la reina mandó á sus esclavas que condujesen á Beder á un magnífico apartamento y le diesen un traje nuevo, y aquel dia le hizo sentarse á su mesa. Cuando salia se le llevaba siempre consigo, y hacía con él muchas demostraciones de interes y y cariño ; pero el príncipe, prevenido y receloso por lo que su tío Abdalá le había dicho, se hacía el desentendido y se mostraba frio é indiferente á todas aquellas aparentes muestras de cariño. Viendo la reina que todas sus atenciones y su hermosura no producian sobre su paje la impresion que ella deseaba, se decidió á emplear con él sus hechizos. Un dia muy caluroso, en que el príncipe Beder se había recostado sobre unos almohadones, entró en su cuarto muy despacito la reina Laba, y creyendo que estaba dormido, abrió una caja que llevaba llena de polvos amarillos, hizo con ellos un reguero en el suelo y pronunció unas cuantas palabras acompañadas de ciertos signos. El reguero de polvos se convirtió en seguida en un arroyuelo de agua cristalina. La reina maga salió, pero volvió al momento trayendo un saquito con harina y otros ingredientes, con todos los cuales, empleando el agua de arroyuelo que seguia corriendo por la habitacion, hizo un amasijo en forma de galleta. Concluida la operacion, volvió á pronunciar ciertas palabras y el arroyuelo desapareció quedando el piso tan seco como un pergamino, recogió todos los demas trebejos que había traído y se marchó. El rey Beder que había estado observando muy atentamente todas aquellas manipulaciones de la reina, fingiéndose el dormido, se levantó, y como aquel dia no temía que acompañar á la reina, se fué á ver á su tío

frutero, y le contó lo que había visto hacer á la reina. — « Ya me presumía yo, le dijo Abdalá, que mas pronto ó mas tarde vendría á suceder eso, no obstante las promesas que me había hecho ; pero felizmente, como la conozco, sus malas artes no me cogen desprevenido. Tomad estas dos galletas, le dijo á Beder, y cuando la reina os presente la que le habéis visto amasar, y os incite á que la comáis, tomadla, y remplazándola diestra y disimuladamente por una de estas, comedla en su presencia. Al mismo tiempo, ofrecedle la otra que ella, probablemente por congratularse con vos, aceptará. Cuando veáis que ha comido unos cuantos bocados arrojadle al rostro el agua de este frasquito diciendo : — « Deja la forma de mujer y toma la de yegua, » ó de otro animal cualquiera : y en seguida me la traeréis aquí.

El rey Beder dió las mas expresivas gracias al anciano Abdalá por el gran servicio que le hacía suministrándole el preservativo para librarse de los encantos de la maga, y se volvió á palacio corriendo. Cuando llegó le dijeron que la reina había preguntado por él, que deseaba verle y que la encontraría en el jardín. En efecto, acudió al jardín y la halló sentada en un banco de césped al lado de una fuente. — « Deseaba veros, le dijo la reina así que se acercó, para haceros probar una galletita que, por pasatiempo, he amasado yo misma con mis propias manos, para saber si la encontráis de vuestro gusto, pues yo soy muy aficionada á estas golosinas, » y al mismo tiempo le alargó la galleta y le dijo que se sentara á su lado para comerla. Al dar una vuelta por detrás del banco para ocupar el asiento que la reina le indicaba, el rey Beder sustituyó con la de su tío la galleta de la reina ; se sentó y dijo á la reina : — « Señora, nunca podré agradecer lo bastante la honra que me dispensáis, consultando mi gusto sobre un manjar que, confeccionado por vuestras propias manos, no puede ménos de ser exquisito. Con este motivo, permitidme, señora, que yo tambien ofrezca á Vuestra Majestad otra galleta que me ha dado mi tío, de cuya casa vengo en este momento, y á quien había ido á

ver, sabiendo que Vuestra Majestad no saldria de casa este dia. Os ruego, señora, que os dignéis aceptarla como un testimonio de lo muy presente que tenía á Vuestra Majestad en mi memoria. » La reina se mostró muy complacida de las lisonjeras palabras de su paje, y tomó la galleta. Miéntras tanto, Beder partió un pedazo de la suya y se lo comió diciendo : — « Señora, encuentro esta galleta deliciosa, ¿ cómo halla Vuestra Majestad la mia ? » Ántes de responder, la reina tomó en el hueco de su mano un poco de agua de la fuente, y rociando con ella al rey Beder exclamó : — « ¡ Desventurado ! deja la forma que tienes y toma la de un burro cojo y tuerto. » Como estas palabras no produjeron el efecto que ella se esperaba, y que su paje continuaba comiendo la galleta sin cambiar de forma, se quedó sorprendida, y para disimular su turbacion, se echó á reir y le dijo al príncipe : — « ¡ Qué susto habéis llevado con mi broma ! pero ya veo que sois un jóven impávido, lo cual aumenta la estimacion en que os tengo, y como prueba de ello voy á comer vuestra galleta. » En efecto, la partió y se comió un pedazo. Al tragarla, se quedó como paralizada y suspensa, y el príncipe Beder, destapando entonces el frasquillo que su tío Abdalá le había dado, arrojó su contenido al rostro de la reina, diciendo al mismo tiempo : — « ¡ Abominable maga, deja la forma que tienes y transformate en yegua ! » Pronunciadas estas palabras, la metamorfosis quedó hecha, y en lugar de la hermosa reina Laba, Beder se encontró al lado de una gallarda yegua, de cuyos ojos salian lágrimas abundantes. En seguida, saliendo por una puerta falsa del jardín la condujo llevándola agarrada por las crines á casa del frutero Abdalá, el cual la embriodó con una brida especial que tenía preparada, se la entregó al rey Beder y le dijo : — « Es preciso que os marchéis inmediatamente de esta ciudad y os dirijáis á vuestro reino. No os deshagáis de esta yegua, y sobre todo, si llegáis á deshaceros de ella, no le quitéis la brida. »

Despues de haber abrazado al buen frutero, dándole

repetidas gracias con la mayor efusión por su hospitalidad y por los demás favores que le debía, el rey Beder montó en su yegua y tomó el camino que Abdalá le indicó para dirigirse á las fronteras de Persia. Al cabo de tres días de marcha llegó á los arrabales de una gran ciudad, y como ignoraba el país en que se hallaba, porque con el gozo de haber salido de la Ciudad de los Encantos y de verse libre de las hechicerías de la reina Laba, no se había detenido á informarse de nadie; quiso saber cómo se llamaba aquella gran ciudad ántes de entrar en ella, y con este objeto se dirigió á un anciano bien vestido que le pareció una persona respetable, y despues de saludarle le dijo, que como era extranjero, y era la primera vez que llegaba á aquellos parajes, le rogaba tuviese la bondad de indicarle una buena posada en donde pudiera hospedarse. El anciano correspondió á su saludo, se paró á mirar la yegua de cuya hermosura y bellas formas hizo grandes elogios, y empezó á nombrarle varios paradores, y á darle otras noticias interesantes. Miéntras estaban hablando se les acercó una vieja andrajosa y empezó á llorar y lamentarse. El anciano y Beder suspendieron su conversacion y le preguntaron a la buena mujer por qué se lamentaba. — « ¡Ay señor! le contestó la vieja, al ver esta hermosa yegua no he podido contener mis lágrimas, porque es tan parecida á una yegua que tenía mi hijo, que si no hubiera muerto, diría que era la misma. Mi hijo estaba tan enamorado de su yegua, que su pérdida le ha causado un dolor tan grande, que temo no llegue á caer malo, pues está inconsolable. ¡Ah señor! si quisierais venderme este animal yo os daria por él lo que vale. — Buena mujer, le contestó Beder, vuestra afliccion me causa pena por no poder remediarla, porque yo no tengo intencion de vender esta yegua, y si la tuviera, en ese caso no me desharía de ella miéntras no me pagaran el precio en que yo la estimo, precio que vos ni vuestro hijo quizá no podáis ó no queráis darme. — ¿Y por qué nó? le contestó la vieja. Mi hijo y yo venderíamos hasta el

último trapo para pagaros el precio en que vos la estimareis ; » y continuó sollozando y rogándole por Dios y por el profeta que se la vendiera. Miéntras la vieja hablaba, la yegua no cesaba de mirarla de una manera muy particular, y de dar grandes relinchos. El príncipe Beder, sonriendose, y creyendo, al ver el traje haraposo de la vieja, que el mejor medio de poner término á sus importunidades, sería el de pedir por la yegua un precio fabuloso y exorbitante : « — Buena anciana, le dijo, vuelvo á repetiros que la yegua no está de venta, y que si yo me decidiese á deshacerme de ella no la daria á ménos que no me entregaran en el acto dos mil monedas de oro. Si vos ó vuestro hijo podéis dármelas, vuestra será la yegua en ese caso. — Algo cara es, le contestó la vieja, pero puesto que no la queréis vender por ménos, queda cerrado el trato, y á vos os tomo por testigo de ello, le dijo al señor que había estado escuchando ; y levantándose el manto, y sacando dos bolsas que llevaba sujetas á la cintura, aquí tenéis, añadió, las dos mil monedas de oro, contadlas, y si faltan algunas os las traeré al momento, que no está léjos mi casa. » Mudo de sorpresa y asombro se quedó el rey Beder al ver sacar á la vieja haraposa las bolsas llenas de oro, y no fué menor tampoco la admiracion del anciano que había presenciado el trato. Repuesto en fin, Beder le dijo : — « Buena mujer, ¿ no conocéis que todo lo que ha pasado ha sido una pura broma ? Os repito que yo nunca he tenido intencion de desprenderme de la yegua. Así, guardad vuestro dinero, dejadme proseguir mi camino, y Dios os guarde. »

El anciano, que hasta entonces no había despegado sus labios, dirigiéndose á Beder le dijo : — « Ya veo, señor extranjero, que como no sabéis que os halláis en la ciudad de « Las Buenas Palabras, » ignoráis que aquí se castiga con la muerte al que no cumple sus contratos. Esta mujer me ha tomado por testigo, y yo no podré ménos de declarar delante de la justicia lo que ha pasado. Esta os condenará, no solo á entregar la yegua, sino á ser ahorcado.

Así, hijo mio, lo mas ventajoso y prudente que tenéis que hacer, es el arreglar amistosamente este negocio, recibiendo el precio que vos habéis exigido y esta mujer ha ofrecido pagaros, y entregarle la yegua. » En vista de esta declaracion, aunque inconsolable y atribulado por haberse dejado sorprender de una manera tan inesperada, el pobre rey Beder echó pié á tierra y entregó á la mujer haraposa la yegua, la cual dió un relincho formidable.

Esta vieja, señor, dijo la sultana Gerenarda á su esposo el sultan, era la madre de la reina Laba, gran maestra en el arte de las hechicerías y de los encantos, que había venido siguiendo á Beder, disfrazada, con el objeto de aprovechar la primera ocasion que se le ofreciese para libertar á su hija, siendo ella la que le había enseñado la magia.

Luego que Beder se apeó, poniendo las dos bolsas á sus piés, la vieja se acercó á la yegua y le quitó la brida ; en seguida tomando un puñado de tierra hizo sobre ella unos signos cabalísticos, dió tres vueltas al rededor del animal pronunciando por lo bajo yo no sé qué palabras, y á la tercer vuelta, espolvoreando el cuerpo de la yegua con la tierra, exclamó : « ¡ Hija mia ! deja esa forma extraña, y recobra la tuya verdadera. » En el momento desapareció la yegua, y apareció la reina Laba. Miéntras tanto, su madre pegó un silbido, y en el acto se presentó un horrible gigante con alas al que dijo la vieja : « Farusko, llévanos adónde sabes. » El gigante alado asió al rey Beder que estaba atónito y no sabía lo que se pasaba, y se le echó á la espalda sujetándole con las alas, y colocando en cada uno de sus brazos á la reina Laba y á su madre, se remontó por los aires y al poco rato depositó su triple carga en el palacio de la reina maga en la Ciudad de los Encantos. El buen anciano habitante de la Ciudad de las Buenas Palabras se quedó clavado en tierra con la boca abierta mirando lo que pasaba.

Luego que la reina maga se vió en su palacio, desahogó su rencor contra su antiguo paje diciéndole mil impropios é injurias. « ¡ Infame ! exclamaba, ¡ de ese modo es

como tú y tu tío habéis correspondido á las consideraciones que he tenido con él y contigo, y al afecto que te profesaba ? pero, deja, deja, que yo sabré vengarme y castigaros como merecéis . » Y tomando agua en una taza de oro, da una forma particular, sopló sobre ella y se la arrojó al rostro á Beder exclamando : — « ¡ Conviértete en lechuza, miserable ! » Hecha la transformacion en el acto, mandó á una de sus esclavas que metiese aquella ave asquerosa y horrible en una jaula y la llevase al desvan, que no le diese de comer y la dejase morir de hambre. Y hé aquí como el jóven rey Beder, á pesar de toda su hermosura varonil, como hombre, y de todo su gran poder como monarca, por un capricho de jóven enamorado, volvió á hallarse en la miserable condicion de ave nocturna, y á merced del rencor de una mujer irritada, y por añadidura, reina y maga.

La esclava á quien la reina Laba había entregado la lechuza, como sabia que era el hermoso paje de cuya varonil hermosura todas las mujeres de la reina estaban prendadas, y que ademas era amiga del frutero Abdalá, no solo le dió de comer, sino que fué á avisar á este de la triste situacion en que su sobrino se hallaba, y de los proyectos de venganza de la reina maga contra ambos. Abdalá conoció entonces que no habia tiempo que perder, y que era preciso adoptar medidas prontas y enérgicas para salvar al rey Beder y librarse él mismo del furor de la maga. Dió á la jóven esclava las mas expresivas gracias por lo hecho con su sobrino, y por su diligencia en avisarle lo que pasaba, y le preguntó si estaba dispuesta á secundarle para socorrer al jóven paje y librarle del poder de su ama. Habiéndole dicho que podía contar con ella; Abdalá hizo entonces ciertas señales sobre una placa de cobre, y dando un fuerte silbido que repitió tres veces, se apareció un Genio, y le preguntó qué era lo que tenía que mandarle. — « Que lleves á esta jóven á la corte de Persia y la dejés en el palacio de la reina Gulnara : » y á la jóven le dijo en pocas palabras que el paje convertido en lechuza por los maleficos ensalmos de la reina Laba:

era el rey de Persia, y que era preciso que fuese á avisar á su madre de la situacion en que se hallaba; que le refiriéra todo lo que había ocurrido y le dijera de su parte lo urgente que era el auxiliarle. El Genio tomó á la joven, la colocó sobre sus hombros, y desapareció, habiéndola dejado pocos momentos despues en la azotea del palacio de la reina Gulnara. Esta se hallaba en aquellos momentos lamentándose con su madre y sus primas, que habian venido á acompañarla, y consolarla de no haber podido adquirir la menor noticia del paradero de su hijo. La joven esclava bajó á los aposentos y llegó al en que estaban las dos reinas y las princesas, y les enteró de quién era, de como había venido allí enviada por Abdalá, y por ultimo de la triste condicion en que se hallaba el rey Beder.

Al oirla, la reina Gulnara se levantó de su asiento arrebatada de júbilo por la noticia que le daba, y abrazó cariñosamente á la joven esclava, y lo mismo hicieron la reina madre y las princesas. Inmediatamente mandó traer un braserillo con lumbre, echó sobre el fuego unos palitos perfumados y pronunció ciertas palabras místicas. Se levantó una grande humareda, y al poco rato empezó á borbotar el agua del mar á cierta distancia del palacio, entrando por sus ventanas el rey Saleb acompañado por algunos oficiales. La reina Gulnara hizo repetir á la mensajera de Abdalá lo que acababa de contarle, y enfurecido el rey Saleb al oir lo que había hecho con su sobrino la reina Laba, juró que era preciso exterminarla, é ir á librar inmediatamente al rey Beder. En seguida volvió á sumergirse en el mar, y miéntras la reina Gulnara hacia anunciar con música, tambores y trompetas el próximo regreso del rey Beder, su tío Saleb reunia un formidable cuerpo de sus tropas submarinas, pedia el auxilio de los Genios sus aliados, y poniéndose á su cabeza salia con ellos del fondo del mar con intencion de ir á atacar á la reina maga en su Ciudad de los Encantos. Curioso era el ver á este ejército de Genios alados, de tritones, de monstruos marinos armados con tridentes, con espadas y con otras armas ofensivas y defensivas desconocidas en la tierra,

cuyos nombres sería imposible el designar. La reina Gulnara se puso tambien al frente de este formidable ejército al lado de su hermano, acompañada por su madre y sus primas que quisieron tomar parte tambien en esta expedicion contra la reina maga. El Genio que habia traído á la joven esclava volvió á buscarla, y uniéndose al ejército del rey Saleb, se elevaron todos por los aires y fueron á caer sobre el palacio de la reina Laba, la cual, sorprendida por un ataque tan imprevisto, no pudo hacer uso de sus hechicerías y encantos, y muertos y dispersos sus guardias y servidores, ella y su madre perecieron atravesadas por los tridentes y dardos de los soldados de Saleb que destruyeron todo cuanto encontraron en el palacio.

La reina Gulnara, terminado el combate, que no fué de larga duracion, mandó á la mensajera que fuese á buscar la jaula en que estaba encerrada la descomunal lechuza, y envió á llamar al mismo tiempo al frutero Abdalá. Cuando trajeron la jaula, abrió ella misma la puerta, y sacando de su prision al ave nocturna, la roció con el agua de un frasquito que traía preparada, diciendo al mismo tiempo : — « Hijo mio, recobra tu forma natural, deja esa horrible máscara, y vén á abrazar á tu madre. » La lechuza desapareció al contacto del agua, y el rey Beder apareció en toda su lozanía, arrojándose en los brazos de su madre que lloraba de gozo, y de los que no se desprendió sino para abrazar á su abuela, á su tio y á sus primas. Miéntras tanto, habia llegado á palacio el frutero Abdalá á quien la reina Gulnara le dijo : — « Excelente Abdalá, es tan grande el servicio que acabáis de hacerme avisándome la situacion en que el rey Beder mi hijo se hallaba, y los favores que le habiais prestado anteriormente, que nunca podremos recompensároslos bastante. Así, decidme lo que deseáis, que dispuesta estoy á complaceros y á probaros mi agradecimiento, dejándoos completamente satisfecho.— Gran reina, respondió Abdalá, inclinándose, todo lo que yo deseo es el que si la mensajera que os he enviado se digna recibirme por esposo, y el rey de Persia, vuestro hijo, me permite vivir en su corte para continuar sirvién-

dole, me tendré por bien recompensado. » La reina Gulnara se encaró con la jóven que estaba allí presente, como para preguntarle si consentia en conceder á Abdalá su mano. La jóven no respondió á la muda interpelacion de la reina sino bajando púdicamente la vista y poniéndose encendida como una amapola, con cuyo significativo silencio, dió á entender que aquella union no le desagrada. Entónces la reina hizo que ella y Abdalá se diesen las manos, y los desposorios quedaron efectuados, declarando á los esposos que irian á vivir á palacio, y que su suerte quedaba á su cargo.

Este enlace suministró la ocasion al jóven rey Beder para decir á su madre, sonriéndose, que le causaba gran satisfaccion el desposorio que acababa de efectuarse, en el que ella habia tomado tanta parte; pero que faltaba otro del que tambien debia ocuparse. La reina Gulnara no comprendió al pronto á qué desposorio aludia; pero habiendo recapacitado un momento, le respondió : — « Si es del vuestro, hijo mio, del que queréis hablar, consiento muy gustosa; » y dirigiéndose á los Genios y Tritones que habian venido con su hermano : — « Id, les dijo, á recorrer los palacios de todos los príncipes de mar y tierra, y volved á decirme cuál es la princesa mas hermosa y mas digna que habéis hallado para ser la esposa de mi hijo. — Señora y madre mia, se apresuró á decir el rey Beder, no hay necesidad de que vayan á buscarla, porque yo la he encontrado. Ya sabéis que, aun sin haberla visto, entregué mi corazon á la princesa Giborosa, hija del rey de Samandal, por solo la pintura que oí hacer á mi tio, de su hermosura y cualidades; despues la he visto yo mismo, y quedé aun mas apasionado; y á pesar de lo mal recibida que fué mi declaracion, y de lo mal que me trató, no por eso he dejado de amarla un solo instante. Yo creo que cuando mi tio haya puesto en libertad á su padre, y en nueva posesion de sus Estados, se mostrará mas humana, y su padre no se negará á concederme su mano. — Siendo así como dices, y si crees que esa princesa podrá hacerte feliz, yo no me opongo de

ningun modo á esa union. Pero es preciso saber ántes si consiente en ella el rey, su padre. »

El rey Saleb despachó á Samandal á algunos de sus oficiales para que trajesen al rey que continuaba encerrado



en la fortaleza, sin dejar de guardar con él todas las consideraciones y miramientos debidos á su alta clase.

No tardó en comparecer el rey de Samandal con los oficiales que le custodiaban, y así que llegó al palacio de la « Ciudad de los Encantos, el rey » Beder se arrojó á sus plantas, y besándole respetuosamente la mano: — « Señor, le dijo, no es el rey Saleb, mi tio, el que os pide hoy la mano de vuestra hija la princesa Giborosa, sino el poderoso rey de Persia, que se creeria el mas desgraciado de los hombres si no os dignaseis otorgársela. » El rey de Samandal, á quien su cautividad y la perdida de sus Estados habian abatido su orgullo y su soberbia, se tuvo por muy dichoso con que se le presentara una ocasion de corregir el gran yerro que habia cometido tratando tan mal al rey Saleb cuando habia ido á exponerle su demanda; así se apresuró á responder al rey de Persia, diciéndole que se tendría por muy honrado con una alianza semejante. Que con gran placer le otorgaba la mano de su hija la princesa, pero que ignoraba en dónde se encontraba.

Como la princesa Giborosa sabía, por los emisarios que habia enviado á Samandal, que continuaba la cautividad de su padre, no habia juzgado prudente el salir de la isla en que se habia refugiado, isla que el rey Beder indicó y adonde fueron á buscarla algunos oficiales del rey su padre, los cuales no tardaron en volver con ella y con todas las mujeres que la acompañaban. Así que llegó, la abrazó tiernamente el rey de Samandal, diciéndole al mismo tiempo : — « Hija mia muy querida, te he elegido un esposo con el que creo que serás feliz, porque es un príncipe muy gallardo y digno de ser amado : aquí le tienes ; es el poderoso rey de Persia que me ha hecho el honor de pedirme tu mano. — Querido padre, le contestó la princesa, ya sabéis que yo estoy siempre dispuesta á obedeceros y conformarme con vuestra voluntad. Con gusto acepto el esposo que me dais, con tanto mas motivo cuanto que, desde que le vi, mi corazon se sintió inclinado á amarle, pero cuyos sentimientos tuve que reprimir en razon de las circunstancias en que entonces me hallaba. Espero, añadió, dirigiéndose al rey Beder, que Vuestra Majestad, á quien creo generoso, se dignará olvi-

dar lo mal que le traté, y me considerará desde este momento por su esclava dispuesta á servirle y amarle con fidelidad y con ternura en desagravio y reparacion de mi falta. » La respuesta del apasionado rey Beder fué tomar la mano que la princesa le alargaba y besársela.

En aquel mismo dia se celebraron los desposorios del joven rey de Persia con la princesa de Samandal con grande recocijo y alegría general, porque cuando supieron los habitantes de la Ciudad de los Encantos que la reina Laba y su madre habian perecido, y se vieron libres de hechicerías y ensalmos, se apresuraron á manifestar su júbilo con demostraciones extremadas. Se presentaron en masa á felicitar al rey Beder, á la reina Gulnara, al rey Saleb, y hasta el buen Abdalá fué objeto de una ovacion por parte de sus conciudadanos. Entre las demostraciones que hicieron, una de ellas fué el buscar los cadáveres de la reina maga y de su madre, encender una grande hoguera y quemarlos. Al mismo tiempo fueron al bosque en que estaban refugiados los toros, caballos, burros y demás animales en que habia transformado á sus pajés la reina Laba; y la reina Gulnara y el rey Saleb, ayudados por Abdalá, consiguieron deshacer los encantos; y aquellos desgraciados jóvenes, que eran todos, ó hijos de príncipes ó de alcurnias elevadas, recobraron sus formas primitivas, lo cual hizo aumentar la alegría general.

Despues de haber descansado unos cuantos dias en la Ciudad de los Encantos de las fatigas que estos sucesos les habian causado, el rey Saleb con su madre y sus primas se volvieron á sus Estados, llevándose consigo al rey de Samandal al que dejaron en su reino. El rey Beder con su esposa y su madre la reina Gulnara, acompañados por el buen Abdalá y su consorte, regresaron á Persia, en donde fueron recibidos con grandes aclamaciones. Allí reinaron largos años en una dicha continua, y haciendo, con su buena administracion y gobierno, la de sus vasallos, perpetuándose despues su reinado en la numerosa descendencia que dejaron.

HISTORIA DEL PRÍNCIPE ACMED Y DEL HADA PARI-BANÚ

Prosiguiendo la sultana Gerenarda el curso de sus maravillosas narraciones, empezó á referir al sultan Chabriar otra interesante historia en los términos siguientes : « Uno de los ilustres antepasados de Vuestra Majestad, que ocupó durante largos años el trono de las Indias y estaba dotado de gran juicio y sabiduría, tuvo la satisfacción de verse reproducido en tres gallardos príncipes, que, así por sus prendas físicas como por sus cualidades morales, eran el orgullo de su anciano padre, y la gloria del reino. Ademas de estos príncipes, el sultan había recogido y hecho educar en su palacio á la hija de un hermano suyo que había quedado huérfana ; y esta princesa, llamada Nurinarda, era un portento de hermosura y un dechado de candor y pureza. Los príncipes, sus primos, que eran casi de la misma edad, con la sola diferencia de un año que se llevaban entre sí, se apasionaron ciegamente de su prima; pero era imposible el que fuese esposa de los tres hermanos. El sultan, su padre, que no se oponía á que lo fuese de uno de ellos, pero que no quería dar á ninguno la preferencia porque á todos los amaba igualmente, les hizo venir un dia á su presencia y les dijo : — « Hijos míos, sé que todos vosotros profesáis un grande afecto á vuestra prima la princesa Nurinarda, como sé tambien que los tres sois dignos de ella ; pero como si yo la doy á uno de vosotros, los otros dos habéis de quedar descontentos de esta preferencia, me ha parecido mas conveniente el que vosotros mismos seáis jueces en vuestra propia causa, á fin de que vuestra prima sea la esposa de aquel de vosotros que mejor la merezca, por propia confesión vuestra. De este modo conservaréis el fraternal cariño con que os amáis, y yo no tendré el disgusto de ver aci-
barados mis últimos días con disturbios de familia. Para conseguir el objeto que me he propuesto y acabo de expo-

neros, me ha parecido lo mas conducente el que, durante un año, os ausentéis, y vayáis á recorrer cada uno separadamente algunos países extranjeros con el fin de ver lo mas notable que haya en ellos, y adquirir un objeto de arte ó natural, que sea un verdadero prodigo, una cosa sorprendente y nunca vista, y de cuyo incontestable mérito juzgaréis vosotros mismos. Aquel que traiga la cosa mas maravillosa, aquel será el esposo de la princesa. Os daré todo el dinero necesario para la adquisicion de ese precioso objeto; pero á fin de que tengáis mas libertad de accion, no viajaréis como príncipes, sino bajo el mas rigoroso incógnito. Un año os doy de término, dia por dia, y desde mañana mismo podéis poneros en camino.

Como los príncipes estaban acostumbrados á someterse á la voluntad de su padre, y vieron ademas el fondo de equidad y justicia que habia en el medio que les proponía. fácilmente se adhirieron á los deseos del sultan su padre y hechos en seguida los preparativos del viaje, lo emprendieron á la mañana siguiente saliendo de la ciudad disfrazados de mercaderes, bien provistos cada uno con una suma igual de dinero, y acompañados únicamente por un oficial de la guardia del sultan disfrazado con el traje de esclavo. Despues de haber caminado todo el dia reunidos, llegaron por la noche á una aldea, y se alojaron en una gran posada que allí habia. Mientras cenaban pusieronse de acuerdo sobre el rumbo que debia seguir cada uno de ellos, y se dieron cita para aquel mismo punto para dentro de un año y un dia, conviniendo en que el que llegase primero esperaria á los demas, y no irían á presentarse al sultan su padre, sino los tres hermanos reunidos. Al amanecer del dia siguiente, despues de haberse abrazado cariñosamente, deseándose mutuamente un viaje feliz y buena suerte, emprendieron su marcha en direcciones distintas. El príncipe Husan, que era el hermano mayor, se dirigió hacia la derecha; el príncipe Ali, que era el segundo, hacia la izquierda, y el príncipe Acmed, que era el menor, continuó su camino de frente.

El principe Husan, que había oido hablar de la gran-

deza y esplendor del reino de Biznagar, y de lo muy adelantadas que allí se hallaban las artes y las ciencias, se unió á una caravana que iba en aquella dirección y llegó felizmente á esta capital que da el nombre á todo el imperio, y fué á hospedarse al Karavansal de los mercaderes extranjeros. Despues de haber descansado



unos días de las fatigas de un viaje que no había durado menos de cuatro meses, caminando alternativamente por

frondosos valles, fértiles campiñas, ásperas montañas y áridos desiertos, salió á visitar la populosa ciudad, y se fué al barrio de los mercaderes que estaba dividido en distritos, segun las diferentes clases de géneros ó artefactos. Las espaciosas calles de este barrio estaban tiradas á cordel, y eran, mas bien que calles, verdaderas galerías cubiertas y cerradas con cristales, persianas y cortinas para preservarlas así de los rigores del sol como de las injurias de la lluvia. En unas estaban las tiendas de los plateros y joyeros; en otras las de los mercaderes de ricas telas y alfombras de Persia, de la India, del África, y demas países conocidos, y en otras se veian reunidos los innumerables objetos de géneros tan distintos que la industria del hombre ha producido. Los vendedores de flores, de frutas, de granos y sarmientes, y de comestibles tenian tambien su particular distrito ; y el conjunto de tantas riquezas asombraba la imaginacion y deslumbraba la vista, no llamando ménos la atencion del príncipe el notar que, á excepcion de los bracmanes y de los sacerdotes de los ídolos, todas las demas gentes, hasta las de la ínfima clase del pueblo, iban adornadas con brazaletes, pendientes y collares de oro, guarneidos de perlas, de diamantes, y otras piedras preciosas ; lo cual le hizo formar un elevado concepto de la extraordinaria riqueza de aquel reino. Tambien le llamó la atencion el gran comercio de flores que se hacía, en especial de rosas, llevando todos en la mano, ó en el pecho, ó en la cabeza, un ramillete de ellas, y adornando sus tiendas todcs los mercaderes con tiestos y jarrones de porcelana llenos de estas y de otras flores no ménos olorosas que embalsamaban la atmósfera y embriagaban con sus perfumes los sentidos.

El príncipe Husan no se cansaba de admirar tal profusion de riquezas ; pero á pesar de haber visto y examinado una multitud de objetos que, por su valor intrínseco, ó por su construccion ú originalidad, tuviesen un gran mérito, no habia encontrado todavia ninguno que le

satisficiese, al que pudiese dársele el nombre de maravilla.

Un dia en que, despues de haber recorrido várias calles del barrio, se habia sentado á descansar en la tienda de un mercader conocido, entró un hombre cargado con una alfombra de no muy grandes dimensiones, y de un tejido, al parecer, no muy fino. Por curiosidad y pasa-tiempo, el príncipe Husan le preguntó cuánto queria por ella. — « Tengo órden, le contestó el hombre, de no darla por ménos de cincuenta bolsas. » Admirado se quedó el príncipe de oir pedir un precio tan exorbitante : tomó la alfombra en las manos, y examinándola con mayor atencion : — « No comprendo, dijo al vendedor, qué mérito pueda ser el de esta alfombra que, á juzgar por su calidad y grandor, todo lo mas podrá valer una ó dos bolsas. — Si supieseis la virtud que tiene, no os admirariais de que quieran ese dinero, y quizá encontrariais que vale mucho mas. Sabed, señor, que con esta alfombra se puede uno trasladar al punto que se desee, sin mas que sentarse sobre ella. — Si fuera cierto lo que decís, yo os la compraría, dijo entonces el príncipe ; y no solo os daria las cincuenta bolsas, sino ademas una buena gratificacion encima. — Señor, le contestó el vendedor, lo que acabo de deciros es la pura verdad. Hay un medio muy simple de que os cercioréis de ello, haciendo la prueba. Como supongo que no llevaréis en vuestros bolsillos las cincuenta bolsas, y que necesitaréis ir á tomar ese dinero á vuestra casa para pagar la alfombra, en caso que queráis quedarnos con ella , sin necesidad de salir de esta tienda nos trasladaremos á vuestro aposento, por medio de la alfombra, y allí me lo entregareis despues de hecha la prueba. » El príncipe Husan aceptó la propuesta, decidido en su interior á comprar la maravillosa alfombra, persuadido que era imposible el encontrar alhaja ni objeto de mayor mérito, pues una locomotora de semejante especie y tal virtud era un verdadero prodigio. Puestos de acuerdo, él y el vendedor de la alfombra se entraron en la trastienda del mercader,

y sentándose ambos encima, é indicado el punto adonde querian ser trasladados, sin mas que sentir un ligero movimiento, se encontraron en la habitacion del príncipe, en un abrir y cerrar de ojos. Contentísimo el príncipe Husan con esta prueba decisiva, entregó las cincuenta bolsas al vendedor, gratificándole ademas con diez monedas de oro.

Dueño de la maravillosa alfombra, y teniendo ya la seguridad de poderse trasladar sin riesgo ni pena al lugar de la cita convenida con sus hermanos, y no dudando que su padre el sultan le entregaria la mano de su hermosa prima, porque le parecia imposible el que aquellos encontrasen un objeto capaz de competir con el que él acababa de adquirir, no pensó mas que en pasar el tiempo que faltaba para cumplir el año, en ver todas las otras notabilidades que habia en la ciudad y en sus cercanías, y estudiar al mismo tiempo los usos, las costumbres, la legislacion y la organizacion del ejército del reino de Biznagar, á cuyo soberano, que acostumbraba recibir una vez por semana á los mercaderes extranjeros, iba á ver los dias de audiencia, informándole, en las conversaciones que tenía con él, de las leyes y costumbres, productos y comercio de la India.

Entre las cosas notables que llamaron la atencion del príncipe Husan, una de ellas fué un templo de bronce construido en un recinto murado con paredes de mármol encarnado muy pulimentado. El templo, sostenido por columnas de cincuenta codos de altura, tenía una elevación extraordinaria, y se distinguia su cúpula desde muchas leguas de distancia. El recinto interior amurallado era un jardin de flores maravillosas, y se subia al templo por unas gradas de marfil con filetes de oro, y cubiertas en parte con una alfombra de un tejido finísimo realizado con dibujos de colores vivos. En el interior del templo, cuyas paredes y techumbre estaban adornadas con pinturas y relieves, habia un ídolo colosal, todo de oro macizo, colocado sobre un pedestal circular de plata tambien maciza. Los ojos de este ídolo eran dos rubíes de un tamaño

extraordinario, labrados y colocados con tanta maestría y arte tan perfecto, que á cuantos le miraban les parecía que tenía la vista fija en ellos en cualquier parte del templo en que se hallasen. Innumerables eran los peregrinos que de todas las provincias del reino venían á depositar sus ofrendas á los pies del ídolo, las cuales servían no solo para mantener muy regaladamente á sus numerosos sacerdotes y sirvientes, sino á todos los habitantes de aquella comarca entre quienes las repartían.

Tambien asistió, durante su residencia en Biznagar, á una gran fiesta nacional que se celebraba todos los años en una extensa llanura, á la cual concurria el rey con toda su corte, y los gobernadores de las provincias. En el centro de esta gran llanura, que se transformaba en una populosa ciudad con las tiendas levantadas en ella, había una especie de plaza formada por cuatro edificios, uno de los cuales estaba destinado para el rey y su numerosa comitiva; y en este recinto se ejecutaban las ceremonias, las danzas, los combates-simulacros, y otra diversidad de juegos.

En los ángulos de esta espaciosa plaza había formados escuadrones de elefantes ricamente enjaezados, con torres de madera dorada sobre sus lomos, en las que se veian músicos y danzantes en unas; comediantes en otras; jugadores de manos, ó prestidigitadores, como se los llama ahora; pájaros y animales sabios, y otra multitud de cosas raras y notables, siendo una de ellas la danza macábrica ejecutada por elefantes, por leones, por osos y otros animales feroces tan perfectamente adiestrados, que llevaban el compás y hacían figuras con una destreza y perfección admirables.

Cuando iba á espirar el término fijado para su viaje, el príncipe Husan con el oficial que le acompañaba, sentándose en la maravillosa alfombra, se trasladó al lugar de la cita en que debía reunirse con su hermanos, ninguno de los cuales había llegado todavía, si bien el príncipe Ali no tardó muchos días en presentarse, seguido por su hermano el príncipe Acmed, con pocos días de intervalo.

Al separarse de sus hermanos, el príncipe Alí se había propuesto dirigirse hacia la Persia, y á los pocos días de camino se encontró con una caravana que iba en aquella dirección, y se incorporó con ella. Despues de algunos meses de marcha con variados accidentes, llegó felizmente á Chiraz, que era entonces la capital del reino, y se fué á alojar al parador de los mercaderes extranjeros. Desde el dia siguiente empezó á recorrer la ciudad y llegó al Besestan, esto es, al gran mercado ó barrio de los mercaderes, en donde se quedó admirado al ver las inmensas riquezas que se hallaban reunidas allí, en joyas, ricas telas, muebles y otra multitud de objetos, producto de la industria de aquel y de otros países.

Un dia que, segun su costumbre, se hallaba recorriendo las tiendas para ver si encontraba en ellas un objeto digno de llamar la atención por su rareza, pasó junto á él un corredor con un tubo de marfil en la mano, pregonando su venta. « ¿ Quién lo compra ? decía, por cincuenta bolsas, ¿ quién lo quiere ? » Escandalizado se quedó el príncipe Alí al oír pedir un precio tan extraordinario por un objeto de tan corto valor á la simple vista, y pensó para sí, que aquel hombre debia haber perdido el juicio, ó pedía una suma semejante, solo por divertirse. Sea como quiera, esto no dejó de llamarle la atención, y para salir de dudas trató de informarse de algunos mercaderes, los cuales todos le dijeron que el hombre que pregonaba el tubo de marfil era precisamente el corredor mas afamado y de mayor confianza de quien se servían cuando se trataba de la venta de géneros de gran precio ó objetos maravillosos. Estos informes picaron la curiosidad del príncipe, el cual, acercándose al corredor, le preguntó qué particularidad tenía aquel tubo de marfil, y para qué servía. — « Este tubo, señor, es una verdadera maravilla que vale aun mucho mas de lo que yo pido por él, y vos mismo convendréis en ello cuando os diga que es un anteojos llamado « Telescopio del Deseo, » con cuyo auxilio se puede ver en el acto todo cuanto se quiera. » — El príncipe Alí pensó, en efecto, que un anteojos de esta

naturaleza era un verdadero portento, y que era imposible el encontrar ningun otro objeto de mayor mérito, y se decidió á no desperdiciar la ocasión de adquirirlo. — « Si es cierto lo que decs, le contestó al corredor, yo os lo compraria, porque soy aficionado á curiosidades de esta especie. — Es tan cierto, señor, le replicó el vendedor, que vos mismo podéis convenceros de ello. Tomad el tubo, y haced la prueba. » — El príncipe Alí tomó de manos del corredor el tubo y se lo aplicó al ojo derecho ; y deseando ántes que todo saber cómo se hallaba su padre, le vió, en el acto de formular su deseo, sano y bueno dando audiencia en medio de su consejo, rodeado de sus visires y de las demas personas que el príncipe conocia y vió perfectamente. En seguida, aplicó el anteojo al ojo izquierdo, y deseó ver á la dama de sus pensamientos, objeto de su viaje ; y vió á la hermosa princesa Nurinarda sentada á su tocador en medio de sus doncellas que la estaban vistiendo. Satisfecho con estas dos pruebas, le dijo al corredor que compraría el « Telescopio del Deseo, » y volviéndose con él á su posada le entregó las cincuenta bolsas.

Contentísimo de verse dueño de un objeto tan maravilloso, y dando por supuesto que sus hermanos no habrian adquirido ninguno otro de tanto mérito, despues de haber hecho otras varias pruebas, no pensó ya mas que en ponerse en camino para regresar á la India ; mas como la caravana con que habia venido no debia emprender su vuelta sino dentro de dos meses, empleó este tiempo en visitar la capital y otras ciudades importantes de Persia, y al fin llegó sano y bueno á la aldea de la cita en cuya posada encontró, como hemos dicho, á su hermano el príncipe Husan que habia llegado hacia pocos dias.

Su hermano menor el príncipe Acmed, que se habia dirigido al reino de Samarcanda, del cual habia oido hablar como de un país de maravillas, llegó sin ningun tropiezo en compañía de otros muchos viajeros á la capital del reino, en cuyos mercados vió, en efecto, telas, joyas y otros objetos de grandísimo valor y mérito, pero

que no le satisfacian por completo. Ya iba perdiendo la esperanza de encontrar ninguna cosa capaz de ser califi-



cada de verdadera maravilla, cuando hallándose un dia en el Besestan, muy desanimado, vió pasar á un hombre con una manzana en la mano pregonando su venta. Le llamó la atencion el que, en medio de aquellas tiendas en donde estaban aglomeradas cosas tan ricas en telas y joyería, se vendiese una cosa de tan poco valor, cual era una manzana, mas propia para figurar en el puesto de una frutería que no en aquel paraíso, y al pasar el hombre

que la pregonaba junto á él, le preguntó cuánto quería por ella. El hombre se paró y le dijo : — « Señor, me han ofrecido ya cuarenta bolsas de monedas de oro por esta manzana, pero yo tengo órden de no darla por menos de cincuenta. » Asombrado se quedó el príncipe Acmed al oír esta respuesta, miró mas atentamente la manzana y vió que no era una fruta verdadera, sino artificial, y hecha con una materia desconocida. Entonces le preguntó al vendedor qué mérito tenía aquella manzana para exigir por ella semejante precio. — « El mérito consiste, le contestó este, en la virtud que tiene de curar instantáneamente á las personas enfermas, aunque se hallen en las agonías de la muerte. Para esto basta solo aplicársela á las narices y que la huelan durante un corto tiempo. Pero si no queréis dar crédito á lo que yo os digo, podéis informaros de los mercaderes de este mismo barrio, muchos de los cuales deben la conservación de su vida á la virtud prodigiosa de esta fruta de Eva. » El príncipe Acmed estaba muy perplejo, y no sabía si aquel hombre era un charlatán embustero, cuando una de las varias personas que se habían parado á escuchar lo que aquel hombre decía, tomando la palabra, exclamó : — « Si este mercader extranjero se decide á comprar vuestra manzana, hay un medio de saber si es cierto lo que decís respecto á su virtud curativa. Yo voy ahora á ver á un amigo mio deshaciado por los médicos, al que no le dan tres días de vida ; si queréis venir á su casa conmigo y hacerle oler la manzana, veremos si se pone bueno. » El vendedor contestó que, por su parte, no tenía inconveniente, y habiéndose avenido también el príncipe Acmed, se dirigieron todos á casa del enfermo. Al verle postrado en su lecho, mas bien parecía un muerto que un vivo. Le aplicaron la manzana á las narices, y en cuanto aspiró sus primeros aromas, abrió los ojos, recobró su color natural, y por último se levantó de la cama enteramente bueno. En vista de una cura tan maravillosa, el príncipe Acmed no vaciló un momento en hacerse dueño de tan precioso preservativo de la salud del cuerpo. Despues de

haber hecho otras dos pruebas con personas enfermas, aunque no de tanto peligro como la primera, rogó al mercader que le acompañase á su casa, y le entregó las cincuenta bolsas de monedas de oro, y una gratificacion de otras veinte monedas. Colocó la preciosa manzana en una caja de marfil con chapas de oro, y no teniendo ya nada que hacer en Samarcanda, dos dias despues emprendió su regreso á la India y llegó felizmente al punto de la cita en donde estaban ya esperándole sus dos hermanos reunidos.

Despues de haberse abrazado cariñosamente y felicitádose por su dichoso regreso, empezaron á hablar, como era natural, de los sucesos que les habian ocurrido durante su viaje, y de las cosas tan preciosas que habian visto; y por ultimo, vinieron á hablar del objeto maravilloso que cada uno de ellos habia adquirido, ponderando cada cual el suyo, y lisonjeándose de ser el preferido para esposo de la princesa su prima. — « Esa alfombrilla que veis, dijo el príncipe Husan, que, á juzgar por su apariencia exterior, no merece fijar la vista en ella, tiene una virtud tan maravillosa que, cuando la conozcáis, vosotros seréis los primeros en confesar que es un objeto portentoso sin rival, que no admite comparacion por su mérito. — ¿ Y qué virtud tan maravillosa es esa de la que nos haces tan gran misterio? le preguntó el príncipe Alí. Yo creía que todo lo mas era buena para ponerla delante de la cama, ó sentarse sobre ella. — Ya os lo diré, le contestó el príncipe Husan, cuando nos presentemos á nuestro padre, y entonces veréis si tengo razon en lo que digo, y si soy acreedor de preferencia á la mano de nuestra prima. — Pues yo, le replicó el príncipe Alí, no cambio el objeto que he adquirido por tu alfombra, por maravillosa que sea, por que estoy cierto que no puede competir con este tubo de marfil que veis, que al parecer no vale dos monedas de oro, y estoy seguro de llevarme la palma; pero yo no hago misterio como tú de la virtud maravillosa que tiene, la cual consiste en que, siendo un simple tubo con cristales de óptica sobrenatural á sus dos extremos, cuando se

le toma en las manos y se aplica la vista á los cristales, se convierte en « Telescopio del Deseo, » y se ve con él cuanto se quiere. Toma, añadió, alargándole el tubo, haz tú mismo la prueba. El príncipe Husan tomó el tubo, y se puso á mirar por él, y sus dos hermanos, que le observaban atentamente, vieron con gran sorpresa que se ponía trémulo y se le cambiaba el color. Iban á preguntarle la causa de tan extraños síntomas, cuando el príncipe Husan, apartando el anteojo de la vista : « ¡Hermanos míos ! exclamó, inútiles serán las fatigas de nuestro viaje; inútiles nuestros afanes por adquirir un objeto maravilloso digno de recibir como recompensa la mano de la hermosa princesa Nurinarda. Acabo de ver á nuestra malograda prima en su lecho espirando, rodeada de sus eunucos y esclavas sumidos todos en el mayor dolor, aguardando su último suspiro. Tened, miradla vosotros mismos. » El príncipe Alí, no menos consternado con semejante noticia, miró por el anteojo y vió, en efecto, confirmado cuanto el príncipe Husan acababa de decirles, y otro tanto le sucedió al príncipe Acmed; pero este, en vez de dejarse dominar por un dolor impotente : — « ¡Hermanos míos ! exclamó, no nos desanimemos. Yo salvaré á nuestra encantadora prima, y en vez de detenernos aquí en exhalar inútiles lamentos, pongámonos inmediatamente en camino, y tratemos de llegar lo mas pronto posible. Si cuando lleguemos respira todavía, en ese caso yo os respondo de su vida. — Entonces, dijo el príncipe Husan, si en la prontitud del viaje consiste el poder salvar la vida á la princesa, en un abrir y cerrar de ojos nos encontraremos á la cabecera de su lecho, por la virtud de mi alfombra que nos trasladará allá inmediatamente. » Despues de haber dado órden apresuradamente á los oficiales que los acompañaban para que se dirigiesen á la ciudad por el camino ordinario : — « Venid acá, hermanos míos; acomodémonos lo mejor que podamos sobre mi alfombra, y supuesto que los tres estamos animados por igual deseo, transladémonos á la habitacion de nuestra prima. » Dicho y hecho. Sin saber cómo, se encontraron en medio de las

esclavas y eunucos que rodeaban el lecho de muerte en que yacia la princesa, y al ver aparecer á aquellos hombres



sin saber por dónde habian venido, las esclavas se asustaron, y los eunucos alarmados se disponian á castigarlos por haberse introducido en un recinto sagrado en donde ningun hombre extraño podia entrar bajo pena de la vida; pero se detuvieron al reconocer á los príncipes. Abriendo entonces la caja en que guardaba su preciosa manzana,

el príncipe Acmed la sacó, y acercándose al lecho de su prima, se la aplicó debajo de las narices. Inmediatamente empezaron á cubrirse sus mejillas de un color sonroseado, abrió los ojos, levantó la cabeza, y dirigiendo sus miradas á derecha é izquierda, exclamó con la mayor sorpresa :— « ¡ Tan tarde, y estoy todavía en el lecho! » Sus esclavas y eunucos, que lloraban de alegría al verla resucitada, le contaron en breves palabras la grave enfermedad que había padecido y el peligro de muerte en que había estado ; de todo lo cual la habían salvado los príncipes sus primos, particularmente el príncipe Acmed, que, con hacerle respirar una manzana, la había vuelto á la vida. La princesa, entonces, toda ruborizada de verse en el lecho en presencia de sus primos, significó que quería vestirse para darles las gracias y mostrarles su agradecimiento, en particular al príncipe Acmed que le había salvado la vida.

Luego que la vieron restablecida y en su estado natural, los príncipes se dirigieron á las habitaciones de su padre el sultán, el cual había sido ya avisado de la llegada de sus hijos y de la maravillosa cura de la princesa su sobrina ; dos acontecimientos que le causaron la mayor alegría. Los recibió con los brazos abiertos, á cuyas demostraciones cariñosas correspondieron ellos. Calmadas estas mutuas expansiones del amor filial y paterno, los príncipes presentaron á su padre los tres maravillosos objetos que habían adquirido, á saber : el príncipe Husan su « Alfombra Locomotora ; » el príncipe Alí, su anteojos « Telescopio del Deseo, » y el príncipe Acmed su « Manzana Olorosa, » que cura instantáneamente los enfermos. Cada uno de ellos alabó y ponderó las excelencias y ventajas de su respectivo objeto, rogándole se dignase declarar á cuál de los tres juzgaba más digno de obtener la mano de la princesa Nurinarda, conforme á lo que les había prometido.

El sultán de las Indias, después de haber escuchado atentamente á los príncipes, permaneció silencioso y reflexivo durante algún tiempo. Rompiendo al fin el silencio, les habló en estos términos : « Hijos míos, con gran satisfacción entregaría á cualquiera de vosotros la

mano de mi sobrina la princesa, porque todos sois dignos de ella, si con esta preferencia no creyera cometer una grande injusticia, injusticia que reconoceréis vosotros mismos. Escuchadme atentamente : Tú, príncipe Acmed, siendo cierto el que con tu « Manzana Olorosa » haciendo aspirar su medicinal perfume, has devuelto la salud y la vida á la princesa Nurinarda mi sobrina; dime, ¿ habrías podido dispensarle este gran beneficio si no hubieses sabido el estado en que se hallaba por medio del « Telescopio del Deseo, » y si, aun despues de haberlo sabido, no hubieras podido trasladarte á la cabecera de la enferma con la premura que el caso exigia, sin el auxilio de la « Alfombra Locomotora » de tu hermano Husan ? Tú, príncipe Alí, ¿ de qué te habria servido el conocer la desesperada situacion en que se hallaba tu prima, por medio de tu maravilloso anteojo, sino para aumentar tu dolor y afliccion de no poder salvarla del grave peligro en que se hallaba, careciendo de los medios de trasladarte á su lado, y del remedio que le convenia ? y tú, príncipe Husan ¿ habrías empleado el fácil y veloz medio de locomocion que te procura tu « Alfombra Locomotora, » si no hubieses sabido por el telescopio de tu hermano Alí el estado de la princesa, y tenido ademas la seguridad de salvarle la vida con el maravilloso específico de tu hermano Acmed ? Así, pues, ya veis, hijos mios, que con cada uno de esos portentosos objetos que habéis adquirido, por sí solo ninguno de vosotros hubiera podido salvar á vuestra prima de la muerte, y que ha sido necesario el concurso de todos tres reunidos para obtener el feliz resultado que habéis obtenido. De modo que como este concurso ha sido comun, y todos tres habéis tenido una parte igual en la salvacion de la princesa, resulta de este triple concurso una igualdad de mérito perfecta, siendo el principal fruto que habéis sacado de vuestro viaje, aparte el de la adquisicion de vuestro maravilloso objeto, el de tener la gloria y la satisfaccion de haber contribuido á devolverle la salud y la vida á vuestra hermosa prima; sin que esto sea suficiente motivo, como veis, para conceder á uno de vosotros una

preferencia de la que, con justa razon, os creeriais los otros dos ofendidos.

« Siendo esto cierto, como en ello convenís vosotros mismos, prosiguió diciendo el sultan á sus hijos, ya conocéis que, no queriendo yo agraviar á ninguno de vosotros con una injusta preferencia, me veo en la necesidad de recurrir á otra prueba que será decisiva, prueba que quiero presenciarla yo mismo. Ahora id á descansar, y mañana temprano nos trasladaremos al campo de maniobras de la caballería. Allí se os entregarán tres arcos con tres flechas iguales. Apostados en un mismo sitio, las dispararéis, y aquel de vosotros cuya flecha haya llegado á la mayor distancia, ese será el preferido. En vuestra mano está, pues, el obtener el galardon prometido. »

Nada tuvieron que replicar los príncipes á las justas observaciones del sultan su padre, y se conformaron muy gustosos con tentar la nueva prueba que les exigia, confiando cada uno en su fuerza y particular destreza en el manejo del arco y disparo de flechas. Así que amaneció, montaron á caballo y se hallaron en el punto indicado adonde no tardó en llegar el sultan acompañado por sus principales oficiales. Se entregaron á los príncipes tres arcos y tres flechas iguales. El príncipe Husan tiró el primero, su hermano el príncipe Ali disparó el segundo, y su flecha fué á caer á mucha mayor distancia. El príncipe Acmed disparó á su vez, pero su flecha nadie la vió caer, pues fué tan grande la velocidad con que partió, que todos la perdieron de vista, y por mas diligencias que se hicieron para hallarla, buscándola á derecha é izquierda del sitio presumido de su caída, nadie pudo encontrarla. Esta desaparición incomprendible fué causa de que, aun cuando todos estaban moralmente convencidos de que el tiro de esta flecha había alcanzado mayor distancia que las de sus dos hermanos, como era preciso el hallarla para hacer constar el alcance del tiro, el príncipe Acmed fué excluido, por decir así, del concurso, y el sultan y los jueces del campo decidieron en favor del príncipe Ali cuya flecha había pasado la del príncipe Husan.

En consecuencia de esta decision, fué declarado esposo de la princesa Nurinarda, y su union fué celebrada con grandes regocijos. El príncipe Husan no solo se abstuvo de asistir á la boda de su hermano, sino que despechado de verse defraudado de las halagüeñas esperanzas que había concebido, adoptó la resolucion que toman muchos jóvenes enamorados de ambos sexos cuando no pueden obtener el objeto de su pasion y de sus desvelos : hizo renuncia de sus derechos á la corona en favor de su hermano, dijo á Dios al mundo, y se retiró á una agreste soledad en donde vivian algunos anacoretas.

El príncipe Acmed tampoco tuvo valor para asistir á las fiestas de los desposorios, y ver pasar á poder de su hermano á una princesa á cuya posesion se creía con mayor derecho por haberle salvado la vida; pero en lugar de imitar á su hermano mayor, se salió de la ciudad y se fué á explorar de nuevo el campo en que se habia verificado la prueba del tiro, resuelto á recorrerlo en todas direcciones para buscar la flecha extraviada, cuya desaparicion no concebia, traía su ánimo inquieto, y no podia conformarse con ella.

Preocupado con la investigacion minuciosa con que registraba el terreno, se fué alejando insensiblemente á una distancia extraordinaria, y no se detuvo hasta que se encontró detenido por una montaña escarpada. Se acercó al pié de ella, y vió tendida en el suelo, pero no clavada, una flecha ; entonces se apeó, recogió la flecha, y examinándola atentamente, reconoció que era la misma que él habia disparado, la cual, no pudiendo clavarse en la peña viva, habia rebotado y caido al suelo. Asombrado se quedó con semejante hallazgo, porque no comprendia cómo una flecha lanzada por un brazo diez veces mas diestro y mas fuerte que el suyo, hubiera podido llegar hasta aquel sitio. — Aquí debe haber algun misterio, se dijo, y empezó á examinar con mayor atencion la roca. No lejos del sitio en que estaba su flecha, descubrió una especie de gruta ó caverna, y al reconocerla vió en su fondo una puerta ; la empujó y se halló al principio

de una bajada en declive muy suave. Deseoso de saber adónde conducía aquel camino, empezó á bajar por él, llevando su flecha en la mano; y cuando él creía que alejándose de la entrada iba á encontrarse en una completa oscuridad, divisó á cierta distancia una claridad muy viva, aunque diferente del resplandor del dia. Continuó bajando y se encontró en una plaza espaciosa y á su frente un grandioso palacio del cual vió salir una dama muy jóven, cuyo majestuoso porte imponía respeto, y cuya sorprendente y extraordinaria hermosura deslumbraba y conmovía. La dama, que venía seguida por una brillante comitiva de otras jóvenes hermosas, llevaba puesto un traje de riquísima tela, y su hermosura se hallaba realzada por las joyas de un valor fabuloso con que estaba adornada. El príncipe se quedó parado ante esta vision tan extraordinaria y casi divina, y no sabía si retroceder ó adelantarse, cuando la jóven dama que le había apercibido, dando hácia él algunos pasos, le dijo : — « Príncipe Acmed, seáis bien venido ; acercaos. » — Asombrado se quedó el príncipe al oírse nombrar, y ser recibido de un modo tan inesperado ; pero animado con las buenas palabras de la dama y con sus risueñas miradas, se adelantó hácia ella, y poniendo una rodilla en tierra, exclamó : — « Señora, al entrar en un paraje tan desconocido para mí, á pesar de hallarse tan inmediato á la corte en que yo habito, y al que me ha conducido una curiosidad imprudente, no puedo ménos de sorprenderme, así de la acogida con que soy recibido, como de ser tan bien conocido. Si no temiera faltar á la cortesanía y al respeto que os debo, me atrevería á preguntaros quién sois, y á rogaros que me dijeseis cómo me conocéis tan bien. — Vuestra admiracion y vuestra curiosidad son muy naturales, le contestó la dama, para que yo me ofenda ; léjos de eso, estoy dispuesta á satisfacer vuestros deseos si queréis tomaros la pena de seguirme ; entrad en mi palacio, allí os diré todo lo que deseáis saber. » El príncipe se levantó, ofreció galantemente su mano á la dama, y entraron juntos en el edificio. La dama condujo al prí-

cipe á un salon, cuya riqueza en adornos y muebles era una cosa nunca vista por él, y haciéndole sentar á su lado en un sofá cubierto con un dosel recamado de oro y per-
drería le dijo : — « Príncipe Acmed, os causa admiración el que yo os conozca sin que vos me conozcáis, así como os admira y sorprende el ver este salon, que no es de los mas ricos y suntuosos del palacio en que habito, como podréis juzgar en breve por vos mismo ; pero cuando sepáis quién soy yo, cesarán vuestra sorpresa y extrañeza. No ignoráis, porque vuestra religion así os lo enseña, que el mundo está habitado, no solo por hom-
bres, sino tambien por Hadas y por Genios. Los unos viven ostensiblemente sobre la superficie de la tierra ; los otros habitan en el aire ó en parajes desconocidos, tanto en las entrañas de la tierra, como en las profundidades del mar, en palacios y jardines construidos por ellos. Sabed, pues, que yo soy uno de estos seres ; que soy el hada Pari-Banú, hija de uno de los príncipes mas poderoso-
sos de los Genios. Ya veis que nada tiene de extraño el que conozca al sultan, vuestro padre, á vuestros dos her-
manos, y á vuestra prima la princesa Nurinarda. Estoy perfectamente enterada del amor que todos tres abriga-
bais por ella, y de lo que habéis hecho para merecer el ser su esposo. Podria referiros todas las peripecias de vuestro triple viaje, pero me limitaré á deciros que yo fui la que arreglé en Biznagar la venta de la « Alfombra Locomotora » comprada por el príncipe Husan ; en Chiraz la del « Telescopio del Deseo, » que trajo vuestro her-
mano Alí ; y en Samarcanda la de la « Olorosa Manzana » que vos adquiristeis. He tomado una parte tan activa en todo lo que os concierne á vos y vuestra familia, solo por amor vuestro, y porque os creo digno de una dicha mayor, que la de poseer á la princesa Nurinarda, así como merecedor de ocupar una posicion mucho mas bri-
llante y elevada. Con este objeto, he seguido constante-
mente vuestros pasos, y yo fui la que cogiendo al vuelo la flecha que disparasteis, que no habria alcanzado la distancia de la de vuestros hermanos, la hice llegar

hasta la roca que oculta este palacio, á cuyo pié la habéis encontrado. Ahora, príncipe Acmed, despues de las explicaciones que acabo de daros, terminó diciéndole el hada Pari-Banú, con voz dulce y expresiva mirada, en vuestra mano está el aprovecharos ó no de la ocasión que se os ofrece de ser mucho mas feliz ó desgraciado. » El acento y la mirada del hada así como el púdico rubor con que se cubrió su semblante, hicieron comprender al príncipe fácilmente de qué felicidad le hablaba. Considerando que la princesa Nurinarda no podia ya ser suya, y viendo por otra parte que el hada Pari-Banú aventajaba á su prima en hermosura y reunia otras muchas prendas apreciables, sintiéndose atraido hacia ella por una inclinación irresistible, é inflamado por la pasion que su vista le causaba, se postró á sus plantas y le dijo : — « Señora, disponed de mi suerte como mejor os agrade, y estad persuadida de que mi mayor dicha será la de serviros y amaros toda mi vida como esclavo. — Príncipe, le contestó Pari-Banú, no es como esclavo que yo admitiré vuestros ofrecimientos, sino como legítimo esposo y soberano de cuanto yo poseo. Soy dueña de disponer de mí, con consentimiento de mis padres ; así no os admiréis del ofrecimiento de mi mano que os hago, porque habéis de saber que entre nosotras las Hadas no es costumbre el disfrazar nuestros sentimientos, como generalmente hacen todas las jóvenes, que miéntras están ansiendo con la mayor vehemencia un objeto, aparentan tener por él despego ó indiferencia. Así, pues, ¡ aceptáis ser mi esposo, y me juráis guardar una fe inviolable como yo os la juro ? — Señora, le respondió el príncipe, enajenado de gozo, os la prometo y os la juro. — Pues en ese caso, poniendo por testigos á los Genios que nos rodean y á las Hadas mis hermanas que me acompañan y me sirven, acepto vuestra fe, y os tomo por esposo, y desde este momento os hago tan dueño como yo de este palacio. » Al mismo tiempo le alargó el hada su mano que el príncipe Acmed llevó respetuosa y apasionadamente á sus labios. En el mismo instante se oyó una deliciosa sinfonía ejecutada por los Genios y las

Hadas, y fueron celebrados los desposarios del hada Pari-Banú y del príncipe Acmed con regocijos nuevos para él, con un suntuoso banquete al que asistieron muchos Genios alados y otras hermosísimas Hadas, acompañado todo con danzas, cantos y músicas que electrizaban

Muy largo sería el enumerar las riquezas que se encerraban en el palacio que los dos esposos habitaban, tanto en joyas, como en tapices, muebles, vajilla y objetos de arte. Baste decir que el oro, la plata, las perlas, los diamantes, los rubíes, las esmeraldas, el jaspe y el mármol de colores, el pórfito, el ágata, la fina y transparente porcelana y el cristal de roca, combinado todo con orden simétrico y variado, ofrecían un conjunto indescriptible que halagaba los sentidos y tenía la imaginación embelesada. A estas maravillas reunidas en el palacio, se agregaban después los jardines y verjales con flores y frutas deliciosas, extensos parques en los que abundaba la caza, y en fin, cuantas comodidades pueda desear el hombre para satisfacer sus gustos mas refinados.

Los días y los meses se pasaban amándose los dos esposos cada día con cariño mas entrañable, si bien en medio de esta felicidad continua no dejaba de acordarse el príncipe Acmed, de vez en cuando, de su padre, y sentía cierto pesar y remordimiento por la pena que necesariamente debía de haberle causado su desaparición; pero aunque deseaba ir á verle y abrazarle, no se atrevía á decírselo á su esposa y á pedirle permiso para ausentarse.

Mientras tanto, en efecto, el sultán estaba inconsolable. — « Ya sabes, decía al gran visir, que el príncipe Acmed era al que mas amaba de mis hijos, y no ignoras cuántos medios he empleado para averiguar su paradero sin haberlo logrado. De tres, ya no me queda mas que un hijo, pues al príncipe Husan le cuento como si no viviera; y el dolor que siento es tan agudo que creo que me quitará la vida. — Señor, le dijo el gran visir para consolarle, ya que las diligencias que se han practicado para saber el paradero del príncipe Acmed han quedado sin resultado, si

Vuestra Majestad lo permite enviaré á llamar á una maga que yo conozco, y quizá ella pueda orientarnos. » El sultán consintió con mucho gusto en que viniera la maga, y cuando se presentó le dijo : « Te he mandado á buscar para que me digas si, por medio de tu ciencia mágica,



podrás aliviarme la afliccion que tengo descubriendo si el príncipe Acmed, mi hijo, vive y el sitio en donde se

hallá. — Señor, le contestó la maga, estoy dispuesta á emplear todos los recursos de mi arte para complacer á Vuestra Majestad, y mañana volveré á darle cuenta del resultado. » La maga se retiró, hizo sus conjuros y brujerías, pero no pudo sacar en limpio mas, sino que el príncipe Acmed vivía, que estaba en perfecta salud y era dichoso. Respecto al lugar en que se hallaba, permanecieron mudos sus oráculos.

Estas noticias que llevó al sultán al dia siguiente le consolaron en parte, pero como la maga no le traía ninguna prueba positiva de la existencia de su hijo, quedó poco mas ó menos tan apesadumbrado como ántes.

En el entretanto, el hada Pari-Banú, por las conversaciones que tenía con su esposo llegó á conocer el deseo que este sentía de ver á su padre, pero como estaba tan apasionada de él, no se atrevía á dejarle marchar por temor de que se distrajera en la corte del sultán y llegara á olvidarla. Sin embargo, convencida por las pruebas de cariño que el príncipe le daba, de que la amaba cordialmente, se resolvió á dejarle ir á ver á su padre encontrando muy legítimo el deseo del príncipe de ir á tranquilizarle ; así, le dijo un dia : — « Querido Acmed, conozco que estáis impaciente por ir á ver al sultán vuestro padre, y apruebo el sentimiento de amor filial que os impulsa á hacerle una visita. Consiento con gusto en que vayáis á verle, pero con una condicion, cual es la de que me prometáis con juramento, ántes de partir, que vuestra ausencia no será de larga duracion, y que os volveréis pronto. Os exijo el juramento de esta condicion, no por desconfianza, porque estoy convencida de la sinceridad de vuestro cariño, sino porque deseo no estar privada mucho tiempo del placer de teneros á mi lado. — Amada esposa, le contestó el príncipe Acmed, ningun inconveniente tengo, ni me causa pena el prestar el juramento que me exigís ; al contrario, os lo hago con la mayor complacencia, porque estoy muy acorde con mis sentimientos, pues si vos deseáis tenerme á vuestro lado, yo por mi parte conozco que no puedo vivir sin vos. »

Al dia siguiente, el príncipe Acmed salió montado en un hermosísimo caballo rica y lujosamente enjaezado, y escoltado por cuarenta caballos montados por otros tantos Genios á quienes había mandado Pari-Banú que le acompañasen. Cuando el príncipe entró en la ciudad con una escolta tan brillante, su aparición causó una alegría general entre los habitantes, que acudían corriendo á saludarle, y llegó al palacio del sultán rodeado por un gentío inmenso que le vitoreaba. Indescriptible fué el júbilo con que le recibió su padre, el cual, en medio de sus repetidos abrazos, le hizo cariñosas reconvenencias por el pesar que su desaparición le había causado; desaparición seguida de una ausencia tan larga, « que me hacía temer, le dijo, que, despeciado por la pérdida de la princesa Nurinarda, no hubieses cometido alguna acción desesperada. »

El príncipe, á quien su esposa le había recomendado que no dijese nada sobre su casamiento, ni indicase el sitio en que se hallaba, se limitó á referir al sultán lo que le había sucedido con el encuentro de la flecha, en un lugar á algunas leguas de distancia, y como ningún mortal, aunque fuera un gigante, era capaz de hacerla llegar á aquel paraje, presumió que la desaparición de la flecha y su hallazgo debían encerrar algún misterio que le fuese favorable, y no se equivocó, porque había encontrado su dicha en otra parte. — « Este es un secreto, que no me pertenece, por lo cual espero, añadió, que me perdonaréis el que no pueda revelarlo, asegurándolo al mismo tiempo que soy el más venturoso de los mortales; y que estoy muy contento con mi suerte, sin envidiar la de mi hermano Alí. Lo único que me apesadumbraba era laquietud en que suponia os hallaríais ignorando cuál había sido mi destino desde que salí de la corte, y me decidí á venir á veros para tranquilizaros, siendo este el exclusivo objeto de mi viaje; y lo único que ahora os pido, es que me permitáis venir á rendiros mi homenaje y tener el placer de abrazaros de vez en cuando. — Hijo mio, le contestó el sultán, no podías darme mayor placer que el de venir á verme; no quiero hacerte instancias para que

me descubras tu secreto, te dejo dueño de él; solo te ruego que me digas en dónde podré adquirir noticias tuyas, cuando pase mucho tiempo sin que vengas á verme, ó cuando yo te necesite. — Permitidme que tambien guarde silencio sobre el sitio de mi residencia, que no necesitaréis saber para avisarme de cualquier cosa grave que os ocurra, porque mis visitas serán tan frecuentes, que quizá lleguen hasta importunarnos. — Eso no sucederá nunca, hijo mio, porque tu vista me rejuvenece, y el mayor placer de mi vida es abrazarte.

El príncipe Acmed estuvo tres dias en la corte de su padre, y al cuarto dia por la mañana muy temprano se marchó sin despedirse de nadie. Cuando su esposa le vió volver tan pronto, conoció lo mucho que la amaba, y lo injusta que había sido abrigando la menor desconfianza. Al cabo de un mes, el príncipe volvió á visitar á su padre con un tren mucho mas lujoso que la vez primera, y lo mismo continuó haciendo durante un año. Así habría continuado si la envidia, esa serpiente venenosa que se introduce por todas partes, pero que con preferencia habita en los palacios de los soberanos, no hubiese tratado de emponzoñar con sus mortíferos dardos el corazon del sultan y de sus ministros y cortesanos. Estos, al ver las riquezas y el lujo que ostentaba el príncipe Acmed cada vez que venía á ver á su padre, y los gastos que hacía, juzgaron que su poder debía ser muy grande; así se lo insinuaron al sultan, y aparentando celo, le dijeron que se deberían tomar ciertas precauciones, pues era de temer que el príncipe en una de sus visitas no tratase de destrozarle: que á lo menos sería preciso averiguar en dónde habitaba; haciendo notar con este motivo, que su residencia no debía estar muy distante puesto que ni él, ni los que le acompañaban llegaban fatigados, ni los caballos empolvados; que sus vestidos y sus armas estaban limpios y brillantes, y que semejante proximidad, segun estos y otros indicios indicaban, le daba una gran facilidad para tentar un golpe de mano. El sultan rechazó estas malévolas insinuaciones de sus consejeros íntimos. —

« Sin duda os queréis burlar de mí, les dijo : estoy seguro del cariño y de la lealtad de mi hijo que nunca me ha dado el menor motivo de desconfianza. » Los pérpidos consejeros no por eso se desanimaron, y á fuerza de repetir sus observaciones, consiguieron el que el sultan empezase tambien á tener envidia de la grandeza y riqueza de su hijo, y entrase en su corazon alguna desconfianza. Un dia le mandó al gran visir que era el único que se mostraba muy reservado, que hiciese venir secretamente á la maga, y luego que llegó le dijo : — « Cuando me aseguraste que el príncipe Acmed vivia, me dijiste la verdad; ahora deseo que te informes del paraje en que reside : toma este anillo y aguarda mayor recompensa, pero te encargo que obres con la mayor reserva de modo que ni él, ni ninguna otra persona llegue á saber lo mas mínimo. » La maga que sabía el sitio en que el príncipe había encontrado la flecha fué á ocultarse por aquellas inmediaciones y á registrar el terreno, pero aun que entró en la gruta en que estaba la puerta que conducia al palacio del Hada, ella no pudo descubrirla. Esto no obstante, no quiso apartarse de aquel sitio, y todos los dias iba á recostarse contra un peñasco que había en el camino en actitud doliente, aparentando hallarse muy enferma y con el rostro pintado y amarillento. Cuando el príncipe Acmed salió con su comitiva para ir á hacer á su padre su visita acostumbrada, se encontró con la maga postrada en tierra dando profundos gemidos : compadecido al ver aquella pobre mujer tan enferma se acercó á ella con ánimo de socorrerla, y le preguntó lo que tenía ; á lo cual le contestó la vieja diciéndole, que al ir á la ciudad se había visto acometida de repente, en aquel sitio despoblado y lejos de todo auxilio, por una calentura tan fuerte que la imposibilitaba el moverse, bien para volverse á su casa ó bien para ir á alguna otra parte en donde la socorriesen ; todo esto dicho con palabras cortadas, ayes lastimeros y gemidos. El príncipe Acmed, que tenía el corazon compasivo, animó á la fingida enferma diciéndole que la conducirían á un lugar en donde sería socorrida

mas pronto de lo que ella podia figurarse, y mandó que la subiesen á la grupa de un caballo, lo cual fué ejecu-



tado por algunos de los de su comitiva, no sin bastante trabajo, por lo desfallecida que la maga se fingia. En seguida volvió atrás, y entrando por la puerta de hierro, llegó hasta el patio del palacio. Su esposa, sorprendida de verle regresar tan pronto y temerosa de que le hubiese

sucedido algun accidente, salió apresuradamente á recibirle, y el príncipe, sin aparecerse, dirigiéndose á ella, le refirió el encuentro de aquella pobre mujer y le rogó que mandase cuidarla segun su estado exigia.

El hada Pari-Banú, despues de haber mirado atentamente á la maga, mandó á dos de sus doncellas que la llevasen á una de las habitaciones del palacio y la cuidasen como si fuese ella misma : en seguida, acercándose al príncipe le dijo : « Príncipe mio, apruebo vuestra compasion, pero permitidme que os diga que me temo much que sea mal recompensada ; porque esta mujer no s halla, á mi parecer, tan enferma como aparenta. Me recelo que ha sido enviada por vuestros enemigos para conspirar contra vuestra dicha. Pero no os dé cuidado, que yo velaré sobre vos y sabré frustrar todas las asechanzas que os tiendan. Proseguid vuestro viaje tranquilo. »

Estas palabras de su esposa no hicieron gran mella en el ánimo generoso del príncipe Acmed que le contestó : — « Como no he hecho mal á nadie, ni pienso hacerlo, no creo que tenga enemigos que deseen dañarme, pero, sea como quiera, esto no me retraerá de hacer todo el bien que pueda. » Y despidiéndose de nuevo de la princesa prosiguió su camino y llegó á la corte del sultan, su padre, que le recibió con las mismas demostraciones de cariño, disimulando los recelos y la desconfianza que sus consejeros habian logrado infundir en su ánimo.

Las dos doncellas encargadas de asistir á la fingida enferma la llevaron á un aposento ricamente amueblado, y despues de haberla acostado en un mullido lecho, una de ellas salió y volvió en seguida con una taza de oro llena de agua. — « Tomad esta bebida, buena mujer. Es agua de la Fuente de los Leones, específico maravilloso contra las calenturas mas rebeldes ; dentro de una hora experimentaréis sus saludables efectos. » La maga, aunque con repugnancia, bebió el agua, y despues de haberla arropado bien, la que se la habia traído le dijo : — « Vaya, ahora tratad de descansar y dormir un poco, y

cuando dentro de una hora volvamos á veros, os encontraremos mucho mas aliviada de vuestra dolencia. »

Tan pronto como la maga se vió sola, en lugar de dormir, empezó á vestirse, registró el aposento escudriñándolo todo, y luego se sentó en un sillón esperando que sus enfermeras volviesen. Así que estas entraron exclamó : — « Verdaderamente que vuestra agua es un específico maravilloso, yo me he sentido buena mucho ántes de lo que me dijisteis, y ya os esperaba con ansia para rogaros que me presentaseis á vuestra caritativa señora á fin de darle gracias por el beneficio que me ha hecho, al que le estaré agradecida toda mi vida ; y como ya me siento completamente buena, deseo cuanto ántes proseguir mi camino. »

Las dos mujeres que la habian asistido, hadas tambien como Pari-Banú, pero de clase inferior, la condujeron al salon en que esta se encontraba, y fué tan extraordinario el asombro que causó á la maga al verla rodeada de una magnificencia y esplendor tan grandes, acompañada de mucha majestad, que se quedó cortada, y no encontró palabras que decirle, limitándose á postrarse en tierra. — « Buena mujer, le dijo la princesa, me alegra ver os restablecida, y haber tenido ocasion de haceros ese pequeño servicio ; y supuesto que deseáis marcharos, yo no quiero deteneros por mas tiempo. » En seguida mandó que la acompañasen hasta el camino. Luego que se vió fuera, la maga se volvió atras para ver en dónde estaba la puerta de hierro por la que había entrado y salido, pero por mas vueltas que dió le fué imposible el hallarla. En fin, como había conseguido su objeto, que era el descubrir la morada del príncipe Acmed, apresuró el paso, y ayudada por unos brujos no tardó en hallarse en el palacio del sultan á quien refirió todo lo que había visto y sabido, ponderándole el peligro que corría de que el príncipe Acmed no llegase á destronarle algun dia.

Atemorizado el sultan con estas noticias, despues de las desconfianzas que habian hecho nacer en su ánimo los insidiosos discursos de sus consejeros, creyó que el caso

era grave, y reunió inmediatamente el consejo para acordar lo que se creyese mas conveniente. Variados fueron los pareceres que los visires emitieron : unos eran de opinion que se arrestase al príncipe ; otros que se le cargase de cadenas y encerrase en una fortaleza, y hasta no faltó alguno que insinuó, aunque timidamente, que se le cortase la cabeza.

La maga, á quien el sultán había hecho asistir al consejo para que diese cuenta de su descubrimiento, con permiso del sultán, tomó la palabra y expuso su parecer contrario al de los consejeros. — « No conviene el usar de violencia con el príncipe, dijo, porque, si se le arresta, las gentes de su comitiva, que son Genios, irían á avisar inmediatamente á la princesa, y esta, cuyo poder es muy grande, segun lo que yo he visto, acudiría en auxilio de su esposo con un ejército de Hadas y de Genios que destruirían la ciudad en pocos momentos. Al contrario, lo que Vuestra Majestad debe hacer, es tratar de aprovecharse del poder de la esposa del príncipe. Ya sabe Vuestra Majestad que las Hadas y los Genios hacen cosas portentosas que á los hombres no les es dado el hacerlas. Pidale al príncipe Acmed alguna cosa extraordinaria y ponga á prueba su cariño ; como por ejemplo una tienda de campaña capaz de alojar á todo su ejército, con compartimientos para Vuestra Majestad y los generales y oficiales de su estado mayor, pero que sea de tan fácil transporte que se la pueda llevar en el bolsillo. Si por medio de su esposa puede proporcionaros una tienda de esta naturaleza, esto evitará á Vuestra Majestad tener que hacer los gastos excesivos que acarrea el transporte del material, y el engorro de tener que buscar camellos y otras acémilas. Despues, podrán pedírselle otras cosas, y cuando no pueda traerlas, avergonzado de su impotencia, no volverá á presentarse y se verá obligado á vivir encerrado con su esposa y separado del mundo ; y de este modo, sin apelar Vuestra Majestad á ningun medio violento, quedará en buen lugar y se verá libre de cualquier tentativa. »

Luego que la vieja maga acabó de hablar, el sultán miró

á sus consejeros. Habiendo guardado todos ellos un profundo silencio en señal de aquiescencia, se decidió á tomar el consejo propuesto.

Como el príncipe Acmed se hallaba en palacio todavía, su padre le mandó á llamar y le dijo : — « Hijo mio, cuando viniste la primera vez á verme, nada me dijiste sobre tu verdadera situacion, y yo respeté tu secreto. No comprendo, sin embargo, qué razones hayas podido tener para obrar conmigo, con tu padre, de esa manera, sabiendo que entonces como ahora me habria alegrado de tu dicha. Hoy conozco la gran ventura que has logrado y apruebo el casamiento que has hecho con un hada tan poderosa y tan hermosa, digna de ser amada por todos conceptos, y te felicito por ello, pues yo, con todo mi prestigio y grandeza no hubiera podido proporcionarte un casamiento tan ventajosísimo. Así, deseo que continúes viviendo con tu esposa en buena armonía gozando de esa dicha enviable; pero quisiera al mismo tiempo que me ayudaras á salir de los apuros en que algunas veces suelo verme, empleando tu influjo con tu esposa, cuyo poder es inmenso, segun me han dicho. No ignoras los gastos y el embarazo que ocasiona el transporte de las tiendas pára las tropas, cuando salimos á campaña, y con el fin de evitar unos y otro, quisiera que me proporcionaras una tienda de campaña capaz de abrigar á todo el ejército, y que pudiese llevarse en el bolsillo. No creo que te sea difícil el obtenerla de tu esposa, pues ya sabes que á las hadas les es fácil el hacer cosas extraordinarias. »

Suspenso quedó el príncipe Acmed al oir hablar á su padre de esta manera, y no extrañó ménos que le exigiese una cosa que le parecia imposible, pues, aun cuando no ignoraba el gran poder que tenian las Hadas y los Genios, dudaba que alcanzase hasta el extremo de serles fácil suministrar una tienda de campaña con las condiciones que su padre le pedia. Estuvo vacilando largo rato pensando en lo que responderia al sultán, y al fin le dijo : — « Señor, no puedo negar que es cierto cuanto le han dicho sobre mi situacion, aunque ignoro por qué medio lo

ha sabido. Soy, en efecto, esposo del hada Pari-Banú, á quien amo, y de quien soy correspondido; pero como nunca la he pedido nada, no sé si podré obtener lo que Vuestra Majestad quiere; mas como vuestros deseos para mí son una órden, por complacerlos hablaré á mi esposa de ello. Si obtengo la tienda tal como me la pedís, vendré á ofrecerosla gustosísimo; pero si no lo consigo, me abstendré del placer de venir á abrazaros, rogándoos que me perdonéis, y que os recordéis que habéis sido vos mismo el que me ha puesto en este compromiso. »

Muy disgustado y caviloso se marchó el príncipe Acmed, y cuando volvió al lado de su esposa, al notar esta lo preocupado y triste que se hallaba, quiso saber lo que le había sucedido, y el motivo de haber perdido su natural alegría. El príncipe se resistió cuanto le fué posible, pero, por temor de que su esposa no atribuyera su disgusto á otra causa diferente, se decidió á hablar y le refirió, punto por punto, cuanto su padre le había dicho : « Me causa doble pesar, añadió, el que haya llegado á saber, no sé por quién, lo que yo le había ocultado, segun vuestros consejos, y el que me haya puesto en la necesidad de importunaros para pediros una cosa tan difícil. » La princesa le contestó diciéndole que su padre había descubierto el secreto de su vida por aquella mujer que se fingió enferma y que su compasión le indujo á traer al palacio, pero — « si eso que me contáis es lo único que causa vuestra afliccion, os ruego que no paséis pena por ello, añadió sonriendose, porque lo que el sultan os ha pedido y de lo que teniais empacho de hablarme, lo uno por no importunarme, como decís, y lo otro quizas porque temiais el poner á prueba mi poder y que no saliese airosa, es una bagatela de muy escasa importancia, como vais á verlo. Así, pues, recobrad vuestra alegría, y estad persuadido de que léjos de importunarme, tendré siempre un extremo placer en satisfacer todos vuestros deseos. »

Llamando en seguida al hada tesorera-guarda-muebles, le dijo : « Nurijana, tráeme la mayor tienda de campaña que hay en mi tesoro. » Nurijana marchó y volvió á po-

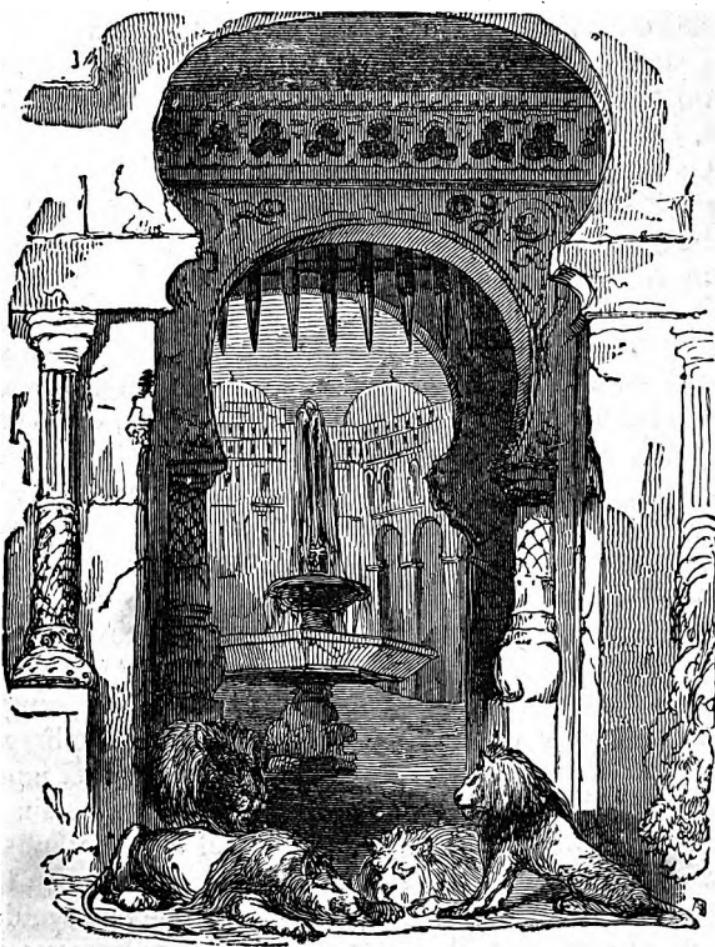
cos momentos trayendo en la mano una especie de pelota que entregó á su ama, y esta se la dió al príncipe. Este, al ver aquel pequeño envoltorio que Pari-Banú llamaba una tienda de campaña capaz de abrigar á un ejército, creyó que su esposa quería divertirse; pero la princesa que advinó su pensamiento dió una gran carcajada y exclamó : « ¡Cómo ! ¿ creéis que quiero embromaros ? Toma la tienda, Nurijana, dijo á su tesorera, y hazla extender en el parque para que el príncipe la vea. » La tesorera tomó la pelota, salió del palacio é hizo montar la tienda de modo que uno de sus extremos tocase á las paredes del palacio. Cuando el príncipe la vió, calculó que podrían caber en ella dos ejércitos como el de su padre, y pidió perdon á su esposa de haberse mostrado incrédulo. Vuelta á desmontar quedó reducida al mismo volumen, y al dia siguiente escoltado por su brillante comitiva regresó á la corte del sultán á quien le dijo : « Padre y señor, aquí tenéis la tienda de campaña que Vuestra Majestad me había pedido. »

Persuadido el sultán de que era imposible el tener una tienda con las condiciones que él había exigido á su hijo, se quedó atónito cuando este se la presentó, pero su admiración, ó mas bien su asombro no conoció límites al verla montada en la gran llanada cerca de la ciudad, y que en su recinto podría abrigarse un ejército doblemente numeroso que el suyo. Ostensiblemente dió las gracias al príncipe Acmed y le encargó que las diese en su nombre á su esposa; pero interiormente se sintió mordido su corazón por la víbora de la envidia, al considerar que él, con todo su poder y riqueza, no podría ejecutar cosas tan grandiosas como su hijo con el auxilio del hada. Volvió á consultar al consejo y á la maga sobre lo que debería hacer, y esta le dijo : « Pedidle que os traiga agua de la Fuente de los Leones. » Siguiendo este consejo : — « Hijo mio, le dijo al príncipe Acmed, he sabido que tu esposa se sirve de un agua maravillosa de la « Fuente de los Leones » que es un antídoto eficacísimo contra toda clase de calenturas por perniciosas que sean. A fin de

estar precavido contra un ataque de esta naturaleza, te ruego que le pidas una botella de esa agua y me la traigas. Como sé el cariño que me tienes y lo mucho que mi salud te interesa, no dudo que me harás este obsequio. » Sorprendido se quedó el príncipe Acmed con esta nueva exigencia de su padre, pues había creído que se contentaría con el presente de la tienda; así, le respondió que si bien él, por su parte, estaba dispuesto á complacerle en cuanto dependiera de su posibilidad, no le respondía lo mismo respecto á lo que dependiera de su esposa, á la que, sin embargo, manifestaría su deseo.

Á su regreso, el príncipe Acmed refirió al hada todo lo ocurrido en la corte y le dió las gracias en nombre de su padre por el regalo de la tienda, manifestándole la nueva petición que le había hecho, pero añadiendo que él no tenía empeño en satisfacer este capricho del sultán, y dejaba enteramente á su voluntad el acceder ó no á sus deseos. — « La petición que os ha hecho, le dijo su esposa, encubre una gran perversidad y malicia, como vais á verlo, y el deseo de haceros perder la vida. Esto no obstante, yo quiero darle pruebas de lo mucho que os amo y os estimo, satisfaciendo su insensato deseo provocado por la mujer que socorristeis, que es una maga de mala ralea. Sabed que la Fuente de los Leones está guardada por cuatro de estos animales, dos de los cuales están siempre en vela, miéntras los otros dos duermen, y nadie puede acercarse á tomar agua de esa fuente sin exponerse á perder la vida devorado por las fieras. Sin embargo, no os atemoricéis por eso, porque yo os indicaré el modo de coger esa agua pasando por entre los Leones sin el menor peligro. Mañana ántes de salir el sol montaréis á caballo llevando otro caballo del diestro cargado con los cuatro cuartos de un carnero que va á matarse en seguida. Tomad este ovillo de hilo, y cuando salgáis por la puerta de hierro arrojadlo al suelo conservando un cabo entre vuestros dedos; el ovillo empezará á rodar, y siguiéndole vos, os conducirá al alcázar en que se halla la fuente cuya puerta encontraréis abierta y veréis los leones. Al apercibiros,

los dos que están despiertos darán un espantoso rugido que hará despertar á los otros. No os atemoricéis; tomad los cuatro cuartos del carnero y arrojádselos, y miéntras los leones están entretenidos en comerlos, espolead vuestro caballo, acercaos á la fuente y, sin apearos, llenaréis con su agua la botella que voy á daros, y volveréis á



salir del alcázar inmediatamente prosiguiendo hacia la
udad vuestro camino. »

Al dia siguiente, el príncipe Acmed, provisto con el car-

nero descuartizado, la botella y el ovillo de hilo, montó á caballo á la hora que su esposa le había dicho, y echando al suelo el ovillo, este empezó á rodar, y el príncipe lo fué siguiendo sin soltar el cabo, y no tardó en hallarse á la puerta del alcázar en cuyo interior descubrió á los leones y la fuente. Hizo cuanto el hada Pari-Banú le había dicho, llenó de agua la botella y emprendió su marcha hacia la corte, siendo escoltado esta vez, no por la brillante comitiva que le acompañaba otras veces, sino por dos de los cuatro leones custodios de la fuente, los cuales echaron á andar en pos de él luego que acabaron de devorar su cuarto de carnero. Cuando el príncipe los vió venir en su seguimiento, creyó que era para atacarle y desenvainando su alfanje y armando su arco con una flecha, se puso en actitud de defenderse; pero bien pronto conoció por su aire y el modo de menear su cola y su cabeza, que los leones no le seguían con ánimo de ofenderle. Al verle entrar en la ciudad escoltado por guardias de corps de aquella especie, las gentes huian despavoridas, y se cerraban las tiendas, y así llegó hasta las puertas del palacio del sultán. Luego que se apeó, y fué recibido por algunos oficiales, los leones se retiraron y volvieron á su puesto sin haber ofendido á nadie, ni en la ciudad, ni en el camino.

El príncipe Acmed fué conducido á la sala del trono en donde el sultán se hallaba dando audiencia en aquel momento, y presentándole la botella le dijo : « Aquí tenéis, señor, el agua medicinal que me habéis pedido. Deseo que Dios os conserve la salud siempre buena y que nunca tengáis necesidad de hacer uso de ella. » Sorprendido se quedó el sultán de volver á ver á su hijo, porque la maga le había explicado los riesgos que corría el que se aventuraba á querer coger el agua ; y el haber logrado una empresa tan difícil acrecentó su envidia y sus deseos de perderle. Sin embargo , aparentó mucha satisfacción y alegría, volvió á darle las gracias por aquella nueva prueba de su cariño, y le preguntó de qué medios se había valido para obtener aquel precioso específico : á lo cual respondió

dió el príncipe diciendo que todo el mérito de la empresa era debido á su esposa, la cual le había iniciado en lo que tenía que hacer, y le había suministrado todo lo necesario para conseguir su objeto, refiriéndole en seguida los pormenores ocurridos.

El sultán se retiró con el corazón mucho mas ulcerado por el dardo de la envidia, y mucho mas receloso y atemorizado por el poder de su hijo, y mandó á llamar á la maga, á la que no necesitó referirle lo que el príncipe acababa de decirle, puesto que ella, por medio de sus brujerías, sabía perfectamente todo lo que había sucedido, y había ideado un medio infalible, á su parecer, para deshacerse del príncipe; medio que comunicó al sultán, el cual lo adoptó inmediatamente. Mandó á llamar al príncipe en seguida, y le dijo : — « Hijo mio, estoy tan persuadido de tu cariño y obediencia, que no sé cómo mostrarte mi agradecimiento, lo mismo que á tu esposa por todo lo que habéis hecho para complacerme y satisfacer mis deseos, y ya no me queda mas que pedirte, como última prueba de tu afecto y obediencia, sino el que me traigas un hombre cuya estatura no pase de pié y medio, que tenga una barba de treinta pies de largo, con el cabello que le arrastre por el suelo, que hable como nosotros y sea bastante fuerte para llevar en sus hombros un barrote del peso de quinientas libras, que lo mismo le sirva de arma, que debaston, como si fuese un juncos de la India. » Atónito se quedó, el príncipe Acme dal oír expresarse á su padre en estos términos, y creyó que había perdido el juicio. Se guardó, sin embargo, de contradecirle, pero se marchó decidido á no volver mas á verle para evitar el que le hiciese nuevas peticiones de cosas tan extraordinarias é imposibles. Cuando llegó al palacio subterráneo de su esposa, le participó el buen éxito de su expedición á la Fuente de los Leones, su llegada á la corte, escoltado por dos de estos, y la entrega del agua maravillosa á su padre el sultán, que le había preguntado de qué medios se había valido para tomar el agua de la fuente, porque, segun le pareció, no ignoraba los riesgos que

habia que correr. Luego, mostrándose muy afligido, le dió cuenta de la nueva exigencia del sultan que atribuyó á demencia, y le causaba tristeza porque le ponía en el caso de tener que renunciar á verle, pues no concep-tuaba cosa posible el que hubiese un hombre que re-uniese todas las condiciones que su padre quería, y porque aun cuando ese hombre existiese, ni él sabía adónde ir á buscarle, ni ménos si podria traerle. Cuando acabó de hablar, el hada Pari-Banú se echó á reir, lo cual sorprendió mucho al príncipe á quien dijo : — « Ya veo que vuestro padre, siguiendo los malos consejos de la maga, se ha propuesto perderos comprometiéndoos en empre-sas temerarias, de las que seguramente no habriais salido bien librado sin mi auxilio ; pero no os aflijáis por esa nueva exigencia del sultan, que tambien será satisfecha. Sabed que tengo un hermano que, aunque seamos hijos de un mismo padre, en nada nos parecemos mas que en el cariño que nos tenemos, pues él es un hombre tal cual vuestro padre lo desea, solamente que es muy irascible, y no sufre que le hagan la menor afrenta. Voy á llamarle, y os acompañará á ver al sultan. No os asustéis al verle, ni temáis nada de su fiereza. » En seguida mandó traer un braserillo con lumbre, echó en el fuego unos aromas, y pronunció ciertas palabras en una lengua desconocida, acompañadas con reverencias y con signos. Primero se levantó un humo muy espeso, y luego una llamarada acompañada de un ruido. — « Aquí está mi hermano, exclamó la princesa ; Chaibar, bien venido seas. » Una voz estentórea le respondió. — « Aquí me tienes , hermana, ¿qué me quieres ? » El príncipe Acmed dirigió sus mira-das hacia el sitio de donde salía la voz, y cuando se disipó enteramente el humo, vió á un hombrecillo que apénas le llegaba á las rodillas, pero muy corpulento y fornido; era jorobado por la espalda y por el pecho, los brazos eran muy gruesos y tan largos como el cuerpo, y los dedos de las manos parecían sapos hinchados; venía descaizo y cubierta su monstruosa cabeza con un gorro puntiagudo hecho con pelo de camello. Dos ojos hundidos á los que

hacian sombra unas cejas espesísimas cuyos pelos eran crines, brillaban como carbúnclos ; la boca era disforme y casi le llegaba de oreja á oreja, y la nariz aplastada : una barba muy tiesa de una longitud de treinta piés, mezclada con los cabellos que le caian hasta el suelo, cubria todo su cuerpo, y sobre sus hombros carnudos ostentaba



una barra de hierro que, si debia juzgarse de su peso por su grosor y largura, deberia pesar veinte quintales por

io ménos, cuyo enorme peso, s inembargo, no le impedia el manejárla como si fuese un bastoncillo. Si el príncipe no hubiera estado prevenido de antemano por su esposa, no habría podido ver tan horrenda figura sin terror, pero se mantuvo impasible y sereno. Chaibar le dirigió una mirada capaz de aterrorizar al hombre mas valiente, y al mismo tiempo exclamó : — « ¿Quién es este jóven ? — Es mi esposo el príncipe Acmed, hijo del sultán de las Indias, con quien me casé hace un año », le respondió su hermana. « Entonces no te convidé á la boda porque abía que estabas muy ocupado en arreglar cuentas con algunos de tus enemigos. Ahora que sé que has vuelto victorioso de tu expedicion, y que no tenías nada que hacer, te he rogado que vengas, en nombre de mi esposo, para que le hagas un pequeño servicio. » Luego que supo Chaibar que el príncipe Acmed era el esposo de su hermana ya le miró con aire mas risueño, pero no ménos fiero, y respondió á su hermana : — « Siendo tu esposo, dispuesto estoy á servirle en lo que pueda. ; Qué se le ofrece ? — Desea que le acompañes á la corte del sultán su padre, que quiere verte. — Pues, ¡ adelante ! que me enseñe el camino. — Hoy es ya demasiado tarde, y mejor será dejar para mañana la visita », dijo su hermana Pari-Banú. « Miéntras tanto, esta noche te enteraré de todo lo ocurrido despues de nuestro casamiento entre el sultán y el príncipe, porque conviene que lo sepas. » Aquella noche la pasaron los dos hermanos reunidos hablando de asuntos de familia, y á la mañana siguiente, el pigmeo monstruo Chaibar y el príncipe Acmed emprendieron juntos el camino.

Cuando llegaron á la ciudad, las gentes, al ver aquella espantosa figura, corrian á ocultarse en los portales de las casas ó en las tiendas que se apresuraban á cerrar los tenderos ; y como el alarma se había extendido por las calles por donde debian pasar, las encontraron desiertas. Los porteros del palacio, así que le vieron acercarse, abandonaron las puertas y se ocultaron en los aposentos inmediatos, de modo que llegaron sin ningun impedimento á la sala en que estaba el sultán sentado en su trono y

rodeado de sus visires y consejeros. El príncipe entró acompañado por Chaibar, el cual, con la cabeza erguida y brandiendo su barra, se acercó al trono, y sin esperar á que el sultan le hablase, y sin hacerle ningun saludo ni reverencia le dijo con voz de trueno : — « Has deseado verme, pues aquí me tienes ; ¿ qué me quieres ? » El sultan levantó la cabeza y al ver tan cerca de sí aquella monstruosa figura, se asustó y se cubrió el rostro con sus manos por no verla, y no respondió nada. Chaibar, entonces echando chispas por los ojos exclamó : « ¿ Es para hacerme esta afrenta para lo que has querido que venga ? » Y al mismo tiempo levantando la barra de hierro la descargó sobre la cabeza del sultan y le dejó muerto en el acto. Fué tan rápido é imprevisto el movimiento que el príncipe Acmed no pudo evitarlo ; solo consiguió preservar de igual suerte al gran visir diciendo á su cuñado, que aquel no era el que le había dado malos consejos á su padre. Mirando á los otros visires y consejeros : — « Entonces, exclamó, son estos otros los que se los han dado malos, ¿ eh ? pues yo les enseñaré á darlos buenos », y empezó á repartir barrazos á derecha é izquierda dejando aplastado con cada golpe á uno de ellos. Cuando concluyó con todos aquellos aduladores, envidiosos y enemigos del príncipe Acmed : « Aquí debe haber una maga », le dijo al gran visir ; « quiero verla. » El gran visir, sin separarse del lado del príncipe, y temblando de miedo, la mandó á buscar. Así que llegó y la vió Chaibar, — « ¡ Como ! ¿ eres tú ? » exclamó. « Ya te conozco. » Y levantando su barra, — « Aprende, añadió, á dar mejores consejos y á fingirte enferma. » Y la dejó aplastada como un sapo en el suelo. « Esto no es bastante, dijo en seguida con torva faz y voz atronadora : voy á destruir la ciudad y á exterminar á todos sus habitantes, si en el acto no reconocen á mi cuñado, el príncipe Acmed, por su señor, y sultan de las Indias. » Al oir esto todos los que estaban allí cerca se apresuraron á gritar : — « ¡ Viva el sultan Acmed, nuestro señor y dueño ! » Y este grito se generalizó en breve por toda la ciudad.

Chaibar hizo vestir á Acmed el traje de sultan, le colocó en el trono á cuyos piés vinieron todos los generales, los gobernadores y demás altos funcionarios á prestarle el juramento de obediencia. En seguida fué á buscar á su hermana Pari-Banú que entró con gran pompa en la ciudad y fué aclamada por el pueblo y por los cortesanos con muestras de la mayor alegría, y su esposo, el sultan Acmed, la recibió en sus brazos y la sentó á su lado en el trono, siendo reconocida como él, por soberana de las Indias.

El príncipe Alí y su esposa la princesa Nurinarda que ninguna parte habían tomado en las cábalas fraguadas contra el príncipe Acmed, se fueron á reinar á una de las mayores provincias que su hermano les cedió. En cuanto al príncipe Husan á quien el nuevo sultan envió uno de sus ayudantes acompañado por el gran visir para participarle su advenimiento al trono y todos los sucesos que habían ocurrido, diciéndole al mismo tiempo que eligiese aquella provincia de sus estados de la India que le pareciese mejor para reinar en ella; le contestó á su hermano dándole las gracias, asegurándole de su obediencia y fidelidad, y rogándole que le dejase vivir tranquilo en el retiro que se había elegido, en el que se encontraba feliz.

Hubo grandes fiestas y regocijos, desconocidos hasta entonces, con motivo de la elevación del príncipe Acmed al trono y de su esposa la hermosa hada Pari-Banú, cuyos espousales volvieron á celebrarse con la mayor solemnidad y una magnificencia nunca vistas, habiendo concursado á todas estas funciones infinitos Genios y Hadas que con su presencia hicieron estas fiestas mas brillantes. Durante este tiempo Chaibar se mostró muy afable y permaneció en la corte de su hermana largo tiempo, siendo mirado por todos los cortesanos con el mayor respeto. Cuando vió que el poder de su cuñado Acmed se hallaba bien asianzado, desapareció, y el príncipe Acmed y su esposa el hada Pari-Banú continuaron reinando pacíficamente y con satisfacción y contento de todos los habitantes del dilatado imperio de las Indias.

Tiempo hacia ya que el sultan de las Indias Chabriar había resuelto interiormente conservar siempre á su lado á la hermosa sultana Gerenarda á la que cada dia amaba mas, así por sus gracias personales, como por su preclaro ingenio ; y solo estaba esperando que se presentase un motivo plausible para derogar el sanguinario decreto que la infidelidad de la anterior sultana le arrancó en un momento de dolor y despecho, para horrar con sangre la mancha de su honor ofendido. Este plausible motivo se presentó con el feliz alumbramiento de la sultana que dió á luz un hermoso y robusto príncipe. Al verse con un heredero que perpetuase su nombre y dinastía, el sultan estaba loco de contento. Mandó llamar al gran mustí, y á los principales ulemas, cuyos pareceres fueron conformes para declarar que semejante acontecimiento suministraba la ocasión mas propicia para la derogacion de aquel fatal y bárbaro decreto que había costado la vida á tantas jóvenes inocentes, y era el terror de todas las familias. Esta derogacion que se hizo, en efecto, así como el nacimiento del príncipe, dieron lugar á innumerables fiestas y diversiones, no solo en la capital, sino en todo el imperio, y el nombre de la sultana Gerenarda fué el objeto de la veneracion y de las alabanzas y bendiciones generales de toda clase de gentes. Ella y su esposo el sultan vivieron felices largo tiempo, y tuvieron la satisfaccion de ver crecer y hacerse digno de sucederles en el trono á su amado hiiio el príncipe heredero.

FIN.

ÍNDICE

	Páginas.
PRÓLOGO.	VII
Cuentos árabes.	1
El asno, el buey y el labrador.	6
El gallo, el perro y la mujer del labrador.	7
El mercader y el Genio.	11
El Genio y los tres viejos.	14
Historia del anciano y de la cierva.	16
Historia del viejo y de los dos perros negros.	19
Historia del pescador y del Genio rebelde.	22
El rey leproso, y la cabeza del médico extranjero	25
Historia de los cuatro pescados fritos.	29
Historia del rey de las Islas Negras.	33
Fin de la historia del pescador y del rey de las Islas Negras.	40
Historia de los tres kalandores hijos de rey, y de las tres damas de Bagdad.	42
Historia del primer kalandor tuerto, hijo de rey.	52
Historia del segundo kalandor tuerto, hijo de rey.	57
Historia del tercer kalandor tuerto, hijo de rey.	71
Historia de Zobeida, de sus hermanas, y de las perras negras.	86
Historia de Amina.	93
Historia de las tres manzanas y de la mujer hecha pedazos.	99
Historia del jorobado muerto.	107
Historia del jóven mercader manco.	112

	Páginas.
Historia del hombre sin pulgares.	121
Historia del joven manto del Mesul.	131
Historia del joven cojo de Bagdad.	140
Historia del Barbero silencioso.	152
Historia del hermano jorobado del Barbero.	154
Historia del hermano segundo del Barbero.	155
Historia del tercer hermano del Barbero silencioso.	163
Historia del carnicero, hermano cuarto del Barbero.	168
Historia del quinto hermano del Barbero, llamado el Desore-jado.	172
Historia del sexto hermano del Barbero.	181
Historia de Simbad el marino. y de sus viajes.	191
Relacion del primer viaje de Simbad el marino.	193
Aventuras del segundo viaje de Simbad el marino.	197
Relacion del tercer viaje de Simbad el marino.	202
Aventuras del cuarto viaje de Simbad el marino.	210
Relacion del quinto viaje de Simbad el marino.	218
Relacion del sexto viaje de Simbad el marino.	222
Relacion del séptimo y último viaje de Simbad el marino.	228
Historia de Abou-Hassan, el dormido despertado.	235
Historia de los muertos resucitados Abou-Hassan, y su esposa Nuzat-Oladat.	262
La historia de Ganem, llamado el esclavo de Amor, y de la favorita <i>Tormento del alma</i>	275
Episodios del reinado del kalifa Harun Alraschid..	294
Historia del ciego Babá Abdalá, el codicioso	296
Historia de Sidi-Noman, el hombre perro.	304
Historia de Cojía-Hassan, Alhabal, el cordelero	314
Historia del príncipe Firuz-Khan, y del caballo del Indio. . . .	328
Historia de Aladino y de la lámpara maravillosa.	345
Historia del príncipe Cododac, de sus hermanos, y de la princesa de Deryabar.	406
Historia de Alí-Babá, de la esclava Morjiana, y de cuarenta bandidos.	429

Historia de los dos mercaderes de Bagdad, y el tarro de aceitunas.	446
Historia de las hermanas envidiosas, del pájaro que habla, y del árbol que canta.	457
Historia del príncipe Zein Alasman y de las nueve estatuas.	491
Historia de la princesa Guinara del mar, madre del príncipe Beder.	508
Aventuras del joven rey de Persia, Beder, y de la princesa Giborosa del mar.	517
Historia del príncipe Acmed y del hada Pari-Banú.	541

OBRAS QUE SE ENCUENTRAN EN LA MISMA LIBRERIA

Amalia. Novela histórica americana, por D. José Mármol. 2 t. en 12º. Nueva edición. *Tela.*

Atala, René y el último Abencerrage, tres obras del Vizconde de Châteaubriand. Bonita edición en 1 tomo en 12º. *Tela inglesa.*

Autores selectos de la mas pura latinidad, anotados para uso de las escuelas. Nueva edición. 3 tomos en 12º. *Pasta de tela inglesa.*

Bertoldo, Bertoldino y su nieto Cacaseno. Bonita edición. 1 tomo en 12º con muchas láminas.

Biblioteca de la risa. Colección completa de cuentos, chistes, hechos sorprendentes y maravillosos, etc., por una sociedad de literatos de buen humor. 2 tomos en 12º. *Media pasta.*

Bouilly. Cuentos á mi hija. Bella edición con láminas. *Tela fina, plano y cortes dorados.*

Buchan. Medicina doméstica, ó Tratado completo del método de prevenir y curar las enfermedades, con el régimen y medicinas simples. Nueva edición. 1 tomo en 12º. *Pasta entera.*

Buffon (El) de las familias Historia y descripción de los animales, sacadas de las obras de Buffon y de Lacepède, por A. Dubois. Obra refundida por D. F. Corona Bustamante é ilustrada con profusión de láminas. 1 tomo en 8º.

Buffon (El) de los niños, ó Historia natural abreviada de los cuadrúpedos, aves, etc. 1 tomo en 12º con muchísimas láminas. *Pasta de papel con relieves de oro.*

Carlo-Magno. Historia del emperador Carlo-Magno, traducida por D. NICOLAS DE PINAMONTE, en la cual se trata de las grandes proezas y hazañas de los doce pares de Francia, etc. 1 tomo en 18º con láminas. *Pasta de papel con relieves de oro.*

Cervántes. Don Quijote. Edición conforme á la última, corregida por la Academia española, añadida con la vida del autor, y con notas para la buena inteligencia del texto. 1 tomo en 12º con láminas. *Tela dorada.*

Cuentos de las hadas. 1 tomo en 12º de muy hermosa impresión, ilustrado con muchas láminas. *Pasta de tela.*

Cuentos del canónigo Schmid. Nueva edición ilustrada con lá-

minas y viñetas. 2 tomos en 8°. *Tela fina, plano y cortes dorados.* Cada tomo se vende separado.

Cuentos de Perrault. Caperucita encarnada, Barba azul, las Hadas, la Hermosa durmiente del bosque, Micifuz el de las botas, Cenicienta ó la zapatilla enana, Riquet el del copete, Pulgarito, la sagaz princesa y Piel de asno. Graciosos cuentos, escritos para los niños y que los ancianos leerán con gusto. Un tomo en fol. de bella impresión con láminas de Gustave Doré. *Tela inglesa.*

Diccionario (Novísimo) de la lengua castellana, en que se halla el texto íntegro del último publicado por la Academia española, aumentado con cerca de cien mil voces y acepciones de ciencias, artes y oficios por una Sociedad de Literatos, y seguido del *Diccionario de Sinónimos* de D. Pedro María de Olive, y del *Diccionario de la Rima* de D. Juan Peñalver. Un hermoso tomo en 4°. *Encuadrado con lomo de tafilete y planos de tela.*

Diccionario general abreviado de la lengua castellana, el mas completo de los publicados hasta el dia. Comprende los términos literarios y los del lenguaje usual en su sentido propio y figurado, las voces usadas en las ciencias, artes y oficios, y los nombres propios de historia, geografía y mitología, ordenado por D. LORENZO CAMPANO, conforme á los diccionarios de la Academia, *Salvd, Grégoire, Domínguez, etc., etc.* 1 tomo en 8°. *Pasta de tela inglesa.*

Diccionario latino-español formado sobre el de D. MANUEL VALBUENA, con muchos aumentos, correcciones y mejoras, por D. V. SALVÁ. Décimaquinta edición. 1 tomo en 4°. *Pasta entera.*

Diccionario español-latino, compuesto por D. MANUEL VALBUENA. Nueva edición muy mejorada y aumentada. 1 tomo en 4° de mas de 1,000 páginas, de igual tamaño que el Diccionario latino-español del mismo autor, y el mas completo que existe de estas dos lenguas. *Pasta entera.*

Diccionario (Nuevo) portátil de la lengua castellana, segun la Academia española, mas completo que los publicados hasta hoy. 1 tomo en 18°. *Pasta de tela inglesa.*

Diccionario francés-español y español-frances, portátil, con la pronunciacion en ambas lenguas, formado con presencia de los materiales reunidos por D. VICENTE SALVÁ, y el mas completo de

los publicados hasta el dia. Décima edicion. 1 tomo en 18°. *Pasta de tela inglesa.*

Diccionario español-inglés é inglés-español portátil, con la pronunciacion en ambas lenguas, formado con presencia de los mejores diccionarios ingleses y españoles por D. F. Corona Bustamente, y el mas completo de los publicados hasta el dia. 2 tomos en 18°. *Tela inglesa.*

Diccionario español-italiano é italiano-español, con la pronunciacion en ambas lenguas, compuesto por D. J. Caccia con arreglo á los mejores diccionarios, y el mas completo de los publicados hasta ahora. 1 t. en 18°. *Tela inglesa.*

Elementos de retórica y poética al alcance de todos por D. RAMON SANZ. Nueva edicion. 1 tomo.

Espronceda. Obras poéticas. Con la biografía y retrato del autor. Nueva edicion aumentada. 1 tomo en 12°. *Media pasta tafilete.*

Fabiola ó la Iglesia de las catacumbas, por Su Eminencia el Cardenal WISEMAN. Bonita edicion. 1 tomo en 12° con láminas. *Tela fina, cortes dorados.*

Gil Blas de Santillana, por LE SAGE. Bonita edicion en 1 tomo en 12° con láminas. *Tela dorada.*

Gil y Zárate. Manual completo de literatura. 1 tomo grueso en 8°. *Media vasta.*

Larra (FIGARO). Obras completas. Nueva y bonita edicion, con su vida y retrato. 4 vol. 12°. *Media pasta de tafilete.*

Lenguaje (El) de las flores, por madame CHARLOTTE DE LA TOUR. Bella edicion aumentada con muchos capítulos.

Manual completo de juegos de tertulia, y de prendas; contiene una colección de los juegos de campo y de casa, de acción, de memoria, de palabras, etc. 1 tomo en 12°. *Tela.*

Método Garnier Hermanos. Nuevo curso de escritura inglesa, compuesto de ocho cuadernos con modelos en negro y azul para conseguir en poco tiempo una bella letra.

i Se venden tambien sueltos los cuadernos.

Mil y una Noches (Las). Cuentos árabes traducidos del texto árabe genuino por GUSTAVO WEIL, con anotaciones del mismo y una introducción del baron SILVESTRE DE SACY, traducidas al castellano

por una sociedad de literatos. Nueva edición completa, ilustrada con gran número de viñetas y láminas de los mejores artistas. 1 tomo en 4°, encuadrado en tela fina, cortes dorados.

Moral (La) en acción ó los buenos ejemplos, obra publicada en francés bajo la dirección y patrocinio del barón de Gerando, par de Francia, etc., ilustrada con 120 dibujos de Julio David, grabados por Chevin, versión castellana por D. JOAQUÍN ROCA y CORNET, redactor del *Periódico de la Religion*. — Nueva y bonita edición completa. 1 tomo en 8°. *Tela fina, plano y cortes dorados*.

Pablo y Virginia, por BERNARDIN DE SAINT-PIERRE. 1 tomo en 18° con láminas. *Tela dorada*.

Robinson Crusoe. Aventuras de Robinson Crusoe por D. De Foe. Bella edición. 2 tomos en 12° con 24 láminas. *Tela fina, planos y cortes dorados*.

Robinson de doce años (El). Historia interesante de un grumete francés abandonado en una isla desierta. 1 tomo en 12° con láminas. *Tela inglesa*.

Robinson (El nuevo), por CAMPE. Nueva edición corregida con esmero y adornada con 36 láminas. 1 tomo en 12°.

Secretario comercial por Henri Page. 1 tomo.

Secretario universal español por Dunois. 1 tomo.

Secretario de los cumplimientos por Dunois. 1 t.

Los Sueños explicados según los mejores intérpretes de los tiempos antiguos y modernos, por el Mágico de Astrakan. 1 tomo en 18° con muchas láminas. *Bonita cubierta de tela*.

La Fisionomía y la Frenología, con notas curiosas sobre las semejanzas de los hombres y los animales. 1 tomo en 18° con muchas láminas. *Bonitas cubierta de tela*.

El Cocinero europeo. 1 tomo en 12° muy grueso con láminas en el texto.

Yo sabré leer. Nuevo abecedario metódico y divertido, por un papá, adornado con muchas láminas por Lix, impresas en cromo-tipografía. 1 tomo en 4°, cartones.

